CARMELO GONZÁLEZ VELASCO

LA VILLA DE PERALTA DE NAVARRA

RECUERDOS Y VIVENCIAS

Portada: Imagen de Peralta con la iglesia de San Juan Evangelista, el Campanar y la Atalaya.
Contraportada: Puente de piedra sobre el río Arga.

Fotografías: del autor y otras fuentes.
Fotografía de portada: Lázaro Giménez (https://es.wikiloc.com).
Fotografía de contraportada: Alfredo Barcos Alfaro.

Autoría y composición: carmelogvelasco@gmail.com

Revisión y corrección de estilo: Simón González Velasco.

Maquetación: Javier Luque Irisarri.

© Carmelo González Velasco

ISBN: 978-84-09-71628-9
Depósito legal: Z 601-2025

Imprime: Rodona Industria Gráfica
Polígono Agustinos/Soltxate Calle A
31013 Pamplona/Iruña

Impreso en España – Printed in Spain

Escudo de la villa de Peralta en las vidrieras del palacio foral de Navarra

A todos los peralteses y peraltesas
que descansan ya en la Atalaya eterna.

INTRODUCCIÓN

Carmelo González Velasco publicó en 2024 un excelente libro sobre la historia de Peralta: La Villa de Peralta de Navarra, fuentes para su historia, tradiciones y leyendas. En la época en que no existía aún Internet, realizó numerosos viajes desde Valencia, su ciudad de residencia, a Pamplona, Peralta y otras poblaciones navarras, para consultar en diferentes archivos los datos que confirmaran y ampliaran sus conocimientos sobre la historia de Peralta, un arduo trabajo muy documentado que enriquece los otros libros publicados sobre la misma anteriormente. Con este segundo tomo, *La Villa de Peralta, recuerdos y vivencias*, nos traslada, gracias a sus apuntes y su prodigiosa memoria, a sus años de infancia y adolescencia en que vivió en Peralta, evocando sus recuerdos de personas, lugares, comercios, costumbres, hechos, etc., que con el paso del tiempo han quedado formando parte de la historia de Peralta. A pesar de haber nacido en Azagra, se siente peraltés, demostrando su amor a Peralta con estas excelentes obras.

Los Editores

ÍNDICE

Prólogo 19

I: LA GUERRA CIVIL DE 1936 Y LA POSGUERRA 23
1. Antecedentes: la cuestión agraria
2. Hermanos en pie de guerra
3. Los combatientes navarros
4. El hospital militar de Peralta
5. Los primeros años de la posguerra
6. De la política autárquica a la democracia

II: LOS AÑOS DEL ESTRAPERLO 47
1. Dos guerras como telón de fondo
2. Gitanos y húngaros trashumantes
3. Las cartillas de racionamiento
4. Pregones y pregoneros
5. Ha llegado el momento de la reconciliación
6. Dos trágicas nóminas de muertos

III: MORAL Y RELIGIOSIDAD 66
1. Moral popular
2. Los Oficios de Semana Santa
3. La procesión del Santo Entierro
4. La casa parroquial
5. Las catequistas
6. Catecismo y primeras comuniones

IV: CALLES Y PLAZAS DE PERALTA 90
1. Ruidos y olores
2. Sabor palaciego
3. El Paseo del Arga y tres calles principales
4. Las tiendas de la Calle Mayor
5. Antiguo y moderno nomenclátor de las calles de la Villa
6. Las cuevas del monte

V: ROMERÍAS Y ROMEROS 110
1. Hagiografía local
2. Romerías a la Patrona de La Ribera
3. De nuevo a Ujué
4. Las Javieradas
5. El señor san Pedro de Arlas
6. Setenta romeros a caballo

VI: RELIGIOSIDAD TRADICIONAL 133
1. Desde las catorce esquinas
2. Auroros y auroras
3. Los monaguillos
4. Las procesiones
5. Cada día un mortichuelo
6. Magníficat al bajar del monte

VII: UN PUEBLO DE FIESTA 155
1. Con el pañuelico “colorau" al cuello
2. Vacas y novillos de lidia
3. Samblases y roscos
4. "La jota nació en Peralta"
5. Rondallas y joteros peralteses
6. Letrillas joteras

VIII: HIJAS DE LA CARIDAD Y HERMANITAS 180
1. Convento, Colegio, Iglesia de san Miguel y Hospital
2. Fundación de un Asilo de pobres y ancianos en Peralta
3. Las Hermanitas de los Desamparados venidas a Peralta
4. Clausura del Asilo
5. Sor Asunción de la Santísima Trinidad Giné Juanpere
6. Actual Hospital y Residencia Geriátrica

IX: INSTITUCIONES Y ACTUACIONES VARIAS 200
1. Alguaciles, guardas rurales y serenos
2. Las Escuelas Nacionales
3. Educación y Cultura
4. Faenas y juegos infantiles
5. Tebeos, cuentos y travesuras
6. Fútbol y futbolistas

X: ACONTECIMIENTOS PARROQUIALES 220
1. Tres grandes Misiones Religiosas
2. Los curas de mi infancia
3. Mi buen amigo Félix Zarraluqui Ovejas
4. El Centro de Acción Católica
5. Actividades religiosas de 1945 a 1960
6. Otros hechos acaecidos en la parroquia de 1961 a 1975

XI: EL PÁRROCO DON CARMELO VELASCO 246
1. Su niñez y juventud
2. Primeros nombramientos eclesiásticos
3. Al Seminario Conciliar y a la Iglesia Catedral
4. Delegado de la Misión Diocesana y otras dedicaciones
5. Retirado en las Hermanitas de los Pobres
6. Muerte, exequias y obituario

XII: HECHOS Y DICHOS DE PERALTESES 266
1. Un hombre cercano a mi familia
2. Dos próceres ilustres
3. Tres peralteses adoptivos
4. Cuatro hombres señeros
5. Siete mujeres populares
6. Los hermanos Zoilo

XIII: PERALTA EN EL CENTRO DE LA RIBERA 287
1. Pueblos y campos
2. El labriego peraltés
3. Agricultura y ganadería
4. Pastores y rebaños
5. La industria
6. Cocina tradicional

XIV: VINOS GENEROSOS: CLARETE Y TINTO 309
1. El cultivo de la vid
2. Sociedad Cooperativa Bodega san Francisco Javier
3. Pequeña historia del vino peraltés
4. Una bota de buen vino
5. Las antiguas tabernas
6. Casinos y bares

XV: ARGA, EGA Y ARAGON HACEN AL EBRO VARÓN 322
1. El río Arga
2. Las riadas
3. El río Ega
4. El río Aragón y sus almadías
5. Desde el puente de Caparroso
6. El Ebro pasa por Azagra, no lejos de Funes y Peralta

XVI: DOS VILLAS HERMANAS 339
1. Funes, a dos kilómetros de Peralta
2. La parroquia de Santiago
3. A cinco kilómetros, Marcilla
4. El convento de los frailes agustinos
5. La Estación del Ferrocarril y la Azucarera
6. Los viajes en tren

XVII: ALREDEDORES DE PERALTA 352
1. Peñalén, el Barranco del Rey
2. Romance al rey Sancho IV, el Despeñado
3. El castillo de mosén Pierres
4. El castillo-palacio de los señores de Peralta y Velasco
5. Falces a la vera del Arga
6. Cabe la ermita de El Salvador

XVIIII: AZAGRA, SAN ADRIÁN Y CAPARROSO 369
1. Las trágicas Peñas de Azagra
2. La villa de San Adrián en fiestas
3. Una joya arquitectónica
4. Once estrofas a la iglesia antigua de San Adrián
5. En la ermita de la Virgen del Soto
6. Santa Fe de Caparroso

XIX: ANDOSILLA Y VILLAFRANCA..... 391
1. Palacios barrocos de Andosilla
2. La Virgen de la Cerca
3. La parroquia de san Julián y santa Basilisa
4. La antigua Alesves
5. La iglesia de santa Eufemia
6. Paseando por Villafranca

XX: LEYRE: ORACIÓN, PIEDRA, AGUA Y CIELO 406
1. Llegada al monasterio
2. Fortaleza de hayas y de robles
3. La cripta y la iglesia abacial
4. Peralta y Leyre
5. Al Cristo gótico de Leyre
6. Leyre siempre

XXI: "DE BLANCO Y MUCHOS SIGLOS" 427
1. Mi primera visita al monasterio de La Oliva
2. La iglesia cisterciense
3. El claustro y la sala capitular
4. Hitos históricos del monasterio
5. Visión desde el exterior
6. Peralta y La Oliva

XXII: IRACHE: MONASTERIO Y UNIVERSIDAD 440
1. Etimologías a la vera de Montejurra
2. Recorrido medieval
3. Origen y consolidación de la Universidad de Irache
4. Decadencia y clausura de la Universidad
5. La iglesia románica
6. El claustro renacentista y otras dependencias

XXIII: EN LA ATALAYA ETERNA 463
1. El joven pasionista beato José Osés Sainz
2. La beata Estefanía Irisarri Irigaray, Hija de la Caridad
3. El doctor en Teología, José Antonio Sayés Bermejo
4. Ignacio Jericó, investigador histórico-religioso
5. Tres entrañables peralteses
6. El apellido Velasco en cuatro mujeres de Peralta

Epílogo 491

Notas aclaratorias sobre las antiguas ermitas, las cofradías de Peralta y la desaparecida basílica de la Vírgen Del Pero junto al río Arga 493

Cronología (Continuación al Tomo I) 496

Fuentes documentales 500

1. Archivos
2. Bibliografía

Poemas del autor:

¡Gloriosos hermanos Caidos! 58
Sentado sobre un borrico 73
A Teresa Antomás 80
Patrona de La Ribera 114
A san Francisco Javier 120
Monaguillo 143
En el cementerio 150
Hijas de la Caridad 180
Homenaje a los Serenos de Peralta 202
Mi Escuela 206
Sacerdote y pescador 226
Cura y hortelano 228
A Félix Zarraluqui 232
Mi tío cura 257
A mi médico don Jesús Zaldo 273
Las riadas del Arga 325
Oda al río Ega 327
Discurre el rio Aragón bajo el puente de hierro 331
Romance al rey Sancho IV el Despeñado 354
Endecha al castillo de Marcilla 360
La antigua iglesia de San Adrián 377
A la Virgen del Soto 381
Junto al río Aragón 384
Al Cristo gótico de Leyre 416
Regreso a Leyre 420
Blanco concierto 421
Monje olivense 436

PRÓLOGO

Llego a Peralta con los densos calores, habituales aquí, a finales de julio en una tarde que va de caída. Momentos antes, tras repostar gasolina en la venta de Arlas, he transmitido al coche mis prisas. A través de las ventanillas me invade el aroma de la alfalfa –el "alfaz" que llaman los labradores– acabada de ser segada en los campos circundantes.

La visión de la histórica Atalaya y del viejo Campanar se va haciendo cada vez más nítida hasta llegar, por fin, al románico puente de piedra que estoy ya atravesando, con varios siglos de existencia en sus arcadas regadas de continuo por las aguas del río Arga.

Vuelvo al pueblo de mis antepasados después de varios años de ausencia. Vengo ilusionado y ávido por atisbar cada calle, recrearme con sus rincones y sorprenderme en sus encrucijadas, dispuesto a reconocer a todo aquel paisano con el que me encuentre. He venido a conjugar mis recuerdos infantiles con la realidad actual de la villa, en un voluntarioso esfuerzo por aunar el presente con lo que fue hace setenta años, y ya no es.

Vaya por delante mi agradecimiento a los habitantes de Peralta que vivieron de 1946, año en que empecé a vivir aquí, a 1956 cuando marché a residir en Pamplona. Una década prodigiosa para quien esto escribe, llena de evocaciones y añoranzas. Las personas mayores de entonces han traspasado ya el umbral de la existencia, pero el espíritu de aquellas generaciones, dolientes por los trágicos acontecimientos de la guerra civil de 1936, permanecía todavía vivo en ellas.

Y junto a su recuerdo, cada esquina, cada blasón de piedra, cada dicho popular, cada apodo, cada jota, cada aurora festiva, cada rosco de san Blas, cada vaso de vino cosechero... hacen perdurar en el tiempo la esencia de lo que Peralta fue, es y seguirá siendo por siempre.

El premio nobel Mario Vargas Llosa afirmaba: Uno no elige su niñez, en la que me tocó vivir, los recuerdos más cálidos están todos ligados a esos ritos de mi barrio. Palabras que hago mías con sólo cambiar barrio por pueblo.

Los niños de hoy y de mañana comprenderán los juegos y demás actividades de sus abuelos y demás antepasados cuando eran mueticos como ellos lo son ahora. Siempre he pensado que, a los ojos de un niño ilusionado, ni las siete maravillas del mundo juntas valen lo que una tarde de novillos sin acudir a la escuela.

Estas páginas han surgido de mi memoria a través de un recorrido por todos los vericuetos de un tiempo felizmente vivido. En la literatura actual la memoria vuelve a estar de moda, recurso de éxito que no pretendo, ya que al rememorar

mis infantiles vivencias peraltesas sólo busco la satisfacción personal y la de quienes puedan conseguirla con su lectura.

Los acontecimientos acaecidos durante la infancia se graban en el corazón de los niños con exactitud y relieve sorprendentes. Ya lo decía otro de nuestros nobeles, el poeta Juan Ramón Jiménez: *No se detiene el tiempo más que para jugar con los niños; el tiempo juega quieto con estos, pero a los adultos nos obliga a seguirle siempre.*

Cuando de mayores recordamos las emociones experimentadas de niño, las vemos como integrantes de un paraíso perdido. El hombre adulto mira siempre hacia adelante con planes ilusionados, pero al proyectarlos aprovecha las mejores vivencias de su pasado.

Si los seres humanos retornamos habitualmente a las querencias del paisaje que nos vio nacer y crecer, yo no he podido evadirme de ese influjo. Por ello he entroncado mis infantiles vivencias peraltesas con el paisaje y los acontecimientos acaecidos en el pueblo durante diez años.

De ahí que me complazca recorrer los campos del regadío de un verde lujuriante y las parcelas del monte con un austero color pardo, las viviendas humildes en las cuevas del monte y las amplias casas solariegas de ladrillo con escudos de piedra en sus fachadas y aleros de madera en los tejados.

Y en este marco estructural recupero el semblante de tantas personas, vivas en mi retina, pero que me han precedido en la muerte y ya moran en "la Atalaya eterna del más allá".

Si leer un libro es disfrutar de una grata compañía silenciosa, escribir éste ha supuesto para mí un gozo permanente. A ello se debe la presencia de veintisiete poemas en sus páginas. Son un desahogo lírico por la complacencia que he sentido al describir paisajes y momentos determinados.

Escribe el filósofo Laín Entralgo: *Todo cuanto alguien lee, es por él personalmente recreado.* Estos recuerdos míos podrán adquirir, pues, una recreada y nueva realidad cuando alguien los lea.

El Padre Flórez en el prólogo de su Historia Sagrada escribía: La mayor parte de los sucesos narrados aquí son de índole sagrada, porque lo civil tiene forzosa conexión con lo religioso. Un profundo sentido de lo trascendente impregnaba la vida de España en los años de posguerra que describo, tiempos de un evidente nacional-catolicismo. Durante ellos nací, crecí y me educaron. Por eso el factor religioso está muy presente en estas páginas. De los seis a los dieciséis años de edad, mi inteligencia no captaba completamente el ambiente creado en Peralta por la tragedia fratricida de poco tiempo anterior y que continuaba en el recuerdo de muchas familias. A setenta años de distancia, aquellos

acontecimientos cobran ahora relieve en estas páginas tamizadas por la nostalgia.

Sólo me resta decir que he redactado los veintitrés capítulos de esta segunda parte de ***La villa de Peralta de Navarra: Recuerdos y Vivencias,*** con menos cortapisas circunstanciales que los veinticinco de la primera parte de ***La villa de Peralta: Fuentes para su Historia, Tradiciones y Leyendas,*** debido a que los archivos en los que me he documentado ahora están mayoritariamente en el "disco duro" de mi memoria. No obstante, agradezco a las personas que cito en el prólogo de la primera parte, porque también han aportado sus recuerdos y publicaciones para esta segunda. Gracias de corazón.

Peralta, 1985

Valencia, 2011 y 2025

CAPÍTULO I: LA GUERRA CIVIL DE 1936 Y LA POSGUERRA

1. Antecedentes: la cuestión agraria

La reforma agraria en España fue una preocupación constante de los gobiernos republicanos, que no lograron solucionar después de celebrar múltiples sesiones de las Cortes. Se comenzó con un proyecto de ocupación temporal de los latifundios que terminó en los arriendos de los mismos. Entre 1931 y 1932, en algunos pueblos cercanos a Peralta -- Mendavia, Lodosa y Murillo -, los campesinos jornaleros accedieron a las explotaciones de las corralizas de particulares, pero no a la propiedad. Sin embargo, en Valtierra, los corraliceros se negaron a un acuerdo con el ayuntamiento, regentado entonces por la izquierda, porque lo creían oneroso a sus intereses. Con este motivo, 35 ayuntamientos, entre ellos el de Peralta, determinaron emprender una acción conjunta para conseguir, mediante la debida indemnización, la devolución de los comunes aprovechados por los particulares. Un segundo proyecto de las Cortes contemplaba ya una expropiación indemnizada, pero acabó de forma mucho más moderada y no satisfizo las aspiraciones de campesinos, jornaleros y colonos, que se encontraban realmente en precario.

A partir del fallido golpe militar de Sanjurjo, se crearon el Instituto de Reforma Agraria (IRA) y las Juntas Provinciales para que acometieran la expropiación sin indemnizaciones, repartiendo las tierras muertas e improductivas entre los labradores más necesitados, medidas que terminaron en fracaso. En Navarra ni siquiera se iniciaron, porque vulneraban las leyes forales.

La aplicación de una nueva ley, elaborada durante el bienio de los moderados, llamada Contrarreforma agraria, y considerada regresiva por los partidos de la oposición, fue encomendada a la Diputación. Pero por todas partes se multiplicaron los pleitos en un clima de odio y venganza.

Según los conservadores, la ley consolidaba las instituciones sociales del Fuero y garantizaba la propiedad privada y el patrimonio familiar; gracias a ella pueden pasar centenares de miles de colonos a propietarios, y multitud de braceros a colonos y aparceros [1]. El triunfo del Frente Popular derogó la ley anterior, reponiendo al IRA, que en pocos meses favoreció al campesinado con medidas más propicias.

A partir de febrero de 1936 hubo acciones violentas e invasiones de las grandes fincas privadas, resueltas a veces mediante pactos con los propietarios terratenientes, quienes lógicamente trataban de defender sus derechos.

El ambiente concreto de Peralta respecto a esta problemática social del campo lo cuentan las plumas especializadas de Virto y Arbeloa*: En los años de la Segunda República el mercado de trigo se hunde, la Azucarera de Marcilla*

cierra sus puertas y el regadío únicamente sirve de abastecedor para la familia del campesino, y el sobrante para el pequeño mercado comarcal, sin mayores atractivos económicos. Pero la situación de hambre física padecida en mayor o menor grado por una parte del vecindario, obliga a buscar tierra a renta para asegurar algún alimento básico de trigo y patatas para el resto del año.

En Peralta la falta de comunal regable empeoraba las condiciones de vida, ya que una parte importante de las tierras de regadío se hallaba en manos de un pequeño número de propietarios. En 1934 el Ayuntamiento realiza un informe sobre los dueños de los campos de regadío que en el catastro sumaban más de diez hectáreas de tierra de esta clase, o su equivalente en Navarra a once robadas, por ser esta cantidad la máxima que la Ley Agraria permitía para no ser incluido entre los afectados por la ley.

En la relación se apuntan 29 nombres con 9.469 robadas en conjunto. De las 15.000 robadas de regadío permanente en la villa, tres propietarios poseían ellos solos 4.000, distribuidas entre la familia Arrechea con 2.045 robadas, los herederos del conde de Peñaflorida con 1.020 y el duque de Miranda con 822. Estos desajustes en la propiedad, con 140 familias que carecían totalmente de tierra, o la tenían en proporción insignificante en el regadío, provocaban el malestar de la clase trabajadora, que veía incluso a vecinos de Falces cultivar los campos de Peralta.

El primer Ayuntamiento republicano hace suyo el problema a finales de 1932, e intenta llegar a un acuerdo con los principales arrendatarios de los vecinos foráneos, y que algunos de estos arrendatarios acaparaban en opinión del Ayuntamiento un número de robadas superior al que podían trabajar normalmente. La propuesta municipal se reduce a una cesión de tierras a la clase baja por parte de los renteros; los que trabajasen de 35 a 100 robadas dejarían para otros el 15 % de la tierra arrendada, y sería del 20 % para los que superaran las 100 robadas.

Las 1.200 robadas que se esperaba conseguir de este modo serían suficientes para paliar, al menos provisionalmente, el problema. Los propietarios por su parte aceptaban el convenio, siempre y cuando el Ayuntamiento saliera fiador de los pagos. Tales cesiones apenas se realizaron, y sólo en algunos casos pasaron a manos de los pobres terrenos que podían calificarse de improductivos o ruinosos por la renta exigida. El fracaso de las gestiones radicalizó las posturas de los campesinos militantes de Izquierda, que provocan talas e incendios en las cosechas.

El conflicto no alcanzó mayor gravedad, según la UGT, debido al gran civismo de los braceros que del hambre han hecho una virtud. El sindicato socialista quiso constituir también un grupo autónomo de campesinos sin tierras

que tuviera como objeto "tomar posesión de todas las tierras que este año han quedado vacantes, y que han ido a parar a manos de individuos acaparadores y por eso cultivan mal y siempre son los enemigos del régimen.

Una situación agraria tan explosiva no facilitó la convivencia dentro ni fuera del Ayuntamiento. Estos acontecimientos crearon un ambiente muy sensibilizado a favor de la reforma agraria, el reparto de comunales y su colonización colectiva [2].

La Comunidad de las Bardenas, con una superficie de 480.748 robadas, donde el terreno roturado alcanzaba 137.106 robadas de secano y 585 de regadío, también soportaba enormes desigualdades en el aprovechamiento de sus tierras por parte de los 22 pueblos congozantes y el monasterio de La Oliva. Las ordenanzas que entraron en vigor en 1926 no regulaban el disfrute equitativo de las tierras bardeneras, dando lugar a diferencias y litigios entre pueblos y labradores. Uno de sus artículos decía: *Cada vecino rotura el terreno que le parece conveniente, y si deja de cultivarlo tres años seguidos, se entiende perdido su derecho, volviendo el terreno al acerbo común para que otro lo aproveche* [3].

A pesar de que cada labrador gozaba de igualdad teórica para roturar las tierras de las Bardenas, esta paridad resultaba más aparente que real, habida cuenta en primer lugar de la escasa posibilidad económica de la mayoría de los campesinos y, en segundo lugar, de la lejanía de algunos pueblos de los terrenos asignados, más aún con los medios de transporte de entonces.

Peralta –el pueblo congozante más alejado de las Bardenas después del Roncal– está a quince kilómetros de las tierras productivas bardeneras más cercanas.

Por eso muchos peralteses no cultivaban allí ninguna robada, y otros se limitaban a una sola, beneficiando así a otros congozantes, que se enriquecían gracias a sus mayores posibilidades y menor distancia a la zona cultivable.

Mientras miles de campesinos pobres, por carecer de medios económicos, no tenían acceso al usufructo comunal de las Bardenas y arrastraban una vida de miseria, 150 o 200 familias acaudaladas roturaban las dos terceras partes de las 137.600 robadas, en lotes de 1.000 a 1.500, y todo ello sin satisfacer canon alguno a la comunidad, ni pagar contribución.

Pero no paraba aquí el abuso, pues algunos roturadores, cual, si fueran dueños de los terrenos, los arriendan, los llevan en aparcería, y hasta se da el caso vergonzoso de venderlos mediante documentos privados; en una palabra, los bienes del común, cuya finalidad primordial es la protección de los

necesitados y el pan de los pobres, como dice la Ordenación Aragonesa, vienen siendo usufructuados por unos cuantos, en su mayoría ricos [4].

Este abuso de quienes se aprovechaban tan descaradamente de la explotación comunal tenía que desaparecer en virtud de los más elementales principios de equidad, y por la salvaguarda de los intereses y derechos de los campesinos pobres, dando a cada pueblo congozante la posibilidad de obtener lo que realmente le correspondía.

Para asegurar que los campesinos pobres pudieran laborar la parte que les tocaba, se introduciría el sistema colectivo de colonización, entregando a las organizaciones campesinas de los municipios la tierra suficiente, y facilitando créditos, semillas, aperos y demás maquinaria, que serían amortizados con una módica cantidad anual, de acuerdo con las posibilidades de cada uno.

El mismo programa proponía efectuar las obras de carácter hidráulico que fueran posibles, para aumentar las zonas de terrenos regables, a fin de hacer más fértiles y productivas las Bardenas. Programa que desgraciadamente no llegó a efectuarse.

2. Hermanos en pie de guerra

Creo que no están restañadas totalmente las heridas producidas con la Guerra Civil Española, y que no lo estarán hasta que hayan desaparecido las generaciones que vivieron tan tristes acontecimientos, y que padecieron directamente sus trágicas consecuencias. Sobre todo, en las comunidades rurales, donde la convivencia se vio gravemente alterada, como fue el caso de Peralta. Hoy la sensibilidad acerca de esta cuestión es todavía patente.

Pero esta guerra fue una realidad que no se puede soslayar. Ha sido y sigue siendo fuente inagotable para escritores de todos los signos políticos, tanto españoles como extranjeros. Y poco puedo hacer yo con mi silencio para olvidar lo acaecido. Voy a limitarme a dar las pinceladas imprescindibles del desarrollo general de la contienda, con la repercusión que tuvo en Peralta.

Yo nací a un año escaso del fin de la guerra. Sólo puedo aportar lo vivido por otros o el fruto de la investigación de terceros. Haciendo un esfuerzo de imparcialidad, me ahorraré detalles que pudieran herir susceptibilidades.

Es de todos conocido que la espoleta definitiva que prendió fuego a la Guerra Civil fueron los asesinatos del teniente de la Guardia de Asalto, José Castillo, militante socialista, ocurrido el 12 de julio de 1936, y del diputado conservador, José Calvo Sotelo, al día siguiente, en claro contraataque de represalia. Ambas

muertes provocaron un clamor de desaprobación general. Los entierros de las víctimas se desarrollaron en climas crispados, que hacían presagiar el conflicto.

Los preparativos del golpe militar que ya estaba en marcha se aceleraron y se desató la contienda el día 18 del mismo mes de julio. España se dividió en dos bandos: la cornisa cantábrica, levante y la capital de la nación se manifestaron leales a la Constitución y fieles al poder instituido, mientras que Aragón, Castilla la Vieja, Navarra, la Rioja, Galicia, Cádiz y Sevilla, se inclinaron del lado de la sublevación. Los militares alzados contra la legalidad esperaban adhesiones que no tuvieron, con las que pensaban terminar rápidamente el golpe, imprimiendo por la fuerza otra legalidad de signo político diferente.

El levantamiento de los militares se inició en Marruecos con el apoyo de los generales Yagüe, Sanjurjo, Cabanellas, Goded, Mola, Franco, Saliquet, Varela y Queipo de Llano. Franco cruzó el estrecho de Gibraltar cuando ya se luchaba en numerosas ciudades con mandos militares indecisos y la República entregaba armas al pueblo. Junto a la mayoritaria Navarra, tradicionalista y conservadora, apiñada en torno al general Mola, la Navarra republicana e izquierdista –aproximadamente una cuarta parte de la población– sucumbió ante la primera [5].

En algunos pueblos de La Ribera hubo dura resistencia al golpe militar por parte de bandos simpatizantes con el Frente Popular. Por todo ello, durante los primeros meses de la guerra, sufrieron profunda conmoción la población y sus instituciones.

La publicación del bando de guerra, la presencia de requetés armados en los pueblos y los primeros muertos provocaron un pánico generalizado. Los días 18 y 19 de julio hubo ya víctimas en Azagra, Cascante, Cáseda, Corella, Falces, Lodosa, Tudela y Pamplona. Muchas gentes de izquierdas de La Ribera huyeron hacia las provincias de Zaragoza y Logroño, mientras otros muchos, también peralteses, morían fusilados en las cunetas de las carreteras y en las tapias de los cementerios [6].

En Navarra la Guardia Civil jugó un papel decisivo en estos primeros días de la contienda, al cerrar filas junto a Mola, pese a que su comandante, José Rodríguez Medel, ardiente republicano, había sido enviado a la comandancia de Pamplona pocos días antes con la misión de "republicanizar" a la Benemérita. Poco antes de su muerte violenta a manos de sus subordinados, había ordenado a los 76 puestos de la Guardia Civil destacados en Navarra, que se concentrasen en Tafalla el 18 de julio. Por eso, en esa fecha, los pueblos de La Ribera estaban desasistidos de esta fuerza pública.

Las cinco compañías de la comandancia de carabineros de Navarra, distribuidas en cincuenta y siete puestos próximos a la frontera con Francia, no fueron tan unánimes en su postura como la Guardia Civil, ya que parte de sus

miembros permanecieron leales a la República, por lo que algunos de ellos fueron depurados y otros, pasando la frontera, volvieron a entrar en España por territorio republicano, poniéndose al servicio del gobierno legítimo de la nación.

Tomo de Virto Ibáñez los acontecimientos de los tres primeros días que siguieron al alzamiento de los rebeldes en Peralta y sus alrededores.

En Azagra, al marcharse concentrada la Guardia Civil, los partidos izquierdistas, con predominio de los socialistas, se lanzan a la calle en la noche del 18 al 19 de julio. Grupos armados patrullan por la villa hasta el día siguiente, en que la Guardia Civil, declarado ya el estado de guerra, vuelve a controlar el orden público. De inmediato los elementos de izquierda más comprometidos cruzan el Ebro o se refugian en el campo, donde coinciden con fugitivos de las poblaciones vecinas.

De igual modo, el 18 por la noche el secretario de Buñuel y su auxiliar "anduvieron preparando para echar gente a la calle con el fin de entablar lucha con la Guardia Civil y Milicias de Falange". También en Alsasua grupos armados de carácter izquierdista controlan la villa y la carretera general durante esa noche.

Tras la muerte de Rodríguez Medel, Mola pone al frente de la comandancia de la Guardia Civil al coronel de Infantería Alfonso Beorlegui. Desde la mañana del día 19 cinco o seis grupos de guardias civiles recorren en camionetas los pueblos más significativos de Navarra, animando al vecindario a ponerse al lado de los militares rebeldes. La confusión en estos momentos es enorme. El alcalde republicano de Valtierra, Moisés Bobadilla, vigila con alguaciles y serenos la carretera de Zaragoza a Pamplona, creyendo en vano que la Guardia Civil estaba de su lado, hasta que los hechos le convencen de lo inútil de su actitud.

Estas idas y venidas de la Guardia Civil permiten a Mola tener despejadas las vías hacia Zaragoza –por donde vendrían los convoyes de armas–, Somosierra y los Sectores del Frente del Norte. También favorecen el libre acceso a Pamplona, sin mayores contratiempos, de las Milicias del Requeté y la Falange movilizadas en las primeras horas del domingo.

La lectura del bando de guerra el 19 de julio provoca en La Ribera la desbandada general de los hombres que militaban en partidos y sindicatos de izquierda. Muchos de ellos se ocultan en regadíos cercanos, fascales de mieses o en corrales de ovejas desperdigados por el campo. Muy pronto el hambre y las promesas de respetar su vida, que también las hubo, les hará regresar a sus casas y presentarse ante la Guardia Civil. A todos los esperaba la cárcel, y a buena parte de ellos el pelotón de fusilamiento. Los fugados no cuentan con armas, las han abandonado o escondido en su precipitada huida […]. Desde las alcaldías se conmina a quienes posean armas a entregarlas bajo pena de fusilamiento.

La Guardia Civil, como puede comprobarse en este bando, pretende controlar el orden público siguiendo las órdenes de Mola, bajo amenazas de muerte. Aún hoy su lectura sobrecoge el ánimo por la dureza de las medidas, "manu militari", tan habituales durante las guerras civiles del siglo XIX [7].

ORDENO Y MANDO:

1º: Todo elemento extremista que al darle el grito de VIVA ESPAÑA no conteste de igual forma, será pasado por las armas en el acto.

2º: Al presentarse las autoridades a las inmediaciones de su domicilio y no salga el personal que haya dentro del mismo antes de la llegada de la fuerza con los brazos en alta gritando VIVA ESPAÑA, serán pasados por las armas en el acto.

3º: Todo personal extremista, sin distinción de sexo, que se encuentre dentro de la localidad o en el campo sin llevar un brazalete blanco en el brazo izquierdo y un volante que será entregado en el Ayuntamiento, será pasado por las armas en el acto.

4º: Todos los edificios o pisos habitados por los elementos extremistas tendrán, durante los días que dure el estado de guerra y a partir de los ocho de la mañana hasta las siete de la tarde, abiertas las puertas y ventanas con las cortinas quitadas, para ser vistos por la Fuerza. El que no cumpla lo ordenado se hará fuego sobre el edificio o persona que en el mismo se encuentre mayor de 16 años.

5º: En los registros domiciliarios que efectúe el personal a mis órdenes, en los edificios habitados por personal de derechas y encuentre en ellos oculto algún elemento extremista, éste será pasado por las armas en el acto y al dueño del edificio se le aplicará como encubridor lo que marca el Código de Justicia Militar.

6º: Todo individuo extremista, cuantas veces salga y entre del campo se presentará en el Ayuntamiento, a su salida para recoger el volante y a su entrada para entregarlo; advirtiendo que aquel que no lo efectúe y se le encuentre en el campo será pasado por las armas.

7º: Se advierte al personal de derechas que, si algún individuo se interna en su domicilio violentamente, bien perseguido por la Autoridad o por cualquier otra circunstancia, si no lo pone inmediatamente en conocimiento de las Autoridades, se le aplicará lo que marca el Código de Justicia Militar como cómplice o encubiertor[8].

Con la Guardia Civil de su parte y bajo la dirección de un militar de confianza, Mola encarga a este cuerpo armado las tareas de controlar la retaguardia. Misión que la Guardia Civil de La Ribera Alta realiza con el apoyo de fuerzas del ejército con guarnición en Estella. Desde las primeras horas del día 20 los camiones de soldados recorren los pueblos ribereños de los valles del Ega y del Arga, con el fin de respaldar con su presencia las actuaciones de la Guardia Civil y elementos de derecha. […].

Los días 19 y 20 de julio varios vecinos de Peralta y Funes comunican a la Guardia Civil del Puesto de Peralta que, en un corral de albergar ganado, sito en el término municipal de Azagra, se había concentrado gente huida de los pueblos de Azagra, Andosilla, Funes, Peralta, Rincón de Soto y Aldeanueva de Ebro. El comandante de Peralta planea capturarlos con la ayuda de la compañía del batallón de Estella que había intentado adueñarse de Rincón de Soto.

Pero órdenes superiores impiden abandonar el pueblo a las fuerzas del ejército, para colaborar en la batida que les proponen de Peralta. El comandante de la Guardia Civil busca entonces el concurso de vecinos derechistas de Peralta y Funes. Con este grupo heterogéneo de paisanos y guardias civiles el comandante ataca el corral de los refugiados el día 21; unos sesenta hombres rodean el corral, causando a los encerrados algunas bajas.

Perseguidos de cerca, los izquierdistas abandonan como pueden el corral para desperdigarse por los campos. Parte de ellos cruza el Ebro y otros encuentran refugio en un soto próximo. El seguimiento de estos hombres lleva a los de Peralta y Funes hasta las cercanías de Rincón de Soto en La Rioja. El comandante de Peralta decide aprovechar la ocasión y penetrar en este pueblo, para colaborar con las fuerzas del ejército en su intento de controlar la población.

En Rincón los navarros tropiezan con fuerte resistencia. Un intenso tiroteo se entabla entre los dos bandos, hasta que, puestos en contacto las fuerzas del ejército y los voluntarios, la situación se torna por el momento favorable a los leales a Mola.

Pacificado Rincón de Soto de modo temporal, el capitán del ejército encarga a los voluntarios navarros la misión de someter la vecina población de Aldeanueva de Ebro, todavía en poder de las izquierdas. A su llegada los navarros encuentran cercado el cuartel de la Guardia Civil, ellos mismos son recibidos con disparos procedentes de los centros izquierdistas.

Con grave riesgo para su vida el comandante de Peralta logra entrar en el cuartel. Poco después los guardias y algunos paisanos refugiados en la casa hacen una salida para intentar el enlace con los recién llegados. Y pronto los elementos de derechas pasan de dominados a dominadores.

De vuelta hacia Rincón el camión de los voluntarios es atacado en las inmediaciones de este pueblo por tiradores a resguardo de árboles y hortalizas. Pie a tierra se intensifica el tiroteo contra los navarros.

Pero ya en Rincón el nuevo orden impuesto por los rebeldes a la República parecía inamovible. Mientras tanto corrían noticias por Peralta de la inminente llegada de dos camiones con camaradas izquierdistas de Alfaro. De ser cierto el rumor, no he podido comprobarlo, Peralta hubiera retornado siquiera por unas horas al bando republicano. Y también Funes. La escasez de voluntarios para vigilar el interior de la población permite a un gran número de mujeres del bando opuesto salir del pueblo y recorrer los campos, con el fin de que los huidos conocieran las noticias y regresaran cuanto antes. De vuelta a casa los voluntarios de Peralta y Funes reciben información sobre las intenciones de las izquierdas.

Cuando desde Peralta se observa a lo lejos la llegada de unos camiones, los elementos de izquierdas, creyéndolos de su facción, inician el ataque contra las personas de derechas que en corto número prestaban servicio de vigilancia por las calles. La presencia de los camiones con guardias civiles y paisanos armados no basta para restablecer el orden; en Peralta se desencadena un verdadero combate dentro de la población –predominan las escopetas de posta–-, con dos heridos de derechas, uno el propio comandante de la Guardia Civil, y un muerto de izquierdas.

La Guardia Civil terminaría por controlar a los seguidores del Frente Popular en Peralta. El 23 de julio tiene lugar un enfrentamiento similar al de Peralta en el cercano pueblo de Funes, donde resulta muerto otro paisano de izquierda. La represión que siguió a estos hechos fue durísima: unas setenta personas de Peralta caerían fusilados en los tres meses posteriores, según noticias [9].

Dentro del territorio dominado por los nacionales o fascistas –términos empleados por la derecha y la izquierda, respectivamente– solo en Navarra se dio el caso de que la insurrección militar contó inmediatamente con un levantamiento popular casi masivo. Y digo casi, porque también hubo asomos de resistencia como los que acabamos de leer y que fueron brutalmente sofocados en pocos días.

Aunque el alzamiento esperaba triunfar en cuestión de días, se crearon juntas de matar, que tenían como misión allegar recursos para los combatientes que, en numerosos pueblos, sobre todo de La Ribera, se dedicaron a depurar a elementos izquierdistas, denominados rojos por el bando nacional. Estas juntas catalogaron a los vecinos, obligando a los sospechosos a llevar un brazalete distintivo, bajo pena de conducirlos a prisión o ejecutarlos.

Se prodigaron cortes de pelo al cero y otros ultrajes a las mujeres republicanas, que se veían obligadas a tocarse la cabeza rapada con un pañuelo. La violencia fue grande en las villas de las merindades de Olite, Tudela y parte de la de Estella, mientras que las áreas menos afectadas resultaron las merindades de Pamplona y Sangüesa [10].

Durante los primeros meses del alzamiento, el clero instó a los casados por lo civil en los años anteriores a que lo hicieran por la iglesia. Incluso llevaba a veces a las mujeres hasta las cárceles donde estaban presos sus maridos para casarlos en vísperas de la ejecución. Se celebraron también bautizos solemnes de niños ya mayorcitos que no habían recibido este sacramento durante la República [11].

El 19 de julio fueron destituidos todos los concejales izquierdistas que quedaban en los ayuntamientos navarros. Los alcaldes de Azagra, Buñuel, Caparroso, Castejón, Estella, Fitero, Lodosa, Mendavia, Sartaguda y Tudela, además de muchos ediles, secretarios, alguaciles, guardas y serenos, fueron ejecutados [12].

El 27 de julio, la Diputación, restaurando uno de los más importantes derechos forales de que había sido injustamente desposeída Navarra, restableció la Junta Superior de Educación para restablecer la organización y el régimen de la enseñanza primaria, extendiendo sus facultades a los institutos de secundaria y a las escuelas normales y especiales. Decretó reponer los crucifijos en las escuelas y recobrar la enseñanza de la religión católica, prohibir la coeducación escolar de ambos sexos, reabrir los colegios religiosos que habían sido clausurados y revisar los nombramientos de profesores y maestros. Hubo destituciones y purgas de enseñantes sospechosos de izquierdismo. Antes de finalizar el año fueron ejecutados un inspector de enseñanza, dos profesores de instituto y no menos de veinte maestros. Las depuraciones abarcaron también el ámbito material: se incautó y destruyó parte de los fondos de bibliotecas públicas, escolares y particulares [13].

3. Los combatientes navarros

Controlada toda la provincia por los sublevados desde el primer día, no hubo combates en el territorio de Navarra. Sin embargo, los largos meses de guerra acabaron con la vida de dos personas por cada cien habitantes. Los combatientes navarros que acudieron a las filas nacionales durante los tres años que duró la contienda fueron 40.109, que distribuidos por su afiliación política y otras procedencias dan las cifras siguientes: Requetés 11.069, Falange 6.919, Acción Popular 107, Renovación Española 2, reemplazo 20.365, voluntarios 1.489, sin datos 160 [14].

La particularidad de Navarra no es que contribuyera con mayor número de hombres que otras zonas de España a las tropas de Franco, pues con el llamamiento de los sucesivos reemplazos el número sería parecido al de las demás provincias, sino que muchos de los navarros se movilizaron de forma voluntaria en los primeros días del levantamiento y jugarían un papel decisivo al controlar rápidamente la frontera de Irún. Que la mitad de los combatientes navarros se enrolaran en filas voluntariamente se debe sin duda a las condiciones políticas y sociales que vivía Navarra en 1936 y a la extraordinaria implantación de la derecha en su territorio [15].

La Iglesia por su parte influyó poderosamente sobre la población. En Navarra, tal vez mejor que en ningún otro lugar, se entendió a la primera el mensaje de cruzada con que los insurrectos aureolaron el levantamiento armado [16]. Hasta 82 capellanes voluntarios había en julio de 1936 en los tercios de Requetés [17].

Amenazas de fusilamiento y psicosis de terror lograron, por otra parte, que cerca de medio millar de hombres, políticamente indiferentes o militantes de partidos de izquierda, se alistaran como "voluntarios" en el tercio legionario de Sanjurjo, que combatió en el frente de Teruel. Entre ellos figuraron 117 hombres de Lodosa, 53 de Peralta, 47 de Mendavia, 32 de Sesma, 31 de Funes, 27 de Sartaguda y 26 de Andosilla. De todos ellos murieron 104, casi todos combatiendo [18].

Según el testimonio de un superviviente, el tercio legionario fue diezmado hasta un total de 300 hombres en los campos de San Gregorio de la academia militar de Zaragoza, donde habían sido recluidos [19]. De ellos, 203 eran navarros, procedentes casi todos de pueblos de La Ribera.

Los efectivos navarros hicieron acto de presencia desde el primer momento en cuantos frentes fueron reclamados. Desde las peñas de Aya frente a Guipúzcoa, hasta el Alto del León; desde Robregordo en Somosierra, hasta Quinto en tierra aragonesa; desde Peña Lemona en Vizcaya, hasta Brunete en Madrid, Navarra siempre estuvo presente: en el norte, en el sur y en el centro [20].

De los 65 tercios de requetés que hubo en España durante la guerra, los que señalo a continuación estuvieron integrados por milicias exclusivamente navarras, o fueron mixtos, con soldados también de otras provincias: los de Pamplona, Abárzuza y Santiago marcharon hacia Madrid; los de Lácar, Montejurra, San Miguel, Navarra, Nuestra Señora del Camino, Lesaca y San Fermín, estuvieron en Guipúzcoa y en el Norte; finalmente, el de María de las Nieves fue hacia Aragón.

Otros tercios se llamaron: Cristo Rey, Roncesvalles, San Francisco Javier, Nuestra Señora del Rey, la Barranca, Móvil, Auxiliar, Columna de Orden y

Policía, Unidad de Ingenieros y Zapadores y Radio Requeté de Campaña. Casi todos engrosaron las Brigadas de Navarra, nervio del ejército del Norte, mandado por el general Solchaga [21].

En noviembre de 1937 la guerra había costado ya más de 5.000 vidas navarras entre las víctimas de la represión y los combatientes caídos, sobre todo en los frentes de Guipúzcoa y Vizcaya.

Desde la toma del Norte hasta el final del enfrentamiento murieron 1.700 navarros más, incluidos los fallecidos a causa de las heridas de guerra durante el quinquenio siguiente.

Liquidado el frente del Norte, muerto inesperadamente Mola el 3 de junio de 1937, y convertido Franco en Generalísimo de los ejércitos sublevados, Caudillo y Jefe del nuevo Estado en noviembre del mismo año, las brigadas de Navarra disfrutaron de un descanso merecido en su tierra. Franco les otorgó la Cruz laureada de San Fernando [22].

El 30 de julio de 1936 la Diputación acordaba centralizar en la dirección de Agricultura los servicios encaminados a la recogida de cosechas, organizando la prestación de personas y maquinarias para aquellos pueblos en los que los campos habían quedado sin brazos por la ausencia de hombres, incorporados voluntariamente a los frentes de batalla. El 5 de agosto se aseguraba en la Caja de Navarra la trilla gratuita de las cosechas, mediante trilladoras facilitadas a las familias que tuvieran hombres en la guerra. El día 29 se constituyó una Junta técnica para estudiar un plan tributario, que incrementase los fondos con objeto de subvenir a las necesidades originadas por las concesiones de subsidios a las familias de los voluntarios [23].

Dos hechos importantes inclinaron la balanza de la guerra del lado de los nacionales en 1938: la llegada al Mediterráneo de las tropas de Franco y la batalla del Ebro, que se saldó con un grave desgaste de las tropas republicanas que la iniciaron. Los nacionales llegaron al mar el día 15 de abril ocupando Vinaroz y Benicarló. Procedían de las montañas de Teruel y, en su avance, produjeron la división del área del centro republicano, aislando Cataluña de la región valenciana, de Murcia y de las tierras leales a la República situadas más al sur.

Se llegó a ello después de la batalla de Teruel entre finales de 1937 y los primeros meses de 1938, bajo fríos que no se conocían desde el año 1903. Teruel estuvo en poder de los nacionales y después de los republicanos, pero el 22 de febrero pasó nuevamente a las fuerzas de Franco. Desde allí se inició la ofensiva de Aragón y la marcha hacia la costa mediterránea.

La respuesta republicana fue la ofensiva del Ebro, la batalla más larga, cruenta y crucial de la Guerra Civil, en la que un cuarto de millón de hombres se enfrentó en dos formidables formaciones entre el 25 de julio y el 16 de noviembre de 1938. Un cuadrado de 37 x 17 kilómetros fue escenario del combate donde se dieron cita más de 1.000 cañones, 300 carros de combate y 500 aviones. Hubo tres fases: un avance republicano decidido, una estabilización de los frentes y una contraofensiva de los nacionales, que obtuvo finalmente la victoria. El resultado, sumando ambos ejércitos, fue el siguiente: 130.000 bajas, 40.000 en el lado de las tropas rebeldes y 90.000 en el republicano.

Desde principios de 1939 se vio que era imposible una recuperación de los ejércitos republicanos y que la guerra estaba decidida a favor de la causa de los llamados nacionales. El quince de enero era tomada Tarragona, y el veintiséis, Barcelona. Valencia y Madrid caerían en cuestión de semanas.

El cese de la guerra en Cataluña en el mes de febrero desestabilizó aún más la situación. Mientras buena parte del Gobierno y de las Cortes estaba en la zona de Alicante, muchas personalidades del régimen republicano emprendieron el camino del exilio en los días finales de marzo desde los puertos alicantinos y el aeropuerto de Albacete. Por mar y aire salieron miles de españoles hacia Argelia y países del norte de África: y por las fronteras francesas muchos otros se enfrentaron a destinos inciertos. En pocas semanas, dirigentes sindicales, políticos, científicos, filósofos, artistas, escritores, pensadores y periodistas dejaron con dolor la España que amaban. El 30 de marzo entraron en Valencia las tropas del general franquista Aranda.

4. El hospital militar de Peralta

Dejemos hablar a Juan M. Campo Vidondo y José M. Gastón Aguas: Navarra fue la única región del estado español en la que la insurrección militar de 1936 se vio acompañada de un levantamiento popular, lo que sirvió, en determinados momentos de base para la creación de una red sanitaria con garantías de retaguardia. En este sentido, Peralta, por su localización geográfica relativamente cercana a los frentes de guerra, recibió el encargo, junto con otras localidades navarras, de constituir durante la Guerra Civil un centro de acogida de heridos. Este hecho vino a perturbar la ya de por sí alterada vida de la población, especialmente en su economía y en la seguridad ciudadana.

En los meses de otoño de 1937, la actividad en el frente de Aragón era particularmente intensa, lo que obligó a acelerar los preparativos para la formación de esos centros asistenciales. En el invierno, se iniciaron los trámites para crear en Peralta, por iniciativa militar, el hospital que se llamó Nuestra Señora de Nieva, dedicado a recibir convalecientes. Anteriormente ya existía

otro lugar con estas mismas funciones, ya que, con el inicio de las operaciones en 1936, se había habilitado el viejo hospital de San Miguel como establecimiento sanitario.

Sin embargo, las deficiencias eran notables, y ello obligó a las autoridades militares de Navarra, ante las nuevas necesidades y perspectivas tácticas, a llegar a un acuerdo con las religiosas de esta localidad con el fin de solventar esas carencias.

En virtud de este convenio el Estado se comprometía a abonar, con cargo al Banco de Guerra, las estancias que causasen enfermos o heridos como consecuencia de la guerra para librar a nuestra patria del marxismo. Terminados los preliminares, se inauguró formalmente el 10 de enero de 1938 y llegó a tener una capacidad de 200 camas.

Las relaciones entre el recién creado hospital y el Ayuntamiento fueron siempre cordiales. Sus disponibilidades financieras eran escasas, por lo que la corporación municipal aprobó unas partidas con cargo a los fondos municipales, para efectuar con ellas la instalación del alumbrado y obras de reparación y adaptación.

A pesar de estas asignaciones, el director volvió a solicitar nuevas ayudas, porque los pagos del Estado se iban a llevar a cabo una vez que las estancias se hubieran producido.

La contienda había afectado notablemente a las arcas municipales, tradicionalmente deficitarias, y por ello los corporativos remitieron en febrero, dos oficios a los vecinos de la villa interesándoles en la entrega de ropas, camas y otros efectos, para conseguir de esta forma pertrechar adecuadamente al nuevo centro.

El Ayuntamiento apeló a sus sentimientos patrióticos y caritativos, ya que consideraba esos donativos como “una gran aportación al buen curso de la guerra y a la Patria”. La invitación era “voluntaria”, aunque, en el caso probable de no ser entregados, la autoridad estaba capacitada para requisarlos.

Asimismo, con el fin de estar siempre al corriente de sus necesidades económicas, se designó una comisión de dos concejales, ampliamente facultados para tomar decisiones, y se mandó a los oficiales de la secretaría que fueran a trabajar una hora diaria.

El centro, emplazado en las escuelas y en alguna habitación de la casa de caridad, no era un hospital de campaña, sino que fundamentalmente se dedicó a tratar los casos menos graves y a procesos de rehabilitación y convalecencia. El servicio sanitario encargado de atenderlos fue el mismo que existía anteriormente en el pueblo, lo que da una idea de la inoperancia que pudieron

alcanzar los casos atendidos. Los enfermos que presentaban mayores problemas eran enviados inmediatamente a Pamplona.

Los gastos ascendieron a 230.000 pesetas, que fueron abonadas en su totalidad por el Estado, salvo 600 pesetas de donaciones voluntarias de los peralteses.

Una partida importante la constituyó la destinada a adquirir medicamentos, y su análisis nos permite comprobar en qué medida pudieron afectar las actividades bélicas en su funcionamiento.

Los meses con menos consumo fueron febrero, junio y julio de 1938. Ello se debe, en primer lugar, a que en febrero el frente de Teruel se dio por finalizado y se produjo una relativa tranquilidad; en segundo lugar, porque la primera parte del verano se dedicó a preparativos y no a acciones espectaculares que produjeran gran cantidad de heridos.

En el resto de los meses, la marcha de la guerra incidirá notablemente, en especial desde agosto hasta octubre, que fue el periodo en el que se desarrolló la sangrienta batalla del Ebro.

Ésta, por ser una lucha de desgaste, no sólo provocó un aumento de los muertos, sino también del tipo de enfermos aptos para ser recibidos en hospitales con las características del de Peralta.

Los alimentos supusieron el mayor dispendio económico y fueron adquiridos en la localidad, excepto la carne que se compraba en Falces. Entre los proveedores habituales encontramos a Felipe Sorrosal, Santiago Ruete, Victoriano Troyas, Dolores Sobejano, Juan Jericó, Julio Arpón, Julián Campo, Jacinto Sayés, Matías Barcos y Camilo Arricivita.

En cuanto a las estancias, podemos afirmar que su número es comparable a las que, en el mismo periodo, se dieron en otros centros de características similares, como, por ejemplo, el de Tafalla. Estas se tasaban a 4,50 pesetas diarias y no se solían prolongar, por su misma naturaleza, excesivo tiempo; por lo general, oscilaban entre una y tres semanas y la mayor parte de los enfermos pertenecían al cuerpo de tropa.

La ocupación de Barcelona dio por concluida la actividad de este establecimiento, clausurándose formalmente el 15 de febrero de 1939. Su cierre produjo una extraordinaria actividad para conseguir volver a la normalidad, devolviendo a los diversos lugares de origen los utensilios que se habían empleado.

Por su parte, el Ayuntamiento elaboró un presupuesto extraordinario para atenciones derivadas de la guerra, cuyo pago se consiguió con un recargo del 2

% sobre la riqueza catastral del municipio, que ascendía a 1.200.000 pesetas sin contar los bienes concejiles [24].

5. Los primeros años de la posguerra

La Guerra Civil acabó el 1 de abril de 1939, después de casi tres años de enfrentamiento. El general Franco escribía de su mano el último parte de guerra, ya clásico en la literatura bélica, que fue leído por Radio Nacional:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Hechos sobresalientes de los vencedores habían sido la defensa del Alcanzar de Toledo, la ocupación de Extremadura, la toma del Norte, la ofensiva de Aragón, las batallas de Teruel y del Ebro, la salida al Mediterráneo por Vinaroz, la ocupación de Barcelona y las tomas de Andalucía y Valencia. Todo ello a costa de una España masacrada. Pero además de las víctimas de los frentes, hubo infinidad de muertos por las venganzas, el odio político –influido muchas veces por pasiones personales–, los ajustes de cuentas pendientes y la intolerancia, por mucho que entonces, y aún ahora, se traten de justificar.

Si en la España republicana se prodigaron los *paseos* de los comités revolucionaros, que sacaban de sus casas a los tenidos por desleales a la causa republicana para ejecutarlos tras juicios sumarísimos o sin ellos, en la España sublevada no fue menos activa la muerte: docenas y docenas de personas fueron fusiladas sin proceso garantista.

En la parte republicana la muerte alcanzó a obispos, sacerdotes y religiosos de ambos sexos, a personas significativas de la derecha, a hacendados y a gente simplemente piadosa, o a quienes mostraron actitudes intransigentes. En la otra parte, líderes obreros y campesinos, sindicalistas notorios, maestros liberales, militantes socialistas, comunistas y anarquistas, corrieron idéntica suerte.

Otra de las más tristes secuelas del odio y la animadversión fue el saqueo e incendio de iglesias y conventos en toda la España republicana, por no hablar de los absurdos destrozos que toda guerra ocasiona en el patrimonio nacional. Ambos sectores contendientes recibieron ayuda internacional de tropas y armas que alargó innecesariamente la guerra. Sin aquella, posiblemente se hubiera resuelto mucho antes el conflicto. Mientras las tropas de Franco obtuvieron socorro de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia, los ejércitos de la República admitieron apoyos de las Brigadas de Voluntarios Internacionales de Rusia y otros países.

El nuevo régimen personalista de Francisco Franco, Jefe del Estado y del Gobierno, Generalísimo de los Ejércitos, Jefe del partido único y Caudillo de

España, no respetó las libertades de la democracia liberal e impuso múltiples restricciones políticas.

Al término de la guerra le quedaba por delante la reconstrucción de un país destruido, la recuperación de una economía en quiebra y el penoso restablecimiento de una nación empobrecida y carente de alimentos básicos. Además, veía con temor la guerra europea, que podría de nuevo envolverle y que la soslayó gracias al mantenimiento de una estricta neutralidad.

Todo esto no fue óbice para llevar a cabo una durísima represión en los inmediatos años de la posguerra: se encarceló y ejecutó a cientos de personas por sus acciones anteriores tanto en lo civil como en lo militar, en lo político y lo sindical, con juicios sin garantías. Y fueron muchos los que vieron truncadas sus vidas profesionales mediante un expediente de depuración que los separó de la vida pública.

A partir de la victoria, el bloque dominante, hegemonizado por la burguesía agraria, configuró en torno a la concentración de poderes en manos de Franco un régimen político que participó de las características de una dictadura militar, con destacada presencia de militares en ministerios y empresas, así como de miembros de la Falange Tradicionalista y de las JONS, de sindicatos verticales de obreros y patronos y de municipios orgánicos [25].

Se dio una marcada centralización política, cultural, administrativa y económica. Quedaron proscritos los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales obreras, por lo que sus miembros tuvieron durante años que permanecer en el exilio o en la cárcel.

En 1940 se promulgó la ley contra la Masonería y el Comunismo, y en 1941 la de Seguridad del Estado. Por la Ley Fundamental de 1945, se creaban las Cortes, cuyos procuradores eran natos, según la función que desempeñaban en la Administración, y solamente tenían carácter consultivo.

En 1945 el Carlismo se dio cuenta de que estaba siendo engañado y utilizado. Entre 1944 y 1949 perduró cierta resistencia activa al nuevo régimen, a manos de guerrilleros armados afines a otros grupos republicanos que siguieron activos, sobre todo por los montes Pirineos y al amparo de la frontera con Francia.

Aparecían a veces por los extensos descampados de las Bardenas en forma de pequeños grupos de comerciantes para no hacerse sospechosos. Eran los llamados *maquis*

6. De la política autárquica a la democracia

Por una resolución de la ONU de 1946, el régimen de Franco se consideró nocivo para la paz, con la consiguiente ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales de todos los países, excepto Portugal y Argentina.

En 1947 se promulgó la ley de Sucesión. En ella se reconocía a la monarquía, pero Franco se reservaba la proposición de un sucesor a título de rey frente a las pretensiones de don Juan, conde de Barcelona, hijo de Alfonso XIII, que reclamaba la legitimidad dinástica. De los 256.741 electores navarros, dieron el sí a la ley 234.793, y el no, 3.095; votaron en blanco 3.458 y se abstuvieron 15.395.

Entre 1939 y 1950 dominó en España una política autárquica de abastecimientos, ante una situación desastrosa: los pueblos y las industrias eran auténtica ruina, los capitales y la tecnología habían emigrado, la escasez de alimentos era realmente preocupante, paliada en la mayoría de las familias con el agudo ingenio que procura la supervivencia, todo ello apoyado en las clases agrarias y en la pequeña burguesía conservadora. En este ambiente se fundaron en Peralta dos cooperativas para el mejor aprovechamiento y fomento de la producción local: *la Bodega San Francisco Javier* en 1948, y *la Cooperativa Obrera Católica* en 1949.

La dictadura no permitió en Navarra una gobernación diferente de la del resto del Estado. Solo consintió un régimen foral que respetaba la estructura administrativa municipal de ayuntamientos y juntas. Con todo, un decreto franquista de 1952 aplicó a los ayuntamientos el procedimiento electoral orgánico de cabezas de familia, sindicatos y corporaciones.

La Diputación navarra mantuvo su composición tradicional de siete diputados: uno por cada merindad, con dos más, uno por Pamplona y otro por Estella, en función de su mayor densidad demográfica. Todos ellos personas cualificadas en sus ambientes locales. El gobernador civil figuraba legalmente como presidente de la Diputación, pero era el vicepresidente –siempre el diputado de más edad– el verdadero responsable y el ejecutor político.

En 1951 comenzó un tímido aperturismo al exterior, que resultó progresivo. Desde un punto de vista pragmático hay que destacar lo bien que vino la ayuda humanitaria enviada a España entre 1955 y 1960 por los Estados Unidos de los excedentes lácteos de aquel país.

Se repartieron entre los chicos en edad escolar y otros necesitados, bajo el control de los maestros y las entidades benéficas. ¿Quién de mi generación no recuerda aquellos grandes botes llenos de un queso amarillento, mantequilla y leche en polvo? Los envases metálicos, una vez vacíos, se convertían muchas

veces en maceteros para lucir calas y geranios en los balcones y ventanas de Peralta y otros pueblos.

Durante los últimos años de la década de los 60 la economía de Navarra sufrió importantes cambios en la estructura de sus sectores productivos, consecuencia de un progreso imparable de industrialización, que hizo desaparecer el régimen de manufactura y trasvasar activos del sector agrario, al incorporarse la actividad económica a la dinámica consumista.

La población navarra aumentó exiguamente, alcanzando en 1960 la cifra de 402.042 habitantes, crecimiento inferior a la media nacional. La tasa de natalidad se mantuvo, mientras que la mortalidad descendió bruscamente, debido sobre todo a los adelantos médicos.

Este aumento moderado se dio igualmente en Peralta por idéntica causa, alcanzando la cifra de 4.050 habitantes.

A partir de 1960, Navarra, que había experimentado una permanente sangría de población por la emigración de sus gentes, empezó a tener saldo inmigratorio positivo al integrarse en el territorio trabajadores de otras regiones de España.

Peralta inició entonces un proceso de industrialización que paralizó la emigración de sus vecinos, acusando incluso un ligero cupo de inmigración, que ha ido en aumento desde entonces para satisfacer los trabajos temporales del campo, pero sobre todo las necesidades de personal de las pequeñas y medianas empresas de nueva implantación.

La Ribera en general, y Peralta en particular, mantuvieron grandes extensiones dedicadas a los cultivos tradicionales de trigo, cebada, vid, remolacha, forrajes, productos hortícolas y olivo. Y de forma notable se incrementaron los que estaban relacionados con el proceso inicial de industrialización conservera. Desde principios de los años cincuenta se observó también un incremento de la productividad debido a la mejora y motorización de aperos y demás utillajes del campo, a la concentración parcelaria promovida por la Diputación y al aumento de tierras de regadío impulsado por el Instituto Nacional de Colonización.

En Peralta la producción y comercialización de la leche de vaca quedaron aseguradas por *la Cooperativa Lechera San Blas*, fundada el 27 de febrero de 1963 [26].

Hacia 1973 el sector agrícola peraltés, aun siendo considerable, ya que más de un 30 % de la población activa seguía empleada en él, había dejado la primacía a la industria con un 44,4 %, mientras casi un 25 % se empleaba en unos servicios muy elementales, casi sin especificación [27].

En diciembre de 1966 se aprobó en referéndum la ley Orgánica del Estado. En Navarra, de 276.000 electores votaron afirmativamente 233.595, negativamente 5.580 y el resto de los votos se repartieron entre blancos, nulos y abstenciones.

El 20 de noviembre de 1975 murió Franco. La noticia, pese a ser esperada por la larga agonía del general, causó profundos sentimientos de toda índole entre los españoles. Con su muerte se cerraba una etapa de 40 años, que daba paso a una monarquía por deseo del mismo dictador. El 27 del mismo mes el rey era entronizado oficialmente.

Tras la jura, Juan Carlos I pronunció un discurso que era una clara convocatoria a todos los españoles para el consenso y la participación en libertad dentro de un orden justo e igualitario: *Esta etapa que hemos de recorrer juntos, se inicia en la paz, el trabajo y la prosperidad, junto al esfuerzo común y la decidida voluntad colectiva*.

También apeló a la unidad de los españoles: Que todos entiendan con generosidad y altura de miras que nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional. En el referéndum celebrado el 15 de diciembre de 1976 para la reforma política, los peralteses votaron mayoritariamente a favor de ella.

Así se abrió el periodo actual. Una Constitución de consenso fue aprobada el 6 de diciembre de 1978 por el 80 % de los españoles, con solo un 8 % en contra. En Peralta, 2.150 votantes le dieron el sí, frete a los 310 que la rechazaron; 155 votaron en blanco.

Esta Constitución define a España como un país social y democrático, basado en los principios de libertad, igualdad, justicia y pluralidad; se garantiza el derecho a la autoridad regional; se establece la mayoría de edad a los dieciocho años; se garantiza la libertad religiosa, ideológica, de palabra, de prensa y reunión; se permiten los sindicatos y las reuniones empresariales; recoge un parlamento bicameral y dispone la transmisión de la Corona.

En las elecciones generales a Cortes del 15 de junio de 1977, los habitantes de Peralta votaron a los siguientes partidos políticos con estos resultados: UCD 914 votos, PSOE 723, Alianza Foral Navarra 299, Agrupación Foral Navarra 91, Unión Navarra Independiente 22, Partido Comunista de España 134, y entre Carlistas de Montejurra, Agrupación Electora de Trabajadores y otros, un total de 294 [27]. Resultados parecidos se obtuvieron en las elecciones generales del 1 de marzo de 1979, en las que aparecen por primera vez en Peralta las candidaturas de UPN y HB.

Estos son los votos emitidos en las elecciones del 29 de octubre de 1982. De un censo de 3.234, votaron 2.871, obteniendo el PSOE 1.155, UPN-AP-PDP-UL 869, UCD 426, HB 95, CDS 90, EE 80, y otros partidos 70 en total; cifras que se repiten con poca variedad en las elecciones de junio de 1986. Finalmente, en las elecciones celebradas el 29 de octubre de 1989, de un censo de 3.448 electores, se acercaron a las urnas 2.594, siendo de nuevo el PSOE el más votado con 1.092 sufragios, siguiéndole UPN-PP con 940, CDS con 151, IU con 149, EE con 34 y otros varios con 97 en total.

Para Navarra, celosa defensora de sus Fueros, el establecimiento institucional de un Estado que ampara y regula las autonomías, ha sido un espaldarazo del buen camino recorrido por ella en solitario durante siglos.

Las instituciones navarras, avaladas por su buen funcionamiento, la tradición histórica y los símbolos identitarios se recogen en la ley orgánica de 1982, y las sucesivas leyes que la desarrollan, con la reintegración y amejoramiento del régimen foral.

Los resultados para las diversas candidaturas políticas en las tres primeras elecciones al Parlamento Foral, celebradas junto con las municipales, son los siguientes: En la del 3 de abril de 1979 el censo fue de 3.182, los votos emitidos 2.640, de los cuales correspondieron a UCD 1.005, al PSOE 394, a AEPM 86, a UPN 459, al PCE 232, a UNAI 226 y al PC 195.

En las elecciones del 8 de mayo de 1983, de un censo de 3.316 votaron 2.739, correspondiendo al PSOE 1.023 votos, a UPN 449, a AP-PDP-UL 747, a HB 79, a EE 174, al PC 85 y a otros partidos 136. Finalmente, en las elecciones del 10 de junio de 1987, el censo fue de 3.404 y votaron 2.748 a las siguientes candidaturas: PSN-PSOE 1.003, UPN 381, HB 101, CDS 186, UDF 619, AP 143, y otros 211 [28].

En los comicios municipales, que coincidieron con estas elecciones, las siglas de las candidaturas peraltesas fueron: Agrupación de Agricultores (AA), Agrupación de Agricultores y Ganaderos (AAG), Agrupación Independiente de Peralta (AIP), Unión Peraltesa de Izquierdas (UPEI), Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Centro Democrático y Social (CDS) y la agrupación AP-PDP-UL. En los dos primeros comicios obtuvo la alcaldía el concejal de la Agrupación de Agricultores, José Mª Jiménez, y en el tercero el concejal del PSOE, Rafael Busto. Para el ingreso de España en la Alianza Atlántica, los peralteses emitieron 1.245 votos en sentido afirmativo y 766 en negativo [29].

Paisaje de las Bardenas Reales de Navarra

NOTAS:

1. Palabras del padre Gafo, diputado a Cortes, tomadas de Huici Urmeneta, V. y otros en *Historia contemporánea de España*, pág. 187.
2. Virto, J. J. y Arbeloa, V. M. *La cuestión agraria navarra, III (1900-1936)*, art. rev. Príncipe de Viana, núm. 174, 1985, págs. 268 y 269.
3. Ferrer Muñoz, M. *La cuestión de las corralizas durante la II República,* art. rev. Príncipe de Viana, núm. 180, 1987, págs. 261-267.
4. Ibíd., pág. 264.
5. Virto Ibáñez, J. J. *Algunas aportaciones a la historia de la Guerra civil de 1936 en Navarra,* art. rev. Príncipe de Viana, núm. 178, 1986, pág. 557.
6. Ver el libro de la Asociación de Familiares de Asesinados en Navarra: *¿No, General! ¡Fueron más de 3.000 los asesinados!*, Pamplona, 1984. Libro que ofrece nombres por municipios es la respuesta al libro de R. Salas Larrazábal: *Los fusilados de Navarra en la guerra de 1936,* que da la cifra de 1.100.
7. Virto Ibáñez, J. J., ibíd., pág. 560.
8. Id., bando de la Guardia Civil. En apéndice documental.
9. Id., págs. 561-563.
10. Huici Urmeneta, V. y otros, ibíd., págs. 209 y 210.
11. Ibíd., pág. 203.
12. Ibíd., págs. 205 y 206.
13. Ibíd., pág. 203.
14. Pascual Bonis, A. *Navarra 1936. Insurrección militar y/o levantamiento popular*, I Congreso de Historia de Navarra desde los siglos XVIII al XX, 1986, pág. 135. - *Fichero de combatientes*, que guarda más de 40.000 fichas individuales y *Subsidio de Combatientes*, con más de 20.000 expedientes, AGN.
15. De los 700 afiliados que tenía la Falange en junio de 1936, pasó a ser el partido mayoritario en sólo tres semanas. En octubre de 1936, se concentraron en Pamplona 16.000 falangistas. El 18 de abril de 1937 Franco decretó la creación de un partido único, Falange Española Tradicionalista y de las JONS.
16. En septiembre de 1936 Pío XII bendijo la Cruzada española, poniéndola España de ejemplo en la defensa de la civilización cristiana.
17. Archivo diocesano de Pamplona. Estadística de junio de 1937 que recoge una relación de 49 capellanes voluntarios en ese momento en los frentes de guerra.
18. Pascual Bonis, A., ibíd., nota 15, pág. 142.
19. Ibíd., pág. 134.
20. Esparza, E. Pequeña Historia del Reino de Navarra, pág. 118.

21. Zubillaga J. M. Los orígenes y frutos del Nacionalismo Vasco, pág. 128.
22. El 8 de noviembre de 1937.
23. Esparza, E., ibíd., págs. 119-121.
24. Campo Vidondo, Juan M. y Gastón Aguas, José M. Apuntes de una Historia de Peralta: El Hospital Militar de Peralta (1937 -1939), págs. 77-79.
25. Huici Urmeneta, V. y otros, ibíd., pág. 215 y ss.
26. Enciclopedia Histórico-Geográfica de España, 1983, vol. IV, pág. 67.
27. *Gran Enciclopedia de Navarra*, voz PERALTA, Comptos, C. de Ahorros, 1990.
28. Ibíd.
29. Ibíd.

CAPÍTULO II: LOS AÑOS DEL ESTRAPERLO

1. Dos guerras como telón de fondo

Nací el 10 de febrero de 1940, apenas diez meses después de terminada la Guerra Civil, y a los tres meses de haberse iniciado la Segunda Guerra Mundial. Mi padre, Simón González Lorente, natural de Calahorra, que vivía en Azagra con mi madre peraltesa, María Velasco Moreno, y su primer hijo, Fernando, de tres años de edad, tuvo que acudir a la llamada de las armas como todos los hombres hábiles. Le tocó el frente del Norte en las Brigadas de Navarra. En abril de 1938 nació el segundo hijo, Francisco Javier. María y mis dos hermanos acudían en tren hasta Vitoria para ver al padre, cuando su compañía estaba acuartelada en esta ciudad.

Los primeros años de mi vida transcurrieron, por tanto, mientras se desarrollaba la contienda bélica mundial, en la que España no participó más que con una expedición especial de voluntarios. Recuerdo vagamente que cuando asistía al parvulario de las monjas de Peralta oía comentar a los mayores, noticias de esa guerra. Entonces yo, a todas las guerras, –las que oía y las que veía en los tebeos de *Hazañas bélicas* de mis hermanos–, las refundía en una sola, la reciente Guerra Civil Española que aparecía como telón de fondo en la vida social peraltesa, y que por mi temprana edad no percibía con claridad.

Su recuerdo, como ya he dicho anteriormente, seguía vivo en la gente e impregnaba las conversaciones de los mayores, sus modos de vida, y hasta sus trabajos agrícolas y artesanales. Aunque no se pretendiese, ese estado de ánimo se nos transmitía también a los niños, que lo trasladábamos a nuestros juegos bélicos por las calles del pueblo. Aunque un incipiente sentimiento de concordia evitaba mencionar los nombres de las personas que habían desaparecido en esa guerra.

Los chicos no discerníamos el significado de los vocablos *fascista, rebelde, nacional, rojo, gubernamental, republicano, derecha, izquierda, alzamiento, cruzada, liberación* y otros similares que oíamos a la gente mayor. El adjetivo *rojo* estaba tan asimilado a la política que, hasta muy tarde, no lo identifiqué con el nombre de un color, entre otras cosas porque en Peralta lo llamábamos sencillamente *colorau*.

Recuerdo haber oído en aquellos años la siguiente historieta que José Mª Iribarren recogió en una de sus obras populares, y que indudablemente tiene visos de verosimilitud. Cuenta graciosamente que un voluntario de Peralta, *mucho* valiente, pero casado, con hijos pequeños, y en edad ya de no pegar tiros, peleó en los primeros meses de la guerra tan bravamente que le nombraron cabo. Pasado un tiempo, el hombre se cansó de tanto tiro. Por otra parte, la mujer, su

prole y el trabajo lo reclamaban. Por lo que un día se sintió fuerte y fue a ver al capitán:

-Mi capitán, vengo a decirle que hi pensau en volveme a mi pueblo; que esto ya es mucha guerra, y yo aquí no hago falta; que tengo mi mujer, mis mocetes y mi miaja de tierra.

El capitán trató de disuadirle:

-Parece mentira; con lo valiente que eres y lo mucho que todos te queremos.

-Nada. *Que quío volveme a casa*. Ya está bien cuatro meses. Más falta hago yo allí que aquí.

-Pero bueno, ¿tú no saliste voluntario?

-Sí, señor…, pero me s´ha quitáu la voluntá.

El capitán no pudo menos que reírse. Había ya resuelto acceder a tan justa petición, pero fingió resistirse con un nuevo argumento.

-Además, eres cabo; tú no debes abandonar así a tu escuadra…

-Si soy cabo, *¡que me descaben!* –replicó el peraltés, inventando para el diccionario un nuevo verbo [2].

Mientras frecuentábamos en Peralta el parvulario de las Hijas de la Caridad, asomábamos nuestras diminutas naricillas a una gran sala, fría y desconchada, del hospital, junto a nuestras aulas en la planta baja del edificio. Veíamos allí camas vacías, altas y metálicas, adosadas a las paredes, entre los ventanales que daban a la huerta. Y nos contaban los chicos mayores que ya iban a las Escuelas que en aquella enorme sala y en las aulas que nosotros utilizábamos, había funcionado durante la guerra un hospital de sangre para los heridos que traían del frente de guerra.

No puedo precisar con exactitud el sentimiento que producía en mí la expresión *hospital de sangre*, pero sí recuerdo que, al oírla, entraba por mi cuerpo un hormigueo que me duraba un buen rato. Las chicas de las clases superiores, autoerigidas en protectoras de nuestros pocos años, nos hablaban de los soldados marroquíes que descansaban a temporadas en el pueblo, y nos relataban sus costumbres relacionadas con la observancia de los preceptos coránicos.

Conforme yo iba creciendo, me enteraba de que Peralta había vivido, como tantos otros pueblos de Navarra y de España, sucesos tristes y sangrientos que dividieron y envenenaron la vida de muchas familias. Por desgracia, el desbordamiento de las pasiones, alentado por propagandas partidistas, y a veces

por la incultura, mezclaron las rencillas personales, los odios y resentimientos, con cuestiones políticas, propiciando el revanchismo y el crimen.

Muchos varones de Peralta habían acudido a las Brigadas de Navarra por reclutamiento o de forma voluntaria y en el Tercio de Sanjurjo hubo numerosa presencia de peralteses. Por el contrario, otros se enrolaron en las filas del ejército republicano.

Acabada la guerra, Navarra se replegó sobre sí misma, decepcionada por el centralismo del llamado Movimiento Nacional, del que no obtuvo apreciables beneficios compensatorios. Los jóvenes de los últimos reemplazos permanecieron acuartelados largos meses, sacrificando su juventud en una milicia sin sentido, cuando sus brazos eran necesarios para levantar sus casas y haciendas, y sus inteligencias precisaban de la formación y los estudios propios de esos años.

2. Gitanos y húngaros trashumantes

En Peralta no hubo muchas familias gitanas estables [3]; a lo sumo tres o cuatro integradas socialmente y dedicadas al entonces próspero oficio artesanal de la cestería. Sin embargo, de vez en cuando se presentaban clanes enteros de gitanos con sus carromatos y caballerías. Acampaban por los parajes de las eras, al extremo opuesto del cuartel de la Guardia Civil. Ejercían oficios legales, como estañador, esquilador, tratante de ganado, etc., que les servía a algunos de tapadera para otras actividades ilegales más rentables. Como yo no paraba quieto en casa –según dicen–, me enteraba enseguida de la llegada de estas caravanas. Y no tenía reparo en entretenerme a jugar con los gitanillos de mi edad que se acercaban al centro del pueblo.

A primera hora de una tarde de verano, un viejo calé reñía a su hijo –o tal vez era su nieto– porque estaba perdiendo el tiempo jugando conmigo. *¡A pedir o a pillar!,* oí que le decía al pequeño entre amagos de golpearle. Como al gitanillo yo le había dicho que era monaguillo, se negó a sacar las monedas de los cepillos de la iglesia, como solía hacer en los demás pueblos. Me enseñó una lengüeta metálica muy fina con la anchura del dedo pulgar, impregnada de una pasta pegajosa, para introducirla por las ranuras de las cajetas de las limosnas parroquiales y sacar las perras depositadas por los fieles.

Aquella familia gitana tenía también un chiquillo de pocos días. Y mi reciente amigo me contó con toda naturalidad que en cada pueblo se detenían poco tiempo, el necesario para rebautizar al recién nacido en cada pueblo, obteniendo así las ayudas pertinentes, tanto en especie como en metálico de las instituciones civiles y religiosas. Como eran años de exaltación religiosa, estos

gitanos poco escrupulosos se aprovecharon de las circunstancias sacado partido de su picaresca. Esta amigable indiscreción de mi amigó gitanillo, contada después por mí inocentemente en casa, acabó con la reiterada recepción de bautismos, sacramento irrepetible por naturaleza.

Años más tarde, estudiando yo en Pamplona, supe que un gitano adolescente se había escondido durante toda la noche en la iglesia parroquial de Peralta con la intención de desvalijar cómodamente todos los cepillos de las limosnas, y escapar por la mañana al abrir la iglesia. Pero a media noche, creyendo accionar el conmutador de la luz en la sacristía, activó el del campanil eléctrico, despertando con sobresalto a la gente. Lo cogieron completamente asustado y fue entregado a la Guardia Civil, que lo retuvo un día en el calabozo y lo expulsó del pueblo junto con su familia. Por los detalles que me dieron comprendí que aquel ladronzuelo no había sido otro sino el gitanillo amigo mío de años anteriores.

La presencia de gitanos en Navarra no es un hecho exclusivo de aquella posguerra. Un texto de 1549 ya prohibía la estancia de gitanos en el reino, lo cual indica que se dedicaban a actividades poco recomendables, pues en él ordenan las Cortes de Tudela que, una vez hallados, se les dé cien azotes y se les expulse del reino [4]. Posteriormente se promulgaron otras leyes más filantrópicas y contrarias a la anterior. Una de 1780 se refiere al modo de incardinar a los gitanos en oficios y medios de vida honestos y a cómo han de fijar su domicilio y educar a los niños [5].

La mención de los gitanos –que en otras regiones españolas se les llamaba húngaros– me trae al recuerdo unos niños de Hungría, Alemania, Austria y de otras naciones centroeuropeas, que en 1946 llegaron a España para una larga temporada. Provenían de ciudades y familias maltratadas por la guerra mundial. Llegaron con un aspecto deprimido y sin conocer nuestro idioma. Varias familias peraltesas acomodadas acogieron exclusivamente niñas.

Algunos de mis amigos, a los que naturalmente yo envidiaba, tuvieron durante un tiempo una nueva hermana de tez sonrosada y cabellos rubios. A todos los muetes nos gustaban aquellas chicas tímidas y calladas. Transcurrido el tiempo estipulado, cuando ya hablaban medianamente el castellano y se habían restablecido física y psíquicamente, volvieron a sus respectivas naciones.

Durante muchos años las familias de acogida de aquellas niñas, hoy ya madres y abuelas, guardaron entrañables lazos de cariño hacia ellas, que mantuvieron visitándose mutuamente en ocasiones señaladas. Con su presencia, yo descubrí que las guerras acarreaban consecuencias de expatriación, aunque fuese temporal, y que también muchos niños españoles habían marchado pocos años antes a las naciones tras el telón de acero –expresión que empezaba

entonces a hacer fortuna–, permaneciendo allí durante largos años, a causa de las ideas políticas de sus padres, contrarias a las del régimen dictatorial impuesto en España después la Guerra Civil.

3. Las cartillas de racionamiento

Fui un niño bien alimentado, cuando muchos chicos de mi generación, sobre todo quienes vivieron en las ciudades, no pueden decir lo mismo. En los pueblos la vida fue más llevadera. Huertos y corrales cubrían la alimentación básica. Mis padres tenían un horno de pan en Azagra, donde nací y viví los primeros años de mi vida. Escaseaban los artículos de primera necesidad, y los superfluos se adquirían mediante el llamado *estraperlo*.

El abandono parcial de la agricultura durante la Guerra Civil, las malas cosechas de los primeros años de posguerra y, finalmente, la contienda mundial al otro lado de nuestras fronteras, descapitalizaron los pueblos.

Hay quien afirma que los sabañones que nos atormentaron a los niños de mi generación durante aquellos inviernos fueron consecuencia de la mala nutrición padecida, pero yo también los tuve y estaba bien alimentado Algunas familias remediaron el hambre con la ayuda del Auxilio Social, institución que facilitaba comidas a los más necesitados. En Peralta, la cocina de esta Institución funcionaba en el piso alto de las Escuelas Nacionales, junto al local del "Cine de los curas". Unos recipientes metálicos, de dos y tres senos superpuestos, sujetos mediante varillas laterales, recogían los alimentos para llevarlos a sus casas.

Los labradores entregaban a disgusto los cupos de trigo en los almacenes del Servicio Nacional, situados en un extremo del paseo del Arga, dando ocasión a que cada cual se reservase clandestinamente la mayor cantidad posible de grano para molerlo a escondidas.

En las panaderías se elaboraba pan integral para el consumo general con los 200 kilogramos de trigo asignados a los varones y los 150 kilos discriminatorios a las mujeres. Éstas, en el horno de las cocinas económicas de las casas, alimentadas con carbón y leña, cocían a escondidas el pan blanco de harina refinada que le proporcionaban los molineros a cambio de grandes cantidades de trigo, o comprada a precios abusivos. Si se acababan las existencias de este cereal, se elaboraba entonces pan de centeno. Quién nos iba a decir cincuenta años más tarde que el pan integral de centeno y de otros cereales iba a abastecer las mesas exquisitas mediatizadas por una lucrativa moda dietética.

Peralta practicó con los pueblos vecinos el intercambio clandestino de aquellos productos cuya comercialización estaba reglada. Se hacía a través de los caminos del monte y del campo para evitar la vigilancia de la Guardia Civil,

que actuaba por las carreteras. Y aunque muchas veces hacían la vista gorda, otras hicieron requisas y decomisos de los productos adquiridos de estraperlo. Por los pueblos de La Ribera el estraperlo estaba generalizado y nunca estuvo mal visto moralmente. Se cuenta que, habiéndole preguntado una mujer a un cura castizo de estas tierras si era pecado practicar el estraperlo, le contestó con cierta sorna: *es pecado si te cogen, en caso contrario, no hay pecado.*

Incluso se contaban hazañas dignas de elogio y simpáticas situaciones de apuro, sorteadas por los estraperlistas delante de los fielatos de las ciudades para evadir los consumos. Algunas mujeres aparatosamente gruesas adelgazaban de repente una vez pasados por la aduana disimuladamente encubiertos los artículos controlados. Aunque las tasas no suponían más que unos céntimos, no gozaban de la simpatía de las gentes que habitualmente sólo llevaban un paquete viandas o una lata de aceite.

Apenas terminada la guerra, el racionamiento de los artículos de primera necesidad se estableció oficialmente en toda la nación. En un principio se hacía mediante cartillas familiares, que por el número de sus componentes fueron de primera, segunda o tercera clases. Los suministros repartidos consistían en garbanzos, bacalao, aceite, arroz y azúcar, según las existencias disponibles. Grandes colas de mujeres esperaban la distribución semanal. Para sustituir el café, que escaseaba, se tostaba cebada y avena y, una vez molidas y cocidas, daban un caldo oscuro que se añadía a la leche. La verdad es que, acostumbrado mi paladar infantil a estos sucedáneos, hoy lo tomo con verdadero placer cuando lo encuentro en restaurantes especializados.

Cartillas de racionamiento de la posguerra española

Además de estos alimentos hubo racionamiento de jabón, tabaco y gasolina. El carburante apenas se echó en falta en Peralta por la sencilla razón de que no había coches; solo circulaban los autobuses de viajeros de las líneas que unían los pueblos con las ciudades y la maquinaria del campo todavía no estaba motorizada.

En el mes de abril de 1943 se introdujo la cartilla individual, que se actualizaba semestralmente. Era una libreta impresa en un papel oscuro con varias hojas grapadas en el borde superior que contenían cupones numerados. En la tapa aparecía el escudo nacional con esta leyenda: *Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Colección de Cupones de Racionamiento*. Cada semana se cortaban varios de estos cupones según la cantidad de lo recibido. Las cartillas duraron hasta 1952, coincidiendo con la liberación del pan en marzo y la de los demás alimentos dos meses más tarde.

Durante estos años hubo abundante picaresca. Surgieron listillos y mangantes que hicieron su agosto a costa del hambre de sus vecinos falsificando cartillas para acaparar productos con los que después especulaban. Eran los llamados estraperlistas. En 1946 la guardia civil dió un golpe efectivo al desarticular y detener en Zaragoza a una banda de más de cien de estos estafadores.

La tarjeta de fumador fue creada el 1 de octubre de 1940. Se extendía solamente a los varones mayores de edad, aunque el individuo no fumara. Cuando se publicó la orden ministerial correspondiente, se especificaba que cada hombre debía retirar su ración de tabaco en los ocho primeros días del mes, transcurridos los cuales el fumador perdía la oportunidad [6]. Además del nombre del beneficiario, la tarjeta indicaba la fecha de nacimiento, la profesión y el domicilio, datos que avalaba cada Ayuntamiento con su cuño oficial. Con estas tarjetas también se hizo estraperlo. Los no fumadores trocaban su racionamiento de tabaco por otros productos más necesarios en la familia. En mi casa así se hacía con la cartilla de mi tío cura, que no fumaba. A los fumadores que falseaban datos o duplicaban la tarjeta se les aplicaban sanciones que iban desde la retirada del documento hasta multas de entre 500 y 2.000 pesetas, cantidades altamente punitivas en aquellos tiempos de escasez dineraria.

Dos eran las clases de tabaco nacional que se podían adquirir: el verde cuarterón, reducido de peso, que contenía en una picadura de mala calidad y fuerte olor, y la cajetilla de veinte cigarrillos envuelta en fino papel de color crema. En los bordes de ésta lucían unas rayas rojas y en el centro el escudo con el águila imperial. La picadura estaba tan llena de tronquitos que obligaba a liar los cigarrillos con más de un papel. Había cinco marcas diferentes de este papel: *Abadía, Bambú, Flor, Jean* y *Payá,* fabricadas todas en Alcoy (alicante). Por la calidad de estos librillos fueron productos de exportación a otros países.

Andaba yo entonces aprendiendo en la escuela el valor del dinero, y con estas cajetillas me formaba un buen lío: llevaban impreso el precio oficial de 0,75 pesetas, se las conocía como cajetillas de 90 céntimos y, para colmo, en el estraperlo se pagaba por ellas 1,40 pesetas. Demasiado embrollo para mis iniciales conocimientos aritméticos. Recuerdo que los fumadores menesterosos, quienes no podían pagar el escaso precio de las cajetillas de tabaco, recorrían los casinos y los bares buscando las diminutas colillas, depositadas en los ceniceros o tirada por el suelo, para liarse con varias de ellas un breve cigarrillo que llevarse a los labios.

4. Pregones y pregoneros

El Alcalde Presidente del Ayuntamiento de esta Villa, hace saber..., así empezaban los bandos municipales pregonados por el alguacil de turno, previo un aviso con tres cornetazos de rigor. Los lugares de pregón eran más o menos fijos. Yo lo oía desde la esquina del pretil que sube al Barrioalto desde la Plaza de los curas, mientras hacía los deberes escolares en casa.

Conservo un confuso recuerdo de un pregonero que tenía el apodo de *Navajas*, pero me acuerdo de forma mucho más viva de los *Molina*, padre e hijo. Ambos compartieron durante años la corneta que llevaban colgada del cinto. Tenía predilección por el padre, de nombre José, con su figura baja y rechoncha, uniformado y con galones de cabo de alguaciles en la bocamanga de la guerrera y en la gorra de plato sobre la cabeza. Se acompañaba de un bastón, no sé si por su jerarquía, por sus años o por ambas cosas a la vez. Su natural apacible lo compaginaba armónicamente con la autoridad. Para todos, muetes y adultos, fue siempre un hombre bonachón y querido. Su hijo Juan, alto y delgado, se distinguía por su cojera de mutilado de guerra. No solo compartió con el padre los oficios de alguacil y pregonero, sino también el buen carácter y su devoción a la Virgen María, pues ambos fueron los rosarieros oficiales de la parroquia, según diré más adelante.

Como el pueblo es alargado, Juan tan pronto como pudo se motorizó para aliviar su cojera Y aquella entrañable estampa con su pierna rígida sobresaliendo de la motocicleta, recorría las calles de Peralta ejerciendo su oficio de pregonero. Había que hacer un silencio sepulcral para oír el bando. Si lo que pregonaban era un asunto baladí, bastaba con un cornetazo; dos, si el tema tenía cierta importancia comercial o social, y tres, cuando era el propio alcalde quien hablaba de asuntos oficiales a través de su vocero. Antes de utilizar la corneta, lo tradicional había sido en Peralta la caja o tambor de repercusión, que todavía se seguía utilizando en los bandos que demandaban solemnidad municipal.

Estos bandos oficiales eran redactados por el secretario de la corporación en un lenguaje gramaticalmente correcto; los bandos comerciales o de noticias de escaso interés manifestaban el grado de cultura de los propios pregoneros, quienes ya contaban de oficio con frases estereotipadas. No solo de Peralta, sino de toda Navarra, se podría recoger una curiosa antología de jocosos bandos populares.

Cuando empecé a escribir este libro se me autorizó a entrar en el archivo de la nueva Casa Consistorial. Ante tantos legajos, anárquicamente amontonados todavía, centré mi atención en la carpeta de los bandos de 1951.

Transcribo tres de ellos que llevan estampado en el ángulo superior izquierdo un escudo bajo yelmo y la frase impresa de *Alcaldía de la Noble Villa de Peralta.* Finalizan con la firma autógrafa del alcalde, acompañada del sello oficial. Por entonces era la máxima autoridad municipal *Félix García Larraz,* industrial y constructor, de grata memoria en mi familia.

El primer bando data del 3 de enero y reza así: EL ALCALDE-PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE ESTA VILLA, hace saber: Que de conformidad con lo dispuesto en el vigente Reglamento de Patentes dictado por la Excma. Diputación Foral para la circulación por las carreteras de Navarra, todos los propietarios de caballerías y carruajes de agricultura, transporte y recreo y bicicletas, vienen obligados a proveerse de la correspondiente patente en la Secretaría Municipal, durante el plazo que media hasta el día 31 del corriente mes, con arreglo a las siguientes tarifas aprobadas por dicha superioridad:

- Galeras de transporte de 4 caballerías.....750 pesetas.
- Galeras de 3 caballerías.....600 “
- Carros de transporte de 2 caballerías .....300 “
- Carros de 1 caballería.....150 “
- Galeras de transporte de 2 caballerías sin muelles.....300 “
- Galeras 1 caballería sin muelles.....120 “
- Carros de 2 caballerías sin muelles.....150 “
- Carros de 1 caballería sin muelles.....100 “
- Coches particulares de 4 ruedas.....100 “
- Coches particulares de 2 ruedas..... 60 “
- Galeras de agricultura sin tiro..... 30 “
- Carros de agricultura sin tiro..... 10 “
- Caballerías, cada una..... 10 “

- Bicicletas ..... 16 “
- Bicicletas con motor auxiliar..... 40 “
- Tractores agrícolas ..... 40 “
- Remolques..... 40 “
- Placas de vehículos de transporte..... 5 “
- Placas de caballerías..... 1 “
- Placas de bicicletas..... 2 “

Lo que se hace público por medio de este bando para general conocimiento, en la inteligencia de que aquellos que no se provean de dicho documento en el plazo indicado, incurrirán en el recargo del 25 % sobre el importe de su valor, sin perjuicio de las demás responsabilidades a que hubiere lugar.

El segundo bando es del día 7 de septiembre, en vísperas de las fiestas patronales, y dice lo siguiente: El señor Alcalde HACE SABER: Que con el fin de lograr que Peralta deje en los forasteros que la visiten durante las fiestas la mejor impresión de pulcritud y aseo, he dispuesto que, al igual que en años anteriores, se practique una limpieza especial de sus calles y plazas, pero no se lograría plenamente la finalidad indicada si el vecindario todo no contribuye a ella, por tanto ordeno al mismo tiempo que durante el día de hoy y hasta la una de la tarde de mañana limpien convenientemente las aceras o partes de la vía pública lindantes con sus domicilios y retiren los carros, aperos de labranza o cualquier objeto que en la calle tuvieran depositado, bien entendido que aquellos vecinos que carezcan de locales propios para retirar sus carros pueden depositarlos en el terreno municipal contiguo al Matadero; advirtiendo a los infractores que serán denunciados por los Agentes de mi autoridad con la imposición de la multa consiguiente. Escritas sobre cuño estampillado aparecen estas palabras con trazo enérgico: Publicado en el día de la fecha. Juan Molina.

Y en el tercero, fechado el 14 de noviembre, la máxima autoridad municipal comunica a sus villanos que la junta de veintena, en sesión plenaria celebrada el día 6, adoptó el siguiente acuerdo: *El Sr. Presidente informa que el Ayuntamiento en Pleno ha hecho un estudio detenido del canon que en la actualidad vienen satisfaciendo los usufructuarios de parcelas por el aprovechamiento de terrenos comunales, consistiendo en el pago de TRES PESETAS anuales por robada de tierra de monte, CUATRO de viña en secano y OCHO en regadío, canon a todas luces insignificante si se pone en consideración el valor de los productos que de esas tierras obtienen, y también el aumento experimentado en el pago de rentas que en tierras análogas vienen satisfaciendo los vecinos.*

Por otra parte es razón poderosa de tenerse en cuenta para la elevación del canon aludido que el año 1952 terminan los contratos industriales y con ello desaparece la mayor fuente de riqueza; pues solamente de esos contratos se obtienen unos ingresos que oscilan entre las trescientas mil pesetas, con cuya cantidad se nivelan los presupuestos en estos últimos años, y si en lo sucesivo ha de mantenerse el equilibrio presupuestario este Ayuntamiento se ve obligado a someter a la consideración de la Junta de Veintena lo expuesto para si lo estiman oportuno elevar éste en un cien por cien que se considera necesario para nivelar el déficit apuntado.

Así se hace tras extensa deliberación, con el fin de atemperarlo al mínimo señalado en el artículo 318 del vigente Reglamento para la administración municipal de Navarra y lograr la debida equidad con el precio de las rentas actuales elevadas en estos últimos años por el valor dado al trigo para el pago de las mismas, y así mismo, visto el estado económico del Ayuntamiento, SE ACUERDA por unanimidad elevar el canon para la próxima partición parcelaria a efectos de pago para el 14 de agosto de 1952 en la siguiente forma: SEIS pesetas anuales por robada de tierra en el monte; OCHO pesetas por robada de viña en secano y DIEZ Y SEIS pesetas por robada de tierra en regadío. Acuerdo que se da a conocer por medio de este bando para que, en el plazo de QUINCE días, a contar desde esta fecha, los vecinos que no lo encuentren ajustado a derecho puedan intentar su reposición ante esta Corporación [7].

A principios de 1946, cuando vine a vivir en Peralta, regía la villa *José Antonio Igartua*, odontólogo con consulta privada en la calle Mayor Vieja. Guardo de él una imagen de bondadosa serenidad. Le sucedió *Plácido Bayo*, un propietario acomodado que vivía frente al convento de las monjas, en una casa ya desaparecida de la calle de Irurzun haciendo esquina con la bajada de las Escuelas hacia Las luchas. Don Plácido llenaba con mucha dignidad la presidencia de la Corporación en los desfiles procesionales, único punto de referencia al alcance de mi observación. A *Rafael Domínguez*, cuya familia tenía un prestigioso comercio de tejidos en la plaza Principal, lo recuerdo muy delgado y nervioso, contrapunto del alcalde anterior. *Pablo Jesús Osés Troyas* fue la máxima autoridad municipal hasta el nombramiento de Félix García, que ya he nombrado.

A Osés le sucedieron: Jacobo Sánchez, Carlos María Hernández Camardiel, Francisco Asín Ros, Alfredo García, Jesús Troyas, Juan Asín, Alfredo Arricibita, José María Jiménez, Rafael Busto y otros posteriores que desconozco. Todos dieron en beneficio del pueblo lo mejor de sí mismos.

Desde que se demolió el viejo caserón municipal en el centro del pueblo, que yo no llegué a conocer, el Ayuntamiento vivió de prestado durante varios años en dependencias del gran edificio de las Escuelas Nacionales. En 1954, tras doce

meses de obras, la casa consistorial volvió a su emplazamiento primitivo. El nuevo edificio consta de planta baja y dos pisos de ladrillo amarillo cara vista por sus cuatro fachadas. Tiene gracia y estilo [8], siguiendo la traza de los palacios barrocos de la villa. La fachada principal, que da a la plaza, se alza sobre un pórtico de cinco arcos de medio punto, separados por pilares. A través de estos soportales se accede al interior.

Cinco vanos adintelados se abren a una balconada corrida a lo largo del primer piso. Al escudo de la villa, labrado en piedra y encajado encima del balcón central, le acompañan dos farolas, una a cada lado. El interior del segundo piso se ilumina mediante una galería de cinco arquillos de medio punto, separados por cuatro ojos ciegos ornamentales encima de unos rimeros de ladrillo en ángulo. Remata el conjunto un sencillo alero de madera al estilo tradicional en esta tierra. Se inauguró este nuevo edificio un 11 de septiembre al comienzo de las fiestas patronales. La corporación estaba formada entonces por el alcalde *Jacobo Sánchez* y los concejales *Francisco Asín, Julio Elcid, Félix Chueca, Jesús Irigaray, José Basarte, Miguel Arrechea, Vicente Bermejo, José María Echarte y Jesús López-Vailo.* Era secretario *Francisco Villanueva*.

5. Ha llegado el momento de la reconciliación

¡Gloriosos hermanos Caidos!

Ha llegado el momento
de la realidad de los muertos,
el deseado y temido momento de la verdad
sin paliativos ni tapujos,
del adiós a tantos eufemismos,
dichos con la boca rodeando los labios,
mentiras no creídas ni por los niños.

Peralta fue el entorno físico de mi infantil atrevimiento,
sin cortapisas en el desarrollo del espíritu y de la libertad,
del cuerpo entero, en suma,
por mucho que ahora digan y escriban,
según las modas políticas,
no sé qué de coacciones
y de falta absoluta de libre albedrío.
¡Peralta!, recreada en sus siglos
con pasión y entretenimiento míos.

¡Cuánto tiempo he robado al ocio,
al sueño y a la propia familia

en la búsqueda emocionada de datos,
recuerdos, añoranzas y citas,
verdades intensas a lo largo de años,
meses, días, horas, minutos…!

A esta villa de mis antepasados,
de la que yo sólo soy hijo nativo en el deseo,
quiero sellarle para siempre
el brocal del pozo de la mentira piadosa,
proclamando a los cuatro vientos
la existencia brillante de unos paisanos hermanos,
la verdad de unos hombres de bien
nacidos también en las mismas calles.

¡Gloriosos caídos por Dios y por España
sólo llamábamos a unos muertos
cuyos nombres están impresos en letras capitales de relieve
sobre la piedra grisácea del único panteón mortuorio
permitido durante años,
que reposan del peso mortal de la fría metralla
y del plomo de las trincheras.

Nombres y apellidos los leía a la carrerilla
corriendo por el Camposanto,
y me recordaban a la lista alfabética de mi escuela:
Antomás, Asín, Barrios, Bermejo, Blasco, Boneta,
Busto, Campo, Castillo, Falcón, Irigaray, Jericó,
Legaz, Moreno, Orduña, Osés, Resano, Velasco, Vidondo…

Después me fui enterando de otro listado ignoto de caídos,
que no eran los vencedores oficiales,
a los que no se atrevían a llamar malditos,
porque sonaba a fuerte anatema,
y porque todos eran fieles católicos,
cuyos nombres, ni siquiera sus iniciales,
estaban esculpidos en piedra.

Un silencio espeso flotaba sobre los pardos tejados del ambiente,
lo captaba el radar del abierto corazón de mi niñez despierta.
¿Qué hechizos –ideales los llamaban–
habían actuado sobre ellos para ir a la muerte
como corderos al matadero,
contraviniendo el mandamiento del amor con el de la guerra?

¿Y qué poderoso acicate impelía al olvido después?

Los buenos y los malos.
¡Qué estúpida simplicidad
intentando confundir la realidad de los hechos!
¿En una lucha entre aves pelearán entre sí el Ave Fénix y el Águila?
¿Enlodarán al mirto y al laurel unos por la memoria de los otros?

Si el amor lo cantan los poetas,
lo secundan los enamorados en el tálamo,
y el mundo entero gira borracho en su derredor
tomándolo por propio eje,
¿por qué no pudo detenerse la parafernalia,
montada sobre un odio advenedizo?

¿Por qué no pudo?,
¿por qué no pudo detenerse entre hermanos?
Desde la ventana de los años de 1990
el paisaje lejano de 1936 se ve desdibujado:
el tiempo ha conseguido
lo que no pudo la ofuscada pasión de entonces.

Pero el nuevo horizonte,
fundidas las líneas de un cielo azul y de una tierra parda,
tiene espejos claros en el recuerdo
y flecos de memoria en los archivos.

También cayeron gloriosamente los otros
por la misma España enloquecida,
primero en las cunetas de los caminos y carreteras,
luego cabe las tapias de los cementerios,
al tiempo que en las trincheras de los frentes voluntario
en primera línea de fuego;
y, por fin, en el olvido proscrito de las generaciones posbélicas.

Detrás de los ojos vidriados por el llanto de las viudas jóvenes,
de las canas prematuras de tantas madres envejecidas en la espera,
de los juegos pálidos de algunos compañeros míos huérfanos al nacer,
que nunca rieron abiertamente,
hablando poco y callando casi por oficio,
intuía yo el misterio a la par que desconocía tanta tragedia,
pero intuía el secreto a voces
del obligado silencio elocuente…

Ahora el respeto a las ideas contrarias es más amplio,
casi total, y la concordia se evidencia
contando a la vida entre los valores supremos.

¿Cómo hubiesen sido los años de mi infancia
con la presencia viva de los muertos?

Una, dos, tres…, cientos de mujeres
no hubieran vivido con una mirada triste,
cuando se encontraban muy cercanas a mi persona
con la amargura entre los labios, disimulando suspiros de madre,
deseos de esposa, o ansias de hija.

Acodadas al balcón de sus casas vieron pasar
apenas ya sin lágrimas, tras la persiana verde,
mirando al crucificado en la rinconera de la cocina,
el cajón con los restos calcinados del hijo, esposo y padre
a los años de su caída,
camino del panteón
y de una reconciliación apenas iniciada.

Caídos, en definitiva, fuimos todos
con el devenir del tiempo que no para:
si en la guerra abundaron por las cunetas
y las trincheras los cuerpos sacrificados,
en la posguerra circulamos
más muertos que vivos en el espíritu,
alardeando ignorancia,
sin alcanzar la paz que ya tienen ellos.

Pero ha llegado el tiempo de la reconciliación,
reconciliación eterna, hermanos.
Vamos a dejar de una vez para siempre
el énfasis engolado de unas palabras rimbombantes.

Celebremos este momento todos,
vivos y muertos,
peralteses de ayer, hoy y mañana,
en un abrazo lírico,
como un canto a la realidad,
a la fe, a la esperanza y al amor.

Lo que tenía que llegar, llegó:
ya están todos juntos en el mismo recinto sagrado,
envueltos por la misma tierra [10], que pisaron de niños
cuando venían a rezar y a poner flores
a los abuelos aquí enterrados,
al hermanico muerto de infante.

Todos juntos en el mismo recuerdo superado y sublimado.

No hagamos caso si primero llegaron unos
y más tarde los otros, tras cuarenta años de destierro.
De pequeños nos enseñaron
que los últimos serán los primeros,
por lo menos en el Reino de los cielos;
donde brilla la luz perpetua,
como reza la orla del altar que cobija a los segundos.

No puedo olvidarme de la leyenda
que acompaña a sus nombres:
"Un noble ideal os unía, y una muerte cruel os separó".
Humillados en 1936,
dignificados el 8 de agosto de 1978.

Que la sangre de estos hombres
sirva para hermanarnos en el amor,
en la justicia y el respeto.
Que estas intenciones mías sean una puerta abierta
a nuestras acciones como humanos.
Que nunca jamás vuelva a suceder
lo que no tuvo que haber sucedido nunca.
Aprendamos…

6. Dos trágicas nóminas de muertos

Como telón de fondo de la niñez de mi generación y rindiendo un homenaje emocionado de todos los que no conocimos la Guerra Civil sino a través de sus trágicas consecuencias, leemos con respeto y cariño SESENTA Y CINCO NOMBRES grabados en letras de piedra y OCHENTA Y SIETE NOMBRES en letras de mármol. Son LOS CIENTO CINCUENTA Y DOS PERALTESES CAIDOS A SU MANERA POR DIOS Y POR ESPAÑA ENTRE 1936 Y 1939.

En el primer mausoleo se encuentran los restos de:

Alfaro Bertol, Augusto
Antomás Jiménez, Jesús
Antomás Jiménez, José
Arrechea Sagardía, José María
Asín Caballero, Jacinto
Asín Fernández, Antonio
Barrios Ros, José María
Bermejo Campo, Enrique
Blasco Esáin, Cipriano
Blasco Pérez Antonio
Boneta Basarte, Juan
Busto Catalán, Juan
Busto Osés, Francisco
Calvo Moreno, Félix
Campo Villafranca, Manuel
Castillo Osés, Luis

Castillo Quel, Manuel
Castillo Villafranca, Félix
Cid Osés, Félix
Domínguez Legaz, Gregorio
Echeverría Jiménez, Ángel
Falcón Quel, Martín
Francés Castillo, José
Francoy Villafranca, José
Goñi Irigaray, Antonio
Guerendiain Campo, Martín
Hernández Camardiel, Evaristo
Irigaray Castillo, Emilio
Irigaray Castillo, Gregorio
Irigaray Lavilla, Fermín
Irigaray Lavilla, José
Irigaray Resano, José María
Jericó Resano, Emilio
Jiménez Balduz, Juan
Jiménez Martínez, José
Legaz Eraul, José
Lezaun Alonso, Antonio
Lezaun Ochoa, Eduardo
Martínez Burgués, Jesús
Martínez Zabaleta, José
Moraza Iñiguez, Emilio
Moreno Sesma, Emilio
Olloqui Díaz, Rafael
Orduña Sayés, Venancio
Orduña Silvestre, José Luis
Osés Balduz, Saturnino
Osés Campo, Saturnino
Osés Villafranca, Carlos
Pellejero Expósito, Felipe
Pérez Ramiro, Tomás
Resano Bermejo, Gregorio
Resano Burdaspar, José María
Ricarte Ricarte, Félix
Ros Burdaspar, José
Ruete Resano, Juan
Sánchez Camardiel, Juan
Sayés Osete, José Antonio
Sola Janariz, Pedro Miguel
Taniñe Pérez, Vicente
Taniñe Osés, Fernando
Torres Estarriaga, Antonio
Velasco Troyas, Ignacio
Vidondo Iturbide, Hilario
Zabal Silvestre, Jesús
Zuazo Castillo, Victoriano

Y en el segundo mausoleo, más reciente, están:

Alfaro Urroz, Pedro
Arbeloa Goñi, Justo
Asín Arpón, Teodoro
Asín Osés, León
Asín Pérez, Felipe
Asín Velasco, Tomás
Bados García, Balbino
Balduz Martínez, Felipe
Basarte Lorente, Pedro
Bermejo Basarte, Vicente
Bermejo Ros, Juanito
Blanco Arbeloa, Félix

Boneta Antomás, Leocadio
Boneta Campo, Santiago
Boneta González, Luis
Boneta Irigaray, Pedro
Burdaspar Bermejo, Carlos
Burdaspar Bermejo, Roque
Busto Blanco, Julio
Campo Osés, Manuel
Casarejos Villafranca, José
Castillo Caballero, Pedro
Castillo Martínez, Alejandro
Castillo Romeo, Félix
Castillo Romeo, Sebastián
Celaya Huarte, José
Celaya Zalduendo, Eladio
Chaurrondo Echalecu, Fidel
Chivite Osés, José
Chivite Osés, Juan
Diez Belloso, Blas
Echeverría Osés, Esteban
García Calvo, Benito
García Leyaresti, Amadeo
García Osés, Antonio
García Resano, Félix
González García, Daniel
Goñi Basarte, Antonio.
Irigaray Amatriain, Estanislao
Irigaray Osés, José
Irisarri Amatriáin, Vitoriano
Iturbide Campo, Isidoro
Jericó Osés, Aniceto
Jericó Resano, Cándido
Legaz Castillo, José
Legaz Catalán, Pedro
Legaz Silvestre, José
Lezaun Pérez, Juanito
Lorente Fernández, Luis
Lorente Pérez, Jesús
Malo Falcón, Carlos
Malo Falcón, Eusebio
Manzano Liberal, Jacinto
Manzano Pérez, Félix
Medrano Díaz, Félix
Moreno Campo, Vicente
Moreno Urroz, Juan
Notario Orduña, Julián
Orduña Asín, José
Osés Arbeloa, Esteban
Pellejero Sarnago, Ambrosio
Pellejero Sarnago, Tomás
Pérez Antomás, José
Pérez Echarri, León
Pérez Gogorza, Eugenio
Pérez Irigaray, Manuel
Pérez Osés, Julián
Pérez Pellejero, Aurelio
Pérez Pellejero, Emilio
Pérez Pellejero, Vicente
Pérez Ramírez, José
Pérez Zuazu, Justo
Portolés Salvatierra, Serafín
Resano Falcón, Encarnación
Ricarte Zoco, Eusebio
Ricarte Zoco, Juan

Rodríguez Irisarri, Agustín
Soto Pérez, Aniceto
Soto Pérez, Gregorio
Toledo Maestre, Gregorio
Ulibarrena Catalán, Francisco
Urroz Corro, Pedro
Velasco Troyas, José
Vidondo Iturbide, Félix
Vidondo Iturbide, Valentín
Villar Osés, Manuel
Zabal Taniñe, Ricardo.

NOTAS:

1. *Muete* y *mueta,* con sus diminutivos *muetico* y *muetica*, tan utilizados en Peralta, son una variante coloquial de la palabra mocete, muy usada en La Ribera navarra como sinónimo de chico o mozuelo. José María Iribarren en la pág. 12 de *Burlas y Chanzas*, afirma que este vocablo ya lo usaba en sus escritos el Arcipreste de Hita, y que también lo ha visto en documentos de la época del príncipe de Viana en el siglo XV.
2. Iribarren, J. Mª. Burlas y Chanzas. Revoltijo de historietas festivas de guerreros, págs. 217 y 218.
3. Caro Baroja, Julio. *Etnografía Histórica de Navarra*, II, págs. 132 y 133. La forma *gito* para referirse a gitano recuerda mucho la vasca *ijito* o *ijitu*, muy común hoy. Se ve bien en ellas que están formadas sobre *ejito*, que es la forma más popular.
4. Novísima recopilación de leyes del reino de Navarra, III, libro IV, título VI, ley I.
5. Ley núm. XXIII. Idoate, F. Rincones de la Historia de Navarra I. Una expedición contra los gitanos, págs. 152-156.
6. BOE, 1 de octubre de 1940.
7. Archivo municipal de Peralta, carpeta de *Bandos de la Alcaldía, 1951.*
8. El presupuesto de la obra ascendió a 661.240 pesetas.
9. Poema dedicado por el autor a todos los peralteses muertos cruentamente entre 1936-1939.
10. Se sugirió la conveniencia de juntar en el monumento funerario existente desde después de la guerra a todos los caídos del pueblo sin distinción de bandos. Pero la sugerencia no cuajó. Hoy están repartidos en ambos mausoleos

CAPÍTULO III: MORAL Y RELIGIOSIDAD

1. Moral popular

La cultura influye en la conducta de los ciudadanos, no es que rebaje sus pasiones y pulsiones interiores, pero sí modera sus manifestaciones. Hasta con algo de cinismo se puede afirmar que la cultura enseña a enmascarar las actuaciones de los individuos. Y junto a la cultura ejercen también un papel moderador las autoridades políticas y las religiosas, que en el caso de Peralta se repartieron por igual el poder y la influencia social durante muchos siglos.

Resulta difícil precisar cuándo predominaba lo político sobre lo eclesiástico, y viceversa. Si se tiene en cuenta que por lo regular los religiosos solían ser más cultos que los laicos, es fácil adivinar la preeminencia de aquellos sobre estos a la hora de orientar la vida ciudadana. Además, el miedo a las penas del Purgatorio y del Infierno ejercía algún freno en las conductas y deseos de la gente, que había sido adoctrinada para poner en práctica el dicho popular de "haz lo que debes y no lo que vieres", muy oportuno en Peralta a la vista de la vida que habían llevado ciertos clérigos del cabildo parroquial en siglos anteriores.

¿Qué manifestaciones populares fueron las más represaliadas? Sin duda la blasfemia y, como decía el catecismo del padre Astete que se aprendía en la catequesis, *las palabras injuriosas contra Dios y sus santos.* En Peralta y en otros lugares de Navarra a las blasfemias se las ha llamado *juramentos,* pero sin confundir el sentido propio de este vocablo. En la mayoría de los casos –como también hoy sucede– no llegaban a ser blasfemias propiamente dichas porque les faltaba la intencionalidad. Era una costumbre ancestral inadecuada, que afloraba en momentos exaltados y con la que no se pretendía ofender a Dios, por lo que se reducía a una expresión inadecuada de enfado pasajero. Se cuenta en mi familia que, en las primeras décadas del siglo XX, los hermanos Gregorio y Juan Velasco Campo –éste último mi abuelo materno–, infundían tal respeto a sus convecinos que, cuando alguien "*juraba*" en su presencia sin percatarse de que uno de ellos se hallaba en el lugar, inmediatamente después de ser apercibido por alguno de los presentes, se dirigía a Juan o a Gregorio y le decía pesaroso: *Cagüen, perdona, que no mi dau cuenta que estabas.*

Hasta para arrear a las caballerías se empleaban los *juramentos*. Pero si el carretero de Teresa de Jesús, en presencia de esta Santa tuvo que acudir a tales locuciones para que las bestias de tiro les sacasen de atolladeros en los caminos cuando sus correrías fundacionales, ¿qué no dirían nuestros labriegos de siglos anteriores del mal ejemplo que les daban ciertos eclesiásticos peralteses, al utilizar habitualmente expresiones malsonantes e, incluso, irreverentes?

En contrapartida hubo en el pueblo grupos sociales que consideraban los *juramentos* ofensivos para la religión y la moral, tomando medidas para erradicarlos. Así sucedió en la junta directiva del *Círculo Católico de obreros* que estableció una escuela nocturna de clase diaria en invierno *con objeto de que puedan acudir a ella todos los jóvenes y adquirir la instrucción y moralidad que son la base de toda sociedad bien ordenada*.

Mucho hicieron también en este sentido las ordenanzas municipales, la vigilancia de los alguaciles, las denuncias de algunos vecinos y la imposición de multas importantes de 25 a 500 pesetas. Pero una costumbre tan arraigada no era fácil de erradicar.

Con este fin, en 1914 se creó en el pueblo la *Liga del bien hablar*, que celebró un mitin con oradores venidos de fuera, haciéndose eco de la ley gubernativa provincial sobre la lucha contra la pornografía, que englobaba también la blasfemia.

Las palabras malsonantes entraban en la misma política de desarraigo, aunque no llegaron a alcanzar la categoría de falta punible. Eran exabruptos o interjecciones gruesas que salpimentaban el habla coloquial, llevando con frecuencia una fuerte carga de animadversión hacia algún convecino. Y en el empleo de tacos, las mujeres peraltesas no se quedaban atrás.

Esto cuenta graciosamente María Valencia en su libro titulado *Peralta visto con humor*:

Dos mujeres de esas que no suelen faltar en ningún pueblo, estaban riñendo en la Placeta del Pocho. Empezaron tontamente y terminaron echándose a la cara mil y una barbaridades. Tanto se enzarzaron en palabras que por fin le dice una a la otra:

-Anda, cojones, que eres una puta.

-¿Qué querías, ser tu sola u qué?, le respondió.

Las peleas callejeras traían de cabeza a los agentes del orden. El calabozo local, ubicado en los bajos del Ayuntamiento, acogía a los pendencieros hasta que el juez de paz decidía sobre ellos. En domingos y días festivos solían darse mayor número de riñas, muchas de ellas tras una larga ingesta de vino.

Para facilitar la labor de vigilancia, las ordenanzas municipales mandaban que los paseos de los vecinos se hicieran en la plaza Principal y en la calle de Irurzun. Y que el horario de los casinos, tabernas y bailes se restringiese una hora en invierno, por ser entonces más frecuentados. Era habitual el incumplimiento de estas ordenanzas y el Ayuntamiento tenía que hacer constantes advertencias para que los locales de ocio se ajustaran a la normativa

de cierre, porque muchos de estos locales permanecían abiertos hasta altas horas de la noche.

2. Los Oficios de Semana Santa

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, la exaltación de lo religioso acompañaba a las manifestaciones populares. Cuatro sacerdotes –el párroco y tres coadjutores– orientaban la vida cristiana y las costumbres de los peralteses. Con la Cuaresma y la imposición de la ceniza sobre la cabeza de los feligreses mediante la frase latina: *memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris (acuérdate hombre de que eres polvo y en polvo te convertirás)*, empezaban cuarenta días de actos penitenciales.

El baile se cerraba hasta la Pascua de Resurrección y los cines *Azkoyen* y *Novedades* programaban sólo películas *blancas* y *azules*, según la clasificación moral de espectáculos que regía entonces.

La adquisición de la bula de la Cruzada, adquirida por una peseta, permitía comer carne durante este tiempo, limitándose la abstinencia al miércoles de Ceniza y a los viernes. Precisamente en estos días venía el fraile cuaresmero, habitualmente un agustino recoleto del cercano convento de Marcilla, para el sermón de la tarde y para ayudar en las confesiones. Estos religiosos, habitualmente liberales y magnánimos, habían pasado años como misioneros en América y Filipinas y habían superado las trivialidades banales del común de los mortales.

Del padre Rafael, superior del citado convento, me impresionaba su altura y corpulencia físicas y la unción con que se entregaba al ministerio sagrado de las confesiones. Su confesonario tenía numerosa clientela, sobre todo de los añeros, que se acercaban al sacramento de la confesión una vez al año *para cumplir con parroquia*, como ellos decían.

Los martes y los viernes de Cuaresma, al atardecer, se oía el *talán tan talán* de la campanilla manual avisando a los sermones y ritos penitenciales vespertinos, con la que los monaguillos recorríamos las calles llegando hasta las llamadas Casas Baratas, entonces de recién construidas en un extremo del pueblo.

Los viernes se rezaba el Vía crucis siguiendo las catorce estaciones del interior de la parroquia. En las tres caídas de Jesús, cuando el sacerdote y los fieles se inclinaban para besar el suelo, los acólitos que acompañábamos a cada estación con los ciriales encendidos, los izábamos y socarrábamos rápidamente las caras en relieve de los sayones representados en esas estaciones. Si no los han repintado, aún se podrá apreciar la negrura de sus rostros. Era nuestra

venganza infantil contra los verdugos de Nuestro Señor en la calle de la Amargura.

Las voces de los fieles así atronaban la nave de la iglesia:

Perdón, oh Dios mío,
perdón e indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad.
No estés eternamente enojado,
perdónanos, Señor.

Las siguientes coplas reflejan el ambiente penitencial de la Cuaresma peraltesa de aquellos años:

Antes en todos los pueblos
se notaba la Cuaresma
en que cerraban el baile,
el cine y las tabernas.

Todos los martes y viernes
a las cruces y al sermón,
y no se oía una jota
ni por recomendación.

Ahora no se nota nada,
la vida sigue lo mismo,
se canta, baila y se bebe
pues todo ha desaparecido.

¡Qué cambios en todas las cosas!
hasta el clero ha cambiado,
antes siempre con sotana,
y ahora viste de paisano.

Llevaban sombrero de teja
y en el pelo coronilla,
manteo con tanta tela
"pa" envolver a una familia [1].

En el oficio de Tinieblas de lunes, martes y miércoles santo, se organizaba una gozosa algarabía infantil con las carrancas y matracas de madera. Los muetes esperábamos en la Plaza de los curas durante el lento desarrollo de la salmodia cantada en el coro por los sacerdotes. Al aviso de que el candelabro apagaba su penúltima candela –significando la muerte del Señor en la cruz–, entrábamos en tromba para participar en una singular tronada, que duraba uno o

dos minutos, en recuerdo del terremoto que hubo en Jerusalén en el instante en que murió Cristo.

Entonces, los muchachos mayores, que aguardaban este momento arrodillados "devotamente" junto a las abuelas que ocupaban los espacios aledaños a los púlpitos, clavaban al suelo entarimado sus largas sayas aprovechando el estruendo. Yo no he oído *juramentos* más gordos que los que soltaban aquellas buenas ancianas al intentar levantarse, al tiempo que dejaban en el suelo jirones de sus sayas mientras los chavales se escapaban corriendo a la plaza.

El Jueves Santo los oficios se celebraban por la mañana con asistencia de las autoridades locales. El monumento se montaba con aparatosa tramoya en el altar del Rosario: una gran escalinata de madera pintada imitando aguas marmóreas, largas alfombras, esbeltos ángeles de escayola –dos de color azul con faroles encendidos y dos rosados en postura de adoración–, innumerables macetas con calas, las palmas del domingo de Ramos y muchas velas, todo un bosque de cirios encendidos sobre la gran escalinata.

Los monaguillos cuidábamos el consumo de la cera, reponiendo las candelas cada cierto tiempo para que todas ardieran por igual ante el Santísimo Sacramento. Cada vela correspondía a una familia y llevaba su nombre escrito en un papel pegado, facilitando así el poder recuperarlas después de haber estado un rato alumbrando el monumento. A lo largo del año se usaban estos cirios en las casas para ahuyentar las tormentas, los pedriscos, las crecidas, en los viáticos y la extremaunción de los enfermos terminales.

Tras la ceremonia del monumento, el párroco colgaba al cuello del alcalde y al suyo propio, sendas cadenitas de plata con la llave de la arqueta-sagrario que guardaba las especies sacramentales para la celebración del día siguiente. De esta manera se simbolizaba la custodia compartida, religiosa y civil, de la Eucaristía.

Los interminables oficios litúrgicos del Jueves Santo tenían su dulce compensación en el chocolate con bollos suizos que el clero ofrecía a las autoridades en el salón noble de la casa parroquial. De él participábamos también los monaguillos, pero en sala aparte.

En la mañana del Viernes Santo, después de los oficios litúrgicos, se preparaban las andas con los pasos para la procesión del Entierro de Cristo. Unos llevaban luminarias de alcohol y otros de baterías eléctricas. Después de este multitudinario acto procesional por las calles, el pueblo se quedaba adormecido en un silencio sobrecogedor. Y las gentes se retiraban respetuosas a sus casas "porque había muerto el Señor".

La resurrección de Cristo se anticipaba al sábado, llamado *sábado de gloria,* antes de que fuera trasladada a la media noche siguiente. Los chicos acudíamos a ella llevando colgados al cuello los collerones, cabezadas y cabestrillos con campanillas y cascabeles de las caballerías. Y cuando el celebrante entonaba el *Gloria in excelsis Deo*, al tiempo que se descorrían las cortinas moradas que habían celado las imágenes de los retablos durante los llamados días de Pasión, mil sones nerviosos de las esquilas y cascabeles de nuestros collerones hacían enmudecer los acordes del órgano, que también se desperezaba después de haber estado callado durante los días penitenciales.

Al acabar de cantar el *Gloria in excelsis*, los muetes abandonábamos la iglesia mientras bandeaban las campanas de la torre y martilleaba nuestros oídos el campanil de la espadaña metálica del tejado de la parroquia. Corríamos en manada haciendo sonar los cascabeles y campanillas de los cabestrillos por las calles Mayor e Irurzun buscando el atajo de Las Luchas hacia Funes.

Cuando divisábamos las primeras casas de este pueblo, los chavales del lugar, eventuales enemigos de una pelea ritual, estaban esperándonos, encaramados estratégicamente en medio de la ladera del monte, cerca de la ermita del Cristo del Calvario.

Esta tradición ancestral se repetía puntualmente cada sábado de gloria, como si fuese el último acto penitencial de la Semana Santa. Después de un mutuo lanzamiento de piedras, a la distancia justa para que no hubiera descalabros importantes, nos volvíamos a Peralta, corriendo y sonando de nuevo las esquilas.

No he logrado descifrar el origen de esta tradición, ni su significado. Según el testimonio de los más viejos de ambos pueblos, se remontaba a tiempos inmemoriales. Indagando en Funes los motivos que tenían para participar en tal escaramuza contra los muchachos de Peralta, me cuentan lo siguiente. A la salida de misa matinal del sábado de gloria, en la ermita del Calvario alguien gritaba: *¡Que vienen los de Peralta a robarnos el Cristo!* Y allí acudíamos los funeses a defender lo nuestro, mientras nosotros ignorábamos a qué íbamos hasta allí, desconociendo por tanto el porqué de aquellas mutuas pedradas.

Me atrevo aventurar que tal tradición provenía de la difícil convivencia que mantuvieron en la baja Edad Media los cristianos y judíos del entorno del llamado Val de Funes y de las agresiones mutuas surgidas en más de una ocasión por motivos religiosos.

Pero he aquí que la vigilia pascual que se celebró por vez primera en la media noche del sábado santo al domingo de resurrección del año 1952, acabó de repente, y para siempre, con esta extraña y tradicional agresión física entre la muchachada de Peralta y la de Funes.

Este cambio horario de la Vigilia Pascual fue la causa determinante de la finalización de una tradición que no tenía justificación ni sentido, aunque sí varios siglos de existencia entre dos pueblos hermanos.

3. La procesión del Santo Entierro

La procesión de Viernes Santo era y es en Peralta una demostración importante de la fe cristiana del pueblo. Yo la viví durante varios años seguidos siendo niño. Y mucho tiempo después he vuelto a verla una sola vez como espectador forastero. Ambas visiones las describo ahora fundiéndolas en una sola.

A las 6 de la tarde comienza la celebración litúrgica de la Pasión y Muerte del Señor, a la que asiste la corporación municipal en pleno ocupando los dos primeros bancos de la nave central de la parroquia. Al acabarse estos Oficios vespertinos los cofrades de la Hermandad de la Pasión se afanan en los últimos preparativos.

Fuera de la iglesia, la calle Dabán rebosa de gente, cuando ya ha caído la última luz del día. Cruzando los árboles y los sentiles de la Plaza de los curas, corren entunicados los nazarenos a participar en ella, mientras preparan sus cámaras fotográficas los mirones habituales y algunos forasteros curiosos.

Resuena un sonido de trompetas cuando aparecen a las puertas de la iglesia dos monaguillos con los ciriales encendidos a ambos lados de la cruz procesional en manos de un tercero, al tiempo que cesa el murmullo de las gentes y se produce un profundo silencio.

La procesión recorrerá el itinerario habitual por las calles Ángel Dabán, Plaza Principal, Juan Bautista Irurzun, Méndez Nuñez y Paseo del Arga. Regresará por la calle Mayor Vieja, finalizando en la parroquia.

Desfila a pie, en primer lugar, un apostolado compuesto de doce niños acompañando a Jesús de su misma edad, que cabalga sobre un pollino por la Jerusalén peraltesa. Los apóstoles niños llevan en sus manos una vara terminada en un pequeño corazón metálico del que penden blancas cintas donde aparece bordado el nombre de cada uno de los doce: Santiago, Juan, Pedro, Andrés, Bartolomé, Tadeo… En sus pantorrillas aparecen atados los cordones trenzados de unas sandalias de esparto y cuero. Jesús niño se agarra con miedo a la albarda del borrico y mira de reojo a sus amigos que le hacen muecas desde las aceras, mientras le dicen que no se agarre a la albarda, que junte las manos, que no vaya tan serio, que se siente a lomo suelto… Hace más de setenta era yo quien iba montado sobre el pollino en esta procesión.

Sentado sobre un borrico

Sentado sobre un borrico
Media peluca rubia
de tirabuzones largos
contrastaba con el moreno
de mis cabellos lacios.

Una corona anacrónica
de espinas indoloras
disimulaba en mi cabeza
aquella raya divisoria.

Cabellera postiza entera
lleva el Jesús de este año
igual que los doce de a pie
que son su apostolado.

Nuevas túnicas estrenan
sustituyendo los terciopelos
que almacenaban el polvo
en sus repliegues y flecos.

Por las calles de Peralta
cabalga el Nazareno chico
mientras los nuevos semáforos
deslumbran al pollinico.

El primer paso procesional representa *la Oración en el huerto*: Jesús está postrado en tierra mientras el ángel le consuela desde una nube. Esta es una imagen de serie de la fábrica de Olot. He visto la misma escena con idéntica imagen en el cercano pueblo de Andosilla. Antaño procesionaba un Cristo vestido de túnica morada, al que se le aparecía un pequeño ángel colgado en la rama de un olivo de verdad con una copa en las manos, que recordaba el pasaje evangélico de *Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz*, refiriéndose a la Pasión. Un nutrido grupo de niños y niñas, portando palmas y ramos de olivo, acompaña a este paso mientras entonan hosannas.

En el paso de *Los azotes*, Cristo aparece atado a una columna, mientras dos musculosos sayones atormentan su cuerpo a latigazos. Después viene el *Ecce Homo*: Pilatos desde su sitial se lava desentendidamente las manos en la jofaina que le ofrece un esclavo negro, mientras otro sayón mira a Jesús de reojo mostrándole los clavos para su crucifixión. Hay en todo este conjunto cierta escenografía teatral. A continuación, aparece una banda de tambores y trompetas [2] que no había en mis años infantiles.

Por fin aparece *el Cristo de la Cruz a Cuestas*, titular junto con la Virgen Dolorosa de la Hermandad que organiza la procesión. Fue restablecida en 1947 por el párroco Carmelo Velasco con mil quinientos cofrades para impulsar la procesión, que iniciaron los párrocos anteriores, Antonio Ona y Fernando Lipúzcoa. Jesús, postrado en el suelo, es una efigie de tamaño natural vestida de morado. Las orlas de su túnica caen por los lados de las andas. La mano derecha de Cristo, crispada por el dolor, agarra el larguero de la cruz, que descansa sobre un hombro, mientras la mano izquierda se posa en tierra.

Su rostro, con los ojos fijos en el suelo, aparece iluminado por las luces de los cuatro ángulos de las andas. Todas las miradas se dirigen a este Cristo entrañable y querido, al que le siguen dos hombres entunicados con los pies descalzos, llevando entre ambos una gran cruz de madera representando al Cirineo. Idéntica escena se repetía antaño con dos niños que llevaban una cruz más pequeña, escena que hoy se ha suprimido.

A continuación, un grupo de niñas hebreas desfila portando en sus manos los símbolos de la Pasión: los dados de los soldados, el cáliz del sufrimiento, la escalera del descendimiento, la sábana para enterramiento, el gallo de san Pedro, etc.

En 1946 desfiló por primera vez en esta procesión el paso de *Jesús colgado de la cruz,* al que acompañan su Madre y el apóstol Juan. Este Crucificado preside habitualmente la sacristía de la parroquia; las otras dos imágenes se veneraban en la iglesia de San Miguel y fueron restauradas en los talleres de Luis Manchón de Pamplona, donde también se construyeron las andas por 3.500 pesetas [3].

Detrás de este Cristo transitan los niños portando las palabras dichas por Jesús agonizante desde la cruz; están pintadas en siete pancartas historiadas.

El paso de *Cristo yacente en el sepulcro*, llevaba antiguamente llamas de alcohol que inundaban de colores malvas, verdes y azules el ambiente de pena y dolor que se respiraba durante el desfile procesional. Mujeres de todas las edades acompañan a Cristo muerto con cirios encendidos. La banda de música desfila unas veces en silencio y otras tocando acordes fúnebres.

A continuación, aparece *la Virgen Dolorosa* vestida de negro riguroso. Sobre su pecho aparece un corazón de plata traspasado por siete saetas. Esta efigie, junto con el Cristo de la Cruz a Cuestas, son las dos imágenes más valiosas de la procesión. Ambas acaparan las plegarias de todos los peralteses. El clero y las autoridades cierran el cortejo procesional.

A la altura de las grandes casonas de ambos Bajaderos cae definitivamente la noche. Como ya he dicho, la procesión regresa a la parroquia por las estrecheces

de la calle Mayor Vieja con olores a forraje y a hierba seca. Con una plática fervorosa del párroco y el canto de la Salve Regina finaliza esta entrañable procesión peraltesa del Viernes Santo.

Recapitulando lo visto y no visto, encuentro que ha faltado un primer paso, tradicionalmente llamado *San Juan del dedo*, que en mi niñez anunciaba la procesión que venía tras él.

Tampoco ha salido el paso de *la Verónica*, talla vestida con ropones negros y sujetando con las manos un lienzo con la cara de Jesús impresa en él.

No han aparecido escenas bíblicas, que antes salían: *Abrahán con el cuchillo corvo e Isaac con el haz de leña*, *Melquisedech con un pan y un cántaro de vino* prefigurando la Eucaristía instituida la misma noche de la Pasión en el cenáculo, *soldados romanos a caballo* luciendo sus blancas clámides sobre los hombros y vistosos cascos con penacho de plumas sosteniendo enhiestas lanzas.

Pero lo que más he echado en falta ha sido la participación de los hermanos cofrades desfilando entunicados y con hachas encendidas. Por el contrario, han sobrado mirones como yo en las aceras del recorrido.

No obstante, he constatado con satisfacción que mozos y mayores mantienen la devoción de *atrabar*, como aquí llaman a llevar en hombros las andas de los pasos. Además de fuerza y habilidad, se requieren disciplina y cierto arte para mantener el ritmo de la marcha.

No los he contado, pero entre quince y veinte personas encapuchadas, entre mujeres y hombres, han arrastrado penosamente largos estrinques de los usos agrícolas, sujetos a sus pies descalzos y sangrantes, cumpliendo posiblemente promesas religiosas o solicitando favores celestiales. Y he visto como la gente intentaba indagar quienes eran tales penitentes.

En la procesión del Entierro de Cristo de Peralta siguen en pie detalles de lo histórico y lo tradicional, lo profano y lo religioso, lo ascético y lo didáctico. Además, se ha retransmitido, como los demás actos de Semana Santa, por la FM 107,4 de la emisora local.

4. La casa parroquial

La casa parroquial es un enorme edificio de dos plantas y amplios bajos. Abre los cinco balcones de cada piso, a la Plaza de los Fueros, popularmente llamada Plaza de los curas. Por la parte de atrás mira hacia el Barrioalto y al monte, a cuyo pie se levanta. Fue construida para sede del *Círculo Carlista* a finales del siglo XIX. Posteriormente albergó el *Casino Peraltés*. Por eso tenía

tres salones de diferente amplitud, muy decorados y comunicados entre sí por amplias puertas de dos batientes.

Don Tomás Biurrun Sotil, párroco de Peralta hasta 1938, compró el edificio por 13.000 pesetas, que pidió prestadas, habilitándolo para el servicio de la casa parroquial y la vivienda del párroco. Hasta entonces éste vivía en una pequeña casa, hoy derruida, con escudo de piedra en la fachada, frente a la plaza de la Verdura.

Durante los cinco años que viví en esta casa parroquial, de 1946 a 1951, tuvo para mi fantasía infantil el encanto y el misterio de un castillo medieval. La gran escalera central, los salones con sus muebles de estilo, el despacho de mi tío cura lleno de libros y registros parroquiales, los grandes dormitorios del segundo piso y las sombrías estancias de la planta baja, potenciaron el desarrollo de mi imaginación.

En el centro del salón noble había una alargada mesa de nogal con tablero de una sola pieza y patas en forma de lira sosteniendo dos cajones que yo suponía llenos de tesoros. Solían ponerme a realizar allí los deberes escolares para que no me distrajera. Pero fue como mentar la soga en casa del ahorcado, porque aquel salón era demasiado espacioso para facilitar mi concentración. Se perdía mi mirada por los motivos ornamentales del techo y los seis vanos decorados existentes entre las cuatro puertas (una de ellas simulada) y los dos balcones a la Plaza.

En 1946 se entronizó en el lienzo de pared entre los balcones de este salón una imagen sedente del Corazón de Jesús, enmarcado en un gran damasco rojo. Fue el regalo de la feligresía a la parroquia en el domingo del Buen Pastor. Divanes y sillones de estilo rococó apartaban también mis ojos de las páginas de la enciclopedia escolar. Con frecuencia me entretenía en desencajar pacientemente con una navajita pequeñas piezas de nácar y bronce incrustadas en dos valiosos bargueños renacentistas que allí había. ¡Qué desastre!

Contiguo a este salón se hallaba otro todavía mayor, el llamado *Círculo de estudios*, habilitado para reuniones de la Acción Católica y charlas formativas, Esta función cesó cuando se inauguró el *Centro parroquial*. Sus paredes estaban tapizadas con tela de saco para potenciar la acústica. Estaba amueblado con pupitres y bancos corridos como si fuera una escuela. En la cabecera había una mesa y un sillón frailuno sobre tarima. Un crucificado entre los dos balcones presidía las reuniones que allí se tenían. Una talla barroca de san Francisco Javier de mediana altura, estaba colocada sobre la repisa de de mármol de una simulada chimenea. Una gran estufa de serrín prensado, instalada encima de una placa de cinc para proteger del fuego el suelo de madera, calentaba aquella espaciosa estancia.

Cuando dejó de usarse este gran salón, se tabicó para habilitar allí parte de la vivienda habitual del párroco y sus familiares, porque las estancias utilizadas hasta entonces dejaban mucho que desear por su estrechez y oscuro emplazamiento.

Otros aposentos de la casa, igualmente sugestivos para mí, se encontraban en el segundo piso. En una inhabilitada cocina con fogón antiguo se guardaban las últimas imágenes adquiridas en la localidad de Olot para la procesión del Viernes Santo. Medio envueltas en sábanas blancas para guarecerlas del polvo, tenían un aspecto fantasmagórico. En una solana, cerrada con tela metálica, mi abuela criaba gallinas, pichones y conejos con el fin de alimentar a la familia en aquellos años de subsistencia precaria.

Antes de entrar en la solana se pasaba por una habitación que servía de trastero en la que yo disfruté de agradables ratos desempolvando ejemplares de *La Hormiga de Oro*, revista ilustrada de orientación católica sobre actualidad político-social, publicada en el primer tercio del siglo XX. Estos ejemplares habían sido coleccionados por el párroco de Peralta que compró esta casa, don Tomás Biurrun Sotil.

En un armario del que llamábamos el gabinete de los frailes, donde se acomodaban estos cuando venían a confesar y predicar en las grandes festividades y en la Cuaresma, se guardaba el utillaje litúrgico empleado en las solemnidades anuales y estos pequeños objetos de cierta valí: un cuadro del Descendimiento de la Cruz atribuido al pintor Van Dick; dos cuadros de cobre con sus respectivos marcos que representan a san Lucas y a san Carlos Borromeo; dos trípticos pequeños de marfil, uno de ellos gótico, con las efigies de la Virgen del Rosario, santo Domingo de Guzmán y santa Catalina de Siena; un cuadro apaisado con marco negro en el que aparece Carlos VII arengando a sus leales en Estella; otro cuadro de plata con la efigie de Fernando VII; un bordado con varias efigies del *Agnus Dei*; un óvalo de cristal marrón con la pintura de la Dolorosa; un marco metálico con miniaturas de coral; un relieve pequeño de la Virgen de Montserrat; una cruz barroca de madera con figuras de la Pasión; una abanico de carey y otro de nácar con estuche de concha bivalva; un sable con empuñadura dorada; un machete sin empuñadura con colores al fuego y, finalmente, un pequeño cofre con relieves en color blanco [4]. Cuando se creó el Museo Diocesano en la catedral de Pamplona, la parroquia peraltesa cedió varios de estos objetos artísticos.

En los bajos de la casa parroquial, junto a la entrada, el anterior párroco Fernando Lipúzcoa habilitó un garaje para su automóvil, que mi familia, a falta de coche, utilizaba este bajo de leñera y carbonera.

Al lado, había una gran estancia con doce camastros empleados por los dos turnos de adoradores nocturnos para descansar en sus vigilias mensuales. Los monaguillos los aprovechábamos para dormitar sobre ellos entre la misa primera de las seis de la mañana y la segunda que era a las ocho. Sobre ellos también practicábamos saltos acrobáticos.

Pequeños cuartuchos junto a la sacristía almacenaban alfombras y otros enseres ornamentales de la iglesia. Unos aseos rudimentarios completaban el equipamiento de estos bajos.

Finalmente, en un reducido patio entre la casa parroquial y el monte criábamos cada año un cerdo para el consumo familiar de su carne.

5. Las catequistas

La formación cristiana no sólo la recibíamos de la familia, de los curas y de las clases de religión en la escuela, sino también de unas catequistas adultas que se encargaban voluntariamente, con la supervisión del párroco y sus tres coadjutores, de enseñarnos en grupos separados de muetes y muetas la doctrina contenida en el catecismo del padre Astete, que aprendíamos de memoria.

Una maestra y catequista excepcional para la infancia peraltesa en los años 50 del siglo pasado fue **Teresa Antomás Jiménez**. A pesar de que no pasó de los estudios primarios, poseía una sabiduría innata sobre las cosas de Dios. Mientras pudo andar por la calle se la encontraba siempre camino de la iglesia para las sesiones de catequesis. Solía sentarse a descansar en un sentil de la Plaza de los curas, momento que aprovechábamos muetas y muetes para pedirle que nos contase alguna de sus historias maravillosas.

Una enfermedad ósea progresiva la fue recluyendo en su casa, primero en una salita blanca donde permanecía sentada durante casi todo el día junto al balcón, y después en la cama de su dormitorio. Nunca se encontraba sola, sobre todo por las tardes. Vivía en un extremo del Barrioalto, e íbamos cuesta arriba para visitarla a la salida de la escuela mientras comíamos nuestra merienda de pan y chocolate.

Su conformidad y mansedumbre fueron proverbiales. Su trato era igual de cariñoso con chicos y mayores. Epíteto escaso a la hora de describir la dulzura del carácter de aquella piadosa mujer, admirable por sus múltiples virtudes.

En las largas temporadas de reclusión por su enfermedad leyó numerosos libros de vidas de santos, que luego adaptaba al nivel de comprensión de su infantil auditorio. Siempre terminaba sus conversaciones con una moraleja de tipo práctico o religioso apropiada a nuestras edades.

Cultivaba una vida interior intensa, como correspondía a su pertenencia al Instituto femenino religioso de la *Alianza de Jesús por María*. A pesar de estar su casa retirada y a cierta altura en la ladera del monte, después de la primera misa, los sacerdotes se acercaban hasta su casa por lo menos tres veces a la semana para administrarle la comunión, porque conocían el gozo con el que Teresa recibía estas visitas de Jesús sacramentado.

Siempre había dispuesta una mesita con dos cirios en un extremo de su habitación. La campanilla rasgaba el silencio matinal acompañando a la píxide en manos del sacerdote. Las escasas gentes a esa hora, se arrodillaban a su paso, cuando las ventanas de las casas se abrían para recibir las primeras luces y los carros enfilaban ya la carretera marchando hacia los campos. Como monaguillo, me tocó en muchas ocasiones acompañar al cura tocando la campanilla durante el trayecto.

Al llegar a casa de Teresa, toda blanca de cal, su madre, Martina, nos esperaba con la puerta entreabierta, iluminando con una candela la humildad de su vivienda. Teresa, sentada en la cama, tenía juntas, en actitud orante, sus retorcidas manos, que parecían los sarmientos de la vid después de haber dado fruto. Su cara, siempre sonriente, se transfiguraba ansiando al Esposo. Esperaba con la lámpara encendida como las vírgenes prudentes de la parábola evangélica. Después de recibir la comunión, se quedaba a solas con Dios. En esas mañanas aumentaba el espacio del cielo con los metros cuadrados de aquel humilde dormitorio.

Murió Teresa el 6 de abril de 1965, a los cincuenta y cuatro años de edad. Recibí lejos de Peralta la noticia, que me impidió acudir para escuchar la última historia, la más maravillosa de todas: cómo su alma inmortal ascendía al cielo que tanto ansiaba. Su sepelio fue una gozosa manifestación popular de la presencia de Dios entre los hombres.

Aquel día todo el pueblo proclamó la santidad de vida y costumbres de Teresa, una ejemplar mujer cristiana que gozo, ya en vida, de fama de santa. En la Edad Media tal exaltación multitudinaria suponía la canonización.

Durante muchos años, junto a su sepultura, un ciprés elevaba sus ramas hacia lo alto. Hoy, sobre la tumba de Teresa se ha construido un conjunto de nichos. Hasta después de muerta ha querido compartir con los demás un puñado de tierra, lo poco que poseía.

A Teresa Antomás

Teresa, amiga catequista,
por tu profunda humildad,
sin intentarlo siquiera,
tenías alma de maestra.
Desde tu sabiduría innata,
que conocía los arcanos
de niños y mayores,
descubrías en nosotros
la presencia de la gracia
en el río de las conciencias;
leías la conjunción de la luna
con los planetas y las estrellas
del mundo sideral.

Desde tu alcoba encalada
nos contabas a todos
de sutil y espiritual manera,
por qué olían bien los pinos,
para qué servían las almendras,
por qué piaban los pájaros,
de qué manera en verano
había que tomar el sol,
y mirar a través del invierno
el secreto cristal de la nieve
y el pálpito de las ráfagas de viento,
la querencia de la lluvia continua
sobre los campos de primavera,
y la suave caída de las hojas
en el otoño de los árboles,
aguerrido y plácido a un tiempo.

Vivías en la ladera del monte,
a mitad del camino
entre Dios y los hombres,
entre la carne que gravita
y el espíritu que se eleva.
Ahora tu cuerpo se diluye
entre las raíces de un ciprés,
cuajado de simbolismos
–mástil de fe, saeta de esperanza–,
como cantara Gerardo Diego

al ciprés del monasterio de Silos.
El tuyo da cobijo a tus huesos,
hermosos por retorcidos,
mientras tu alma ya compite
con Querubines y Serafines,
Dominaciones y Tronos…
en el canto del Hosanna.

Los hombres de hoy,
aquellos frágiles muetes
que sorbíamos tus palabras
con ojos y oídos abiertos,
que bebíamos con el corazón
los reflejos de tu mirada,
recordaremos mientras vivamos,
lo que un día aprendimos de ti:
que todo es fugaz en el mundo,
desde la lozanía del cisne
a las estructuras pétreas.

Todo se agota en sí mismo,
o duerme para siempre,
como tú, Teresa, amiga,
confidente, maestra y catequista,
al pie del ciprés enhiesto
en el borde de la tapia,
junto a la orilla eterna.
Dios, – nos lo repetías tanto –,
es lo único que no acaba.

Las hermanas Ibiricu recorrían seis veces al día parte de la calle Mayor, en la ida y vuelta de su casa a la iglesia parroquial: a misa de nueve, a la catequesis, al rezo del Rosario diario y al canto de las vísperas de los domingos. Iban siempre juntas. **Doña Bene** vestía de negro, **doña Anita** de color. La primera era callada, la segunda comunicativa, cara y cruz de una misma moneda.

Cuando las conocí ya habrían pasado cumplidamente los sesenta años de edad y permanecían solteras. Vivían en una casa sobria y burguesa, con cierto estilo modernista. Tenía dos plantas con balcones a la Plaza Principal enfrente del emplazamiento actual del Ayuntamiento. Hoy, en su lugar, se levanta un edificio de varias alturas con viviendas, comercios y porches.

Me gustaba llevarles personalmente los domingos, después de la misa mayor, el semanario diocesano *La Verdad.* Ya desde la escalera el ambiente de la casa

rezumaba orden, limpieza y olor a tarima encerada. Frecuentemente me sorprendían con alguna golosina. Con motivo de mi primera comunión me regalaron una bonita caja de bombones, con dibujos eucarísticos en la tapa. Enseñaron durante muchos años a generaciones enteras de niños y niñas la doctrina cristiana contenida en el catecismo del padre Astete. La paciencia de ambas en este cometido era proverbial. Recuerdo que el vitalismo de doña Anita sintonizaba adecuadamente con los muetes, mientras que la serenidad de Bene armonizaba mejor con la psicología de las muetas.

La voz de soprano de Anita destacaba sobre las demás voces en los cánticos de la parroquia, acompañada por su vecina y amiga inseparable **María Luisa Delgado, *la Corellana*.** Ambas cantaban el *Tantum ergo* en las exposiciones del Santísimo con unas modulaciones de voz que dejaban mudo el trémolo del gran órgano tubular tocado desde el coro por don Vicente Martínez.

En las celebraciones litúrgicas de los primeros viernes de mes subía hacia la bóveda achatada de la iglesia la plegaria conjunta de ambas amigas, mientras avanzaban hacia el comulgatorio por la espiga central de la tarima cantando a todo pulmón:

Corazón Santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
siempre serás.

Las dos hermanas murieron siendo muy mayores, manteniendo siempre una buena apariencia física. Primero marchó al cielo doña Bene, al poco le siguió doña Anita. No pude despedirlas como hubiese deseado porque no vivía ya en Peralta.

La estampa física de doña **Eugenia Zabalza y Rodríguez de Arellano** a su paso por las calles del pueblo no se descomponía jamás, ni en su porte ni en sus actuaciones. Emanaba de su persona el señorío heredado de sus antepasados. Parecía algo distante, pero no lejana. Siempre estaba atenta a echar una mano silenciosa y anónima a las necesidades materiales de sus convecinos. Su condición económica se lo permitía.

Acudía a las catequesis de preparación para la primera comunión de niños y niñas. También frecuentaba el ropero parroquial que atendía las necesidades perentorias de las gentes más necesitadas. Pertenecía a las Damas de san Vicente de Paúl y, posteriormente, a la institución de Charitas. Pero huía de protagonismos. De ella se podía decir que su mano izquierda desconocía las buenas obras que hacía la mano derecha.

No era la clásica beata. Su gusto por la oración lo demostraba a diario con su presencia recogida junto al altar de Nuestra Señora del Rosario, que ella personalmente cuidaba y adornaba. Con esta finalidad, doña Eugenia traía de su huerto, cercano al pueblo, ramos de flores frescas para la Virgen.

Vivía en una casona-palacio de tres pisos, en el número 32 del tramo inicial de la calle Mayor vieja. La fachada perdió desgraciadamente su inicial estructura arquitectónica cuando fue restaurada, pero el interior conservaba detalles de valor y buen gusto artístico. Su hermana vivía en el palacio contiguo, quizá el más valioso del pueblo, que mantenía su estructura barroca de ladrillo vista de color ocre oscuro. Su exterior tiene tres cuerpos y un doble ático de arquillos y arquivoltas. El interior conserva una grandiosa escalera con arcos de medio punto rodeándola, y una cúpula octogonal del siglo XVIII.

Matilde Igartua, estuvo dotada de grandes cualidades para las relaciones humanas. Empalizaba enseguida con pequeños y mayores. Como dinámica catequista y pedagoga nata que era, nos agradaba su forma de enseñar el catecismo deleitando. Resalto sobre todo "el salero", como por aquí se dice, con el que también preparaba y dirigía obras de teatro a niños y jóvenes junto con **María Valencia**, otra peraltesa con garra graciosa.

Su discurrir por la vida fue un caminar activo, nervioso, incomprendido a veces. Los que mejor la conocían saben de su gran fe cristiana y de su entrega a los demás. Ingresó ya mayor en una congregación religiosa, pero por su escasa salud tuvo que abandonarla al poco tiempo para volver a la catequesis y a su actividad social en el pueblo. De ella no puedo por menos que resaltar su contagiosa alegría. La subida a la atalaya eterna del cielo en 1987 le resultó larga y llena de sufrimientos físicos.

Elisa Bolaños Ros pertenecía a una conocida familia peraltesa. Vivía con su hermana **Antonia** en la antigua casa parroquial, frente a la Plaza de la verdura y la fachada de la iglesia. Como durante los años de mi infancia no hubo sacristán en la parroquia, Elisa realizó muchas de sus funciones con la colaboración de una bandada de monaguillos. Cada día se encargaba de preparar los ornamentos litúrgicos: con gran cuidado extendía sobre las grandes credencias de nogal de la sacristía casullas, dalmáticas, albas, roquetes, amitos, estolas, manípulos y demás prendas sagradas, volviéndolas a recoger tras ser utilizadas por los curas y monaguillos.

Los sábados por la tarde elaboraba en su casa las formas eucarísticas grandes para las misas de los sacerdotes y las pequeñas para las comuniones de los fieles. Las hacía echando una masa líquida de harina y agua en un pequeño y alargado aparato eléctrico, formado por dos láminas metálicas superpuestas. De los paneles resultantes sacaba las hostias pequeñas con una especie de guillotina

accionada manualmente con una palanca, mientras que las hostias grandes de los curas las recortaba a tijera. A los monagos nos repartía los blancos recortes producidos que recibíamos agradecidos.

Elisa era también una experta en el adorno floral de los altares. Grandes búcaros de cristal y jarrones metálicos realzaban el esplendor de los retablos barrocos con las flores de temporada. En mayo y junio, meses dedicados a la Virgen María y al Corazón de Jesús, respectivamente, su alarde floral se desbordaba con azucenas y rosas que emborrachaban el olfato.

Coordinaba la limpieza de la parroquia y la ornamentación de los altares laterales, que tradicionalmente efectuaban diferentes familias. Y aún le quedaba tiempo para participar en la catequesis infantil semanal.

Pertenecía, lo mismo que su hermana, al Instituto religioso de *La Alianza de Jesús por María*. Juntas vivieron siempre, y juntas ingresaron en la residencia geriátrica de Peralta, regentada por las Hijas de la Caridad, cuando ya en su ancianidad no pudieron vivir solas; allí pasaron los últimos años. Gracias, Elisa, por las generosas atenciones que tuviste con los muchos monaguillos de entonces.

Pilar Calvo Moreno. Esta extraordinaria mujer, fue otra gran catequista. Ayudaba a Elisa Bolaños en las faenas del cuidado y ornato de la parroquia. También pertenecía a *La Alianza de Jesús por María,* cuya medalla de plata con la Virgen en el anverso y una azucena en el reverso solía llevar siempre colgada al cuello. Le gustaba explicarme ambos simbolismos. De Pilar evoco la piadosa unción con que vestía para las procesiones las imágenes de la Virgen en sus distintas advocaciones: de Nieva, del Carmen, del Amor Hermoso y de los Dolores.

Tenía algo especial su trato con los niños en la catequesis. Se le notaba llena de Dios. Sus últimos años los pasó, ya con la mente desvariada, atendida con la dedicación y cariño que merecía, en la residencia geriátrica de Funes. Lo pude comprobar en dos visitas que tuve ocasión de hacerle antes de su muerte.

Saturnina Iriarte Arraiza, o **Doña Satur**, como todos la llamábamos, vino de maestra a la sección de niñas de las Escuelas de Peralta desde Funes, donde también había ejercido el magisterio unos años antes.

Cuando la conocí, vivía con su hija **María Jesús** en el primer piso de una casa de tres alturas, enfrente del Asilo peraltés de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, que abandonaron Peralta pronto porque la casa no reunía las condiciones necesarias, como expongo después.

Fue una competente profesional que rezumaba autenticidad y entereza. Su gran humanidad física y su porte señorial derrochaban amabilidad con todos los sectores del pueblo, a los que ayudaba cuanto podía.

Los pobres y los enfermos supieron de su largueza en las necesidades básicas de alimento, ropa y medicinas, a través de la asociación de las Damas de san Vicente de Paúl de la que formaba parte.

Ayudaba a los más necesitados del pueblo desde el ropero parroquial y también estaba al cuidado de los desperfectos en los ornamentos litúrgicos.

Como era una excelente maestra, impartía desinteresadamente clases las tardes de los domingos a las mujeres analfabetas que manifestaban ganas de aprender a leer y a escribir.

Pertenecía a la plantilla de las catequistas de adultos y fue el alma de la Escuela-Hogar de las mujeres de Acción Católica. Colaboraba activamente en la preparación de jornadas culturales y de actos conmemorativos.

Cuando yo tenía diez años de edad, me enseñó un largo monólogo para el homenaje que se le tributó al párroco en el domingo del Buen Pastor.

Doña Satur marchó al cielo, cargada de las obras buenas realizadas durante toda su vida. En sus últimos años disfrutó de la alegría que le proporcionaron sus muchos nietos y nietas. Gracias por todas tus atenciones para conmigo, admirada y querida maestra.

6. Catecismo y primeras comuniones

Vamos, niños, al sagrario,
que Jesús llorando está,
pero en viendo a tantos niños
muy contento se pondrá.
No llores, Jesús, no llores,
que nos vas a hacer llorar
y los niños de Peralta
te queremos consolar.

Al ritmo arrastrado de estas estrofas entrábamos a la iglesia parroquial los jueves por la tarde para la sesión semanal de catecismo. Antes nos concentrábamos muetes y muetas entre los sentiles y las acacias de la Plaza de los curas.

Ya he dicho que la formación religiosa extra familiar corría a cargo de los sacerdotes con la colaboración de varias catequistas, señoras y señoritas de la

burguesía local. Unos y otras aguantaban pacientemente nuestras chiquilladas, mientras cultivaban los espíritus infantiles explicando el Catecismo del padre jesuita Gaspar Astete, que adoctrinó a muchas generaciones de peralteses.

Era un texto arcaico de prosa abstrusa, con algunos vocablos ya inusuales, pero que aprendíamos a base de preguntas y respuestas, repetidas una y otra vez como papagayos hasta saberlas de memoria. Tenía tres grados de dificultad de acuerdo con las edades del desarrollo infantil. El texto completo iba todo en un mismo volumen, reducido de tamaño, pero de inmenso contenido. En él se empleaba una tipografía de letra diferente para cada uno de sus tres grados de comprensión progresiva.

Media docena de grabados bíblicos del gran dibujante francés Gustavo Doré ilustraban aquellas páginas de conceptos elevados que nuestras mentes infantiles no asimilaban en su total profundidad, pero se quedaban en la memoria para aflorar quizá en la edad adulta.

Dos frases del padrenuestro las rezábamos con estas expresiones decimonónicas: *Santificado sea el tu nombre* y *Venga a nos el tu reino,* que nosotros, inocentemente, rezábamos así la última, *Vénganos en tu reino,* imperativo muy poco cristiano.

La preparación para la primera comunión se realizaba en grupos reducidos. Había que saber las oraciones más frecuentes del cristiano y el primer grado del catecismo, del que nos examinaban los curas en las Escuelas. La víspera del gran día se tenía el ensayo general de la ceremonia desfilando por la espiga central del suelo de la parroquia en parejas separadas de muetes y muetas.

Nos asignaban los sitios junto a la barandilla del comulgatorio y aprendíamos a comulgar en la boca, empleando hostias sin consagrar. Ese día hacíamos también la primera confesión sacramental, no un simulacro. La penitencia consistía en un ave maría rezada a la carrerilla delante del altar cercano al confesonario.

Las primeras comuniones se celebraban tradicionalmente en la festividad de la Ascensión del Señor, ateniéndose al refrán de *Tres jueves hay en el año que relumbran más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión.* Se hacía a los siete años de edad, salvo excepciones. El acto era completamente religioso, aunque ese día había plato extraordinario en la comida. Entonces carecía de connotaciones sociales inadecuadas, no como sucede en la actualidad. Además del traje especial hecho para esta celebración, llevábamos todos un pequeño crucifijo dorado colgado al pecho, un devocionario con tapas de nácar y un rosario de cuantas blancas en las manos enguantadas.

Después del acto, recibíamos como regalo de parientes y amigos algunas cajas de bombones con escenas eucarísticas en las tapas y pequeñas cantidades de dinero que introducíamos en la hucha personal.

NOTAS:

1. Valencia Irigaray, María. Peralta visto con humor, págs. 191 y 192.
2. Dirigida por el músico peraltés Octavio Castillo
3. Archivo parroquial de Peralta,.*Relación de acontecimientos*, fol. 6
4. Ibídem, 3 de diciembre de 1959, fol. 23v.

Presbiterio de la iglesia de San Juan Evangelista de Peralta

Imagen de la Virgen Dolorosa de Peralta

Imagen del Cristo con la Cruz a cuestas

Fachada de la casa parroquial en la Plaza de los Fueros, o de los curas

Fachada, ya derruida, de la casa de las Ibiricu en la Plaza Principal

CAPÍTULO IV: CALLES Y PLAZAS DE PERALTA

1. Ruidos y olores

La villa de Peralta tiene una estructura física en forma de triángulo acutángulo. Limitan su caserío la ondulada sierra por el norte y el río Arga por el este-sureste, quedando el oeste y el suroeste como zonas de expansión urbana e industrial. En el arranque de su ángulo más antiguo se hallan las casas que integran el entorno de la plazuela de san Juan, situada en alto entre el Campanar construido a su nivel y el inicio del Puente de piedra, cuyo inicio comienza algo más abajo.

El primer poblado tuvo su origen ocupando la altiplanicie del monte, de ahí el nombre primitivo latino de *Petralta.* Poco a poco las construcciones fueron deslizándose ladera abajo hasta llegar al río. Los censos de los años 1330, 1350 y 1366 indicaban que sus habitantes se habían extendido ya por la parte llana al pie del monte [1].

Un entramado irregular de calles estrechas constituye hoy el casco viejo, que se abre gradualmente hacia el llano con vías más anchas, en las que discurre la vida social y comercial del pueblo. Julio Caro Baroja escribe que Peralta es uno de los pueblos más nutridos de Navarra.

En las décadas de los años 40 y 50 del siglo pasado el Barrioalto, según se va por la calle Altillo desde el pretil, tenía un encanto especial. Por ella subían y bajaban las madrilleras ambulantes pregonando el pescado del Arga, que transportaban, todavía vivo y dando boqueadas, sobre alargadas cestas de mimbres al grito de *¡Madrillas y barbillos, mujeeeeeres!*

Yo gozaba viendo aquel mercadeo callejero. La venta se hacía, dependiendo de la temporada, a una, dos, o tres pesetas la medida, que consistía en un recipiente achatado también de mimbre. En su agonía, los barbos se retorcían mostrando bruñidos torsos plateados y abiertas sus redondas bocas como implorando a las mujeres su regreso al río Arga.

En las tardes de verano, adormecida la vida en el Barrioalto por el resol intenso que caía, otras mujeres del pueblo con cunachos sobre la cabeza, ofrecían también a voces su mercancía de caracolillas para alimentar a los patos que se criaban en los corrales para el consumo de las familias.

En algunas casas de este barrio se accedía a las cuadras por la calle de atrás, más elevada que la principal; de ahí que los establos estuvieran en la segunda o tercera altura del inmueble, circunstancia que propiciaba ver al ganado asomar las cabezas por las ventanas de la fachada de pisos superiores.

La proximidad de los tejados fronteros tamizaba la luz de la calle y sus amplios aleros no dejaban pasar el excesivo calor del verano. Olores penetrantes a animales domésticos y al forraje del campo salían de los soportales de estas casas impregnando con su aroma el ambiente callejero.

Las tiendas principales se ubicaban en la calle Mayor. Las de ultramarinos tenían en grandes molinillos de mano para triturar los granos de café, cajones alineados con especias a granel, enormes bacaladas colgadas sobre el mostrador y cubos de sardinas en salazón a la puerta. Todo exhalaba penetrantes olores agradables, en competencia con los desagradables que venían de los establos de las calles de arriba.

Cada estación del año tenía también sus olores, a merced de lo almacenado en los graneros de las casas, que se llenaban con los productos del campo y con los alimentos comprados en la plaza Principal y en las tiendas de ultramarinos.

Y así, la hierba verde y los forrajes secos, la paja de los pajares, el transporte del ciemo, el acarreo de cereales, el secado de los orejones sobre cañizos, las castañas asadas sobre carbones encendidos, el vareo de los colchoneros, los churros de la calle Irurzun, los agradable aromas salidos de las panaderías, el acre sabor al vino de las tabernas…, todo producía una armónica sinfonía de olores, que ya se ha perdido en Peralta, porque muchas de las faenas realizadas en las calles, casas y corrales, al igual que las labores artesanas que se hacían en locales dentro del núcleo urbano, hoy se han trasladado a las amplias naves industriales del extrarradio.

Los ruidos también resultaban entrañables en aquel pueblo de mi infancia. Sobresalían el monótono mazazo del alpargatero sobre las suelas en construcción cuando apretaba las hiladas de esparto en el banco-obrador en medio de la calle Mayor, el chasquido sordo y seco del carnicero en su tienda al separar con el destral los costillares de los corderos, los gritos de los traperos ambulantes anunciando su llegada, el silbido del afilador, estañador y paragüero que con su pedernal devolvía a los cuchillos y tijeras su agresivo filo, los vendedores de miel de la Alcarria y de la flor de manzanilla de los Pirineos y, finalmente, el jolgorio de la muchachada jugando al marro en la Plaza de los curas o al encierro infantil en la bajada de las Escuelas. Hoy, estos seculares ruidos característicos de la artesanía y de aquella sociedad no industrializada también han desaparecido de Peralta. La técnica los ha eliminado.

Olores y ruidos tienen ahora un origen mecánico o eléctrico: aceites, gasolinas, gasóleos, estridencias de los motores y tubos de escape de coches y motocicletas…, se expanden impunemente por las nuevas calles peraltesas del siglo XXI.

2. Sabor palaciego

En la Plazoleta de la verdura que se abre al principio de la calle Mayor Vieja, junto a la parroquia [2], se levanta un edificio barroco de ladrillo del siglo XVIII, compuesto de tres cuerpos y un ático. Tiene balcones adintelados con enmarques geométricos. Su ático luce típicos arquillos dobles entre pilastras, formando galerías. Ennoblece la casa un deteriorado blasón rococó entre sirenas y leones, que perteneció al duque de Montesa. Encima del tejado emerge una linterna octogonal con pilastras adosadas a los ángulos [3]. Una grieta considerable, desde el alero a los cimientos –por lo menos cuando esto escribo– anuncia la ruina del edificio de no ponerse remedio inmediato.

La Calle de la Verdura, que nace en la plazuela de este mismo nombre, discurre en paralelo a la calle Mayor Vieja, pero en dirección al Campanar. Esta calle tiene un encanto especial por su penumbra en las horas más luminosas del día. Su trazado es estrecho haciendo continuos quiebros. Abundan las casas populares de altas fachadas de ladrillo, rematadas por doble alero de madera. La que ocupa los números 17 y 19 está blasonada con las armas de los Soret y conserva un saledizo sencillo. Sus tres pisos han sido transformados; el último con ventanas cuadradas, que originariamente fueron arquillos.

La calle Cantarranas –no en vano está cercana al río–, hay modestas casas de ladrillo de dos pisos. Por la calle del Segundo Bajadero y por la de las Carnicerías se accede al paseo del Arga, predominando las construcciones de ladrillo con galerías de arquillos. En el número 5 de la calle Bajadero Segundo destaca un palacio barroco del siglo XVII, que luce un escudo rococó coronado por un yelmo [4].

La calle Mayor Vieja, que tantas veces cito, es realmente el tramo más antiguo de la calle Ángel Dabán, que es larga y estrecha, lo mismo que la parte más moderna de la misma calle. Termina, o empieza según se mire, en el puente. En ella se alzan amplias casonas señoriales con escudos de armas, que pertenecieron a linajes y familias de rancio abolengo. Se alternan con casas de factura popular, también de ladrillo y con aleros salientes de madera bajo los tejados.

Algunas viviendas nuevas rompen desgraciadamente la armonía constructiva del entorno. A pesar de ello, escribe Caro Baroja: *las casas remozadas de Peralta conservan más el espíritu de la arquitectura tradicional que las de otros pueblos* [5].

La fachada de la casa número 27 se ennoblece con un escudo rococó con yelmo y alusiones marinas. En el número 30 hay otro escudo de campo cuarteado con dos fajas de animal pasante, y está adornado con yelmo, águila y niños. La casa del número 32 es una rica mansión antigua, cuya fachada está

totalmente reformada. La casa siguiente hace esquina realizando un gracioso quiebro. Esta construcción es la que guarda más elementos decorativos en sus dos fachadas. Se trata de un palacio barroco de tres cuerpos de gran alzada con vanos verticales y balcones de fajas sencillas. Llaman la atención los dos pisos superiores: el primero de grandes arcos de medio punto, cegados en su mayoría con óculos pequeños y el dibujo del sol en los antepechos; el segundo, compuesto por una galería corrida de arquillos, con arquivoltas dobladas y óculos internos, termina en una moldura saliente de ladrillo. En ambas alturas hay restos de un doble alero de madera. El complejo juego de entrantes y perfiles, acusado por las líneas de impostas de los arquillos, se contrapone a la lisura de los pisos inferiores. En el tejado, un pequeño pináculo cuadrado haciendo esquina sostiene una cruz de forja y la veleta. En el centro de este palacio se levanta una cúpula octogonal, que ilumina el interior de su monumental escalera [6].

Otra mansión, ubicada en el número 38, rompe el estilo y la factura de las anteriores construidas en ladrillo. El enlucido de sus tres cuerpos está adornado con yeserías, y los balcones exhiben molduras corridas y arcos rectilíneos. El altillo se ilumina con tres óculos verticales, moldurados al estilo de los balcones.

En el número 42 se levanta una severa fachada barroca de gran diseño, también de ladrillo. Fue la casa-palacio de la familia Marichalar, de grata memoria en la villa.

Otro palacio de ladrillo con escudo del siglo XV, enmarcado entre cabezas de ángeles en sus esquinas, ocupa los números 47 y 49 de esta calle. Su blasón es el más complejo de todos los del pueblo. Tiene ocho cuarteles, alternando torres, rastrillo, media luna y diferentes cruces [7].

Hacia la mitad de este tramo de la calle, una vivienda popular de rústico portal rebajado se abre hacia el paseo del Arga. Otra construcción de dos cuerpos, con un tercero de arquillos simples y alero de pequeños prismas de ladrillos superpuestos alberga en su fachada una hornacina que alberga una talla muy carcomida de san Juan Bautista. Tal vez sea esta imagen la última reliquia de los caballeros de la Orden de san Juan existentes en Peralta, o provenga de alguna ermita dedicada antaño al Santo Precursor.

Al hilo de lo que acabo de decir, interrumpo mi recorrido urbano, para recordar la fiesta de san Juan el 24 de junio, cuando salían las cuadrillas de mozos peralteses a almorzar en las choperas cercanas. Allí se cocinaba al aire libre el típico calderete de carne con patatas o se asaba una costillada a la brasa. La vuelta al pueblo, tras la comida campera, la hacían montados en sus carros y galeras, totalmente engalanados con ramajes, flores del campo y las primeras

perillas sanjuaneras. Volvían cantando acompañados de guitarras, panderos, castañuelas e instrumentos improvisados.

Al caer la tarde, las mozas, sobre todo las novias, invitaban a su mozo a merendar para completar la fiesta. Por la noche se levantaban hogueras en varias calles. Junto a ellas se degustaban ricas chocolatadas. Era el festejo con el que concluía la primavera y comenzaba el verano.

Una antigua tradición cantada dice que, en la víspera de San Juan, los hombres bajaban a lavarse al río, mientras que las mujeres lo hacían el mismo día del Santo por la mañana. Las rondallas nocturnas amenizaban las hogueras de san Juan con estas coplas:

La mañana de San Juan
bajan las puercas al río
a lavarse las legañas
y la roña del ombligo.
La víspera de San Juan
bajamos todos los hombres
nos lavamos todo el cuerpo,
pero más… los correjones [8].

El palacio era la mansión real por antonomasia. Sin embargo, con el tiempo se llamó también palacio a cualquier casa donde el rey hubiera pernoctado alguna vez. Los reyes de Navarra tuvieron en Peralta un palacio en la calle de san Juan, junto a la antigua parroquia, hoy derruida. En él pasaron largas temporadas, como queda explicitado en la primera parte de este libro. Hoy no queda más que la noticia histórica.

Los palacios de *cabo de armería* o *cabo de linaje* tuvieron gran importancia en Navarra. Poseían destacados privilegios, como no pagar cuarteles y disfrutar de asiento en las Cortes. Peralta también los tuvo, y no solo en tiempos de ilustres linajes, sino posteriormente [9].

En el siglo XVII, cuando la monarquía hispánica andaba sobrada de medios, se dieron títulos nobiliarios a personas hidalgas por el mero hecho de ofrecer donativos a los reyes. En consecuencia, los palacios se multiplicaron a finales de aquel siglo y a comienzos del siguiente, que es cuando aparecen las construcciones palacianas de Peralta que hemos enumerado.

Las Cortes del Reino protestaron varias veces por la concesión indiscriminada de tales mercedes. En 1637 había en Navarra nada menos que 197 palacios: 72 en la merindad de Pamplona, otros 72 en la de Sangüesa, 33 en la de Estella, 16 en la de Olite y 4 en la de Tudela. El palacio navarro refleja,

pues, una raigambre de noble cuna, o una categoría nobiliaria adquirida a causa de una posición económica sobrevenida.

3. El Paseo del Arga y tres calles principales

El Paseo del Arga discurre entre el río y las casas que bajan por la ladera. En mis años chicos, el Paseo estaba cuajado de acacias y castaños viejos. En aquellas góticas copas arbóreas piaban los pájaros a sus anchas. Un largo pretil de cemento frente al cauce, que sostenía una barandilla metálica, defendía al paseo de las avenidas primaverales del río Arga.

Desde un pequeño edificio, llamado *Las cadenas*, situado en el extremo del Paseo junto al Puente, Hilario Osés controlaba la maquinaria que hacía subir el agua del Arga a los depósitos del monte, para desde ellos bajar a presión hasta las casas.

El monótono zumbido de sus motores se oía constantemente. Una nueva captación y elevación de aguas dejó sin servicio en 1980 esta entrañable y vieja caseta, cuya maquinaria funcionaba desde 1924. El actual depósito regulador, las nuevas tuberías de distribución y las renovadas acometidas a las casas han mejorado el abastecimiento del agua potable a la población.

Se cerraba el Paseo por el extremo contrario con los almacenes del trigo. Al recorrer hoy el actual diseño del Paseo me cuesta reconocer la imagen del antiguo. Todo está trastocado. Como defensas contra las riadas, se han levantado longitudinalmente dos terraplenes que recorren las márgenes del río, originando nuevos deambulatorios. El que discurre en paralelo al Paseo desciende en talud hasta la antigua barandilla. Con esta remodelación, el lugar es ahora más hondo y fresco.

Un templete para la música, de factura rectilínea y estilizada, ha desplazado al anterior con un formato de cemento más sólido y apelmazado. Los grandes castaños con sus frutos en forma de erizos han desaparecido y, con ellos, las magníficas sombras que proporcionaban. Talaron también las enormes acacias, llenas de nidos de pájaros y de flores blancas que comíamos los muetes en primavera. Ahora predominan los plátanos de uniforme ramaje entrelazado sobre un suelo enlosado. Hasta la casona de don Félix Sagardía, a un lado del Paseo, ha aumentado su volumen, otrora sobrio y elegante.

El saneamiento de las calles, con un alumbrado público renovado, completan la estampa de modernidad y progreso de la villa de Peralta. *La calle de Juan Bautista de Irurzun*, llamada comúnmente *la carretera* porque hasta la construcción de la variante, era la vía obligada hacia Andosilla, Funes y Rincón

de Soto. Hoy sigue siendo la arteria más ancha del pueblo. Discurre en el mismo sentido que la calle Mayor desde el puente hasta la basílica de San Miguel.

Muchas de sus construcciones se han modernizado. En el número 67 se levanta una gran casa restaurada, que conserva un blasón rococó de la segunda mitad del siglo XVIII; sus cuarteles traen tres estrellas, otras tantas flores de lis, cinco palos, una cruz y una palmera con jabalí rampante herido de espada [10]. Este detalle heráldico de la cruz proviene, según los entendidos, de la participación de las gentes de su primitivo linaje en la gesta de las Cruzadas. Calle adelante, un edificio de ladrillo con dos cuerpos del siglo XVII abre a la fachada balcones adintelados adornados con remates geométricos.

La entrañable calle llamada *la Venta Blanca* se inicia por la izquierda en la mitad del trayecto de la de Irurzun, y llega hasta la calle *Río*. Está formada por casas populares, de una o dos plantas más el granero con arquillos enladrillados, donde se conservan los frutos del campo no perecederos, la conserva y los productos de la matanza anual del cerdo.

Algunas de estas casas no tienen alero, si no que se rematan en un cuarto de esfera cóncavo con ventanas abocinadas. En los balcones, con barandilla de hierros verticales, se deshidrataban en verano las ristras de guindillas y pimientos rojos para sustanciar las tradicionales sopas de ajo y las cazuelicas de bacalao.

En otoño estos balcones cambiaban las guindillas y pimientos por las amarilla pinochas de maíz. Las ventanas de los graneros sustentaban al exterior plataformas de cañizo con trozos de melocotón y de membrillo que se convertían en los conocidos orejones al momificarse al sol.

Enfrente de la entrada a la calle de la Venta Blanca aparece *la calle de Tejedores* en la que quedan todavía algunas casas con balcones adintelados, aleros de madera y cenefas de ladrillo en ángulo separando las alturas de los pisos. El aspecto externo de las viviendas de esta calle es el que más ha cambiado, pero no su trazado urbano que sigue igual.

Las calles *Tejedores* y *Venta Blanca* han estado siempre habitadas por labradores. Generalmente las puertas y ventanas de sus casas venían enmarcadas en ladrillo macizo. así como las cornisas de los tejados formando distintas combinaciones y combinando las líneas rectas con las curvas, disimuladas ahora por enlucidos y enyesados. La puerta principal de entrada a las viviendas aparecía más ancha por la parte inferior que por la superior porque tenían que atravesar los carros con el eje de las ruedas más largo que la carga de encima [11].

En estas dos calles se conservaron durante mucho tiempo viejas costumbres populares. En la hoguera del día de san Babil se rustían los sabrosos untamorros

del cerdo, las longanizas de la matanza del mismo y, entre los rescoldos, se asaban patatas.

Todo era poco para soportar a la intemperie el frío helador de esa noche invernal de febrero. Las nuevas generaciones de peralteses no se resignan a perder tales señas de identidad local y están repristinando algunas de estas tradiciones.

4. Las tiendas de la Calle Mayor

Desde antiguo han radicado en la calle Mayor, oficialmente dedicada al prócer político madrileño don Ángel Dabán, prestigiosos comercios, reconocidos por los pueblos vecinos de Funes y Marcilla, cuyas gentes venían a ellos con asiduidad para realizar las compras importantes. La llegada por la mañana del pequeño autobús-correo desde la estación del ferrocarril de Marcilla, dependía de la arribada de los trenes que subían y bajaban por la línea Castejón-Pamplona-Alsasua. Si sólo traían estos un retraso moderado, que era lo habitual, se oía la corneta y la voz del pregonero anunciando a las doce de mediodía: *¡Sardina, Besugo, Congrio, Atún, Chipirones, Merluza…!* La calle adquiría entonces un revuelo de amas de casa que acudían a las pescaderías para adquirir el pescado fresco del mar Cantábrico, que venía en achatadas cajas de madera entre hielo triturado y ramas de helecho.

En mitad del primer tramo de la calle Mayor, mi abuela *Isidra Moreno*, regentaba un acreditado comercio de ultramarinos y tocinería. A tabique con él se abría la tienda de *Carmen Larraz*, de productos alimenticios y de limpieza. Eran clásicas las sardinas secas, llamadas no sé por qué guardiaciviles, expuestas a la puerta de su establecimiento en unos cubos redondos y achatados de madera, de ahí su nombre de sardinas de cubo, como se las conoce.

Después aparecía la farmacia con alto mostrador, cerrado con cristalera, donde se abría una ventanilla para despachar los medicamentos, desde donde *Julio El Cid Ilundain*, siempre muy puesto en su papel de veterano mancebo de botica, atendía a la clientela.

Seguía la droguería, larga y estrecha, que pertenecía a *doña Julia Irigaray*, dueña también de la farmacia. Esta señora solía hacer punto sentada en un sillón de mimbre junto a la puerta del establecimiento, mientras sus dependientas, *María Chueca* y *Pilar El Cid*, servían desde un largo mostrador los productos que sacaban de una interminable cajonería pintada de verde.

Continuando por la misma acera aparecía el bazar de las hermanas, *Araceli y María Luisa Delgado*, más conocidas como *las Corellanas*, porque de esta ciudad navarra había venido su padre para instalar un comercio en Peralta. En un

extremo esperaban atentas la llegada de los clientes con la labor de punto empezada sobre la mesa camilla.

A continuación, *Felisa Sánchez* abría su pescadería. La pastelería estaba también en la calle Mayor, haciendo esquina con la subida a la placeta del Pocho. La atendían *José Gracia* y su esposa *Esperanza Jarauta,* que elaboraban unos pasteles deliciosos Encima de la Pastelería, en el primer piso de una finca de tres alturas, *don Ramón*, telegrafista y maestro particular, atendía al mismo tiempo al servicio de telégrafos y a una clase particular de repaso para algunos niños.

En la placeta del Pocho, oficialmente rotulada *El Progreso*, bajando a la plaza Principal, pero sin llegar a ella, estaba la tienda de ultramarinos de *Gregorio Villafranca*, apodado *el Feo*, y, enfrente, la panadería de *Julián Campo*, más conocido como *Pocarropa,* y de *Rosa Azpiroz*, su esposa.

En cuanto asomaba el cierzo del otoño aparecía en la esquina, junto a la pastelería, *Patro, la Castañera,* con un saco de castañas, el hornillo de carbón vegetal y una gran sartén agujereada con tapadera metálica, donde las ponía a asar las castañas, después de hacerles un pequeño tajo con la navaja. Patro las removía lentamente con una paleta metálica para que no se quemasen. Vendía las castañas a 20 céntimos la docena, servidas en un cucurucho de papel de periódico. En este puesto permanecía hasta después de *los Samblases*, durante lo más crudo del invierno.

Siguiendo la amplia acera de la plaza, *el Turuta* atendía a su fiel clientela en el bar Madrid, siempre con el buen humor que le caracterizaba. A continuación, se abría el bar de la competencia, *el Brasil*. Después de una casa sin comercio en su bajo, donde está ahora el actual restaurante *Atalaya*, continuaba la mercería de *María Josefa García*. Aquí vendieron por vez primera en el pueblo botones de plástico, impermeables de plexiglás y medias de cristal, artículos que por su novedad nos llamaban poderosamente la atención.

Los dos comercios siguientes eran de tejidos y confección. Se abrían a la plaza, cuando en ella no se había construido todavía el edificio del nuevo Ayuntamiento. A través de amplias puertas de cristales atendían a la clientela los *hermanos Casado* y la *familia Domínguez*, respectivamente.

Por este lado se acababa la calle Mayor con la panadería de *José María Sánchez Camardiel* y su esposa *María Jesús*, *la Chanrina.* En el mismo edificio, haciendo esquina con la calle Tejedores, el maestro *don Fructuoso Sánchez,* hermano del anterior, vendía hielo y helados.

Regresando de nuevo a la mitad de la calle Mayor, y lindando con la tienda de mi abuela en la misma acera, pero tomando el sentido de la Plaza de los

curas, estaba una casa con escudo de piedra. Era la de *Guillermo Irigaray* y *María Jesús Zarraluqui*, que tenían carnicería. A continuación, estaba el horno de *Eusebio Barcos* y su amplio despacho al que yo acudía cada mañana a comprar el pan.

Veinte pasos adelante, en un bajo del actual Centro parroquial, *Carmelo* hacía alpargatas en el banco-obrador a la puerta de su establecimiento. Se especializó en la manufactura de alpargatas blancas con citas rojas para las fiestas patronales. Primero componía las suelas trenzando cáñamo y esparto. Para calcular las diferentes tallas se atenía a unas señales grabadas en el banco de madera donde trabajaba. Sobre él formaba un aro, que rellenaba de trenza de esparto y dándole la forma del pie, configuraba la suela. Se ayudaba de una aguja salmera enhebrada con una cosedera de tres metros de larga y, tras varias puntadas, atravesaba la suela horizontalmente.

Empleaba también una pieza circular cóncava de hierro para no dañarse la mano. Una vez terminada la suela, la golpeaba con una maza de madera. Para hacer el empeine y el talón cosía en la parte anterior y posterior de la suela sendos trozos de tela de algodón azul, negro o blanco, según el color de la alpargata que estaba fabricando, a los que cosía cintas negras para atarlas en cada pie. En las alpargatas blancas para las fiestas de septiembre las cintas eran rojas que se ataban en el empeine del pie formando rombos.

Carmelo era un joven callado y hacendoso, religioso y servicial. Todavía conservo una fotografía en la que aparece en la procesión de la Virgen de Nieva, portando la cruz procesional; va revestido de sotana y roquete y, flanqueándolo, sendos monaguillos portando los ciriales: uno es mi amigo Juanito Asín, el otro soy yo.

Un poco más adelante, dentro de una tienda humilde, despachaba su mercancía *Consuelo, la Alpargatera,* parienta de Carmelo, mujer sencilla y afable, con ganas de agradar al cliente. La puerta acristalada de su establecimiento se abría a un mundo de esparto, yute, cáñamo, algodón, lana, cuero y goma. Estanterías hasta el techo con alpargatas de todos los colores, zapatillas de invierno y albarcas para el campo, llenaban las paredes. Su hijo, de salud quebrantada, trabajaba cuando podía en el banco de alpargatero, un gran pupitre artesanal con tablero inclinado, similar al de su pariente Carmelo.

A continuación, venía la carnicería de *Pepe Munillas*, seguida de la alargada tienda-bazar de *José Martín García*, enfrente de la calleja *Matapadres.* Los ultramarinos de *Isabel Balduz*, formando rincón, y la carnicería de *Serafín Irigaray*, haciendo esquina con el pretil, cerraban por este lado el recorrido de la calle Mayor.

En la otra acera, empezando por la Plaza Principal se encontraba la sastrería de Cecilio, la verdulería de *Fermín Chueca* y la acreditada cestería de *José Blasco*, más conocido por el apodo *Currusco*.

Seguidamente se abría, la tienda de tejidos, confección y alfombras de *Angelines Gil*, viuda de *José Velasco*, primo carnal de mi madre. Conservaba la estructura de los comercios clásicos, que tanto ambientaban la calle. El estanco de *María Biurrun*, a tabique del comercio anterior, lo regentaba la bondadosa *Cándida Gómez*. En el piso de encima, atendían solícitas el teléfono público *las hermanas Zarraluqui.* Con el bazar de *Javier Sayés*, la charcutería de *Paquito Asín*, *el Círculo Carlista* con *el baile de Echeverría* debajo, se llegaba hasta el *cine Azkoyen*, que formaba esquina con la calleja *Matapadres.*

En la otra esquina con esta calle, la casona de *María Luisa Zueco* se unía a la casa-palacio de *don Ángel Dabán.* Ambas estaban construidas con severo ladrillo ocre, pero la fachada de Zueco había sido blanqueada antiestéticamente con cal. En los bajos de la casa de Dabán estaban, la verdulería de *la Vasija*, los ultramarinos de *la Isidora*, el cuartito donde nos vendía golosinas *Martina* y la pescadería de *Pilar Larraz*.

En el piso alto de esta casona, con ventanas de arquillos de medio punto, vivían de alquiler varias familias humildes. Una cruz de madera, incrustada en la fachada, indicaba que sus moradores originarios habían participado siglos atrás en alguna de las Cruzadas medievales.

A través del portalón de la casa se accedía a una gran entrada empedrada con ruejos, que daba acceso a la planta noble. En ella había una escalinata de pocos peldaños con galería de arcos sobre columnas exentas cubierta por una airosa linterna que iluminaba el conjunto interior. Diseminados por las paredes de la sala de armas, colgaban armaduras, sables, espadas y trofeos de caza. Otras salas, alcobas y un oratorio privado componían esta residencia de la extensa familia Dabán, que residía en Madrid, pero algunos miembros de la misma venían a ella a pasar los veranos.

Ambas casonas, la de Zueco y la de Dabán, declaradas en ruina inminente por dos arquitectos, fueron derruidas hace tiempo y, en su lugar, se construyeron viviendas y comercios modernos.

La panadería de *Cándido Troyas*, una carbonería, la casa de los hermanos *Diego y Mercedes Ayerra* y la peluquería de caballeros de *Juanito, el Pelos*, cerraban el recinto de la calle Dabán, dando paso al tramo ya descrito de la calle Mayor Vieja, que no tenía comercios.

5. Antiguo y moderno nomenclátor de las calles de la Villa

A lo largo de un milenio la villa de Peralta ha ido cambiando la ubicación de sus calles y su fisonomía de acuerdo con las necesidades defensivas y sociales de cada época. Pero fue el agua el condicionante principal que determinó siglos atrás el asentamiento junto al río de las calles de Peralta. Esto escribía al respecto el cronista Moret: *Con el tiempo la comodidad del agua y el cultivo menos trabajoso de su fértil campiña, baxaron toda la población a lo llano, quedando el nombre de lo que fue, no de lo que es* [12].

Del año 1645 se conserva un apeo de vecinos y casas de la villa, en el que aparecen claramente numeradas hasta doscientas quince viviendas distintas con los nombres de sus propietarios [13]. Apenas quedan hoy vestigios de las calles de la primera Peralta, exceptuando la avenida central excavada en la roca a la entrada al recinto de *Petralta* por la *Puerta falsa.* Me refiero a huellas visibles, porque posiblemente una concienzuda excavación en el promontorio arrojaría luz sobre el trazado del poblado primitivo y de los periodos siguientes.

Hasta finales del siglo XVIII no aparece una detallada descripción de las calles peraltesas. Se trata de un memorial escrito en 1791 por el entonces médico titular de la villa, el licenciado *Antonio Ramírez*. Su lectura justifica el pesimismo que rezuma el escrito:

La asquerosa situación que se echa de ver en casas y calles, la inmundicia y lodazales que las inundan, los charcos y balsas de aguas detenidas y corrompidas, los estercoleros en el centro e inmediaciones de la villa, y el corral que llaman de la Dula, forman un espectáculo que, a más de horrorizar la vista, las impresiones desapacibles que excitan en el sentido menos melindroso, manifiestan de un modo nada equívoco la ofensa con que amenazan aun a la constitución más vigorosa.

Sólo la costumbre o la despreocupación pudo hacer el que las gentes civilizadas y de un sentido regular hayan podido acomodarse a vivir rodeados de tanta asquerosidad. Pero a pesar de cuanta fuerza se le quiere conceder al hábito, nuestra naturaleza no podrá mantenerse indemne en medio de un aire que, siendo el almacén en que se reciben los vapores hediondos, en que la corrupción resuelve todo cuerpo podrido, es preciso que, en vez de contribuir a nuestra conservación, como pábulo de vitalidad, emponzoña con el veneno de que se impregnó nuestra existencia [14].

Se expresaba elocuentemente nuestro galeno. Desde luego elementos negativos para la inspiración no le faltaban. La descripción continúa con una sarta de epítetos similares a los ya leídos, que desmerecen de un pueblo hidalgo como Peralta en pleno Siglo de las Luces.

La verdad es que el deterioro y abandono urbanos estaban generalizados, sobre todo en las comunidades agropecuarias. De todos modos, el memorial no cayó en saco roto. La villa, hasta entonces umbría y cenagosa, recibió con especial sensibilidad la llegada del pensamiento higienista. Al amparo de la nueva mentalidad sanitaria, el Ayuntamiento, después de pedir licencia al Consejo Real, destinó más de 17.000 reales para el saneamiento y urbanización de las calles.

Se empedraron alrededor de 30.000 varas de suelo, recabándose la ayuda del experto agrimensor Juan Martínez, oriundo de Lodosa. También se trajeron materiales pétreos adecuados de canteras lejanas. Dentro de las obras entró el allanamiento de la Plaza Principal de entonces y el enrastrillado del barranco para evitar la formación de las aguas putrefactas.

Pero el problema no se terminaba aquí. *Las adoberías* –aunque de las cinco existentes sólo trabajaba una–, con la pestilencia característica del adobo de los pellejos, escurrían sus aguas malolientes desde lo alto del barranco donde estaban situadas hasta las calles bajas camino del río. Y como *el corral de la Dula*, en mitad del pueblo, impedía el saneamiento total, se consiguió su traslado a la era del *Vínculo*, situada en las afueras.

Además, se comunicó con el río el tramo final del gran barranco, mediante un conducto subterráneo que recogía las aguas de la placeta del Pocho cuando bajaban del monte después de la lluvia. Estas obras consiguieron evitar el atropello de las caballerías y mantener el nuevo empedrado en condiciones aceptables.

En 1796 se formó una junta y se iniciaron las obras en las calles *Drecha* y *Subida a la iglesia*, que se realizaron por etapas. En la calle de *la Barrancada*, una de las más rectas y anchas del pueblo, se originaron reclamaciones y pleitos de particulares a causa de algunas demoliciones que necesariamente tuvieron que hacerse. Pero las dificultades fueron superándose. Y en 1809, con las obras acabadas, Peralta ofrecía ya un atractivo aspecto externo, el que le correspondía por sus condiciones, su historia y su hidalguía.

De estos años datan los escudos en piedra de las casas solariegas que hemos descrito anteriormente. Ennoblecieron con relevancia el ocre ladrillo macizo de las fachadas y continúan dando prestigio hoy al paisaje urbano de las calles.

El pensamiento, la pluma y el tesón de aquel ilustrado médico higienista, el licenciado Antonio Ramírez, responsable de la parcela sanitaria peraltesa, bien merecerían la dedicación de una calle o, por lo menos, de una placa conmemorativa colocada en el casco antiguo de Peralta. Este es el callejero de entonces:

1. Arco Largo
2. Arco Viexo
3. Barrancada o Barranco
4. Barrio de la Carnicería
5. calle Baja de los Tejedores
6. calle de Josef Aldea
7. calle de la Capellanía de la Misa de once
8. calle de la Carrera
9. calle del Diezmo
10. calle del Mesón
11. calle Drecha
12. calleja de Monleón
14. Corral de Adoberías
15. Corral de las Yeguas
16. Era del Vínculo
17. plaza Principal
18. plazuela de Galdeano
19. plazuela del Diezmo largo
20. portal de Siete Cabezas
21. primer Trinquete
22. puente de san Miguel
23. puentecillo del Barranco
24. Salaberri
25. segundo Trinquete
26. Solana Alta
27. Solana Baja
28. Tañerías
29. Venta Blanca
30. Ventura Pérez [15]

Según Madoz, en el año 1802 tenía Peralta 500 casas y 2.770 habitantes [16]. En 1849, mediado el siglo XIX, alcanzaba ya los 720 vecinos, que suponían unos 3.200 habitantes, y una riqueza de 1.118.449 reales. Había 509 casas, repartidas en 27 calles y tres plazas, por lo que, a pesar del aumento de habitantes, apenas había variado el número de casas. Las calles estaban bien empedradas, con aceras en las principales y alumbrado de reverbero, de cuyo encendido y apagado se encargaban tres serenos [17].

En 1888 el núcleo urbano se mantenía, constituido por tres partes esenciales: una pegada a la roca con 19 cuevas y casitas pobres al estilo de las del sur de España; otra que, por bajar de esta parte alta, era de callejas estrechas y escalonadas, con casas por lo general de dos pisos; y la tercera, de calles anchas y largas, que arrancaban o terminaban en la orilla del río con dirección de este a oeste.

Muchas casas siguen siendo en la actualidad estrechas, con altura de hasta tres pisos, balcones no muy antiguos y revocos de pintura en las fachadas y, en algún caso, poseen secaderos o solanas [18].

La Enciclopedia Universal Espasa publicaba en 1920 dice lo siguiente: Peralta, municipio de la provincia de Navarra, consta de la Villa de su nombre y de 82 edificios y albergues aislados. Tiene 716 vecinos y 3.537 habitantes, según el censo de 1910.

Antiguamente se encontraba en lo alto de un monte vecino, donde aún se conservan algunas ruinas; pero fue trasladada a su actual emplazamiento en la llanura antes de terminar el siglo XII. La edificación principal de la población parece ser de muy adelantado el siglo XVI. Son sus casas de ladrillo, de tres y

cuatro pisos la mayor parte, y en el piso superior llevan galerías abiertas, con ventanales en arco de medio punto. Algunas ventanas con labores de yeso demuestran ser sus casas de esta época [19].

En menos de dos siglos Peralta ha doblado ampliamente en número y calidad el trazado de sus calles, ha cambiado por circunstancias diversas no pocos de sus nombres, ha abandonado algunas en la parte alta, pero sobre todo se ha extendido por el sur y oeste en la llanada, junto al río. A las calles peraltesas no les ha apetecido saltar a la orilla izquierda del Arga.

El abastecimiento de las aguas potables y el alcantarillado para los residuos mejoraron el aspecto sanitario hace más cien años. Hoy las calles están totalmente asfaltadas, con las aceras bien pavimentadas y algunos semáforos regulan ya la circulación motorizada. El siguiente es otro callejero, que conserva y recuerda una pequeña parte del anterior, acrecentándolo con nuevos nombres hasta un total de 67:

Adoberías
Afueras
Aguardenterías
Alta de Tejedores
Altillo
Ángel Dabán
Arlas
Avenida de Funes
Avenida Leizaur
Avenida Marqués de Estella
Avenida San Silvestre
Bajada Escuelas
Bajadero Primero
Bajadero Segundo
Barranco
Barrio Barandalla
Belena Solana Alta
Blanca de Navarra
Cantarranas
Carnicerías
Carretera de Madrid
Caserío
Cementerio
Corte
Cortijo
Diseminado
Don Tadeo
Espoz y Mina (Matapadres)
General Mola (Tejedores)
General Sagardía
Hornos Medina
Juan Bautista Irurzun
Juan de Labrit
Julián Gayarre
La Paloma
María Auxiliadora
Mayor Nueva
Méndez Núñez
Monasterio de Leyre
Nuestra Señora de Nieva
Nueva
Olite,Pablo Sarasate
Pamplona
Plaza de los Fueros
Plaza de Emilio Rodríguez Irazusta
Plaza Principal
Poyo Alto
Poyo de Tejedores
Progreso
Raso Jaurrieta
Rincón de la Llorona
Río

San Blas
San José Obrero
San Juan
Sancho el Fuerte
Solana Alta
Solana Baja
Tafalla
Tienda
Torre
Travesía del Aragón
Travesía del Arga
Travesía Corte, Venta Blanca
Verdura [20]

6. Las cuevas del monte

Para concluir este capítulo no puede faltar, una somera referencia a las cuevas de monte, lugares ya habitados en la Edad Media, según cuentan algunos textos árabes [21]. Este hábitat no es privativo de Navarra. Se da también en Aragón, Castilla y en regiones del sur de España e, incluso, de Francia, Suiza, Italia y Portugal.

Con ocasión de los problemas surgidos en el siglo XVII entre los munícipes peralteses y los frailes capuchinos, estos últimos escribieron en su defensa que *gastaban muchas horas con los moribundos en las cuevas, porque la gente pobre habita en lo más alto de la villa, a donde se sube por sendas muy dificultosas y peligrosas...*[22].

Según escribe Urabayen, hacia 1929 vivían en cuevas el 35 % de los habitantes de Milagro; el 30 % de Arguedas; el 27% de Peralta**,** Azagra, Mendavia y Caparroso; el 10 % de Andosilla, y cantidades inferiores en Buñuel, Cintruénigo, Corella, Cascante, San Adrián, Lodosa, Lerín, Los Arcos, Funes, Cárcar… Poblaciones todas ellas próximas a nuestra villa [23].

Las cuevas han sido en estos pueblos signo evidente de inferioridad económica y social. Cuando un hombre con escasos medios quería casarse, comenzaba a excavar la vivienda en algún lugar de la parte más alta del pueblo, haciendo galerías en un suelo de por sí yesoso y practicable. Por lo general eran de una planta. Constaban de un pequeño portal o distribuidor, desde el que se accedía a la cocina, la despensa y los cuartos para dormir. A veces tenían también cuadra y bodega. Estos habitáculos de techos bajos y ligeramente abombados se comunicaban unos con otros a través de arcos separados por cortinas. Y para que sobre ellos no hubiera excesivo peso, se excavaban bastante arriba de la ladera.

El interior de las cuevas estaba pintado de cal teñida ligeramente de añil. El suelo era de tierra apisonada, aunque las mejor acondicionadas lo tenían de yeso encerado y tintado de rojo, o de baldosas de barro cocido. Todo emanaba una digna pobreza. Poco a poco, a las cuevas se fueron adosando construcciones

exteriores, generalmente de adobe, originando así un hábitat mixto. Las cuevas no pagaban impuestos de ninguna clase. Y se heredaban de padres a hijos. No hace muchos años se fueron desgraciadamente desmantelando, desapareciendo así de Peralta una fisonomía característica y un modo de vida peculiar.

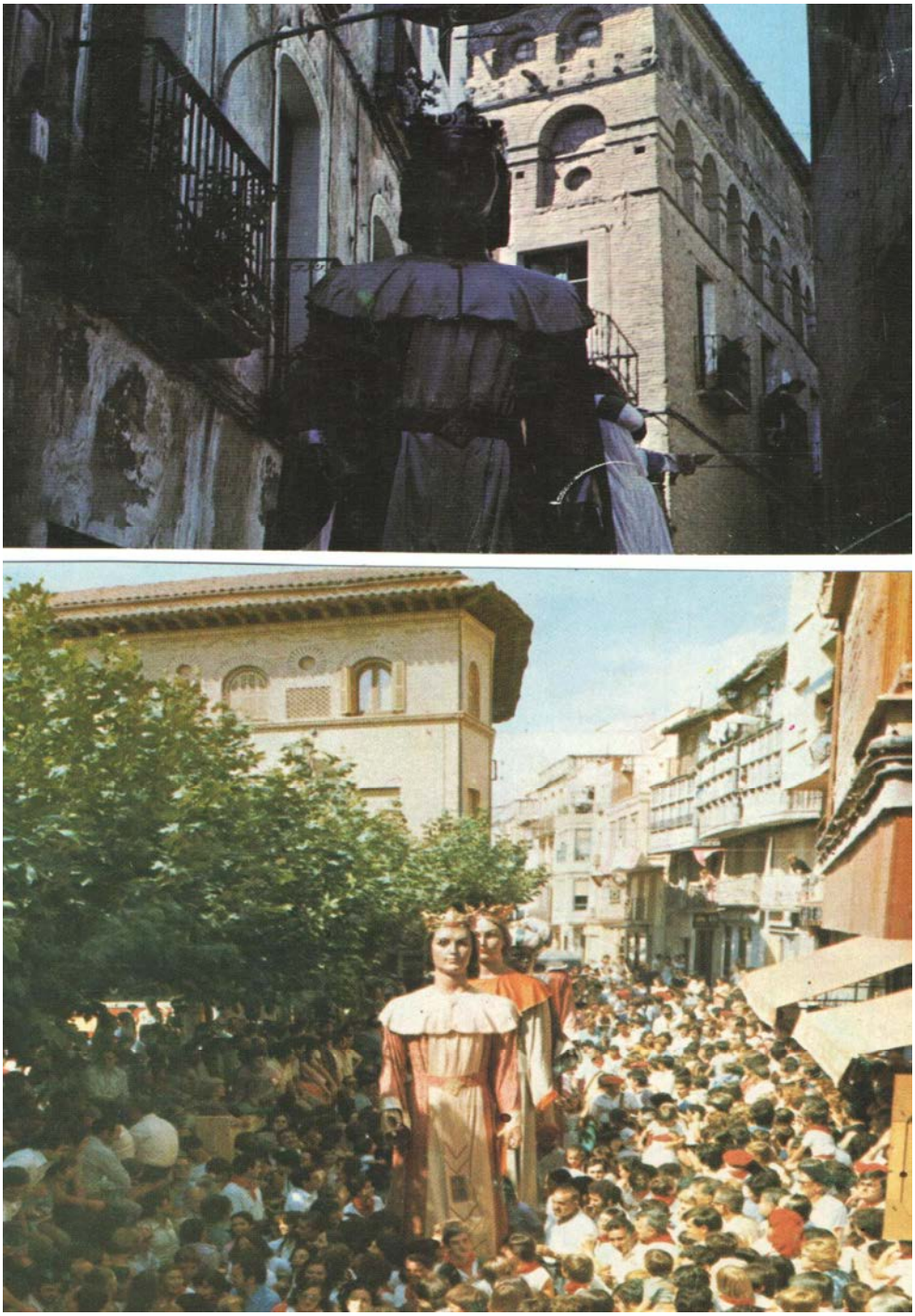
La idea sobre el escaso valor de las cuevas llegó también a las esferas gubernamentales locales, regionales y nacionales, hasta ser considerada su destrucción como un acto de promoción social [24]. El tiempo dirá si ha sido una medida acertada o un error.

NOTAS:

1. Caro Baroja, J. *La casa en Navarra*, IV, 1982, pág. 122. Se basa en J. Carrasco, *La población en España...*, pág. 251-255, 320-321 y 622.
2. Hoy dedicada mediante placa al peraltés Emilio Rodríguez Irazusta, inventor del D.N.I. (1860-1919).
3. Catálogo M. de Navarra, III, Merindad de Olite, pág. 393.
4. Ibíd., pág. 394.
5. Caro Baroja, ibíd., pág. 124.
6. Catálogo Monumental…, pág. 393.
7. Ibíd.
8. Reunidas por M. Valencia en *Peralta visto con humor*, pág. 167.
9. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, vol. II, págs. 82-84.
10. Catálogo Monumental…, pág. 394.
11. Caro Baroja, J., ibíd., pág. 245 y 246.
12. Moret, *Anales...*, II, pág. 409, libro XVIII, cap. VI, págs. 82-84.
13. Archivo General de Navarra, secc. Estadística, legajo 29, carp. 23: Apeo de los vecinos y casas de la de la villa de Peralta, en la Merindad de Olite, hecho en 1645. Manuscrito de 28 págs.
14. Idoate, F. Rincones…, vol. III: Sanidad y Urbanismo en… Peralta, p. 743.
15. Ibíd., págs. 743-745.
16. *Diccionario...*, 1808, II, fol. 250b y 251b.
17. Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones vol. XII, Madrid, 1849, pág. 803.
18. Caro Baroja, ibíd., págs. 123 y 124.
19. *Diccionario...*, t. XLIII, pág. 513.
20. Lista proporcionada por el oficial del Ayuntamiento Javier Osés en 1990.
21. Caro Baroja, J. *Etnografía...*, vol. II, pág. 221.
22. AGN, *Archivo Secreto del Real Consejo*, libro II, tít. 8, faxo V, núm. 34, fols. 15 y 16. Carta de los capuchinos al Presidente del Consejo Real.
23. Caro Baroja, J. *La casa en Navarra*, págs. 109-114.
24. Íd., *Etnografía...*, pág. 223

Escudo del siglo XVII en el número 5 de la calle Bajadero Segundo

Templete moderno de la música con hielo en el Paseo del Arga



Los gigantes en las fiestas por la calle Mayor Vieja y la Plaza Principal

Los gigantes de Peralta delante de la Casa Parroquial

CAPÍTULO V: ROMERÍAS Y ROMEROS

1. Hagiografía local

Además de las imágenes del Señor, de la Virgen, san José, san Pedro, san Juan Evangelista y san Blas, la hagiografía local cuenta con otras imágenes populares, generalmente pequeñas, a las que la gente devota ha profesado siempre sincera devoción. Actualmente están en la sacristía, en estancias parroquiales y en la basílica de san Miguel.

Entre estos bienaventurados hay algunos que vivieron en los primeros tiempos del cristianismo. Otros son más recientes. A los primeros pertenece san Silvestre, que tuvo ermita a las afueras del pueblo hasta principios del siglo XX; san Antonio abad, más conocido como san Antón, que suele representarse acompañado de un cerdo en recuerdo de las tentaciones que sufrió en el desierto; san Juan Bautista, al que hallamos en la vidriera del baptisterio; san Martín, que un día también tuvo ermita; san Babil, que durante muchos años ocupó un puesto en el retablo de san Pedro; el obispo san Fermín, patrono de la diócesis; santa Águeda, que presenta los pechos cortados sobre una bandeja; santa Lucía, posible titular de la vieja ermita en ruinas sobre el monte; y, finalmente, san Roque, con su perro, que tuvo altar en uno de los pilares centrales de la parroquia hasta mediado el siglo pasado.

Efigie más reciente es la de santa Rita de Casia, de gran devoción entre las mujeres por la múltiple condición de haber sido, a lo largo de su vida, soltera, casada, viuda y monja. De san Isidro labrador y su yunta de bueyes hay dos estatuas: la antigua es de pequeña factura y tiene bellos estofados, mientras que la moderna de proporciones naturales y de escaso valor artístico, fue comprada en Olot por sus cofrades en 1950; san Antonio de Padua también tuvo dos imágenes: la de la cofradía de la parroquia y la de la cofradía del convento de capuchinos. Solo se conserva la primera, una bella efigie barroca que luce un hábito con estofados dorados. La segunda pudo haberse ido con los frailes en el siglo XIX.

Algunos de las imágenes de estos santos han dejado su huella en la cultura y en los festejos populares. Se celebraron en su honor romerías y novenas, se prendieron fogatas festivas y se realizaron comidas y meriendas en el campo y en el monte. De todo ello aún persiste algún tibio recuerdo, sobre todo en las costumbres de niños y jóvenes.

De san Francisco Javier, patrón de Navarra, se conservan dos efigies. La más antigua es una exquisita talla barroca, posiblemente anterior a la canonización del santo. Su dimensión es más pequeña que la estatura natural. Va vestido con sotana, sobrepelliz y estola, estofadas en oro; sostiene en una mano el crucifijo

que señala con la otra, mientras el Santo lo mira dulcemente. Quizá estuvo en algún retablo de la iglesia antigua, de donde pasó a presidir la sala del Círculo de Estudios en la casa parroquial. Hoy se encuentra en el Centro de Acción Católica de la calle Mayor. La otra efigie del Santo patrón de las misiones es menos artística y de dimensiones normales; se adquirió en la primera mitad del siglo XX. Lleva sotana negra y fajín del mismo color. Su cara y sus manos sonrosadas son el único contrapunto atractivo de la imagen, que resulta algo hierática. La última vez que la vi se encontraba sobre una peana en uno de los pilares cercanos al presbiterio de la iglesia parroquial.

2. Romerías a la Patrona de La Ribera

Ujué, cuando el sol barre la niebla de su sierra que se divisa en lontananza desde casi cualquier punto de La Ribera de Navarra es un trono de nubes, una avanzadilla del cielo en la tierra, un castillo medieval puesto de rodillas para rezar, un telón de fondo para muchas esperanzas.

Se sabe que ya era tradicional en 1568 el que los peralteses fueran en romería a Nuestra Señora la Virgen de Ujué. Esta peregrinación se sufragaba con los bienes decimales de la parroquia [1]. Desde entonces, el segundo domingo de mayo Peralta marchaba a Ujué para rendir pleitesía a la Virgen María representada en una imagen de madera de románica factura con maternal mirada, hermoseada con la poética mirada leyenda de una paloma blanca.

Yo tenía seis años de edad cuando hice mi primera romería a Ujué el 12 de mayo de 1946. Aquella primavera había llovido con intensidad, especialmente en los días anteriores. La visita de cien romeros peralteses se organizó en dos camiones, un autobús y un taxi. Montados en los primeros, salieron los peregrinos más jóvenes de madrugada hasta el pueblo de san Martín de Unx, desde donde iniciaron el camino a pie hasta llegar a Ujué, los niños y las personas mayores partimos a las 9 de la mañana en el autobús y el taxi.

Al llegar al crucero de piedra –un encuentro de caminos antes de entrar a Ujué–, descendimos del autocar y esperamos a los que venían caminando. Aquel año la romería junto del pueblo de Gallipienzo, que coincidía siempre con la de Peralta, no pudo celebrarse por el mal estado de los caminos embarrados.

Desde el crucero subimos todos juntos por las calles empedradas hasta el castillo-santuario entonando cánticos marianos, algunos con aire de jota. Después de la misa visitamos el conjunto arquitectónico, que estaba en obras. La visión del relicario de cristal transparente con el corazón momificado del rey Carlos II el Malo [1] impresionó vivamente la imaginación de mis cortos años. Comimos en los locales de la casa prioral. El párroco-prior era a la sazón el

sacerdote peraltés *don José Castillo Delgado*. A media tarde nos despedimos de la Patrona de La Ribera, con el canto de la Salve, y regresamos a Peralta en los mismos medios de locomoción que a la venida.

Repetí la romería en 1948. El estado de los caminos permitió a muchos peralteses realizar el viaje a pie desde Beire. De nuevo tuvimos que esperar a estos durante largo rato en el crucero, porque se perdieron al interpretar mal las señales del camino.

Extracto la detallada y bella descripción, con expresiones un tanto barrocas, que de la llegada y despedida a Ujué escribe emocionada una romera que participa en una peregrinación multitudinaria de varios pueblos de la Ribera de Navarra:

Una larga procesión, forman los pueblos romeros. Entre ellos no se advierten más divisiones que el Crucificado que cada grupo lleva delante de sí: Cristos adornados con hierbas campestres y flores, llevados a brazos del primer romero que guía el rosario o la canción; o recostados con amor sobre el roquete blanco del cura del pueblo que encabeza a sus mozos en la visita. Mezcladas en el aire las coplas del romancero popular, las avemarías y el saludo de las campanas, estos entunicados, de vigorosa silueta sobre el amarillo de la vieja piedra de las casas de Ujué, pintan la más fuerte estampa del medievo que darse pueda en estos tiempos. Cuando entre tanto ruido dispar hiere al oído el rebote de las cadenas por los cascajos de la calle, y la sangre tiñe el camino que sube hacia la basílica, por muy alejado que el espectador esté de lo espiritual del cuadro, siente en el alma y en el cuerpo el trallazo del látigo emocionante de la fe que palpita grandiosa, mientras con realismo que hasta espanta, desfilan los penitentes […].

Desde una ventanuca abierta en el inmenso lienzo de la pared, como nacida entre el tapiado ventanal de puro estilo renacimiento, caras aldeanas enmarcadas por la mantilla miran y rezan con los penitentes, asomando por entre los geranios rojos de hojas aterciopeladas y como polvorientas…

Ya en la basílica, ante la Señora, se aprietan los romeros. Descubierto el capillo, se muestran morenos y sudorosos los rostros de fuerte trazo, de noble y agudo mirar. Sonríen los ojos de contento a los pies de la Virgen, aunque debían estar preñados de cansancio y dolor.

Y aunque los pies estén deshechos y las rozaduras hablen elocuentes en los hombros del peso de la Cruz, en aclamación que no cesa, de cada pecho sale como un estallido el mismo grito: ¡¡Viva la Virgen de Ujué!!

Truenos de vivas, pugilato de gargantas en estos vítores, antes que la primera oración brote ante Ella; antes que comience la Misa, en la que junto a los

cruceros cantarán niñas enmantilladas con espesos velos, que bordan a un tiempo rima y contraste con las caras varoniles, con su traza ingenua y fervorosa de mujeres en agraz.

Y tras las cinco o seis horas de duro camino, es un momento de la más fina emoción, ver cómo estos hombres, uno tras otro, domeñado su entusiasmo por la devoción, van acercándose a comulgar silenciosos y devotos.

Después de la Misa, tendidos los manteles sobre la hierba, o en platos bien servidos en casa de tal o cual pariente, la comida espera. Porque la gente de esta tierra, gusta de hacer todo bien. Y, desde luego, en este todo entra de manera muy destacada el comer […].

Más tarde, por las calles de Ujué, anónimos entre la mocina y bajo la túnica, los romeros, cogidos del hombro, bajan y suben las calles […]. Oyendo cantar han dado ya las cuatro, y los romeros van otra vez hacia la cumbre para decir y gritar la despedida a la Virgen de Ujué:

¡Adiós, oh Virgen querida!
¡Adiós, Madre nuestra, adiós!
Dulce consuelo en la muerte
y prenda de salvación.

La iglesia tiembla al sentir cómo vibran las voces de los romeros. La Salve, emocionante despedida, es a la vez un ramo de alabanzas y de ruegos, una promesa de fidelidad y de cariño hasta la muerte.

Cuando acaba, la despedida se cuaja de canciones que cada pueblo en grupo dice a la Virgen de Ujué. Son el himno de gloria que más vibra a los pies de la Patrona de la Ribera navarra en este día en el que los cruceros de toda esta tierra vienen a visitarla.

Como arrastrados por la hora, y repitiendo los gritos de vivas clamorosos a la Virgen, va otra vez desfilando la procesión romera calles abajo del pueblo, mientras bandean las campanas en la torre su despedida.

Cuando llegan al crucero los romeros se parten en mil pequeñas procesiones para volver por el camino de regreso a su pueblo […].

La Virgen de Ujué morena, ribera y navarra, les bendice en su caminar [2].

La parroquia de Peralta se asoció en 1952 a la fiesta jubilosa de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Ujué. De víspera salieron hacia el santuario los adoradores nocturnos, unos a pie y otros en camiones, y por la mañana emprendieron el viaje hasta el crucero dos autocares repletos de peralteses y varios taxis, encabezados por las autoridades y el clero. Don

Enrique Delgado Gómez, obispo de Pamplona, actuó de legado pontificio en la coronación. Apadrinó el acto la excelentísima Diputación Foral.

3. De nuevo a Ujué

Hoy he vuelto a Ujué. Hacía tiempo que deseaba recrear en directo los recuerdos de mis dos romerías infantiles. Desde la parte superior del pueblo de Ujué se divisa un paisaje grandioso: un mar de ondulantes lomas, hoy áridas por ser verano, que suben desde más allá de las Bardenas por las tierras fronterizas del antiguo reino de Aragón. Por el nordeste, la sierra de Leyre, desdibujada, se adentra hacia el Roncal; por el suroeste, declives constantes bajan hasta los ríos Cidacos y Arga; los pueblos de la Cuenca se divisan al noroeste; y se adivinan por el suroeste las calcinadas Bardenas Reales, donde el horizonte navarro se funde con el maño junto a las aguas del río Aragón.

Recorro las calles de Ujué, henchidas de medievo. Las casas de sillarejo y los palacios de sillería se asientan en la ladera. El pueblo, vacío hoy de romeros, no ha cambiado durante siglos. Está mediada la mañana y brilla el sol redondo del mes de agosto, pero el airecillo de la sierra norteña reta al calor, y se agradece.

Mi familia y los amigos que nos acompañan, mareados por las curvas que nos han traído hasta aquí desde el Pirineo, tienen suficiente con contemplar el paisaje mientras yo deambulo por calles y callejas admirando pórticos, capiteles románicos y escudos barrocos.

El templo me sobrecoge de nuevo, igual que cuando era niño. Recordaba vagamente que unos grandes damascos enmarcaban a la Virgen, al tiempo que celaban discretamente las obras de restauración de la cabecera. Ahora la imagen preside desde una esbelta columna de piedra el triple ábside románico [3]. La nave de la iglesia de Ujué, ampliada en el reinado de Carlos II, acaba en un alto coro gótico que tiene una sillería rococó de veintitrés sitiales. En sus tableros del siglo XVIII hay escenas de temas marianos [4]. Me siento en medio de la nave, fresca y agradable. Miro la talla de la Virgen... Vuelvo a ser aquel niño romero y le rezo estas tiernas endechas, que he compuesto para la imagen de Virgen del Olmo, también románica y Patrona de Azagra, mi pueblo natal:

Patrona de La Ribera

Bajo las ondas de tus cabellos
revolotea un profundo mirar
en hierático ademán de medievo.
Tus ojos grandes y bizantinos,
que reflejan siglos pasados,
mantienen en el presente

la devoción de un milenio.

Tus cejas, arcos rebajados,
de románica anatomía,
acogen complacidas al romero
la rampa estrecha y perfecta
de tu recta nariz navarra,
desemboca en el rojo pozo
de una boca callada y prieta.

De pedrería es tu garganta,
con exvotos de plata y oro
por el pecho derramados;
dosel es para el Hijo amado,
tu cómodo regazo de madre.

Y en las manos oferentes,
la flor de lis heráldica.

Hoy llego a Ti, peregrino,
hasta tu recamado manto,
hasta tu mandorla de esmaltes,
a rendirte sincera pleitesía,
humilde vasallaje agradecido
y sumisión de súbdito rendido,
como antaño, cuando era niño.

Desde hace más de mil doscientos años acuden a Ujué romeros de Peralta, Pitillas, Tafalla, Olite, Funes, Villafranca, Marcilla, Falces, Milagro, Arguedas y Valtierra. Llegan a los pies de su Patrona sobre todo en primavera. Pero también acuden los del Val de Ilzarbe, Obanos, Puente la Reina... Del distrito de Leoz son catorce los pueblos que se acercan. Una mayoría de ellos hace el trayecto a pie, otros, motorizados de diversas maneras.

A veces el cierzo azota de cara frenando las escasas fuerzas que les quedan a los cuerpos exhaustos que suben caminando. Pero no importa, la visita a la paloma de Ujué, a la Uxúa vasca –encontrada según bella leyenda en el hueco de una roca–, compensa de los cansancios y las inclemencias del tiempo [5].

Después de varios años de olvido y desidia, Peralta despertó de nuevo a la cita romera. A finales de abril, porque no pudo recuperarse el segundo domingo de mayo que era el habitual de siempre, un grupo de chicos del Colegio Público, dirigidos por el sacerdote Juan Jacinto Sayes y otros adultos entusiastas, volvieron a cantar el rosario romero caminando hacia el santuario desde el crucero. Con esta ocasión se fundieron dos nuevas campanas manuales [6].

Hoy me falta tiempo para más recuerdos y para una contemplación pausada del paisaje. Me esperan ya para reanudar el vieje mi familia y los amigos que nos acompañan. Antes de marchar, le prometo a la Virgen que volveré.

A la salida, la ermita de san Miguel, también románica, está implorando remediar su ruina. Por las calles que bajamos, suben gentes vestidas de fiesta. Dos jóvenes riberos, una novia y un novio, quieren enlazar su amor delante de la Virgen de Ujué junto a sus familiares y amigos.

Bajando por la carretera, Ujué me parece un recortable sobre el límpido horizonte del mediodía. Hace calor al pasar por Olite. El recuerdo de la Virgen de Ujué anida para siempre en mi nostalgia.

4. Las Javieradas

El nombre de *Xavierada* la empleó por primera vez el jesuita *Bernardo Monzón* en 1669. Con esta palabra aludía a las hazañas del apóstol de Oriente, Francisco de Javier, dentro de las cuales incluía la fama de andariego que tenía el santo [7]. Hasta 1886 no se registran peregrinaciones a la cuna y castillo de Javier. Y fue con motivo del último cólera morbo asiático, –Javier fue misionero en Asia–. Más de 20.000 navarros acudieron entonces a implorar ayuda a su paisano en una jornada llena de entusiasmo. Después no hubo más marchas a Javier hasta los años de la Segunda República.

La disolución de la Compañía de Jesús por la autoridad hirió los sentimientos religiosos de muchos navarros y provocó una reacción de simpatía hacia el castillo y la basílica de Javier, que habían sido abandonados y precintados por orden gubernativa. Comenzaron a acudir grupos organizados de gente durante todos los días de la novena de la Gracia, del 4 al 12 de marzo. La rosa de los vientos de los caminos de Navarra se llenó de canciones, rezos y penitencias. No faltó, por el contrario, alguna acción intimidatoria de gente aislada que no aceptaba de buen grado el resurgir de esta devoción popular [8].

Poco después, *don Marcelino Olaechea*, obispo de Pamplona, patentó sin pretenderlo el término "Javierada" al aplicarlo al alzamiento militar del 18 de julio de 1936. Pero enseguida cambió de significado para expresar cualquier marcha al pueblo de Javier en homenaje al apóstol de las misiones. El prolífico escritor navarro *José María Iribarren* registraba definitivamente este neologismo: *Javierada, nombre que dan a la romería anual de los mozos al castillo de Javier* [9].

José María Pemán, con motivo de las bodas de plata del estreno de su obra escénica *El Divino Impaciente*, consagró aquel término, cuando lo comparaba a

otros avatares de esta tierra, en una arenga a los mozos desde las piedras del castillo:

Las Javieradas son como los Sanfermines ideológicos y religiosos de este pueblo que se ha pasado la vida corriendo delante de todos los toros físicos y mentales. Corrió delante de la Reforma con sus grandes Santos, gigantescos, y delante de la Enciclopedia con la Guerra de la Independencia y delante del Liberalismo con las guerras Carlistas y delante del Marxismo con su aportación a la Cruzada Nacional; y sigue corriendo delante de todos los desmayos y desilusiones de la hora presente, con este ímpetu de la Javierada, que viene a ser como una suma de las impaciencias de Javier, y las impaciencias de Navarra eternamente joven, alcanfor de España y espliego de Occidente, que se ha pasado la vida ganando por la mano a todos los errores en los magníficos y tumultuosos Sanfermines de su historia [10].

Mientras así peroraba Pemán, nevaba copiosamente sobre Javier en aquel mes de marzo. El paisaje de su monte bajo y nevado casi se nivelaba con la fragosa sierra de Leyre, al fondo. La inspiración del poeta gaditano plasmó ese momento histórico con esta frase: *La Javierada es una blanca partitura musical en el atril del Pirineo*.

Quien desbrozó definitivamente los impedimentos que originaban las marchas a Javier fue *la Hermandad de los Caballeros voluntarios de la Cruz,* erigida por el obispo Olaechea en la iglesia del monasterio de Irache en diciembre de 1939. Iban andando al castillo en la novena de la Gracia, anteponiendo al blanco níveo de Pemán el color morado de la penitencia cuaresmal [11].

Eran años de posguerra, y un hálito de disciplina castrense corría por la romería: *capotes, cruces y banderas ligaban los caminos y nadie discrepaba*, escribe el padre jesuita *Recondo,* alma de Javier y de las Javieradas [12].

Imitándoles, los mozos de los pueblos ribereños –supone más sacrificio subir de cara al aire del Pirineo que dejarse caer de los valles del norte por la sierra de Errando– empezaron a caminar su Javierada. Los de Valtierra reivindican la primicia de estas andaduras. Se organizaban de tal manera, que llegaban al castillo de mañanica, después de tres días caminando y perdiéndose a veces por los páramos bardeneros.

Aquellos mozos valtierranos, ahora ancianos, describen así sus primeras Javieradas: Cuando divisábamos Javier sobre las ocho de la mañana, uno de nosotros entonaba, y todos coreábamos, la aurora que se canta en Peralta:

Escuchad, escuchad
lo que Cristo enseñaba
y el gran san Ignacio
decía a Francisco Javier:
¿Ganar todo el mundo
y el alma perder?

La Acción Católica, sobre todo la rama de la juventud masculina, impulsó las Javieradas. El aguanieve que calaba los huesos, y el cierzo que curtía los rostros, creaban el ambiente idóneo para la liturgia cuaresmal de marzo.

Poco a poco, entre los años 1947 y 1952 las filas de romeros se fueron apretando y los grupos apelmazaron a su paso la tierra de los caminos, mientras iban recogiendo, en su paso por los pueblos, nuevos peregrinos.

Los curas se ponían al frente, curas jóvenes y mayores, que confesaban a los mozos haciendo itinerario. En 1952 se podía hablar ya de una masa compacta de juventud marchando a Javier desde casi todos los rincones del viejo reino.

El mocerío peraltés no fue de los últimos en responder a este reclamo. Cuando dijeron "allá vamos", fueron de verdad. La primera Javierada de Peralta se realizó en 1949, como preparación al Año Santo de 1950. Ese mismo año padecieron un accidente los mozos de Larraga y Carcastillo, en el que murió uno de ellos al volcar el camión en que viajaban a su regreso de Javier.

Ni las distancias, ni las inclemencias del tiempo, ni los posibles accidentes, fueron obstáculo para los mozos peralteses. Salieron una veintena de ellos, encabezados por el joven párroco *don Carmelo Velasco,* un entusiasta de Javier, en cuya basílica había cantado su primera misa diez años antes. Todos llevaban el bordón de peregrino como en el camino de Santiago. Los estoy viendo despedirse en el pórtico de la parroquia. Salieron alegres por la calle Mayor Vieja. El Puente y la carretera de Arlas sintieron sus primeras pisadas de peregrinos.

Emplearon dos jornadas en hacer el camino, pernoctando la primera noche en los locales parroquiales de San Martín de Unx, donde sus pies llenos de ampollas recibieron atención. La segunda noche se alojaron ya en Sangüesa. Esta ciudad ha demostrado siempre su *javierismo*, hasta el extremo de que muchos sangüesinos ofrecen sus camas, para que descansen los peregrinos. Su hospital calentaba calderos de agua para curar los pies lacerados de los romeros.

Desde Sangüesa, los peralteses y los demás mozos de la Ribera y de la Cuenca marchaban unidos los ocho kilómetros que les separaban de Javier, entre el fervor de las oraciones, los cantos penitenciales y el ardor de las jotas. Desde

entonces, los pueblos navarros van a Javier el domingo intermedio de la novena de la Gracia, entre el 4 y el 12 de marzo.

En 1952, celebrándose el IV Centenario de la muerte del Santo, un viernes a mediodía salieron hacia Javier veintiséis jóvenes peralteses. Esta vez peregrinaba con ellos el coadjutor *don Javier Alfonso*, que estando de cura en Larraga había padecido con sus mozos el mencionado accidente tres años antes. El día 8 por la noche se unieron a esos jóvenes peralteses otros setenta más que, en dos autocares, fueron hasta Sangüesa para terminar a pie un itinerario que empezaba a ser un clásico. El día 9, después de una jornada apoteósica que reunió a doce mil jóvenes navarros, regresaron a Peralta nuestros peregrinos. Con las mochilas y las mantas entraron a la iglesia para cantar una Salve a la Virgen de Nieva en compañía de la gente que los había recibido con un volteo de las campanas.

Y así marcharon a Javier cada año los mozos de Peralta. Hoy, aquellas Javieradas iniciales y un tanto dispersas se han generalizado y reglamentado. Podríamos decir que se han estandarizado. Pero conservan su autenticidad. Las mujeres y los hombres maduros, las niñas y los niños, y hasta los jubilados también realizan sus Javieradas.

La facilidad de los medios de locomoción actuales y el confort imperante han desvirtuado en cierto modo los esforzados fervores de los primeros romeros. Pero Javier, en contrapartida, se ha convertido en santuario universal hasta el cual el mismo Papa san Juan Pablo II peregrinó en vida.

Yo realicé mi primera Javierada en 1952, a los doce años de edad, durante la celebración del IV Centenario de la muerta de san Francisco Javier. De Pamplona a Sangüesa fui en autobús con mis compañeros seminaristas, y de aquí a Javier a pie, estrenando la ruta de un vía crucis de piedra. La mañana chispeaba, pero mi incipiente adolescencia ni lo notaba. Al llegar a la cruz que costearon los mozos de Larraga y de otros pueblos riberos, rezamos por el que perdió allí la vida cuando regresaba tras su peregrinar. *Javierando* me sentí adulto y me comparaba a los mozos de Peralta que, desde pocos años antes, con chaqueta y pantalón de pana, apoyados en el bordón de peregrino, habían iniciado una costumbre religiosa con futuro.

Al llegar a Javier, la basílica rebosó de muchachos de toda Navarra. Recorrimos las dependencias del castillo, todavía sin restaurar, nos llenamos los bolsillos de peladillas, estampas y medallas compradas en las tienducas del pueblo, el cual aún existía junto al santuario donde ahora está la gran explanada que lo ha suplantado. Comimos de bocadillo en los frontones del colegio apostólico de los Jesuitas.

Por la tarde, como persistían las malas condiciones atmosféricas, no pudimos visitar las obras de la presa del gran embalse que se estaba construyendo en Yesa, ni subir al monasterio de Leyre, que resurgía con rapidez de su completa ruina. Cuando nos marchábamos, empezó a lucir el último sol de la tarde, que se ponía por detrás de la cima del monte Arangoiti. Asomando nuestras cabezas por las ventanillas del autocar, vimos en el paisaje serrano sobrevolar sobre nosotros unas vagonetas; era el funicular que bajaba la piedra desde las canteras de la sierra de Errando a la presa en construcción.

A san Francisco Javier

***Xavierre*:**
nombre vascón,
en el somontano de Leyre,
murmullo del río Aragón,
esperanza pétrea
y castillo de oración.

***Javierada*:**
hazaña hacia Javier,
en avalancha peregrina,
zortzico y jota a la vez,
caminantes sin edades,
juntos el hoy y el ayer.

***Javierando*:**
marchan los romeros,
sembrando oraciones
y hombría de bien;
y los mozos de Peralta
allí van desde mozuelos.

Enjavierados:
caminan por la vida
en pos de su recuerdo;
la novena de la Gracia
almacena en las almas
fe, caridad y esperanza.

A Javier Santuario,
en Javier Castillo,
para Javier Apóstol,
por Javier Santo,
sin Javier Nada,
con Javier Todo.

5. El señor san Pedro de Arlas

La cofradía de san Pedro tiene una antigüedad que supera la de los documentos que hablan de ella de finales del siglo XVII. Se trata tradicionalmente de una hermandad de hombres casados. Si bien esta condición de sus cofrades no se expresa en sus constituciones, sin embargo, se ha observado siempre de forma escrupulosa.

En la vecina villa de Falces, no sé si para contrarrestar la costumbre de Peralta, existe otra cofradía exclusivamente de hombres solteros, la de *El Señor san Salvador de los Mancebos.*

La mención del poblado de Arlas, a unos 4 kilómetros de Peralta, en el cruce de las carreteras de Tafalla, Marcilla y Falces, aparece por primera vez en un documento del siglo XI, en el cual el rey navarro-aragonés Sancho Ramírez dona la iglesia de santa María de Arlas al monasterio oscense de Montearagón, junto con otras iglesias de Navarra [13]. El hecho de que este caserío se encuentre en las tierras llanas del Arga supuso siempre una desventaja defensiva. Los pueblos vecinos se protegieron de los ataques enemigos desde la altura de sus escarpes.

No es de extrañar, por tanto, que, en las guerras civiles entre agramonteses y beamonteses, Arlas era ya apenas un despoblado, un puesto irrelevante en las correrías de los mosén Pierres de Peralta. Además, sus tierras laborables, de reducida extensión, no propiciaron el desarrollo demográfico suficiente para la supervivencia. Si unimos a esto, la peste que asoló el sur de Navarra entre 1348 y 1350, probablemente habremos dado con la causa de la extinción de este poblado. Los arleses que sobrevivieron se acogieron a la buena vecindad con los de Peralta, y así ha sido hasta hoy.

En Arlas hubo tres iglesias: la de santa María ya mencionada, la ermita de san Pedro y la ermita de san Martín, diferente a la homónima que había en Peralta. La de san Pedro es la única que perdura. Y es a esta ermita a la que secularmente se dirigen en populosa romería los peralteses, algunos de ellos posiblemente descendientes de los primitivos habitantes de Arlas.

Si en 1699 la hermandad de san Pedro solicita del obispo de Pamplona *que haga favor de derogar las antiguas constituciones y confirmar las nuevas,* quiere decir que esta cofradía ya existía desde hacía tiempo, el suficiente para que sus estatutos estuvieran ya periclitados y procurasen unos nuevos.

A título de curiosidad, traslado a estas páginas el enunciado de los artículos de las nuevas constituciones que los cofrades de san Pedro solicitaron del prelado de la diócesis hace más de tres siglos [16]:

1. Confirmación de la cofradía a nombre y a título del señor san Pedro.

2. Profesión de fe de los cofrades como católicos, sin admitir en sus filas antiguos herejes, ni a descendientes de ellos.

3. Actuación de los oficios por el orden de asentamiento como cofrades, sin pretender mayor puesto o lugar.

4. Obligación de los cofrades, con sus personas y bienes, a observar las Constituciones.

5. Necesidad de levantarse para hablar en los Capítulos con el debido respeto, excepto el Prior y el Alcalde que permanecerán sentados, bajo la pena de una libra de cera.

6. Orden preferente en que se harán las nuevas admisiones a la Cofradía: primero los hijos de los cofrades muertos, seguidos de los hijos de los vivos, después los nietos y bisnietos de cofrades y, finalmente, los demás peticionarios.

7. Asistencia personal de los cofrades a los viáticos y entierros de los socios de la Hermandad, cuando sean en día de fiesta.

8. Obligación para los Mayordomos de sacar hachas en las funciones religiosas.

9. Otra obligación para los Mayordomos de proporcionar hachas a todos los cofrades en la misa mayor y en la procesión del día de san Pedro.

10. Asistencia de los cofrades a las Vísperas del Santo, a la procesión y a la misa mayor en la iglesia parroquial; y a la misa y acompañamiento del estandarte en la basílica.

11. Nombramiento anual de los oficios de Contadores y Mayordomos en la basílica.

12. Obligación de pagar tres ducados si a un cofrade le corresponde ser Mayordomo y no vive en el pueblo.

13. Mandato a los Mayordomos de organizar una comida de hermandad al año, pagando todos los cofrades a partes iguales, acudan o no a la misma.

14. Multas o penas impuestas por incumplimiento de los artículos de la Constitución, que se pagarán el primer día de septiembre, excepto los que no pudieran por carecer de medios, pero quedando con la obligación de hacerlo cuando los tengan.

15. Custodia de los libros de la Cofradía, que estarán en poder del Prior.

16. Penalización de tres ducados o de expulsión, a criterio del Capítulo, si un miembro falta al respeto al Prior, Alcalde o Mayordomo.

17. Determinación hecha por el Prior, Alcalde, Mayordomo y el Capítulo de las penas a imponer por incumplimiento de obligaciones.

18. Votación secreta en asuntos de penas, multas u otras materias delicadas, no votando el Prior que actuará de consejero.

19. Obligación de reconciliarse los cofrades, so pena de ser llamados a Capítulo para hacerlo, bajo la multa de un real de a ocho si no se acude al mismo.

20. Las hachas sacadas en las ceremonias las portarán el Prior y los cofrades más antiguos.

21. Celebración de misas por los cofrades muertos.

22. Socorro de la Cofradía al cofrade enfermo y necesitado, estando éste obligado a restituir, cuando estuviere sano y con medios.

23. Obligaciones de los Mayordomos: pagar la limosna de la procesión del Santo o poner el aceite para todo el año en la lámpara; dar el almuerzo de la mañana de san Pedro a todos los cofrades en la campa de la basílica; llevar al almuerzo la gaita o el tambor del lugar.

24. Pago por igual entre todos los cofrades de los gastos de la Cofradía.

25. Dación de cuentas al Alcalde y al Prior en Capítulo de los bienes de la Cofradía y de las misas celebradas.

26. El Alcalde portará a la basílica y en la procesión el estandarte de la Cofradía. Si no puede, lo encargará a otro cofrade.

27. El Prior electo será de por vida, excepto si no cumple sus obligaciones de celebrar misas y de asistir a los Capítulos, sin cuya presencia no son válidos.

28. El Prior muerto tiene los mismos derechos de sufragios y misas que los cofrades.

29. El número de cofrades será de setenta.

30. El Prior, o quien ostente la custodia de los bienes, no puede disponer de ellos a su arbitrio, sino contando con algunos cofrades más antiguos.

31. Obligación de los Mayordomos de pedir limosna en tiempo de eras y entregarlas a quien custodia los bienes de la Cofradía. Si no lo hacen pagarán como pena cuatro robos de trigo.

32. Cualquier determinación hecha en Capítulo que no se oponga a algún precepto esencial de la Constitución, y siempre que sea para el buen gobierno, tendrá la misma fuerza que aquella. En casos de incumplimiento se aplicará la pena de un real de a ocho por la primera vez, y será arbitrada por la Cofradía en caso de reincidencia, hasta poder echar al cofrade, haciendo tañer en este caso las campanas a muerto, como se ha acostumbrado[16].

Confirmó las nuevas constituciones el provisor y vicario general de la diócesis [17]. Para más detalles sobre la vida de aquellos cofrades de finales del siglo XVII, copio el texto de uno de los numerosos conflictos que presumiblemente dieron pie a la redacción de las nuevas constituciones de la cofradía, que fueron aprobadas por el obispo de Pamplona:

Un tal Miguel Velasco, Mayordomo de año en la Cofradía, se negó a colaborar con el otro Mayordomo en dar el almuerzo la mañana del Santo. El susodicho Velasco no gozaba del aprecio de los cofrades a causa de los muchos agravios que les proporcionaba. Y deseosos en la Cofradía de buena concordia y paz, determinaron borrarle del número de los cofrades como castigo a sus desatenciones, imponiéndole además la multa de tres ducados, que el alcalde de la Cofradía intentó cobrar a la mayor brevedad posible, aunque para lograrlo tuviera que intervenir el alcalde de la villa, que utilizó la vía ejecutiva.

Esta severa determinación se notificó al señor obispo y a la Corte Real para mayor decoro de la Cofradía. Se nombró como sustituto a Diego Antonías, que lo aceptó por tocarle según turno.

Y para que constase a todos los efectos se levantó acta, que firmaron los que sabían hacerlo, que fueron estos: José Moreno Boneta, señor Resano, José Sayés, Fermín Alemán, Francisco de Viana y don Miguel Goñi. Al final de las firmas, se hizo constar que la multa había sido pagada [18].

Un acta posterior repite la pena de expulsión a otro mayordomo por el mismo motivo: negarse a dar el almuerzo a los cofrades. Después de esta segunda negativa se acordó aumentar a cuatro el número de mayordomos; de esta manera sería menos gravoso el gasto del almuerzo.

Así, pues, los dispendios anuales ocasionados por razón de los cargos unipersonales fueron a veces motivo de desavenencias. Por resultar excesivo el presupuesto del desayuno para algunos hermanos, en el año 1840 se acordó dar solamente pan, queso y aguardiente, pagados a escote, lo que venía a suponer alrededor de dos reales por persona [19].

El culto y la música también se llevaron lo suyo de los fondos de la cofradía. Algunos años se llegaron a celebrar en el altar del Santo en la iglesia parroquial hasta catorce misas por los hermanos difuntos; y si algún cofrade tocaba la corneta cuando lo mandaba la junta, disfrutaba de una rebaja de la mitad de la cuota que le correspondía, en pago por haber ahorrado a la hermandad un gasto general [20].

6. Setenta romeros a caballo

La de san Pedro sigue siendo una romería muy importante de Peralta. Sus cofrades conservan sustancialmente el espíritu y la letra de las nuevas constituciones aquí expuestas. Sólo ha variado lo estrictamente necesario para adaptarse a las circunstancias cambiantes de los tiempos. Ellas son exponentes de la fe de un pueblo que las mantiene sin cuestionarse otros requerimientos profanos.

Un antiguo busto de san Pedro de tamaño natural, talla romanista del siglo XVI, custodiada durante un tiempo por seguridad en las dependencias parroquiales, lucía sus insignias pontificias en la hornacina del pequeño retablo de la cabecera de la iglesia que ahora ostenta la efigie del Corazón de Jesús. En la última reubicación de imágenes efectuada en la iglesia por el párroco don Javier Leoz, aparece colocada sobre una peana, sobre la puerta de la sacristía, a una altura segura.

Desde que el día 29 de junio, festividad de san Pedro, perdiera su carácter de precepto religioso, los festejos de la cofradía se celebran al domingo siguiente a esta festividad. Y como toda fiesta importante empieza con el rezo de vísperas del día anterior, cuando los cofrades acuden a la parroquia el sábado por la tarde portando su llamativa bandera roja.

Después de las vísperas hay pan, vino y queso del Roncal para todos los cofrades en casa del alcalde o cofrade mayor de ese año, dignidad que recae, al igual que sucede en otras hermandades, en el cofrade más antiguo que no haya sido alcalde todavía. El lugar de la celebración suele ser la propia casa del cofrade mayor y la calle aneja, que se viste de fiesta para acoger a todos los hermanos.

A las seis de la tarde se reúnen los cofrades para designar los nuevos cargos, según el orden cronológico de su entrada en la cofradía, y para revisar las cuentas del ejercicio que termina. Durante mucho tiempo la cuota anual por pertenecer a la cofradía era de cien pesetas. Imagino que la adscripción al euro habrá aprovechado para adecuar la cuota.

Por los años cincuenta del siglo pasado la romería resultaba hermosa y espectacular. De madrugada salían los romeros hacia la venta de Arlas a lomos de sus caballerías. Olía la carretera a heno y a alfalfa recién segados. El alcalde y los mayordomos encabezaban la comitiva portando la llave de la ermita y la bandera de la hermandad. En 1954 se añadió al séquito una pequeña imagen del Apóstol.

Una vez en la ermita, y oída la misa, los cofrades almorzaban fraternalmente en la campa, acompañados por unos músicos que los mayordomos se

encargaban de llevar. La jota, como en todo acontecimiento navarro, hacía acto de presencia:

Los cofrades de san Pedro
nunca faltan a la cita
y para agradar al Santo
oyen devotos la misa.

Esta vieja cofradía
que quizá tenga mil años
conserva su tradición
y grato sabor cristiano 21.

Engalanados con ramas y flores silvestres, los cofrades emprendían el regreso. A su llegada al pueblo entraban por el puente con cierta solemnidad de dos en dos, llevando muchos de ellos en sus grupas a pequeños aspirantes ─los propios hijos y nietos─ que un día perpetuarán esta tradición.

Después de muchos años sin volver a ver la romería, quise revivirla. Ya suponía que habría cambios, pero me ha gustado. Hoy los vehículos han suplantado a los carros y a las caballerías, pero la misa y el almuerzo en la campa son los mismos. He contado setenta cofrades, cuyo número varía poco de año en año, además de unos quinientos romeros ocasionales.

En 1976 la ermita de san Pedro se caía de vieja, como había pasado con otras seis ermitas del municipio. En ese momento servía de almacén para guardar durante el año la hierba del ganado. Tampoco ofrecía interés artístico alguno. Cien años antes se había retejado, arreglado su altar y restaurado la imagen [22]. Pero en ese año los cofrades, ante el estado irreparable de sus muros, acordaron derribarla y construir una nueva en el mismo lugar [23].

Tanto el arquitecto, *Félix García Barrios,* como los constructores, *Hermanos Barcos*, que se encargaron de la obra, eran hijos del pueblo. Por un acuerdo previo de la cofradía, se aprovecharon para la cimentación algunos sillares de la desaparecida basílica de la Virgen del Pero, abandonada junto a las arcadas del puente de piedra. De este modo se fundieron en un abrazo pétreo las dos cofradías.

La inauguración de la nueva ermita se hizo coincidir con la fiesta de san Pedro. Presidió el acto el arzobispo, *don José Méndez Asensio*. Construida en ladrillo macizo de color rojo, la bella silueta de la nueva ermita, encumbrada apenas sobre un breve altozano, consta de pórtico abierto con tejadillo, una pequeña nave con doble hilera de geométricos vitrales alargados y un ábside de medio tambor.

El campanil, en un lateral del tejado, alegra con el son de su bronce el aire de los campos de Arlas [24]. El conjunto posee el encanto de la sencillez y del buen gusto arquitectónico. Sólo le faltaban en el momento de si inauguración dos docenas de acacias para ponen una nota verde en el entorno paisajístico.

La cofradía guarda desde hace algunos años una valiosa imagen de san Pedro, hecha de alabastro posiblemente en el siglo XVI, que se coloca en la ermita el día de la fiesta. Fue donada por *Cándido Ayerra*, cofrade difunto, perteneciente a una conocida familia peraltesa. Durante el año, el alcalde de turno custodia esta imagen en su casa.

Hoy, el regreso al pueblo es mucho más ruidoso y masivo que antaño, pero también menos impresionante y colorista. Ya no hay setenta caballos para los setenta cofrades, aunque el prior, el alcalde y los mayordomos mantienen el prurito de volver sobre sendas caballerías, que cada año cuestan más de conseguir. Termino el capítulo con la crónica periodística que recoge la romería de san Pedro en el año 2010:

Este año, Peralta, fiel a su cita, celebró la tradicional fiesta de San Pedro. En esta ocasión el alcalde de la Cofradía fue Víctor Troyas Osés, fundador de la empresa Dyna Mobel de Peralta, que recogió el testigo de Ángel Zunzarren Martínez. La celebración comenzó el sábado a las 13,00 horas cuando se disparó el cohete desde la casa del alcalde. En ese momento, Troyas cogió el mando y dio un aperitivo a los cofrades, amigos, familiares y vecinos. Sobre las 18,00 horas comenzaron las vísperas y a continuación disfrutaron de la tradicional merienda de queso, tomate y guindillas.

El domingo a las 6,30 abrió la fiesta la aurora, y hora y media después se hizo la salida con el Santo desde Peralta a la ermita. Los familiares del alcalde portaron la imagen. El arzobispo de Pamplona, Francisco Pérez González, celebró la misa en la ermita.

A continuación, la cofradía invitó al arzobispo a la inauguración del nuevo Campanar y accesos a la ermita. Después de la misa se repartió un chocolate con bizcochos y a las 12,00 horas se recorrió el pueblo.

Los cofrades iban montados en quince caballos, cinco motos y veinticinco coches engalanados con flores y ramas de frutos. Finalmente, el alcalde entrante, junto al saliente, completó el recorrido en un coche tirado por 4 caballos cerrando la comitiva. Al llegar a casa del alcalde los cofrades bebieron un vaso de vino y recogieron una faria. [25].

NOTAS:

1. Carlos II eligió a la Virgen de Ujué como su principal protectora y emprendió la ampliación gótica del templo y de otras construcciones anejas. Al morir, dejó ordenado que su cuerpo reposase en la catedral de Pamplona, sus entrañas, en la colegiata de Roncesvalles, y su corazón, que tan fuertemente había latido al ritmo de violentas pasiones, en el santuario de santa María de Ujué. La urna donde está depositado tiene esta inscripción: *Aquí yace el corazón de Carlos II, rey de Navarra. Año 1386.*
2. Baleztena, D. *Romerías de Navarra*, págs. 41-43.
3. Un estudio sintético y actualizado de la arqueología ujuetarra se recoge en *Catálogo Monumental de Navarra,* III. *Merindad de Olite*, págs. 509-536, Pamplona, 1985.
4. Jimeno Jurio, J. Mª. *Ujué*, Temas de Cultura Popular, núm. 53.
5. Clavería, J. *Historia documentada de la Virgen, del Santuario y villa de Ujué,* Pamplona, 1953. Uranga, J. J. Ujué medieval, Pamplona, 1984, pág. 15 y ss.
6. Artífice entre otros peralteses del restablecimiento de la peregrinación a Ujué fue el sacerdote don Juan Jacinto Sayés Bermejo, quien me lo contó entusiasmado.
7. Recondo, J. M. *La Javierada*, núm. 220, pág. 5.
8. Ibíd., 6-7.
9. Iribarren, J. M. *Vocabulario navarro*. Príncipe de Viana, 1952, 2ª ed., 1984, pág. 301.
10. Recondo, J. M., ibíd., pág. 8.
11. Pedroarena, J. A. *Santuarios*, núm. 49, pág. 13.
12. Recondo, J. M., ibíd., pág. 9.
13. Goñi Gaztambide, J. *Los Obispos de Pamplona*, II. La donación fue completada por Pedro I en 1099. Comprendía las iglesias de Arlas, Alesves, Funes, Peñalén, Milagro, Marcilla, Rada, Murillo el Fruto, Carcastillo, Pitillas, Santacara, Larraga, Olite, Ujué, Unzué e Ibero.
14. Ibíd., págs. 368-369.
15. El original se guarda en el Archivo Diocesano. Comienza así: *En la villa de Peralta a siete días del mes de Junio del año de mil seiscientos noventa y nueve, siendo llamados los cofrades de la Cofradía del Señor San Pedro Apóstol para firmar y hacer nuevas constituciones para mejor gobierno y conservación de dicha Cofradía, juntos y congregados todos o la mayor parte en la sala de dicha villa como es costumbre, convinieron…*
16. Después hay diligencias para la derogación de las antiguas constituciones y confirmación de las nuevas. Firman: Silvestre Vasos alcalde de la cofradía, Felipe Echarren prior, Martín Araiz mayordomo.

17. Confirmación del ordinario: *Nos el Licenciado Diego de Echaren, Prior y canónigo de la Santa Iglesia Catedral. Gobernador, Provisor y Vicario General de este Obispado por Ilustre Cabido de la dicha Iglesia, Sede Episcopal vacante por muerte de Toribio de Mier, último obispo [...]. Por cuanto de parte de los hermanos de la Cofradía de San Pedro Apóstol que se celebra en la Basílica extramuros de la villa de Peralta fueron presentadas las ordenanzas y capítulos para el servicio de Dios Ntro. Señor, bien de dicha Cofradía y Hermandad, su buen orden y concierto, y así presentadas por vuestra parte Nos fue suplicado lo mandásemos confirmar y aprobar para que fuesen cumplidas y ejecutadas como en ellas se contienen o como mejor nos pareciese: Y por Nos vistas que son hechas para el servicio de Nuestro Señor, bien y utilidad de la Cofradía, buen orden y concierto de ella tuvímoslo por bien, por tanto confirmamos y aprobamos las dichas ordenanzas en todo como en ellas se contiene con las penas en ellas contenidas y os mandamos no uséis de otras ordenanzas sin que primero sean vistas y confirmadas por Nos. Dado en Pamplona a 27 de setiembre de 1699. Licenciado Diego de Echarren. Por mandato de Su Señoría, Martín de Artajo y Hurtado, secretario.* Archivo Diocesano.
18. Íd., Acta del capítulo extraordinario, del 9 de julio de 1743.
19. Archivo parroquial de Peralta, *Libro de Cofradías*.
20. Ibíd.
21. Coplas de la peraltesa Mercedes de Verda Ruiz, 1981.
22. Archivo parroquial de Peralta, *Libro de la Cofradía de San Pedro*. Junta general extraordinaria del 29 de junio de 1840.
23. Ibíd., Junta general extraordinaria del 16 de abril de 1975.
24. Pérez Ollo, F. *Ermitas de Navarra*, 1983, pág. 197.
25. Irigaray, Miguel Ángel. *Peralta celebró el día de San Pedro*. Crónica del Diario de Navarra, 12 de julio de 2010, pág. 16.

Crucero de piedra a la entrada de Ujué

Nuestra Señora la Virgen de Ujué, Patrona de La Ribera de Navarra

Relicario con el corazón momificado del rey Carlos II el Malo

Dos perspectivas de la nueva ermita de san Pedro de Arlas

CAPÍTULO VI: RELIGIOSIDAD TRADICIONAL

1. Desde las catorce esquinas

El origen musical de las auroras religiosas se pierde en el recuerdo lejano de las devociones populares más arcaicas de Peralta. Pero se sabe que a partir de la Revolución Francesa adquirieron su mayor auge y desarrollo. El oficio del auroro consiste en salir al alba por las calles, antes de la misa primera, cantando el misterio correspondiente del Señor, de la Virgen o del Santo del día. A continuación, se reza un padrenuestro y un ave maría por las almas del Purgatorio, seguidos de la Salve a la Virgen. Y si ese día coincide con la muerte de algún paisano, se repiten los mismos rezos en sufragio de su alma.

Los auroros se acompañan de un farol y de una campanilla que van repicando siguiendo un ritmo determinado. Tras estos sones, en los últimos años se han incorporado los acordes de la guitarra y otros instrumentos musicales.

Antaño, los auroros peralteses hacían su recorrido a través de catorce estaciones, situadas estratégicamente en determinadas esquinas del casco antiguo con el propósito de despertar y animar al pueblo creyente a sumarse a la manifestación piadosa de saludar con cánticos la alborada de un nuevo día. Las nuevas costumbres y el confort de la vida moderna no han podido con esta tradición ancestral.

En Peralta se siguen cantando auroras con entusiasmo en días señalados, igual que en tantos pueblos de las merindades navarras [1]. Cantaron la aurora labradores, ganaderos, artesanos y menestrales. Convertían las catorce esquinas del pueblo en templos de oración y canto.

Allí iban los ricos campesinos junto a los jornaleros más necesitados: todos dependían de esas nubes del cielo que traen aguas de esperanza o plagas de pedrisco mortífero. El canto de la aurora, por tanto, era unas veces de rogativas y otras de acción de gracias según las circunstancias y necesidades del campo.

Durante el siglo XIX se salía a diario a cantar la aurora, pero en el primer tercio del siglo XX ya sólo se cantaba los días festivos y cuando moría algún paisano.

Con la llegada de la República se prohibió hacer las catorce esquinas, pero no se abandonó la tradición, porque las auroras siguieron cantándose en el interior de la parroquia, aunque perdiendo el peculiar sentido de reclamo callejero que las vio nacer.

Los años posteriores a la Guerra Civil compensaron con un espléndido renacer e las auroras el paréntesis anterior sufrido sin ellas. Ni las inclemencias del tiempo en invierno, ni la recolección de las cosechas en verano fueron

obstáculo para celebrarlas. Contribuyó a este apogeo la incorporación de voces femeninas a los grupos de auroros y el acompañamiento de nuevos instrumentos musicales.

De vez en cuando algún vecino que celebraba su santo o su cumpleaños ofrecía a los madrugadores auroros, entre canto y *paternóster*, una torta de yema y una copa de vino dulce.

Como muchos otros pueblos de Navarra, Peralta tenía un viejo manuscrito de auroras que se ha perdido. En él se recogían todas las letrillas devotas para ser cantadas, tanto las ingenuas y populares como las más elaboradas y literarias. Hacían referencia a las celebraciones litúrgicas de Navidad, Pascua, la Ascensión del Señor, Pentecostés, la Inmaculada, la Asunción de María, la Virgen de Nieva, san José, San Fermín, Santiago, san Miguel, san Francisco Javier y san Juan Evangelista.

Las auroras llamadas dobles se cantaban en los días de Adviento y Cuaresma, además de en todos los domingos del año, en las festividades de la Vírgenes del Carmen y del Rosario y en algunas fiestas locales como san Blas, san Antón, san Babil, san Juan Bautista, san Pedro, san Roque, san Martín, santa Lucía y san Silvestre. Las auroras simples conmemoraban el misterio o santo del día. Las de difuntos hacían acto de presencia el día de Ánimas y cuando moría algún paisano.

La tradición oral sólo ha conservado unas pocas auroras de las muchas que abarcaban todos los días del calendario. Actualmente, las auroras se cantan también en las fiestas y conmemoraciones de carácter civil, lo cual ha contribuido a que se amplíe la participación popular, tan fundamental en este tipo de celebraciones.

Al igual que las letrillas, sus melodías son sencillas y pegadizas al oído, aunque en algún caso resultan monótonas y reiterativas. Compuestas para una sola voz, a veces van acompañadas de un dúo. Musicalmente se han adaptado al carácter de la celebración.

Por eso tienen aire de villancicos en Navidad, de canto penitencial en Cuaresma, de aleluya de júbilo en Pascua, de triste endecha en la conmemoración del día de difuntos y del entierro de un paisano y, finalmente, de alegre algarabía en las celebraciones festivas infantiles y juveniles.

Alguien ha escrito con pesimista añoranza: Nuestros pueblos, habitados hasta ahora por labradores, pastores y artesanos, salen de una milenaria etapa cultural para asomarse a una nueva era, la industrial. El viejo tronco, hecho de tierra, abarcas, layas, hoces, fogones, candiles y corrales, da paso a industrias, tractores, cosechadoras, garajes y granjas modernísimas. La aurora es una de las

hojas de aquel árbol. Un injerto en el tronco nuevo podría salvarla en parte. Pero jamás será ya lo que fue, porque nunca volverá nuestro pueblo a una situación socio-cultural como la de nuestros abuelos [2]. Pero no está todo perdido. Todavía estamos a tiempo de preservar nuestras auroras con la creación de una escuela regional que potencie el canto tradicional de ellas. No hay que dejarlas morir, sino revitalizarlas, para que cumplan su noble cometido religioso en una nueva era y, una vez remozadas, transmitirlas a las futuras generaciones de auroros.

Peralta, no obstante, puede sentirse orgullosa porque, cuando yo escribía esto, tenía dos grupos de auroros: el antiguo, que hacía un recorrido fijo, y superando las catorce esquinas tradicionales con más de veinte paradas por las calles de nueva creación; y el grupo de los jóvenes, que realiza su itinerario según la ocasión y el momento.

Ambos cantan con igual entusiasmo y participan en las habituales concentraciones de auroros de Navarra, hermanándose con idéntica devoción y afición con los de Abárzuza, Adiós, Aibar, Andosilla, Artajona, Artazu, Ayegui, Barasoain, Beire, Betelu, Cascante, Cáseda, Cintruénigo, Estella, Falces, Fitero, Funes, Lezaun, Lumbier, Mañeru, Marcilla, Mendigorría, Murchante, Obanos, Olite, Pamplona (con los grupos de santa María, san Vicente de Paúl, san Miguel y san Juan), Pitillas, Puente la Reina, San Martín de Unx, Sangüesa, Tafalla, Tudela, Uterga y Valtierra [3]. Y también con los auroros de otras regiones de España.

¡Qué hermosa esperanza! En esta línea de mantenimiento y superación ha actuado el coro de voces blancas de Arlas, formado en 1984 por una treintena de jóvenes de ambos sexos, que intenta crear una escuela de canto y fomentar la música coral culta, sin olvidar las canciones populares [4].

2. Auroros y auroras

Entre los muchos auroros peralteses de los últimos doscientos años, he aquí algunos de los más conocidos: Pedro el sacristán de las monjas, Colito, Niñoveros, los hermanos Montaña, los Mina, los hermanos Lezaun, Zopero, Ceniza, Ezequiel, los Pedrola, los Molina padre e hijo, el caminero Moreno, el músico Octavio Castillo y, sobre todo, el gran Sebastián Zabal, uno de los hombres más castizos de Peralta. En memoria y homenaje a todos ellos, y a otros muchos que no recuerdo en estos momentos, dedico unas líneas al último citado.

La fama de *Sebastián Zabal* como buen trabajador y excelente cantor de auroras sobrepasó los límites de la villa, extendiéndose por toda la Ribera de Navarra. Él mismo se aplicaba el dicho: *soy mucho trabajador, mucho comedor*

y mucho bebedor. Y era verdad, nadie le ganaba a trabajar, a comer y a beber, pero tampoco a cantar bien las auroras.

Perteneció a la banda municipal de música, y cuentan que un día la banda de Peralta fue a amenizar las fiestas patronales de un pueblecito de la montaña. Era costumbre que sus mozos fuesen con los músicos a rondar a las casas de las trece muchachas que había en el pueblo.

Cada una de ellas, además de una gallina para la merienda, regalaba pastas y un par de copas que se tomaban en el portal. Pocos mozos lograron completar la ronda, pero Sebastián ingirió las 26 copas reglamentarias y al menos otras tantas pastas, exclamando al final: *¡La pena es que no "haiga" más mozas en este pueblo!* [5].

Con la misma vitalidad y plenitud se volcaba en las obras que hicieran falta en el pueblo. Cuando cantaba las auroras, según dicen, llevaba en la faja un frasco achatado con aguardiente al que daba buenos tientos tras cada *paternóster*.

Como acostumbraba a madrugar, se convirtió en el despertador del vecindario, alternando este oficio con los serenos. Todos podían dormir tranquilos, pues Zabal llamaba a sus paisanos a la hora en punto que le habían encomendado. Nadie dejó de tomar una medicina, dar de comer a los animales, marchar al campo o irse de viaje en la primera Tudelana porque Zabal no le avisara a su debido tiempo.

Como buen juglar de la santa María, invitó durante decenas de años a la oración matinal a la Virgen, desde el día de Año Nuevo hasta el de san Silvestre. Se dice que un ave maría rezada diariamente asegura el goce del cielo; así que no es difícil saber cuál habrá sido el galardón divino para Sebastián Zabal. Siguió cantando auroras hasta que enfermó de viejo. Se fue a cantarlas en la Atalaya eterna del cielo con los auroros paisanos que le habían precedido en la vida terrena.

Las letras de las auroras tradicionales constan casi siempre de siete versos de desigual medida. No es raro encontrar en ellas ripios y modismos lingüísticos peralteses. Por lo regular adolecen de pobreza de contenido, reflejo de la deficitaria cultura en los pasados siglos. Entresacar, clasificar y exponer tanto los disparates idiomáticos como las inexactitudes teológicas que de buena fe se han estado cantando en las auroras de Peralta, resultaría un trabajo interesante que brindo a los jóvenes investigadores para ilustrar el folclore local. Transcribo a continuación las auroras más antiguas de esta villa que ha seleccionado un entusiasta conservador de las tradiciones musicales [6].

A san Blas

A san Blas muchos idólatras
en una laguna lo fueron a echar;
entra el Santo y el agua se aparta,
y por la laguna a pie "enjuto" va.
Viéndolo así andar,
se metieron también los infieles;
todos se ahogaron y salió san Blas [7].
Alabad, alabad, alabad,
ángeles santos a san Blas,
de Sebaste, obispo de Armenia,
quien nos dio bienes eternos
con milagros sin igual,
Dios le hizo un médico especial.
A ti, con amor, doctor Santo,
te tributo con placer mi canto.
A ti, con amor milagroso,
te venera Peralta animoso.
Oye San Blas con atención,
donde verás ferviente oración.
Con humildad, con devoción,
pidámosle amparo a nuestro Patrón.

A la Virgen de Nieva

A la Virgen santísima de Nieva
venid los cristianos todos a rogar:
que conserve sin daño los frutos
y con ellos a sus hijos poder sustentar.
Venid, peralteses, sin tardar
a pedirle a María en la misa
y estar a seguro en la tempestad [8].

¡Viva, viva! La hermosa María,
cuyo nombre celebramos hoy,
y en el dulce María de Nieva
sale a las calles con pompa y honor.
¡Viva! Animémonos, animémonos
a sacar su sagrado estandarte
y darle el obsequio más vivo de amor.

A la Asunción de la Virgen

¿Quién es esa que sube triunfante,
luna sin menguante, clara como el sol,
más terrible que los escuadrones,
puestos en batalla a son de tambor?
Es María que sube a los cielos,
a ser coronada por el mismo Dios.
¡Qué gloria y honor!

El Domingo de Resurrección

Aleluya, cristianos devotos,
en este día de Resurrección,
nos infunde gozo y alegría
al venir al mundo el Señor.
Animémonos, animémonos.
Aleluya, aleluya, aleluya,
ha resucitado nuestro Redentor.

Al Cristo de la Cruz a Cuestas

En Peralta hay por costumbre
antes de aprender a hablar
enseñarles a los hijos
al Santo Cristo adorar.

Esta santa devoción,
que todo el pueblo profesa,
es una prueba de fe,
que el Santo Cristo compensa.

Pues Peralta tiene del Cielo
la puerta por siempre abierta,
y con fe dice: ¡amparadnos,
Cristo de la Cruz a Cuestas!

Hoy que celebrando estamos
del Santo Cristo la fiesta,
pidamos de corazón
que a nuestro pueblo proteja.

Le tengamos como Padre,
démosle de amor mil pruebas,
para que dignos seamos
de su bendición eterna.

La institución de la aurora sigue estando viva en Peralta, si no con la pujanza de antaño, sí con la suficiente fuerza para continuar creando letrillas y tonadas que celebran fiestas y acontecimientos importantes, como demuestran las siguientes composiciones, más recientes que las tradicionales, pero tan ingenuas y tiernas como ellas.

La campana de Javier

Hoy te llama nuestra campana,
la misma campana que alzaba Javier,
del Oriente una nueva mañana
tras su sonrisa, su gracia y poder.

Vámonos con él, vámonos con él
a salvar para Cristo las almas,
que a Dios no conocen
en un mundo infiel.

Hoy, Señor, necesitas mi vida,
y en tu fuego santo se ha de consumir;
y que nunca se dé por vencido,
como el gran Apóstol, fiel hasta morir.

Preparado estoy,
Javier junto a Cristo camina,
y con él nosotros
vámonos desde hoy.

En el Oriente Javier
nunca supo qué fue el miedo.
a imposibles dijo: ¡puedo!

Javier recorrió la Tierra
predicando amor y paz…
Hombre que tan alto vuela,
ya no puede subir más [9].

A san Pedro

Peraltés, a san Pedro tributemos
homenaje de gloria y honor,
celebrando su fiesta solemne
con auténtica fe y devoción.

Peraltés, a san Pedro roguemos
por la paz y que reine el amor;
que unidos y amándonos todos,

consigamos un mundo mejor.

¡Oh, san Pedro!, pilar inmovible
del rebaño de Cristo Pastor,
intercede por todo Peralta,
por la Iglesia y tu gran sucesor.

Que tengamos por siempre en el alma
tu valor y tu fe en el Señor,
para así merecer nuestro premio
al luchar por el Reino de Dios [10].

Peralta canta a san Pedro

En esta mañana alegre
el sol quiere brillar más
Peralta canta a san Pedro,
de la Iglesia fiel pilar.

Pescador y Apóstol Santo,
te pedimos con bondad,
que nos extiendas tu mano,
llena de amor y de paz.

Escucha Tú desde el Cielo,
únete a nuestro cantar,
protector y padre nuestro,
piedra firme del altar.

En esta mañana clara
oye a Peralta cantar
que vuelen las voces nuestras
por el campo y la ciudad.

Cantad, cantad, mis hermanos,
cantad, cantad y cantad,
que cantamos a san Pedro,
pidiéndole eterna paz [11].

Día de los niños

Es la fiesta de los niños
ésta que hoy celebramos,
con canciones de alegría
al pueblo le saludamos.

Hoy siempre cantaremos

por las calles de la villa;
la alegría en Peralta
no ha de ser la flor de un día.

Este canto de la Aurora
es como el de una oración,
que mandamos hasta el cielo
para el Hijo de Dios.

A Cristo que dio su sangre,
por salvarnos a los hombres,
pedimos paz para el mundo
y amor en los corazones.

Porque también Él fue niño,
igual que somos nosotros,
le pedimos que mañana
nos haga hombres piadosos.

Hoy los niños de Peralta
con alegría cantamos,
desde el alba hasta la noche
nuestra fiesta celebramos [12].

3. Los monaguillos

Ya he dicho en el capítulo anterior que durante unos años la parroquia de Peralta careció de sacristán, y parte de su trabajo gravitaba sobre el numeroso equipo de monaguillos. Los seminaristas del pueblo organizaban cursillos teórico-prácticos en el verano para reclutar nuevos acólitos. Yo fui uno de ellos junto con Juanito Asín, mi compañero en la escuela. Por tanto, nos fueron enseñando, poco a poco, los latines que tendríamos que pronunciar al ayudar en las misas de los curas. Una vez admitidos en el acolitado, servíamos por riguroso turno semanal en las celebraciones de misas, vísperas, exposiciones del Santísimo, novenarios, bautizos, bodas, funerales… Los madrugones que padecíamos eran compensados por las propinas recibidas, sobre todo en las bodas y bautizos.

En las misas primeras a las 6 o las 7 de la mañana –según fuera verano o invierno–, se casaban los pobres y los viudos; estos últimos lo hacían a esas horas para evitar la cencerrada que las gentes les daban. En este caso, la novia no vestía de blanco, sino con traje de calle, y la comitiva de invitados se reducía a unos pocos familiares.

Los bautizos se celebraban poco después de las 12 de la mañana o de las 5 de la tarde, para darnos tiempo a los monaguillos a que pudiésemos ayudar en ellos al cura al salir de la escuela. Después de celebrado el bautizo, toda la chiquillería del pueblo iba tras la comitiva, recogiendo caramelos, peladillas y la calderilla que les tiraban los padrinos, las madrinas y los demás familiares.

Si no eran generosos, o "rumbosos" como en Peralta se dice, salían malparados de las bocas infantiles que se desgañitaban cantando:

Bautizo "cagau",
que a mí no "m´han dau",
si pillo al chiquillo
lo tiro al "tejau";
si pillo a la madrina,
la echo por la barandilla...

La administración del viático y de la extremaunción impresionaba vivamente nuestra imaginación infantil. En el primero prevalecía un aire escenográfico en las casas, que acentuaba a nuestros ojos la gravedad del enfermo. Solía administrarse después del rosario vespertino, cuando ya había anochecido y los hombres, de vuelta del trabajo, acompañaban al Santísimo con hachones encendidos hasta el domicilio del enfermo. A intervalos, una campanilla manual emitía sones graves y secos. Al llegar al domicilio, algunos hacheros ocupaban la escalera y las estancias en doble fila, mientras el resto permanecía en la calle en silencio. En la habitación había montado un pequeño altar con los mejores lienzos familiares.

Después de haber comulgado, si el enfermo estaba grave, el sacerdote le sugería que pidiera la extremaunción. Con frecuencia este sacramento se administraba *in extremis*, es decir, cuando el moribundo estaba ya inconsciente. Tanto en un caso como en otro, el sacerdote descubría los pies del encamado para ungirlos con el óleo santo. En el catecismo aprendimos que este último sacramento servía para tres cosas: *La primera para quitar los rastros y reliquias de la mala vida pasada; la segunda para dar fuerza al alma contra las tentaciones del demonio; la tercera para recobrar la salud del cuerpo, si le conviene al enfermo*. El regreso a la iglesia tras los viáticos se realizaba con el mismo acompañamiento de hachas encendidas. La bendición con el Santísimo en aquella despedía a los hombres participantes.

La comunión general que se impartía a los enfermos encamados para cumplir con el precepto pascual tenía lugar solemnemente el domingo segundo de Pascua, llamado de *Quasimodo* por la primera palabra del Introito de la misa de ese día: *Quasimodo geniti infantes*, es decir, *a la manera de los niños recién nacidos.* La mañana de abril era todavía fresca. La gente acudía con candelas

encendidas formando una procesión larga, de itinerario serpenteante, porque había que atender a todos los solicitantes, que solían ser muchos.

Si empezaba por el Barrioalto, volvía a la parroquia por ambos Bajaderos, después de haber recorrido las calles junto al río. La mayoría de los enfermos eran ancianos encamados o con dificultades motrices para desplazarse hasta la iglesia a *cumplir con parroquia*, como se decía al cumplimiento pascual.

Pertenecer al grupo de los monaguillos tenía sus agradables contrapartidas; la principal de ellas era el reparto de las propinas recibidas para todos en los bautizos y las bodas, como he apuntado más arriba. Una caja de madera con departamentos individuales, cerrada mediante un candado, guardaba en su interior estos emolumentos. Todos los trimestres el párroco don Carmelo Velasco abría la caja, sacaba el dinero almacenado y lo ingresaba en la libreta de cada monaguillo en el banco Crédito Navarro, añadiéndole el importe de los estipendios temporales que a cada uno le habían correspondido por los aranceles parroquiales.

Otra ventaja era que el coadjutor don Juan Marzal, encargado del cine parroquial, nos dejaba entrar a los monaguillos sin pagar los 20 céntimos que valía la sesión dominical.

Monaguillo

Se levantaba a las cinco
a misa de cazadores,
cuando el alba todavía
no asomaba sonrosada
por el óculo de oriente.
Dormitaba de rodillas
los ritos del ministerio.
Vestido con la sotana.
retomaba el dulce sueño
en la dura colchoneta
de la Adoración nocturna,
hasta que el toque cansino
de la misa de las ocho,
de pronto le despertaba.
En la mayor, de tres curas,
con roquete y la gualdrapa,
cantaba la misa "de Angelis",
alternando con los fieles
cada domingo del año,
mientras daba el pan bendito

–dos trozos a los amigos–.
En el rito de las vísperas,
a la bajada del coro
para el canto del *Magníficat*,
quemaba con los ciriales
los rostros sobresalientes
de judíos y sayones
que en las cruces resaltaban.
Cuando el rezo del rosario,
en vez del repetido *Ora pro nobis*
repetía con los niños
en la larga letanía
rezada a la carrerilla,
las palabras parecidas:
un automóvil, un automóvil...

4. Las procesiones

Los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil fueron tiempos de gran religiosidad, por lo menos en las manifestaciones externas. Cualquier peraltés de cierta edad recordará las celebraciones parroquiales multitudinarias, y por antonomasia las procesiones, que recorrían las calles principales de la villa en las festividades más destacadas del calendario. Salían por lo regular de la parroquia antes o después de la misa mayor. Los cofrades portaban a hombros las andas con la imagen del santo correspondiente.

La primera procesión del año era la de san Blas, el 3 de febrero, al día siguiente de la bendición de las candelas. Como es el Patrono del pueblo, en la tarde del día 2 los curas cantaban las primeras Vísperas de la fiesta. En la procesión no se sacaba su gran imagen porque al ser de madera maciza pesa demasiado. En su lugar procesionaba el relicario, un brazo de estilo barroco con una tibia del Santo, que se divisa a través del cristal. He visto que los jóvenes de hoy se atreven a sacar en la procesión la pesada estatua barroca que preside su retablo.

El 19 de marzo la bella efigie barroca de san José con el Niño Jesús en sus brazos y la vara florida, símbolo de la castidad, salía en procesión. Las torrijas que las amas de casa hacen ese día representaban el contrapunto gastronómico perfecto a mitad de la penitencia cuaresmal.

El domingo de ramos acudíamos a la bendición de los mismos, tras la cual se iniciaba una pequeña procesión que, saliendo por la puerta principal de la

parroquia, entraba por la de la Plaza de la verdura. Los ramos que llevábamos procedían de la poda de los olivos, abundantes entonces en el campo peraltés.

Las flexibles palmas, procedentes de Elche y adquiridas en Pamplona, solo las llevaban los curas, las autoridades y algunos hijos de papá. Igual que los hebreos de Jerusalén, cantábamos en la procesión: *¡Hosanna filio David. Benedictus qui venit in nomine Domini!* Es decir*: ¡Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor!*

La magna procesión del Santo Entierro de Cristo el día de viernes santo, como ya he dicho anteriormente, era y es, la manifestación callejera más piadosa y fervorosa de todo el año en Peralta.

El domingo de Pascua salía de madrugada de la iglesia del convento la imagen de la Virgen del Amor Hermoso cubierto su rostro con un velo negro. Al llegar a la Plaza Principal, se efectuaba el encuentro con su Hijo sacramentado, venido en la custodia desde la parroquia bajo palio, levantándose entonces el velo que cubría el rostro de la Virgen.

En día 15 de mayo, fiesta de san Isidro labrador, a pesar de no ser día de precepto, gozaba de gran aceptación entre las gentes del campo. En mi primer año en Peralta vi procesionar la pequeña efigie barroca de este Santo, acompañado de su yunta de bueyes. Pero al año siguiente los cofrades compraron en la población catalana de Olot una gran imagen de serie, que sustituyó a la anterior en las procesiones.

Para la festividad de Corpus Christi se montaban en diferentes calles del pueblo varios altares, adornados con colchas bordadas, maceteros floridos y gran profusión de velas. En cada uno se cantaba el *Pange lingua* [13], en señal de adoración al Santísimo Sacramento que procesionaba bajo palio. Junto a la custodia marchaban los niños y niñas que habían hecho ese año la primera comunión.

Esta es la procesión más antigua del pueblo, porque siendo obispo de Pamplona *Antonio Zapata Mendoza* y su vicario general *Coello de Contreras,* se aprobaron el 1 de septiembre de 1600 las constituciones de una antiquísima cofradía en honor del Santísimo Sacramento, destinada a fomentar en Peralta la devoción a la Eucaristía y a solemnizar con una procesión la festividad de Corpus Christi [14].

El día de san Pedro, sus cofrades procesionaban por la tarde el busto del Apóstol que he citado más arriba, artística talla con la triple tiara pontificia colocada sobre los rizos de su cabeza. El Corazón de Jesús se celebraba también mediante una concurrida procesión por las calles. El 16 de julio, Nuestra Señora del Carmen, acompañaba a la imagen de la Virgen en el desfile procesional un

largo rimero de cofrades, hombres y mujeres, llevando un gran escapulario entre el pecho y la espalda. San Roque es un santo muy popular en Peralta, por eso a la procesión en el día de su fiesta –presidida por una talla de cierto mérito artístico– acudían los labradores que tenía viñas. Sus cofrades adornaban las andas con uvas traídas de fuera, porque no habían madurado aún las de las viñas del monte peraltés. Se cuenta, no sé si será cierto, que las gentes de un pueblo cercano le cantaban:

¡Oh soberano San Roque!,
¡oh divino Señor!,
que fuiste elegido
"pa" ser madre de Dios [15].

Después de esta expresiva herejía, no menos enjundia tiene el apóstrofe que le dirigió al mismo Santo el mayoral de la cofradía de otro pueblo de La Ribera de Navarra, porque no les había librado de un pedrisco en el día de su fiesta:

T'imos hecho procesión
y anoche tu güena hoguera,
y ahura a metá de mañana
nos gibas de esta manera 16.

La devoción a san Roque de los cofrades peralteses, no llegaba a tan altos e irreverentes elogios.

La procesión con mayor asistencia del año era, y sigue siendo, la de la Virgen de Nieva. Muchos hijos de Peralta que residen fuera acuden para acompañar a la Patrona en el primer domingo de septiembre.

En octubre, en la festividad de la Virgen del Rosario, los cinco misterios marianos cantados resonaban por las calles al atardecer durante todos los días de la novena. Faroles multicolores alumbraban el deambular de los cofrades con la talla sedente de la Virgen recién restaurada.

El domingo de Cristo Rey, desfilaban los hombres al anochecer acompañando a la entrañable imagen del Cristo de la Cruz a Cuestas.

En la fiesta de la Inmaculada Concepción, jóvenes costaleras, con la medalla de Hija de María al pecho, sacaban en procesión su imagen azul y blanca.

Cerraba el año procesional el titular de la parroquia, san Juan Evangelista. Preside la procesión una efigie del Santo escribiendo al dictado del Águila de Patmos los textos bíblicos que se le atribuyen: el Evangelio y el Apocalipsis.

En el retablo del altar mayor hay dos grandes altorrelieves de su martirio, por eso la efigie del Santo, que originariamente ocupaba el lugar de actual camarín

de la Virgen de Nieva, se guarda en otras dependencias parroquiales. Esta artística talla, de la misma época y factura del retablo, tiene cierto parecido con la imagen de san José. El barroquismo de su túnica y manto le confieren un movimiento alado, como queriendo significar la inspiración del espíritu Santo que le asiste.

La vida parroquial también tenía estas otras manifestaciones religiosas procesionales, pero restringidas al interior de la iglesia: el ejercicio de las XL horas, las horas santas de los jueves en honor de la Eucaristía, los vía crucis, la adoración nocturna mensual masculina, el culto que los monaguillos dedicábamos a nuestro Patrón san Tarsicio, niño mártir de Roma.

En estas ceremonias y recorridos internos por la iglesia parroquial me fijaba en el enorme cuadro de las Ánimas del Purgatorio que estaba enmarcado con un grueso marco y ubicado en la pared aledaña a la puerta de entrada a la sacristía.

El 2 de noviembre una profusión de cirios encendidos delante de él, lo había ahumando casi completamente. En mi última visita a la parroquia, no he visto tal cuadro por ningún lado.

En la fiesta de Todos los Santos, se acudía en masa al cementerio para adornar las tumbas individuales de los peralteses fallecidos, presididas por cruces de hierro forjado y los panteones familiares construidos con piedra y cemento.

Existía una antigua costumbre peraltesa que se ha perdido completamente al generalizarse el ornato floral de las sepulturas. Consistía en adornarlas con serrín tintado de tonalidades de colores oscuros y malvas [17].

5. Cada día un mortichuelo

Llamábamos *mortichuelo* al entierro de los niños que morían antes de recibir la primera comunión. Generalmente eran recién nacidos, o de pocos meses de vida, los infantes víctimas mortales de enfermedades frecuentes que la ciencia médica hoy ha superado. Aún no se había generalizado el uso de antibióticos y la penicilina estaba todavía en mantillas.

Mediada la mañana, o antes de mediodía, un diminuto ataúd blanco salía de la casa de los padres del finado a hombros de niños mayores y entre los lloros y suspiros de los familiares, mientras, los curas recitaban en latín el salmo 90[18], que en castellano dice: *Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Antes que las montañas se engendraran, antes que naciesen la tierra y el orbe, desde siempre, Tú eres Dios.*

La voz bien impostada del organista don Vicente Martínez y la voz cascada del coadjutor don Andrés Troyas lo proclamaban por las calles en el cortejo fúnebre: *Tú nos haces volver al polvo diciendo: ¡Retornad, hijos de Adán! Porque mil años en tu presencia son un ayer que pasó, una vigilia nocturna*.

Las gentes se santiguaban a su paso. Algunos niños amigos se adherían rezagados a la comitiva al salir de la escuela: Nos arrebatas como un sueño temprano, como la hierba que brota: sale y florece por la mañana, y por la tarde se corta y se seca. Nadie comprendía el mensaje del salmo en latín, pero todos asentían sus palabras con reverencial respeto ante la muerte.

Los monaguillos encabezábamos el séquito con la cruz alzada y los ciriales encendidos. *En el cielo* –oíamos decir a las personas mayores– *estarán celebrando una gran fiesta por el nuevo ángel que allí llega*. ¿Y yo pensaba en silencio: ¿por qué los ángeles necesitaban bajar a la tierra, nacer de una mujer, meterse en un ataúd y ser enterrados en Peralta?

Por tu ira somos consumidos, conturbados por tu indignación. Has puesto nuestros pecados ante ti, y a la luz de tu rostro nuestras culpas secretas. El niño muerto no tenía culpas. El misterio atosigaba mis pensamientos mientras la comitiva llegaba al gran soportal de la iglesia del convento: Bajo tu ira nuestros días declinan, consumimos nuestros años igual que un suspiro. Setenta años alcanzan nuestros días, tal vez ochenta si tenemos vigor. Mas es su mayor parte trabajo y vanidad, pues pasan presto y nosotros volamos.

Unos días después había otro vuelo celestial. El agua del hisopo y el intenso aroma del incienso dignificaban aún más aquellos inocentes despojos: *¿Quién pondera la fuerza de tu ira y teme la violencia de tu enojo? ¡Enséñanos a contar nuestros días para que alcancemos sabiduría a conciencia!*

Es la sabiduría de la propia muerte aceptada desde que nacemos, pero que sólo era consciente en la edad adulta. Por eso los niños seguían jugando en la calle ajenos al mortichuelo: *¡Vuelve, Señor! ¿Hasta cuándo? Ten piedad de tus siervos. Sácianos pronto de tu misericordia, para que todos nuestros días vivamos en alegría y júbilo*.

El blanco ataúd era colocado en la carroza mortuoria tirada por caballos empenachados al pie de la carretera de Andosilla: *Danos alegría por los días que nos afligiste, por los años en que conocimos desgracia.*

Carretera adelante, la carroza pasaba por las Casas Baratas, las últimas del pueblo. Antes de llegar al Raso Jaurrieta, el verde oscuro de unos cipreses anunciaba el final del trayecto: el cementerio, en medio del campo, a los pies de la ondulada sierra de Peralta: *¡Aparezca tu obra ante tus siervos, sobre tus hijos la gloria! La dulzura del Señor, nuestro Dios, sea con nosotros.*

El coche mortuorio se detenía ante el portalón de hierro. El sepulturero recibía aquel diminuto cuerpo entre lápidas de mármol y cruces de forja: ¡*Confirma la acción de nuestras manos sobre nosotros, Señor, confirma la acción de nuestras manos!*

Y otras manos agarraban la azada para echar tierra sobre el blanco ataúd. La tierra, blanda y ocre, resonaba sorda al caer sobre la caja: *Al paraíso te conduzcan los ángeles… In Paradisum…*[19], repetía el eco de las tapias del camposanto.

De los numerosos entierros a los que asistí en calidad de monaguillo, el que más me impresionó fue el de un amiguito mío, cuando ambos rondábamos los siete años. Mientras duró su enfermedad, esperaba todas las tardes mi llegada al salir de la escuela para jugar sobre la colcha de su cama.

Cuando me oía subir por las escaleras, se escondía y, aprovechándose de mi transitoria adaptación a la penumbra de su habitación, me sorprendía tapándome los ojos con sus manos febriles, y preguntándome ingenuamente con débil voz si adivinaba quién era el que así me cegaba. Murió pocos días antes de la festividad de la Ascensión. Y como durante el curso se había preparado igual que todos en la catequesis para la primera comunión, los sacerdotes, sabiendo que se moría, tuvieron a bien administrársela en forma de viático.

Mejor dicho, se la administramos, porque fuimos a ella todos sus amigos. El caso es que recibió a Jesús unos días antes que nosotros. Por eso su entierro ya no fue el de un mortichuelo. Incluso el ataúd tampoco fue blanco sino del color natural de la madera. Estoy viendo todavía a su madre despidiéndole a gritos desde el portal de la casa.

Después de muchos años, he vuelto al cementerio donde tengo enterrados, además de mis antepasados, a tantos y tantos conocidos y amigos de la infancia. He besado la vieja losa del panteón familiar, en cuya piedra aparece cincelado el doble rótulo de VELASCO TROYAS - VELASCO MORENO, y en ese beso he depositado mi afecto a todos los que aquí duermen el sueño de la paz eterna.

Una pertinaz sequía, que agosta sin piedad los añosos cipreses del camposanto, está siendo paliada por los empleados municipales con grandes cubos de agua. Al irme del cementerio, me percato de la fecha inaugural del mismo sobre la puerta principal, 1909. Mientras espero dentro de mi coche a que anochezca para ver caer plácidamente las luces del ocaso sobre la cima de esta sierra poco elevada que se levanta enfrente de mi vista, escribo estos versos.

En el cementerio

No son nada nuestros cuerpos,
pero lo tienen todo desde el día
en que las manos alfareras
de Dios creador,
amasaron el limo de la tierra
con sus dedos amorosos,
de Padre bueno,
para hacernos hombre o mujer
a su imagen y semejanza
con un soplo de eternidad...

No somos nada, no lo somos,
ni lo seremos en la vida,
aunque cantemos salmos
por el amigo que se marcha;
aunque nos engañemos
creyendo que todos,
con nuestras pertenencias,
tenemos esencia de eternidad.
La muerte ajena carece de fuerza
para hacernos reflexionar.

No somos nada, no lo somos…
Acompañamos a los muertos,
infantes de nuestra generación,
en una mañana después de la escuela.
Podría haber sido yo el finado,
o cualquier otro niño amigo.
No lo fuimos entonces,
lo seremos en el tiempo prefijado por Dios,
en otra mañana cualquiera,
o en una tarde inesperada.

6. *Magníficat* al bajar del monte

La primera comunión nos proporcionaba a los siete años, una incipiente mayoría de edad, que nos permitía llevar a cabo hazañas hasta entonces imposibles. Una de ellas, la más bella e ingenua de mi vida, la realice en compañía de un reducido grupo de monaguillos, en una tarde cálida de agosto.

Emprendimos la subida al monte de nuestros juegos. Sabíamos que la de aquella tarde no iba a ser una subida más, como tantas otras. Llegamos hasta el bosquecillo de pinos que hay junto al Portil de lobos. Teníamos un proyecto secreto.

El detonante fue que, durante la primavera, una imagen de la Virgen de Fátima había recorrido en una camioneta abierta los pueblos de la Ribera de Navarra, llegando a Peralta el 7 de mayo de aquel año 1949. Le acompañaban, como hechizadas, una docena de palomas revoloteando constantemente a su alrededor. Con este motivo, nos habían contado en la catequesis semanal la historia de las apariciones de la Virgen de Fátima en Cova de Iria a tres pastorcillos lusos.

Con mis amigos pensábamos: ¿Qué tenían de especial aquellos niños portugueses que no tuviéramos nosotros? Perfectamente pudiéramos ser también acreedores de apariciones similares. Y en poco tiempo concebimos una idea. Dejamos sin existencias el cajón de los cabos de vela de la sacristía y una tarde, después de comer, subimos al monte llenos de ilusión. Acampamos junto a la falla tectónica del Portil de lobos. A sus pies, el camino hacia los campos del secano discurría silencioso. Hacía un calor espeso cuando nos arrodillamos los cuatro amigos a la sombra del milenario arco construido con tosco sillarejo. Encendimos los cabos de velas que empezaron a chisporrotear. Entonamos una y otra vez el tradicional canto del ave maría porque estábamos convencidos de que la Virgen, orlada de ángeles, vendría a visitarnos a la colina. Después de un largo rato cantando y rezando, surgió en nosotros la incertidumbre y poco después el desencanto. Poco a poco fuimos comprendiendo nuestra fatua osadía. En nuestros ojos brotaron las lágrimas. Los cabos de vela se ahogaban ya en su espesa sangre blanca.

Santa María no vino del cielo a visitarnos. En medio de un triste silencio, oímos doblar las campanas anunciando las Vísperas solemnes de la fiesta grande de la Asunción de Nuestra Señora. Y bajamos del monte cabizbajos y corriendo, dejando encendidos los últimos pabilos de cera abandonados a su suerte. Nuestras ilusiones quedaban colgadas para siempre en las ramas de aquellos pinos, testigos mudos de nuestra desesperanza. Sin palabras, solo con las miradas, y por temor al ridículo, nos juramos un silencio perpetuo sobre nuestro fracasado intento, juramento que ahora rompo, después de tantos años transcurridos.

Con los últimos tañidos de las campanas entramos sudorosos en la sacristía y nos revestimos la roja sotana, el blanco roquete y el oro bordado de las gualdrapas festivas, cuando el clero parroquial se disponía a cantar en el coro de la iglesia las primeras Víspera de la fiesta de la Asunción al cielo de la Virgen. Para el canto del *Magníficat* nos levantamos, alzamos los ciriales –¡velas otra

vez!– y acudimos bajo el coro para recibir a los curas que, con las capas pluviales blancas y oro de gran fiesta, descendían para incensar el altar mayor.

Magníficat anima mea Dominum… Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador...[20]. En nosotros esto no era verdad porque teníamos el alma triste y abatida.

La iglesia olía a cera reciente, a penumbra fresca, a fiesta mariana, *porque miró la bajeza de su esclava, desde ahora me llamarán dichosa las generaciones*.... Nadie se percataba de nuestra pena.

Y nadie sabría nunca nuestro fracasado milagro. El miedo al ridículo podía en nosotros más que el desahogo. *Porque hizo en mí cosas grandes el que es poderoso y su nombre es santo...*

Los ciriales, avanzando por la espiga central de la iglesia, concentraban nuestra rabia. ¿Dónde había estado el fallo? Dos asiduas beatas contestaban en latín desde los primeros bancos con más potencia de voz que los tres curas juntos. *Et misericordia eius a progenie in progenies, timentibus eum…. Su misericordia se extiende de generación en generación a los que le temen*. ¿Y por qué no a nosotros?

Llegamos al presbiterio para oficiar el rito del incienso enfrascados en la rumia de nuestra rabia. *Ostentó el poder de su brazo, desbarató los planes del corazón de los soberbios...*

¿Habíamos sido soberbios? ¿Era esa la causa? El sol penetraba por el vitral de poniente, encima del retablo de san Blas, jugando con las partículas de polvo suspendidas en el aire interno de la iglesia.

Después regresamos en comitiva hacía el fondo de la iglesia, camino otra vez de las escaleras del coro. *Despojó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes…*

No éramos humildes. En esto radicaba nuestro mal: considerarnos merecedores de favores celestiales y candidatos a una aparición que sólo de Dios depende. *A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió sin nada…* No teníamos hambre de Dios, no le habíamos buscado por Él mismo, sino que estábamos llenos de nosotros.

Terminadas las Vísperas, salimos, ya más serenos, a la Plaza de los curas. En un sentil nos reímos por primera vez de nuestra ingenuidad, pero una honda nostalgia quedó anidada en nuestros pequeños corazones. Tímidos rayos del sol parpadeaban en el incendio del crepúsculo. A partir de este momento comenzamos a atesorar humildad y prudencia en nuestras vidas, *como sucedió con Abraham, nuestro padre en la fe.*

NOTAS:

1. Jimeno, J. Mª. *Auroros y Auroras*. TCP, núm.179.
2. Ibíd., núm. 4.
3. Así sucede en las concentraciones periódicas de auroros de Navarra, recorriendo las calles del lugar donde se reúnen cantando al estilo característico de cada grupo.
4. Este coro fue creado con componentes del coro *Fermín Irigaray*. Ambos son dirigidos por Octavio Castillo Irigalba. El *Coro de Voces Blancas* ha participado con éxito en conciertos, y además de cantar *a capella*, lo hace con acompañamiento de flauta dulce, acordeón y otros instrumentos.
5. Jimeno, J. Mª, ibíd., págs. 17 y 18.
6. Octavio Castillo Irigalba.
7. Siglo XIX.
8. Ibíd.
9. Letra de V. Ordóñez y música de O. Castillo.
10. Letra de Luis Ignacio Villafranca.
11. Letra de E. Sánchez y música de O. Castillo.
12. Octavio Castillo Irigalba.
13. Himno eucarístico atribuido a santo Tomás de Aquino, que se canta en las exposiciones y reservas del Santísimo Sacramento.
14. Goñi Gaztambide, J. *Los obispos de Pamplona*, IV, pág. 674.
15. Caro Baroja, J. Etnografía Histórica de Navarra, III, pág. 236.
16. Iribarren, J. Mª. *De Pascuas a Ramos*, págs. 69 y 70.
17. Según testimonio directo de quienes vieron el día de Todos los Santos de 1987, adornar de esta manera tradicional dos sepulturas del cementerio.
18. El salmista explica la brevedad de la vida como un castigo por los pecados del hombre.
19. Antífona*: In Paradisum deducant te Angeli…* Se cantaba al depositar el cuerpo del difunto en la sepultura.
20. Cántico de la Virgen (Lucas 1, 46-55), en el rezo de Vísperas.

Grupo de auroros de Peralta

Procesión de San Blas en Peralta el 3 de febrero

CAPÍTULO VII: UN PUEBLO DE FIESTA

1. Con el pañuelico “colorau" al cuello

El domingo siguiente al 8 de septiembre tradicionalmente se iniciaban en Peralta las fiestas patronales en honor de Nuestra Señora la Virgen de Nieva; pero a partir de 1986, tras un refrendo popular, comienzan el primer domingo del mismo mes y duran una semana larga. Las labores del campo, el trabajo de las fábricas, la apertura del nuevo curso escolar y hasta la bonanza climática han salido ganando con este pequeño adelanto.

La precaria situación económica generalizada que se vivía en la década de los años cincuenta del pasado siglo quedaba reflejada también en la modalidad de los festejos. Todo giraba alrededor de las vaquillas: mañana y tarde, a las once de la mañana y a las cuatro de la tarde se tenía el encierro por las calles y el toreo popular en la Plaza Principal, convertida para esta ocasión en coso taurino mediante una cerca de maderos, con carros y remolques.

Hoy un presupuesto municipal suficiente posibilita que el desarrollo festivo sea mucho más variado [1]. A mediodía del sábado, el disparo de cohetes y un prolongado bandeo de campanas anunciaban la inminencia de las fiestas. Esa misma tarde, la corporación municipal con el alcalde y el cabo de la guardia civil a la cabeza, acompañados por la banda de música y la comparsa de gigantes y cabezudos, acudían a la parroquia para asistir a las Vísperas y a la solemne Salve a la Patrona.

El domingo de madrugada el canto de la aurora despertaba a la gente. Se oían las voces recias de los auroros recorriendo las calles del pueblo. Entre esquina y esquina sonaba la campanilla invitando a escuchar desde la cama coplas como esta:

Quien a Ti, Virgen de Nieva,
enamorado te canta,
merece un trono en el cielo
y ser hijo de Peralta.

Hacia las 9 de la mañana, dianas y pasacalles, con txistularis y gaiteros, testimoniaban con esta otra copla que en el pueblo ya habían empezado los festejos:

Estamos contentos,
llenos de alegría,
porque nuestras fiestas
son en este día.
Estamos contentos,

llenos de ilusión,
a nuestra Patrona
la Virgen de Nieva
le cantamos hoy [2].

A las 11 se celebraba la misa solemne, seguida de la procesión. La imagen de la Virgen de Nieva con sus mejores galas recorría las principales calles sobre andas con ángeles de alas desplegadas. Le acompañaba un vecindario endomingado. Había mirones en las aceras y en los balcones engalanados como dice la copla:

Hoy Peralta se viste
de gala, de gala, de gala,
y se tira, se tira, se tira,
la casa por la ventana.

En la comida de mediodía se esmeraban las amas de casa. El capón más hermoso del corral, cebado para esta ocasión, sacrificaba sus plumas y su vida. Y a toda hora apetecía una rica torta de yema o un sabroso mantecado de almendra, pastas tradicionales que las mujeres elaboraban en los hornos del pueblo para estas fiestas.

Las últimas horas de la tarde se dedicaban al baile público en el Paseo del Arga, donde la banda municipal tocaba desde el kiosco de la música. Bailar en Peralta era fácil en los años que reseño. Don Vicente Martínez Íñigo, azagrés de nacimiento y peraltés de residencia desde muy joven, supo imprimir a la banda de músicos por él dirigida, una gran altura interpretativa. Hasta compuso piezas como la diana titulada *La primera de las Fiestas,* que todavía sirve de alegre despertar. Yo le agradezco a don Vicente las primeras clases de solfeo de mi vida.

Al cumplir las bodas de oro al frente de la banda, un discípulo suyo escribía: Cincuenta años son muchos para que haya un solo peraltés que no tenga algo que agradecer a don Vicente: un alegre despertar, un flechazo de amor ayudado por una de esas románticas melodías que él dirige, la emoción que produce un pasodoble torero escuchado en el ruedo…

Estamos en unos tiempos en los que, día a día, vemos desaparecer las bandas de los pueblos y tambalear las de las grandes ciudades; pero ésta nuestra, que es báculo en el que se apoyan todos los festejos populares, todavía sigue en pie. Y en estas fiestas volverá a deleitarnos con sus peculiares preocupaciones, gracias al celo de este hombre que, durante cincuenta años, ha dedicado todo su esfuerzo a la enseñanza de la más bella de las artes y de las ciencias, injertando nueva savia y manteniendo siempre viva la tradición musical de este pueblo [3].

Después del baile, cada peña acudía a su *pipero,* que para la juventud de La Ribera de Navarra es la sede de cada cuadrilla festera. Se instalaba en bajeras provisionales, convertidas en lugares de grata convivencia. Se rivalizaba en prodigalidad con los amigos y visitantes. Los ricos caldos de la tierra regaban abundantemente las gargantas de todos los que por el pipero se acercaban. Unos barreños llenos de vino tinto, aromatizado con canela, limón y melocotón a trozos, estaban a disposición del visitante. La sangría brava y dulce, el zurracapote que ya degustaban nuestros antepasados, siguen todavía hoy en vigor.

Las canciones populares empezaban con la jota, cuando los efluvios de Baco hacían sus primeros efectos. Entonces el pipero resultaba pequeño y se salía a cantar por las calles, al son del acordeón, de la guitarra y de instrumentos improvisados.

La juventud apenas dormía en casa durante las fiestas; cogía una manta y se tumbaba al abrigo del pajar, si ya no había sitio en el pipero. No se acudía a comer con la familia: una costillada, pagada a escote, alimentaba a toda la cuadrilla. Despistar clandestinamente del granero familiar un saco de trigo y venderlo al estraperlista era la forma habitual de financiar la economía del grupo de amigos.

Los varones vestían con camisa y pantalón blancos y con falda y blusa del mismo color las chicas. No podía faltar el pañuelico *colorau* al cuello, la faja encarnada en la cintura y las clásicas alpargatas blancas con cintas rojas cruzadas sobre el empeine y atadas a los tobillos. El fervor popular le coloca el pañuelo típico hasta a la misma Patrona:

Pañuelico "colorau"
la Virgen de Nieva lleva,
para que todos veamos
que también es peraltesa [4].

Con la invasión de los pantalones vaqueros, el receso del esparto y la generalización del calzado deportivo, el atuendo de las fiestas ha perdido parte del tipismo que confería aquella blanquirroja uniformidad. Los piperos actuales tienen sede fija, montada y amueblada confortablemente. En ellos cada cuadrilla celebras sus festejos particulares a lo largo del año.

Los fuegos artificiales desde el cascajar del río suponían un brillante final a aquellas noches templadas de mediado septiembre. Eran castillos de luces lanzados desde postes paralelos a la corriente del Arga, que sostenían roleos de pólvora, rodetes giratorios y cascadas de estrellas en chorro. El agua se poblaba

de meteoritos fugaces, que duplicaban el efecto luminoso. Las carcasas, que se abren en una explosión de palmeras multicolores, vinieron más tarde.

Manteniendo las costumbres tradicionales, se han ido adornando las fiestas actualmente de actividades hasta no dejar un solo momento de la semana sin algún acto programado. Hoy se leen en los programas de fiestas: partidos de pelota a mano, desencajonamiento de novillos, elaboración de caldos populares, concurso juvenil de calderetes, almuerzos populares, degustación de calimocho, toros de fuego o *zezenzusko*, toro mecánico, competiciones de tiro al plato, carreras ciclistas, danzas y bailes regionales, festivales de jotas, espectáculos infantiles, verbenas animadas por conjuntos y orquestas de fama…

Como a otros pueblos de Navarra, a Peralta le gusta imitar las famosas fiestas de san Fermín. Por eso al mediodía de la víspera, suena el chupinazo desde la casa consistorial iniciando los festejos. Terminan las fiestas con el clásico canto *Pobre de mí,* al resplandor de las velas:

Adiós, adiós, adiós,
nos vamos a otra parte
con la charanga delante,
la alegría y el buen humor [5].

Se acaban los festejos con cansancio en el cuerpo, pero con el espíritu contento por haber sabido en estos días mantener la tradición y las costumbres de un pueblo, que quiere seguir siendo como ha sido siempre.

Es Peralta una villa hermosa,
de La Ribera fuerte y vigorosa;
en Navarra no hay otra mejor,
vivir en Peralta es regalo de Dios [6].

2. Vacas y novillos de lidia

El encierro ha sido siempre un acto emocionante y en constante riesgo mayormente para la gente joven. Está lleno de alegría y vistosidad, se soslayan empujones involuntarios por las calles, envestidas y posibles pisoteos de las reses bravas. Suelen decir que son tres las cualidades necesarias para ser un buen corredor de encierros: velocidad en los pies, elasticidad en la cintura y serenidad en la cabeza. El primer día todavía se consiguen, pero conforme avanzan las fiestas, el vino y el cansancio hacen difícil ese equilibrio a tres bandas. A diferencia del encierro pamplonica, rápido y breve, el de las vacas furas de los pueblos resulta moroso y detenido. Tiene más de juego peligroso y de temeridad calculada de los mozos que de exhibición de fuerza de los astados.

Durante muchos años en Peralta sólo se corrieron encierros con las vaquillas que se toreaban en la plaza improvisada de maderos y carros, pero tras restaurar el coso taurino y hacer lidia de novillos, unos días se realizan encierros rápidos con estos astados y otros más detenidos con las vaquillas. A veces estas se escapaban del itinerario o de la propia plaza por entre los travesaños mal ensamblados, provocando sustos que casi nunca pasaban a mayores porque salían los mansos en su búsqueda y las reses huidas regresaban sumisas en su compañía. Las vaquillas son sabias y conocedoras de su oficio porque están acostumbradas a recorrer los pueblos de la Ribera desempeñando su papel hasta caerse de viejas

Algunos aficionados maduros no pueden renunciar a correr año tras año por lo menos unos metros del encierro. Y hasta a los más viejos se les ve temblar de emoción, plantados en un portal del recorrido, evocando sus mejores hazañas. Desde los balcones, los menos decididos corean a los más valientes. Rara vez ha sucedido un percance grave.

Resulta imposible enumerar a todos los corredores famosos de Peralta. Como homenaje a ellos es de justicia citar por lo menos a Gerardo Busto, apodado *el Antón*, cuya afición y buen correr han creado escuela en el pueblo a base de serenidad, vista, temple y rápidos pies.

En los años que evoco, el encierro abandonaba la estrechez de la calle Mayor al desembocar en la Plaza de los curas. Una docena de acacias entre diez sentiles de cemento propiciaban variantes gozosas al jolgorio juvenil. Subidos a los árboles, o acurrucados bajo el cemento de los bancos, los mozos citaban a las reses, que no sabían a donde acudir ante tanto reclamo. Cuando coincidían dos vacas acosando a un mismo mozo, el panorama se ponía feo hasta que alguien hacía el quite oportuno, desembarazándole de aquel aprieto.

Como ya he dicho varias veces, el redondel para el toreo se montó durante muchos años con maderos horizontales apoyados en estacas verticales, que sostenían con los carros y las galeras agrícolas los tablados o plataformas para los espectadores. Una poetisa local escribía graciosamente:

Antes la plaza se hacía
con maderos y con carros,
con galeras y con tablas
construían se tablados.

Siempre había algunos mozos
mirando por los maderos,
a ver si por entre grietas
nos veían el culero.

Y entre madero y madero
asomaban la cabeza,
llamando a las vaquillas
una cuadrilla de viejas [7].

Hombres jóvenes y maduros, alguna moza suelta y mozalbetes decididos saltaban al ruedo enardecidos ante el regocijo de los espectadores. Los desafíos a las vacas resultaban más concretos en la plaza que en los encierros: unos recortaban la embestida, otros les cogían el rabo o las agarraban por los cuernos en un duelo de fuerza y, los más toreros, les daban unos pases con un capote improvisado. Entre vaca y vaca, tocaba la banda y hasta se bailaba, no fuera que se enfriaran los pies. Una canción popular expresa el peligro que también entrañaban las vaquillas. Es el diálogo de una madre con su hijo:

Abra usted la puerta, madre,
que vengo herido;
en la plaza me ha pillado
la vaca por atrevido.

Si te ha pillado la vaca,
no haber salido;
quien a los cuernos se acerca,
cornada lleva si no anda listo [8].

Algunas tardes las peñas montaban en el coso charlotadas o festejos humorísticos. Por ejemplo, ataban una larga soga alrededor de las astas de la vaca, y sendas filas de mozos tiraban por ambos cabos. Otras veces, una pareja de mozos, poniendo delante de sus cuerpos una canasta llena de paja, se ofrecía a la fiera. Cuando el animal ya estaba mareado, la cuadrilla se sentaba alrededor de una mesa en el centro de la plaza y tomaba tranquilamente chocolate en un orinal nuevo. La vaquilla miraba la escena entre cansada y sorprendida, mientras un mozo del corro le untaba el hocico con una rebanada de pan mojada en el espeso líquido, en medio del regocijo general:

La cuadrilla de los Negros
eran los sobresalientes,
muy buenos toreros todos
valerosos y ocurrentes.
La componían Remigio,
Casto, Perrincho y Mosquito,
Marchena, Chiflas y Maños,
el Mingorro y un Morrito.
Hacían lo de la mesa

y también lo de los cestos,
ellos fueron los primeros
en practicar este invento [9].

Una escena aún más graciosa montaba en la plaza la cuadrilla *la Chispa*, integrada por hombres casados y mozos maduros. Ante el estupor del astado, que parecía como hipnotizado, interpretaban sentados en el suelo un simulacro de concierto:

Otra cuadrilla más vieja,
llamada la de la Chispa,
nos hacía charlotadas
que nos daba mucha risa.
Jesús Troyas era siempre
el director de la orquesta,
y tenía mucha gracia
con su levita y chistera.

Esta cuadrilla la Chispa
era la de Julio El Cid,
Munillas, el Peque y Chanri
y otro el hijo de Marín.
Cosque pequeño y Pitón,
Lucas, Lacalle y Bolero,
Jesús Troyas y Chupacha,
el Farra y el Pastelero [10].

Según mandato de la ordenanza municipal, todos los festejos taurinos eran presididos por el alcalde o un concejal delegado desde el entablado de la autoridad.

Antes de iniciarse el festejo, y como señal de permiso para abrir la plaza, el presidente tiraba al ruedo una gran llave. Concluida la diversión taurina, los jóvenes marchaban a los piperos, cantando y bailando sin cesar y enarbolando pancartas humorísticas.

El coso actual lo construyó en 1920 Raimundo Díaz. Apenas estrenado, se produjo un incendio en la leña y la alfalfa que se almacenaban en él durante el año, ocasionando su ruina.

Así que hubo que volver provisionalmente a la acostumbrada plaza de carros y galeras en la explanada del convento, y después a la de maderos y estacas en la Plaza Principal.

En 1956 cuatro peralteses decididos, *Juan García, Aniceto Bolaños, José Azpiroz y Pedro García*, restauraron el coso en ruinas por un importe de 140.000 pesetas. En las fiestas de ese mismo año abría de nuevo sus puertas con la participación de las figuras toreras del momento*: Julián Marín*, *Enrique Vera* y el mejicano *Camacho*.

El dueño de la plaza, *Jesús Martín Cereceda*, recibió el importe del arriendo anual, que ascendía a 3.500 pesetas, pero los empresarios no pudieron resarcirse y amortizar el desembolso de la restauración, hasta pasados cuatro años [11].

Hoy es propiedad municipal. El Ayuntamiento compró el coso y lo ha ido mejorando por etapas. Indudablemente con él la fiesta ha ganado en comodidad, seguridad y prestigio, aunque el toreo de las vaquillas haya perdido algo de aquel primitivo encanto.

Novedades como el encierro-cross, las corridas con rejoneadores y el toro de fuego o *zezenzusko* por la calle Irurzun han enriquecido la gran afición taurina peraltesa.

Las autoridades municipales, conscientes del peligro que entrañan las imprudencias que pueden cometerse durante los encierros y capeas, intentan por todos los medios evitarlas. Año tras año pregonan y publican las mismas advertencias:

El encierro, centro y característica esencial de nuestras fiestas, es también el acto más emotivo y peligroso y, por ello mismo, las medidas que lo regulan han de ser cumplidas con la mayor voluntad y espíritu cívicos, y exigidas con la mayor firmeza. Deberá impedirse participar en estos espectáculos a cuantos se encuentren en estado de embriaguez o intenten deformar el sello propio del espectáculo. Queda prohibido agarrar, hostigar y maltratar a las reses, o dificultar su salida o encierro durante la capea.

Se recalca especialmente la prohibición terminante de participar en los encierros y capeas a menores de 18 años. Tendrán muy presente los participantes que "nadie está obligado a correr" en el encierro o en las vaquillas; hacerlo constituye indudablemente un riesgo que los interesados se han impuesto libremente, por lo que el Municipio no se hace responsable de los accidentes que pudieran sufrir los participantes en tales festejos.

Las capeas y encierros terminarán necesariamente antes de anochecer. Las desobediencias a los agentes de la autoridad y a las anteriores disposiciones constituyen una falta grave, siendo sancionadas con el máximo rigor, dentro de las facultades legales vigentes, sin perjuicio de las responsabilidades de otro orden que pudieran derivarse[12].

3. Samblases y roscos

Otras fiestas patronales de Peralta son las celebradas en honor de san Blas del 3 al 5 de febrero. Así lo expresa este popular verso festivo:

San Blas y san Blasico,
santa Águeda,
y santa Aguedacha
que las fiestas despachan.

Con él se alude que el día 5, festividad de santa Águeda, se concluían los tres días de las fiestas llamadas menores en honor del Patrón. Entre los peralteses goza de gran aceptación este paréntesis festero invernal, menos bullanguero que las fiestas mayores de septiembre. Antaño, la noche de la víspera de san Blas se levantaba una hoguera enorme delante del Ayuntamiento aprovechando el ramaje de la poda de los árboles del Paseo. La juventud bailaba al amor de la lumbre y los mozos medían su hombría ante las mozas saltando temerariamente sobre las llamas.

De esta manera describía León Villafranca el inicio de los Samblases de finales del siglo XIX y principios del XX: La víspera por la noche se quemaba una gran hoguera y, alrededor de ella, al toque de la música, salía el Choto, hombre bueno, trabajador y divertido, y tras él varios jóvenes, algunos de los cuales eran: Antonete, Tostau, Tablaycuba, Aragonés, Sietealmuerzos, el Bribón, el Barrao y muchos otros, todos honrados y trabajadores, que bailaban alrededor de la hoguera y saltaban por encima de ella. Como san Blas los protegía, ningún daño les pasaba. A la mañana siguiente, como de costumbre, se levantaban los heroicos y verdaderos católicos auroros a cantar las alabanzas de nuestro querido patrón san Blas [13].

Los titiriteros instalaban un tiovivo eléctrico y un balancín mecánico de tres o cuatro unidades, que los muetes llamábamos barcas por la forma que tenía. Estas ascendían y descendía por el aire con la fuerza que le imprimían nuestros incipientes músculos. Completaban las atracciones un par de casetas de tiro con escopeta de perdigones, tapones de corcho o dardos diminutos. El objetivo consistía en romper una estrecha cinta de papel fino, que llevaba en su extremo un regalo para quien lograra rasgarla.

El encanto infantil más grande era la comparsa de gigantes y cabezudos, formada por una pareja de reyes de blanca dinastía y otra de estirpe mora, además de cuatro cabezudos: una bruja con verrugas en la cara, un anciano palurdo, un chino amarillo y la propia sota de bastos. Los reyes cubrían su alto armazón de madera con vestes regias de falso brocado. En la cintura, un breve recuadro de puntillas servía al portador de punto de mira. Bailaban desgarbadas

danzas, mientras desfilaban sin prisa, oteando con sus ciegas miradas los primeros pisos de las casas. Mientras los gigantes danzaban, los muetes y las muetas corríamos delante de los cabezudos, que respondían con livianos zurriagazos a nuestros infantiles insultos.

Los roscos, en sus dos variedades de yema y de leche, son típicos en estas fiestas peraltesas de san Blas, reconocido abogado contra los males de garganta. No se conciben en Peralta unos *Samblases* sin roscos.

A los niños nos colgaban al cuello un rosco o una mano, hecha de la misma pasta que los roscos –en recuerdo del brazo-relicario del Santo–, para que fueran bendecidos en la misa. Supongo que seguirá esta costumbre.

Para hacer una canasta de roscos de yema hacen falta los siguientes ingredientes: una docena de huevos, kilo y medio de azúcar, tres cuartos de litro de aceite de oliva, una copa de anís, una cucharada de bicarbonato o de polvos de gaseosa y cinco kilos de harina blanca. Para los roscos de leche, hay que añadir a lo anterior tres cuartos de litro de este nutritivo líquido. Conviene recordar que el toque preciso de la mano que los elabora supone un cincuenta por ciento de la calidad final del producto.

La imagen de san Blas es una talla grande de cuerpo entero, fino rostro y bella factura barroca, revestida con ornamentos pontificales. Se conserva en muy buen estado y preside un espectacular retablo, también barroco de comienzos del siglo XVIII, con columnas salomónicas y angelillos desnudos, ubicado en el centro de la pared de la nave lateral que recae a la Plaza de los curas.

En la parte superior del mismo hay un lienzo pintado con una representación del Santo. La imagen de bulto está en ademán de bendecir con la mano derecha, mientras que la izquierda sostiene el báculo episcopal. Es precisamente en el brazo derecho donde, el día de su fiesta, le cuelgan un gran roscón adornado con cintas y flores, que después se trocea en pequeñas porciones para repartirlo entre los fieles.

Como he escrito más arriba esta efigie no salía en procesión a causa de su gran envergadura y peso. En su lugar, los sacerdotes portaban el relicario, un artístico brazo de plata del año 1500 con añadidos neoclásico, en cuyo centro un cristal dejaba ver la reliquia [14].

Los Samblases no se quedan sin las jotas, que salen de gargantas bien alimentadas con los roscos y regadas con el vino generoso de la propia cosecha de cada labrador peraltés:

Deseando estaba la gente
de que llegasen las fiestas,
"pa" comer tortas y roscos
y unas buenas magdalenas [15].

Por san Blas la cigüeña verás, dice el refrán popular. En esas fechas se alegra el firmamento peraltés con la llegada de estos volátiles. En mis tiempos, se aposentaban con su constante crotorar en cinco elevados nidos: el tejado de la parroquia, la cima del Campanar, dos torreones de casas señoriales y en un saliente rocoso del monte. Actualmente muchas cigüeñas se quedan en los nido durante todo el año.

4. "La jota nació en Peralta"

La jota nació en Peralta
y en Peralta se cantó,
por eso los peralteses
la cantan mejor que yo [16].

Versión que la jotera peraltesa María Valencia para defender a favor de Navarra el origen de la jota cantada, frente a Aragón y Valencia que ostentan la primacía de la jota bailada, parodia con la siguiente letrilla:

La jota nació en Peralta,
y en Navarra se crió,
y en La Ribera le dimos
alma, vida y corazón [17].

Cariñosa hipérbole esto de atribuir a Peralta el nacimiento de la jota, pero no tiene más intencionalidad que la de admirar a los excelentes joteros navarros y peralteses de todos los tiempos. La jota de Peralta es la expresión del sentir de este pueblo. Temperamento, emoción, religiosidad y querer se unen espontáneamente para cantar las alegrías, las preocupaciones y los demás estados del alma.

En el campo, en casa, en el taller, en la calle y, sobre todo, en la fiesta, la jota actúa como válvula de escape de los sentimientos. Según sean sus vivencias, el jotero alterna lo pasajero con lo perenne, lo histórico con lo actual, lo tierno con lo picaresco, lo sentimental con lo lógico, lo dulce con lo agraz, el humor con la tristeza, el lamento con la alegría… De pronto, la voz brota de las gargantas con calor y color. Y suena así, porque así le nace al jotero. Alguien ha dicho que la jota es el alma del pueblo que la canta.

En La Ribera navarra se da por supuesta esta predisposición y facilidad de los ribereños para la jota. Pero no todos son capaces de llevarlo a la práctica de igual manera. Unos la cantan, otros la tocan, hay terceros la bailan y todos la sienten, porque ha sido creada y musicalizada por hombres y mujeres, mitad músicos, mitad poetas y completamente joteros. Esta disposición se suele heredar de padres a hijos.

Pero también nace en familias sin antecedentes joteros. Hay quienes la achacan sin ningún fundamento al agua del Arga. Con la disposición para la jota se heredan la voz, el estilo, el temperamento, el nervio, la afición y el sentir. Con esto Peralta perpetúa su cantar y templa sus buenas voces. Con el origen de la jota sucede lo mismo que con los primeros pobladores peralteses, que un buen día, sin saber muy bien por qué, ni cuando, ni cómo, se encuentran viviendo junto al escarpe del monte. Tampoco a la jota le podemos poner un comienzo. Se habla de ella como de una costumbre. Su apogeo, según algunos estudiosos, se dio en tiempo de los árabes; según otros, a partir del siglo XIX [18] con muchos siglos de diferencia.

En pueblos vecinos se dice que la jota fue traída por los navarros que habían combatido en los sitios de Zaragoza contra las tropas napoleónicas. El catedrático zaragozano de Historia del Arte, José Camón Aznar, escribió: *La jota es un producto indígena, radicado en las esencias raciales prehistóricas* [19]. Hay, pues, teorías para todos los gustos. El término jota es polisémico: Jota es melodía de guitarras y laúdes con acompañamiento de castañuelas; también es baile popular de tres tiempos con movimiento trenzado de pies y manos, rápido y audaz; es copla sencilla, castiza y repetitiva, cantada en solitario o a dúo, acompañando a veces al baile; finalmente, es romance octosílabo de cuatro versos, vehículo literario de la canción [21].

La jota desde luego no es un dechado de literatura, ni tiene por qué serlo. La métrica y el estilo de sus letrillas dejan mucho que desear; pero, en contrapartida, son un producto espontáneo de inspiración popular, que se expresa en la mayoría de los casos por gentes con escaso nivel cultural. La jota actual es esencialmente un romance octosílabo, la forma más fácil de la expresión poética. En una secuencia de jotas sobre el mismo tema, la rima asonantada se diferencia cada cuatro versos, como sucedía en los romances antiguos. La unidad poemática se conserva por el tema, repetido con variantes en cada estrofa [21].

La jota de Peralta, como en general la de toda Navarra, se clasifica por los temas de los que se nutre y por las ocasiones en que es cantada. Hay jotas bullangueras, alegres y optimistas para las fiestas, en las que hasta las charangas tienen finales de jota; hay dulces y amorosas, o apasionadas y duras, según los

sentimientos que las han ocasionado; otras son recias, enérgicas y transcendentales para acontecimientos vibrantes.

Nacen jotas inspiradas en el campo, en episodios de la historia local o nacional; jotas para tiempos específicos como Navidad, Pascua, las fiestas patronales… No hay que olvidar la famosa jota que se ha dado en llamar *de picadillo*. Éste se da habitualmente en los dos primeros versos de la copla, para cambiar en el tercero: lo que parecía una crítica, se convierte en gracia y elogio:

Nadie crea que la jota
es un canto regional,
es el himno de una raza
valiente, noble y leal [22].

A la jota la han llamado también himno, danza y oración. ¿Se puede aspirar a más? Aunque los joteros maños, riojanos y navarros son de reconocida fama, también se canta la jota en las provincias vascas, en Galicia, Asturias, León, las dos Castillas, Tarragona, la Comunidad Valenciana, Murcia, Jaén, Cádiz y hasta en las islas Canarias. Cada región tiene un estilo distinto, pero en todas sorprende su fuerza y afianzamiento.

Con autoridad escribe Caro Baroja: Las variedades de jotas, consideradas desde el punto de vista geográfico, coinciden bastante con áreas de regadío. Así, la jota navarra tiene su expresión más fuerte por tierras de Tudela, de Tafalla hacia abajo. La jota aragonesa, que se considera la más genuina, tiene sus cultivadores a lo largo del Ebro y sus afluentes. Otro país de jotas es Valencia, y otro Murcia. No es solamente una forma de canto rural: se desarrolla en las grandes ciudades y la cultivan personas de muy diferente condición [24].

El jotero vive su jota. Como él mismo dice, le nace. Incluso las coplas de los demás las hace propias, y las canta solo si le van su letra y estilo. El buen jotero se queda insatisfecho si su canto no produce escalofríos en quienes lo escuchan. *"Me se pone" carne de gallina*, dicen las gentes del campo al constatar que un jotero les llega hasta el fondo del alma. Y no hay mejor alabanza y premio que esta afirmación. Los joteros cantan poniendo lejos su mirada, como si, además de cantar, filosofaran. Parece que las letrillas, preparadas de antemano, fueran repensándolas mientras las cantan. Quizá por eso en Peralta y en toda La Ribera gusta más cantar la jota que bailarla, a diferencia de otras regiones que no la conciben sin bailarla o hacen del baile el paradigma de la jota.

Para mejor escuchar y sentir la jota, se forma un corro silencioso, respetuoso y atento alrededor de quien la entona, como si de un rito religioso se tratara. Durante años y años los joteros fueron gente anónima en su mayor parte, que, al no disponer de los medios modernos de conservación y reproducción del sonido,

no pasaron a la historia. Pero gracias a ellos se ha conservado la jota de generación en generación.

5. Rondallas y joteros peralteses

A principios del siglo XX adquirió fama en nuestra comarca el peraltés *Demetrio Chueca*, quien ganó abundantes diplomas y premios como el mejor jotero, junto a otros colegas de pueblos vecinos. Se les presentaba así:

En Peralta canta Chueca,
en San Adrián el Donato,
y en la villa de Andosilla
el hijo del Atanasio [25].

Chueca, además de poseer inigualables aptitudes y gusto como cantor jotero, fue un hábil improvisador, llegando incluso a crear escuela. El jotero peraltés *José Urroz*, que merece ser destacado junto a su mujer *la Taina*, enumeraba las glorias joteras peraltesas de hace años, cantando en 1929:

De los ancianos, la jota
la cantaba Navarrico,
después Demetrio Chueca
y ahora la canta el Matico [26].

La jota se suele agrupar por rondallas. En ellas el esfuerzo y la personalidad individual se aúnan, pero sus joteros conservan estilo y matices propios. *Octavio Castillo* se encarga de recordarnos las rondallas y los joteros peralteses del siglo XX, aunque se tiene noticia de la existencia de rondallas peraltesas con solera ya en el siglo XIX.

En 1910 había una rondalla que supo polarizar todo el ambiente jotero de aquel tiempo. Estaba compuesta por los guitarristas *Ángel Larraz, Gregorio Martínez, Teodoro Castillo, Escolástico Valencia, Tiburcio Larraz y Blas Pasarín;* como cantores actuaban el mencionado *Demetrio Chueca, Ángel Martínez Malo, José Maria Campo, Eduardo Alonso, José Urroz* y *Paulino Moreno.* Esta rondalla fue la que más fama proporcionó a la jota de Peralta fuera de nuestra patria chica. Paseó el nombre de la villa por toda la península. Hasta el rey Alfonso XIII tuvo ocasión de escucharla en un viaje a Pamplona. De esta famosa rondalla se cuentan y cantan graciosas anécdotas. *María Valencia* pone las siguientes en boca de su padre *Escolástico*:

En Marcilla fui a la cárcel,
y en Villafranca por poco,
y en Estella una vaca
nos dio una paliza a todos.

En Lodosa los garbanzos
nos revolvían las tripas,
y en Azagra de un "tablau"
caímos patas arriba.

Nos han "pasau" muchas cosas,
pero con gusto lo hacemos,
y hemos "dejau" muy alto
el nombre de nuestro pueblo [27].

Cuando esta rondalla declinaba, surgió otra con nuevo empuje. La dirigió *José Blasco Esáin*, acompañado del veterano *Tiburcio Larraz* con la guitarra, *Jesús Ibáñez* con el laúd e Hilario Barcos con la bandurria. De cantadores iban *Jesús Chueca, José María Alonso, Juan Falcón, Juan Irigaray, Teodoro Villar, Maria Jesús Pérez Osés, Silvia Alonso* y *Pilar Palacios*. Esta rondalla hizo sus giras en el ambiente más reducido de los pueblos de la contornada, que la reclamaban para las fiestas. Actuó algunas veces en Pamplona y participó en concursos y festivales obteniendo varios premios.

En los años cuarenta del siglo pasado *Rafael Valencia Irigaray,* acompañado de su esposa *Josefina Bermejo* y otros joteros, formaron una rondalla más pequeña.

Los miembros de estas tres rondallas, además de María Tapiz Díaz, *Juana Pascual, Andrés Echeverría y Máximo Cortés,* pertenecieron a lo que podríamos llamar la primera época de la jota peraltesa del siglo XX.

Emuladores de los anteriores, los músicos locales *Vicente Castillo, Blas Asín y Ángel Villafranca,* junto con los joteros *Bernardo y Teodoro Osés, Nieves Cabeza* y *Jacinto Antomás* crearon una nueva rondalla en 1951. Actuaron en Guadalajara y Madrid, además de hacer el recorrido habitual por los pueblos vecinos.

El mismo año *José Blasco* se rodeaba de jóvenes valores para repetir los éxitos cosechados tiempo atrás con su vieja rondalla. Esta nueva la dirigió con los instrumentistas siguientes: a la guitarra, *Adolfo Orduña Balduz* y *José Escribano López;* con los violines, *Ángel Blasco* y *Vicente Larraz Quintana*; clarinetista, *Ramiro Barcos Pérez*, y con el laúd, *Octavio Castillo Irigalba*. Prestaron sus voces *Fermín Osés Tapiz, León Cortés y los hermanos José María* y *Pedro Jesús Pérez.*

En 1954, con motivo de allegar fondos para la construcción del Centro parroquial, se formó una gran rondalla de rondallas. A ella acudieron tanto los joteros mayores como los jóvenes valores que se iniciaban. Todos juntos recorrieron los pueblos de Arguedas, Caparroso, Corella, Funes, Larraga, Marcilla, Milagro, Santacara y Valtierra, además de actuar varias veces en Peralta; en total, 24 actuaciones.

Además de los veteranos ya nombrados, reforzaron la gira *María Jesús Pérez Moreno, Bernardita Irigaray Osés, Máximo Cortés Legaz, Eduardo Martínez* y *Luis Busto Osés*. Hasta aquí abarcaría la segunda época, cuyo mejor fruto cabe destacar la plena dedicación a la música de *Ramiro Barcos, Vicente Larraz, Ángel Blasco* y *Octavio Castillo*, cada uno con estilo propio.

La tercera etapa está más cerca de nosotros. Algunos nombres de joteros empezaron a sonar siendo aún niños, cuando *el coadjutor Juan Antonio Melero, Rafael Busto y Octavio Castillo* les preparaban para el concurso de jota infantil de Tafalla en 1967, que dejó muy alto el pabellón de Peralta.

Con peligro de algún olvido involuntario hay que resaltar también estos nombres: María Antonia Asín, José Antonio Perfecto, Miguel Ocón, Emilio Bermejo, Domingo Resano, Antonio Calvo, Consuelo Pérez, José María Pérez, Juan José Ruete, Javier Ruete, Mari Carmen Busto, Gloria Bermejo Casarejos, Julián Silvestre, Julián Casas, José María Campo, Andrés Echeverría, Gregorio Resano, Herminio Rubio, María Luisa Zabal, Pedro Jesús Zabal, Genaro Redín, Jesús María Irigaray, Dolores Echeverría, Victoria Orduña, Mari Carmen Osés, Josefa Lezaun, Maria Teresa Pascual y Petra Tapiz [28].

6. Letrillas joteras

La jota está asegurada en Peralta porque dice una de ellas: *Mientras Peralta exista, la jota no morirá.* Hace más 40 años empezaron a celebrarse en Navarra en el mes de diciembre festivales de jota-villancico. El de 1989 fue en Peralta. Las obras que se seleccionaron para este acontecimiento pertenecían a autores consagrados y también a compositores noveles. Con música y letra colaboraron *Manuel Huarte, José Luis Lizarraga* y *Manuel Turrillas;* con melodía *Ángel Ramírez, Octavio Castillo, José Menéndez y Jesús Martínez; Valeriano Ordóñez y Vicente Gaínza* lo hicieron exclusivamente con letrillas [29]. La pervivencia de la jota es pues una hermosa realidad. No me resisto a transcribir lo que *Baldomero Barón* escribió hace muchos años:

Así se canta la Jota

La otra noche tuve el gozo
de oír una voz bizarra
cantar una bella copla
sentimental, recia, brava.

Alegrías de Ribera
y bravuras de Montaña
tenían sus ecos limpios
como el cristal y la plata.

Y en sus versos inspirados
había amorosas ansias,
había quereres tiernos,
había caricias blandas…

Y la voz de aquel muchacho
era fresca y bien timbrada;
y su corazón ardiente
en la jota derramaba.

La jota para ser jota
ha de salir del alma;
tiene que hablarnos de amores,
o tiene que hablar de patria.

¿De quién era la voz bella
que tanto me entusiasmaba?
¿Del gran Santiago Martínez
o del gran Raimundo Lanas?

Sus acentos varoniles,
sus frases nobles y claras,
eran la expresión castiza
de nuestra jota Navarra.

Los dos tienen hoy el cetro
de nuestra jota navarra;
y lo mismo de uno que otro
pudiera ser la tonada.

Ellos han llevado lejos,
hasta por tierras extrañas;
nuestra jota verdadera,
es jota que está formada

con sol de cielo que quema,
con sentimientos del alma,
con buen vino que enardece
y con amores que matan…

La jota no es de Corella,
la que se canta en Peralta,
la que suena por los pueblos
al compás de las guitarras.

En las noches placenteras
de alegría y de rondallas,
por las calles y a las puertas
de las buenas mozas guapas…

Cantad, mozos, nuestra jota,
la que tiene en sus entrañas
alegrías de Ribera
y bravuras de Montaña [30].

He aquí algunas de las muchas coplas que se han cantado y se siguen cantando en Peralta por joteros de Navarra y, naturalmente, por joteros de la villa:

Pamplona puede llamarse
la capital de Navarra;
pero en tocante a la jota,
la capital es Peralta [31].

Peralta, la de la jota,
la de los ajos, Corella,
Lodosa, la del Canal,
la de las rosas, Tudela [32].

En Peralta como hay agua
se crían buenos melones;
en Dicastillo y en Allo
unas chicas como soles.

Entre Funes y Peralta,
Andosilla y San Adrián,
hacen los frutos a medias
y los parten por San Juan [33].

En mis tiempos se bailaba
la jota con gran salero,

repique de castañuelas
y zapateo en el suelo.

Las fiestas de mi Peralta
ya no tienen tanta sal,
ya no se baila la jota
como medio siglo atrás.

Mocica, si lucir quieres
ese tu cuerpo gentil,
aprende a bailar la jota
como se estilaba aquí.

Peraltés que ausente estás,
a ti te ofrezco mi canción,
en estos días de Fiestas
ya estoy viendo tu emoción.

Cuando vengas a Peralta
a la Atalaya subirás,
y verás qué hermosa vista
desde allí abarcarás.

La Atalaya y el Campanar
son dos viejos monumentos,
que el peraltés contempla
con veneración y respeto.

Que Peralta es pueblo majo
os lo puedo asegurar,
es un pueblo de Navarra
de los que"p´alante" van.

La jota nació en Peralta
y en Peralta se bailó
con tanto garbo y salero
que el mundo entero aplaudió.

A la jota, jota,
¡que viva Peralta!
la villa castiza
de las mozas guapas [34].

Peralta, flor de Navarra,
pueblo valiente y leal,
que acoges al forastero
igual que a un hermano más.

Jóvenes y chicos cantan,
no dejando de pensar,
que quizá alguno pronto
falte de este gran lugar.

A disfrutar tanto el pueblo
de estas Fiestas de hermandad,
como buenos peralteses,
bebiendo vino y champán.

O bailando una jotica
en la Plaza Principal,
disfrutando de estas Fiestas
donde más reina la paz.

Y corriendo tras las vacas,
el que sepa torear,
que para eso son las Fiestas
y podemos disfrutar.

Todos juntos, peralteses,
unidos en un cantar,
demos gracias a la Virgen
y a nuestro Patrón san Blas.

Que lleguemos a otro año
y podamos disfrutar
de las fiestas de Peralta,
pueblo valiente y leal [35].

Uno de los temas más invocados en las letras de las jotas es, sin duda alguna, el amor. Tratan de la búsqueda, el deseo, la declaración, el logro, la entrega, los recuerdos y los celos. El prolífico escritor *José María Iribarren* recopiló cantares y jotas sobre este tema por toda La Ribera, y yo he espigado de su elenco las que dice fueron compuestas por joteros peralteses [36]:

Desde tu casa a la iglesia
he de plantar una parra,
"pa" que cuando vas a misa
no te dé el sol en la cara.

Si piensas que no te quiero,
ven y pínchame una vena,
y veras correr mi sangre
negrita de pasar penas.

¡Qué morros tan "coloraus"
que llevan las de Tudela
los domingos por la tarde
cuando van por la carretera!

Desempedraré tu calle,
salada, y echaré arena,
y a la mañana verás
los pasos que he "dau" en ella.

Échame, niña bonita,
lágrimas en un pañuelo
"pa" que lo lleve a Pamplona
a que lo enjoye un platero.

Yo fui malo y ella buena,
la hice pecar y pecó;
ella se muere de pena
y de sentimiento yo.

Yo tengo una pena, pena,
pena que me está matando,
se la contaré a la tierra
cuando me estén enterrando.

Hasta la cruz del puñal
te he de clavar en la entraña
porque estás queriendo a dos
y a mí solico me engañas.

Dicen que me han de matar
y me han de echar a un barranco;
¡Virgen de la Soledad,
cubridme con vuestro manto!

Madre suba usted a la torre
y dígale al campanero
que repique las campanas
que mi cariño se ha muerto.

Al oír tocar a muerto
fui curioso y pregunté,
y me dijo el campanero:
"un amor que tuyo fue".

Es mi tierra seca y dura
que no la mueve el aladro;

tiene la misma dureza
que tu corazón ingrato.

Si yo fuera cazador
y tuviera una escopeta,
cazara una perdigana
de las que llevan peineta.

Este mundo es una bola
que no para de rodar,
ninguno tiene más fama
que la que le quieren dar.

Recopiladas por el mismo autor son estas dos simpáticas y expresivas jotas. Ambas las recogió en Peralta; la segunda la oyó también en Olite [37]:

Quisiera ser de mi mueta
cuando reza su rosario,
cuentecita entre sus dedos
y oración entre sus labios.

Ya viene el pastor del monte
y no coge por la puerta,
y le dice su mujer:
abaja los cuernos y entra.

De entre las coplas que tratan de la honra, el mismo autor resalta esta que hace muchos años cantaban los mozos de Peralta con una tonada que siento no poderla transcribir. Su aire lento y fúnebre le iba bien a esta letra tan macabra:

He visto una calavera
con una mancha en la frente;
es la mancha de la honra,
no la borra ni la muerte [38].

Este otro canto jotero recogido en Peralta, se encarga de defender el honor femenino, enlodado por la maledicencia y la murmuración:

No hables mal de las mujeres,
ni les pongas mala fama;
que una mujer fue tu madre
y otra mujer es tu hermana.

Como reproche delicado y bello, cito este otro cantar peraltés, que figuraba en una guía turística del año 1929:

Pasa el río por tu puerta
y no me das de beber;
teniendo el agua tan cerca
me dejas morir de sed [39].

Los mozos de Peralta saben echar pullas a las mozas que presumen y gastan más de lo que ganan, o que no viven como Dios manda:

¿Ganas tres duros al mes
y llevas medias de seda?,
o te arreglas con el amo,
o le sisas a la dueña.

Todo el día trabajando
"pa" ganar catorce reales;
¿qué harán entonces algunas
"pa" hacer que nada les falte? [40].

NOTAS:

Para las Fiestas de 1987 se presupuestaron catorce millones de pesetas, pero al ser el propio Ayuntamiento el empresario de la plaza de toros recuperó para las arcas municipales seis millones.

2 Compuesta por J. A. Ciordia.
3. Castillo Irigalba, Octavio. *Uno de los que hacen las Fiestas*, artículo aparecido en el programa de fiestas de 1975.
4. Mercedes de Verda Ruiz escribió esta letrilla en el programa de fiestas de 1981.
5. J. A. Ciordia.
6. Víctor Manuel Arbeloa, siendo presidente del Parlamento de Navarra, escribió esta letrilla en una visita a Peralta durante las fiestas.
7. Valencia Irigaray, M. *Peralta visto con humor*, pág. 206.
8. Valeriano Ordóñez, autor de letrillas joteras y gran conocedor de la jota peraltesa y de sus fiestas.
9. Valencia Irigaray, M., ibíd., pág. 207.
10. Ibíd., pág. 208.
11. Notas de Pedro Jesús Castillo, publicadas en el programa de fiestas de 1975.
12. Tomado de los programas de fiestas de varios años.

13. *Costumbres y anécdotas de primeros de siglo*. Artículo publicado en el programa de fiestas de 1982.
14. Biurrun Sotil, T. Para el inventario de la riqueza artística de la diócesis de Pamplona. Boletín Oficial del Obispado, 1929, pág. 310. - Catálogo Monumental de Navarra, III, Merindad de Olite, págs. 302 y 303, 388 y 389.
15. Tomadas de las coplas tituladas *Antaño y Hogaño*, publicadas en el programa de fiestas de 1982.
16. Recogida en Cuba por Gumersindo Arzoz en el siglo XIX y citada por Valeriano Ordóñez en *Rondallas de Antaño*, TCP, 362, pág. 15.
17. Valencia Irigaray, M., ibíd., págs. 95 y 96.
18. Ordóñez, V. *Jota y Romance*. TCP, 228, pág. 3.
19. Citado por V. Ordóñez, ibíd., pág. 4.
20. Martínez, F. M. Historia de la Villa de Andosilla, pág. 516.
21. Ordóñez, V. *Presencia de la jota*, TCP, 230.
22. Ordóñez, V. *Jota y Romance*.
23. Jota cantada por el tafallés Juan Zabalegui, alias Juanito Navarro, citado por V. Ordóñez en *Presencia de la Jota,* pág. 7z.
24. Etnografía Histórica de Navarra, III, págs. 435 y 436.
25. Ordóñez, V. *Jota y Romance*, pág. 17.
26. Concurso de jotas celebrado en Peralta el 19 de septiembre de 1929.
27. Valencia, M., ibíd., pág. 97.
28. Entrevista a Octavio Castillo Irigalba, recogida por V. Ordóñez en *Rondallas de antaño*, TCP, 362, págs. 12-15.
29. Periódico semanal La Verdad, 10 de diciembre de 1989.
30. Recogida por V. Ordóñez en *Presencia de la jota*, pág. 15.
31. Anónimo antiguo.
32. Raimundo Lanas.
33. Maestro Turrillas.
34. Mercedes de Verda Ruiz.
35. Esteban Sánchez Belinchón.
36. Iribarren, J. M. *Refranes y Adagios. Cantares y Jotas. Dichos y Frases proverbiales*, rev. Príncipe de Viana, núm. XXI, 1945, págs. 639-645.
37. Ibíd., XXVII, 1947, págs. 232-236.
38. Iribarren, J. M. *Burlas y Chanzas*, pág. 102.
39. Ibíd., pág. 106.
40. Ibíd., pág. 114.

Poniendo el pañuelico “colorau” a la Virgen de Nieva en la procesión

Joteros de Peralta

CAPÍTULO VIII: HIJAS DE LA CARIDAD Y HERMANITAS

1. Convento, Colegio, Iglesia de san Miguel y Hospital

Convento, Colegio. Iglesia o Basílica de san Miguel y Hospital, con cualquiera de estos cuatro apelativos se designó durante muchos años a una de las instituciones más apreciadas en Peralta. Fue Colegio porque desempeñó esta función durante muchos años para niñas y un parvulario con aulas diferenciadas para mueticos y mueticas.

Sor Victoria y **sor Ascensión** se dedicaron a los párvulos en las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. A la edad de seis años, los chicos pasábamos a las Escuelas Nacionales; las chicas, en cambio, podían ir a las Escuelas o quedarse a cursar los grados de la Enseñanza Primaria con sor Primitiva (sor Primi para todos) y sor Consuelo. Las cuatro monjas nombradas pertenecían a la Congregación de las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl, así llamadas por este famoso Santo francés, su fundador.

Los peralteses de más edad recordarán cómo las dos monjas que enseñaban a los párvulos tenían aulas contiguas en la planta baja del edificio, frente a los ventanales que dan a la huerta del colegio. Ambas atendían, uno a uno, a cada alumno, mientras los demás, en fila, esperábamos turno con la cartilla de primeras letras en la mano. Sus tocas almidonadas parecían grandes palomas blancas a punto de emprender el vuelo sobre nuestras cabecitas.

Sobre sus anchas faldas plisadas, un aparatoso rosario de cuentas negras, el crucifijo de metal y las inevitables tijeras, colgadas de la cintura con un largo cordón, resonaban en el aula con un familiar runruneo.

Aquellos hábitos atestiguaban el origen francés de la congregación. Aunque el despliegue alado de las tocas no les permitía un acercamiento físico, su entrega solícita compensaba con creces este distanciamiento físico de los rostros.

¡Qué bondad y qué paciencia demostraron siempre las hermanas! Quiero dedicar estos versos a las dos monjas parvulistas que en 1946 supieron cuidarnos con sumo esmero al tiempo de enseñarnos las primeras letras. Ellas, por tanto, son culpables de que ahora esté escribiendo este libro.

Hijas de la Caridad

Sor Ascensión y sor Victoria,
Hijas de la Caridad vicentina,
fuisteis dos palomas zureando
con azul plumaje de hábitos
en el palomar de Peralta.

Vuestras tocas desplegadas
de alados almidones blancos,
eran la viva imagen diaria
de caridad, cariño y paciencia.
Los mueticos de Peralta,
polluelos de vuestra nidada,
por la huerta correteábamos
en los tiempos de descanso:
– ¡Ya soy mayor, le decía a la sor!,
¿a que no me pillas?
– ¡No te quites el babero,
chiquillo, bribonzuelo!
Detrás de vuestros sayales
con tijeras, crucifijo y rosario,
alguno de los más pequeños
aparecía agazapado,
y las monjas lo envolvían
en los halos de sus pliegues.
Repitiendo silabarios,
viejas cartillas y ábacos:
A, E, I, O, U, a, e, i, o, u.
1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10,
por el recinto del aula
cantábamos a coro.
Había olores indefinidos
a pitanza de convento
y a orines de chiquillos.
Los ecos resonaban
cada año igualitos.
Por vuestras expertas manos
pasábamos los mueticos
uno, dos, tres años a lo sumo,
los necesarios y precisos
hasta dejar las bancadas
a los demás hermanicos
que venían después.
Se pasaba a las Escuelas
al enfilar los siete años.
Sor Ascensión y sor Victoria
os fuisteis un día lejano
hacia celestiales ámbitos,
más silenciosos y amplios.

Desde entonces hay angelicos,
—me refiero a los más pequeños—,
que tienen en exclusiva
parvulistas de primeros vuelos.

Tres superioras sucesivas, que yo recuerde, quedarán para siempre en la memoria de los peralteses: sor Justa, sor Juana y son Felisa. La primera fue el alma de la consolidación del hospital a finales del siglo XIX. La segunda celebró en 1946 las bodas de oro de su permanencia en Peralta. Durante el homenaje que se le tributó en el mes de junio, la corporación municipal colocó una placa conmemorativa en la fachada del convento y le hizo donación a la basílica aneja de un hermoso terno blanco [1]. A sor Juana le sucedió como superiora sor Felisa Ascarza, mujer dulce al mismo tiempo que enérgica. Tras muchos años en el cargo, falleció llena de méritos el 3 de enero de 1990. Hasta poco antes de su muerte, ayudaba cuanto podía en la residencia de ancianos que regentan ahora las religiosas en Peralta.

En los últimos días de vida de sor Ascensión, pude verla en la cama, sonriente y sin su toca. Se alegró de saludarme. La vi muy contenta. Estaba alegre. Sabía que se marchaba pronto al cielo, como así me lo dijo. Enseguida apareció sor Felisa. Yo la recordaba de los tiempos de superiora, en plena madurez. Ahora era una anciana bondadosa, muy pendiente de las necesidades de los residentes. La última en asomarse fue sor Consuelo, tan activa como siempre. Requerida constantemente para mil y una cuestiones de la casa, encontró tiempo para enseñarme la iglesia remozada y las dependencias de la nueva residencia construida en la huerta. Cuando desapareció el Colegio de La Milagrosa, sor Consuelo ejerció todavía muchos años como maestra en el Colegio Público, tras haber ganado las oposiciones estatales. Ya jubilada, todavía impartía voluntariamente en él las clases de Religión.

El viejo convento de los capuchinos quedó abandonado con la Desamortización del ministro Mendizábal en el siglo XIX. Esta circunstancia hizo que el pueblo instalara en él un hospital y un colegio, cuya dirección, siendo obispo de Pamplona don Joaquín Úriz, encargaron a las Hijas de la Caridad, que ya estaban en Peralta desde 1815. En 1829 se establecieron también en Sangüesa, Los Arcos, Artajona, Vera de Bidasoa y Pamplona. En la capital navarra se hicieron cargo del hospital, del hospicio y del asilo [2].

Recuerdo que el primer piso del convento de Peralta tenía grandes pasillos de tarima encerada. Y de las paredes colgaban láminas con grabados bíblicos. El Niño Jesús de la bola presidía desde una hornacina la crujía principal. Sobre una puerta de cristales opacos había un rótulo con la palabra CLAUSURA, era la frontera que sólo atravesaban las monjas. En la primavera de 1948, se

habilitaron las instalaciones conventuales para casa de ejercicios espirituales, pero duró poco tiempo [3] porque no prosperó el proyecto.

La iglesia de los frailes capuchinos, cuatro veces centenaria se mantiene en pie junto a la nueva residencia de ancianos. Tiene rango de basílica menor, con san Miguel como titular. Este rango basilical y la bella efigie del arcángel los ha heredado de la pequeña ermita que existía en el solar de la actual Plaza Principal donde también estaban la casa consistorial y las viejas escuelas.

Todos los chavales aprendimos la numeración romana y las horas del reloj gracias al que hay en el frontón triangular de la fachada de la iglesia del Convento. Un escudo de piedra confirma el año de su construcción: 1629. Sus muros perimetrales tienen un aspecto severo.

La portada era antiguamente de arco bajo y almohadillado; en la actualidad es cuadrada. Sobre ella hay un orden de columnas dóricas, rematadas con frontón sobre triglifos y metopas. La portada se cobija bajo un cuadrado soportal. Sobre él aparece centrada la estatua de algún Santo, no recuerdo si es san José o san Vicente de Paúl.

El interior de esta basílica menor tiene planta de cruz latina, con crucero y cabecera muy cortos, cubiertos por bóvedas de medio cañón con lunetos, menos el tramo central, que es de media naranja elíptica ornada de fajas radiales y florón de yesería. La bóveda se monta sobre una cornisa simple. Encima de la entrad está el coro, sostenido por un arco rebajado. Luce una rica balaustrada barroca de forja [4].

El retablo del altar mayor, barroco de mediados del siglo XVIII, fue traído del desaparecido pueblo de Guenduláin. Ofrece una exuberante ornamentación vegetal, concentrada especialmente en los nichos. Desdice de este conjunto artístico la polícroma imagen de serie del siglo XIX de la Virgen Milagrosa que, muy iluminada, llena el nicho central.

En este retablo sobresalen dos tallas grandes de san Pedro y san Pablo, y dos más pequeñas de san Juan y la Dolorosa –colocadas entre las de san Saturnino y san Fermín, igualmente barrocas–, pertenecen al estilo popular. El sagrario, con cupulillas compuestas y cupulín, resulta decorativo y devoto.

En los muros frontales del brazo del crucero se alzan dos retablos también barrocos de la segunda mitad del siglo XVIII. Abundan en rocallas y volutas doradas [5]. El del lado del evangelio cobija la imagen del titular de la iglesia, el ya citado san Miguel luchando contra Satanás. En el lado de la epístola preside el retablo una estatua de santa Lucía, proveniente quizá de la ruinosa ermita del monte. Un crucificado de gran tamaño y otro retablo dedicado a la Virgen del

Pero, ambos también del siglo XVIII, completan la iconografía de este entrañable templo conventual.

Cuando yo vivía en Peralta, la misa se celebraba diariamente en él a las 8 de la mañana. Durante algunos años esta iglesia del convento tuvo capellán propio; cuando ya no lo hubo –y también en las solemnidades mayores cuando lo había–, atendían el culto los sacerdotes y acólitos de la parroquia.

Las monjas oían misa desde el coro o desde una tribuna lateral, velada con celosía. Para la comunión, bajaban hasta la nave con su característico revuelo de hábitos y tocas aladas. La sacristía, con un ventanal a la huerta, despedía entonces un agradable olor a espliego, a cera y a incienso, que embriagaba mi olfato.

2. Fundación de un Asilo de pobres y ancianos en Peralta

El Asilo de Peralta funcionó ininterrumpidamente durante treinta y siete años, hasta que la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados que lo regentaba, dispuso el traslado de los ancianos y las hermanas a otras residencias mejor dotadas.

Quiero recordar esta fundación benéfica, de la que ya pocos se acuerdan, como homenaje a lo mucho que aquellas religiosas hicieron por los pobres y ancianos del pueblo en años cargados de necesidades.

Fue fundado el asilo el 9 de septiembre de 1914 *por don Gerardo y doña Amparo Gómez,* sobrinos de *don Miguel Revuelta*, que dejó en su testamento bienes con este fin: 1.500 pesetas anuales de renta y un legado de 5.000 más para atender a las primeras necesidades. Con este dinero se arreglo y amuebló la casa, que dio acogida a cuantos pobres tuvieron cabida en ella. Las primeras religiosas fueron recibidas con entusiasmo por los peralteses y los parientes de los fundadores.

La casa era reducida y solo podía acoger a ocho ancianos y cuatro hermanas, pero se mantenía la esperanza de ampliarla y darle mayor capacidad. Se hizo la inauguración oficial el 29 de septiembre, festividad del santo arcángel, de quien don Miguel llevaba el nombre. Asistieron a la ceremonia el arcediano de la catedral de Pamplona como delegado del obispo, el gobernador civil y dos señoras de la Junta Provincial de Beneficencia. Se celebró una misa solemne en la parroquia y, acto seguido, salió en procesión el Santísimo Sacramento, que quedó entronizado en la capilla del asilo.

Al llegar la comitiva a la residencia, salieron a su encuentro los seis ancianos y las hermanitas. El arcediano dirigió la palabra a las autoridades y al pueblo allí

congregado. El cura párroco habló también, dando gracias a los fundadores por la parte activa que habían tomado, y a las autoridades presentes, animando a todos a que con sus limosnas ayudasen a la prosperidad de lo que ahora se iniciaba. Don Gerardo Gómez ofreció a las personalidades y a los ancianos una comida en el mismo asilo [12].

El documento legal de la fundación no es sino el codicilo por el que don Miguel dispone los efectos materiales para llevarla a cabo. Reza así: *En la villa de Peralta a las once horas del día 26 de Diciembre de 1907: Ante mi don Francisco Santamaría, abogado, notario del Ilustre Colegio de Navarra, con residencia en esta villa, distrito de Tafalla, don Miguel Revuelta Ruiz, hijo legítimo de don Miguel y doña María, mayor de edad, soltero, propietario, natural y vecino de la presente localidad, con su cédula personal que se exhibe y devuelve, expedida por su alcaldía a 6 de de Septiembre último, con el número 86, de novena clase, hallándose en cama, gravemente enfermo, pero en la plenitud de sus facultades intelectuales, como así consta a los testigos y a mi el notario, y con la capacidad legal necesaria, a mi juicio, previa invocación divina y protestación de fe católica, apostólica y romana, ha resuelto ordenar este codicilo y dice*

Primero: que el día 25 de mayo próximo pasado, otorgó en esta villa su último testamento como por él se demostrará en su día.

Segundo: que en dicho su último testamento deja para el Santo Hospital de esta villa una cantidad de 500 pesetas anuales con objeto de socorrer a perpetuidad las necesidades de enfermos del indicado establecimiento benéfico.

Tercero: que en virtud del presente codicilo ha resuelto anular, y al efecto deja sin valor ni efecto alguno, el expresado legado o manda pía a favor de este Santo Hospital y de que se hace expresión en el capítulo anterior, de modo que se entenderá cual si nada se hubiese ordenado sobre ese particular en el concordado testamento.

Cuarto: que, ahora bien, mediante este mismo codicilo y en sustitución de la anulada manda, es voluntad del testador fundar, como al efecto funda por este acto, una casa asilo de ancianos pobres y desvalidos avecindados en esta villa, en la forma siguiente:

1ª. La fundación se entenderá a perpetuidad y se constituirá con un capital de cuarenta mil pesetas.

2ª. La construcción del edificio, emplazamiento, su habilitación, como el funcionamiento del asilo estará a cargo de una Junta que la compondrán los Sres. Cura Párroco, Alcalde y Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl de esta villa y don Gerardo Gómez y Revuelta, sobrino y heredero del

testador, sucediendo en todo tiempo a los tres primeros señores aquellas personas que les reemplazaren en los mencionados cargos, y por muerte del cuarto, el individuo varón de la familia del testador pariente más próximo por consanguinidad, y en el mismo grado el mayor en edad, y en defecto de varones, las hembras por el orden expuesto.

3ª. Para la construcción y habilitación del edificio asilo se invertirá la cantidad aproximada de 6.000 pesetas, que se segregará del capital de 40.000 mil pesetas, debiendo depositarse el sobrante en un establecimiento de crédito o sitio que ofrezca mayores garantías de seguridad y mayor rendimiento de interés a juicio de la Junta, como también figurará a su nombre el edificio que se construya

y 4ª. Todas cuantas dudas u cuestiones que se ofreciesen hasta el funcionamiento del asilo por actos preliminares y durante el funcionamiento, como también cualesquiera otras de cualquier índole de relación con lo ordenado, serán resueltas por la resolución o por el voto que emitiere el individuo de la familia que a la sazón forme parte de la Junta.

En todo lo demás que hubiere ordenado el testador en su testamento quedará subsistente en toda su fuerza y valor, así como también aquello que haya podido disponer en codicilo anterior al presente, el cual así como aquel formarán parte integrante del calendado testamento.

Así lo dice y otorga ante los testigos llamados y rogados por el testador al que conocen don Eusebio Arbeloa y Zabal y don Pelegrín Bermejo Campo, empleado y labrador, mayores de edad, vecinos de esta villa y sin excepción legal para serlo.

Y leído íntegramente y en voz alta e inteligible este codicilo por mi el notario, previa la advertencia legal, se ratifica en su contenido el Sr. otorgante, quedan enterados los testigos y firman estos y no aquél que no puede hacerlo por su estado de gravedad, y lo hace en su nombre y a su ruego el primer testigo.

Del conocimiento del testador y de lo demás contenido en este codicilo, de haberse otorgado en un solo acto y de haberse hallado el otorgante durante el presente otorgamiento en el uso correcto de la palabra y expresión clara de sus conceptos, yo el notario que signo y firmo doy fe [13].

3. Las Hermanitas de los Desamparados venidas a Peralta.

Cuatro hermanitas conformaban la primera comunidad de Peralta:

Sor Dolores del Corazón de Jesús Biot Farinas, superiora, Sor Ramona de la Ascensión Querol Gisbert, Sor Concepción de san Francisco Javier Jiménez González y Sor Antonia de la Inmaculada Corral y Corral.

Además de estas fundadoras, durante los treinta y siete años de existencia del Asilo lo atendieron las siguientes veintinueve hermanitas, nombradas por el orden de su llegada a Peralta:

sor Vicenta de san Miguel Ciscar Carbonell,

sor Lorenza de la Purificación Antón de la Torre,

sor Teresa de San Lorenzo Javer y Naya –que murió el 14 de febrero de 1937 y fue enterrada en Peralta–,

sor Francisca del Pilar Picó Nadal y sor Asunción de santo Domingo de Guzmán Mosquera Fernández,

sor Remigia de san Rafael Vizcainaga Gerqué –fallecida y sepultada en Peralta el 15 de febrero de 1943–,

sor Dionisia de la Asunción Goñi y Martinena,

sor María de san Fermín Lacunza Insausti y sor Canuta de san Luis Díez-Ulzurrun Oserno,

sor Benita de los Desamparados Moya García,

sor Micaela de santa Catalina Mártir Arranz Varregui,

sor María de san Saturnino Blasco Castañón y sor Carmen de santa Teresa Zardáin Ruiz,

sor Felicísima del Corazón de María Lana Sanz y sor Matilde de san Vicente de Paúl Lacanal García,

sor Rosa de san Pedro Alcántara Quelle Villariño,

sor Gregoria de san Saturnino Goñi Reparaz,

sor Maximina de san Antonio María de Ligorio Luna Hernández,

sor Ana de las Mercedes Juncá Bustíns,

sor Adela del Ángel de la Guarda Cernero Feijoo,

sor Lucía de la Inmaculada Sáez de Jaúregui,

sor María de la Presentación Ladreta Salaverri,

sor Amalia del santo Ángel Mingued Larred y sor Josefa de santa Dorotea Díaz Valencia,

sor Asunción de la santísima Trinidad Giné Juanpere,

sor Asunción del Divino Consolador Bienes Baztán,

sor Marina de las Cinco Llagas Gastón Celigueta,

sor Maria de san Antonio Abad Sandez Villares

y sor Felisa de la Encarnación Laquia y Puerto [14].

4. Clausura del Asilo

Las Hermanitas se marcharon de Peralta en el mes de agosto de 1951 porque, según sus superiores, la casa no reunía las condiciones requeridas para la misión encomendada. Se hallaba situada a la salida del pueblo, en la carretera de Madrid antes del desvío hacia Funes.

Era una planta baja de aspecto humilde pero aseado, con suelos encerados de madera, recoleta capilla, sala de estar para las ancianas con galería encristalada que daba al jardín, y otra sala para los ancianos que recaía a un pequeño huerto en el que ellos mismos cultivaban las hortalizas para el consumo de la casa.

El solar figuraba en el inventario del testamento como bien hereditario, del que correspondía una hijuela especial a don Gerardo Gómez Revuelta. La casa abarcaba 435 metros cuadrados, superficie a todas luces insuficiente para desempeñar con desahogo su cometido [15]. Los ancianos menos deteriorados, además de ocuparse de la huerta realizaban pequeños trabajos, mientras que las ancianas se entretenían en la costura, la intendencia y la cocina.

Una gruesa mujer setentona y de mente desvariada, que cubría su cabeza con un inseparable pañolón de colores chillones y calzaba siempre, a pesar de su edad, zapatos de tacón, no quería trabajar en nada. Para esto sí que estaba cuerda. De apodo le llamaban “Coscolina”. En mis frecuentes visitas al asilo cuando era niño, en un alarde de prodigiosa memoria, me preguntaba invariablemente por todos mis familiares vivos y muertos. Después de cada escueta respuesta mía, Coscolina me contestaba con un monótono “¡hala pues!”, y pasaba a interesarse por el siguiente familiar.

Me entretenían las anécdotas seniles que me contaban los ancianos, como si fuesen caracolas marinas colocadas en mis oídos para distracción de mis pocos años.

Desde los días de la fundación, las hermanitas encontraron dificultades para desenvolverse bien en una casa tan pequeña. Lo normal en esta Congregación es

vivir en casas grandes donde puedan acoger a un número mayor de ancianos, atendidos por una comunidad de diez o doce hermanitas. Como en Peralta no se daba tal circunstancia, los herederos del fundador se pusieron en contacto con la superiora general en estos términos:

Reverenda Madre: Ayer estuve en el Asilo de esta villa y del cual soy Presidente, para ofrecerles en nombre de la familia, la donación de los bienes de la Fundación. Como somos muchos los herederos y muy dispersados, ha sido muy difícil y se ha necesitado mucho tiempo para ponernos de acuerdo. Por lo tanto, espero ver cómo solucionamos este asunto con la Beneficencia, y por parte de V. R., para llegar a un feliz término.

Las condiciones de cesión serán:

1ª. Que el asilo ha de constituirse en Peralta, como el fundador lo hizo.

2ª. Que se nos reconozca el derecho preferente a los herederos y sucesores de la familia Revuelta que tenemos a ingresar en dicho asilo, si desgraciadamente lo necesitamos,

3ª. Que, si llegaran a ausentarse de Peralta, automáticamente pasaría a poder de los herederos. Una cosa parecida a lo que le digo serán las condiciones que los herederos impondremos. Esto se trataría con el patronato y notario antes de hacer las escrituras. Lo principal es hacerle saber que estamos dispuestos a la donación [16].

Es posible que hubiera más tarde otra oferta en la que se incluía la donación del inmueble a la Congregación sin condiciones, ya que, como veremos más adelante, al marcharse las hermanas de Peralta, la casa ya era de su propiedad. Con todo, los superiores consideraron que tanto el edificio como el usufructo de la huerta, en alquiler, no reunían las condiciones mínimas requeridas para un asilo digno. Tampoco ninguna otra institución se ofreció a echarles una mano. El caso es que la casa-asilo se cerró definitivamente en el verano de 1951.

Hace unos años, supe que aún vivía sor Josefa González, una hermanita natural de Peralta, ya muy anciana, residente en el hogar de Nuestra Señora del Rosario de Cascante. Le escribí recabando recuerdos de los años fundacionales, pero me contestó en su nombre la superiora, pues a sor Josefa, con 89 años, le fallaban la vista y la memoria. La superiora me contó en su nombre que de chiquilla a sor Josefa le gustaba ir por el asilo peraltés, cercano a su casa, y ayudaba en lo que podía a las cuatro hermanitas que lo regían y que todas eran muy cariñosas con ella. Con catorce años profesó en la casa de Logroño. No volvió al pueblo hasta pasado mucho tiempo, tras haber vivido en Cuba largos años [17].

5. Sor Asunción de la Santísima Trinidad Giné Juanpere

La congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados fue fundada en 1873 por Teresa Jornet e Ibars –hoy santa Teresa de Jesús Jornet–, y el sacerdote don Saturnino López Novoa –en proceso de beatificación–.

Cuando esto escribo, las hermanitas son en todo el mundo alrededor de 2.500, repartidas en unos veinte países. Realizan una gran labor espiritual y asistencial atendiendo a cerca de 25.000 ancianas y ancianos sin recursos en más de 210 asilos y residencias en Europa, Iberoamérica, Asia y África.

La capilla de la Casa Generalicia de Valencia guarda el sepulcro con los restos mortales de su fundadora, que se muestran a la veneración de sus hijas y devotos.

Como recuerdo y homenaje a las treinta y tres hermanitas que estuvieron en el asilo de Peralta, quiero escribir brevemente la vida de dedicación a esta casa de una de ellas que se distinguió por su celo caritativo en los ocho años de permanencia en nuestro pueblo.

Ya nadie recordará a sor Asunción Giné, una monja de diminuta de estatura, pero de grandes cualidades humanas y excelentes virtudes religiosas. Cuando salía a postular por las casas de Peralta para poder cubrir las necesidades básicas de alimentación de los asilados y de la comunidad, no hablaba demasiado, sino que miraba a las personas con sus grandes ojos, agradeciendo cualquier dádiva con la frase: "¡Que Dios y la Virgen de los Desamparados se lo paguen!" Era frecuente que se le escapase decirlo en catalán, su lengua materna.

En Navidad, con la ayuda de los ancianos, montaba un belén con escasos elementos figurativos, y aprovechaba la ocasión para enseñarnos villancicos a los niños que acudíamos a verlo. Le gustaba especialmente el villancico que dice: "Dime, Niño de quien eres todo vestido de blanco…". Y se privaba de su diaria ración de turrón navideño con el que endulzaba nuestras infantiles visitas.

Hace unos años, a las doce de mediodía del domingo 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, porque ya estaba escribiendo este capítulo del libro sobre las Hermanitas de Peralta, acudí a la Casa Generalicia de Valencia para recabar alguna información sobre sor Asunción y las demás religiosas que pasaron por este pueblo.

Después de llamar tirando del cordón de la campanilla, apareció en la portería una hermana joven que, enterada de mi propósito, me hizo pasar a un recibidor limpio y reluciente. Al decirme que tendría que esperar un rato hasta terminar la misa del día, le solicité poder hacerlo en la capilla donde se estaba celebrando. Una vez terminada, fueron saliendo de la iglesia un nutrido grupo de

ancianos y ancianas residentes. Las monjas se quedaron rezando unos minutos más.

Por lo menos veinte novicias de tocas blancas se alternaban en los bancos con otro grupo aún más numeroso de jóvenes profesas ya con tocas negras. Un revuelo de pasos en el coro alto hizo que levantara hacia él la mirada. Eran más novicias y profesas. Estaba claro que esta Congregación no sufría la crisis de vocaciones que invade la vida religiosa actual.

No tardaron en venir a mi encuentro tres hermanitas, que trataron de satisfacer mi curiosidad sobre todo de sor Asunción Giné. Como ya hacía tiempo que había fallecido en Zaragoza, ninguna de las tres llegó a conocerla, pero me prometieron buscar más datos y enviármelos. No fueron muchas las cosas que me contaron por carta, pero juntándolas con mis recuerdos, he podido pergeñar la siguiente mínima biografía.

Sor Asunción nació en Molá (Tarragona) el 21 de abril de 1883, hija de José Giné Tort y de Rosa Juanpere Foch. Tuvo dos hermanas mayores, miembros también de esta Congregación, sor Margarita de san José y sor Dolores de Jesús. La joven Asunción ingresó como postulante el 11 de diciembre de 1907, y vistió el hábito religioso en Valencia el 30 de abril del año siguiente. Emitió sus votos temporales el 31 de mayo de 1910, e hizo la profesión perpetua en Aytona (Lérida) el 29 de julio de 1913. De aquí salió para empezar su religiosa vida profesional que, como hija de obediencia, la llevó sucesivamente a los asilos de Zaragoza, Barbastro y Cascante, hasta que llegó a Peralta en 1943, cuando ya contaba sesenta años de edad. Cerrado el asilo peraltés, fue enviada de nuevo a Barbastro y a Cascante; después, a la casa-sanatorio que la Congregación tiene en Zaragoza, donde murió a punto de cumplir 80 años de edad y 55 de vida religiosa. Estuvo dedicada enteramente a la caridad con los ancianos de manera abnegada y ejemplar. Los últimos años de su vida vivió medio impedida en el pequeño sanatorio para hermanitas, anejo al gran asilo-residencia de ancianos de la avenida de san José de Zaragoza.

A este sanatorio iba yo a visitarla con mi madre y hermanos pequeños muchos domingos. Ella nos esperaba para obsequiarnos con los dulces de su postre, como cuando yo me acercaba de niño al asilo de Peralta. Cada domingo nos volvía a contar la misma historia: que por su gusto y el de las otras hermanitas, nunca hubiese abandonado la casa de Peralta; que la estrechez y la pobreza en las que vivían y desarrollaban su labor con los ancianos y ancianas no habría sido para ellas motivo suficiente del abandono del asilo del pueblo, porque eran pobres de profesión.

Pero como también se debían a la obediencia de los superiores que habían determinado el cierre de la casa, no tuvieron más remedio que partir a los

destinos que les asignaron. Hasta la imagen de la Virgen de los Desamparados que presidía la capilla del Asilo peraltés emigró. Nos dijo sor Asunción que la enviaron a una nueva fundación en Hispanoamérica. La muerte de sor Asunción, después de diez años de enfermedad, acaeció el 20 de febrero de 1962. Yo no estaba en Zaragoza en esa fecha, pero mi familia asistió a su entierro.

Este es el sencillo resumen de su vida que aparece en la ficha de la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados: *Fue siempre una Hermanita muy ejemplar, humilde y caritativa. No tenía mucha salud, pero hizo cuanto pudo para ayudar y cumplir con su deber. Era sufrida, demostrándolo especialmente en su última enfermedad, con gran edificación de todas las Hermanas*.

No se puede decir más con tan escueta lauda. Desde su grandeza de alma, practicó la humildad hasta después de muerta. Ante estas breves palabras sor Asunción se hubiese ruborizado, como acostumbraba cuando alguien en Peralta alababa lo mucho que trabajaba por los ancianos y ancianas.

6. Actual Hospital y Residencia Geriátrica

El hospital peraltés prestaba asistencia sanitaria a aquellos enfermos del pueblo y de las cercanías que no tenían posibilidades económicas o que vivían solos. Ocupaba una gran sala de la planta baja del antiguo convento de los capuchinos, con ventanales a la huerta.

En la década de 1940 el doctor peraltes Mozota Sagardía, reconocido cirujano residente en Zaragoza, en sus frecuentes visitas a su pueblo aprovechaba para operar las amígdalas a los niños. También me las extirpó a mí. Así nos evitaba tener que desplazarnos a Pamplona. Una fila de madres a la puerta del hospital con el hijo y una toalla en la mano, indicaba que era día de cirugía para las gargantas infantiles.

Hace años que derribaron el convento de los capuchinos, dejando exenta la iglesia. En el solar resultante se construyó una residencia geriátrica con el nombre de ***Miguel Revuelta Ruiz***, el peraltés fundador del ya Asilo. Antes de su derribo el viejo convento, convertido en hospital, acogió provisionalmente a los ancianos del pueblo que no se marcharon con las hermanitas a otros destinos.

Pero como estos asilados estuvieron catorce años mal alojados en viejas instalaciones, se imponía actualizar la fundación, acomodándola a las nuevas necesidades sociales. Los sucesores del fundador, fieles al legado del testador, encontraron una solución atinada y eficaz, en combinación con la junta rectora del patronato y el párroco don Santiago Pérez Goyeneche, promotor principal, quien narra así los hechos:

Hacía más de un año que se había cerrado el asilo de la Fundación Revuelta porque las Hermanitas de los Ancianos Desamparados que lo atendían, no contaban ni con medios ni con personal para seguir atendiéndolo. Alegaron en un principio que no podían sostenerse y atender a los asilados con los pocos fondos y rentas de la Fundación, y aunque el Ayuntamiento se ofreció a ayudar económicamente, las religiosas cerraron sin más el Asilo y se marcharon. Los asilados fueron recogidos en la fundación del hospital de san Miguel. Tampoco ésta tenía muchos ingresos, pero como las Hijas de la Caridad se ayudaban con la pequeña cantidad percibida con las clases de párvulos y de niñas, y por otra parte se les subió un poco la renta a los que llevaban en arriendo las tierras del hospital, además se incrementó la colecta del 15 de agosto que es siempre para este fin, la Fundación Revuelta seguía pagando por los asilados que tenía al cerrar el Asilo, se fue perviviendo de esta manera.

Funcionaban dos Juntas con distinta administración: la de la Beneficencia Municipal para el hospital de san Miguel, y la de don Miguel Revuelta para el asilo. La primera la presidía el alcalde, teniendo por secretario al del Ayuntamiento y, como miembros, al párroco, al médico director del Hospital, a un concejal y a un vecino. Llevaba la administración el organista de la parroquia don Vicente Martínez, por ser oficial del Ayuntamiento. La Junta de la segunda la presidía el heredero mayor de don Miguel Revuelta, que había dado nombre a la Fundación del Asilo por haber sido su principal impulsor y fundador. Eran miembros, el alcalde, el párroco, el médico y el presidente de la sección de Caballeros de la Conferencia de san Vicente de Paúl. Pronto vi la necesidad de acometer la reforma de estas fundaciones. Anteriormente a mi llegada se había ofrecido el asilo a las Hijas de la Caridad para poner allí una pequeña comunidad que atendiera a los ancianos independientemente del hospital, pero los Superiores manifestaron la imposibilidad de atender la petición.

Hubo también hacia 1954 una solicitud de un instituto secular femenino que pedía el edificio del asilo para abrir clases para niños, pero por las muchas dificultades que esto suponía se les negó. Así las cosas, yo como párroco promoví la fusión de las dos fundaciones en una, con el fin de unificar la administración y hacer las obras que fueran necesarias para atender dignamente a enfermos y ancianos.

Iniciamos la gestión en Madrid visitando personalmente y repetidas veces el Departamento de Beneficencia del Ministerio de Gobernación, correspondiente a Fundaciones.El Presidente de la Fundación Revuelta, don Víctor Arricivita, dio su consentimiento para la fusión y, realizados los trámites exigidos que fueron largos y duraron varios años, se fusionaron ambas fundaciones. En adelante llevaría el nombre de Fundación del Hospital de San Miguel y Asilo de don Miguel Revuelta. Formarían un solo patrimonio, una junta y una

administración, teniendo como presidente al alcalde, vice-presidente al heredero mayor de la familia Revuelta, además al párroco, al secretario, a un concejal, al coadjutor más antiguo, al presidente de Charitas Parroquial y al de la Conferencia de San Vicente. Una vez lograda la fusión iniciamos las gestiones para construir un edificio nuevo, en lo que se llamaba patio de la huerta del hospital. ¿Medios? Se vendían como solares el edificio ya muy viejo del antiguo asilo y la huerta del mismo, y con algo que ayudara el pueblo y algunas subvenciones de otros organismos como la Dirección General de Sanidad que la prometió, se podía llevar a cabo una edificación moderna, acogedora, amplia y práctica.

El edificio del cerrado asilo era propiedad de la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Yo mismo solicité de la Superiora General que nos diera ese inmueble. Efectivamente, mediante documento notarial me concedieron el poder venderlo para emplear el importe en la construcción del nuevo asilo-residencia. Aunque no nos pidieron nada, les enviamos a las Hermanitas 25.000 pesetas. La huerta contigua al asilo era propiedad de don Enrique Ansaldo, que la había cedido en renta. Figuraba en el documento privado de arrendamiento que el asilo abonaría anualmente al propietario dos pesetas, cantidad simbólica que no se abonaba. Hablando personalmente con don Enrique le expliqué la situación de nuestros proyectos con la petición de que nos regalara o vendiera la huerta para poder sacar adelante el proyecto.

El señor Ansaldo donó gratuitamente una robada, y el resto, nos lo vendió, fijando el precio entre el administrador del mismo, don Julio Elcid, y don Roque Osés, como perito nombrado por la Junta. Una vez que tuvimos edificio y huerta a nuestra disposición, y a nombre del párroco que suscribe para simplificar trámites de autorizaciones y tasaciones, se trazó una calle por la parte posterior de la huerta para revalorizar los solares, y en diversos lotes se vendió todo en subasta pública. Se encargó el proyecto del nuevo hospital-asilo al arquitecto don Tomás Arrarás de Pamplona y, obtenido el permiso de la Dirección General de Beneficencia, se sacó a concurso la obra, adjudicando la construcción, entre los diversos concursantes, a don José María Sainz de San Adrián. El edificio tendría sótano, entresuelo y cuatro plantas, una de ellas para las Religiosas, además de comunicación interior con el edificio del antiguo hospital y con la iglesia del mismo. La Diputación de Navarra alentó el proyecto, viendo que podían acogerse a esta Fundación ancianos no sólo de Peralta, sino de la comarca.

En el tiempo de todas estas gestiones, que llevaron años, además del que suscribe como párroco, Santiago Pérez Goyeneche, intervinieron el secretario de la Junta de Beneficencia y del Ayuntamiento, don Francisco Villanueva Ducay,

y se sucedieron como alcaldes: don Félix García, don Jacobo Sánchez, don Carlos Hernández, don Francisco Asín Ros y don Alfredo García; como médicos: don Ignacio Sánchez, don Javier Garralda y don Honorio Alfaro. Los vocales más empeñados en conseguirlo fueron: don José María Echarte, don Víctor Arricivita, don Luis Troyas, don Martín Alfaro, don Fructuoso Sánchez y don Juan Marzal.

Para solicitar la ayuda del pueblo, la Junta del hospital-asilo con algunos concejales del Ayuntamiento, un grupo de hombres, otro de jóvenes y los agentes de la autoridad, recorrieron las calles el día 2 de noviembre de 1969 y recogieron donativos y ofrecimientos, que fueron muy considerables. Así comenzaron las obras para que Peralta pudiera tener un digno hospital de urgencia y una residencia de ancianos, que hiciera más llevadera la vida de los acogidos a esta fundación, bien vista por los habitantes del pueblo y muy suspirada por los ancianos que están solos en sus casas [18].

Nada mejor para completar algunos detalles de la fusión de ambas fundaciones que tomarlos del acta de la última junta del patronato Revuelta, pero sin repetir lo escrito hasta aquí por don Santiago Pérez: Las rentas de esta fundación, puestas al día, no rebasaban las 70.000 pesetas anuales; había imposibilidad de acondicionar y sostener con ellas el viejo edificio y el cuidado y mantenimiento de los ancianos pobres de la localidad; se ofrecía la posibilidad de salvar los deseos del fundador consignados en el codicilo de su testamento; perduraba en la fusión el nombre del fundador junto al de hospital de san Miguel; se lograba formar un patrimonio común entre ambas y, finalmente, en caso de necesitarlo, cualquier heredero del fundador sería preferido a otras personas en la admisión al asilo [19]. Aún se tuvieron que hacer algunas visitas a los organismos oficiales para alcanzar los objetivos, pero ya todo fue más fácil. De esta manera la primera voluntad testamentaria de don Miguel Revuelta de donar 500 pesetas cada año al hospital, anulada posteriormente desde el lecho en trance de muerte por el codicilo de fundación del asilo, se hacía también realidad, fundiéndose en una sola institución benefactora. Se impuso la realidad, la dignidad, la funcionalidad, la eficacia y la economía. A nuevos tiempos, nuevas instituciones con soluciones diferentes y edificaciones modernas.

NOTAS:

1. Archivo parroquial de Peralta. Relación de los acontecimientos más interesantes de la Parroquia de San J. Evangelista, fol. 6v.
2. Goñi Gaztambide. rev. Príncipe de Viana, núms. 138-139, 282-283.
3. Archivo parroquial de Peralta, ibíd.
4. Catálogo Monumental de Navarra, III. M. de Olite, pp 390- 391.
5. Los retablos son propiedad de la casa condal de Guenduláin, traídos en depósito en febrero de 1984, como rezan sendas placas.
6. Archivo de la Congregación las HH. de los Ancianos Desamparados, acta de la fundación de la casa de Peralta.
7. Archivo de la familia Arricivita. Gloria Arricivita se preocupó de facilitarme cuantos datos le solicité. Acompaña al codicilo el siguiente apunte del notario: *A los dos días de su otorgamiento di cuenta al Sr. Decano. Doy fe. Santamaría. Rubricado*. Al margen de las hojas de la matriz aparecen las firmas de los testigos. *A instancia de los herederos de D. Miguel Revuelta y por constarme la defunción del mismo, expido en tres hojas esta primera copia exacta de su matriz, que obra en mi protocolo corriente con el número 234 de orden, quedando anotada a su pie esta saca. Y para que conste la signo y firmo en Peralta a 31 de diciembre de 1907, de que doy fe. Signado. Licenciado Francisco Santamaría...*
8. Archivo de la Congregación, carpeta fundación de Peralta.
9. Archivo de la familia Arricivita. *Testamento de don Miguel Revuelta Ruiz*. Notaría de Ambrosio Eduardo Cabezudo y Arroyo, del ilustre Colegio de Notarios de Pamplona. Tafalla, 25 de noviembre de 1908.
10. Archivo Arricivita. Carta firmada por Víctor Arricivita, dirigida desde Peralta a la madre general, Valencia, 15 de mayo de 1951.
11. Carta del 10 de mayo de 1987 de sor Carmen Iglesias López.
12. Archivo parroquial de Peralta, *Relación de...*, fols. 34v, 35 y 35v.
13. Archivo Arricivita. Acuerdo de los miembros del patronato en Peralta a 23 de enero de 1965. Firman: el presidente Víctor Arricivita, el párroco Santiago Pérez, el alcalde Francisco Asín y el presidente de la Conferencia de San Vicente de Paúl, José María Echarte.

Las Hijas de la Caridad en la Calle Mayor de Peralta en 1950

Grupo de Hijas de la Caridad en el jardín

Hijas de la Caridad reunidas en el jardín

Hermanitas ante el sepulcro de su fundadora en Valencia

Virgen de los Desamparados que presidía el Asilo de Peralta

CAPÍTULO IX: INSTITUCIONES Y ACTUACIONES VARIAS

1. Alguaciles, guardas rurales y serenos

Los alguaciles de Peralta eran personas populares y respetadas, garantes de las ordenanzas municipales y representantes de la autoridad. Ya hemos visto que algunos oficiaban también como pregoneros. Hasta cinco agentes había en la plantilla municipal en 1950. Restablecían el orden público cuando lo alteraban los devotos de Baco o los reñidores de siempre, sobre todo los domingos y fiestas de guardar. Las peleas solían ir por barrios, por sexos y por temporadas. Mientras los hombres se limitaban a encajar mandobles entre "juramentos", las mujeres abundaban en peleas a base de gritos, insultos soeces y tirones de pelo. Unos y otras concitaban un auditorio popular entre perplejo y complaciente hasta que llegaba el representante del orden, que deshacía el tumulto e imponía su autoridad entre los litigantes. Debajo del edificio del Ayuntamiento, en lo que pomposamente llamaban calabozo, recluían temporalmente a los alborotadores hasta la decisión del juez de paz.

A pesar de la fertilidad de las tierras, la vida de los labradores era trabajosa y dura. Ni en invierno ni en verano podían descansar más tiempo que la semana de las fiestas patronales. Entre el secano y el regadío gastaban sus energías en el afán diario de salvar la cosecha al ritmo del sol y de las lluvias.

Para ordenar la vida del campo y preservar de los amantes de lo ajeno las hortalizas y las frutas en sazón, prestaban servicio los guardas rurales. También vigilaban los terrenos acotados en las temporadas de veda y caza.

El Ayuntamiento premiaba la eliminación de serpientes, gardachos, ratas de agua, zorros, urracas y picarazas. Por una de estas dos últimas especies, o por sus crías, pagaba, previa presentación de la pieza, un real; y por un huevo, diez céntimos. A las culebras les cortaban la cola al tiempo del pago para que no pudieran ser presentadas de nuevo al cobro como si fueran recién cazadas.

Otros guardas, los del sindicato de riegos de los ríos Arga y Aragón, mantenían los turnos de aguas de las acequias y abonaban la captura de topos y ratones ciegos. Estos insectívoros rompían con sus fuertes uñas las raíces de los sembrados al abrir galerías subterráneas.

Los vigilantes nocturnos, popularmente conocidos con el nombre de serenos, empezaban su jornada laboral al iniciarse la noche. Iluminaban el pueblo, primero con linternas de aceite, y después, cuando llegó el progreso, conmutando los puntos de luz eléctrica repartidos por las calles. Para este menester se servían de largas chuzos picas, popularmente llamadas chuzos.

La electricidad llegó a Peralta poco después que en las ciudades de Pamplona y Tudela. En esta última la instaló nada menos que el científico marino Isaac Peral e inauguró su funcionamiento el 18 de julio de 1894. La electricidad hizo disminuir considerablemente la criminalidad [1]. Se cuenta que uno de Artajona, al ver lucir por vez primera las bombillas de su pueblo, exclamó: *¡Y que nos hagan creer que alumbran con agua del molino de Larraga!* Cuántos peralteses se expresarían más o menos de este jaez ante tan luminosa novedad. El famoso jotero Escolástico Valencia, gran improvisador y hombre ocurrente, cantaba por esos años:

Ya nos han puesto la luz
y nos da mucha ilusión,
bien haya los adelantos
de la "cevilización".
Hemos quitau los candiles,
las velas y los quinqués,
le damos a una llavica
y al funcionar la bombilla
y venir el resplandor
decimos toda la gente
¡Alabado sea Dios! [2].

La institución de los serenos se implantó en Navarra a finales del siglo XVIII, copiada de otros países donde ya funcionaba con éxito. Los serenos trabajaban para que los demás descansaran, intentando que en las calles del pueblo hubiese siempre calma y seguridad entre la hora del anochecer y la del alba. Además de vigilar el sueño de la villa, cantaban las horas de la noche, anunciando de paso cómo andaba la climatología: *Las doce y lloviendo; la una y nublado; las dos y sereno*... Esta última expresión era la más frecuente, por eso empezaron a llamarles *serenos.* A petición de quienes tenían que madrugar, los despertaban mediante aldabonazos en el portal de sus casas.

En lo más crudo de invierno, los serenos se guarecían, entre ronda y ronda de vigilancia, al calor de los hornos de pan. Si el sereno bajaba del Barrioalto por la placeta del Pocho, entraba en el horno de *Pocarropa*; si lo hacía por mitad de la calle Mayor entraba en el *Cosque*; se detenía en el de *Camardiel* al hacer la ronda por Tejedores; cuando iniciaba la ronda por la Ventablanca, visitaba el de *Barcos*; subiendo del Paseo por los Bajaderos se calentaba en el de *Cándido Troyas*. Finalmente, compraba para llevar a su casa el primer pan todavía caliente, salido del horno del *Eusebio*. Se cuenta en voz baja, para no escandalizar al auditorio, que a principios del siglo XIX un sereno peraltés, nada escrupuloso con la moral conyugal, se aliaba con el secreto de la noche para

ganar un dinero extra colaborando a la deshonra de su mujer en su propia casa. Clientela, por lo visto, no le faltaba.

-¿*T´has quedau bien, hijo*?, preguntaba el sereno al hombre de turno al bajar de su casa, justificando así el cobro estipulado por el servicio, mientras le franqueaba una salida discreta a la calle.

Homenaje a los Serenos de Peralta

Las doce... y sereno,
en garganta de la noche
la voz del sereno clama.
Con parpadeos lejanos
las estrellas palpitan
su preñez de amanecida.
Esquina a esquina,
nube a nube,
y hora a hora
el sereno por calles y plazas canta.

Acosados por la fiebre
en la soledad de casa,
hilvanando pensamientos
y problemas de la arada,
se aguarda el monocordio
de la cántica pactada:
tiempos meteorológicos,
la hora entera y la mediana,
en todas las situaciones,
con lunas, vientos y aguas.

La pica de los serenos
los puntos de luz de Cárcar,
con los primeros albores,
uno a uno apagan.
De nuevo la oscuridad
hasta que el sol repuje
figuras en los alcores,
imprimiendo cinceladas
cándidos relieves tenues,
rosados, ocres y malvas.

Con el bronce estremecido
de la torre en la campana,

ha nacido el día
en los alcores del alba.
Por unas calles tranquilas
el sereno se va a casa,
cansino en sus pasos cortos
batiéndose en retirada.
Cada uno con su destino,
el pueblo ya despierta.

Calle arriba,
calle abajo,
se dibujan sombras claras
por las paredes seculares
de ladrillo en las casas,
por los adoquines brillantes
de las aceras mojadas,
por los contornos retorcidos
de la forja de ventanas,
por los puestos entreabiertos
de panaderías blancas.

Va naciendo el día
con un vuelo alborozado,
en cada alero mil nidos
de entumecidos pájaros.
Las galerías cegadas,
los arquillos geminados
y las tejas renegridas
de casonas y palacios,
nos recuerdan de la Historia
un milenio como hidalgos.

2. Las Escuelas Nacionales

Las Escuelas Nacionales a las que yo asistí estaban situadas en la bajada de Las Luchas, en el mismo solar donde ahora se levanta el Colegio Público. El pueblo estaba orgulloso de aquella construcción monumental más grande que la iglesia parroquial. Pero aquel soberbio edificio, amenazado de ruina temprana, fue demolido dando paso a otro más funcional y práctico, que con el entrañable nombre de *Juan Bautista Irurzun* acoge a un considerable número de alumnos y a una numerosa plantilla de maestros y maestras.

Las viejas escuelas eran altas y alargadas, con cierto aire modernista. Un gran cuerpo central de tres plantas se continuaba a los lados con otros dos cuerpos más cortos y de dos plantas, seguidos de sendos pabellones con la misma altura, adosados perpendicularmente al tiempo que y cerraban en conjunto constructivo.

Enormes ventanales verticales, alternándose con algunas balconadas, iluminaban el interior. Una cornisa con el escudo de la villa en el centro y el rótulo en cerámica de ESCUELAS NACIONALES completaban el último piso. Seis esferas pétreas, idénticas a las del Campanar, remataban la cornisa en el cuerpo central y otras tantas en los dos pabellones laterales. Lamentablemente estas bolas no se han conservado en el nuevo edificio.

La silueta de las viejas escuelas pertenece ya a un olvidado y entrañable paisaje urbano, que perdura solamente en el recuerdo de los mayores. La construcción de estas escuelas se inició en 1933 y quedaron inauguradas en 1935. El presupuesto ascendió a 267.568 pesetas. El peraltés don Ángel Dabán Vallejo, abogado y a la sazón jefe de administración en el ministerio de Obras Públicas, consiguió una subvención estatal de 120.000 pesetas, cuando solamente se concedían para este menester 60.000.

Integraban la corporación municipal en ese tiempo: José Marzal como alcalde y los concejales Ambrosio Zueco, José Casasús, Víctor Arricivita, Esteban Sayés, Pelegrín Osés, Miguel Ruete, Antonio Albizu, Juan Orduña, Bernardino Asín y Nicanor Echarte, quienes en agradecimiento a las diligencias y desvelos del citado Ángel Dabán por conseguir gran parte del capital necesario, rotularon con su nombre la calle Mayor, ya que en mitad de ella se levantaba la casona familiar, donde alternaba sus estancias entre Madrid y Peralta [3].

El patio de recreo estaba delante del edificio escolar, vallado por un muro perimetral de mampostería y verja, cerramiento que se conservó en el actual colegio hasta el año 2000, cuando con buen criterio se demolió para dar cabida a un hermoso paseo desde la basílica de san Miguel hasta las piscinas y el campo de fútbol de Las Luchas, dándole así al pueblo una mayor amplitud urbana.

Los árboles del patio escolar crecían y se desarrollaban a pesar de los juegos violentos de los escolares. Sus ramas desnudas batían en invierno los cristales de los ventanales al compás del viento. En primavera oíamos los primeros trinos de los pájaros que habían nacido en los nidos más altos, donde no llegaba el acoso de los chicos mayores. También veíamos como desde las ramas iniciaban sus vuelos los nuevos pajarillos.

Siguiendo directrices pedagógicas de la época, las escuelas tenían sección de niños y sección de niñas, atendidas respectivamente por seis maestros y otras tantas maestras para los distintos grados. Las materias de estudio eran también

específicas, sobre todo durante las tardes: mientras las alumnas ocupaban las dos horas vespertinas en aprender labores del hogar, costura, bordado y cocina, los alumnos se dedicaban a resolver problemas de aritmética y a adquirir conocimientos de agricultura y comercio.

Como libro de estudio único estaban las clásicas y globalizadas enciclopedias, con tres grados progresivos de dificultad. En ellas convivían en armonía impresa el pastor lusitano Viriato, Sansón acosado por su malvada esposa Dalila, las partes de la flor, los quebrados, los verbos regulares, las leyes de la Física… Casi todas las ilustraciones estaban realizadas a plumilla en blanco y negro, excepto los mapas multicolores y extensibles de España y de las diferentes partes del mundo, que se intercalaban entre las páginas del texto.

Al pasar de las monjas a las escuelas, mi maestro de primer grado fue don José María Aranaz, natural de Peralta, hombre joven, ponderado y paciente. Su agradable voz, el dominio de un lenguaje sencillo pero selecto, el señorío que emanaba de su figura y su porte en general, completaban el perfil físico y el semblante moral de un experto pedagogo. Todos sus alumnos le considerábamos un buen maestro, comprensivo y benévolo al juzgar nuestro comportamiento. Con un ligero gesto de disgusto, acompañado de una leve oscilación de cabeza, mostraba su disconformidad cuando no nos portábamos debidamente. Siempre se mostraba sin acres voces ni actitudes de superioridad y en apariencia resultaba algo distante.

Mi aula ocupaba parte del ala izquierda de la planta baja. Había que subir desde el patio una breve escalinata de seis u ocho peldaños y recorrer hasta llegar a ella un largo pasillo con ventanales que daban a la huerta. La clase era rectangular, como todas las demás, encalada de blanco con un alto zócalo pintado de marrón y con suelo de tarima. Cerca de la mesa del maestro estaba la estufa de serrín para el invierno, colocada por precaución sobre una lámina de cinc.

Los pupitres eran bipersonales, de madera barnizada con tablero de plano inclinado y con un agujero para el blanco tintero de cerámica. Completaban el mobiliario un armario con puertas de cristales para guardar la tiza, las escuadras y los cartabones, la inevitable esfera terrestre y un gran diccionario de la lengua española que sólo consultaba don José María porque los alumnos de primer grado todavía no sabíamos manejarlo. Colgadores corridos pendían a lo largo de las paredes para los abrigos y chaquetas. Finalmente, los retratos del general Franco, jefe del Estado, y de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, presidían la pared testera a ambos lados de un crucifijo de madera y bronce.

Mi Escuela

Durante largas mañanas
y tardes de frío enteras
una lluvia pertinaz,
que aguanieve llamábamos,
aterrizaba cansinamente
en los empañados cristales
de mis queridas Escuelas:
adioses de despedida eran
al duro invierno,
que felizmente se iba.
Cuesta abajo marchaba,
mientras nuevos hálitos
venían, aunque escondidos,
de una cercana primavera
en cada gota de agua caída.
La estufa sobre el cinc,
herrumbrosa y cansada,
consumía las cargas últimas
de un carpintero serrín.
Finalizando cada día,
un sol de invierno se hundía
por la huerta del recreo,
cuando los gorriones
–"gurriones" les llamábamos–
trémulos y mojados,
piaban en el alero
con ganas de vida.
Los gusanos de seda
eclosionando nacían
en cajas de zapatillas.
Por las calles faenaban
gitanos y chatarreros…
Los niños nos quejábamos
por el frío de hielo
que del aire ya se iba,
por los rojos sabañones
en las orejas y los dedos,
ampliando su hinchazón,
su comezón y prurito.
Botones florecidos,

yemas ya germinadas,
y puntas de los renuevos
asomaban en las ramas.
Gorriones, gusanos y árboles
gitanos, niñas y niños
a la esperanza renacíamos.
Yo miraba complacido
desde mi pupitre inclinado,
tras los cristales empañados,
el dictado escribiendo,
memorizando las tablas,
durante largas mañanas
y tardes de frío intenso.

A la salida de la escuela por las mañanas –por las tardes teníamos prisa en ir a merendar la consabida onza de chocolate con pan–, los muetes simulábamos encierros taurinos a imitación de los verdaderos que vivíamos en las fiestas patronales. Por sorteo riguroso nos tocaba hacer de de vaquilla o de mozo; todo esto en el callejón de los corrales de Sayés, próximos a las escuelas.

Los jueves por la tarde, siempre que hiciera buen tiempo, maestros y alumnos salíamos de paseo hacia la dehesa de san Silvestre, al viejo Molino del Rey o al Barranco de los Carnuces, al que carros y galeras transportaban los cadáveres de los grandes animales domésticos muertos en las cuadras. Eran un festín para las alimañas aladas del contorno. Siempre tenían la mesa servida, porque entonces abundaban las bestias agropecuarias. El vuelo elegante de águilas, buitres leonados o milanos indicaba la presencia de carroña fresca en el barranco. Estudiábamos, pues, la naturaleza en directo, sin la necesidad de videos, transparencias y diapositivas, que no existían. La danza de la vida y de la muerte de los animales agropecuarios estaba en aquel pequeño ecosistema, conocido como Barranco de los Carnuces.

A hurtadillas, por los resquicios de la puerta de la Parada mirábamos los muetes el apareamiento de los sementales con las hembras que los labradores llevaban allí para que fueran cubiertas.

Al viejo Molino del Rey, a un kilómetro del pueblo, íbamos por un camino ancho, que empezaba a la derecha de la carretera de Arlas tras pasar la fábrica de conservas. Este molino fue posteriormente una modesta central eléctrica, pero en mi niñez ya estaba en desuso. El paraje, convertido entonces en un partidero de aguas de riego, era para mí ajeno a los servicios que moliendo cereales había prestado a las arcas reales. Ya de adulto, investigando hechos históricos sobre

Peralta he descubierto los múltiples servicios prestados, vendidos más bien a los labradores, en el Archivo de Comptos en beneficio del rey.

A la ida o al regreso del paseo con los maestros, veíamos sorprendentemente cómo algunas caballerías, con el ramal en sus lomos, volvían al pueblo solas cuando ya no era necesaria su presencia en el campo, mientras sus amos seguían trabajando en él hasta terminar la faena. Si al llegar al portal de la casa lo encontraban cerrado, las bestias pegaban en la puerta con su pezuña para que les franqueasen la entrada.

En la dehesa de san Silvestre, a media ladera de los Altos de Peralta, había una antigua ermita dedicada al Santo de fin del año, que estaba sin culto hacía muchos años y empezaba a derrumbarse. Los pocos pinos del paraje nos proporcionaban agradable sombra cuando íbamos a ella de paseo escolar. Desde allí se divisaba el pueblo: blancas y ocres las casas, verde oscuro el reflejo de las carrascas del monte y azul plata el serpenteante Arga cercano. Una fuentecica de caudal escaso brotaba entre las piedras, perdiéndose después entre los juncos. Según creencia popular, según creencia popular su agua era apta para paliar los retorcijones y los dolores de tripas [4].

La dehesa de san Silvestre ha perdido ya su viejo hechizo de soledad y lejanía. Las naves industriales construidas en sus cercanías le han quitado tal encanto. La última vez que visité la ermita, grotescos letreros y obscenos dibujos ensuciaban sus muros. Ojalá que algún día, a impulsos del renacer de los valores locales que ha traído la democracia, devuelva a la dehesa su porción de paraíso perdido y hasta se recupere una antiquísima romería popular realizada hasta este lugar en honor al Santo el 31 de diciembre.

En los años de mi niñez, se daban clases especiales a seleccionados muchachos en una antigua casona de la calle Mayor Vieja cercana al puente, llamada pomposamente Academia. La regentaban de forma privada algunos de los maestros nacionales después del horario escolar de la tarde. En ella preparaban de los dos primeros cursos del bachillerato de entonces para examinarse por libre en Pamplona. Otros chicos acudían a las clases de un maestro privado llamado don Ramón que alternaba la docencia particular con la profesión de telegrafista en el primer piso de una casa de la Plaza Principal, encima de la pastelería de Gracia. Su enseñanza, muy valorada en el pueblo, consistía, en la preparación para el examen oficial de ingreso en el bachillerato a la edad de once años, con resultados generalmente satisfactorios.

Tuve muchos amigos más o menos de mi edad en estos felices años de Peralta. Recuerdo ahora sus nombres con el peligro de mi memoria olvide involuntariamente algunos: ***José Félix y Francisco Javier Zaldo***, hijos de mi médico don Jesús; Los hermanos ***Fernando, Julián y Javier Pérez de Camino,***

hijos del notario don Fernando: ***Javier y Julián Campo Azpiroz,*** hijos de los panaderos Julián y Rosa; ***José María Zalduendo,*** hijo de, la llamábamos "la Madame" porque dominaba la lengua francesa***; Juanito Asín Moreno***, hijo de Irene "la Maca"***; Ignacio Jericó Bermejo; José Antonio Sayés Bermejo; Valentín Vidondo; David y Francisco Javier García Larraz; Pedro Jesús Resano; Francisco Javier Osés Busto; José Félix García Barrios; Carlos Asín García; José María Jiménez Jiménez*** y ***Félix Zarraluqui Ovejas.***

Todos integrábamos una pandilla, llamada ***el Sol,*** cuyo cuartel general lo teníamos en el monte junto al ***Portil de Lobos***. Nuestros contrincantes formaban la pandilla de ***la Luna*** que tenía su refugio en ***las Tamarices***, una isleta fluvial en medio del río Arga enfrente de la Atalaya. Con ellos solíamos pelearnos a pedrada limpia en ambos parajes naturales.

Además de estos habituales amigos, tuve otros que por diversos motivos pasaron algún tiempo en Peralta: ***José María Yturralde***, más tarde doctor en Bellas Artes, profesor de pintura en la Universidad Politécnica y académico de número en la Academia de San Carlos de Valencia; ***Carlos Garaicoechea***, que el Partido Nacionalista Vasco lo designó posteriormente lehendakari. Finalmente, señalo a los hermanos ***Norberto Horacio*** y ***Oscar Orlando García***, argentinos, que a los catorce y doce años de edad, respectivamente, pasaron un verano aquí porque eran parientes del que era por entonces alcalde de Peralta, Félix García Larraz.

3. Educación y Cultura

El Colegio Público Juan Bautista de Irurzun, situado en el solar de las antiguas Escuelas Nacionales, se empezó a edificar en 1978, inaugurándose al año siguiente. El presupuesto sobrepasó los 60 millones de pesetas [5]. Es un edificio de línea funcional, construido con ladrillo vista amarillo, amplio y bien estructurado, con un equipamiento adecuado para las exigencias pedagógicas. Las aulas se distribuyen en tres plantas; hay además un sótano que alberga el gimnasio y otros servicios auxiliares.

Una zona deportiva al aire libre, un magnífico frontón cubierto y el amplio polideportivo, completan las instalaciones escolares en la parte posterior del colegio, anteriormente terrenos de huerta. Aledaño al Colegio se levanta un parvulario, alegre y sencillo. En esta misma zona, y en terrenos del antiguo convento, funciona también una guardería, regentada conjuntamente por la Asociación de padres y las Hijas de la Caridad.

Muy cerca del Colegio se creó para la comarca una ***Escuela de Formación Profesional***. Tiene dos plantas y bajos. En ella se enseñan las especialidades de

Mecánica y Electricidad del automóvil y de la maquinaria agrícola, Delineación, Mecanografía y Comercio. Desde un principio ofrece servicios de transporte y de comedor subvencionados por la Diputación Foral porque acuden alumnos de los pueblos limítrofes.

En la arboleda del cercano paraje de Las Luchas se instalaron dos piscinas cubiertas, una olímpica, otra infantil, y una tercera al aire libre, soslayando así el peligro que entrañaba hasta entonces el ir a nadar en el río Arga.

La Biblioteca fue una de las veinticuatro bibliotecas públicas populares de la red del Gobierno de Navarra. Fue creada por acuerdo de la Diputación Foral el 16 de octubre de 1969. Se incluyó en las denominadas bibliotecas de primera categoría por superar con mucho la población de Peralta los 2.000 habitantes.

Se abrió al público el 11 de julio del año siguiente, tras la habilitación para su uso de dos salas en la Escuela de Formación Profesional, recién inaugurada. Esta instalación provisional duró dieciséis años y tenía capacidad para 84 lectores. Pero por necesitar su espacio la citada Escuela, la biblioteca pasó en 1985 al recién inaugurado Colegio Público, donde permaneció en precario hasta diciembre de 1989, fecha en que se ubicó definitivamente en los bajos del edificio de la Casa de la Cultura, construida en los terrenos de la antigua Dula, en la calle de la Corte.

Esta definitiva ubicación la proyectó el arquitecto peraltés ***José Félix García Barrios***. Tiene 600 metros cuadrados distribuidos en dos salas de lectura para adultos, otras dos para infantiles, una quinta para trabajos en equipo, el depósito de los libros y un amplio patio. Cuenta con un total de 131 plazas para lectores sentados, 59 de mayores y 62 de pequeños. Proporciona a los peralteses un buen servicio de lectura, consulta, investigación, recreación y préstamo.

El escultor, también peraltés ***José Ulibarrena*** realizó para estas dependencias un altorrelieve alegórico. Como motivo central aparece un Campanar muy estilizado cuyos vanos simulan estantes de biblioteca; en el ángulo inferior derecho aparece un pensador debajo de un arco del puente románico coronado por los aperos del campo; y en el ángulo superior izquierdo está la efigie de un lector, que se completa por debajo con artefactos mecánicos. Estos motivos indican los dos pilares en que se basa actualmente el trabajo de la villa, la agricultura y la industria.

En 1995, a los 25 años de la fundación de la biblioteca, el número de socios lectores había ascendido a más de 2.500 en una población que rondaba entonces los 5.000 habitantes. En estos últimos años, ante la gran demanda de usuarios, la biblioteca ha ampliado no solo el horario –de las tres horas iniciales a siete–, sino también el número de plazas lectoras y el fondo bibliográfico.

4. Faenas y juegos infantiles

El oficio de recadista, ejercido sobre todo por mujeres, era habitual en Peralta entre las décadas de 1940 a 1960, cuando no existían los medios de comunicación y de locomoción que ahora tenemos. El trabajo consistía en ir normalmente a Pamplona en el coche de línea *La Tudelana*, recorrer sus múltiples comercios solucionando los encargos encomendados, visitar gestorías, organismos oficiales y otras oficinas presentando y recogiendo impresos, y llevar de las casas a los colegios y de estos nuevamente a las casas, la muda semanal de los escolares peralteses internos que estudiaban bachillerato en la capital de la provincia.

Hacer recados por el pueblo, donde no existían los teléfonos, era otra necesidad al alcance de los chavales que lo pasábamos mejor de recaderos que haciendo en casa los deberes escolares. En mi caso se trataba de pequeños encargos de la familia, como ir a buscar la leche a casa de la señora Leoncia, que tenía una vaquería en la calle de la Dula. Un agrio olor lácteo impregnaba la lechería y la casa entera. Cuando parían las vacas, siempre me obsequiaba con una botella de sabroso calostro. También iba de buena mañana a comprar el pan tierno del día y sacarina para endulzar el café con leche a la panadería de Barcos en la calle Mayor, y a mediodía, a por el correo a la cartería de Marcelino Isturiz.

Los domingos por la mañana Dolores, *la Razonas,* y su esposo Toribio, *el Josefón,* montaba un puesto de churros en la amplia acera de su casa en la calle de Irurzun, enfrente del Portal del Mocho. Daba gusto ver a Toribio manejar las roscas con gran maestría: con una especie de batuta de madera movía con la mano derecha la masa alargada que salía de un depósito que la mano izquierda no dejaba de apretar. En la caldera de aceite hirviendo donde caía la alargada pasta, conseguía que se enroscara en espiral sobre sí misma. Una vez dorada, la depositaba sobre una bandeja metálica, Dolores la troceaban en churros de un palmo de largo y los servía azucarados en grandes cucuruchos de papel de estraza, a dos pesetas la docena. Dolores nos trataba bien a los muetes y muetas que íbamos a comprarlos para el desayuno. De ahí que la docena que nos vendía, no tenía doce, sino trece churros.

También iba a por la carne de cordero y los requesones, que mi abuela compraba al matrimonio de Jacinto Sayés y Rosalía Bermejo. En el obrador de su carnicería veía elaborar los requesones con la leche de las ovejas. Los canastillos empleados en esta labor dejaban impresas en aquellos riquísimos requesones las marcas de sus mimbres. Para Navidad, montaban en parte del establecimiento de la carnicería un gigantesco Belén. Me quedó grabada la belleza de la escena del ángel posado sobre una roca con las alas extendidas anunciando a los pastores del rebaño desparramado sobre el musgo, el

nacimiento del Niño Jesús, mientras se calentaban al fuego, simulado por una escondida bombilla roja.

Cada semana, en los meses de invierno, iba a la carbonería a comprar carbonilla para encender los braseros que templaban el frío existente en la casa parroquial. Y durante todo el año, traía el carbón para guisar en la cocina económica. Esta carbonería, que estaba enfrente de nuestra casa, almacenaba montones de carbones, tanto vegetales como minerales. También vendía carbón de cok, en forma de pequeñas bolas, que apenas manchaban al tocarlas, proporcionando un calor intenso y duradero.

Los braseros domésticos se encendían de buena mañana al aire libre de la acera. Se mezclaba con la carbonilla una paletada de brasas, que yo traía del horno en un pozal agujereado, cubriendo todo con ceniza del día anterior, para que se conservara el calor durante buena parte del día. Esta era la calefacción ordinaria de las casas; la extraordinaria consistía en estufas de serrín prensado introducido en su interior. Dos palos ayudaban a prensarlo, y a dejar el espacio suficiente en el interior de la estufa para que se sirviera de tiro y poder distribuir el fuego.

En verano iba a la fábrica de hielo del maestro don Fructuoso Sánchez. Con 20 céntimos compraba un buen trozo, con el que refrescábamos antes de la comida de mediodía el agua de todos y el vino del tío cura, que yo compraba en la vecina taberna de *la Tresorejas*. En fiestas señaladas adquiríamos una barra entera de hielo, que, troceada y mezclada con sal, se echaba alrededor de una lechera metida en un pozal y, mediante constantes vueltas realizadas con las manos a la lechera entre el hielo, conseguíamos mi tía Dolores y yo un excelente helado de mantecado o de vainilla.

También acompañaba por la mañana a mi abuela a la Plaza Principal, o a casa de los hortelanos por la tarde, para comprar borraja, arvejas, guisantes, habas, achicorias, alcachofas, cardos, tomates y pimientos del piquillo, morrones, cucones y del cristal, abundantes en los huertos peralteses.

Muetas y muetes teníamos en el clima una variable que influía en el modo de divertirnos. Existía una gama de posibilidades lúdicas, desde tirar bolazos de nieve y hacer muñecos de ella en el patio de la escuela y en la Plaza de los Curas, a montar en los trillos veraniegos de las eras como eficaz peso en la función desgranadora, cuando todavía se majaban así los cereales en las parvas de unos pocos labradores que se resistían a la innovación técnica de las trilladoras. Las galeras transportaban al pajar existente en las traseras de algunos domicilios enormes cantidades de paja cubierta con grandes telas de saco. Que nos llamaran después a los chicos para pisarla con el fin de que cupiera mayor cantidad, era también una deseada diversión infantil.

En primavera recurríamos al juego del *Marro* en el frontón de la Plaza de los Fueros. Los niños, agrupados en dos equipos enfrentados, nos situábamos separados por un suficiente espacio de terreno para efectuar las correrías de bando a bando, eludiendo la captura. Los que caían presos, quedaban alineados en el equipo contrario, hasta que la mano de un compañero del propio equipo le liberara.

El juego de las bochas o pitones llenaban nuestros ratos de ocio en el buen tiempo. Un pequeño agujero en el suelo, llamado *guá*, concentraba todo nuestro interés, porque introducir en él la bocha era el objetivo supremo de toda la partida, que constaba de cuatro fases consecutivas: en la primera se daba un fuerte pitonazo a la bocha contraria mandándola lejos; la segunda consistía en hacer un *pie* exacto entre la bocha propia y la del contrario; en la tercera se desplazaba lo más lejos posible de un pitonazo, llamado *tute*, a la otra bocha y, ya sin competencia, introducíamos la bocha propia en el agujero, o guá, ganando así la partida.

Para jugar al *Triángulo* dibujábamos en la tierra esta figura geométrica, no más grande de un palmo, y colocábamos dentro de su área los pitones o bolas que nos apostábamos cada uno. Había que sacarlos del triángulo a base de pitonazos lanzados desde fuera del triángulo. Ambos juegos de pitones eran la desesperación de las madres, ya que nuestras rodillas y alpargatas se llenaban de tierra, mientras los bolsillos de los pantalones se rompían con el peso de las bochas, que habitualmente eran de tres materiales: barro, vidrio y acero.

El *tirachinas,* al que también llamábamos *tirabeque*, era un entretenimiento de mayorcitos. Una pequeña horquilla de palo o de alambre trenzado con dos tiras de goma terminadas en una badana, atentaba al vuelo de los gorriones, a la integridad de los cristales de las ventanas de las casas y de las farolas del alumbrado público. En manos de los desaprensivos, el tirabeque resultaba temible para perros, gatos y hasta para los viandantes descuidados.

Haciendo bailar a la trompa, el trompo y la sirena, algunos chicos eran grandes expertos, mientras las chicas jugaban al diábolo. Todavía utilizábamos los aros rodados por las calles. Los había de varios materiales y tamaños según su procedencia: los más habituales procedían de pozales, baldes, cunachos y cubos desechados.

Los cartoncitos de las cajas de cerillas nos servían de cromos para el intercambio y el juego. Retrataban monumentos españoles y mundiales conocidos, en los que no reparábamos. Colocados los jugadores en una pared a la altura de las cabezas, los dejábamos caer al suelo de manera alternativa, ganando el cartoncito que cayera más alejado de la pared.

Peralta, que había contado antaño con dos trinquetes, como lo confirma el nombre de dos de sus calles antiguas, no tenía entonces frontón, a pesar de la gran afición y tradición pelotari del pueblo. No obstante, los mozos jugaban formidables partidos de pelota en las modalidades de mano, paleta y canasta en la pared lateral de la iglesia, que recae a la Plaza de los curas. Como su muro es de ladrillo macizo recubierto de cemento, los pelotazos resonaban secos en el interior del templo.

Por eso había pintado en el centro de esa pared el siguiente letrero: *Se prohíbe jugar a pelota durante los sagrados Oficios*. Los pequeños intentábamos emular a los mayores, pero como nuestras manos no aguantaban la dureza de las pelotas de cuero, jugábamos siempre que teníamos oportunidad con paletas de madera y pelotas de goma, que resultara un lujo para nuestra frágil economía.

Montar en bicicleta era un lujo inalcanzable para muchos de nosotros; sólo lo disfrutaban los hijos de los labradores pudientes porque con ella llevaban al campo la comida de los trabajadores de su casa.

Con la generalización de las películas proyectadas en los dos cines de Peralta, ya no se acercaban al pueblo los cómicos ambulantes de antaño, que durante décadas habían deleitado a las gentes al aire libre de las noches de verano, sentadas en las sillas que cada uno llevaba. No obstante, seguía cultivándose el teatro en ocasiones especiales, dirigido por dos incansables y entusiastas jóvenes, *María Valencia* y *Matilde Igartua* como ya he apuntado anteriormente. Para la representación infantil de *Blancanieves y los siete enanitos* en el salón del cine parroquial nos vistieron a los enanitos con viejos pijamas de los adultos, teñidos de vivos colores y adaptados a nuestras tallas infantiles. Cuando rara vez venía alguna compañía profesional de teatro, representaba su obra en el grandioso escenario del cine Azkoyen. En una ocasión se escenificó *La Pasión de Cristo* con gran tramoya y efectos especiales de luz y sonido, alcanzando visos de realidad. Trajo este cuadro escénico don Antonio Ona, antiguo párroco de Peralta, entonces al cargo de la parroquia de san Lorenzo de Pamplona, antes de ser nombrado obispo de Lugo.

Los domingos por la tarde acudíamos al cine de los curas, a veinte céntimos la entrada si teníamos el v ale de haber asistido a la catequesis semanal. Nos entusiasmaban los cortos de Charlot y del Gordo y el Flaco que nos producían ternura y risa. El gran Charles Chaplin se grababa en nuestras pupilas mientras se alejaba de la pantalla dándonos la espalda, mientras su figura se iba empequeñeciendo como un punto en el infinito. Esta era la clase de cine que veíamos los chicos, ya que apenas teníamos acceso a las películas de las dos salas comerciales: el veterano cine Azkoyen y el moderno cine Novedades.

En aquellos años la censura eclesiástico-gubernativa era muy estricta. Las películas venían clasificadas por colores, según su catadura moral: desde el color blanco, aptas para todos los públicos, al grana peligroso, pasando por los intermedios del azul y del rosa para jóvenes y adultos, respectivamente. Tal clasificación, fijada en el cancel de la parroquia, dejaba bien dilucidada la responsabilidad moral de la clientela cinéfila. Esta clasificación por colores cambió pronto por otra numérica, que graduaba progresivamente la moralidad del filme del 1 al 4. La frontera de lo permitido estaba en el 3-R, sólo permitido para mayores con reparos. Eso de "los reparos" me parecía a algo misterioso y turbio. El número 4 resultaba claramente pecaminoso. Cuando llegaba una película clasificada con el número 1, ordinariamente era de tema religioso. Así vimos títulos como *El milagro de Fátima, La canción de Bernardette, La mies es mucha* y *Balarrasa.*

5. Tebeos, cuentos y travesuras

Los tebeos llenaban muchos ratos de nuestro ocio infantil. Leíamos las hazañas del Guerrero del Antifaz, mitad caballero enamorado y mitad cruzado empeñado en la lucha contra el moro. También comprábamos por 20 céntimos las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín, que salían en los sobres sorpresa del estanco. Los almibarados tebeos de hadas y eran preferidos por las niñas.

Algunos de mis coetáneos recordarán tal vez a *Celia* y *Cuchiflitín*, dos personajes de los libros de cuentos infantiles que se vendía Cándida en el estanco a seis pesetas en el estanco. Era demasiado dinero para nuestros alcances. Yo los leía en casa de mis amigos José Félix y Francisco Javier Zaldo, hijos de mi médico don Jesús. Títulos como *Cuchiflitín y sus primos, Cuchiflitín el hermano de Celia, Cuchiflitín y Paquito, Celia y el colegio,* no se me han olvidado. Este personajillo era un niño resuelto, travieso y caprichoso; su hermana, en cambio, era su antípoda temperamental: formal, responsable y soñadora.

Conforme íbamos creciendo, los estudios se encargaron de dispersarnos a los amigos. Los que pertenecían a familia con medios económicos, una vez superado a los once años el examen de ingreso al bachillerato, marcharon al colegio de los jesuitas de Tudela y a los maristas y escolapios de Pamplona, mientras nuestros padres optaron para otros de nosotros enviarnos al Seminario Conciliar, también en Pamplona. Nuestra estancia en ellos duraba nueve meses, separados trimestralmente por las vacaciones de Navidad y los fugaces días de Semana Santa.

En las vacaciones de un verano se nos ocurrió montar una tombolilla, imitando la instalada con fines benéficos en el pueblo durante las fiestas.

Usamos de reclamo para ello las misiones. Recorrimos domicilios y comercios pidiendo pequeños objetos en buen estado que sirvieran de regalos. Preparamos manualmente los boletos de la rifa, que vendimos a un real cada uno. Julio Arpón, reportero y corresponsal del diario "El Pensamiento Navarro", nos dedicó una reseña con fotografía incluida con el campanudo título de *Los tomboleros de la Santa Inf*ancia. Conseguimos una recaudación 280 pesetas, ¡un dineral entonces para nosotros! Con los nombres de Fernando, Julián, Juanito, Valentín, Carmelo, Francisco Javier, José Félix y otros –o sea, los integrantes del grupo–, repetidos varias veces cada uno, se bautizaron en países lejanos a veintiocho niños. Al menos eso es lo que prometía la propaganda misionera de aquellos años, según la cual, con diez pesetas podías bautizar a un chinito, a un negrito, y a cualquier otro niño infiel.

Aquel artículo periodístico de Arpón nos lanzó a nuevas experiencias misionales apoyados por la catequista, Maria Luisa Zueco, que nos dió una gran caja de sellos usados de España y sus colonias de Ultramar, limpios y agrupados por series. Estaban al completo, y repetidos cientos de veces, los valores filatélicos de los reinados de Isabel II, Amadeo I, Alfonso XII Alfonso XIII y de las dos Repúblicas. Varios años antes esta catequista había iniciado una campaña de recogida de sellos con destino a las misiones, y ese legado venía a parar ahora a nuestras manos. Nos pusimos de inmediato a la tarea de confeccionar con ellos sobres-sorpresa a diez céntimos cada uno, pero no cuajó la idea. Los chicos estaban más por las chapas y los cromos. Pegamos burdamente con maseta de harina los diferentes valores en hojas de cuaderno, e hicimos una nueva oferta a cinco céntimos, pero tampoco dio resultado. Todo quedó en un desastre de buena voluntad. ¡Cuántas veces me he acordado de aquel desaguisado cuando de adulto, no he podido completar series de mi colección de sellos, algunos de los cuales cuestan ahora en el mercado filatélico cientos de euros!

6. Fútbol y futbolistas

Es un hecho incuestionable que el fútbol ocupa el primer lugar entre las competiciones deportivas preferidas por la gente. La práctica de este deporte se pierde en la noche de los tiempos, si bien el que hoy se practica nació en Inglaterra a principios del siglo XIV. En tiempos antiguos se debieron librar ya verdaderas batallas jugando con el balón, porque el rey Eduardo II de Inglaterra promulgó una ley prohibiéndolo. Mediado el siglo XVI, Enrique VI lo declaró como delito lamentable, y el estadista Oliverio Cromwell lo abolió un siglo después. Sin embargo, en la primera década del siglo XVIII tuvo un despertar fulgurante, y comenzaron a surgir los primeros reglamentos. En la primera mitad del siglo XIX el fútbol ya se había extendido a los centros ingleses de enseñanza;

y a finales de ese mismo siglo estaba propagado prácticamente por toda Europa. Los primeros clubes españoles datan de 1896, contándose entre los históricos el Atlético de Bilbao, el Barcelona F.C. y el R.C.D. Español.

El primer equipo balompédico de Peralta empezó llamándose ***Atalaya*** [6]. Corría el año 1920 y jugaba todavía sin federarse. Eran sus jugadores: *Arturo Busto, Felipe Sorrosal, José Antonio Igartua, Joaquín Trigo, los hermanos Arricivita, José Osés, Antonio Moreno, Jacinto Sayés, Fermín Martínez, Juan González, Félix Casaus, Jesús López-Bailo, Daniel Delgado y los hermanos Díaz Santesteban*. Como directivos actuaban: *Anselmo Irigaray, Miguel Martínez, Dionisio Quel, Miguel Cenzano, Nicanor Echarte, José María Moreno y Vicente Sagardía.*

En 1927 pasó a denominarse ***Unión Ribereña***, con futbolistas locales como *Ruete, Ayerra, Asín, Velasco, Elícegui, López-Bailo, Osés, Arrechea, Torrens, Casaus e Irigaray,* que tomaban parte, todavía sin federarse, en competiciones con los pueblos vecinos. Dos años después se denominaba ***Club Azkoyen***, y sus jugadores fueron: *Ezquerro, García, Olaiz, Asín, Osés, Sánchez, Arricivita, Elícegui, Modrego, Arrechea y Torres.* Este equipo ganó el trofeo de su categoría, el grupo C, contra la Peña Azagresa. En 1930 se formó ***El Avance***, ya que por cuestiones económicas tuvo que abandonar el nombre Azkoyen. Y para pagar las deudas desmontó y vendió hasta las maderas divisorias que marcaban el terreno del campo de fútbol.

De 1931 a 1934 resurge como **Club Deportivo Ribereño**. Sus jugadores fueron: Julián Moreno, Marino Asín, Evaristo Hernández, Marino Carranza, Emilio Jericó, Juan Sánchez, Pepe Blanco, Jacinto Moreno, José Biurrun, Félix Barcos, Julio Navarro, Félix Alonso, Roque Osés, Antonio Calvo, Félix Echeverría, José María Echarte e Ignacio Velasco. A los cinco últimos se les llamaba "la delantera del mandil", por ser los más jóvenes de todos los tiempos del fútbol local. El presidente fue don Miguel Domínguez, muy ordenado y eficiente

Durante los años de la Guerra Civil no se jugó, pero en 1940 reapareció el equipo con la denominación definitiva de ***Club Deportivo Azkoyen.*** Lo componían: *Julián Moreno, José Miguel López-Bailo, Paco Moreno, Rafael Moreno, Antonio Orduña, José Resano, Josemari Moreno, Félix Barcos, Roque Osés, Ángel Lezaun y Antonio Biu*. El Azkoyen empezó a dejar el listón muy alto en los campos que visitaba. Y en 1945 ascendió a segunda regional, donde ya participó en competiciones federadas. Comenzó a fichar jugadores que no eran de la cantera local, como los azagreses *Muro, Muñoz* y *San Gil*, a los que pagaba 50 pesetas por partido. En esa temporada el Azkoyen llegó a la final de la liga como campeón, enfrentándose al *Alda* de Estella en el campo san Francisco de Tafalla, al que ganó por tres goles a dos. Los goles fueron de

Resano, San Gil y *Roque Osés*. Automáticamente el Azkoyen ascendió a primera regional. En la temporada 1951-1952 fue igualmente campeón en esta categoría, y jugó la final contra ***la Peña Sport*** de Tafalla en el campo de san Juan del ***Osasuna*** de Pamplona, ganando por tres a uno. El Azkoyen hizo un excelente partido y *el portero Felipe* demostró su extraordinaria clase como guardameta.

El primer campo de fútbol peraltés estuvo ubicado en los terrenos que ocupan ahora las casas del patronato Francisco Franco, construidas a continuación de las Casas Baratas. Estaba cerrado con frágiles tapias de cañizos enyesados. Cuando el Azkoyen iba a ascender a tercera división, en la temporada 1952-1953, se construyó ya el campo **Nuestra Señora de Nieva**. En esta categoría duró siete años con triunfos y fracasos sonados. Un ejemplo de ello es la gran final de la Copa de España contra el Salamanca, en el Metropolitano de Madrid, que terminó con empate a dos tantos, marcados por *Horacio*. En la prórroga del partido el Azkoyen perdió por cuatro goles a dos. Durante aquellos años, el entrenador era *Santiago Roldán* y, según cuentan, nunca ha habido otro mejor. Consiguió que el Azkoyen se codease con los mejores de España en su categoría. Después bajó a primera regional, dando una de cal y otra de arena. Al bajar de categoría, la afición ya no respondió, disminuyendo el número de socios. Mientras ha estado en la regional preferente, ha quedado unas veces entre los primeros puestos de la tabla clasificatoria, y otros en los de la cola. A partir de esta fecha, la historia del equipo peraltés es más reciente. Y desde la distancia en la que yo vivo, he perdido su contacto.

NOTAS:

1 Iribarren, J. M. *Batiburrillo navarro,* pág. 170.
2. Valencia Irigaray, María. *Peralta visto con humor*, 1993, p. 68.
3. Archivo municipal de Peralta, actas de plenos, 1935.
4. Madoz escribía textualmente: A media legua de distancia (del pueblo) mana la fuente llamada de san Silvestre, cuyas aguas, aunque no están analizadas, se usan con buen resultado para las obstrucciones del vientre. No hay otra. Para surtido del vecindario se usa el río. Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. t. XII, Madrid, 1849, pág. 808 a-b.
5. AMP, cuentas de 1978.
6. Castillo Irigalba, P. J. El fútbol en Peralta desde sus comienzos a la actualidad. Programa de fiestas, 1974.

Equipo del Club Deportivo Azkoyen en 1940

Equipo del Club Deportivo Azkoyen en 1960

Desaparecido edificio de las escuelas Nacionales de Peralta

CAPÍTULO X: ACONTECIMIENTOS PARROQUIALES

1. Tres grandes Misiones Religiosas

La primera Gran Misión Parroquial se celebró en Peralta el año 1946. Un acontecimiento que quedó bien grabado en el recuerdo de todos los peralteses, porque nada tenía que ver con las habituales prácticas religiosas hechas hasta entonces. Se realizó entre el 28 de octubre y el 10 de noviembre. Hacía muchos años que en la parroquia no se llevaba a cabo una actividad pastoral de esta envergadura. Como los resultados espirituales hasta entonces no eran del todo satisfactorios a juicio del clero local, se decidió la celebración de este magno acontecimiento religioso popular. Con la misión se buscaba dar un aldabonazo a las conciencias aletargadas de algunos feligreses del pueblo.

La preparación fue concienzuda, tanto en el orden material como en el espiritual. Se rezó todos los días una oración con este fin en las misas matinales y en el rosario vespertino. Varias comunidades de monjas interesaron sus plegarias por el éxito de esta misión. El párroco dirigió una carta a todos los cabeza de familia, invitándoles a asistir a los actos.

Se pensó en la necesidad de un potente equipo de megafonía que llevase hasta los últimos rincones del pueblo la palabra de los padres misioneros. Fue instalado por Radio Frías de Pamplona, que colocó cuatro altavoces en el interior de la parroquia, dos en la iglesia de san Miguel y por las calles repartieron ocho altavoces más: cuatro sobre el tejado parroquial orientados en todas direcciones, dos sobre el convento de las monjas, uno en la calle Irurzun y otro en el Paseo del Arga encima de los graneros de Boneta. Desde parajes bien alejados del casco urbano, como la Granja, el Raso Jaurrieta y San Silvestre, podían oírse los sermones de los misioneros. El domingo 27 de octubre, fiesta de Cristo Rey, fue el pregón oficial mediante los siguientes actos: un "Angelus" cantado a las 12 horas [1] mientras, sonaban las campanas de la torre; la invitación de los niños por boca de Sonia López Balduz a participar en todos los actos; una audición de discos de música religiosa para acompañar al ambiente; el llamamiento a los jóvenes realizado por Vicente Castillo Barcos; una alocución dirigida a los adultos por José María Echarte; las palabras del párroco don Carmelo Velasco dirigidas a todos los feligreses y el canto del *Christus vincit, Chistus regnat* por el coro parroquial.

El resultado fue magnífico, pues creció extraordinariamente el interés por la misión. Llegado el día, los padres *Pedro Langarica* y *Fabriciano Otero*, sacerdotes de la Congregación de la Misión, llamados popularmente Paúles en recuerdo de san Vicente de Paúl su fundador, llegaron a la entrada del puente a las siete de la tarde. Junto al cuartel de la Guardia Civil, con el clero y las autoridades a la cabeza, se había congregado un inmenso gentío. Los misioneros

descendieron del automóvil entre el volteo de campanas, y besaron arrodillados el crucifijo que les ofreció el párroco. Después de las mutuas presentaciones, se emprendió la marcha a la iglesia parroquial por el Paseo y las calles Irurzun y Dabán, entonando cánticos penitenciales. Ya en el interior del templo, se cantó el *Veni Creator Spiritus* [2], y subió al púlpito el padre Langarica, director de la misión, para presentar el plan de cada día.

El 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, los jóvenes recorrieron de noche las calles entonando canciones religiosas. Por la tarde del día 3 se realizó solemne vía crucis por las calles del pueblo con los balcones engalanados para esta ocasión. Colocadas por el largo itinerario, estaban las catorce estaciones en relieve de la parroquia. En cada una los misioneros y otros sacerdotes predicaron durante tres o cuatro minutos.

El jueves por la noche hubo un acto penitencial para los hombres. Se colocó en el presbiterio el gran Cristo que se venera a la entrada de la iglesia, iluminado con luces indirectas. El padre Langarica rezó una sentidísima oración. Y para terminar, los 800 asistentes besaron los pies del crucificado. A la salida de este emotivo acto, un nutrido grupo de vecinos de Falces sorprendió a todos cantando por las calles tonadas religiosas. El viernes y el sábado siguientes fueron jornadas de confesión. Vinieron refuerzos sacerdotales de los pueblos limítrofes y de los frailes agustinos de Marcilla.

En estos días los mozos levantaron en la Plaza Principal una amplia escalinata que daba acceso a un monumento presidido por la gigantesca imagen de Jesús Crucificado de la parroquia. Las mozas no quisieron ser menos y alzaron un dosel en el extremo opuesto de la plaza, junto a la fachada de la casa de las hermanas Ibiricu, colocando en él la imagen de la Virgen Inmaculada. Todo el recinto de la Plaza Principal quedó orlado de guirnaldas colgadas de postes floridos.

El domingo, los balcones y las ventanas del pueblo amanecieron engalanados como en los días de gran fiesta. Antes de romper las primeras luces del día, centenares de pechos entonaron por las calles una aurora festiva. Fue tal el fervor con que cantaron los auroros que no sintieron la desapacible temperatura de la calle. El volteo incesante de campanas, la campanilla manual de la aurora, algunos chupinazos ensordecedores y las voces vibrantes de hombres y mujeres, mayores y jóvenes, despertaron y pusieron en pie a los más perezosos y a los últimos indecisos.

El matinal rosario de ese día por las calles fue apoteósico, como nunca se había oído. Después, las misas y las comuniones; tres mil personas de todas las edades se acercaron al comulgatorio. A continuación, la masiva procesión del

viático a treinta enfermos en sus casas por tres itinerarios distintos: uno saliendo desde la iglesia de san Miguel y dos desde la parroquia.

Por la tarde, hubo otra procesión eucarística hasta los monumentos instalados en la plaza. Y allí se realizó el juramento de fidelidad del pueblo. La autoridad local prometió, en nombre de todos, respetar y defender el santo nombre de Dios, santificar el día del Señor y recibir dignamente los sacramentos. La celebración fue acompañada de un recital de poesías alusivas a los buenos propósitos prometidos.

De regreso a la iglesia, en un templo sin bancos y con las luces apagadas, los mozos formaron una inmensa cruz ocupando la nave y el crucero con velas encendidas. Y con ellas en alto recibieron la bendición del Santísimo.

Además de los actos multitudinarios reseñados, hubo encuentros diferenciados de hombres y mujeres, solteros y casados, niños y niñas; unas veces en la parroquia y otras en la iglesia del convento.

La despedida fue el martes día 12 a las siete de la mañana en la parroquia con palabras de gratitud y abrazos de fraternidad. El adiós se realizó entre cantos y sollozos entrecortados. En el puente resonaron últimos vivas de entusiasmo, mientras los misioneros tomaban el automóvil de regreso [3].

En1956, a los diez años de la anterior misión se tomó la determinación de repetir la experiencia. Se celebró del 15 al 29 de octubre. Se preparó espiritual y materialmente como la vez anterior. Fueron colocados de nuevo potentes altavoces en el interior de la iglesia, en el Campanar, en el tejado del hospital, en las esquinas de las plazas, en la carretera de Irurzun y en la calle del Río. Al anochecer del domingo 15 de octubre, el pueblo se congregó en la iglesia parroquial y en las calles adyacentes. Se llevó en procesión la Virgen de Nieva hasta el puente para recibir a los misioneros [4]. La comitiva se dirigió a la Plaza Principal, y desde el balcón del nuevo Ayuntamiento, el párroco, don *Santiago Pérez Goyeneche*, invitó al pueblo a aprovecharse de los bienes espirituales que proporcionaría la misión.

Las dos iglesias fueron simultáneamente centros misionales. Por la mañana, rosario de la aurora y misa con sermón; por la noche, conferencias. Hubo de nuevo actividades diferenciadas para niños, jóvenes y adultos.

A mitad de quincena, se rezó un solemne vía crucis a las 8 de la tarde, empezando simultáneamente en las dos iglesias y reuniéndose después en la Plaza Principal, coincidiendo con la estación duodécima para solemnizar las tres estaciones últimas.

Durante la segunda semana se atendió de forma especial a la confesión sacramental, para culminar el 28 de octubre, fiesta de Cristo Rey, con un día

eminentemente eucarístico: masivas comuniones por la mañana y acto de consagración general al Corazón de Jesús por la tarde.

Tras una oración por todos los difuntos de la parroquia, se despidieron los misioneros el lunes 29. El 80 % de los peralteses habían participado en las jornadas. Pero la colecta que se hizo para sufragar los gastos ni siquiera cubrió la factura del alquiler de la megafonía [5].

En 1966, a los diez años de la anterior, y haciéndola coincidir con la Cuaresma, se celebró la tercera misión popular, siendo párroco don *Rafael Erro*. Esta vez fue encomendada a los padres capuchinos de Pamplona [6].

Comenzó el día 17 de febrero con el recibimiento de los misioneros a las 8 de la noche en la Plaza Principal. Cada sector del pueblo se dirigió a una de las dos iglesias más cercanas. Hubo actos generales, otros específicos y conferencias para niños, jóvenes y mayores.

El cambio de los tiempos empezaba ya a sentirse. Del censo total de habitantes dejaron de acudir a esta llamada unas 600 personas, sin contar naturalmente los niños pequeños y unos 400 más entre enfermos, ancianos y sus cuidadores, así como los ausentes del pueblo por motivos de trabajo y de estudio. Se dieron grandes facilidades para la asistencia, además de una invitación personal a cada cabeza de familia. Esta vez la colecta pudo cubrir los gastos ocasionados [7].

2. Los curas de mi infancia

Traigo a continuación, con una breve reseña biográfica, el recuerdo de los sacerdotes que estuvieron muy cerca de mi persona en los diez años, que transcurrí en Peralta, entre la niñez y la adolescencia.

Conocí a ***don Eusebio Balduz García*** en los últimos años de su vida, siendo párroco de El Salvador de Pamplona y venía a Peralta en las vacaciones de verano. Su coadjutor era ***don Fermín Martínez***. Ambos pertenecían a una numerosa generación peraltesa de curas que dejó buen recuerdo pastoral en la diócesis de san Fermín.

La delgada figura de don Eusebio era la de un asceta con la cabeza rapada y el cuerpo inclinado ligeramente hacia delante. Quería siempre celebrar su misa en el altar mayor, a los pies de la Virgen de Nieva, aunque tuviese que esperar turno y hora. Los monaguillos nos peleábamos por ayudarle. Nos gustaba tratarle y contestar a sus cariñosas preguntas que nos hacía sobre la familia y nuestro futuro. De sus labios me enteré por vez primera que nuestra Patrona era una advocación segoviana, y que con Peralta compartían el patronazgo de la

Virgen de Nieva varios pueblos navarros, entre otros Valtierra, de donde él había sido párroco durante más de veinte años.

Nació don Eusebio el 5 de marzo de 1881 y murió en Peralta el 7 de abril de 1953 a los 72 años de edad. Había estudiado en el Seminario de Pamplona y en la Universidad de Comillas, donde se licenció en Teología. Tras cantar su primera misa en Peralta, regentó durante dos años la parroquia de Aoiz, y en 1911 ganó por concurso la de Valtierra, pueblo del que, al marchar a Pamplona, fue nombrado hijo predilecto. Su vida fue un auténtico testimonio de fe y oración, entregado por completo a sus feligreses.

Cuando al final de sus días cayó enfermo y vino a convalecer al hogar de su prima María García, casada con Francisco Villanueva, secretario del ayuntamiento de Peralta. María adoraba a su primo sacerdote y le colmó de cuidados y atenciones. Como el estado de salud impedía a don Eusebio acudir a la iglesia para celebrar la misa, durante su larga enfermedad recibía diariamente la comunión en la cama de manos del párroco don Santiago Pérez, quien le hacía otras muchas visitas. En una de ellas murió don Eusebio.

Se celebró un solemne funeral, oficiado por el vicario general de la diócesis, don Antonio Ona de Echave, cuando ya había sido preconizado obispo de Lugo. Asistieron la mayoría de sus paisanos, una nutrida representación de El Salvador de Pamplona y buen número de sus antiguos feligreses de Valtierra [8]. A su prima María García, que le cuidó con solicitud, y a su marido Francisco Villanueva, les visitó la enfermedad a los pocos años, probándoles largamente hasta la muerte.

Don Andrés Troyas Osés nació en Peralta, y después de estudiar doce años en el Seminario de Pamplona, fue ordenado sacerdote en 1916. Como la mayoría de los seminaristas peralteses, realizó la carrera sacerdotal gracias a una beca del ilustre peraltés Juan Bautista de Irurzun San Martín, de quien he dado cumplida noticia en el volumen primero de esta historia de Peralta. Durante bastante tiempo, don Andrés desempeñó el cargo de coadjutor en el pueblo de Sesma, y después un año en Falces; pero fue en Peralta donde ejerció el ministerio sacerdotal durante el periodo más largo de su vida como coadjutor con varios párrocos sucesivos. Tenía una constitución física delgada. Era nervioso, de carácter magnánimo, abierto y socarrón. Todo el mundo se entendía bien con él. Su trato cordial y su liberalidad nos salvaban a los monaguillos de las exigencias del párroco don Carmelo Velasco, mucho más severo con nosotros.

Como buen sochantre que era, cantaba con gusto el gregoriano, aunque con voz algo cascada por lo mucho que fumaba. Enseñaba el catecismo en las Escuelas y en la Iglesia, sirviéndose siempre de cortas narraciones moralizantes, al estilo de las parábolas evangélicas. Su sencilla predicación llegaba al corazón

de sus paisanos. Por su ministerio se dedicaba a visitar y atender asiduamente las necesidades corporales y espirituales de los enfermos. Comprendía muy bien las travesuras de los niños, de los que, a veces, se sentía cómplice. Con frecuencia su negro bonete de cuatro puntas aterrizaba cariñosamente en la cabeza de los monaguillos propinándonos *cocas* cariñosas. Por la afición que tenía a la pesca, muchas tardes bajaba con su caña al río que lo tenía enfrente de su casa, se situaba entre dos tajamares del puente esperando pacientemente que picasen los barbos o las madrillas.

Su fina ironía mereció figurar en un libro de tipismos navarros que recoge la siguiente anécdota, reveladora de que el coadjutor Troyas recibía de sus paisanos el mismo trato desenvuelto y alegre que él les daba: "Un jornalero peraltés se construyó a golpes de pico y pala una cueva-vivienda en el término de Royuela. Una tarde, cuando volvía al pueblo después de haber depositado en el monte su pobre ajuar doméstico, se cruzó con el cura don Andrés.

-- ¿Qué? ¿De poner la casa?, le preguntó socarrón el coadjutor.
-- Si, señor; "ahura mesmo" acabamos de colocar el piano de cola [9]".

El 13 de abril de 1955 cambió de feligresía, tras larga enfermedad de próstata, sin hacer ruido se marchó con los peralteses del cielo. En la comitiva del entierro faltó su cascada voz cantando las propias exequias. Dejó un buen ejemplo de sencillez, austeridad y constancia. Porque le debo tantas cosas, que él y yo sabemos, porque nos quería a los muetes y se dejaba querer por nosotros los monaguillos, porque era un sacerdote al servicio constante de todos, le dediqué este breve poemilla cuando me enteré de su muerte.

Sacerdote y pescador

Ya no pescarás más,
caro amigo don Andrés,
junto al río de Peralta
hacia el cárdeno crepúsculo,
cuando el viento airado callaba
y se iniciaba hacia el levante
una nítida languidez malva
tiñendo las tamarices…

Duerme su siesta la tarde,
cuando el dolor comunica
a mis dormidos sentidos
tu ignota y breve agonía
en éxtasis merecido
de un secular gregoriano,
que es salmodia cadenciosa

en tu propia despedida…

Fugaz adiós es el tuyo
en una inicial primavera
con nevadas invernales
sobre las aguas del Arga.
Barbo de escamas de plata
nadas tú ya para siempre
en ríos de profundas aguas
y blancas olas de nácar…

A ***don Juan Antonio Marzal Irisarri***, todos le llamábamos simplemente don Juan. Tenía la apariencia de ser un cura poco comunicativo, incluso huraño, impresión que desaparecía nada más tratarlo un poco. No era expresivo, eso sí, pero siempre correcto, paciente y, sobre todo, comprensivo. Nació en Peralta en 1897. Después de estudiar doce años de latín, filosofía y teología en el Seminario de Pamplona, fue ordenado presbítero en 1921. Y tras varios años de ministerio por los pueblos de Val de Goñi, le nombraron coadjutor del suyo.

Tuvo gran disposición natural para la mecánica y la electricidad. Sus antiguos feligreses de La Cuenca de Pamplona recordarán siempre cómo les reparaba las primeras máquinas segadoras que llegaron y nadie entendía. Cuando instalaron en la parroquia de Peralta el primer equipo de megafonía, gracias a la pericia del coadjutor Marzal, nos librábamos de los ruidos y molestos silbidos que producía durante las celebraciones litúrgicas.

Los domingos por la tarde se encargaba de proyectar las dos sesiones del cine parroquial en el piso alto de las Escuelas. Fue él quien trajo al pueblo las primeras películas sonoras. Terminada la sesión cinematográfica de los niños de 3 a 5 de la tarde, acudía con paso ligero a cantar a las 5,30 las Vísperas dominicales y a dirigir el rezo posterior del rosario en la parroquia. Después volvía a la sala de cine para la proyección de la película a los adultos. En ocasiones, ponía la mano delante del objetivo de la máquina proyectora impidiendo que se viera alguna escena que consideraba inadecuada para el auditorio.

En su confesonario, junto al retablo de la Virgen del Carmen, esperábamos turno largas filas de muchachos y muchachas. Y no sólo por las leves penitencias que imponía a nuestros pecadillos, habitualmente el rezo de un ave maría, sino por su palabra breve y acertada en cada caso.

Durante muchos años presidió la reunión semanal de los doce caballeros de la Conferencia de san Vicente de Paúl, que se celebraba todos los domingos después de la misa mayor en las dependencias del segundo piso del Círculo

Católico. A través de ella se atendía a los hombres peralteses necesitados, sobre todo a los enfermos. Como fuente de ingresos, esta conferencia contaba con donativos voluntarios, las cuotas las cuotas de los socios y una pequeña asignación del Ayuntamiento. Don Juan fue su último consiliario. Poco a poco se fue apagando esta institución benéfica, sobre todo cuando sus objetivos fueron asumidos por el Secretariado de Caridad y por Charitas, que se hicieron cargo de la asistencia humanitaria del pueblo [10].

Don Juan fue siempre muy metódico en su trabajo. Por las mañanas, después del servicio litúrgico de la Eucaristía, actualizaba los libros del registro parroquial, Por las tardes le gustaba trabajar en el huerto familiar cercano al pueblo. A los 70 años de edad se jubiló de las actividades pastorales, pero siguió celebrando la misa de las 9 de la mañana. Sa puede decir que siempre vivió con tranquilidad y espíritu de servicio a su pueblo, pero sin hacerse notar. Cuando me enteré de su muerte, hace ya muchos años, le dediqué este breve poema.

Cura y hortelano

Sacerdote y hombre bueno,
en tu vida silenciosa,
cumplías tu ministerio
postergado y voluntario.
Siempre estabas colocado
en el último lugar
haciendo lo secundario
sin protagonismos vacuos.
Escribir sobre tu vida,
poemizar tus acciones,
es intentar que mi pluma
rasgue los surcos del viento.

Lograste lo más difícil:
que pensaran los demás
que tu trabajo era inútil.
Me gustaba verte llegar
sudoroso de tu huerto,
proyectar el cine sonoro
entre angelical y humano gesto.
Y no dudé ni un momento
al llegar mi pubertad,
confiar a tu cuidado,
de ascético y hortelano,
el cultivo de mi alma.

Don José Castillo Delgado nació en Peralta en 1905. Fue ordenado sacerdote en 1929, después de estudiar en el Seminario de Pamplona y en la Universidad Pontificia de Zaragoza, gracias a la fundación ***Becas de Peralta.***

Yo le conocí siendo párroco de Ujué y después de Lodosa. Venía con frecuencia a su pueblo, donde vivía su madre, que era mayor, y demás familiares. Fue grandón de cuerpo, cordial y campechano, como las gentes de La Ribera, a las que dedicó su labor pastoral. Cuando llegaban a Ujué en peregrinación sus paisanos peralteses, les daba cobijo para la comida en su casa-abadía y les mostraba con sumo respeto el corazón momificado de Carlos II el Malo.

Don José Boneta Osés, este benemérito sacerdote, de conocida familia peraltesa, pasó con los suyos los últimos años de su vida. Había sido cura ecónomo de Mendivil. Alternaba una merecida jubilación atendiendo el culto de la iglesia de san Miguel, atendiendo a sus monjas y al confesonario de la parroquia.

Era proverbial su prodigiosa memoria. Se mostraba siempre muy cariñoso con los chicos. Cuando le veíamos por la calle, acudíamos a besarle la mano con el tradicional saludo de "Ave María purísima", dicho de carrerilla.

Don José Ciordia Otazu nació en Peralta hacia 1912. En 1936 cantó aquí su primera misa, pocos días antes de iniciarse la sublevación militar originando la Guerra Civil. Ejerció el sacerdocio como párroco en Arguiñáriz. Y siempre que podía venía a Peralta, donde vivía su familia. A su hermana Beatriz, que pertenecía al Instituto religioso secular de la Alianza de Jesús por María, la recuerdo como una excepcional profesional de la enseñanza.

Don José nunca faltaba a la fiesta grande de la Virgen de Nieva, acompañando ese día a la Patrona en la procesión. Era bondadoso y callado. Durante muchos años, los últimos de su vida, desempeñó la capellanía de la iglesia de san Miguel, ayudando también en la iglesia parroquial. Quizá por su sordera parecía algo despistado. Recuerdo que paseaba por las calles del pueblo ataviado siempre con el traje talar completo de los clérigos: sotana, mateo y teja.

Don José María Herrero, que estuvo encargado de la pastoral de los niños poco más de un año, nació en Pamplona y vino a Peralta como coadjutor organista, después de haber ejercido durante varios años el ministerio sacerdotal en una nación de centro América. Al llegar a nuestro pueblo y comprobar la maestría y buen oficio de don Vicente Martínez en el órgano parroquial, no quiso suplantarle.

Nos trajo de su casa a los monaguillos un equipo infantil completo de ornamentos y objetos litúrgicos, con el que él había jugado de niño a ser cura.

Con ellos pasé muy buenos ratos diciendo misicas en compañía de mis amigos Juanito Asín, Félix Zarraluqui y José Antonio Sayés -los dos últimos llegaron a ser sacerdotes-. No me resta sino acordarme agradecido de lo que nos ayudó don José María a todos los niños, con la certeza de que goza ya de Dios en el cielo

Don Javier Alfonso Ruiz de Galarreta, nació también en Pamplona. En Peralta el párroco don Carmelo Velasco le encomendó la atención espiritual de la juventud masculina y femenina y, especialmente, la dirección del Centro Parroquial creado por entonces. Había sido anteriormente coadjutor en el pueblo de Larraga.

Además de estas obligaciones pastorales, mi tio párroco le encomendó que se encargara de prepararme para el examen de ingreso al Seminario de Pamplona, unos meses antes de celebrarse. Para recibir sus clases acudía a casa de Jacinto Sayés y Rosalía Bermejo, donde don Javier estaba hospedado.

Después de muchos años en Peralta, el obispo le asignó la parroquia de Cristo Rey de Pamplona; posteriormente estuvo en la de San Agustín en el casco antiguo de la ciudad, donde murió tras una ancianidad cargada de méritos apostólicos.

Muchas gracias, querido don Javier, por tu constante ejemplo y por tus clases preparatoria para poder ingresar al Seminario Conciliar.

3. Mi buen amigo Félix Zarraluqui Ovejas

Félix y yo compartimos juegos en nuestra infancia e ideales en la adolescencia, pero en la juventud tomamos direcciones diferentes, pero siempre mantuvimos mutuo afecto a lo largo de los años y de la distancia. Cuando me comunicaron que una insuficiencia vascular imprevisible había terminado repentinamente con su vida a los cincuenta años de edad, quedé anonadado. Todavía tiemblo al pergeñar esta pequeña semblanza, que hubiese preferido no tener que escribirla.

En su amplio domicilio peraltés en el segundo piso de casa Echarte, orientado a mediodía, la luz entraba a raudales. Aquí nació en 1943 Félix Francisco Javier, como reza su nombre de pila completo, y aquí transcurrió felizmente su niñez.

Su casa fue la mía, y también su infancia. Su madre, la entrañable doña Josefa Ovejas, tutelaba a distancia nuestros juegos. Félix y yo compartíamos el parchís con su padre y hermano en las tardes de invierno. Pero sobre todo nos dedicábamos a montar altarcitos y a jugar a decir misas, que era lo que vivíamos en la parroquia como monaguillos.

El recuerdo de un tío de su madre, ***don Juan Cruz Ovejas***, natural de Cornago en la Rioja, que ejerció su ministerio sacerdotal durante muchos años en Peralta y a quien Félix no conoció, junto con el ambiente religioso que se respiraba en su casa, determinaron la vocación de Félix.

Ingresó en el Seminario de Pamplona cuando contaba once años, después de superar con brillantez el examen de ingreso y el cursillo veraniego de selección. Tras los doce años habituales de los estudios humanísticos, filosóficos y teológicos, fue ordenado presbítero el 25 de junio de 1967 a los 24 años de edad. Celebró la primera misa solemne el día 29, festividad de san Pedro, fecha en la que entonces había en Peralta casi todos los años un nuevo misacantano. De madrugada se cantó por las calles la aurora del Santo apóstol con alusiones al nuevo sacerdote. Además de su familia, amigos y vecinos, estuvo acompañado en su primera misa por los cofrades de san Pedro, recién llegados de Arlas ataviados sus caballos con ramos de flores silvestres.

Su primer destino pastoral como coadjutor fue la parroquia de San Salvador de Azagra, mi pueblo natal. Después estuvo largos años de formador y profesor en el colegio-seminario menor de Pamplona. Le sorprendió la muerte repentina en 1993, cuando formaba parte del equipo sacerdotal de la parroquia de El Salvador del barrio de la Rochapea de Pamplona.

La última vez que nos vimos Félix y yo fue en Peralta, una fría tarde de enero de 1988, cinco años antes de su muerte. Concelebraba con otros sacerdotes la misa funeral por mi tía Guadalupe Velasco, hermana de mi madre, que había fallecido en Pamplona y la llevamos a enterrar al panteón familiar. Agradecí su asistencia, como así se lo dije en el abrazo que nos dimos después del duelo, tras varios años sin vernos.

Las huellas de la vida, impresas en nuestros respectivos rostros y las primeras canas en el pelo, habían borrado los rasgos juveniles con que ambos nos recordábamos.

Al poco tiempo del entierro de Félix, pude visitar a su madre en una residencia geriátrica de Pamplona. Hablamos largamente de la muerte en un clima de serena aceptación. Me impresionó oírle pedír a Dios que dispusiera llamarla pronto para estar ya con su esposo y su hijo Félix. También me dijo que se alegraba de que éste hubiera muerto antes que ella, porque así la presentaría a Dios en la otra vida.

A Félix Zarraluqui

No he salido de mi estado
de total anonadamiento;
no he salido, no he podido salir…
Transcurren días y días,
pasan lentos los años de tu deceso,
diecisiete ya han transcurrido,
y sigo igual, igual de mal,
pensando que no fue real
tu partida inesperada.

Mantengo con mis lágrimas
la tinta fresca de una misiva,
tu última carta de amigo:
me contabas con detalle
tus afanes apostólicos,
tu trabajo en la parroquia,
tus avatares por las almas.
¿Radicó en estos afanes pastorales
el desgaste prematuro
de tus arterias y tus venas?

Me consta que guardaste intactas
la gracia bautismal y la inocencia,
tras cincuenta años de vida
y veintiséis de sacerdocio…
Cuando, de niños, me hacías
preguntas bobas,
tapándome los ojos
e invitándome a adivinar
la forma de las nubes que veíamos juntos
y que nos sobrevolaban.

O el vuelo de las cigüeñas
sobre la Plaza de los curas
por encima del tejado
de la casa de tu abuela en el Pretil.
Tenían tus demandas
un halo de tierno candor
que ya nunca perdiste.
La ingenuidad de niño
se emparejó muy bien
con tu ponderada experiencia

sacerdotal.

Dios toma y deja al hombre
cuando quiere y como quiere.
Tu llamada divina, amigo Félix,
para marchar a la morada eterna,
me trae al recuerdo
de las palabras de tu madre,
porque sé que también saldrás,
al encuentro de tu amigo Carmelo,
cuando al cielo, donde ya estás,
llegue junto a ti mi alma.

4. El Centro de Acción Católica

La historia de la creación del Centro de Acción Católica de Peralta comienza el 29 de junio de1946. Ese día se celebraba por vez primera la solemnidad del Corazón de Jesús. Por la tarde, después de la procesión, llegó al pueblo el señor obispo, don Enrique Delgado Gómez. Se esperaba su entrada por el puente de piedra, como en otras ocasiones, pero lo hizo por la carretera de Andosilla, procedente de Lerín. Traía dos objetivos: imponer la insignia de Acción Católica a un pequeño grupo de mujeres y preparar materialmente la escritura de donación a la parroquia de dos casas, señaladas con los números 33 y 35-37 de la calle Dabán.

En el despacho parroquial, el obispo firmó la aceptación del legado de dichas casas por testamento de doña Florencia Marquina, de las que el párroco le hacía entrega en calidad de albacea testamentario [11]. Posteriormente, el 11 de agosto, el obispo firmó en Funes otra escritura por la que dichas casas contiguas las entregaba a la parroquia de Peralta [12]. Y se determinó erigir en ellas un centro parroquial para dar mayor impulso al apostolado en medio de la villa.

En 1949 se envió a cada familia una circular rogando que indicara el donativo que pensaba hacer con este fin, y así valorar las posibilidades económicas existentes para la ejecución del proyecto [13]. La recaudación alcanzó la cifra de 45.000 pesetas. El Ayuntamiento aportó otras 5.000. Parece ser que algunos componentes de la junta de Veintena que aprobó dicha aportación temían que la construcción del Centro Parroquial lesionara algunos intereses personales. Abierto concurso público para la adjudicación de la obra, solo se presentó el constructor Hilario Barcos, a quien se le adjudicó.

En 1952 ya estaban muy adelantados los trabajos de adaptación de las dos viviendas. En la fiesta de Cristo Rey los hombres de Acción Católica lanzaron la

consigna de que, al año siguiente, en esa misma festividad, había que ofrendarlo como regalo a la parroquia, una vez terminado. A partir de esa fecha la gente se interesó más por la idea, y vinieron otras colectas. La primera, el día de la Virgen de Nieva, en la que se recaudaron 15.000 pesetas.

La fase inicial quedó completa en la fecha programada, pero enseguida se vio la necesidad de ampliar el proyecto, pues las demandas pastorales requerían nuevos espacios. Además, una parte de las casas corría peligro de derrumbamiento. La junta parroquial encargó al arquitecto Fernando Nagore un presupuesto de reforma y ampliación, que incluía un salón de actos en lo que hasta entonces era patio abierto [14]. Se encargó el proyecto a Félix García y a Julio Suescun conjuntamente, porque se ofrecieron a no cobrar el tanto por ciento correspondiente del beneficio industrial y a dar facilidades de pago. Al final lo hizo solo el segundo. Se abrió una suscripción y se aceptaron prestaciones de trabajo. Varios feligreses prestaron 25.000 pesetas cada uno al 4,5 % de interés, comprometiéndose la parroquia a devolver anualmente por sorteo uno o más préstamos [15].

El Ayuntamiento ofreció pagar durante diez años 5.000 pesetas anuales. Se hicieron gestiones en la dirección general de la Vivienda y en el gobierno civil para recabar alguna subvención, pero fue muy poco lo que se obtuvo. El alma de las obras y el celador asiduo de todos los detalles fue don Javier Alfonso Ruiz de Galarreta, coadjutor y consiliario de la juventud peraltesa. Todos los peralteses aportaron su granito de arena.

En noviembre de ese año tuvo lugar en la comarca del Nervión y en Bilbao una misión religiosa general. A ella acudió como misionero el párroco de Peralta, don Santiago Pérez, en una parroquia de Sestao. Aquí conoció a directivos de Altos Hornos de Vizcaya, a través de ellos consiguió en esas fundiciones una viga de hierro, difícil de obtener en aquellos años, destinada al palco del salón de actos del Centro Parroquial.

En la primera semana de diciembre de 1955 se inauguró la obra nueva con la presencia del vicario general, don Antonio Ona de Echave, antiguo párroco de Peralta, quien la bendijo en una gran velada, en la que no faltaron saludos, discursos, jotas y hasta una demostración de ballet muy bien interpretada por las jóvenes. Asistieron también el presidente de la junta diocesana de Acción Católica, Jesús Iribarren, y otros directivos diocesanos. Se explicó la finalidad que el Centro perseguía y se aprovechó para recabar la ayuda económica necesaria para terminar de pagarlo.

Las dependencias empezaron a dar de sí todo el juego para el que habían sido concebidas: conferencias, catequesis, concentraciones y convivencias pastorales, reuniones a todos los niveles, círculos de estudio, cursillos prematrimoniales,

biblioteca, concursos de villancicos, lugar de reunión para jóvenes y de juego para chicos y adolescentes… El 27 de diciembre de 1956, el canónigo de Pamplona, don Santos Beguiristain, pronunció en él una conferencia con la amenidad que le caracterizaba sobre el tema "Navidad y Apostolado".

Con la obra completamente terminada y en pleno funcionamiento, el 4 de junio de 1957 se despedía de Peralta el coadjutor don Javier Alfonso. Dio una charla de agradecimiento con consignas para que el Centro siguiera rindiendo frutos abundantes. En honor a la verdad y a la justicia hay que reconocer que sin su dedicación y empeño hoy no existiría en Peralta este Centro Parroquial o, por lo menos, unas instalaciones tan completas. Si don Javier trabajó fuerte en la fase de la constitución material, no lo hizo menos en la de su organización posterior, dándole contenidos apostólicos y una vida pujante. El día 5 marchaba a la parroquia de Cristo Rey de Pamplona, quedando para siempre unido su recuerdo al Centro de Acción Católica de Peralta.

El 8 de diciembre de 1960 el Centro Parroquial festejó sus bodas de plata. La celebración duró varios días con actos diversos, entre ellos una conferencia del antiguo coadjutor don Javier Alfonso. El domingo 14, después de la misa solemne, se cerraron los festejos con un concierto en el salón de actos a cargo del coro *Voces graves* de Pamplona, que fue muy elogiado por los asistentes [16].

En 1969 se habilitaron locales en la planta baja para que los preadolescentes, en las tardes de los días festivos, disfrutaran de juegos de mesa y vieran la televisión. Ese mismo año la organización diocesana de Apostolado Rural, movimiento dentro de la Acción Católica, se fijó en las instalaciones del Centro de Peralta para hacer desde ellas el lanzamiento de la campaña del nuevo curso. El 9 de noviembre presidió las reuniones el cardenal Tabera, arzobispo de Pamplona, a las que asistieron hombres y mujeres de diversos pueblos de La Ribera.

El Centro ha servido desde su fundación para realizar multitud de actividades apostólicas y culturales. En diciembre de 1989 se inauguró un nuevo cine-teatro, sustituyendo al salón de actos, que se había quedado obsoleto.

5. Actividades religiosas de 1945 a 1960

Vuelvo unos años atrás. El 31 de diciembre de 1945 renunció a la parroquia por enfermedad don Fernando Lipúzcoa Urriza, que se había hecho cargo de ella en 1941. Con él estuvieron como coadjutores Antonio García, Andrés Troyas, Juan Marzal y Carmelo Velasco, todos ellos naturales de Peralta. Don Antonio murió al poco tiempo y don Carmelo fue nombrado primero párroco regente y después ecónomo.

El Congreso Eucarístico de La Ribera se celebró en Olite del 29 de abril al 5 de mayo de 1946. Peralta asistió todos los días con una representación escasa debido a la escasez de vehículos y a lo caro que resultaba viajar en ferrocarril. En este Congreso el párroco don Carmelo Velasco y el médico don Jesús Zaldo, pronunciaron conferencias a mujeres y hombres, respectivamente.

Del 15 al 28 de septiembre se celebró en Pamplona, en la misma semana de las fiestas patronales peraltesas, el Congreso Eucarístico Diocesano y la coronación de Santa María la Real. Todos los días subieron a la capital cuantos pudieron, que no fueron muchos por la coincidencia indicada. Animó al pueblo el paso de los azagreses llevando a su Patrona, la Virgen del Olmo, que acudía a Pamplona para acompañar en su coronación de Santa María la Real, al igual que lo hicieron otras imágenes navarras de la Virgen.

El día de Reyes de 1947 fue bendecida después de la misa mayor una nueva cruz procesional de metal blanco [17]. Y el día de la parroquia se utilizó por primera vez para el culto una pequeña custodia, que costó 900 pesetas, regalo de todos los feligreses. En agosto del mismo año llegaba como coadjutor ***don José María Olcoz***, que apenas permaneció unos meses, concretamente hasta la siguiente primavera. Le sucedió el sacerdote pamplonés don ***José María Herrero***, gran amigo de los niños y virtuoso organista, como he dejado constancia anteriormente.

En el mes de octubre de 1951 don Carmelo Velasco fue nombrado director espiritual de los seminaristas teólogos del Seminario Conciliar de Pamplona. Se despidió de la parroquia el último domingo de octubre, fiesta de Cristo Rey. Pero hasta el nombramiento de su sucesor compaginó ambas encomiendas durante tres meses, desplazándose los fines de semana de Peralta a Pamplona y viceversa.

El 17 de febrero del año siguiente tomó posesión como nuevo párroco ***don Santiago Pérez Goyeneche***, licenciado en Teología y natural de Vidangoz en el valle del Roncal. Venía desde la parroquia de San Salvador de Azagra, cuyos feligreses le acompañaron. Ya conocía la nueva feligresía, dada la cercanía de ambos pueblos. Con motivo de la visita que hizo a Peralta el director general del Instituto de la Vivienda, el 8 de marzo del mismo año [18], el nuevo párroco le sugirió la conveniencia de hacer una capilla en el grupo de viviendas del patronato Francisco Franco, algo distante del centro del pueblo. Prometió tenerlo en cuenta, pero finalmente se desestimó la sugerencia.

El Viernes Santo de ese mismo año no pudo realizarse la tradicional procesión del Santo Entierro a causa del mal tiempo. Por vez primera iban a salir los pasos desde la casa de la marquesa de Falces, en la Plaza de la verdura, cedida a la Hermandad mientras ella no la necesitase. Al día siguiente, 12 de

abril de 1952, se celebró la Vigilia Pascual a las once de la noche según el nuevo ceremonial con masiva asistencia de fieles. Y a pesar de la hora se hizo el encuentro entre la custodia y la Virgen del Amor Hermoso, pero dentro del templo parroquial y no en la Plaza Principal, como se acostumbraba.

Los días 29, 30 y 31 de mayo de ese mismo año se rezó un triduo solemne como preparación al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, con actos litúrgicos, conferencias sobre ***la Eucaristía y la paz*** y una vigilia solemne de la adoración nocturna a puerta abierta. Un grupo de fieles, con el alcalde y el párroco a la cabeza, asistieron a los actos finales del Congreso en la ciudad condal. El 14 de agosto llegó como coadjutor el recién ordenado presbítero ***Julián Goicoechea Idoate***, natural de Oricáin. El 8 de septiembre fue coronada canónicamente la Virgen de Ujué, Patrona de la Ribera. El domingo 14 de septiembre, fiesta de la Virgen de Nieva, predicó don Basilio Ayerdi, en otro tiempo coadjutor de Peralta y entonces secretario de monseñor Guevara, cardenal de Lima en Perú. Mientras el 3 de diciembre de 1952 se celebraban en el castillo de Javier y en Pamplona actos especiales con motivo del IV Centenario de la muerte de san Francisco Javier, Patrón de las misiones, en Peralta los niños de la Santa Infancia organizaron festejos conmemorativos. Al día siguiente, después de asistir a las solemnidades del Centenario, el jefe del Estado general Franco y su séquito pasaron por Peralta, camino de Madrid. El pueblo se congregó a los lados de la carretera, pero la comitiva no detuvo su marcha.

Las fiestas de san Blas de 1954 resultaron desgraciadamente teñidas de sangre. El último día, en una discusión de bar, Ricardo Silvestre, con alguna copa de más, dio varias puñaladas a Serafín Eraul Pérez, que tuvo que ser asistido urgentemente en el hospital. El médico, don Jesús Zaldo, manifestó la necesidad inmediata de hacerle al herido una transfusión de sangre, ya que había perdido mucha. El párroco, presente en el lugar que había administrado al herido la extremaunción, se ofreció como donante. El médico, asistido de los practicantes Antonio Sánchez y Juan Asín, hizo la transfusión de brazo a brazo, logrando que Serafín recobrase las facultades. El párroco aún pudo oírle en confesión antes de que lo trasladaran a Pamplona, donde el herido falleció dos días después.

El 12 de mayo, celebrándose el Año Mariano por el Centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el obispo de la diócesis, don enrique Delgado administró la confirmación a niños y niñas, examinó a estos de catecismo, visitó al párroco enfermo, firmó los libros parroquiales, vio el plan del Centro Parroquial y departió una comida con los sacerdotes y las autoridades. Este mismo año cantó su primera misa el peraltés ***Benito Basarte García,*** sacerdote salesiano.

El 29 de junio de 1955, festividad de los santos Pedro y Pablo, celebró su primera misa el sacerdote ***Joaquín Bolaños***, natural de Peralta, acompañado de todos los cofrades de san Pedro de Arlas. En agosto llegó como coadjutor don ***Jesús Elizalde Arbuniés***, natural de Sangüesa, en sustitución de Julián Goicoechea, que marchó a la universidad de Salamanca para estudiar Derecho Canónico. Por sus cualidades y aficiones musicales, el nuevo coadjutor se encargó, entre otros ministerios, de la formación de un coro de tiples. El 4 de septiembre hubo un nuevo misacantano. Esta vez se trataba del hijo del pueblo ***José Esteban Munárriz***, sacerdote de la congregación religiosa del Verbo Divino.

En enero de 1956 se impartió en el Centro Parroquial una serie de conferencias de formación religiosa y de preparación al matrimonio [19]. Asistieron los jóvenes con mucho interés, viéndose la conveniencia de repetirlas todos los años. Desde comienzos de febrero, y prolongándose durante todo el mes, azotó a los pueblos de La Ribera un temporal de viento frío como nunca se había conocido. Incluso se suprimió la procesión de san Blas y se redujo a una hora el ejercicio de las Cuarenta Horas en los tres días anteriores a la Cuaresma. El 10 de junio recibió la consagración episcopal en la catedral de Pamplona ***don Antonio Ona de Echave,*** que había sido párroco de Peralta antes de ***don Fernando Lipúzcoa***. Con este motivo se hizo una suscripción para hacerle un obsequio, que le fue entregado después de la celebración por el alcalde, el párroco y una representación de vecinos de Peralta [20]. A los pocos días, en la festividad de san Juan Bautista, don Antonio vino al pueblo. Se le tributó un homenaje después de celebrar una misa pontifical y de administrar el sacramento de la confirmación en nombre del obispo de Pamplona.

Para sustituir a ***don Javier Alfonso*** llegó el 7 de septiembre ***don Francisco Iraceburu Larragueta***, que se encargó de la juventud femenina. El 27 de diciembre, festividad de san Juan Evangelista, cantó su primera misa ***Juan Jacinto Sayés Bermejo***, natural de Peralta e hijo de los conocidos feligreses Jacinto y Rosalía.

En 1958 se suprimieron los aranceles fijos por los bautizos, bodas y funerales. Quedó establecido para todos los difuntos un único funeral, el antiguo de primera clase. Las ofrendas voluntarias compensaron esta supresión arancelaria.

Desde el siglo XIX existía en España la prohibición de llevar los cadáveres a las iglesias para la celebración de las exequias. Por eso, primero se oficiaba el funeral, y luego se trasladaba al difunto desde su domicilio al cementerio. El ministerio de la Gobernación derogó en 1959 tal prohibición, pudiendo de nuevo cumplirse lo que establece el ritual: llevar al difunto al templo para la misa exequial. El 13 de febrero de este año llegó de visita pastoral don Enrique

Delgado, ya como primer arzobispo de Pamplona. Administró la confirmación, predicó al pueblo y conversó con los sacerdotes, las autoridades y los representantes de las asociaciones piadosas, la Acción Católica y con los fieles. Comió en el hospital y, a continuación, salió para Funes.

En 1960, por haber sido nombrado ***don Jesús Elizalde*** coadjutor de la parroquia del Rosario de Corella, vino a Peralta en su lugar ***don Juan Antonio Melero Zueco,*** natural de Ablitas y hasta entonces párroco de Gastiáin. El 25 de julio, en la fiesta de Santiago apóstol, cantó la primera misa el nuevo sacerdote salesiano ***José María Soto Zabal***, hijo del pueblo. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, lo hizo también ***Ángel Vidondo Osés***, otro salesiano peraltés.

6. Otros hechos acaecidos en la parroquia de 1961 a 1975

El 10 de febrero de 1961 se desmembró una parte del territorio parroquial porque era excesivamente grande. Coincidía con los límites del municipio, extendiéndose más allá de la Azucarera de Marcilla. De hecho, desde hacía varios años, la misa en el barrio de la Torre la celebraban los padres agustinos, y en el barrio de la Azucarera un sacerdote allí residente. Además, a los feligreses peralteses que vivían en esos dos lugares les venía mejor acudir a Marcilla para la recepción de los sacramentos. Por eso el arzobispo firmó un decreto fijando nuevos límites. Se marcaron mediante una línea que, partiendo del término de las Planillas, desciende hasta la carretera del Carrascal para llegar al camino de la Torre. Se prolonga hasta la acequia La Olivilla, continúa por su curso y el camino del mismo nombre hasta la carretera de Peralta, para seguir por el camino La Palopa y la acequia de riego, enlazando finalmente con los límites de Funes. Por reclamación de los habitantes y propietarios de La Palopa, este término y sus fincas no pasaron a la jurisdicción parroquial de Marcilla, sino que se quedaron perteneciendo a la de Peralta.

En la festividad de san Pedro celebró su primera misa el nuevo sacerdote peraltés José María Osés Castillo, que había estudiado en el Seminario de Pamplona. Y el día 25 de julio, fiesta de Santiago, dos hermanos e hijos del pueblo, ***José Antonio*** y ***José María Ciordia Castillo***, agustinos recoletos, subieron por vez primera al altar. José Antonio se había formado en Roma y dio al final de su misa la bendición papal por concesión de la Santa Sede. El 15 de agosto cantaba también por primera vez misa otro peraltés, ***Vicente Vilar López***, sacerdote salesiano.

A principios de enero de 1962, después de varios años sin editarse, salió la revista ***Atalaya*** con noticias sobre la parroquia. Se distribuyó a todos los hogares y se envió a los peralteses emigrados. Salieron algunos números más y dejó de

publicarse. Sustituyendo a ***don Francisco Iraceburu,*** nombrado párroco de Torres Elorz, llegaba en septiembre de 1963 el sacerdote ***don Jesús Mauleón.*** Ese mismo año conmemoró sus bodas de plata la sección masculina parroquial de la Adoración Nocturna, que contaba con dos turnos de adoradores. Con este motivo se celebraron actos especiales desde el 30 de septiembre al 4 de octubre. Se adornaron la iglesia y las calles. Muchas familias se ofrecieron a dar cena y alojamiento a los adoradores que vinieron de fuera. Se invitó al señor obispo de Lugo, que fundó esta sección en 1939 cuando era párroco de Peralta, pero excusó su asistencia y vino en su lugar Juan Ollo, vicario general y capellán del consejo diocesano de la Adoración Nocturna. A las doce de la noche del día 3 de octubre salió la procesión de las banderas desde la iglesia de san Miguel, formando parte de ella todas las secciones que habían mandado algún representante. Llegada la procesión a la parroquia, predicó el vicario general y se hizo la exposición del Santísimo, iniciándose los turnos de vela de media hora cada uno. A las 4,30 de la madrugada se celebró una misa cantada, seguida de procesión hasta la Plaza Principal, donde se dio la bendición; acto seguido se regresó a la parroquia para hacer la reserva y la retirada de la guardia. Antes de volverse a sus pueblos, se sirvió a los adoradores un desayuno en el Círculo Católico.

Como aplicación del documento conciliar sobre Liturgia, se introdujeron modificaciones en la misa y en la administración de los sacramentos. A partir de entonces se proclamó la epístola y el evangelio en castellano para que los fieles entendieran mejor lo que se celebraba.

En una línea de mayor sencillez, los sacerdotes de La Ribera –de los que el párroco de Peralta era arcipreste–, acordaron suprimir en los funerales el rezo del nocturno y el acompañamiento de diácono y subdiácono.

El 5 de septiembre de 1965 cantó su primera misa el sacerdote peraltés ***Carlos Isturiz Azparren***, hijo del cartero Marcelino, y perteneciente a la congregación misionera del Verbo Divino.

En 1967 hubo la primera misa de otro peraltés, ***Félix Zarraluqui Ovejas,*** como ya ha quedado dicho más arriba. En este año se bautizaron en el pueblo setenta y dos recién nacidos y fallecieron 42 adultos. Se recaudaron durante el año 154.824 pesetas, de las cuales se gastaron 126.456, dejando el resto para las reparaciones de la parroquia programadas.

El día de san Pedro de 1968 celebraron juntos su cantamisa dos nuevos sacerdotes peralteses, ***Ignacio Jericó Bermejo*** y ***José Antonio Sayés Bermejo,*** seminaristas de Pamplona. Concelebraron con otros sacerdotes del pueblo en un acto muy emotivo. Este año, ***don Jesús Mauleón*** fue nombrado párroco de Ollacarizqueta y profesor del seminario de Pamplona. Le sucedió como

coadjutor ***don Félix Herce,*** natural de Tudela. Se repite la cifra de 72 bautizados, y las defunciones remiten a 34.

Durante estos últimos años, Peralta había ido mejorando en lo material, como se apreciaba por las nuevas construcciones de viviendas, por la forma de vivir de sus gentes, por el número de jóvenes que estudiaban y por las nuevas industrias que daban trabajo a muchos vecinos. El nivel económico se reflejó también de forma positiva en la aportación de los fieles a los gastos de la parroquia. Las ofrendas de 1968 sumaron 177.474 pesetas, sin contar las campañas y colectas especiales. El balance espiritual, sin embargo, a juicio del clero, no representó idéntico movimiento ascendente, sino todo lo contrario.

En 1970 se marchó ***don Félix Herce*** a Arróniz como párroco, y en junio de 1971 se despidió Juan Antonio Melero, que iba a Cabanillas. Previamente había venido de coadjutor ***don Miguel Oroz***, hasta entonces párroco de Ituráin. Y el que había sido párroco de Peralta durante casi veinte años, ***don Santiago Pérez***, se despedía emocionadamente del pueblo el 28 de noviembre. Marchaba como capellán al colegio de las madres Josefinas de Pamplona, como merecido descanso a su quebrantada salud.

El sacerdote pamplonés ***don Rafael Erro***, después de 25 años en San Adrián, ocho de ellos como coadjutor y el resto como párroco, vino para desempeñar este ministerio en Peralta. Tomó posesión el 27 de agosto de 1972. Le acompañaron otros sacerdotes hijos del pueblo, el Ayuntamiento presidido por el alcalde ***Jesús Troyas***, además de una nutrida representación de San Adrián.

El día 6 de septiembre llegaba como coadjutor ***don Juan José Catalán Gómez***, natural de Corella. El 6 de abril de 1974 ***don Miguel Oroz***, a los tres años de su labor como coadjutor, fue nombrado párroco de Artajona. Su permanencia en Peralta se caracterizó por una absoluta servicialidad; especialmente querido por los niños, estos le tributaron una cálida despedida en el colegio.

Don Vicente Martínez Íñigo celebró sus bodas de oro como organista de la parroquia el 15 de enero de 1975. Natural de Azagra, pero residente en Peralta desde los diecisiete años, se distinguió por su competencia profesional como organista y cantor. Por la mañana hubo una misa solemne concelebrada, cantando la coral de Tafalla. A continuación, en el Centro Parroquial dio un concierto en su honor la misma coral, dirigida por el maestro José Méndez. Se le hizo entrega a don Vicente de un pergamino firmado por los sacerdotes y presidentes de las asociaciones parroquiales, como muestra de recuerdo y gratitud.

Tras ocho años de servicio pastoral como coadjutor se despidió ***don Juan José Catalán*** el 10 de septiembre de 1980. Se iba a Madrid a estudiar

Catequética en el Instituto de Pastoral. El 21 de diciembre celebró sus bodas de plata el sacristán ***Braulio Roldán,*** natural de Cárcar y residente en Peralta desde los nueve años de edad. Había cumplido su cometido con celo y asiduidad.

En 1989 el párroco ***don Rafael Erro***, después de diecisiete años al frente de la parroquia, fue nombrado canónigo de la catedral de Pamplona, sucediéndole en Peralta ***don Dionisio Lesaca***, natural de Andosilla.

NOTAS:

1. Las 13 oficiales, ya que entonces se adelantó el reloj una hora.
2. Himno con el que la Iglesia pide luces espirituales al Señor.
3. Archivo parroquial de Peralta. Datos están tomados de Relación de acontecimientos de esta Parroquia… a partir del año 1946.
4. Los misioneros fueron Juan Cruz Munárriz y José Luis Cortázar en la parroquia, y Valentín Navarro y Pedro Fuentes en el convento.
5. Se recaudaron 22.000 pts., ya la megafonía ascendió a 23.000.
6. Los padres Casimiro de Cortes y Gumersindo de Pamplona en la parroquia, y José Luis de Peralta y otro capuchino en el convento.
7. Se recogieron 35.300 pts. Los gastos de los misioneros y del alquiler de altavoces, ascendieron a 36.500 pesetas.
8. Datos tomados de la semblanza de Laviñeta Samames, S. *El Cura de mi pueblo: Eusebio Balduz García,* Pamplona, 1986.
9. Iribarren, J.M. *Burlas y Chanzas*, pág. 84.
10. Se extinguieron las conferencias de caballeros hacia 1970, por muerte de sus componentes. Fructuoso Sánchez, maestro jubilado, y Valeriano Sánchez, agricultor, fueron los últimos sobrevivientes.
11. APP, Relación de acontecimientos…, 1v y 2.
12. La Diputación de Navarra aplicó a los derechos reales el 1 %.
13. APP, Relación de acontecimientos… 7v.
14. Eran de Félix García, Julio Suescun y Jesús Irigaray.
15. Prestamistas: Juan Pedro Arraiza, Nicanor Echarte, Felipe Sorrosal, María Irisarri, José Troyas, José Antonio Igartua, Aurelio Guinduláin y Julio Suescun.
16. APP, Relación de acontecimientos…, 13v a 40v.
17. Regalo de Manuel Gómez, agente del Banco Crédito Navarro, en recuerdo de su paso por Peralta al ser trasladado a Fitero.
18. Federico Mayo, que vino con el gobernador, Valero Bermejo.
19. Además del clero intervinieron: Satur Iriarte, Ana María Cosío, Fernando Pérez de Camino, Fructuoso Sánchez y Javier Garralda.
20. Jacobo Sánchez y Santiago Pérez, respectivamente.

Ayuntamiento, curas y misioneros en la Misión de Peralta de 1946

Monumento levantado en la Plaza Principal durante la Misión

Rosario

El templo parroquial, espacioso... inmenso, rebosa de corazones que vienen en busca del Dios-Eucaristía. Pero no puede antes faltar el Rosario mañanero cantado por las calles como nunca aun en los días más grandes de la Misión. Y después la Santa Misa y la Comunión de todo un pueblo regenerado. Tres Sacerdotes distribuyendo al mismo tiempo y durante largo rato la Sagrada Eucaristía con un orden admirable. Más de mil hombres. Otras tantas mujeres. Cantos viriles como el "Alma de Cristo" y motetes delicados en pechos que cantan al Amor de los amores. A continuación, y como una explosiva acción de gracias colectiva, la Comunión a los enfermos en sus casas. Tres procesiones con el Santísimo: una desde la iglesia del Hospital y dos desde la Parroquia. En sus filas, todos los hombres y todas las mujeres que han comulgado. Unos treinta enfermos visitados por el Señor con aquella escolta lucidísima y entusiasmada.

Misa de Comunión

Comunión de Enfermos

Procesión eucarística vespertina

Por la tarde, la procesión eucarística solemne hasta la Plaza Principal. Bendición en el altar de la Inmaculada. Paseo triunfal de Cristo hasta el de los mozos entre apretadas filas de muchachos que cantan con entusiasmo ferviente. Y allí, el juramento!!! Poesías declamadas con naturalidad y fervor. La autoridad local que promete en nombre del pueblo, y el pueblo que rubrica sus promesas.

Juramento de un pueblo.

"Respetaremos y defenderemos el Santo Nombre de Dios".

"Santificaremos el Día del Señor".

"Recibiremos frecuente y dignamente los Santos Sacramentos".

Otra vez la Bendición sobre todo el pueblo congregado. Y el regreso hasta el templo, cantando con redoblada ilusión. Y allí más poesías, más promesas... despedidas... la palabra del P. Misionero. Al bendecir lentamente con el Santísimo, los mozos, que estudiadamente se habían colocado formando una inmensa cruz que ocupa el templo de arriba a abajo, y de uno a otro extremo, encienden las velas de cera que traían ocultas, y las levantan así encendidas formando bellísimo ornato que resalta al apagar las lámparas de la iluminación.

Regreso y final

Esto fué aquél domingo inolvidable.

Página manuscrita de don Carmelo Velasco con el final de la Misión

CAPÍTULO XI: EL PÁRROCO DON CARMELO VELASCO

1. Su niñez y juventud

En la villa de Peralta a las once horas del día trece de Julio de mil novecientos catorce, ante don Carlos Arricivita, Juez municipal y don Esteban Aranaz, Secretario suplente, compareció con cédula personal Vicenta Irisarri, natural de Peralta, provincia de Navarra, mayor de edad, viuda, comadrona, domiciliada en esta villa, calle de P. Vergara, presentando con objeto de que se inscriba en el Registro civil un niño, y al efecto como asistente al alumbramiento declaró: Que dicho niño nació en el domicilio de sus padres, calle mayor núm. 25, el día de hoy a las cuatro horas. Que es hijo legítimo de Juan Velasco Campo, de treinta y cinco años de edad, comerciante; y de su esposa Isidra Moreno Guinduláin, de treinta y cinco años de edad, ambos naturales y vecinos de esta villa. Que es nieto por línea paterna de don Dámaso Velasco y doña Tomasa Campo, naturales ambos de Peralta; y por línea materna de don Florencio Moreno y doña Cayetana Guinduláin, ambos de Peralta. Y que al expresado niño se le había puesto el nombre de Carmelo. Todo lo cual presenciaron como testigos don Genaro Echeverría, mayor de edad, empleado, y don Eusebio Arbeloa, mayor de edad, viudo, empleado y ambos naturales y vecinos de esta villa. Leída íntegramente esta acta, e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas, si así lo creían conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado municipal y la firmaron el Sr. Juez y concurrentes. Y de todo ello, como Secretario, certifico [1].

Al final del acta aparecen cinco firmas legibles con rúbrica: la del secretario suplente y las de los cuatro concurrentes citados. Hay varios detalles que quiero precisar. Al nacer este niño, vivían todavía sus cuatro abuelos, de lo contrario se hubiese consignado la defunción de alguno de ellos; el padre estaba a punto de alcanzar los treinta y seis años de edad y la madre había cumplido dos meses antes los treinta y cinco; llevaban catorce años casados y Carmelo era el primer hijo varón después de cinco hembras; más tarde nacerían otro niño y cuatro niñas más.

Seguramente lo bautizaron al día siguiente del nacimiento, siguiendo la tradición, pero no he podido consultar el libro parroquial de bautismos para comprobarlo. En lo que no se siguió la tradición fue en la imposición del nombre del santo del día, que era san Enrique emperador. La gran devoción que tenían sus padres a la Virgen del Carmen, en cuya novena nació el niño, eclipsó a todos los santos.

Frecuentó las escuelas nacionales, ubicadas entonces en lo que ahora es la plaza Principal. Descolló enseguida por su aguda inteligencia. Fue monaguillo de la parroquia donde su padre ejercía de sacristán. En 1926, cuando contaba

con once años de edad, ingresó en el Seminario Conciliar de Pamplona, gozando desde el primer curso y hasta acabar el duodécimo y último de la carrera sacerdotal, de una beca de la "Fundación Juan Bautista de Irurzun", que cubría, además de los gastos ocasionados por las matrículas y los libros, todo lo concerniente al alojamiento, vestimenta y manutención.

En el viejo seminario de la calle Dormitalería cursó Carmelo cinco años de latín y Humanidades, tres de Filosofía escolástica y cuatro de Teología, alcanzando en todas las disciplinas la nota máxima de "Meritissimus", es decir, Sobresaliente según el cómputo actual, y adquiriendo al mismo tiempo una sólida formación espiritual. Sus deseos de marchar de misionero cuando fuera sacerdote se iniciaron en estos años de seminarista.

Siendo estudiante de filosofía, en unas vacaciones de verano se rompió el brazo izquierdo en una caída jugando a la pelota en la pared de la parroquia recayente a la Plaza de los Fueros. Fue intervenido quirúrgicamente en la Clínica Lozano de Zaragoza. La operación resultó complicada y le quedó el brazo con ciertas limitaciones, que no se notaban a primera vista, pero que le impedían realizar ciertos movimientos.

Por esos años empezó también a tener molestias estomacales, y cuando el médico le preguntó si fumaba, se adelantó su madre a contestarle que no. Cuál no sería la sorpresa de ésta cuando el joven seminarista le dijo al médico que sí fumaba.

Fue ordenado sacerdote a punto de cumplir los veinticuatro años el 10 de julio de 1938, en plena Guerra Civil cuando era párroco de Peralta don Antonio Ona de Echave. Su padre no alcanzó a verle subir al altar, porque había muerto tres años antes.

Una forma de manifestar sus deseos de ser misionero fue elegir la basílica del castillo de Javier para celebrar su primera misa el 13 de julio, día de su cumpleaños. Predicó el sacerdote Santos Beguiristain, párroco de Azagra, pueblo donde residía su hermana María, casada con el panadero Simón González, mis padres. Éste no pudo asistir por estar en el frente de guerra. A la misa en la basílica de Javier fueron su madre, hermanos, tíos, primos y los primeros sobrinos, hijos de sus hermanas Luisa y María. Mis padres le obsequiaron con un cáliz de plata dorada, con el que celebró diariamente su misa durante toda la vida.

La limitación padecida en en su brazo izquierdo y ser el único varón mayor de edad en una familia formada por una viuda con varias hijas y otro hijo varón menor de edad, le libró de ir a la guerra como combatiente.

2. Primeros nombramientos eclesiásticos

En su primer destino marchó a una coadjutoría en la parroquia de santa Eufemia en Villafranca, pueblo cercano a Peralta, donde permaneció del 24 de septiembre al 3 de noviembre de 1938, ya que con esta fecha fue destinado a su pueblo natal, también como coadjutor, cargo que desempeñó hasta el 1 de octubre de 1939.

Reabierto el Seminario de Pamplona al terminar la Guerra Civil, pero ya en las modernas instalaciones construidas por el arquitecto pamplonés Eusa en la carretera de Burlada, junto a la colonia de chalets Argaray, fue nombrado profesor y prefecto de disciplina de los estudiantes filósofos, cargo que desempeñó solamente un año, hasta noviembre de 1940. Por entonces se recrudecieron sus molestias estomacales, teniendo que seguir un régimen severo de comidas que el seminario, por la escasez habida después de la guerra, no podía proporcionarle. Así que fue designado nuevamente como coadjutor de Peralta, para que su madre cuidara de su salud. Esta vez permaneció en el puesto durante cinco años, siendo párroco ***don Fernando Lipúzcoa,*** quien renunció de la parroquia de Peralta por enfermedad a finales del año 1945.

Tuvo como excelentes compañeros coadjutores a ***don Jesús Malón, don Andrés Troyas*** y ***don Juan Marzal.*** Con su colaboración y la de los hermanos Troyas, sobrinos de don Andrés, don Carmelo montaba en Navidad, junto al altar de san Pedro, un grandioso Belén iluminado y con figuras en movimiento.

Precisamente por sus molestias gástricas no pudo marchar a misiones como era su deseo, ni cursar en alguna universidad eclesiástica la licenciatura y el doctorado en teología, cuyos gastos también cubría las becas de Irurzun. La carencia de estos grados académicos impidió que más adelante la Santa Sede aceptara, en dos ocasiones, la propuesta de su persona, hecha por la autoridad competente, para ser obispo.

Muy recuperado con los cuidados maternales, don Carmelo sucedió a don Fernando como párroco de Peralta a partir del 15 de enero de 1946, pero con la categoría administrativa de ecónomo, porque entonces se adjudicaban los curatos en propiedad tras preceptivas oposiciones que se celebraban cada cinco años. Don Carmelo fue, pues, cura *pilongo*, como llamaban las gentes a los sacerdotes que llegaban a ser párrocos de su pueblo natal por haber sido cristianados en su pila bautismal.

Las anteriores encomiendas pastorales se las designó el obispo de la diócesis, entonces ***don Marcelino Olaechea Loizaga***, que le confirió todas las órdenes sagradas y con quien se sentía muy identificado. El prelado quiso asignarle un puesto de responsabilidad en Pamplona, pero desistió ante la petición de su madre porque su delicada salud necesitaba de sus cuidados. Don Marcelino

entonces le dijo: *No se preocupe, señora; cuando lo lleve conmigo en otra ocasión, vendrá usted con él.*

En 1946 monseñor Olaechea fue preconizado arzobispo de Valencia, e invitó al párroco peraltés a marchar con él para ocupar un puesto importante en la archidiócesis valentina. Ofrecimiento que Velasco declinó. Para compensar al nuevo arzobispo el desaire de esta renuncia, aceptó ir a Valencia como misionero en la magna misión general que monseñor Olaechea organizó en su archidiócesis el año 1947. A don Carmelo le adjudicó una parroquia de la cercana población a Valencia de Catarroja, en la que estuvo un mes entero durante el desarrollo de la magna misión. Para entonces ya había organizado él en Peralta la gran Misión en 1946. Ese mismo año se rindió un merecido homenaje a sor Juana, superiora durante muchos años del hospital, con motivo de sus bodas de oro como Hermana de la Caridad.

En su primer año como párroco, tras restaurar la bella imagen de la Virgen del Rosario, llevó a cabo el restablecimiento de su cofradía. Durante la Cuaresma de 1947 estableció la hermandad del Cristo de la Cruz a Cuestas y de la Virgen Dolorosa, ambos de gran devoción popular en Peralta, y adquirió el paso de *Jesús colgado en la Cruz* para la procesión del Viernes Santo.

Aprovechó el verano de 1946 para hacer un mes de ejercicios espirituales en Pedreña, localidad de la provincia de Santander, del 27 de julio al 26 de agosto. Quería prepararse para ejercer bien la reciente encomienda de párroco en su mismo pueblo. Él también solía dirigir de vez en cuando ejercicios espirituales. Tengo constancia fotográfica de dos tandas en Tudela para grupos de jóvenes peraltesas y de otros pueblos de La Ribera y de La Rioja, del 21 al 26 de enero y del 8 al 13 de febrero de 1951.

Son muy vivos todos estos recuerdos, por ser los primeros de mi estancia en Peralta. En 1950 don Carmelo participó en la primera Javierada de mozos peralteses, andando con veinte de ellos como ya he contado.

Pero no puedo dejar de consignar otro episodio desagradable de este año. Dentro del salón de baile había instalado un bar ilegal donde servían bebidas alcohólicas a los jóvenes de ambos sexos, incluso a menores de edad, ocasionando más de una borrachera.

Alguien denunció el hecho a las autoridades gubernativas, que procedieron a la clausura temporal de dicho salón. La juventud achacó la denuncia al párroco, cuando en realidad no había sido él.

Y un domingo por la tarde, encontrándose en el convento de las monjas dirigiéndoles el retiro espiritual del mes, los mozos fueron a esperarle a la salida. Con actitud vociferante y hostil marcharon detrás de él, camino de la casa

parroquial. Cuando se volvía hacia ellos para retarles con su seria mirada, se dispersaban por las calles adyacentes, o se escondían en las entradas de las casas.

El padre de uno de los mozos animaba a todos para que le gritasen e, incluso, para que lo zarandeasen, cosa que no se atrevieron a hacer. En mitad de la calle Mayor, un militar peraltés de alta graduación que se encontraba en el pueblo, se ofreció a prestarle ayuda, pero el párroco la rechazó educadamente por considerarla innecesaria. Sabía que aquellos exaltados no se atreverían a pasar a mayores. De hecho, cuando entró don Carmelo en la casa parroquial, los manifestantes se dispersaron sin más consecuencias.

3. Al Seminario Conciliar y a la Iglesia Catedral

En noviembre de 1951, el obispo don Enrique Delgado, le nombró director espiritual de los seminaristas teólogos, pero conservando durante unos meses la parroquia de Peralta, a la que atendía los fines de semana, hasta que don ***Santiago Pérez Goyeneche,*** por entonces párroco de Azagra le sustituyó en Peralta.

El obispo le ofreció alternar la dirección espiritual de los seminaristas con la atención a la parroquia de Cristo Rey, recién creada en el edificio del monumento a los Caídos, al final de la avenida de Carlos III de Pamplona. Pero dándose cuenta el prelado de que ambos cargos resultaban excesivos, prefirió que se presentara a las oposiciones para canónigo de la catedral. Tras reñidas lides teológicas escritas y orales, ganó brillantemente la canonjía frente al otro candidato. Tomó posesión de ella el 25 de julio de 1952. Asistimos buena parte de la familia y numerosas personas venidas de Peralta con la corporación municipal al frente.

En 1957 don Carmelo Velasco instituyó en la iglesia de santo Domingo de los padres dominicos de Pamplona la hermandad de Nuestra Señora la Virgen de Nieva, aprovechando que allí se venera la advocación mariana de la patrona de Peralta. La formaron dos centenares de peralteses residentes en la ciudad, siendo Velasco el hermano mayor y el consiliario de la misma.

En julio de 1960, el arzobispo don Enrique Delgado le nombró rector del Seminario Conciliar, caso insólito después de llevar nueve años como director espiritual del mismo. Desde ese momento don Carmelo Velasco dirigiría la vida exterior de quienes le habían confiado su vida interior, empresa delicada y nada fácil, sembrada de compromisos y diversas interpretaciones.

Pero con su inteligencia y sentido práctico salió airoso de esta prueba, hasta el punto de que durante su mandato vivió el Seminario años de esplendor con un

aumento notable de vocaciones que alcanzó la cifra de ochocientos seminaristas. Además de hacer observar a los seminaristas y profesores la disciplina necesaria, edificó un nuevo pabellón para acoger a las nuevas vocaciones que llamaban a sus puertas.

Cinco años más tarde, en junio de 1965, por decisión propia, renunció al cargo, que pasó a manos de ***don Javier Osés Flamarique*** por sugerencia del mismo Velasco. Poco después, desde esta rectoral del Seminario Osés fue preconizado obispo de Huesca.

Coincidió por entonces el inicio del declive vocacional, no sólo en Navarra, sino en todos los seminarios y colegios apostólicos de España. Si no fue consecuencia del concilio Vaticano II, por lo menos acaeció en los inmediatos años posteriores a su celebración. Pero lo que más le afectó a don Carmelo fue la defección vocacional de más de un centenar de curas navarros, y de cientos de sacerdotes y religiosos de diferentes diócesis, órdenes y congregaciones religiosas en España y en otras naciones. El hecho de haber sido director espiritual y rector de muchos de los sacerdotes que se secularizaron, le reportó un gran sufrimiento moral que le duró el resto de su vida.

4. Delegado de la Misión Diocesana y otras dedicaciones

Libre de responsabilidades en el Seminario, se dedicó con todo su afán a la Misión Diocesana como delegado arzobispal, cargo para el que había sido nombrado ya desde el 3 de diciembre de 1958, año en que fue creada. Se ocupó de esta labor nada menos que durante treinta y seis años, hasta que en octubre de 1994 empezaron a fallarle las fuerzas corporales.

Durante su dirección creó los equipos misioneros *Xavier*, formados por seminaristas mayores y sacerdotes jóvenes dispuestos a ir a misiones. Apoyado en su buena formación teológica, insistía en que todas las diócesis deberían tener puestos de misión y que los sacerdotes han sido ordenados para la Iglesia universal, al igual que todos los cristianos estamos llamados a la misión evangelizadora.

Preparó el envío de sucesivos grupos de sacerdotes y seglares diocesanos. Los primeros en 1960 a Guaranda (Ecuador), después a Maracaibo (Venezuela) y más tarde, en diciembre de 1964, a Ruhengeri (Ruanda). Lo mismo hizo con los sacerdotes enviados a Aquisgrán (Alemania), aquí para atender a los emigrantes. Cuidó a sus misioneros en todo momento, y puso gran empeño en que la diócesis navarra no dejara nunca de ser misionera.

Él, que siempre se había preocupado por la dirección espiritual de los demás, no desasistía la suya propia, y de cuando en cuando aprovechaba el mes de

agosto para retirarse a hacer ejercicios espirituales de un mes de duración al estilo ignaciano, como ya lo hiciera estando en Peralta.

Desde 1960 se encargó de redactar el boletín NEXO y de distribuirlo periódicamente entre las misioneras y misioneros navarros diseminados por el mundo, contándoles asuntos relativos a la Iglesia y a Navarra. A pesar de haber cesado como delegado en 1994, se reservó la iniciativa de seguir editando esta publicación hasta el 1 de enero de 1999, año en que sus fuerzas físicas ya no se lo permitieron. Hizo un gran esfuerzo informativo para que todos los misioneros, sacerdotes, monjas y seglares, conocieran de primera mano "las cosas de casa", como él las llamaba, cuando todavía no existía Internet. Buscaba con ello que todos los misioneros diocesanos estuvieran bien atendidos y pudieran contar con los medios suficientes para llevar adelante su tarea evangelizadora, apoyándoles cuanto pudo con los recursos económicos que recibía de los cristianos de Navarra.

Para reforzar este espíritu misionero que le embargaba y al que se dedicaba profesionalmente, celebró sus bodas de plata sacerdotales en el mismo lugar y día en que cantó su primera misa 25 años antes: la basílica del castillo de Javier. Fue una celebración íntima, realizada el 13 de julio de 1963, con la asistencia exclusiva de sus hermanos y cónyuges respectivos.

En dos ocasiones visitó a los misioneros de la delegación diocesana, permaneciendo un mes con ellos. La primera fue en la Navidad de 1964, cuando viajó a Ecuador y Venezuela. La segunda, a Ruanda, en septiembre de 1973. Ese mismo año fue nombrado delegado de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano-Americana (OCSHA).

Se sentía feliz al ver *in situ* lo que los misioneros habían conseguido con las ayudas llegadas de Navarra. Les repetía: *¡Cómo es posible que hayáis hecho tantas obras con lo que os hemos mandado!* Don Carmelo tenía merecida fama de hombre austero, ordenado y exigente. Pedía a los misioneros trabajar en equipo, viviendo en austeridad y pobreza. *Sin sacrificio* –les decía– *no se consigue ni se hace nada en la vida apostólica.* Quería y admiraba a los misioneros, los envidiaba y era feliz facilitándoles su labor, pues siempre había sentido esa misma vocación, aunque no le fue posible trabajar en vanguardia por diversas circunstancias personales y diocesanas.

Su constante preocupación fue que nunca faltara un grupo de sacerdotes y seglares navarros que saliera a misionar con el apoyo de la diócesis. Sin dejar su actividad en la Misión Diocesana, desde el mes de abril de 1966 y hasta el final del curso de 1971, fue nombrado director y profesor de la Escuela de Magisterio de la Iglesia. Era entonces arzobispo de Pamplona el cardenal Tabera Araoz, quien determinó cerrar esta Escuela, creada para facilitar el estudio de las

religiosas, pero que últimamente era mayor el número de alumnas seglares. A Carmelo Velasco le tocó clausurarla, haciendo que los profesores cobrasen la justa indemnización por despido forzoso. Él renunció, en beneficio de los demás profesores, a percibir 9.150 pesetas que le correspondían. En los primeros días de septiembre de los años 1966 y 1967 participó en dos peregrinaciones multitudinarias a Lourdes de esta Escuela de Magisterio.

Aunque yo tenía conocimiento de la vena versificadora de mi tío, me ha sorprendido gratamente encontrar entre los papeles que heredé estas coplas jocosas, escritas para animar el regreso del segundo viaje a Lourdes. Las cantaron al ritmo de la conocida tonada *Ocairí, ocairá, ocairí, airí, airá*, según dice una nota manuscrita que las acompaña.

Lourdes, 1967

Seriecito y más bien santo
fue nuestro viaje de ida,
desgranamos tres rosarios
y otras tantas letanías.
Al pararnos en Bayona,
hacen algunas mujeres
las primeras de sus compras
en los grandes almacenes.
La comida al aire libre
en el gran parque de Orthez
nos repone bien las fuerzas,
y al autobús otra vez.
En el marco de Lourdes
nos ha visitado el agua,
pero todo el mundo acude
aunque no tenga paraguas.
En "Lacuyer" dan tomate
en una y otra comida:
yo no digo que nos mate,
pero sí que nos da risa.
Un día se vierte el vino,
Otro, faltan tenedores,
y una niña, mientras tanto,
se hincha de pollo y terrones.
Los vendedores de helados
tienen una gran "clienta":
creo que era sevillana,
y, por cierto, bien despierta.

El escaso tiempo en Pau
las mujeres lo han sudado;
pero, a la tarde, en Bayona
dieron ferrete a los francos.
Hemos de felicitarnos
por la experiencia del chófer;
dando a don Fidel las gracias
por sus muchas atenciones.
Y aquí termina la historia
de nuestra excursión por Francia;
espero que no se amargue
cuando pasemos la aduana.

Los vasos de Orthez…

Hay personas distraídas
que se dejan lo que llevan;
yo conozco distraídos
que cogen y no se enteran.
En una terraza, un día,
comieron unos navarros:
se bebieron las bebidas
y se llevaron los vasos.
Yo me imaginaba, señores,
lo que diría aquel "mozo":
si estos casos se repiten,
que el cliente beba "a morro".
El año sesenta y ocho
habrá que restituir
los dos vasos a su dueño,
y hacer nuevo gasto allí.

En julio de 1988 tuvo el consuelo espiritual y familiar de dar gracias a Dios por su sacerdocio, celebrando sus bodas de oro. El escenario de este gozoso acontecimiento fue de nuevo la basílica del castillo de Javier al que asistimos casi todos sus familiares y amigos.

En diciembre de 1998, al calor de la celebración de los cuarenta años de la Misión Diocesana de Navarra, Carmelo Velasco pronunció estas palabras que mostraban su constante sentir: *En este momento solemne le diría con todo cariño a mi arzobispo que haga lo indecible porque, aun con toda la penuria sacerdotal que está encontrando y que le está haciendo sufrir, no deje de tener siquiera un puesto de misiones, una parroquia donde haya dos o tres sacerdote,*

pero que estén realizando esta presencia misionera de Navarra con toda ilusión. Que puede servir un poco de escuela para sacerdotes que pasen o quieran pasar allí uno o dos años viviendo ese gran misterio, porque está allí la Iglesia, la Iglesia entera, y por tanto nuestra querida Iglesia de Navarra. Don Fernando –dirigiéndose a monseñor Sebastián–, éste es mi testamento para usted.

En este acto los misioneros le regalaron una pequeña efigie de san Francisco Javier, realizada en metal dorado sobre pedestal de mármol por el escultor Ciriza, y una fotografía en la que el obispo se la entrega mientras lo abraza.

El santo navarro levanta el brazo derecho sosteniendo una cruz, mientras con la mano izquierda señala su pecho en el que se divisan simbólicas llamas de su amor a Cristo. Bajo los pies aparecen los escudos de Navarra y Pamplona a los lados, y el del castillo de Javier al frente, separados por ángeles orantes.

Y sobre el pedestal de mármol hay una placa de bronce con esta leyenda: *A don Carmelo Velasco con gratitud, por su dedicación incondicional a MISIÓN DIOCESANA DE NAVARRA. 3 de diciembre, 1998* [2]. La describo con precisión porque tuve la suerte de recibirla de sus manos para que la guardase en mi casa.

La faceta misionera fue la más importante de su vida sacerdotal. Tengo que añadir que siempre que yo iba a verle a Pamplona me hablaba de sus misioneros y de lo que realizaba por encargo del arzobispo, ya que era muy disciplinado y jerárquico.

Su sentido del deber y de la responsabilidad le impulsó a denunciar clara y enérgicamente en más de una ocasión, pero siempre con respeto, hechos sociales y políticos censurables. Para sus celosos requerimientos en pro de la moral cristiana utilizaba las tribunas de opinión de los periódicos *El Pensamiento Navarro, El Diario de Navarra, La Verdad*, y revistas de temas religiosos.

Con los sucesivos obispos de la diócesis de Pamplona tuvo relación de reverencia y afecto, aunque manteniendo la libertad de decirles con respeto su punto de vista sobre aspectos de la vida diocesana, sobre todo cuando creía que no coincidían con el enfoque emanado de la tradición y de los escritos pontificios. Conservo copias de cartas suyas, algunas con las respuestas correspondientes, que tratan de asuntos delicados con los nuncios de Madrid y con los sucesivos arzobispos de Pamplona, con otros obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, directores de periódicos y revistas, y con cuantas personas creía oportuno hacerlo, denunciando con caridad y firmeza, abusos leídos o vistos personalmente sobre la fe y las costumbres.

Una que considero más intrascendente que las demás, y por eso la transcribo, es esta: Sr. Don José Javier Uranga, director de DIARIO DE NAVARRA. Estimado don José Javier: como cura "ribero" que soy, veo con ojos de naturalidad la

estampa de un Obispo bebiendo "de bota" en las jornadas de Javier: la bota de vino en la comida campestre es el vaso o la copa de la mesa de un hotel.

Pero no me gustaría, que el informador gráfico escogiese la fotografía de una determinada persona en el momento en que ingiere su vaso de vino o saborea su copa: no me parecería "oportuna". Por eso, no me lo parece tampoco la que publica hoy en sus páginas, aunque vayan esclarecidas con agudeza en "Cartas a Lolita". ¿No le parece que nuestro Sr. Arzobispo no necesita de ese "reclamo" y que puede haber mucha gente a la que no le agrade esa publicidad? Con la libertad y el afecto de siempre, suyo afftmo. Carmelo Velasco [3].

El Pensamiento Navarro, periódico al que estaba suscrito desde sus años peralteses, le contesta así: Rvdo. Sr. D. Carmelo Velasco Moreno: Nos es grato poner en su conocimiento que en sesión celebrada el día 10 de mayo por el Consejo de Administración de Editorial Navarra S. A. propietaria del periódico, se tomó el acuerdo, y esperamos su conformidad, de nombrarle Asesor Religioso del mismo, a la vista de los muchos servicios que nos ha prestado con su pluma y con su consejo. Lo que me es grato trasladar a Vd.

Le saluda muy atentamente (Firma ilegible) [4].

No se hizo esperar la contestación afirmativa del interesado, como se deduce de la nota añadida a la carta anterior para tener constancia del hecho: *Hablo de función, que ya vengo realizando; y de cargo que no tendré inconveniente en aceptar si este deseo de ustedes es aceptado y hecho realidad por mi Sr. arzobispo*. Los dos subrayados son de mi tío. Se aprecia, una vez más que actuaba jerárquicamente.

5. Retirado en las Hermanitas de los Pobres

Cuando don Carmelo percibe en el año 2002 que las fuerzas le van fallando, y que no puede seguir viviendo él solo en el piso de la calle Dormitalería, donde durante tantos años ha sido atendido por sus hermanas Guadalupe y Dolores, liquida sus pertenencias mobiliarias y, sobre todo, su biblioteca de espiritualidad que dona al Seminario, e ingresa en la residencia de las Hermanitas de los Pobres de la avenida de Guipúzcoa. Permanecerá junto a su hermana Dolores, que ya estaba allí desde tres años antes. De lo contrario, según me dijo, hubiese ingresado en la casa sacerdotal de la plaza de santa María la Real, a donde acudía a mediodía para el almuerzo.

En esta época de soledad, antes de ingresar en la residencia, yo marchaba a Pamplona algunos viernes por la noche, para acompañarle todo el fin de semana. Solíamos ir a comer al restaurante Iruña de la Plaza del Castillo. Al llegar desde Valencia en ***el autobús de linea Bil- man Bus*** en la madrugada del sábado, lo

encontraba rezando en la penumbra de la capilla del Santísimo y de san Benito de la catedral, situada entonces en el trascoro. Sentado en los bancos catedralicios a que terminase de orar, sentado, escribí estas líneas quebradas:

Mi tío cura

Por la calle de la Curia
subiendo va una sotana,
es inequívoca señal
de estar ya franqueada
la puerta de la catedral.
Siempre me han disgustado
el diseño y las hechuras
de su robusta fachada:
una horizontalidad
de neoclásica factura
frente a las ansias de volar
de sus góticas ojivas
y de polícromos vitrales.
El claustro es para soñar,
transidas las nervaduras
de clara luz cenital
calando por sus celosías
el puro aire matinal.
Al penetrar en la nave
huelo a piedra recién lavada,
a cánticos de salmodia,
y a luz de cirio pascual.
Busca la paz mi alma arrobada
y anhelos de eternidad,
cuando voy hacia el encuentro
de alguien que está rezando.
En el altar de san Benito,
del obispo Sandoval,
monástico y episcopal,
situado en la girola,
una persona querida
está de hinojos orando,
cuerpo y alma genuflexos:
es don Carmelo Velasco,
mi tío cura que medita.

Durante los tres años que permaneció viviendo solo en el arcedianato, siguió haciendo vida normal, asistiendo al coro catedralicio, aunque no le obligaba su asistencia, y atendiendo al confesonario.

Una vez ingresado en la residencia, y mientras tuvo fuerzas, ayudó al capellán de la misma en sus funciones y continuó dirigiendo a las monjas el retiro mensual, que durante más de veinticinco años les había dado.

El siete de septiembre de 2004, **don Fernando Sebastián Aguilar,** arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, le envió la siguiente nota escrita: Querido Don Carmelo: He tenido noticia de que encuentra alguna dificultad para el rezo del Oficio de Lecturas del Breviario. Con mucho gusto le concedo la dispensa del mismo con la condición de que rece una parte del Santo Rosario por las intenciones del Santo Padre. Reciba un cordial saludo. Afmo.

Las dificultades físicas fueron en aumento, pero él seguía cumpliendo con el rezo de las demás partes del oficio divino. Hasta que un sábado a finales de noviembre, cuando iba a cambiar de breviario para rezar las primeras vísperas del primer domingo de Adviento, se agachó para tomarlo de la parte inferior de su armario, y ya no pudo levantarse. Estuvo tumbado varias horas en el suelo, hasta que se percataron de su ausencia al no bajar a cenar. A partir de este accidente, aparentemente insignificante, empezó un declive que fue en aumento tanto física como mentalmente durante casi tres años.

En mayo del año 2006, la inminente reestructuración de la residencia de ancianos de la avenida de Guipúzcoa obligó a las Hermanitas a recolocar a los residentes en otras casas suyas de diferentes provincias. El arzobispo, después de consultarnos a los familiares, y ante el estado de semiinconsciencia del tío, no consideró adecuada esta medida para él y determinó que ingresara en la Casa de la Misericordia de Pamplona, ubicada en la Vuelta del Castillo, porque tiene excelentes y abundantes medios médicos y asistenciales.

Antes de llegar a esta situación y después de la muerte de su hermana Dolores, hizo testamento. En él dejaba sus ahorros, que no eran pocos porque había vivido pobremente, a "*mi Madre la Iglesia Diocesana*" (son sus palabras textuales), decisión que aplaudimos quienes tuvimos ocasión de leerlo. Durante los dos años que permaneció en este deficiente estado psíquico, continué subiendo a verle a Pamplona, como también hacían otros familiares, para comprobar que no le faltase de nada. Sus sentimientos, adormecidos en la inconsciencia, salían a flote ante el estímulo de mi presencia, muchas veces acompañados de lágrimas en sus ojos y de unas palabras que no acertada a articular, pero que yo adivinaba. Cuando yo le entonaba alguna melodía gregoriana, él la continuaba hasta el final, volviendo a su estado agnósico una vez acabada. Daba pena ver cómo iba apagándose su mente a la par que

deteriorándose su cuerpo. Durante todo este tiempo permaneció en silla de ruedas, porque su debilidad no le permitía caminar. Los que nunca se deterioraron fueron su temple y su temperamento, aun en los momentos de semiinconsciencia.

Por eso nunca permitió que le bañasen o cambiasen la ropa interior monjas o enfermeras, teniendo que hacerlo siempre varones, tanto cuando estaba en las Hermanitas como en la Casa de Misericordia.

6. Muerte, exequias y obituario

Junto al acta de nacimiento, en el libro-registro correspondiente del archivo de Peralta, aparece esta nota: *El inscrito D. CARMELO VELASCO MORENO falleció el día 9 de junio de 2007* [5]. Murió a las 10,45 de la noche. Le faltaban un mes y tres días para cumplir los noventa y tres años de edad. El día diez, su cadáver estuvo expuesto en el tanatorio Irache, para que los muchos sacerdotes y laicos acudieran a darle su último adiós. Y el día 11 lo enterramos a las trece horas, obedeciendo sus deseos en el panteón de los canónigos de Pamplona. En él se encontraban ya los cuerpos sin vida de sus compañeros y amigos del cabildo catedralicio: Jesús Urdín, Juan Ollo, Agustín Arbeloa y otros muchos. Ese mismo día, a las veinte horas, se celebró en la catedral un solemne funeral presidido por monseñor Fernando Sebastián, con el que concelebraron unos sesenta sacerdotes. Como introducción, el vicario general, Luis Mª Oroz Arraiza, leyó a los fieles que llenaban las naves catedralicias la hoja de servicios prestados a la archidiócesis por el canónigo difunto.

El propio arzobispo seleccionó personalmente la primera lectura bíblica que mejor cuadraba a la vida del finado, invitándome a leerla. La celebración de esta misa fue uno de los últimos actos solemnes del pontificado de este insigne prelado, porque tres meses más tarde el papa aceptaba su renuncia a la sede de san Fermín, que le había presentado tres años antes al cumplir la edad reglamentaria de los setenta y cinco años. La homilía fue elocuente y emotiva, glosando monseñor Sebastián la autenticidad de la larga vida sacerdotal de don Carmelo, que había concitado allí en la fe y la esperanza a tantos hermanos del clero diocesano.

Además de la alocución del arzobispo, el rector del seminario, al final del funeral, añadió esta oración fúnebre que publicó en La Verdad y en otros medios periodísticos ***don Valentín Eguilaz Ortigosa***, sucesor del finado en la dirección de Misión Diocesana:

Queremos compartir con vosotros, hermanas y sobrinos, amigos de Peralta, como familia diocesana, el dolor por la muerte de don Carmelo. Y también el

consuelo de la fe y la esperanza en el Dios de la Vida, al que tantas veces adoró, celebró y anunció. San Pablo resume así el ministerio sacerdotal: Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios.

Agradecemos a Cristo, Buen Pastor, el haber dado a don Carmelo sesenta y ocho años de sacerdocio. Y le ofrecemos toda su vida. Una vida entregada, como siervo bueno y fiel, al servicio de Dios y de los hermanos. Se la ofrecemos con el cortejo de alegrías y penas, de sacramentos celebrados, de tantas personas escuchadas, instruidas, ayudadas y atendidas por él mediante buenas acciones. Con los entusiasmos que vividos y también con sus limitaciones y pecados, que estamos seguros Dios habrá perdonado ya. Su vida es para nosotros ejemplo de entrega, honradez y espíritu misionero.

Damos gracias a Dios por su amor incondicional a la Iglesia diocesana y a la Iglesia misionera universal. Vivió para el Señor. Quiso servirle con fidelidad. Ahora le devolvemos nuestro agradecimiento convertido en oración. A Santa María la Real, de quien siempre se sintió devotísimo hijo, le pedimos que le muestre a Jesús, para gozar con Él como resucitado. Descanse en la paz de nuestro Padre Dios, y que su vida entregada al servicio de la Iglesia tenga muchos seguidores entre nosotros. Nuestra Iglesia diocesana le debe mucho. Así lo confieso con agradecimiento y admiración [7].

El 22 de junio, se celebró una misa cantada en la parroquia de Peralta con asistencia de los familiares y de multitud de sus paisanos que llenaron la amplia iglesia de san Juan Evangelista. En la homilía, el párroco, Javier Leoz, glosó con bellas citas bíblicas la semblanza espiritual de su predecesor, por el que elevaba al cielo la siguiente acción de gracias: *Quiero dar gracias a Dios, porque Él nos viene todo don, también nos vino el don de este presbítero, que acogió la llamada del Señor para vivir la vida sacerdotal, siendo testigo del Evangelio con sus palabras y con sus obras, y que vivió con desvelo y entusiasmo los gozos y las inquietudes pastorales de nuestra Iglesia particular.*

Gracias a todos los que en su vida le ofrecisteis vuestra cercanía, ayuda y afecto. Gracias a vosotros, sus familiares. Gracias a los hermanos y sobrinos que le habéis querido y cuidado con tanto esmero y cariño...

José Maria Lorenzo Amelibia, formado en el seminario de Pamplona, tiene un libro virtual titulado *EJEMPLOS DE VIDA*, en el que describe a tres sacerdotes que influyeron mucho en su vida. Uno de ellos es Carmelo Velasco Moreno. Con su permiso reproduzco aquí lo que dice de él, palabras que repite al cumplirse un año del tránsito de mi tío de este mundo. Según mi opinión, son las verdades más exactas y elocuentes de cuantas se han dicho después de su muerte. Omito solamente las líneas biográficas, porque ya las he dicho.

¡Cuando me he enterado del tránsito al seno de Dios de don Carmelo Velasco Moreno, me he dicho: mucho y muy bueno debiéramos escribir de él, pero redactar tan sólo unas líneas casi me resulta enojoso. Mi deseo sería dedicarle un libro entero, investigar un poco en su vida que me parece apasionante, tanto desde el punto de vista pastoral como psicológico y humano. Don Carmelo ha sido un hombre profundo en su piedad y en su pensamiento, brillante en su inteligencia, de carácter ascético, temple de acero, amante de la soledad y del estudio, deseoso siempre de ayudar en cualquier campo católico. A la vez de rostro un tanto serio pero incapaz de traicionar a nadie; y en el fondo de su corazón era profundamente humano y sereno.

Inspiraba confianza, a pesar de que hubo muchos que no supieron comprenderle y se quedaban un poco en su corteza externa, juzgándolo –a mi parecer sin razón– distante y algo huraño. ¡Nada de eso! [...]. Lo conocí en la década de los años cincuenta. Llegaba al Seminario de Pamplona en un momento delicado. Habían muerto dos grandes directores espirituales jesuitas con fama de santidad: los padres Cándido Arbeloa y Luis Latasa. Era difícil la papeleta que le aguardaba a nuestro don Carmelo, al verse obligado a tomar el relevo de estos dos grandes hombres de Dios. Y supo hacerlo bien. Desde el primer momento puso las cosas claras en su misión: lo suyo era trabajar a tiempo y destiempo por la santidad de sus seminaristas. Nos dio ejemplo de austeridad y sobre todo de piedad sólida. Nos comentó a fondo, en un gran número de pláticas, todo el libro de "La Vida Interior" de José Tissot.

Es un manual que parece árido, pero oído exponer por un hombre de la claridad de conceptos de Velasco, se nos hacía claro e incluso bello. ¡Cuántas veces lo voy leyendo en mi vida gracias a tan elocuente expositor! De este libro sacaba él mismo fuerza para seguir su vida ascética hasta las últimas consecuencias. Don Carmelo supo formar a varios cientos de seminaristas en la fidelidad al dogma revelado y en el amor a la Iglesia. Parece que todavía le oigo hablar: "Seminaristas: primero hombres, después cristianos, y sobre esta base, sacerdotes". Tenía una maestría especial para ayudar a sus dirigidos a superar algo que abundaba en aquellos tiempos: los escrúpulos de conciencia. Y lo hacía de una manera científica, tan bien o mejor que cualquier psicólogo titulado. Se servía –según me contó– de un libro francés del padre Eymie, titulado "La obsesión y el escrúpulo", pero era sobre todo la confianza y seguridad que ofrecía su persona lo que más ayudaba a curar esta enfermedad.

Formaba parte del cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Pamplona, como canónigo. Sé que durante toda su vida ha atendido con gran corazón al Instituto Secular de la Alianza de Jesús por María. Mucho ha ayudado a los misioneros diocesanos que andan por el mundo. Publicó la pequeña revista de información "Nexo". Algo muy útil para los misioneros navarros, pues le informaba al

detalle de todo cuanto sucedía en su diócesis. Con esta ayuda se sentían siempre vinculados al entorno de su formación. Y es que Velasco, además de todas sus cualidades, mantuvo siempre un espíritu misionero. Fomentó en sus tiempos de Seminario los grupos "Javier" para bien de la Iglesia de misión. Los siguió desde aquí con su mirada de entrega y con solicitud de padre y pastor. Hablar de misión diocesana y de don Carmelo era todo uno. Su ayuda, sí, era espiritual y también económica y social. Se sentía feliz al constatar cómo los enviados a la misión se encontraban arropados con toda la ayuda que les proporcionaba. Imbuía en todos cuantos estaban en su entorno el auténtico espíritu sacerdotal. Estas líneas las escribo a vuela pluma. Y que me perdone don Carmelo porque él se merece todo un libro. Yo hoy me encuentro con poca fuerza para escribirlo; por eso, que estas pobres palabras te sirvan, don Carmelo, un poco de homenaje. Es la primera vez que empleo el "tú", para dirigirme a este santo sacerdote. Me dijeron que era el único cura de la diócesis a quien el Arzobispo Cirarda le trataba de usted. Porque don Carmelo siempre ha infundido mucho respeto. ¡Del bueno, claro! Don Carmelo ha sido modelo de entrega de espíritu misionero a la Iglesia, aun sin haber ido a misiones. Modelo de fidelidad a la verdad y de obediencia a los superiores, a quienes respetó como verdaderos representantes del Señor. Por mi parte lo considero como el último de mis padres en la fe, en el sentido de que es quien durante más años me ha acompañado en este mundo hasta 2007 [8].

Al agradecerle yo a Amelibia que se hubiera acordado de mi tío Carmelo, publicando lo anterior en el semanario La Verdad, me envió el siguiente e-mail: *Gracias por la carta que me escribes. Y doblemente gracias porque queda en el mundo algo de él en tu persona y en otros familiares. Sabes que don Carmelo tenía una corteza dura, como la nuez, pero su ser era aún mejor que la de este fruto. Siento que no fueran muchos los que de verdad supieran agradecérselo a este Siervo de Dios. Es que, si don Carmelo hubiera tenido un temperamento del estilo de su amigo obispo don Javier Osés, hubiera llegado a las cumbres más altas de la Iglesia. Pero lo importante es que nos bendice desde el Cielo. A mí me dio seguridad en mi vida, confianza en mí mismo. Gracias a él soy una persona –perdón por el exceso de autoestima– de valía por encima de lo común.*

De los casi noventa y tres años vividos, que sobrepasaron incluso las bodas de diamante con el sacerdocio, hay que consignar los cinco años como monaguillo, los doce como seminarista, los otros doce pastoreando la grey cristiana de Peralta, primero como coadjutor y después como párroco, los quince de labor formadora y directiva en el seminario, los cincuenta y cinco de canónigo de la catedral de santa María la Real, los cuarenta y uno de inquietudes y trabajos por las misiones y por los misioneros [9], los cinco como director de la Escuela de Magisterio de la Iglesia y, finalmente, los últimos de su vida, dedicados a los ancianos como él en las Hermanitas de los Pobres y a preparar su partida al

Padre, sin contar otros tiempos gastados en encomiendas diocesanas y en defender con su pluma las verdades de la fe y de la moral cristianas.

NOTAS:

1. Archivo municipal de Peralta. Registro civil. *Libro de nacimientos 1914*, fol. 47.
2. Cf. *Avanzada. Boletín informativo de la Misión diocesana de Navarra*, núm. 20, mayo 1999, pág. 9 y ss. Hay abundantes testimonios de misioneros y fotografías.
3. Diario de Navarra, 18 de marzo de 1968.
4. El Pensamiento Navarro, 8 de junio de 1977.
5. Se inscribió su defunción en el t. 1.020, pág. 378, del Registro Civil de Pamplona el 13 de junio de 2007.
6. Nuevo Testamento. *Cartas de san Pablo* (1 Cor. 4,1).
7. La Verdad, semanario de la Iglesia en Navarra, núm. 3.668, 29 de junio de 2007. - Del mismo autor, Diario de Navarra, *Obituario, Carmelo Velasco, sacerdote, canónigo de la catedral de Pamplona*, junio 2007.
8. Íd., núm. 3.709, págs. 40 y 41: *In memoriam, Carmelo Velasco Moreno*, 6 de junio de 2008.
9. Íd. de 12 de diciembre de 2008. Agustín Eguilaz insiste en el artículo *Hemos recibido una herencia de gracia* en la labor desarrollada en pro de la Misión Diocesana por Carmelo Velasco. - El mismo número de esta revista reproduce un artículo de cuando don Carmelo era director de la Misión Diocesana, con el título: *Ideario y espíritu de los equipos Javier*, págs. 32-33.

Carmelo Velasco en el despacho parroquial de Peralta en 1946

Fachada del Seminario Conciliar de San Miguel Arcángel en Pamplona

Don Carmelo Velasco y su madre, Isidra Moreno, en el claustro de la catedral de Pamplona, el 25 de julio de 1952 al tomar posesión de la canonjía

CAPÍTULO XII: HECHOS Y DICHOS DE PERALTESES

Voy a describir en este capítulo una serie de personas de Peralta que durante mi infancia estuvieron cercanas a mi vida por motivos de oficio o de convivencia. No las he seleccionado, sino que, conforme iba escribiendo, afloraban en mi recuerdo al hilo de frases que les oi y al recordar algunos de sus hechos. No están todas las personas, ni he intentado que lo estuvieran. Así que me ahorro el pedir disculpas por olvidos involuntarios. Ahora bien, mi agradecimiento va para todos. Y hacia todos conservo la ternura de aquellos años en los que vestía pantalón corto.

Al tratarse de personas ya desaparecidas hace tiempo, su recuerdo resulta a veces difuso. Mi intención es que tales peralteses vuelvan a la vida en estas páginas tal como fueron, para recordatorio de los que los conocimos y para noticia de los que nunca supieron de su existencia. A todos por igual les califico de ilustres y populares, porque lo fueron en su trabajo y en su ambiente social. Estuvieron en la boca y en el corazón de sus vecinos, unas veces para bien y otras veces marcados por la incomprensión. Pero todos dieron lustre al pueblo y por eso merecen se les recuerde en estas páginas.

1. Un hombre cercano a mi familia.

Me refiero a ***León Villafranca***, cronista popular, de apodo ***Carranclena***. Fue un peraltés delgado y huesudo, con cierto porte seráfico de laico franciscano. Su trato rezumaba bondad. Según tengo oído estudió algunos cursos de la carrera eclesiástica, que le iniciaron en las aficiones culturales y literarias que mantuvo siempre. Oí decir que en su juventud marchó a América en busca de fortuna, pero volvió sin ella.

Yo le conocí y traté en su ancianidad, cuando ambos vivíamos en Zaragoza en la década de los años cincuenta del siglo pasado. Mi madre me dijo que pertenecía a la familia de *los Feos*, un apodo peraltés. Posiblemente era viudo y vivía solo en el último piso de una casa de cuatro alturas de la calle Miguel Servet. Un tranvía verde y blanco nos dejaba por veinte céntimos en la fachada de su domicilio.

Resultaba una excursión gozosa en mis años adolescentes y en los de mis hermanos menores que me acompañaban cuando, recién instalados en Zaragoza procedentes de Azagra, todavía no nos acostumbrábamos a las distancias y a los medios de transporte público de la ciudad.

En la soledad de su casa le acompañaban constantemente los recuerdos de su Peralta natal. Aunque nosotros no éramos precisamente los interlocutores más

adecuados, se alegraba de tenernos un rato en su domicilio. Hablábamos con él, o mejor dicho, él hablaba con nosotros, sentados en una larga solana abierta desde donde se divisaba un campo suburbial regado por el río Huerva, cercano ya a su desembocadura en el Ebro. Casi siempre nos sorprendía con algún postre elaborado al estilo de Peralta: torrijas, bizcochada, arroz con leche…

Y cuando se acercaba por nuestra casa algunos domingos para pasar el día con nosotros, hablaba con mi madre de las viejas tradiciones y costumbres de Peralta. Le gustaba contar el modo de vida de sus paisanos de finales del siglo XIX y principios del XX, como él lo recordaba de joven. Empleaba palabras coloquiales tan castizas como "salchucho", "chandrío" y otros términos locales que no recuerdo.

Alardeaba de su prodigiosa memoria recitándonos largas listas de apodos peralteses. Sacaba de una vieja cartera de mano, que siempre llevaba consigo, papeles pulcramente escritos que nos los leía en las sobremesas, mientras nos reíamos con los hechos que contaba graciosamente. Se había entretenido en redactarlos entretejiéndolos con los distintos meses del año. Nos dijo que iba a depositar esos papeles en el Ayuntamiento de Peralta, porque presentía que se iba a morir pronto y no quería que se perdiera su esfuerzo literario de tantos años. Como muestra de su gracia, transcribo solamente lo que dice del primer mes del año. Lo he encontrado en el archivo municipal con el título ***Costumbres y anécdotas de finales de siglo***, refiriéndose al XIX:

Enero de 1890. Mes de grandes heladas. Entonces las gentes eran precavidas y para templar los ardores del estío llenaban un pozo que había a la salida del pueblo, cuyo término si mal no recuerdo se llamaba "Espartete"; lo llenaban del hielo que, una noche tras otra helando, se hacía de cinco centímetros de grosor. Allí se juntaban a apisonarlo Zarrabute, Alcaldillo, Vasija, Arpavieja, Vinorria, Aragonés y Tablaycuba. Todos los apisonadores solían entonar esta canción:

Si vas al pozo de hielo
no digas que tienes frío,
que te dirá el capataz:
jódete y no haber venido.

Por lo regular los domingos y festivos de este mes los jóvenes bajábamos al Paseo a jugar al "Pará" y a los prohibidos.

Aún me parece estar viendo
en el sentil del Paseo
al cojo de Camardiel
jugándose los dineros.
También estaban Pelotas,

Coche y el Agualojero.
Y Chupacha y el Truquillo
vienen por el Bajadero
con Vasija y el Merdero,
y cobraban el barato
Enegato y un Yesero.
Entonces llega un ministro,
le llaman Piernaslargas,
y todos muy apurados
emprendemos la retirada.
Al escapar corriendo
por detrás del matadero,
vimos a uno que estaba
con los "tres ojos" abiertos.
Así hablaba el Baratero:
"Al que se mueva lo mato,
pues yo puse la baraja.
Si no me hacéis ningún caso,
aquí tengo mi navaja,
porque yo cobro el barato
en las chapas y el "Pará".
Y cuando yo "ahura" digo:
¡salga el acero a brillar!,
soy más cortante que él mismo,
como hijo del Enegato
y sobrino del Perrero [1].

2. Dos próceres ilustres

Don Félix Sagardía era ya octogenario cuando le conocí. Vivía en una gran casa de dos plantas con amplios balcones, orientados al Paseo del Arga. Contemplábamos su figura patriarcal por la calle, disfrutando del sol invernal de los mediodías ribereños. Con su barba y cabellos blancos, se detenía al pie de las enormes acacias que bordeaban el Paseo del Arga, para charlar amigablemente con las gentes cuando volvían de faenar en el campo.

De familia de militares, llegó en su carrera a teniente coronel. Participó en la fortificación de las islas Canarias. Aficionado a la caza, poseía un coto de gran extensión en la dehesa de la sierra de Peralta, en el que empleaba sus mejores ocios. A los 81 años aún se le veía cruzar el pueblo en un antiguo coche de caballos, camino de Funes, donde recogía a otro empedernido cazador amigo

suyo y panadero de oficio, Bernardino Osés. Juntos recorrían el monte acechando y cazando las especies propias del lugar y de la temporada.

Cuando yo tenía diecisiete años murió un 30 de abril de 1957. Él ya había cumplido los 90 hacía tiempo. De esa fecha son estas líneas que escribí en mi diario de juventud, al enterarme de su deceso: *Ha muerto don Félix, con su gran barba de chivo, cansado de recibir "in articulo mortis" la extremaunción. ¡Cuántas veces en mi niñez, al compás rítmico del rechinar de la hojarasca otoñal y del crujido seco e hiriente del hielo de enero, he cruzado las calles y el arco del Portal viejo, para acompañar al sacerdote que le llevaba la comunión a su casa desde la parroquia! Robustecía así su fe de buen cristiano antes de saltar el cerco de la otra vida, que tanto se retrasaba.*

Si en los otoños se desprenden las hojas de las acacias del Paseo y desborda el Arga sus aguas al final del invierno, en esta estación anual advenía sobre la morada de don Félix el presentimiento de una muerte inminente. Pero el nonagenario surgía de su cama en la primavera cada vez más corto de cuerpo, pero más largo de esperanza, desafiando en la canícula con aire batallador a los pasados achaques invernales. El viejo patriarca peraltés, hoy que los árboles apuntan ya sus botones germinales, se ha marchado definitivamente. Aquél que todo lo dispone y todo lo puede, ha querido trasplantar el alma de este guerrero a sierras con perpetua caza. Ya no necesitará en el cielo el devenir de las estaciones benignas para pasear al sol del mediodía eterno.

A ***don Arturo Azpiroz Barcos***, abogado en ejercicio de Pamplona, no lo traté personalmente porque mi mundo infantil no llegaba a su altura profesional. Lo veía entrar a la iglesia parroquial cuando venía al pueblo de tarde en tarde. Sin embargo, su presencia era constante en boca de las madres peraltesas, que lo ponderaban ante sus hijos como ejemplo de estudio a imitar. Además de abogado, fue notario, miembro del Tribunal Administrativo de Navarra y teniente alcalde de Pamplona. Estudió para cura durante muchos años en el Seminario Conciliar, beneficiándose de las becas de Peralta. Finalmente, abandonó la carrera eclesiástica y cursó la de abogacía civil.

Esto cuenta un seminarista condiscípulo suyo: Era el premio del curso, es decir el número uno en los estudios. Cuando me hizo la confidencia de que se disponía a abandonar el Seminario, me entró una gran congoja ya que perdíamos un gran talento. Me atreví a decirle que lo pensara bien, porque en su casa, de humildes artesanos, no le podrían ayudar para hacerse con otra carrera. Pues, aunque tenga que pedir limosna para abonar la matrícula y comprar los libros, yo estudiaré, me contestó. En un tiempo record convalidó los estudios eclesiásticos por los del bachillerato y cursó la carrera de Derecho con las mejores calificaciones. El periódico de difusión nacional El Debate publicó su

fotografía, presentándolo a los lectores como modelo de joven estudioso. Reportaje que reprodujo en inglés un periódico de California [2].

Profesó el Tradicionalismo político propio de la Navarra de aquel tiempo. Se decía en el pueblo que Franco llegó a ofrecerle ser gobernador civil de una provincia española, pero declinó tal honor con honestidad. Su bufete de abogado en Pamplona alcanzó gran renombre y fama, siendo paladín de las causas justas y defensor imparcial de ricos y pobres. Estos últimos tuvieron en él un consejero gratuito y un defensor a ultranza de sus derechos.

Nunca olvidó su origen humilde. Mantuvo con sus familiares y con las gentes de su pueblo un trato constante y cariñoso. Hasta el final de su vida permaneció fiel a profundos sentimientos religiosos adquiridos en su juventud y a sus firmes convicciones políticas.

Su piadosa hermana, Petra Azpiroz, a quien yo también admiraba, tenía idéntica talla intelectual e igual talante moral. Llevó una vida sencilla sin salir del pueblo.

3. Tres peralteses adoptivos

Don Fernando Pérez de Camino y Palacio fue un hombre alto, de recia complexión física, con cierto empaque señorial y gran personalidad. Cuando vino a Peralta para hacerse cargo de la notaría del pueblo traía ya cuatro hijos todavía pequeños. En los trece años que permaneció aquí le nacieron seis vástagos más. Por eso a su esposa, doña Amelia, la recuerdo siempre gestando o criando, sin darse un respiro.

Era costumbre entonces bautizar a los niños al segundo día de haber nacido o, como muy tarde, al tercero. Pero don Fernando esperaba hasta que, repuesta del parto su esposa, pudiera acudir también al bautizo. En mi oficio de monaguillo, veía que, después de ser cristianado el infante en el baptisterio a la entrada de la parroquia, se adelantaba el notario con su hijo en brazos hasta el retablo mayor y, elevando al neonato, lo ofrecía a la Virgen de Nieva, en un gesto inusual que nadie más lo practicaba en el pueblo.

Vivía con su numerosa prole en un piso muy amplio, con grandes balconadas a la carretera de Irurzun, donde también radicaba la notaría. Las salas notariales y las habitaciones particulares se comunicaban entre sí, dando la vuelta a toda la vivienda, en torno a una enorme escalera central. Los hijos mayores, disfrutaban de un hermoso cuarto situado al otro extremo de la notaría, al que nos llevaban a los amigos para jugar allí. A media tarde, en mitad de nuestros juegos, don Fernando pasaba a vernos durante unos minutos. Y cuando desde mi domicilio, situado en una esquina de la calle Mayor enfrente de la calleja Matapadres, yo lo

veía dirigirse a la parroquia, su gran estatura y el halo de la personalidad que poseía llenaban el ambiente del recorrido.

Sus dos hijas mayores, hoy religiosas de la Compañía de santa Teresa, han completado gustosas esta breve silueta biográfica: Nuestro padre era madrileño, el primogénito de siete hermanos, a los que ayudó a salir adelante tras la temprana muerte del suyo. Estudió Derecho y en Valencia sacó las oposiciones a Notarías.

Los lugares en los que ejerció su carrera fueron, cronológicamente: Lucena del Cid, Peralta, Villanueva de los Infantes, Campo de Criptana, Albacete y finalmente Madrid donde murió.

Sus trece años de residencia en Peralta, el lugar donde más tiempo permaneció, fueron decisivos para su formación y su vivencia cristiana integrado en las actividades parroquiales.

Si tuviéramos que resaltar algunas facetas que siempre descubrimos en él, te diríamos: su honradez, su integridad moral y el sentido del deber, además de la entrega profunda a su extensa familia, no sólo a nuestra madre y a nosotros. Fue siempre un poco el padre de todos: sus hermanos, primos, amigos… Esto le suponía mucha dedicación, tiempo y esfuerzo. Él lo sabía y en algún momento le pesaba, pero siempre seguía dispuesto a ello. Era sociable y tenía un gran sentido del humor madrileño. Le gustaba mucho el deporte. En Peralta llegó a ser directivo del Azkoyen [3].

Hasta aquí la carta que me envió su hija mayor, contestando a la demanda que yo había solicitado a Amelia porque quería hablar de su padre en este libro.

Cuando don Fernando marchó a la notaría de Villanueva de los Infantes buscando mejores perspectivas profesionales, todavía no había cerrado el cupo de los nacimientos de sus hijos. El que hizo el número undécimo y último nació en ese municipio manchego al sureste de la provincia de Ciudad Real. Con su marcha, Peralta perdió un excelente notario, y yo dos buenos amigos, más o menos de mi edad, sus hijos Fernando y Julián.

Cantidad de detalles avalan la autenticidad y entrega de su vida a los suyos, a Peralta y a sus gentes, que lo puedo confirmar con mis recuerdos de niño observador.

A los hijos que nacieron aquí les supo infundir amor a su pueblo. Me consta que se sienten peralteses, aunque viven lejos. Antes o después, vuelven en alguna ocasión y traen a los suyos, cumpliendo lo que dice la copla:

Si naciste en Peralta,
peraltés siempre serás,
y por mucho que te alejes,
siempre a Peralta amarás.
El amor que dentro llevamos
al pueblo que nos vio nacer,
las raíces tienen tan hondas
que no se pueden romper [4].

El médico ***Don Jesús Zaldo Suescun*** fue un hombre serio, bondadoso, con fama y clientela de buen profesional de la medicina. Poseía además un don especial con el que se granjeaba la amistad de los niños. En esa suave atracción humana, y en su experimentada ciencia, radicaba buena parte del éxito de su trabajo. Hombre de fe y de buenas obras, participó en la vida social del pueblo participando en las charlas formativas organizadas por la parroquia.

Tenía el consultorio médico, uno de los dos que había en Peralta, en su propia casa, que tenía forma de la proa de un barco y estaba ubicada frente el río Arga. Entre los numerosos pacientes que acudían a él buscando remedio a sus males y sus varios hijos e hijas, reinaba en aquel domicilio un enorme trasiego de personal,

Además de atender diariamente en su consulta, visitaba a los enfermos encamados e impedidos. Resultaba cariñoso su saludo invariable a los niños: *¿Cómo estás caballerete?* De entrada, ya daba seguridad y confianza al pequeño que miraba al médico con miedo.

Don Jesús, después de mucho tiempo ejerciendo la medicina en Peralta, se trasladó a Pamplona para facilitar los estudios de sus hijos. Varios años después, un día me encontré cruzando el Parque de la Medialuna pamplonesa con su hijo José Félix, que se dirigía a la cercana clínica de la Cruz Roja, donde su padre se debatía entre la vida y la muerte, Y me invitó a visitarle.

¿Cómo estás, caballerete?, fue el saludo que me dirigió al verme entrar en su habitación. Al despedirme de él, me estrechó la mano insistentemente con escasas fuerzas. Yo se la besé, agradecido y emocionado, bajando la cabeza para que no viera lágrimas en mis ojos. Ya no salió vivo de la clínica.

Después de asistir a su funeral en Pamplona, mientras veían como enterraban su cuerpo, sentado en un banco del cementerio escribí estas líneas de agradecimiento:

A mi médico don Jesús Zaldo

Gracias querido don Jesús,
por tus cariñosas manos,
por tus saludos amables,
por tus múltiples cuidados,
por tus constantes desvelos
de avezado y buen galeno,
por tus prudentes consejos
de caballero cristiano,
por trasladarme a Pamplona
en tu coche hasta el quirófano
entre la vida y la muerte
por un apéndice estragado,
por los juegos frente al Arga
con mis amigos "los Zaldo",
José Félix y Francisco Javier,
tus dos hijos muy amados,
por los análisis clínicos
a mi cuerpo averiado
en tu amplio despacho,
por tanto bueno que diste
a este tu pueblo adoptado.
Gracias, querido don Jesús,
por tus cariñosas manos,
que reposan hoy ya muertas
sobre tu yerto regazo.

Don Miguel Martínez era el otro médico titular del pueblo en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX. Me parecía, y sin duda lo era, un hombre serio y responsable, consciente de lo que se traía entre manos: la salud de medio pueblo. A su consultorio en la carretera de Juan Bautista de Irurzun acudían también muchos pacientes.

Y como nadie se escapa en Peralta sin el consabido mote, a don Miguel le apodaron *Mediquín* o *Mediquillo,* aludiendo cariñosamente a su baja estatura corporal que yo, desde mi endeblez infantil, no la consideraba tan baja. En cambio, su profesionalidad médica era de gran altura.

No lo tuve asignado como médico de cabecera, por eso no lo traté con tanta familiaridad como a don Jesús Zaldo. Pero mantuve amistad con Pilarín, una de sus dos hijas, que siempre me distinguió con un trato deferente y cariñoso, al ser

muy amiga de mi tía Gloria Velasco Troyas, cuyo domicilio y su tienda de regalos estaban aledaños al suyo.

Don Miguel se jubiló en Peralta, cargado de años, de méritos profesionales y del afecto de sus pacientes.

4. Cuatro hombres señeros

Carlos Asín García tenía pocos años más que yo, aunque en este apartado lo integro entre los hombres, porque a él le gustaba que lo considerasen mayor de lo que realmente era. Desde que era muy niño su corazón se resentía. Él lo supo en plena adolescencia, pero su aparente fortaleza física no le ayudó a comprender que sus días iban a ser breves. Más de una vez cogía mi pequeña mano y la posaba sobre su pecho para que apreciase sus arrítmicos y desbocados latidos, comparándolos con los míos, débiles y rítmicos, al tiempo que se reía con cierto aire de superioridad. Se sentía feliz viendo que era distinto a los otros muchachos, sin sospechar que esta diferencia con los demás agazapaba dentro de él una solapada muerte temprana.

Resultaba a un tiempo guapo, altanero, serio, simpático y amante del deporte, pero cada vez más imposibilitado para practicarlo. Fue en mi pubertad un prudente maestro de las cosas de la vida, que los niños mayores enseñan picaronamente a los más pequeños sobre todo en los ambientes rurales. Se lo agradezco porque sé que otros muetes tuvieron en esta materia maestros perversos.

En plena juventud pasó por su casa el ángel exterminador con espada de fuego, y Carlos aceptó la muerte dignamente. Había alcanzado en su último año de vida una entrañable amistad con Dios, que le llamaba a su presencia tan pronto, gracias al buen oficio y a la dirección espiritual del coadjutor don Javier Alfonso. Murió abrasado por la fiebre corporal y por el amor al Señor.

En la última procesión de Viernes Santo quiso atrabar con los demás cofrades las andas del paso del Cristo con la Cruz a Cuestas, pero al llegar al inicio de la calle Méndez Núñez a la altura de su casa, tuvo que abandonar su empeño porque ya no podía más, retirándose discretamente. Alguien que se percató del hecho ha querido contármelo para que quede constancia en estas líneas.

En una visita al cementerio de Peralta bastantes años después de su muerte, he buscado su nombre, sin conseguirlo ver, entre las lápidas de los nichos y las cruces de las sepulturas. Quizá esté enterrado en algún panteón familiar. Pero sabe que he ido a visitarle, que le he buscado con ganas y, a través del deseo, le he recordado como era él de adolescente y yo niño.

Luis Troyas vivía en la calle Mayor, enfrente de la iglesia, donde sus padres tenían una panadería. Su casa, edificada en el siglo XIX, era de ladrillo con galerías de arquillos en el ático y alero de madera en el tejado. Estaba encalada de blanco, perdiendo con ello su severa belleza en favor de una funcionalidad mal entendida, que tampoco perduraría mucho tiempo, ya que fue derruida en el siglo XX junto con las casas aledañas de Dabán y de Zueco, para construir viviendas más modernas.

A Luis se le conocía por el apodo de *Olipo*. Pienso si no sería una defectuosa pronunciación de Olimpo, el cielo de los dioses griegos, dado su ingenio creativo, que le diferenciaba de los demás muchachos de Peralta. De niño ya era muy habilidoso, a la vez que despistado y travieso. Sus padres, con buen criterio, lo mandaron a estudiar a los salesianos de Pamplona, distinguidos por impartir una buena formación técnica en el área de la mecánica.

De tanto leer los logros de los inventores, el pequeño Luis quiso imitarlos y se tiró del ático de su casa con un paraguas abierto. Menos mal que el tendido eléctrico palió una caída brusca, aunque con peligro de haberse electrocutado. En consecuencia, al romperse los cables, quedó un sector del pueblo a oscuras. Otra extravagante inventiva suya en la adolescencia fue navegar por el río, en una crecida del Arga, montado en una gamella de los cutos de su casa.

Ya adulto, creó la empresa Azkoyen. En poco tiempo empleó en ella más de cien obreros. Estaba dedicada a la fabricación de pequeñas máquinas automáticas de su invención que expendían al público botellines de diferentes refrescos y paquetillos de tabaco mediante la introducción de monedas, facilitando así en los establecimientos la compra de los consumidores.

Tras su muerte repentina, los sucesores han potenciado su emprendedora empresa que ha llegado a ser una prestigiosa multinacional, generadora de numerosos puestos laborales y de riqueza para Peralta.

A ***Julio Arpón***, carpintero y comerciante de muebles, y de afición corresponsal de la prensa provincial, me lo encontraba todos los días a las 12 de mediodía camino de la cartería de Marcelino Isturiz para recoger los periódicos y la correspondencia. Al verme pasar por delante de su comercio, ubicado en una esquina de la calleja Matapadres, cerraba la tienda y marchábamos juntos al mismo cometido cerca del Portal del Mocho. Durante este breve camino y mientras esperábamos a que Marcelino terminara la clasificación de las cartas y abriese la ventanilla, practicaba conmigo juegos de palabras tratando de confundirme con retahílas de frases sin sentido, que no cesaba de repetirlas hasta que yo las aprendiera de memoria. Porque Julio se entendía mejor con los chavales que con los adultos.

La expresión de su cara era siempre sonriente. Corregía la acusada miopía de sus vivos ojillos con gruesas gafas de concha. Su cabello, que empezaba a encanecer, se lo peinaba hacia atrás de forma estirada. Vivía con su mujer e hijos en la calle Irurzun, entre el portal del Mocho y la plaza Principal. Allí tenía el taller de carpintería.

Era piadoso, le gustaba llevar las varas del palio en las procesiones con el Santísimo Sacramento. A la parroquia acudía gustoso para efectuar los trabajos de madera que le encomendaban los curas.

Los periódicos provinciales *El Pensamiento Navarro* y *Diario de Navarra* le tenían como corresponsal local. Me consta que mucha gente, y no solamente de Peralta, adquiría la prensa para leer sus sabrosas crónicas, escritas a su modo y manera, tanto en lo concerniente al concepto como a la sintaxis. Sería interesante repasar las hemerotecas de aquellos años y preparar una antología con sus colaboraciones, siempre jugosas e insólitas.

Marcelino Isturiz tenía su oficina como funcionario de correos en el mismo zaguán de la casa donde vivía con su mujer e hijos, nada más cruzar la carretera, cerca de la taberna del Mocho. Una mampara de madera y cristales opacos le separaba del público. Yo acudía diariamente a su despacho por la mañana porque mi tío cura no quería esperar al reparto domiciliario de la correspondencia, porque cuando era abundante se retrasaba hasta la tarde. Para Marcelino la clasificación de la correspondencia que llegaba al pueblo en el tren correo era todo un rito. Dos rimeros de cartas e impresos aparecían encima de su gran mesa, siguiendo una determinada ordenación por calles y casas. A continuación, realizaba el reparto por el pueblo, ayudado por su esposa o alguno de sus cinco hijos niños y adolescentes todavía.

Si el tren de la tarde traía también alguna saca más de correo, Marcelino hacía un segundo reparto. No existía en toda la villa mejor conocedor de los nombres, apellidos y domicilios de sus habitantes. Aunque estos últimos no aparecieran consignados en el sobre, él conocía perfectamente dónde vivía cada peraltés. A veces, las cartas solo traían el apodo del destinatario como única referencia; pero ello no suponía demora alguna en la entrega, dada la pericia de Marcelino con los motes del pueblo.

Le estoy viendo tal como era: menudo de cuerpo, delgado, nervioso, y riñéndole a su acompañante de turno en el reparto por su falta de diligencia. Llevaba puesto indefectiblemente un guardapolvo gris. Y durante el invierno cubría su cabeza una boina negra.

Con gran esfuerzo y sacrificio económico, el matrimonio, proporcionó carrera a todos sus hijos. Uno de ellos llegó a ser sacerdote de la congregación religiosa del Verbo Divino. Cuando se jubiló, toda la familia se marchó a vivir a

su pueblo natal, cuyo nombre no recuerdo. Gracias, amigo Marcelino Isturiz, por tu esmerado y puntual servicio de la correspondencia diaria.

5. Siete mujeres populares

Beatriz Resano, *la Morica*, era muy amiga de mi madre. De niñas habían ido a la misma clase del Colegio de las monjas, de mocicas bajaban juntas al río a lavar la colada semanal, y las dos aprendieron a la par corte y confección con la reconocida modista Cecilia. Se casaron con sus respectivos novios, en la iglesia de santa María de Tafalla, como solían hacerlo por entonces quienes deseaban una boda algo especial, diferente a las demás peraltesas.

Beatriz vivía en la misma calle que el cartero, por eso yo la visitaba frecuentemente cuando tenía que esperar un rato a que Marcelino terminase la clasificación del correo. Su casa de labradores no se parecía a la que yo vivía. Olía a campo y cuadra, a vacas y cerdos, a hierba y alfalfa, a leche recién ordenada… Tuvo varios hijos varones y una sola hija, Juanamary. Fueron su mayor dedicación y alegría. Pedro Jesús, de mi edad, venía conmigo a la escuela. Faltaba a clase con frecuencia porque, como todos los labradores, su padre lo ocupaba en las labores del campo cuando estas acuciaban.

Fue el prototipo de mujer peraltesa: honesta, recatada, paciente, sencilla, y hacendosa. Desarrollaba su vida diaria de forma callada. Circunstancias familiares le hicieron sufrir profundamente, volviéndola triste y reservada. Cuando venía ocasionalmente a mi casa, primero en Azagra y después en Zaragoza, disfrutaba conversando con mi madre. Se quitaban la palabra mutuamente recordando los avatares de la juventud de ambas.

Su hija Juanamary profesó como Hija de la Caridad, siguiendo el ejemplo de las monjas con las que se había educado en el Colegio La Milagrosa de Peralta. Sé lo que supuso para sus hermanos el privarles de su ayuda cuando más la necesitaban porque moría Beatriz, al mismo tiempo que Juanamary ingresaba en el noviciado.

A las hermanas gemelas ***Jesusa*** y ***Emilia Bermejo*** todo el pueblo las llamaba ***las Candeleras***. Ejercían este oficio, consistente en preparar, por el precio de dos pesetas, lo concerniente a la organización de los entierros de sus paisanos. Se encargaron durante muchos años de los detalles necesarios para la celebración de las exequias de los peralteses y de avisar de ellas a los deudos, amigos y conocidos de los difuntos.

Fue costumbre durante muchos siglos en Peralta enterrar a los muertos según la categoría social y económica que habían mantenido en vida. Se había hecho así durante siglos, y en el pueblo no se cuestionaba estas diferencias sociales

postreras. *Las Candeleras* comunicaban a la parroquia la categoría elegida por la familia para el funeral, que podía ser de cinco maneras de mayor a menor categoría: de pompa, de primera, segunda, tercera y cuarta clases.

Aunque la muerte iguala a todos, uno se podía marcharse al otro mundo con los distintivos que había tenido en éste, representados en el funeral por la mayor o menor presencia de los siguientes elementos: catafalco, incienso, asperges, número de celebrantes, carruaje, caballos empenachados, cánticos litúrgicos...

Al jubilarse estas beneméritas hermanas, ya nadie las sustituyó. Aquel sistema de organización y comunicación a todos de los decesos estaba a punto de cambiar radicalmente, en consonancia con los nuevos tiempos postconciliares y de los avances tecnológicos.

La Elena y ***la Paca*** fueron dos mujeres espigadoras. Así llamábamos a quienes iban recogiendo por los campos las espigas que quedaban desperdigadas por la tierra tras recolectar los labradores la cosecha propia. El nombre de las dos es la única filiación que tengo de ellas. Vivían solas en las cuevas del monte, en larga viudedad y al margen de toda vida social. Eran de edad indefinida y, aunque parezca extraño, fueron grandes amigas mías. Desde su analfabetismo integral me incitaron a interesarme por la naturaleza. Cada día las veía venir juntas de recorrer los ribazos de los campos, en los que cortaban hierba que traían en un saco sobre sus cabezas para alimentar a los conejos que criaban como medio de subsistencia. De ellas aprendí la palabra *lechacinos*, nombre con el que llamaban a las hierbas forrajeras que recogían.

Entraban al pueblo por la calle Mayor Vieja y se sentaban a descansar en el primer sentil de la Plaza de los curas. Antes de acometer la subida a sus domicilios en las cuevas del monte, esperaban a que yo bajase de la casa parroquial a recoger una brazada de hierba para alimentar a los conejos que criaba mi abuela en la solana de la casa.

Ocultas en la embocadura de cada saco, traían también algunas guindas, cerezas y las primeras perillas sanjuaneras de la temporada con las que me obsequiaban. Creo que disfrutaban con mi presencia infantil. Quizá yo ocupaba en sus vidas el lugar del nieto que no habían tenido. Les llamaba la atención mi aseo personal y el de mis ropas, frente a las suyas, sucias y abandonadas. Siempre las veía con las mismas sayas, de un color indefinido, que olían a campo y a animales. Me preguntaban si me lavaba todos los días. Al contestarles que sí, ellas añadían: nosotras cuando llueve. Fallecieron siendo muy ancianas, Paca en el hospital del pueblo tras una corta enfermedad. A Elena la encontraron muerta en su destartalada cama, después de varios días de haber fallecido. Por entonces yo estudiaba en Pamplona y tardé en enterarme.

A la modista ***Guadalupe*** todos la llamábamos ***la Chupacha***, aunque en realidad éste era el apodo de su marido. La recuerdo tal como era: una mujer esbelta, guapa y morena. Su trato resultaba muy cordial para todo el que la trataba. Pertenecía a esa clase de modistas que, además de tener taller propio en su casa –en el que le ayudaban sus hijas–, marchaba a los domicilios de sus paisanos para componer las ropas usadas y confeccionar hechuras nuevas. Como gran amiga que era de mi madre, solía venir a nuestra casa de Azagra en la que pasaba varios días apañándonos a toda la familia la vestimenta de cada temporada. El traje azul de marinero de mi primera comunión lo confeccionó Guadalupe en Peralta por encargo de mis padres.

Era frecuente confeccionar abrigos de invierno con una manta de cuadros o con los capotes militares, previamente teñidos, así como coser las batas de las chicas con sábanas tintadas de colores o hacer calzoncillos para los chicos con la tela de los sacos del azúcar. A partir de generalizarse las prendas del "prêt-à-porter", tanto la profesión de modista como la de sastre, tan requeridas en la posguerra por la escasez de tejidos, quedaron muy menguadas.

Guadalupe vivía en una casa estrecha que limitaba por un lado con el *Banco Crédito Navarro* y por el otro con *la Fonda del Comercio*, enfrente mismo de la parada de *la Tudelana*, el coche de línea a Pamplona en la Plaza Principal. Su taller era un excelente observatorio de las idas y venidas de los viajeros. La rememoro cosiendo en su taller con unas gafas de concha ligeramente caídas sobre la nariz, mientras su conversación entretenía a sus hijas y a la propia clientela que iba a probarse la ropa que confeccionaba.

Un año, al volver yo de Pamplona en la Tudelana para las vacaciones de Navidad, me extrañó no verla asomada al balcón como acostumbraba. Subí corriendo al taller para saludarla. Su silla vacía y el luto de las tres hijas me descubrieron la triste noticia de su partida.

Guadalupe, y Eduardo "Chupacha" su esposo, han tenido una larga descendencia. Lo he comprobado hace unos días, concretamente a mediados de octubre de 2024, estando en Peralta para la presentación de la primera parte de este libro sobre la Historia de nuestra villa.

Sus muchos nietos y nietas, hijos de sus hijas ya difuntas, y algunos bisnietos recién casados, me invitaron a una fiesta populosa de un cumpleaños familiar. Estaban celebrando este evento más de cincuenta *Chupachas* jóvenes.

Los domingos y días de fiesta por la tarde ***Martina la Chueca***, nos vendía golosinas a las muetas y a los muetes en un humilde cuartucho encalado y con suelo de madera en los bajos de la casa Dabán, en cuya boardilla vivía.

Al llegar el buen tiempo, Martina sacaba a la plaza de los curas un tablero montado sobre unos palos en forma de tijera sobre el que exponía una golosa mercancía a su clientela infantil. En ella invertíamos nuestra paga dominical de 20 céntimos. Su edad era indescifrable. Vestía siempre de negro, quizá por acumulación de lutos familiares.

Su oferta comercial consistía en regaliz de palo, regaliz negro, orejones de melocotón, cacahuetes, caramelos de varias clases, pipas, piñones, castañas pilongas, nueces, almendras fritas y confitadas, almendrucos, chufas secas y chufas en agua –que ponían perdidos los bolsillos de los pantalones– y poco más.

Usaba un viejo cubilete de madera como medida de los productos a granel. En otoño también vendía trozos de los clásicos chupadores rojos de la feria de Marcilla.

Las monedas más corrientes que pasaban de nuestras manos a las suyas eran: *la ochena* con un valor de diez céntimos; *la media ochena* que llamábamos *perrica* y valía la mitad que *la ochena; el real* con un agujero en el centro, equivalente a *dos ochenas* y *una perrica*. Esta era nuestra paga de los domingos. *La peseta* era moneda de potentados, sólo a nuestro alcance en las fiestas patronales y en los cumpleaños. La mercancía que vendía Martina podía más en nosotros que la virtud del ahorro.

6. Los hermanos Zoilo

Perico*,** labrador castizo donde los haya, se consideraba, y lo era, amigo de todo el pueblo. Su diminuta y chata figura y su verbo rebuscado causaban gran risión entre los muetes, que nos mofábamos de él, aun a riesgo de salir malparados por su boca. Vivió toda la vida en la calle de la Ventablanca con su hermana ***Micaela, tan pequeña y chata como Perico. Ella, que era pusilánime, llevaba la casa como podía. Afortunadamente Perico se daba buena maña en las faenas domésticas. El ahorro y la avaricia de ambos podían más que la alimentación, la higiene y la vestimenta de los hermanos. Habitualmente todos en el pueblo les llamábamos por el apodo, *los Zoilo*.

Perico era consciente de que su barroca labia provocaba la risa de sus oyentes. Pero no por ello se amilanaba, sino todo lo contrario; y el pobre léxico de muchos de sus paisanos, enfervorizaba su verbo sin complejos. Pero en su original facundia le traían mareado los acentos, o más bien era él quien mareaba a las palabras poniéndoles el acento a su arbitrio y conveniencia. Las voces llanas las convertía sin problema en agudas y viceversa, y de las esdrújulas es mejor no hablar.

Hay infinidad de chascarrillos sobre estos dos hermanos. De Micaela se hablaba menos por su cortedad (aún quedaba caridad cristiana); de Perico más, por su retórica, que él mismo llamaba *fraseología*. He recogido algunos hechos y dichos de ellos, tal como se recordaban todavía en el pueblo cuando escribí estas líneas.

Un día, el capellán del convento utilizó al predicar la homilía dominical expresiones excepcionalmente brillantes. Perico, al escucharle, elevó la voz en medio de la iglesia de san Miguel, interrumpiendo al predicador con estas palabras: ¡*Señor, Señor, que abundancia de fraseología!*

Durante la gran Misión de 1946, mandó el padre Langarica que cantasen solamente los hombres una determinada canción penitencial; como la voz atiplada de Perico sobresalía sobre las demás, subió el misionero a un púlpito de la parroquia para recordarles: ¡He pedido que canten solamente los hombres!

En otra ocasión, un vecino le saludó de la forma habitual: *¿Qué tal, Perico?* Y él le contestó: *Ya ves, aquí voy deambulando a intervalos la acera de la calle Mayor*. Y se quedaba tan serio mirando a su interlocutor con ojillos de pícaro, adivinando la contenida hilaridad del otro ante tan alambicada respuesta.

Una tarde Perico entró en el estanco de Cándida Gómez pidiéndole que le mostrase objetos de escritorio. La estanquera, creyendo que se trataba de algún regalo de compromiso que tendría que hacer, se esmeró en enseñarle un variado surtido de plumas estilográficas, cartapacios, escribanías completas, etc. Nuestro hombre miró y remiró los objetos presentados, preguntándole precios y calidades de cada uno de ellos, para terminar diciéndole a Cándida: *Opto por este lapicerito de diez céntimos*.

Entró Perico un día en la mercería de las hermanas "Corellanas" de la calle Mayor, y le dijo a Araceli:

-- Señorita, experimento amagos de comprarme unos calcetines verdes.

-- ¡Por Dios!, Perico, que ese color no se fabrica para los caballeros, solamente tenemos negros, grises, marrones y azul marino.

Después de mirar y remirar durante un buen rato todos los que le mostró Araceli, ésta le preguntó impaciente:

-- ¿Qué haces, Perico?

-- *Estoy meditabundo y dubitativo,* le contestó. Pero finalmente se decidió, y soltó:

-- Me llevo estos negros. Creo que a la Micaela le gustarán por ser más sufriditos.

En el comercio de Angelines Gil, al que fue para comprarse una camisa, ésta le preguntó:

- ¿De qué color la quieres, Perico?

A lo que contestó con toda tranquilidad:

- El rosáceo es el color preferido de mis pupilas.

Tenía una yegua blanca y lucida sobre la que se montaba para ir a trabajar al campo. Alguien le preguntó un día:

- ¿A dónde vas, Perico?

- Por ahí vamos yo y la yegua cuadrupeando espacios.

Se dice también que ataba cencerros a las ramas de los árboles de su huerto para que sonasen si alguien iba a robar fruta.

No se acomplejaba ante nadie, y menos aún delante de los estudiantes del pueblo que intentaban ponerle en ridículo. A veces era él quien les ponía en evidencia con preguntas de este cariz:

- A ver, vosotros, los sabios del pueblo, decidme: ¿cuántos litros por segundo pasan ahora por el río Sena?

Les miraba retador, abría la boca como después de una hazaña torera, y se marchaba seguro de que no iba a obtener respuesta.

Por el contrario, su hermana Micaela, además de ser tímida, poseía escasas luces. En cierta ocasión entró en un comercio de Zaragoza para comprarse ropa de invierno:

- Quiero una toquilla del color del mirador de la señorita Carmen Arricivita.

Los dependientes lograron al fin enterarse con gran esfuerzo de qué color estaba pintado el citado mirador peraltés, pudiendo satisfacer la demanda de tan especial clienta.

Cuando Perico quería terminar cualquier asunto, urgía a los demás con la frase:

- A cancelar, a cancelar.

Y no admitía demoras.

Si tenía que marcharse de alguna reunión, soltaba ricamente:

- La compañía es grata, pero mi presencia resulta imprescindible en otros menesteres.

Gozaba de una prodigiosa memoria para los nombres propios de sus paisanos y para los acontecimientos importantes sucedidos en el pueblo. Además, una retahíla de refranes salía continuamente de su boca, vinieran o no a cuento.

Cuando Micaela enfermó por primera vez en su vida, Perico cerró puertas y ventanas de la casa y, asustados, se aislaron de todos sin ni siquiera llamar al médico. Como pasaba el tiempo sin saber de ellos, los vecinos dieron cuenta a las autoridades, que entraron en la vivienda encontrando a Perico llorando y con la hermana enferma en sus brazos. Ya muy viejos, ambos pasaron los últimos años de vida en la residencia geriátrica Miguel Revuelta.

El día que murió Micaela, sor Consuelo, para animar a Perico, le preguntó qué deseaba cenar:

- Un huevo duro como el caso, hermana, le respondió.

Después de la muerte de Micaela, Perico ya no paseaba por el pueblo como antes, y se conformaba con la compañía de las personas que acudían a visitarle. Cuando la altura social de sus visitantes cuadraba con sus aspiraciones, hacía lo posible para que todos le vieran hablando con ellos, y más tarde, él mismo buscaba la ocasión para que le preguntasen por tales visitas. Entonces contestaba muy ufano:

- Son amistades "abolenguescas" que tengo.

Al enterarse el profesor peraltés Antonio Sánchez Asín que en este libro iba a describir hechos y dichos de los hermanos Zoilo, me ha facilitado la entrevista que le hizo a Perico hacia el año 1971. En ella, como dice Antonio, tiene contestaciones para todo, hasta para las cuestiones más profundas de la Teología:

P -¿Qué opina usted de la hogénesis de la genética dentro de la bioquímica?

R -"La epoética" y "la homogética", la ignorancia defrauda la paz y la prudencia concreta al bienestar (Perico se sale del tema y le insisto),

P -¿Podría centrarse más a nuestra pregunta? Me contesta:

R -Qué da a entender con esas frases, pues, a mi modo de entender conocida, si las conozco, ¡no puedo entender ni pio!

P -*¿Me podría dar razón de su existencia?* (Se sale del tema y la risa no me deja escribir lo que dice…)

P -Usted que ha sido tan feliz y campechano dentro del marco hagiográfico y cosmológico,¿ a qué lo debe?

R -A que viví con entusiasmo del buen proceder y pretendiendo guardar armonía en todas las cosas y a todas las pruebas que pueden sugerir en las circunstancias en que me hallaba.

P -¿Qué opina de la Trinidad dentro del marco de la Revelación?

R -Aquello de San Agustín. Que dentro de las ambiciones que todas son pasajeras, son los estímulos religiosos los que proporcionan paz a la humanidad y, por vía eterna, gloria a Dios en las alturas y paz a los cerebros de ambos sexos que procedan de inclinaciones inofensivas.

P -¿Cuándo nació?

R -Nací el 2 de agosto de 1883 – 1884. Morí desde antes de la madrugada. Nací en la pila de San Juan Evangelista.

Con la muerte de Perico se perdió en Peralta una curiosa e interesante institución oratoria. Su recuerdo permanece junto al dicho popular "*Hablas como Perico el Zoilo"*, utilizado para avisar a alguien que se está pasando en el empleo de un vocabulario inusual.

NOTAS:

1. Archivo municipal de Peralta. *Carpeta de León Villafranca.*
2. Carta de Silvio Laviñeta Samames, sacerdote natural de Valtierra, dirigida al autor en mayo de 1987.
3. *Carta de su hija Amelia*, que me envió en enero de 1987.
4. La letra de Mercedes Verda.

Fábrica de Azkoyen en Peralta

Celebrando los 75 años de la empresa Azkoyen en Peralta

Luis Troyas, pionero de la invención en Peralta

Antigua fábrica de Azkoyen, testigo de la historia industrial de Peralta

CAPÍTULO XIII: PERALTA EN EL CENTRO DE LA RIBERA

1. Pueblos y campos

En el corazón de La Ribera de Navarra, y alrededor de Peralta, se encuentran desde hace más de dos milenios las villas de Funes, Marcilla, Falces, Andosilla, San Adrián, Azagra, Villafranca y Milagro. Si el vocablo ribera hace referencia a la orilla de un río, hasta cuatro importantes cruzan estos pueblos y sus tierras: Ebro, Aragón, Arga y Ega. El Ebro lo hace en su curso medio, mientras que los otros tres están a punto de desembocar ya en él. Y si ribera significa tierra llana de regadío, extensas son las llanuras de La Ribera navarra, cuajada de huertas de hortalizas y de frutas. Sus habitantes siempre se han denominado *riberos*, para diferenciarlo del adjetivo genérico de *ribereños* con el que el diccionario define, sin especificar, a los moradores de las orillas fluviales [1].

Las riberas de los cuatro ríos citados aparecen ya en los censos de los oradores del siglo XIV [2]. Peralta y los pueblos circunvecinos están situados en el límite de tres Riberas: *la Tafallesa, la Estellesa* y *la Tudelana*. Juntas forman la gran *Ribera navarra,* colindante con otra extensa *Ribera, la Riojana.*

Peralta pertenece a *la Ribera Tafallesa* y ha formado parte del devenir histórico de *la merindad de Olite*. Sin embargo, por sus tierras tabuladas y aireadas, secas y vinícolas, se parece más a la *Ribera Estellesa.* Al igual que los pueblos de la *Ribera Tudelana*, la villa peraltesa resulta abierta, ancha y luminosa. Está casi a media distancia de los mares Cantábrico y Mediterráneo, participando del influjo de los dos, pero no se integra en ninguno de ellos. No disfruta del clima húmedo del norte, pero algo de su humedad le llega a través de los ríos vascos *Larraun* y *Araquil*, afluentes del Arga. No tiene la tibieza climática del este levantino, pero algo de ella asciende por la gran depresión ibérica.

La cercanía del Moncayo y de los Pirineos no consiguen trocar en continental el clima casi mediterráneo de Peralta, aunque haya días invernales y estivales que desdigan esta bonanza.

Hasta tres vientos irreconciliables se suceden aquí sin arremolinarse demasiado. Cada uno con su propia estrategia azota en direcciones opuestas. Son el *Cierzo, el Bochorno* y *el llamado Castellano*.

Por el predominio alternante de esto tres vientos, se ha dicho que la Ribera navarra tiene clima eólico [3]. El primero baja del norte y se derrama helador por el valle, humillando la cerviz de las gentes y de los cereales, pero también refrigera en los rigores del estío.

El segundo sube caliente del sur y sureste y acelera la sazón de los campos, arrancando del monte esencias embriagadoras, pero también oprime de sed la exuberancia de las hortalizas.

El tercero, el Castellano, entra desde La Rioja a través de las puertas de Rincón de Soto y de Alfaro, haciéndose notar sobre todo en otoño, pero es un viento que dispensa los primeros catarros de la temporada y cuando se muestra intemperante, las gentes dicen de él: *corre un airaz que pa´ qué.*

Peralta goza de un firmamento azul y puro que hace a las personas abiertas, transparentes y sensibles a la belleza, como lo testimonian sus jotas. Llueve poco, pero cuando lo hace de Bochorno, es una lluvia maldita. Afirma sabiamente el refrán popular: *Las aguas de san Juan, quitan aceite, vino y pan*.

Si las tormentas llegan para san Pedro, devastan los cereales; si lo hacen para san Roque, en plena canícula agosteña, apedrean los viñedos; si se dan cita conjunta lluvias y deshielos, entonces los ríos Arga y Aragón se salen de madre y anegan las sementeras primaverales, enlodazando caminos y perturbando las comunicaciones [4]. El cercano Moncayo y la proximidad de las Bardenas conjuran de ordinario la llegada de las nubes.

Peralta se siente muy deudora de sus ríos, de los que hace derivar bocales, canales y acequias para el abastecimiento acuático de los riegos.

El cambio de estación trae bruscos contrastes. La primavera llega de repente: de pronto, los campos se cubren de colores y verdean tímidamente las colinas. En el otoño son tonalidades de oro las protagonistas; en esta estación los zaguanes de las casas de los labradores olían antaño a trigo candeal almacenado y a mosto recién hecho antes de convertirse en el nuevo vino del año.

Del invierno peraltés no hablo para no entristecerme porque lo he sufrido, siendo niño en mis sabañones; Por el contrario, la desnudez del campo se adorna con el plástico de los invernaderos que albergan extensos semilleros de las hortalizas.

2. El labriego peraltés

El labrador peraltés prodiga mimo y cuidado al regadío, al tiempo que no descuida el secano. Sabe manejarse con el viento y el agua para convertir sus áridos labrantíos en campos fecundos. Aunque los frutos de la huerta son seguros, el agricultor necesita la insegura contrapartida del secano, que templa los ánimos de la confianza excesiva, de la indolencia y de la rutina del bienestar. El secano exige trabajarlo. Para que cuajen las espigas y medren los racimos hay

que mantener a raya la exuberancia de las especies asilvestradas en los montes y ribazos, que campan a sus anchas si se les da tregua.

Hace años adornaban los balcones y ventanas de las casas labradoras, vistosas ristras de guindillas y pimientos rojos que se deshidrataban al sol y al aire del otoño y del invierno. Se cuenta de un obispo de Pamplona –evidentemente no era oriundo de La Ribera– que, en su primera visita pastoral a un pueblo ribero, se enfadó al ver las fachadas de las viviendas engalanadas, porque había indicado de antemano que se abstuvieran de hacerlo como muestra de bienvenida. Pero lo que veía el prelado en los balcones no era otra cosa que los pimientos y las guindillas de la reciente cosecha deshidratándose [5].

En invierno el pimiento seco tiñe y sazona las ricas sopas de ajo y la cazuelica de bacalao. De la guindilla se ha dicho que representa la vida de la gente de La Ribera: picante, colorista y apetitosa, es decir una agridulce invitación a mirar al mundo positivamente [6].

Las costumbres y la forma de hablar de los labriegos peralteses son similares a las de los habitantes de las otras villas riberas, incluidos los pueblos limítrofes de La Rioja y de Aragón. Los sufijos de -ico e -ica están arraigados por igual en todas estas tierras. Y el trato, a la par que sincero y algo rudo, resulta familiar.

Se ha dicho que el paisaje modela la idiosincrasia de los pueblos. Hasta no hace demasiado tiempo los hijos trataban a sus padres de usted, no por falta de confianza sino porque prevalecía el sentido del respeto. Pero, a pesar del tratamiento, si había que replicarles en justicia, se hacía con total franqueza, no exenta de cariño. Los labradores de Peralta son socarrones, con esa clase del humor que ronda a partes iguales con la ironía, el cinismo y el estoicismo. Y con esta filosofía abandonan este mundo, serenos ante la muerte tras el deber cumplido.

Este tipismo labriego ha ido perdiendo terreno de forma acelerada en los últimos cincuenta años, a impulsos del factor nivelador de una sociedad globalizada y homogeneizadora. Hoy se hace difícil distinguir a los escasos agricultores que quedan en Peralta de los restantes habitantes del pueblo.

3. Agricultura y ganadería

La sociedad navarra ha sido durante siglos eminentemente rural y agrícola. La agricultura ha predominado en Peralta siendo el medio mayoritario de la vida de sus gentes. A partir de los lejanos años ya de la Reconquista a los agarenos, los labradores que aquí se asentaron fueron de tres tipos: solariegos, de realengo y de abadengo. Los primeros abonaban sus pechas al señor, los segundos, al rey, y los terceros tributaban por sus tierras a la iglesia del pueblo o a alguna abadía.

A partir del siglo XIII los contratos de arriendo de las tierras se hacían por un determinado número de años, o por toda la vida del arrendatario.

Mientras los labriegos se hacían cargo del laboreo de las tierras, los propietarios ponían la simiente. Generalmente los labradores pechaban sin derecho a participar en la gestión política del reino, aun cuando su contribución era la base de la economía. Y se pagaba la pecha en especie o en dinero, según costumbre o pacto. La tributación por la cosecha dependía de los frutos recogidos. En años de malas cosechas, epidemias, guerras u otros motivos generalizados, apenas se podía cumplir con las obligaciones tributarias, ni casi mantener la propia subsistencia del labrador y de su familia. En estos casos los impagos originaban litigios, pleitos y exenciones totales o parciales, según cada caso.

La agricultura de Peralta se acomodó a ese ritmo tributario, casi siempre en un ambiente familiar de estrechez económica por las muchas bocas que había que alimentar. Hubo que echar mano de la ganadería para poder sobrevivir. Se servían del ganado caballar, mular y asnal para las labores del campo, y se ocupaban de criar vacas, ovejas, cabras, cerdos y aves de corral para el consumo diario y el intercambio comercial.

En el término municipal, al gozar doblemente de las aguas del Arga y del Aragón, se desarrolló la riqueza maderera con sotos y arboledas, hoy desparecidos por haber sufrido una explotación intensiva durante siglos. El policultivo del regadío, a base de pastos forrajeros y de hortalizas de excelente calidad, fomentó un activo comercio de intercambio con las zonas montañosas de Navarra y de las cercanas provincias vascongadas. En los primeros años del siglo XIX se regaban en Peralta 17.000 robadas de tierra. La producción del secano, por el contrario, dependía del agua del cielo.

Los que trabajaban tierras propias se servían temporalmente de jornaleros que contrataban de sol a sol pagándoles el jornal al final del día. Con cuatro pares de mulas y dos caballos para el labrado, los jornaleros se ocupaban de la sementera en invierno y del cavado de las viñas en primavera. El carro entraba en escena para la siega y la trilla del verano, y para la vendimia de octubre.

Los cereales, asociados en su cultivo a las leguminosas y a la vid, ocuparon la mayor parte de las tierras del secano peraltés, ligeramente de mayor extensión que las del regadío. Su laboreo variaba según el labrantío, bien aplicando tres métodos diferentes: el de *año y vez*, el de "*tercio*", o el de *tresañado*. Después de recoger la cosecha de cereales, las rastrojeras permanecían abiertas al aprovechamiento comunal para sostener el ganado del vecindario que apacentaba un pastor dulero [7]. También había mujeres espigadoras que recogían para sí mismas las espigas cortas que se les caían a los segadores.

En 1802 Peralta contaba con cinco molinos harineros, que se habían reducido a sólo uno el año 1847. A comienzos del siglo XX ya funcionaban dos fábricas de harina. Hasta que no se generalizó el uso de fertilizantes minerales, el estiércol, llamado por aquí ciemo, era el abono natural y habitual de las tierras para preparar la siembra.

En la actualidad los cultivos más importantes de Peralta pueden reducirse a tres grupos. El primero lo forman el trigo, la vid y el olivo, que están en regresión; y en menor cuantía, la remolacha y la avena. En el segundo grupo, la cebada, la alcachofa, los frutales, la alfalfa y las praderas artificiales están en expansión; mientras el espárrago, producto estrella hasta hace pocos años, aparece en franca decadencia por la carestía de la mano de obra. En el tercer grupo se mantienen como cultivos estables la patata, el maíz, la berza y el tomate [8].

Durante milenios, y hasta los años de la mecanización generalizada del campo, han figurado como instrumental agrícola layas, azadas, hoces, guadañas, palas, aladros –primero sencillos y después de vertederas–, podaderas y trillos, predominando en todos, como material básico para su construcción, la madera endurecida. Los trillos primitivos llevaban en su base dientes pedernales a base de cantos rodados y ruejos del río, pero con posterioridad se utilizaron los dientes de hierro que resultaban mucho más eficaces.

4. Pastores y rebaños

Un factor importante de la economía peraltesa ha sido siempre el ganado lanar. Durante siglos Peralta y Funes formaron una mesta común, que por concordias no podían exceder de 11.000 cabezas de vientre y 2.000 carneros. Tanto los grandes como los pequeños ganaderos participaron en la Mesta general, que organizaba la trashumancia de los rebaños desde las tierras bajas de La Ribera a los prados de las montañas, a través de cañadas que aún cruzan el territorio de Navarra.

La bajada de los rebaños desde los pastos norteños a los ribereños se iniciaba el día de san Miguel, el 29 de septiembre; pero si perduraba la bonanza climática, la estancia en las alturas se prolongaba hasta finales de octubre o comienzos de noviembre. Durante todo el invierno y buena parte de la primavera permanecían los corderos estabulados en los pueblos del sur, para volver a la montaña a lo largo del mes de mayo.

Por Funes y Peralta pasa la Cañada Real que nace en Milagro y llega al valle de Aézcoa con un recorrido de 135 kilómetros. En Peralta traspasa la sierra hasta Lerín y Berbinzana. En Larraga se cruza con la Cañada de Tauste, que va hasta

la sierra de Andía, continuando por Mendigorría y Puente la Reina hasta alcanzar la sierra del Perdón. Desde aquí desciende por Noain y Tajonar hacia Urroz, Aoiz, el Valle de Arce y Urraul Alto y entra en la Abaurrea para terminar en la porción más septentrional del valle de Aézcoa [9].

A principios del siglo XX para custodiar un rebaño de 1.200 ovejas iban hasta siete hombres. Hoy, encontrar dos, uno que guíe y otro que cuide el ganado, es tarea difícil. La organización de los trashumantes está tan quebrantada como sus usos y costumbres tradicionales. Recordar la vida de los cañaderos es evocar escenas que, con toda seguridad, ya no volverán a repetirse. La crisis de la ganadería, los nuevos sistemas de alimentación de los rebaños y, sobre todo, los grandes medios de transporte para estos, han dado al traste con costumbres ancestrales. Hoy trae más cuenta transportar los rebaños en camiones que conducirlos por la cañada, entre otras razones porque mientras caminan cada animal llega a perder hasta tres kilos de peso. El engorde de los rebaños hoy se hace en primavera en los pastos meridionales y durante el verano sólo es cuestión de mantenerlos en el peso adquirido.

La larga reseña siguiente describe pormenorizadamente la trashumancia ganadera de Navarra desde el valle del Roncal a la Bardena. Ilustro con ella, a modo de ejemplo, el trajín de subida y de bajada de la cabaña, aunque no sea éste el itinerario habitual que seguían los rebaños peralteses [10].

Estamos en otoño, hacia San Miguel. En el ayuntamiento de partida, el secretario expedirá una guía con objeto de que los ganaderos puedan sacar sus ganados fuera del valle. Para "hacer la cañada" se necesitan por lo menos un certificado de vecindad, otro del veterinario y hacer una solicitud al presidente de la junta de la Bardena. Como el encontrar pastores asalariados cada día es más difícil, suelen ir con los hatajos los hijos: los solteros, sobre todo. Antes de amanecer se recogen los animales, se busca a los que se han podido extraviar por el monte, y, así se inicia la marcha al apuntar el día. Los animales avanzan lentamente hacia el sur. Pero los días anteriores son también días dedicados por los pueblos a sus pastores.

En el sermón de la misa del domingo se habla de ellos y para ellos. Durante las noches hay rondas y serenatas de despedida, en las que la jota hace el gasto. El domingo antes de salir de cabañera los pastores confiesan y comulgan. Vuelven a hacerlo el día de la Ascensión y al volver. Una especie de acumulación de energías vitales suponía también las comilonas y algún abuso de bebidas, en vísperas de la invernada.

Aún salen hoy atajos de más de 1.000 reses; pero los viejos dicen que en sus tiempos, es decir, durante la primera parte del siglo, había quien llevaba al sur más de 3.000 cabezas; todo mimo y capricho era poco para con los animales.

Unos cuidaban de adornar sus pelajes, otros ponían nombre a cada una de las reses, a las que conocían por sus rasgos individuales; también conocían a los hijos y aun nietos en una línea. Los ascendientes –dicen los pastores viejos– dan el parecido a los descendientes y hay caras de oveja o de cordero como hay caras de hombre o mujer.

Los "chotos" que servían de guía se adornaban hasta con banderolas y las grandes esquilas de ellos y las pequeñas de las ovejas eran objeto de varias atenciones. Había quien las traía de Jaca y la rivalidad y pique se marcaban con el esquileo. Los grandes esquilones con collerones adornados de clavos dorados, con las iniciales del dueño, son hoy objeto de comercio de antigüedades. No dejan de recordar a los que se usan en otras zonas pastoriles de Europa. El truco da la nota baja, el cañón la aguda.

Salen las ovejas con un raro instinto del camino que inician, pues se dice que algunas extraviadas han aparecido solas en la Bardena. Al llegar a Burgui comen hombres y animales. Hoy día no se considera afrentoso que un ganado se adelante a otro en la cañada; antes sí. La "tendida" o paso de ganados en un pueblo ocasiona dificultades y tensiones. Los ganados solían llevar antes quince y aun veinte machos cabríos ("chotos") en cabeza. Hoy se ha limitado su número, porque se considera que el animal es dañino; también las cabras que le acompañan.

De Burgui salen los pastores al Alto de las Coronas; de allí a Yesa, ya no se sigue carretera. La noche la pasan en el barranco de Chares. Los "hateros" llegan con sus asnos cargados de trebejos. Y se reúnen los de varios rebaños a cenar juntos. Poco vino y mucho pan consumían los viejos que se desayunaban con un trago de agua y un mendrugo seco. Las migas hacían el gasto para los almuerzos y las cenas.

Unas pieles de ovejas y unos sacos donde se mete parte del cuerpo hacen de cama. Hay que aguantar el aguazón. Hay que prever que el ganado se escape en parte, que se junte con otro, aunque las ovejas conocen el trayecto.

La próxima "estación" es Melluga. Allí se reúnen los pastores y los animales extraviados. Es hora de almorzar. Unos ganados acampan en un barbecho; otros junto a una borda. Hay que entablillar a alguna oveja con la pata rota; hay que separar reses mezcladas. Los que cuentan los ganados obligan a pasar a todas las ovejas entre dos pastores. De Melluga sube el ganado al término de Navascués. Hay que vigilar a las ovejas para que no se salgan de la cañada, porque los guardas extreman más su función. Se pasa el portillo de Ollate al caer la tarde. Se cena después. Algo más allá, en tierra del almiradío, se pasa la segunda noche. Hay por aquí un "cañadero". El "tío cañadero" concretamente cobra el paso; veinte pesetas por rebaño. El cargo se subasta entre vecinos del

ayuntamiento correspondiente. El de Navascués en 1957 había pagado por el año 1.300 pesetas. No las sacaba en dinero. Sí, por la leche que le dejaban los rebaños al subir de vuelta en primavera. Los pastores tienen que ordeñar ("sumir") a diario, para que no se sequen las ubres de las ovejas. No pueden, en su marcha, aprovechar la leche. La regalan al cañadero y éste hace quesos estilo de los del Roncal.

Hay que subir otra vez, rumbo a Leyre. El trayecto es duro; de los que provocaban medidas de seguridad por parte de los roncaleses, que incluso iban armados de pistolas para protegerse de carboneros y leñadores miserables que procuraban robar alguna res. Se sube a una llana, en término de Bigüezal, y se hace el rancho en Fuentes Negras. El ganado sestea y se pagan al cañadero de Bigüezal las veinte pesetas consabidas y se sigue rumbo al monasterio famoso, pasando junto a la cueva de la cañada y el portillo de Leyre.

Alrededor del monasterio se aparejan rigurosamente los rebaños, y los frailes prestan a los pastores una cocina con leña, agua y hasta una sartén. Les venden huevos, aceite, etc. No renuncian sin embargo al caldero de migas. Sobre las losas de la cocina, o en el pajar, duermen la tercera noche. Empezará el tercer paisaje también; la jornada es más corta con Sangüesa como hito. Los derechos de paso que cobra el monasterio son una peseta por cada cien ovejas. Se desciende hacia Yesa donde hay un puente cañadero sobre el Aragón. Como es tierra mediterránea de fruta y los melocotones en otoño aún cuelgan, los pastores sufren tentaciones de meterse en los vergeles, como las ovejas los tienen de entrar en las viñas. Abundan los guardias tanto como las discusiones y las multas.

El secano vuelve a producir tranquilidad. Se pasa junto a Javier. Allí hay que pagar otro paso después de haber pagado un duro en Yesa, diez pesetas por rebaño más 1,50 por cada cien cabezas por el herbazgo. Pastan los animales agrupados por los mastines con nombres al día (Litri, Copi, Chamaco) y hacen los hombres su caldero en el alto de Javier.

Durante toda la cañada se habla de la noche de Sangüesa. Es que esta cuarta noche es una noche de expansión. Dormirá el ganado en las barreras; bajarán los viejos roncaleses a verlo. Los pastores se alojan en una posada, la casa de la Paca, se asean y se lanzan a la calle.

La calle Mayor de Sangüesa, los bares modernos y las tabernas viejas se animan. Los pastores, que han cambiado sus abarcas por zapatos, van en grupos, beben en grupos, gritan en grupos. Algunos gastan en la noche de Sangüesa los ahorros de un mes, o por lo menos lo dicen. Los serenos y guardias vigilan los grupos de diez a doce. Las disputas no faltan y los alborotos tampoco.

Se llega a Sangüesa por el camino de Sos. Se sale por la carretera de Peña y se atraviesa este pueblo en cañada o se va hacia la ermita de San Zoilo de Cáseda, en donde se une la cañada que baja del valle de Salazar.

La de Peña es más corta, pero obliga a atravesar la sierra; se pasa por la Torre, llega a Peña y el Portillo. Cobra el guarda un duro de paso. Los hombres pueden comer a la bajada; no así los animales que en el trayecto final pierden peso. A veces, por miedo a una merma excesiva, prefieren pagar multa y meterlos en una "huebra".

A media tarde se llega a la Bardena de Cáseda y en término de Cáseda se une con la de Peña la cañada de San Zoilo. Aquí se perfilan y formalizan planes y proyectos. Las ovejas se distribuyen en hatos de trescientas con un pastor si ello es posible y se reparten por la tierra despoblada, en la que de vez en cuando se ve una "corraliza".

La Bardena, que se va saturando, se agota como pasto. Los ganados, los hatajos, tienen que arrendar corralizas de particulares o subastadas por ayuntamientos. El fondo del invierno hay que pasarlo, así, en Aragón; se puede llegar a Teruel o a las tierras de Lérida. Las hierbas carísimas hacen que el ganado disminuya y en 1957 se calculaba que 1.600 cabezas podían pagar más de 200.000 pesetas. Se paga en Cáseda y se sigue.

La cañada está jalonada de corrales, con grandes cercas para los ganados. Se pasa por Morea y Lasaga y por allí se pernocta en la quinta noche. Es el borde ya de la bajada secular. Antes de la madrugada se inicia la marcha otra vez y se puede amanecer en término de Carcastillo, donde el guarda cobra su derecho. Después se llega al Paso de la Bardena. El cabo de guardias de la Bardena, saluda a los mayorales, les pide sus papeles y da la orden de entrada.

Ve si hay ganado enfermo o ganado de pueblos que no son congozantes. Para ello comprueban las marcas del ganado, que son tres en cada res. Una grande, hecha con brea en el costado; otra, grabada a fuego en el hocico; otra consiste en un corte en la oreja. Los corderos padres o "mardanos" tienen dos marcas de costado.

En el Paso se organiza una pequeña feria, dada la concentración; entraron en 1956 hasta 30.000 en un día; pero en 1946 aún podía decirse que pasaban de 80 a 90.000, que en 1956 era la cifra que daban todos los ganados de la Bardena.

La vida en las Bardenas es más tranquila que en la cañada. Se duerme más; pero pesan la soledad y la monotonía de la alimentación. Cada rebaño se divide en hatajos que pastan en lugares aparte, en zonas que respetan mutuamente los pastores. Los corrales tampoco son de propiedad particular, pero el que construyó uno, o el que llega primero tiene cierta preferencia.

5. La industria

A principios del siglo XX fue naciendo la industria en los pueblos y especialmente en las ciudades, basada en la producción artesanal. La revolución política del siglo XIX, transformada enseguida en revolución económica y social, había traído a las sociedades rurales una organización planificadora que empezó a racionalizar los factores de producción.

El agricultor que no quiso quedarse atrás, se fue incorporando al movimiento de la tecnificación. Pero aún se veían en los campos algunos labradores viejos que removían sus tierras con las tradicionales layas.

Peralta tomó a tiempo la decisión de adecuar su estructura agrícola a las necesidades modernas de la producción industrial. Explotando ordenadamente a través de una cooperativa 30.000 robadas de espárragos, verduras, hortalizas y cereales, se frenó la emigración y se elevó el nivel de vida.

La industria peraltesa, además de ser creadora de bienes necesarios, ha logrado revalorizar el sector a través de proyectos tecnológicos, ha dado estudios a los hijos del pueblo que más tarde ejecutarán nuevas transformaciones, ha creado su propia cadena de fabricación mecánica, ha promovido un medio de vida a los productores aquí afincados, ha revitalizado el comercio y las profesiones liberales, ha ayudado al sostenimiento de las cargas del municipio, de la comunidad foral y de la nación por medio de los impuestos y, finalmente, ha consumido productos de fuera de la villa, cooperando así a la reciprocidad social y al desarrollo sostenible de la villa.

Hasta 1965 podía decirse que Peralta era el típico pueblo rural, pero con un comercio destacado entre los pueblos vecinos, especialmente Funes y Marcilla. Hoy mantiene su originaria orientación agraria, y el que fuera su acreditado comercio ha virado en no pocos casos, hacia industrias productivas y de vanguardia.

De la Bodega Cooperativa San Francisco Javier y la Cooperativa Agrícola San Isidro Labrador, que hicieron antaño un importante papel de distribución y promoción del trabajo, se ha pasado a los operarios de talleres y fábricas con jornadas ordenadas y estables y con la participación –antes escasa o nula– de la mujer en el mercado de trabajo.

Hoy, varios almacenes comercializan cereales, alfalfa y abonos. Hay industrias conserveras, de cerámicas de la construcción, fabricantes de máquinas expendedoras, de componentes electrónicos, de mobiliario escolar y de oficina..., que adquieren cada día mayor relieve y alcanzan repercusión provincial y nacional, llegando incluso a la exportación. Talleres de recubrimientos plásticos, maquinaria agrícola, matricería, utillaje y piezas de

precisión... han propiciado un auge importante en el propio desarrollo agrícola e industrial.

Se ha impulsado notablemente la construcción y el transporte. Las panaderías, ya muy tecnificadas, han extendido su radio de acción a varios kilómetros a la redonda. Han abierto sus puertas factorías de alimentos congelados y granjas millonarias de pollos. Y en medio de tanta modernidad y progreso, aún perdura el viejo oficio de la cestería y la artesanía del mimbre, desafiando a los siglos. Y como referencia ilustrativa del desarrollo peraltés, aduzco los siguientes datos del año 1980, fecha decisiva del despegue económico [11]. Se dieron en el pueblo las siguientes licencias:

- alimentación y bebidas 18;
- textil, piel y calzado 12;
- maderera 29;
- papel y artes gráficas 1;
- productos químicos 1;
- material de construcción 2;
- metal 37;
- construcción 36;
- alimentación y bebidas a mayoristas 7,
- idem a minoristas 29;
- confección, piel y calzado a mayoristas 1,
- idem a minoristas 7;
- librería y papelería 2;
- droguería 2;
- aparatos y material del hogar a mayoristas 2,
- idem a minoristas 16;
- objetos de regalo 2;
- maquinaria, vehículos y accesorios 5;
- combustibles 7;
- varios 4;
- otros mayoristas 3
- otros minoristas 3.

Peralta cuenta con un parque automovilístico importante. En ese mismo año, los vehículos que circulaban en Peralta eran 2.424:

- 667 turismos,
- 74 camiones,
- 63 motocicletas,
- 146 tractores,
- 157 motocultores,
- 180 remolques,
- 18 carros agrícolas,
- 11 cosechadoras,
- 456 ciclomotores,
- 512 bicicletas,
- 129 furgonetas,
- 2 motocarros
- y 9 vehículos especiales.

Los datos estadísticos del censo peraltés en 1981 también son muy elocuentes.

Por edades:

- el 29,2 % de la población no tenía más de 17 años;
- el 23,9 % de 18 a 35;
- el 33,1 % de 36 a 65
- y el 13,8 % contaba con más de 65 años.

Por producción:

- el sector primario ocupaba al 26,3 % de la población;
- el secundario al 48,3 %
- y el terciario el 25,4 %.

En 1984 la mano de obra útil ascendía a 1.407 personas, de las cuales 192 se hallaban en paro, mientras que más de 133 individuos de otros municipios tenían aquí su puesto de trabajo. Según el censo laboral, el sector primario ocupaba a 596 personas, que se dedicaban a tareas agropecuarias, si bien solo 331 lo hacían con plena dedicación y 261 alternaban este sector con el secundario y el terciario.

La actividad más importante del secundario correspondía a la industria metalúrgica, con 20 establecimientos y 353 empleados. El segundo grupo en importancia era el de la industria alimentaria con 12 establecimientos y 68 trabajadores. El tercer puesto lo ocupaban con 5 empleados de las industrias de la madera, de las de transformación de materias plásticas, de las de confección textil y de las de materiales de construcción.

Finalmente, el sector terciario o de servicios ocupaba a 371 personas en 152 establecimientos:

- el comercio con 92 empleados,
- la reparación de vehículos con 62,
- la enseñanza con 37,
- la hostelería con 32,
- la administración local,
- el orden público con 31,
- la banca con 25
- y el transporte y las comunicaciones con 40 personas empleadas.

Peralta, que es una localidad emprendedora, ha ganado con su trabajo un alto nivel socioeconómico. Exponente del mismo son las realizaciones efectuadas en las calles de la villa y los caminos vecinales con recientes pavimentaciones, abertura de nuevas vías, ampliación y urbanización de otras, rotulación de todas, numeración de las casas, rectificación de las aceras y travesías y colocación de semáforos.

Los servicios socioculturales han mejorado sensiblemente:

- con el saneamiento del casco viejo de la población,
- la construcción en el monte de un depósito regulador de aguas,
- con nueva descalcificadora,
- la sala de máquinas para elevarlas,
- la prolongación y mejora de las redes de abastecimiento de aguas,
- la construcción de un colegio de enseñanza primaria,
- la ampliación de la escuela de formación profesional,
- la construcción de un pabellón polideportivo, frontón y piscinas,
- la edificación de un centro de salud,
- la ampliación y reforma de la plaza de toros,
- una casa de cultura que alberga una amplia biblioteca,

- un salón de actos y otros servicios,
- los nuevos accesos al monte,
- su abancalamiento y limpieza con repoblación de 20.000 pinos,
- la construcción de un corral para el ganado en Vallacuera,
- el encauzamiento del Arga,
- la construcción de un nuevo puente o variante,
- la remodelación y ampliación del parque
- y la ampliación y mejora del alumbrado hasta el polígono ganadero e industrial.

Las reformas efectuadas en los edificios de la iglesia parroquial, la basílica de san Miguel, el Campanar y la ermita de san Pedro de Arlas, ya han quedado dichas en otro momento.

En los últimos cincuenta años, Peralta se ha vuelto un pueblo acogedor donde conviven en armonía paisanos e inmigrantes, tanto nacionales como extranjeros. Sería injusto no aludir a la múltiple interrelación de Peralta sobre todo con Falces, Funes y Marcilla, tanto desde el punto de vista laboral, como sanitario y escolar, por mencionar sólo los aspectos más relevantes.

6. Cocina tradicional

En Milagro las cerezas,
en Falces las zanahorias,
en Funes está el infierno
y en Peralta está la gloria [12].

Cantares y coplas como esta eran frecuentes entre las villas vecinas, que no necesariamente se tomaban al pie de la letra, pero que expresaban las mutuas rencillas y las rivalidades de unos pueblos con otros. Y. como dice la copla, *en Peralta está la gloria,* que se la proporcionan:

- sus afamados melones,
- las peras limoneras,
- los ricos abridores,
- los sabrosos albérchigos,
- los dorados melocotones,
- los dulces higos verdes,
- las brevas negras maduras

- y unas cerezas exquisitas, por no ser menos que Milagro.

Además, goza de una excelente cocina con matices propios dentro de la tradicional gastronomía de La Ribera, que selecciona la calidad del producto y le dedica, además de gran cariño, un tiempo que no conoce las prisas. Como primeros platos se han comido de siempre en Peralta estas hortalizas autóctonas:

- alcachofas salteadas con jamón o tocino frito,
- achicorias cocidas,
- berza con patatas,
- sopa de berza gratinada,
- sopa de cocido con verduras,
- sopa de cebolla troceada,
- pella sola o acompañada de garbanzos,
- borraja,
- alubias verdes,
- habas tiernas con sus vainas o calzones,
- habas desgranadas,
- puerros cocidos y aliñados con aceite y vinagre,
- espárragos tanto verdes como blancos...

Da gusto ver chisporrotear en la sartén los primeros pimientos verdes de la temporada. Antes de freírlos se pinchan con el tenedor para moderar su crepitar. ¡Y qué paciencia hay que tener a la hora de asar los verdes cucones sobre carbones vivamente encendidos sin dejarlos quemar, o sobre la plancha eléctrica de la cocina! Después, pelados y deshechos en alargadas tiras, se acercan al fuego en una tartera de barro con aceite de oliva y ajo bien picado para rehogarlos. Éste es un plato muy del gusto de los peralteses.

Y para la Navidad, el cardo, que en la huerta puede medir hasta metro y medio de largo. Se ha cubierto de antemano con tierra u otros medios para conseguir su peculiar blancura. Esta planta es de la familia de la alcachofa. Tiene las hojas grandes y carnosas, ligeramente cóncavas y unidas en su base hasta formar una penca, que guarda en su interior otras más pequeñas, blancas y tiernas, las de mejor calidad gastronómica. El cardo es un manjar delicado, compacto y suculento si su preparación culinaria es la adecuada, como se hace en Peralta. Como alimento tuvo enorme prestigio en la antigüedad romana, donde ya se le consideraba una hortaliza de gran calidad. Es típica del invierno, apareciendo en los mercados desde noviembre hasta marzo. Para facilitar el

consumo fuera de temporada, o lejos de los lugares de su cultivo, la industria conservera lo proporciona durante todo el año.

Después de cocido, el cardo admite como aliño trocitos de huevo duro y de jamón, picadura de almendras, piñones y nueces, cubierto todo con una ligera salsa besamel. También se prepara rebozado, gratinado, asado e incluso frito. Se puede emplear como guarnición en los platos de carne y pescado. Su limpieza y preparación lleva tiempo y requiere esmero. Las características nutritivas del cardo son las clásicas de los vegetales: aportan a la dieta escasas calorías y abundante fibra, minerales, oligoelementos, además de potasio, magnesio, fósforo y vitamina C.

Las siguientes legumbres, en todas sus variedades, llenan también los primeros platos peralteses, sobre todo en invierno:

- alubias blancas, pintadas o rojas, solas o con tocino fresco,
- garbanzos,
- lentejas,
- arvejas,
- guisantes,
- y puré de habas secas...

Y al principio del verano, las exquisitas y cremosas alubias pochas, acompañando su cocimiento de una cola troceada de cordero, servidas con un sofrito en manteca de cerdo de cebolla tierna, ajos, pimentón, azafrán, perejil, pimienta y sal. Es un plato típico tanto de La Ribera navarra como de los pueblos ribereños de La Rioja.

Como acompañamiento tenemos las ensaladas. La más socorrida del verano es la mixta, a base de la excelente lechuga del Arga, tomate, pepino, cebolla y aceitunas, aderezado todo como decía mi abuela: “la ensalada, salada, poco vinagre y bien aceitada”.

En invierno aparecen sobre las mesas peraltesas:

- la remolacha roja cocida y aderezada,
- las pencas crudas y tiernas del cardo
- y la escarola.

Algunos guisos sirven tanto de primer plato como de segundo. Por ejemplo:

- el revuelto de calabacín y cebolla con huevo batido,
- la menestra con carne de vacuno,

- la fritada de verduras variadas,
- y el arroz con tropezones de carne, chorizo y huevo duro, cocinado a fuego lento en tartera de barro, que se gratinaba antaño colocando sobre este recipiente una tapadera metálica con brasas de carbón.

Como segundos platos siempre se han degustado en Peralta excelentes pescados del Cantábrico, llegados diariamente desde sus puertos. Evoco con predilección:

- la merluza,
- el congrio,
- el besugo "colorau",
- los chipirones rellenos, preparados en su tinta con cebolla,
- los gallos,
- los lenguados,
- los salmonetes
- y el atún.

Las madrillas, los barbos y las ranas del río Arga también abastecieron la cocina peraltesa durante siglos. La madrilla más sabrosa y con menos espinas se pescaba en los primeros meses del año, aprovechando las riadas ocasionadas por las nieves y los deshielos. Tiene cuerpo fusiforme y alargado. Su labio inferior de la boca es duro y con forma de media luna, que corta las plantas tiernas que crecen dentro del rio. La madrilla es gregaria, fitófaga, y no desprecia los huevos y las larvas de los insectos, de los anfibios y de los demás peces. Se reproduce en marzo y abril. Deja sus huevos adheridos a las piedras y a las plantas. Una vez que se ha desarrollado por completo, alcanza de los 15 a 18 centímetros, y en ocasiones llega hasta los 25 [13].

Ya eran famosas estas madrillas en el siglo XIV, cuando desde el castillo de Olite, el maestre del hostal real requería a los pescadores de Peralta que se esmerasen en su pesca porque eran del agrado de los reyes. Resultan muy apetitosas fritas en abundante aceite de oliva con dientes de ajo bien torrados. También se pueden pasar antes de freírlas por harina y huevo batido.

De la familia de la madrilla, pero de calidad inferior, son el cacho y la boga. Las bogas son de mayor tamaño que las madrillas, y las mujeres peraltesas las preparan con un picado de cebolla, ajo y perejil; una vez rehogadas en aceite se añaden dos huevos batidos, agua o caldo de cocido con un poco de pimentón; a continuación, se ponen las bogas a hervir durante veinte minutos [14], y al plato.

Según el decir de los castizos, la mejor época para la pesca del barbo coincide con la de la berza del campo. Es cuando se separan más fácilmente las espinas de la carne. El barbo común también tiene el cuerpo fusiforme, mandíbulas sin dientes, cuatro barbillones en el labio superior, aletas ventrales, pectorales y la anal, todas, pardo amarillentas. El barbo joven lleva pequeñas motas negras en el dorso y los flancos. Es zoófago. Vive de forma gregaria en aguas claras y de corrientes rápidas. Su reproducción la hace en mayo y junio. Alcanza una longitud media de 25 a 35 centímetros [15]. Los barbos se fríen en aceite, mejor si es de oliva, con abundante cebolla picada.

El cauce del Arga antes de su canalización era una sucesión de meandros estrangulados, y en ellos se criaban abundantes ranas comunes. Esta clase de anuros tiene los ojos salientes y muy altos sobre la cabeza, la piel lisa, el color variable en tonos verdes con manchas negruzcas en el dorso, las patas posteriores muy desarrolladas con dedos casi totalmente palmeados. Es eminentemente acuática, gregaria y activa durante el día y también en noches lluviosas. Hiberna enterrada en el fango hasta abril. Su alimentación es a base de insectos y larvas. El macho es más pequeño que la hembra y el acoplamiento se realiza en el agua. Las puestas, de más de 4.000 huevos cada una, forman masas que caen al fondo. Los renacuajos nacen a la semana y viven en el agua hasta su metamorfosis, cuatro meses más tarde [16]. Se cocinan con la misma receta de las bogas, desechando la boca y las manos, limpiando las tripas, pero dejando la piel, pues según los entendidos el mejor gusto de la rana reside en ella.

El ajoarriero y los caracoles son otros platos peralteses habituales para comer en casa, en las faenas del campo y también, como antaño hacían los hombres, para llevarlo de merienda a la taberna. En el ajoarriero se emplea bacalao o abadejo sin piel, desmigado o en trozos y previamente desalado durante un día por lo menos. En un sofrito de pimiento verde, cebolla y abundante ajo, se pone a hervir en cazuela de barro con suficiente agua, añadiendo uno o dos pimientos secos. Acepta bien unas gambas peladas. Antes de terminar la cocción se añade la piel, que da al guiso un punto de fina melosidad.

Los caracoles se preparan de diferentes maneras. Una muy habitual es la llamada caracoles a la tabla, plato típico del día de san Juan. Se extiende una capa de sal gruesa sobre una tabla, colocando boca abajo sobre ella los caracoles limpios y purgados. Se van asando poco a poco con el calor que proporcionan las llamas y brasas del carrizo. Se comen untándolos en una salsa picante hecha con aceite, tomate, guindilla y sal. Otra forma clásica de prepararlos consiste en incorporar los caracoles a un sofrito de cebolla, ajos tiernos triturados, guindillas o pimiento troceado, sal y una cucharada de pimentón, teniéndolos durante una hora a fuego muy lento y añadiéndoles en los últimos minutos un vaso de vino.

En cuanto a los guisos de carne, se igualan en calidad los de cordero y ternera:

- El calderillo de ternasco con patatas,
- las costillas albardadas con huevo batido y pan rallado,
- las chuletas a la brasa de los sarmientos,
- el cabrito asado
- y el cordero al chilindrón.

Para cocinar este último plato tan navarro, se corta la carne en trozos muy pequeños y de igual tamaño, mejor si es de la parte delantera del cordero, y sazonado todo con sal y pimienta, se pone a dorar con manteca de cerdo en una cazuela de barro. Se guisan aparte pimientos troceados, previamente asados, junto con tomates pelados y un vaso de vino blanco, dejando todo a hervir durante un rato. Esta fritada se echa en la tartera donde está el cordero rehogándose. Se recuece lentamente hasta que esté muy tierno.

Las gordillas fritas, el patorrillo, la sangrecilla con cebolla y las cabezas asadas al horno, todo ello de corderos criados por los ganaderos de Peralta, resultan platos sabrosos y económicos.

Los animales de corral como conejos, gallinas, capones, patos, pichones y la caza menor de liebres, codornices, perdices, etc., se preparan tanto asados como guisados de forma sobria, y aderezándolos con una copa de vino blanco y ramitas de tomillo y romero.

Es también alimento habitual de las gentes de Peralta: el gorrín asado, la morcilla de arroz, la chistorra frita, el tocino salado, el chorizo fresco y el curado, el salchichón y las magras con tomate de un pernil casero.

Los postres de elaboración casera más comunes son: el manzanate y el perate con ciruelas, pasas y canela en rama, la leche frita, las torrijas para san José, el arroz con leche a la canela y al limón, las natillas en bizcochada con suspiros de monja y el requesón con el suero de las ovejas recién paridas.

NOTAS:

1. RAE. Diccionario de la Lengua. Define así el vocablo ribereño: Perteneciente a la ribera o propio de ella. Dícese del dueño o morador de un predio contiguo al río. También es adjetivo.
2. Caro Baroja, J. Etnografía Histórica de Navarra, vol. I, p. 307.
3. Escribano Zardoya, F. La Ribera de Navarra, TCP, núm. 10: Yo diría que el clima de la Ribera es un clima eólico: armonioso en las copas de los chopos que se doblan como acordeones, y cruel en las soledades de las Bardenas, pág. 20.
4. A pesar de los encauzamientos de los ríos Arga y Aragón, sus riadas subsisten, aunque con incidencia mucho menor.
5. Dicen que sucedió en Lodosa, la villa con más acusada tradición de colgar los pimientos en los balcones formando ristras.
6. Escribano Zardoya, F., ibíd., pág. 27. Escribe de la guindilla que cuelga ensartada en los balcones de Tudela.
7. Rodríguez Labandeira, J. *Explotación de la tierra, trabajo agrícola y condición campesina en Navarra durante la segunda mitad del siglo XIX*. I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII al XX, vol. I. Príncipe de Viana, 1986, pág. 552.
8. Clasificación de Manuel Rapún Gárate en *Algunas notas sobre la evolución de la Agricultura Navarra durante el periodo 1962-1982.* Artículo en rev. Príncipe de Viana, 1986, pág. 558.
9. Urubayen, L. *Geografía de Navarra*, Pamplona, 1931, pág. 21.
10. Caro Baroja, J., ibíd., vol. III, pág. 374. Reportajes publicados por Olarra en el Diario de Navarra en octubre de 1957, y recogidos en el folleto *A la Bardena del Rey ya bajan los roncaleses. Seis días con los pastores y los rebaños trashumantes. Vida, paisaje y anécdotas de la Cañada.*
11. Anuario de Estadísticas, 1980.
12. Copla que trae José María Iribarren en *Burlas y chanzas*, p. 124.
13. Navarra. Guía ecológica y paisajística, págs. 357 y 358.
14. Sarahe Pueyo, V. M. *Gastronomía,* TCP, pág. 45.
15. *Navarra. Guía...*, págs. 349 y 350.

Entrada a Peralta por el puente de piedra sobre el río Arga

Lugares por donde pasa la Cañada Real de Milagro a la Aézcoa

Plato de menestra

Leche frita con canela

CAPÍTULO XIV: VINOS GENEROSOS: CLARETE Y TINTO

1. El cultivo de la vid

La vid es uno de los cultivos más extendidos por el mundo. En Peralta, como en toda la Navarra vinícola, tiene una tradición de siglos. En un principio, las cepas crecerían probablemente de forma espontánea, como ocurre todavía en las tierras templadas de Asia y África[1]. Con el tiempo fue un cultivo extensivo, que acabó especializándose a la par que los demás productos hortícolas y cerealistas, también silvestres en origen. Las tierras navarras de secano, sobre todo las que están orientadas al sol, resultaron muy apropiadas para el cultivo de la vid, por más que esta planta sea fácilmente adaptable a climas variados y en diferentes latitudes.

El vino logra distintas calidades según la procedencia de las uvas. Navarra poseía en 1987, cuando esto escribía, una superficie cultivada de alrededor de 24.000 hectáreas, de las que 20.000 estaban acogidas a la denominación de origen de *Vinos de Navarra* y 4.000 a la de *Vinos de la Rioja*. Tales denominaciones significan protección a la calidad y garantía de una identidad propia. Además, desde 1985 el etiquetado de las botellas lleva indicaciones relativas a la edad, las añadas y al envejecimiento o crianza de los vinos.

Por su diferente clima, se distinguen en el viñedo navarro cinco zonas diferenciadas:

- La de Valdizarbe, con relativa humedad, elabora vinos rosados y tintos de crianza.

- La Baja Montaña, con gran producción a pesar de ser la comarca más lluviosa de la comunidad foral, obtiene tintos de crianza y rosados afrutados.

- La Ribera Alta, donde se encuentra Peralta, en la parte central de Navarra, con inviernos más fríos y veranos más cortos, cultiva las variedades de uva Garnacha, Tempranillo, Mazuelo, Cabernet Sauvignon, Graciano y otras menos importantes, que producen vinos tintos de color rojo granate y claretes de rojo rubí.

- La Ribera Baja, seca, calurosa y con un clima claramente continental, da tintos robustos y de color granate, derivados de la uva Garnacha.

- La Tierra de Estella elabora vinos tintos equilibrados y pastosos, junto a rosados afrutados.

Esta variedad de los vinos navarros permite seleccionar el vino adecuado para cada plato, para cada momento, para cada celebración, con la garantía que proporciona la experiencia obtenida durante siglos de cuidada y esmerada dedicación a su elaboración [2].

Los vinos de ambas Riberas, destacan por su alta graduación de hasta dieciocho grados y su intenso colorido. Los de Peralta, excelentes rosados y tintos intensos, resultan muy completos. Son agradables al paladar, con cierta finura y robustez a la vez. Falces, Funes y Villafranca elaboran caldos similares [3].

Para elaborar buen vino, la uva ha de tener su punto de madurez, por eso las fechas de la vendimia se adelantan o atrasan a merced del clima, factor decisivo en la maduración de los racimos, oscilando entre mediado septiembre y principios de octubre.

En los veinticinco años que van de 1964 a 1988 todas las comarcas navarras produjeron en conjunto cinco cosechas excelentes, seis muy buenas, ocho buenas, tres regulares y otras tres fueron francamente malas [4].

2. Sociedad Cooperativa Bodega san Francisco Javier

Hace más de doscientos años, en las postrimerías del siglo XVIII, Peralta fabricaba vino y aguardiente en varios locales del casco urbano. Aún existe en lo más elevado del Barrioalto una calle con el nombre de Aguardenterías, junto al gran barranco que llega hasta la plazuela del Pocho llamada también del Progreso. En los años 20 del siglo pasado todavía funcionaban dos lagares. El vertido de sus trujales ocasionó problemas sanitarios, y para evitarlos se realizó un canal de desagüe subterráneo que llegaba hasta el río [5].

Con la creación de una bodega cooperativa al final de los años cuarenta, heredera de los principios que habían animado en la República la *Cooperativa Caja Rural San Francisco Javier,* se aunaron los pequeños cosecheros vinícolas peralteses. Ello supuso un avance de progreso, pero desde el punto de vista estético y para añoranza de espíritus románticos, se perdió algo tan bello y colorista como la estampa de los carros y galeras llenos de comportas de uva Garnacha por las calles donde había trujales.

Ver los cuévanos a rebosar de racimos suponía un gozo para la vista y una esperanza para los muetes que, a la salida de la escuela, acudíamos a los lagares de los padres de nuestros amigos para ayudar a pisar la uva con los pies descalzos. La técnica se ha encargado de liquidar esta tradición, como ya antes había eliminado los trillos de las eras que separaban el grano de la paja.

El mosto de los lagares se almacenaba para su crianza dentro de grandes cubas de roble, no sin antes separar una pequeña parte para que nuestras madres elaboraran el rico mostillo que tanto nos gustaba a la chiquillería. Para ello se cocía al fuego lento de la leña el mosto juntamente con nueces, un poco de harina y peladuras de naranja.

A partir de la creación de la nueva bodega cooperativa se aplicaron los sistemas y técnicas de la moderna enología, prescritos por el Consejo Regulador de la Comunidad Foral.

En Peralta no se partió de cero a la hora de crear esta cooperativa. Las instalaciones existentes frente al Círculo Católico, la experiencia, el buen hacer y la comercialización de los productos vinícolas de Boneta fueron su inicio.

Mientras existió la cooperativa vinícola, esta aunó los gustos y tradiciones de los cosecheros de Peralta, Funes y Marcilla. Pero ya no se empleó la madera para el envejecimiento, perdiendo así los caldos cierta calidad.

Los poros y las sustancias vegetales de las cubas facilitaban la oxigenación del vino y le conferían un buqué especial que no se adquiere en los depósitos de cemento, metal o vidrio. Con todo, se elaboraron variedades muy estimadas y de calidad, tanto en vinos jóvenes como de crianza, reserva y gran reserva. Se registraron marcas con los nombres de *Mosén Pierres, Peñalén, Montenegro y Canterón.* Esta cooperativa se fundó el 21 de abril de 1948 por un grupo de viticultores peralteses, a los que se unieron algunos de Funes.

Al principio se limitaron a vender conjuntamente la uva, pero a partir de 1959, con la adquisición de la bodega de José Boneta, la cooperativa elaboró sus propios vinos. Los socios fundadores fueron 131, y entre todos tenían una extensión de 2.800 robadas de viñedo. En 1962, a los ocho años de su funcionamiento, el Ayuntamiento dio facilidades para extender el cultivo de la vid, llegando a 4.500 robadas, 3.000 de Garnacha y las restantes de Tempranillo y Viura. Los socios de Peralta, Funes y Marcilla llegaron a 280. Se llamó "Sociedad Cooperativa Bodega de San Francisco Javier" y estuvo ubicada en la peraltesa calle Río, número 30. Las obras principales se hicieron entre los años 1961 y 1962 con una ampliación en 1966. El edificio constaba de una nave con 76 depósitos, la mayoría de ellos de cemento, y dos depósitos isotérmicos para frío.

Al frente de la cooperativa había un enólogo y tres operarios. La capacidad total de la bodega era de dos millones de litros de vino, cantidad que nunca llegó a almacenar. Por su moderna maquinaria con prensas horizontales, filtro, abrillantador y tren de embotellamiento, fue considerada como una de las mejores bodegas de Navarra, sobre todo en la producción de claretes, muy estimados en el mercado local, regional y nacional. La graduación de su vino oscilaba entre los quince y los dieciséis grados, y se consumía preferentemente en las provincias de Navarra, Vizcaya, Álava y La Rioja. Desgraciadamente, al deshacerse la cooperativa por diversas causas que no vienen al caso, estas buenas perspectivas del vino peraltés ya sólo son un recuerdo para la nostalgia.

3. Pequeña historia del vino peraltés

La historia de los vinos de Peralta y su zona de influencia hay que retrotraerla casi a dos mil años anteriores, concretamente al periodo de la romanización. Para entonces se elaboraba y consumía gran cantidad de vino en estas tierras, a juzgar por los hallazgos arqueológicos de grandes depósitos encontrados en el término municipal de Funes. Mil años después, los caldos peralteses eran reclamados una y otra vez en la mesa real de Olite. ¡Qué no sabría de este afamado vino Carlos III el Noble, si su palacio peraltés estaba junto a una de las bodegas de la villa!

En el siglo XVII se reconocía públicamente la bondad de nuestro apreciado vino. Y es que a los habitantes de Muro-Astrain no les agradaban las exigencias del abad y los monjes de Iranzu cuando llegaban al pueblo a cobrarles las pechas. Por lo visto en estos viajes los monjes tenían derecho a comer y beber a costa de los pecheros. Pero estos, tanto la comida como el vino, se los servían escatimados. A las quejas de los monjes sobre la calidad del caldo que bebían, que describieron como *muy verde, que apenas se podía beber,* les respondieron los pecheros *que era de la cosecha del lugar, y que si querían otro vino mejor fuesen a traerlo a Peralta* [6].

Cuando los bodegueros dispusieron de vasijas suficientes para guardar el vino, se obtuvo un vino rancio, de gran fragancia y mejor sabor. En 1751, Miguel Velasco y Pinillos, arriero de Peralta, se encargaba de llevar cargas de este vino a la Corte de Madrid [7].

José María Iribarren, en sus libros costumbristas, trata con especial atención el tema del vino, y recoge las curiosidades más destacadas que ha encontrado en la literatura, la historia y las tradiciones locales navarras. Mantiene que el vino peraltés cobra renombre allende las fronteras nacionales hacia los años de la primera guerra carlista. Esta confrontación armada trajo a muchos extranjeros hasta Navarra. Y en sus relatos aparecen citados frecuentemente los caldos peralteses. Les llamaba la atención su abundancia y su bajo precio. Se llegó a vender por entonces a real el cántaro. A veces, ante la inminencia de una nueva cosecha, no teniendo recipientes ni lugares para el almacenaje, los bodegueros se veían obligados a regalar el vino añejo e, incluso, a tener que derramarlo por las calles. A este respecto, Iribarren sostiene como hecho histórico lo que siempre nos ha parecido una fantasía popular: que la vieja parroquia y el campanario de Peralta, lo mismo que otras construcciones de Navarra, fueran edificadas con vino mezclado con cal, en lugar de agua, ya que el acarreo de ésta desde los ríos costaba mayor esfuerzo que traer el vino de las cercanas bodegas.

La costumbre practicada por los mozos peralteses durante las fiestas patronales de ofrecer a los visitantes para beber zurracapote, puede tener más de un siglo de existencia y provenir de cuando se ponían fuentes públicas de vino en los festejos populares, como forma de dar salida a los vinos añejos. Los ganados también se beneficiaban de tal abundancia y se les daba vino cuando encontraban indispuestos o estaban cansados.

Se sabe que en el año 1802 la cosecha ascendió a 50.000 cántaros. La profusión de vino y su escasa comercialización exterior se paliaron en parte con la afluencia de franceses durante el siglo XIX, quienes apreciaban su calidad y lo transportaban consigo a su regreso, dando origen a sucesivos pedidos desde el país vecino.

Atentos los cosecheros a esta demanda, aumentaron la producción. Y cuando por alguna circunstancia esta no se expendía, se creaba el problema de almacenaje antes referido. En tales ocasiones, cambiar vino por agua potable no era ningún despropósito.

Ya en 1849 el historiador pamplonés Madoz escribía: *De entre las producciones peraltesas, la principal cosecha es la del afamado vino, que asciende a unos 80.000 cántaros* [8], dato que se repetirá en las sucesivas ediciones de su Diccionario.

Y Madrazo refiere que cuando los carlistas abandonaron Peralta, rabiosos de no haber conseguido rendir a los liberales sitiados en la iglesia, se vengaron derramando las cubas de vino que estos tenían en sus bodegas [9].

Por esas fechas la iglesia, ubicada junto al Campanar, y a la que se refiere el escritor, estaba inservible para el culto por amenaza de ruina, pero se utilizó temerariamente como fortaleza y bastión defensivo de los adscritos a la causa dinástica liberal.

En 1866 alguien escribía: ”El vino común es de mucho vigor, y de cierta cepa llamada berbés se hace el generoso, cuya fama es conocida no sólo en España, sino en toda Europa con el nombre de vino de Peralta” [10]. De él hablan los escritores Cadalso, Larra, Ramón de la Cruz, Ricardo Ford y Teófilo Gautier.

La jota popular denomina cariñosamente vinillo al vino generoso de Peralta, por su suavidad y apetencia, de igual forma que llama vinazo al tinto, por su cuerpo y fortaleza:

Con el vino de Tudela
y el vinillo de Peralta,
se crían las navarricas
alegres y coloradas.

4. Una bota de buen vino

Una bota excelente necesariamente ha de contener vino de Peralta. Las botas de litro, litro y medio o dos litros resultan una medida justa para llevar al campo, según se trate de pasar en él medio día o la jornada entera. Siempre ha de llenarse con buen vino de cosechero, porque el vino malo pica el cuero y estropea el estómago. Antiguamente el labrador, al ir al campo, colgaba la bota de vino en el travesaño del carro, y le sentaba divinamente el relente de la mañana. Hoy es el pescante del tractor el que luce la bota por carreteras asfaltadas que fueron antes caminos. El vino no cambia. Si acaso, mejora.

Aunque a algunos les gusta beber el vino frío o muy frío, esta bebida de dioses no ha sido elaborada para calmar la sed, sino para degustarla y saborearla a temperatura ambiente o ligeramente fresca. Para beber en bota se alza esta como a treinta centímetros de la boca. El pellejo se estruja con suavidad al principio, cuando está lleno, y con codicia al final. Un chorro refulgente, moreno o rubio, centellea al sol describiendo un arco que se estrella en la blanca muralla de los dientes. Los bebedores más virtuosos lo derraman sobre el bigote, que gotea a la boca, ávida de poseerlo.

Cualquier hombre viejo de Peralta es maestro bebiendo vino de la bota: la toma cariñosamente con una mano, mientras que con la otra afianza la boina en su cogote antes de echar la cabeza hacia atrás; alza el pellejo con las dos manos, aprieta con medida soltando el chorro, arquea inimitablemente los labios en forma de boquilla, y el vino gorgotea en su garganta con un sonido entrañable. Parece que se ha dormido bebiendo, pero no; llega al final haciendo un quiebro original con los brazos, retira la bota y respira.

Cuando ha terminado este báquico rito, el aire se contrae estremecido y el pellejo se aletarga mansamente entre sus manos, ligero ya de la hinchazón que lo oprimía. En el trayecto del vino hacia la boca ni una sola gota se ha perdido.

Hace menos de cien años las esquinas de la Plaza Principal se llenaban de trabajadores temporeros a la espera de un amo que les ocupase la jornada. Llegaban somnolientos, con una copa de anís de la taberna por todo desayuno y la bota colgada al hombro, preñada de recio vino. Eran layadores, sembradores, esparragueros, regadores, escardadores, remolacheros, segadores, vendimiadores…, según la temporada o el tempero. Si había contrata, agotarían la bota en el campo; ni no la había, la guardarían en casa hasta otro día.

He aquí un romance que recoge la elocuencia de un bebedor tras dar buena cuenta de una bota de Peralta llena de buen vino:

A una bota de Peralta
un cofrade de la cepa
con lengua roma le habló
de esta manera:

Tú me has enseñado a hablar
todo género de lenguas;
pero la que hablo mejor
es la tudesca.

Tú me enseñaste a escribir,
pues no sabiendo hacer letra,
formo ya la equis bien
con las dos piernas.

Aunque sabes todavía
más que los sabios de Grecia,
mucho más sabe la zorra
cuando me pesca.

Tú sola, sin ser soldado,
has ganado la eminencia;
porque tú siempre te subes
a la cabeza.

Tú eres toda mi alegría;
pero si de mi te ausentas,
más corrido que una mona
luego me dejas.

Cuando te acabes me iré
a vivir a alguna cueva,
a donde mude el pellejo
como culebra.

Dijo; y tocándole a juicio
la bota como trompeta,
puso en todos sus sentidos
una gineta [11].

Cuando se escribió este romance, la palabra *gineta* tenía tres significados que no alcanzaron los honores de estar incluidos en el diccionario: *instrumento que producía más ruido que música por lo que era sinónimo de confusión; aguardiente aromatizado sacado de diversas semillas; juego de naipes*. No es fácil deducir a qué significado se referiría el autor, pero posiblemente aunó los tres en uno.

En la misma línea de comunicación entre el bebedor y la bota, están las siguientes coplas anónimas que todavía se escuchan por Peralta:

Bota que te hizo el botero
por ganar de comer,
como eres tan hermosa
yo te quise pretender.

Ahora te tengo en la mano
conteniendo vino puro,
dame un besito en la boca
y yo te apretaré el culo.

En estos otros versos, un hombre tienta botas peraltés prefiere apostrofar al vino:

Tú eres vino angelical,
criado en las verdes parras;
tú me hieres, tú me matas
y me haces andar a gatas.

Me tiras por las paredes
y haces de mí lo que quieres;
tú eres vino, yo soy cuero:
pasa por este "bujero".

5. Las antiguas tabernas

Peralta, como todo pueblo que elabora buen vino, tenía en 1950 seis tabernas muy frecuentadas. Hoy, son más de treinta los bares y cafeterías que las han suplantado. Aquellas proporcionaron solaz y entretenimiento a muchas generaciones de varones peralteses, cuando no existían otros recursos a su alcance para los ratos de ocio.

No había relación directa entre frecuentar la taberna y beber buen vino. El de calidad, fuese el tinto recio o el suave rosado, se consumían normalmente en casa o en el campo con los platos fuertes o ligeros. El vino flojo se degustaba en las tabernas, especialmente al terminar la jornada agrícola, cuando el cuerpo fatigado agradecía cualquier tipo de refrigerio.

Las tabernas tenían, generalmente junto a la puerta, un pequeño mostrador con repisa y pila de granito para despachar al público, litro a litro, el clarete, el tinto y un buen vinagre de vino para preparar en casa las ensaladas. La zona social de la taberna estaba en el interior, con mesas de pino y bancos corridos sin

respaldo, fregados a diario con agua y asperón. Cada parroquiano se procuraba de casa para merendar una cazuelica con ajoarriero, caracoles, sangrecilla, callos o pimientos.

A veces, entre varios amigos, traían unas cabezas de cordero asadas en el horno cercano. Entre trago y trago, en gruesos vasos de vidrio, iban transcurriendo la merienda y la tarde en agradable tertulia, que terminaba con varias partidas de cartas en sus diversas modalidades del Subastau, Mus, Tute, Siete y medio, Julepe y Tresillo. Cuando había que celebrar algo, se empleaba el porrón, que es más comunitario que la bota. Mientras ésta requiere un uso más personal y se pasa cedida y honrada de mano en mano entre los íntimos, aquél es de todos y va de corro en corro sin pedir la venia.

Los domingos por la tarde, mientras los hombres holgaban en la taberna, sus mujeres, bendecidas por las Vísperas y el rosario en la parroquia, se reunían al amor del brasero en invierno y en corro de sillas bajas a la puerta de casa en el buen tiempo, conversando y jugando a la Brisca y al Porrazo, mientras se hacía la hora de preparar la verdura para la cena.

La taberna de *La Tresorejas*, que estaba en un extremo de la calle Solana Alta en el barrio alto, recogía clientela de hombres mayores, con la faja negra sujetando bien los riñones. Otras tabernas eran la del *Resqui* y la del *Mocho*. Ésta última junto al portal del mismo nombre, en mitad del tramo de la carretera entre el Paseo y la Plaza Principal. Dividía el vano del portal un poyo de piedra que impedía el paso por a esa calle de carros y otros vehículos, y ayudaba a los parroquianos, al salir algo mareados de la taberna, a apoyarse en él con disimulo para orientarse y atinar con el camino de vuelta a casa.

El comercio de ultramarinos de la Isidora, en el tramo medio de la calle Mayor, no era propiamente una taberna, por lo menos cuando yo la conocí, pero durante muchos años la frecuentaron labradores y menestrales para *echar las once*, al término de la mañana, cuando los primeros volvían del campo con la bota vacía y los segundos daban de mano a sus tareas hasta después de comer.

En las tabernas, a medida que se empinaba el codo, se enardecían los ánimos. Por eso solía haber en cada tasca un letrero discretamente colocado con esta advertencia: *Se prohíbe la blasfemia.* Y es que el vino y la lengua pactan con el diablo a poco que te descuides.

Se dice que en los pueblos de La Ribera el exceso de vino ha acarreado muchas riñas y tantas heridas como las guerras. Al margen de la hipérbole, más de un escritor apunta que la borrachera fue el "deporte" más practicado en los pueblos riberos durante el siglo XIX y la primera mitad del XX.

Para concluir este apartado cuento lo que se dice de un peraltés del siglo XIX, apodado *Canoso*. En una apuesta de taberna ingirió veinticuatro huevos fritos con cinco litros de vino. Al acabarse el caldo, le dieron agua para empujar los últimos huevos, pero la rechazó con estas palabras:

El agua es el elemento de las ranas,
el agua engendra podredumbre y barro,
hidropesía, palidez, tercianas,
hinchazón, pulmonía, catarros…;
más con un par de litros de morapio
triunfa el mundo y se alegra el cotarro,
y tras los huevos, de placer se llena,
y me quedo con una tripa como la ballena [12]

6. Casinos y bares

A finales del siglo XIX hicieron su aparición en Peralta los casinos, que contemporizaron con las tabernas, y servían especialmente para congregar a los correligionarios políticos. En ellos se tomaba café y se fumaba tabaco amigablemente.

Los hombres del campo solían ir a ellos los domingos después de comer, mientras que durante la semana acudían los profesionales del comercio y los propietarios ricos. Pequeños grupos bullían junto a las mesas de juego con tapete verde. Un billar, casi siempre olvidado, lucía sus tacos colgados de la pared, como mástiles de un barco que nunca se hacía a la mar.

El primer casino que se creó en la villa fue llamado, en un alarde de imaginación, *Casino de Peralta*, y abrió sus puertas en 1891. Era un edificio grande y nuevo, de dos plantas y los bajos, que abría diez balcones a la Plaza de los Fueros. Tenía tres salones muy ornamentados y algunos muebles de estilo. Sus socios pertenecían mayoritariamente a asociaciones de carácter católico, pero en él se acogía a todo el que quisiera ir, sin distinción de credos. Tras poco más de treinta años, dejó de funcionar, ocasión que aprovechó el párroco de entonces, don Tomás Biurrun, para adquirirlo y habilitarlo como casa parroquial, ya que estaba aledaño a la iglesia.

A partir de 1920 se crearon nuevos casinos: *el Casino Agrícola, el Círculo Jaimista, el Círculo Católico de Obreros y el Casino Unión de Derechas,* también llamado de la Ceda. Cuando yo llegué a Peralta en los años cuarenta, solo quedaban tres.

El Círculo Católico, instalado en el primer piso de una enorme casona con escudo nobiliario y grandes balcones, tenía su acceso principal desde la

carretera, pero era más frecuentada una puerta secundaria, a pie llano, enfrente de la calleja Matapadres.

Durante muchos años lo regentó ***Arturo Busto García***, ayudado por su mujer y sus hijas. Recuerdo cómo era este salón, y no sé si todavía será así: una gran estancia de altas paredes con largas balconadas corridas a los lados, como si de un teatro se tratara; sin duda para acoger a los asistentes a los posibles mítines políticos. Había muchas mesas de hierro y mármol con sillas de madera. Presidía el salón desde una pared la imagen tradicional del Corazón de Jesús sentado en su trono. En este local radicó la sede de la Conferencia de Caballeros de san Vicente de Paúl. Fue el edificio público que primero instaló en el pueblo un váter de fabricación francesa con agua corriente para el servicio de sus socios. En la bola de cerámica blanca que pendía de una cadena, ponía en letras negras "Tirez". Para la correcta comprensión de los usuarios se escribió en la pared un rótulo que decía literalmente: *Después de cagar tirad del "Tirez".*

Cerca del anterior estaba el casino de los carlistas. Un gran letrero de cerámica, colgado en el balcón central en la calle Mayor, rezaba: ***Círculo Jaimista. Dios, Patria, Fueros y Rey.*** En la planta baja funcionaba el baile popular de Echeverría, que tenía una gran pista y un bar para los jóvenes domingueros.

En la calle Irurzun, cerca del convento, estaba el *Casino de la Ceda,* regentado por los padres de mi amigo José María Zalduendo. Su madre, una señora que si no era francesa dominaba muy bien el idioma galo, daba clases particulares de francés. Los muetes la llamábamos *la Madame*, El gran salón del mismo, que siempre estaba vacío por falta de clientela se cerró definitivamente el año 1950.

Los bares de Peralta, a caballo entre la distinción de los casinos y la popularidad de las tabernas, ofrecían un buen café, selectas banderillas, variados aperitivos y abundantes licores. Los primeros bares, surgidos en los años de la Segunda República, fueron el *bar del Hondo*, ubicado en la calle Mayor a la izquierda del baile de Echeverría, y el *café la Bombilla*, también en la calle Mayor. Ninguno de los dos volvió a abrir tras la Guerra Civil. Los bares que recuerdo de mi infancia fueron *el Madrid* y *el Brasil*, ya citados anteriormente. Ambos estaban pared con pared a un lado de la Plaza Principal. Para entonces *el Turuta,* dueño del primero, ya era famoso en el pueblo por su buen hacer como barman.

NOTAS:

1. Bengoa Ochoa, M. *El vino*, TCP, núm. 73, pág. 3.
2. Diario de Navarra, 19 de noviembre de 1989. Suplemento: *Extra vino*.
3. Bengoa Ochoa, M., ibíd., pág. 15: Falces merece especial mención por sus rosados y limpios de terraje, bien tonalizados, equilibradamente graduados y con sabor exacto entre un tinto de intenso paladar frutal y la extrema finura de un blanco notable. Funes y Villafranca dan unos *ojos de gallo* que son algo peculiar en vinificación. Se llama así al vino que tiene más capa que el rosado, sin llegar a la de los tintos, y es muy estimado por ciertos paladares.
4. Las siguientes estimaciones de las cosechas solo son válidas como promedios, y no hay regla sin excepción. En 1964 excelente, 1965 mala, 1966 muy buena, 1967 buena, 1968 MB, 1969 B, 1970 E, 1971 M, 1972 M, 1973 E, 1974 B, 1975 B, 1976 B, 1977 Regular, 1978 MB, 1979 R, 1980 R, 1981 E, 1982 E, 1983 MB, 1984 MB, 1985 B, 1986 B, 1987 B y 1988 MB.
5. Idoate, F. Rincones… III, Sanidad y Urbanismo… en Peralta, pág. 743 y 744.
6. Idoate, F., ibíd., II, *Discutiendo con los frailes*, pág. 256.
7. Archivo Diocesano de Pamplona, Almandoz, 1945, núm. 7.
8. Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, t. XII, 1849, pág. 803.
9. Citado por Iribarren, J. M. en *Batiburrillo navarro*, pág. 146. Tomado de *Historia de Zumalacárregui* de Francisco de Paula Madrazo, Valladolid, 1941, notas de J. E. Casariego.
10. Nadal de Gurrea, J. *Glorias de Navarra*, Pamplona 1866. Lo cita Iribarren en *Batiburrillo navarro*, pág. 151.
11. Rescatado del olvido por Valeriano Ordóñez, excelente conocedor del pueblo. Publicado en *Gestas y Cantares*, TCP, núm. 311, pág. 13.
12. Recogido en *Costumbres y anécdotas del siglo XIX* de León Villafranca, artículo publicado en el programa de fiestas de Peralta en 1982.

Etiquetas de las botellas de vino tinto y rosado que se elaboraba en la Bodega Cooperativa San Francisco Javier de Peralta.

Instalaciones de la Bodega Cooperativa de San Francisco Javier de Peralta

CAPÍTULO XV: ARGA, EGA Y ARAGON HACEN AL EBRO VARÓN

1. El río Arga

Se puede decir que el Arga es el río más caudaloso de todos los que nacen y mueren íntegramente en Navarra. Desde su alumbramiento en los montes Pirineos hasta su unión al río Aragón, discurre siempre por solar navarro. Y de todos sus afluentes solo el Araquil brota fuera de Navarra, en tierras alavesas. El Arga tiene dos nacederos diferentes, situados ambos cerca de Roncesvalles, a menos de tres kilómetros de la frontera con Francia. El más largo nace en el monte Izterbegui, a 1.500 metros de altitud, y discurre en dirección norte-sur; el otro, más corto, surge en el monte Adi, a 1.459 metros y toma la dirección este-oeste. Están situados en la vertiente sur del macizo Quinto Real, que forma parte de los montes Alduides y se unen poco antes de llegar al embalse de Eugui.

Desde aquí el recorrido del Arga retoma la dirección norte-sur, dividiendo verticalmente el territorio de Navarra en dos porciones de similar extensión. A continuación, atraviesa el valle de Estribar incrementando su caudal con varios riachuelos. El embalse de Eugui, con una capacidad de 20,36 hectómetros cúbicos también recoge las escasas aguas del río Subarrondi. A partir de aquí el Arga discurre por Zubiri, Ostériz, Ilarraz, Esquíroz, Irure, Idoy, Zuriain, Iroz, Zabaldica…, con corrientes claras y trucheras.

Cuando Pamplona aún apiñaba el caserío dentro de las murallas, sus habitantes, que no llegaban a 100.000, tenían suficiente con el agua del manantial de Arteta, a veinte kilómetros de la capital, acumulada en los depósitos del cabezo de Mendillorri, camino de Badostáin. Hoy el agua de este manantial resulta insuficiente para el número actual de habitantes de Pamplona. Por eso beben también aguas del Arga embalsadas en Eugui y de otra presa construida algo más abajo. Pasando Huarte, y antes de llegar a Villava, el Arga recibe al río Ulzama.

Al pie de las murallas pamplonesas, bordea la Rochapea, riega árboles y huertas, reflejando en sus aguas el baluarte del Redín, los pináculos de la catedral y los vitrales de la capilla Barbazana. Desde el parque de la Medialuna se oyen gamitar a los antílopes y rebecos que pacen en controlada libertad por los fosos de las murallas. Hoy sus caudales bordean pistas deportivas, canchas de tenis, frontones y piscinas.

Tras bañar a Barañáin y a Cizur, recibe por su izquierda al río Elorz. Y pasadas en Ororbia las campas de Arazuri, acoge al río Juslapeña. Pero es en las tierras del pueblo de Ibero donde se enriquece con el Araquil, que viene

pletórico de ninfa tras recoger los acuíferos de La Barranca. En este punto el Arga comienza ya a ser un río caudaloso.

Cuando reemprende su trayectoria por Echauri, Otazu y Ciriza, la Cuenca pamplonesa hace de encrucijada. En Belascoáin empieza el río a recorrer las estribaciones de la sierra del Perdón. En busca del Camino de Santiago, y tras haberse recreado por el señorío de Sarria, llega a Puente la Reina donde se deja abrazar por el puente románico de los peregrinos. En su término recibe lo que queda del río Robo. Un poco más abajo, ya en el pueblo de Mendigorría, recoge al río Salado, regulado en el embalse de Alloz. En la historia reciente del Arga, el tramo entre Pamplona y Mendigorría ha sido impunemente degradado por la contaminación industrial y urbana, pero las perspectivas de auto regeneración suscitan esperanzas [1].

El regadío, que se remonta al siglo XII, se potencia por las modernas presas del Arga: una antes de llegar a Mendigorría, otra en el curso anterior a Larraga, una tercera antes de Berbinzana y dos más al sur de Miranda [2]. Desde aquí, continúa el discurrir de las aguas del Arga por las casas de Vergalijo para remansarse otra vez en otro embalse, el del Arquillo, del que sale un canal de riego llamado Artete, que llega hasta los bocales de Tremoya, en el término de Falces. Sus aguas se reparten alternativamente desde 1756 entre Falces y Peralta. Un partidero distribuye este riego a los campos peralteses desde el 24 de junio hasta el 31 de julio. La escritura de Concordia acabó con años de peleas por estas aguas entre ambos pueblos.

Cuando este canal pasa por los campos de Arlas, adopta este nombre, para perderlo poco más abajo por el de santa María. En el molino del Rey, cerca ya de la población de Peralta, se bifurca y sale por un lado el río Molinar, que devuelve sus aguas al Arga junto al viejo puente peraltés, y por el otro, el río san Pedro, que tras regar el campo de Funes vuelve a su madre.

El Arga entra en el término de Peralta laminando los acantilados de la sierra. A partir del promontorio de la Atalaya, el río empieza a retirarse buscando la vega camino de Funes. La última presa del Arga está al sur de este pueblo. Aquí nace la acequia de la Luz, antes de llegar el río a Peñalén. Y en el soto *Chopal*, el Arga empareja sus aguas con las del río Aragón que llegarán juntas hasta su desembocadura en el Ebro.

La anchura del cauce del Arga en la llanura de La Ribera alta oscila entre los cincuenta y los ochenta metros. Hay frecuentes zonas remansadas con profundidades de más de cinco metros y otras de fuerte corriente, provocada por el desnivel moderado del terreno. Con frecuencia, por el centro del cauce el agua discurre veloz, mientras que en las orillas se forman remansos. A su paso por Falces, Peralta y Funes, y antes de su canalización, el Arga se ensanchaba por

los cascajares, formando ramales secundarios a ambos lados y dejando en el centro pequeñas islas pobladas de juncales, chopos, sauces, álamos y arbustos de tamarices [3]. En todo su curso presenta el río un desnivel de 641 metros, que disminuye a medida que se acerca a las tierras meridionales. Por la población de Zubiri, al norte, soporta un caudal de poco más de un metro cúbico, y al unirse al Aragón sobrepasa ampliamente los cuatro metros cúbicos [4], aun después de haber donado ingentes cantidades de agua para el riego y el abastecimiento humano.

Su cuenca abarca 2.600 metros cuadrados, con un caudal relativo de 15 litros por segundo [5], caudal que depende de los aportes derivados de regiones con regímenes pluviométricos distintos, fundamentalmente las lluvias equinocciales que recoge el Araquil y los deshielos primaverales del Pirineo. Los estiajes, aunque no excesivos, son acusados en el mes de agosto. El Arga en algunos tramos lleva aguas duras y muy duras, de elevada mineralización. Predominan las aguas cloruro sódico cálcicas. Todas rebasan los límites tolerables para el consumo. A pesar de ello, la ictiofauna del río es bastante variada, sobre todo en el último tramo, a causa de su extraordinaria capacidad de autodepuración. Destacan la tenca, la carpa, el carpín dorado, el gobio y la chipa, además del barbo común y la madrilla.

2. Las riadas

Cada riada del Arga era como un brazo de mar extendido por los campos del regadío desde Peralta hasta Funes. Penetraba también en las calles bajas, encharcándolas. Desde la Atalaya, se veían infinidad de islotes vegetales. Sucedía a finales de febrero o principios de marzo, al confluir las lluvias estacionales y el deshielo. Al retirarse el Arga a su cauce normal, los campos aparecían repletos de ramajes y de troncos de árboles.

El actual recorrido del río entre Peralta y Funes es un gran canal que describe una línea parabólica. Con ella se ha suprimido el secular peligro de las riadas y archivado en el recuerdo los meandros naturales que se originaban en su lecho. Recordando aquellas grandes riadas, escribo estos versos desde la Atalaya peraltesa. Es como revivir con la memoria aquellos espectáculos acuáticos del Arga que se originaron durante siglos antes de la canalización de este río eminentemente navarro.

Las riadas del Arga

Río abajo va el invierno
por este cauce del Arga…,
desde los vascos Alduides
a la Ribera navarra.

Filos de nieve y de hielo,
naciendo la primavera,
desvainan navajas de agua
por los sotos y las huertas.

Asoman en los meandros
los cereales primeros,
tímidas hierbas tempranas
y flores de los almendros.

Traen un cielo de estrellas
ocasos de oro y de grana…
Hoy ha amanecido el río
con una crecida parda.

Lamiendo los tajamares,
lluvia y hielo amalgamados:
son Pirineo y Barranca
en avalancha de fango.

Un bramar enfurecido
retumba por las arcadas;
uno, dos, tres días tensos,
achicando barro y agua.

Estas nieves pirenaicas
de un invierno derretido,
más que aguas de deshielo
son de los valles el limo.

Embiste los arcos góticos
como una espada afilada,
mata los campos germinados,
rompe calles empedradas.

3. El río Ega

Salgo temprano de Azagra. Se ha de madrugar aquí si quieres ver a las gentes faenando en las hortalizas. Las primeras luces se aprovechan para trabajar en el campo propio. Las fábricas conserveras también son madrugadoras. Hay ya movimiento por las calles y voces jóvenes que marchan al trabajo. Después de recorrer con el coche tres kilómetros mal contados, bordeando el escarpe descendente de la Peña azagresa, llego a la entrada de la villa de San Adrián, donde se cruzan las carreteras de Peralta y Andosilla junto al puente sobre el Ega. Es un nudo de viejas rutas montaraces ahora asfaltado. Desde aquí diviso el término del Sotillo, donde el Ega, asumiendo su papel de afluente segundón del Ebro, le entrega con disimulo sus aguas. Para ello aprovecha un meandro del gran río, cerca de la ciudad de Calahorra.

El refrán popular de *Arga, Ega, y Aragón hacen al Ebro varón*, es una verdad a medias. Porque, aunque sea importante el caudal que estos tres ríos le aportan al Ebro, éste ya es adulto cuando llega a las latitudes navarro-riojanas. Pero los refranes ponderativos son lo que son y sirven para la exageración [6].

El sosiego que proporciona esta rendición fluvial me invita a remontar el curso del río que veo morir ahora. El Ega hace su viaje como señor absoluto de La Solana y de Tierra Estella. Nace más arriba, cuando en Santa Cruz de Campezo confluyen dos arterias provenientes de la sierra de Cantabria, portadoras de las escorrentías meridionales de los montes centrales alaveses. Entra en Navarra con dirección este por Zúñiga. Discurre por los campos de Acedo, Ancín, Legaria, Murieta y Abáigar. Por detrás de los montes Monjardín y Montejurra bordea Laveaga, Zufía, Igúzquiza, Arbeiza y Zubielqui.

A las puertas de Estella recibe el refuerzo del río Urederra, que llega por el valle de Allín después de recoger las aguas de la vertiente sur de la sierra de Urbasa y la del norte de Lóquiz. Hasta aquí, las aportaciones al Ega han sido abundantes. Semicircunvala meridionalmente la ciudad de Estella y, al despedirse, procura la confluencia con el río Iranzu, cambiando de dirección hacia el sur y cruzando perpendicularmente La Solana en busca del Ebro.

En este último recorrido ya no recibe acuíferos importantes y pierde, más que gana, parte de su caudal. Las necesidades de riego de Aberin, Muniain, Morentin, Lerín, Cárcar, Andosilla y San Adrián, más las pérdidas ocasionadas por la evaporación natural, han hecho mermar sus aguas cuando llega al gran colector Ebro.

Su cuenca ronda los 1.000 metros cuadrados con once litros por segundo. En todo su recorrido el desnivel del Ega es de 448 metros. Su régimen es pluvial, mitad oceánico y mitad mediterráneo, con notables estiajes [7].

Las aguas del Ega pasan de ser duras a extremadamente duras, con abundante mineralización. Son sódico cálcicas, normalmente sulfatadas y, a veces, cloruro bicarbonatadas. Presentan altos niveles de nitratos por el intenso abonado de las tierras que riega, sobre todo en su último tramo.

Con las debidas precauciones pueden utilizarse para el riego, pero superan casi siempre los límites tolerables para el consumo humano, por lo que hay que tratarlas intensamente [8]. Las tierras regadas por el Ega son bastante menores que las del Arga.

El Ega es también un río presente y querido en mi infancia. Por eso le escribí y dediqué esta oda a la vera de su desembocadura en el Ebro.

Oda al río Ega

¡Escenas de historia viva
corren por tus veneros,
hijo de mis entrañas…!
Esto le susurra al Ega
la sierra de Cantabria
al aflorarle en Álava.
Santa Cruz de Campezo
aglutina en sus predios,
a la vista de Codés,
las dos iniciáticas arterias
en fundida lengua de aguas,
ya en la frontera navarra:
Ancín, Murieta, Zufía…,
y sigue Valdellín adelante
con Zubielqui y Arbeiza.
Por aquí el Urederra,
señor de las Améscoas,
y las fuentes subterráneas
de la sierra de Urbasa
aumentan sus caudales.
Adulto de estas linfas
pasa bordeando Estella
entre muros medievales,
y por góticas arcadas.
El Iranzu, avenando Yerri,
llega raudo de tres pueblos:
Abárzuza, Grocin y Arizala,
y le rinde fluviales pechas,
como otrora a los benitos

los labriegos de Muro-Astrain
con un buen vino de Peralta,
entre reflejos claustrales
y rumores salmodiados
de antífonas gregorianas,
donde muda de rumbo el Ega
que parte a la sureña Navarra.
El pico de Montejurra,
altivo, ceñudo y serio,
preñado de carlistadas
y romerías a san Ciprián,
orientan el fluir del agua
hacia un Irache abandonado.
Por pueblos de la Solana Alta,
Muniain, Aberin, Morentin,
y por villas de la Solana Baja,
Lerín, Andosilla y Cárcar,
desciende el río a plomada.
El cauce ibero le acoge,
que no es morir sino fundirse
en un abrazo hispano de aguas
entre San Adrián y Azagra.
Cabalgando historias viejas,
mosén Pierres de Peralta
y el terco conde de Lerín,
señores de rompe y rasga,
a sangre y fuego pasaron
por estas mismas riberas.
Y en idénticas campas
terminaron por fundirse,
tras largos años de espadas
y de dolientes mesnadas,
como se abrazan en uno
los ríos de estas tierras,
Ebro, Aragón, Ega y Arga
con sus limos fangosos,
y sus aguas cloruradas.

4. El río Aragón y sus almadías

En el circo pirenaico de Astún, en tierras de Huesca, afloran las primeras aguas del río Aragón, que ensancha su cauce al llegar al canal de Berdún antes de represarse en Yesa. A pesar de su nombre, este río es también eminentemente navarro. Recolecta a su derecha toda la Cuenca de Navarra, pródiga en cursos acuáticos de diversa consideración, además del Subordán y el Veral, que bajan de los valles de Hecho y Ansó, respectivamente.

El Esca, que recoge todas las escorrentías de Belagua y del Roncal, muere en el embalse de Yesa; el Irati y el Salazar, con un aporte fundamental, entregan sus caudales al Aragón cerca ya de Sangüesa. Una compleja red de subafluentes de estos dos últimos ríos, avenan los valles de Arce, Urraul, Lónguida y Salazar, prácticamente toda la montaña oriental de Navarra. El Irati, el de más alto caudal relativo de los ríos navarros de la vertiente mediterránea, lleva 25 litros por segundo en su desembocadura, superando en diez litros los que lleva en ese mismo punto el río Aragón [9]. En su tramo final, y con una alineación perpendicular al Ebro, el Aragón discurre perezosamente por la llanura describiendo sinuosos meandros por campos intensamente cultivados. El Arga ya ha unido a él sus aguas más allá de Funes, para marchar juntos al Ebro un poco más abajo del pueblo de Milagro.

Cuando el Aragón ha entrado en Navarra, a la altura de Yesa, apenas alcanza los cuatro metros cúbicos. Ahora, en su desembocadura, rebasa los trece metros cúbicos.

La dureza de las aguas del Aragón varía por tramos. Son muy duras en los pozos y remansos de Caparroso, medianamente duras en torno a Marcilla, y otra vez muy duras tras la confluencia con el Arga. Su mineralización es constante. Esta singularidad se debe a la influencia de yesos del Terciario continental, que afloran en los terrenos cercanos.

Las aguas son buenas para el riego, excepto las de la citada área yesífera de Caparroso, en donde deben restringirse a ciertos cultivos, y aun así con un drenaje determinado [10]. Sin embargo, es en Caparroso donde viven hasta diez especies diferentes de trucha y barbo comunes, barbo de montaña, madrilla, gobio, chipa, carpa, perca americana, locha y colmadilla.

Se sabe que, por lo menos, desde el siglo XII se utilizaban las aguas del Aragón, al igual que las del Arga, para regar amplios espacios por medio de la gravedad, haciendo recrecimientos en presas en el mismo cauce. Los pueblos limítrofes a Caparroso realizaron, en común con Peralta, este tipo de obras de regadío y con el aprovechamiento de sus aguas, favorecieron un desarrollo agrícola mancomunado. Aguas arriba del río se construyó la presa o estacada de Caparroso y la presilla de Traibuenas, de las que salen varios canales, entre ellos

los llamados ríos Saso y Mayor. Del éste nacen otros dos, el Bobo y el Chaviel, que riegan los campos de Caparroso, Marcilla y Peralta, distribuyéndose regladamente las aguas durante los días de la semana [11].

Además de para el riego, las aguas del Aragón sirvieron durante siglos para el transporte de las almadías, arrastrando grandes troncos de árboles de los Pirineos. Ya en 1505 hubo un pleito, promovido por los habitantes de Caparroso ante la Corte Real, para defenderse de los destrozos ocasionados por el paso de estas almadías a través de su presa o estacada. Alegaban que desde tiempo inmemorial los lugares entre Sangüesa y Tudela cobraban tres reales por cada almadía que pasaba por el Aragón y el Ebro respectivamente, o cobraban el paso de las mismas en especie, concretada en un madero. Insistían en que los daños causados eran de consideración. En la sentencia se especifican las presas que atravesaban las citadas almadías. Entre ellas ya aparecen la presilla de Traibuenas y la estacada cerca del puente de Caparroso, pertenecientes al condestable de Navarra, a la señora de Traibuenas y a las villas de Caparroso, Peralta, Marcilla y Funes, porque habían financiado su construcción para regular el caudal de las aguas con que regaban sus tierras.

Los tudelanos se quejaban de que los almadieros no les querían pagar, apelando a que las Cortes de 1497 habían resuelto dar libertad de tránsito por los ríos con el solo abono de alguna cantidad por los posibles perjuicios que pudieran causar los maderos, "*la quoal ley da libertad que puedan libremente lievar sin pagar pecunia ni cantidad en lugares ni villas, a personas algunas*". Los almadieros replicaban que los ríos Aragón y Ebro, al ser caudalosos, eran de navegación libre, y por eso las villas de paso tenían que construir puertos que no impidieran el paso de las almadías, bien entendido, por supuesto, que estas debían regular sus medidas. Y así no podían exceder de cuatro tramos de cincuenta fustas mayores o treinta si se trataba de los llamados *salidos*. Los almadieros debían avisar de su llegada al pueblo y, si transcurridas tres horas, no acudía nadie, podían pasar procurando no hacer daño [12].

La construcción de puertos en las presas originó perjuicios a la agricultura. En 1782 el Marqués de Falces y las villas de Peralta, Funes y Marcilla exponían a la diputación del reino los menoscabos que experimentaban sus riegos por el nuevo puerto que el doctor Plácido Correa, comisionado real, había hecho abrir en la presa existente sobre el puente de Caparroso para conducir las maderas del rey [13]. Pero no solo eran estas las almadías que tenían paso franco por los puertos de las presas, sino también todas las demás.

En los bosques de los valles del Roncal, Salazar y Hecho tenía lugar la tala de madera entre mayo y agosto. Una vez arrastrada hasta los ataderos de los ríos, primero se cuadraba y después se construía la almadía por tramos. Un tramo

tenía de diez a veinte maderos, y su anchura dependía del cauce de los afluentes del Aragón, oscilando entre los tres y los cuatro metros.

El primer tramo solía medir siete metros y era más largo que los posteriores, con la parte trasera curva para facilitar los movimientos. Llevaba delante dos pares verticales de estacas de haya en las que quedaban amarradas con un tejido de varas de avellano los remos guía, que eran de pino. El segundo tramo, algo más corto que el primero, sostenía dos palos unidos por arriba en los que se colocaba la ropa. La unión entre tramo y tramo se efectuaba por el centro con cinturas de roble o abedul que había que calentar al fuego. El tramo de cola también llevaba un remo, pero algo más corto que los delanteros.

Hasta llegar al Aragón solían ir por lo regular tres hombres con cuatro, cinco o seis tramos. Ya en este río, se unían hasta ocho o diez tramos. Las almadías del Roncal eran principalmente de pino y abeto, y las del Salazar de pino y haya: tres troncos de pino por uno de haya.

Una preocupación grande de los pueblos era tener los ríos en buenas condiciones, bien almadiados y con los puntos peligrosos vigilados. El salto de las presas requería una pericia especial; en uno de los extremos había un punto previsto para ello [14].

A comienzos de diciembre empezaba la temporada almadiera, que llegaba hasta finales de primavera. Con buenas condiciones se tardaban seis días en ir de Burgui a Zaragoza. Pero tanto el exceso de agua como la falta de corriente, amén de otras causas, podían retrasar el viaje hasta alcanzar los doce días.

Algunos almadieros no salían del río Aragón, llegando solamente hasta los puertos de Peñalén y Milagro, sin meterse en el Ebro. Los que alcanzaban Zaragoza, volvían andando con el remo al hombro, empleando en ello tres días. La construcción del embalse de Yesa interrumpió definitivamente en 1952 el quehacer maderero de las almadías, que por el Ebro llegaban al mar, donde era embarcada la madera.

5. Desde el puente de Caparroso

Desde el viejo puente de Caparroso veo pasar al Aragón. Por aquí marchaba yo en el autobús a Zaragoza y Pamplona con mis ilusiones estudiantiles. Hoy recorro mentalmente los lugares que el río baña.

Discurre el río Aragón bajo el puente de hierro

¿Qué aguas trae esta tarde este río
cuando, absorto, lo estoy contemplando
desde el herrumbroso puente de hierro?

Son dosis exactas de Aragón y de Navarra
refundidas, mezcladas pero no confundidas,
cabalgando gota a gota por un ancho cauce:
con dos orillas desiguales pero hermanas
en un parejo y lento transcurrir de siglos,
de reyes, de lacayos y de pecheros de vasallaje.
¿Qué aguas trae esta tarde nuestro río?
Son del Subordán, del Veral y del Esca,
del Irati, del Onsella, del Induci y del Cidacos,
veneros níveos todos de los Pirineos jacetanos,
caricias acuosas del pie del Somontano,
lamidos golosos de las margas yesíferas,
paladeos últimos de eternos secarrales,
que engrosan la dote inicial zaragozana,
tras las abundantes transfusiones navarras.
He oído contar maravillas de este río,
he leído sus cifras en atlas geográficos,
pero ahora, sentado, lo veo en directo.
No me sirve lo que de él digan los libros,
no me valen los datos ni las estadísticas,
son como un otoño de hojas marchitas,
añosas fotografías de fenecidas almadías.
Voy a intimar yo mismo con los paisajes,
quiero recorrer con pausa de peregrino
la anchurosa vega de la Canal Navardún,
y detener mis ojos en la presa de Yesa
con los embudos de sus tres aliviaderos,
ver las tonalidades cambiantes de la sierra de Leyre,
sobrevolando un cielo monástico y sereno
reflejado en la placidez del embalse…
¿Fueron exigencias de riegos sedientos
encerrar en esta cuenca un mar diminuto,
o necesidad de un espejo para mirar el cielo?
La iglesia de Santa María Real de Sangüesa
remira desde su románica e historiada portada
y desde su recio y encumbrado pináculo
los caudales gozosos del Irati y Salazar aunados.
¿Quién le dirá a estas corrientes de aguas claras
que los pútridos olores que aquí se respiran
emanaciones son de mil árboles tronchados
esperando ser mañana transformados en papel?
¿Quién podrá hablar de tal modo a estas aguas

cuando bajan enamoradas de pinos y de hayas?
¿Será Cáseda recostada a la izquierda en la ladera,
o Gallipienzo encumbrado altivo a la derecha
repartiéndose malos olores y excelentes aguas?
En perspectiva lejana, el pétreo palomar de Ujué,
crestería de sierra adusta, tan árida como pelada,
y los montes renegridos del señorío de Peña
con los jabalíes ocultos entre robles y quejidos,
serpentean a un tiempo meandros de factura lítica.
Alcanza el Aragón la Ribera mugando merindades,
fronterizo en Carcastillo con las Reales Bardenas,
campos de La Oliva, monástica de cogullas blancas
y mística de cogullas amplias,
deslizándose al mismo ritmo por Mélida y Santacara.
En la Virgen del Soto el Cidacos le da su pleitesía,
cansado de caminar por senderos de La Valdorba.
Y en el Ebro, estrecho mar que viene surcando Cantabria,
Castilla la Vieja, Álava, La Rioja y Navarra,
antes de introducirse en las pardas riberas mañas,
y en las tierras catalanas de la costa mediterránea,
para morir a su vez formando un delta limoso en el mar,
fenecen tributarias las aguas cansadas del río Aragón,
nacidas entre hayedos blancos y crestérias nevadas,
remansada su espera en el mar interior de Leyre y Yesa,
reflejando encinares, pinares y robledales centenarios,
después de saciar la sed secular de tantos pueblos navarros
de sus cerealisticos campos ribereños y bardeneros,
y de sus huertas, alamedas, sotos, chopales y predios.

6. El Ebro pasa por Azagra, no lejos de Funes y Peralta

Saliendo de Peralta en dirección suroeste por la carretera de Rincón de Soto, se llega al cruce con la de Milagro, que se toma a la derecha para llegar, tras siete kilómetros, a la villa de Azagra, mi pueblo natal. Su núcleo urbano, a un tiempo protegido y amenazado por la Peña, se acuesta en el llano bañado por el Ebro, límite municipal y provincial respectivamente de Calahorra y La Rioja con Navarra.

Hasta el siglo XIX se alzaba al borde del monte un antiquísimo castillo dominando la amplia y fértil llanura. Hoy no quedan ni siquiera los cimientos para atestiguarlo. La vega azagresa es terreno de regadío con terrazas fluviales, alimentadas por acequias que llevan el agua a cultivos hortícolas y frutales, a

plantas forrajeras, al maíz y a los cereales. Los yesos y margas del monte, originados por la erosión de numerosos barrancos y cárcavas dejan suficiente espacio para campos de secano dedicados al cultivo del espárrago, cereales y vid. Por el monte de Azagra, una red de caminos conduce hasta Funes y Peralta.

Azagra carece de puente para pasar a la margen derecha del Ebro. Para ello hay que desplazarse hasta el vecino San Adrián. A principios del siglo XX se iniciaron las obras de cimentación de un puente en el término de la Barca. Pero surgieron pleitos con la Diputación de Navarra, y todo quedó en nada [15].

Durante muchos años, la falta de puente quedaba subsanada por una gran barcaza que cruzaba el río en el lugar denominado La Barca, a poco más de un kilómetro del pueblo. Sus últimos barqueros, Román Ortiz y Crispín Cerdán, accionaban manualmente este artefacto mediante gruesas sirgas de acero desde el casalicio del fortín. La barcaza transportaba, de orilla a orilla, personas, animales y vehículos. De este modo se acortaban las distancias con Calahorra y con otros lugares riojanos. Cabían en la barca un tractor con su remolque y un automóvil, o tres caros con sus caballerías, además de varios pasajeros.

En 1964 una gran riada arrambló con ella. Y, después de recuperarla aguas abajo, se pensó en repararla, pero el Ayuntamiento azagrés no la consideró imprescindible porque las gentes y los vehículos del campo estaban ya muy motorizados y pasaban al otro lado del Ebro por el puente de San Adrián, a tan solo cinco kilómetros.

En tiempos romanos, discurría por las inmediaciones una calzada dotada de puerto fronterizo mediante pontones. Los árabes terminaron de perfeccionar el sistema de comunicación entre ambas orillas. Hay abundante documentación en el archivo de Comptos [16] con detalles de la barca azagresa, camino y puerta hacia Castilla, sobre todo a partir del siglo XV.

Azagra ha soportado durante siglos el tiránico señorío del Ebro, dueño absoluto de sus tierras y hasta de sus calles en épocas extraordinarias de lluvias o deshielos. Hoy los viejos motarrones de tierra han sido sustituidos por otros de piedra, hormigón y acero, preservando así a los huertos y a las calles de tan traicioneras inundaciones.

Ebro significa río, como lo atestiguan las voces indoeuropeas *Iber, Ibe y Eb*re. Y dice mucho de lo que fue este río el hecho de que su nombre lo lleve la Península Ibérica desde la noche de los tiempos.

El cauce del Ebro cauce tiene una dirección constante noroeste-sudeste a lo largo de todo su recorrido. Montañés de nacimiento, recorren su curso alto y la primera parte del curso medio las tierras burgalesas, las lanadas alavesas, las riberas riojanas y navarras; la segunda parte del curso medio y el curso bajo

cruzan las sedientas tierras zaragozanas y aboca al Mediterráneo a través del delta tarraconense. Desde siempre, el padre Ebro ha marcado fronteras y ha sido la imprescindible referencia para poner las cosas en su sitio.

Sus acuíferos, menguados en sus inicios, se acrecientan con las cuencas de ambas Castillas, Vascongadas, La Rioja, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia. Hay que destacar los afluentes navarros y, en general, todos los pirenaicos que descienden por la margen izquierda: Arga, Aragón, Gállego, Segre, por citar solo los principales. La abundancia de sus caudales contribuye a que el Ebro alcance la primera categoría fluvial dentro de la península.

La cuenca del Ebro tiene forma triangular y posee una extensión de 85.550 kilómetros cuadrados [17]. Hidrográficamente limita al norte con la vertiente atlántica; al sur con las cuencas del Duero, Tajo y Júcar; y al este con el Pirineo oriental y el mar Mediterráneo. Su longitud máxima desde Peña Labra a la isla de Buda es de 520 kilómetros en línea recta, que se transforman en 928 de curso fluvial. Su cuenca alcanza su mayor anchura entre el Principado de Andorra y la población de Cantavieja, en la provincia de Teruel, con 270 kilómetros. En su desembocadura forma un delta de más de 30 kilómetros de longitud en los Alfaques.

Ocupa el cuadragésimo segundo lugar dentro de las cuencas fluviales del mundo. Entre las europeas, alcanza un puesto destacado. Dentro de Navarra, el Ebro lleva en Mendavia un caudal medio anual próximo a los 235 metros cúbicos por segundo; y en Castejón, después de los aportes del Ega y del Arga-Aragón, registra hasta 320, superiores incluso a los que se miden a su paso por Zaragoza.

Además de constante, el caudal es regular, aunque hay que destacar sus grandes crecidas en los deshielos primaverales [18] y el profundo estiaje del mes de agosto. Las aguas del Ebro son duras o muy duras. Los valores más altos se registran de Logroño a Mendavia, de Azagra a Rincón de Soto, y a partir de Arguedas. De todas formas, la gradación no es trasversal sino longitudinal, de manera que las aguas menos duras se sitúan en el centro de la corriente y las más duras en los bordes [19].

La potencia agrícola de las vegas tudelana y zaragozana se debe en parte a una serie de canales de riego que parten del Ebro. El más antiguo es el canal Imperial, diseñado por el político ilustrado Pignatelli en el siglo XVIII, con un caudal de 25.000 litros por segundo. Arranca del Bocal, cinco kilómetros aguas abajo de Tudela. Poco antes y en la margen izquierda, comienza el canal de Tauste, con un caudal más reducido que el Imperial. El canal de Lodosa es el más reciente y riega con sus 130 kilómetros los campos de dieciséis municipios: cinco de La Rioja, nueve de Navarra y dos de Zaragoza. Después de estas

sangrías no es de extrañar que a su paso por la capital maña lleve el Ebro menos agua que por Navarra.

NOTAS:

1. Navarra. Guía ecológica y paisajística, 1980, págs. 346 y 347.
2. Itinerarios por Navarra. Zona Media y Ribera, 1978, pág. 125.
3. Navarra. Guía ecológica…, pág. 344.
4. Altadill. Geografía General del País Vasco-Navarro, t. I.
5. *Atlas de España*, Planeta-Agostini, 1989, vol. I, pág. 262.
6 Lo cita Esteban Garibay en Compendio… historia de todos los reynos d´España, donde se describen las vidas de los reyes de Navarra…, III, Amberes, 1571, libro XXI, cap. III, pág. 10.
7. *Atlas de España*, Planeta-Agostini, íd.
8. MOP. Memoria 1945-1975 de la Confederación H. del Ebro.
9. *Atlas de España*, íd., pág. 263.
10. *Memoria*…, íd.
11. Las cuotas se pagan por robada y año. Las reuniones de los socios de esta mancomunidad se efectúan en el sindicato de Riego de Bayunga en Caparroso. A ellas van los regantes de Peralta.
12. Idoate, F. Rincones de la Hª de Navarra, III, págs. 609-612.
13. AGN, Archivo Secreto, Sección de tránsito de maderas por los ríos Irati y Aragón: perjuicio de las presas, legajo 1º, carpeta 3ª.
14. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra,* III, págs. 378-384.
15. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia de Azagra*, 1982, págs. 355-491.
16. AGN, Comptos varios, con reseña publicadas en el Catálogo General por los archiveros Castro e Idoate. Topónimo *Azagra.*
17. *Memoria*…, íd.
18. *Atlas de España...,* pág. 249.
19. *Memoria...*, íd. El sulfatado cálcico es general, y de Logroño a San Adrián se suma el bicarbonato sódico; hasta Tudela, el cloruro sódico, y de Tudela en adelante aparece a veces el magnesio. La contaminación por nitratos de origen agrícola, es también intensa. En la mayor parte de estos puntos se sobrepasan los límites de la potabilidad.

El río Ega a su paso por la ciudad de Estella

Confluencia de los ríos Arga y Aragón en Peñalén

Almadieros bajando por el río Esca

El río Ebro a su paso por los campos de Azagra

CAPÍTULO XVI: DOS VILLAS HERMANAS

1. Funes, a dos kilómetros de Peralta

Efectivamente, a dos kilómetros de Peralta, en el escalón inferior del monte que los funeses llaman "Gurugú", se alza la villa de Funes, rica en historia y no menos fecunda en producción agrícola. Está situada a 280 metros sobre el nivel del mar. El Arga discurre a sus pies, y tres kilómetros más adelante se une al Aragón para caminar juntos hacia el Ebro por los campos de Milagro.

Funes ocupa el ángulo sur de la Merindad de Olite. La extensión de su término municipal abarca casi 54 kilómetros cuadrados, colindantes con los de Peralta, Marcilla, Villafranca, Milagro y Azagra; por el sur limita también con las riojanas tierras de Rincón de Soto. Su población apenas sobrepasa los 2.000 habitantes, manteniendo un leve pero constante ritmo de crecimiento gracias a la inmigración. Pertenece administrativamente al partido judicial de Tafalla.

Al igual que las demás villas de la contornada, dos zonas se reparten las tierras de labor: en los altos, el secano, con depósitos de yesos y margas, dedicado a cultivos herbáceos, cerealisticos y vitícolas; en la llanura fluvial, el regadío, destinado a un policultivo eminentemente hortícola, que ocupa el 30 % del total del suelo agrícola. La superficie del término abarca 3.630 hectáreas, muchas de ellas eriales. Sus campos se expanden por los valles de los ríos Arga, Aragón y Ebro, de los que nacen acequias como la Mayor, Parador, Soto y Riotinllo.

Antes del encauzamiento del Arga, se producían los meandros típicos de los cursos bajos de los ríos que, al acentuarse sus curvas, quedaban estrangulados, abriéndose nuevos cauces que originaban conflictos entre los propietarios de los terrenos[1]. Los brazos de agua abandonados por el río se rellenaban temporalmente con las crecidas, hasta que el tiempo, la evaporización y la mano del hombre acababan extinguiéndolos. Este fenómeno ha sido subsanado por la canalización del Arga.

Las precipitaciones anuales son escasas y el clima templado, a excepción de unos pocos días del invierno y otros del verano, con extremos que hacen oscilar el termómetro de tres o cuatro grados bajo cero a cuarenta grados positivos, respectivamente.

Como en los pueblos vecinos, el pino carrasco verdea sobre los tramos de las lomas esteparias, entre tomillares, espartales y romerales, mientras en las riberas crecen los chopales, las alamedas y las olmedas, alternando con masas de sauces y tamarices silvestres.

De las olmedas que había antiguamente entre el Arga y el Aragón se obtenían importantes cantidades de madera para la construcción de carros y galeras de labranza, siendo una buena fuente de ingresos [2].

Cuando escribo este libro, existe una cabaña ovina tradicional de más de 3.000 cabezas, al tiempo que va adquiriendo también auge la cabaña bovina.

La industria se relaciona con la agricultura mediante la conservación de sus productos vegetales, empleando abundante mano de obra femenina. Hay además industrias pequeñas que se dedican al metal, la construcción y la alimentación.

En 1960, cerca de la muga con Peralta, en la zona de San Mauricio, mientras se realizaban allanamientos agrícolas en el montículo "El Cabezo", aparecieron grandes cantidades de piedras labradas, molinos de barro y abundante cerámica. Por desconocimiento y falta de información, no se dio al hallazgo la importancia arqueológica que merecía. En un análisis posterior de las tierras desmontadas se consiguieron datar como pertenecientes a la cultura del Hierro, las cerámicas y los molinos allí encontrados.

Otro descubrimiento de 1952 en terrenos situados entre Funes y Milagro demuestra que se dio en esta zona una fuerte romanización, pues se trataba de una tumba con restos humanos y ajuar femenino, que formó parte posiblemente de una necrópolis [3].

Y junto a la carretera comarcal de Pamplona a Madrid apareció en 1959, también en el término de Funes, una bodega romana de gran capacidad, a solo un palmo de profundidad. Con toda probabilidad se trata de lagares que almacenaban desde antiguo los ricos caldos de esta zona, con vistas a la exportación. Es el único yacimiento español de tales dimensiones en esta especialidad. También salieron a la luz monedas, cerámica y algunos utensilios de hogar [4].

Posteriormente, en diferentes tierras de labor han aparecido edificaciones romanas construidas con piedra labrada, cantos rodados y argamasa, así como tejas y restos de ladrillo. Podría tratarse de villas de recreo o de explotaciones agropecuarias.

Los datos históricos más antiguos sobre Funes se remontan al año 1001, cuando el lugar pertenecía al señorío de Fortuño Aznárez, a cuya familia estuvo vinculado durante muchos años. A sus señores o gobernadores se les cita como testigos en los privilegios y escrituras reales. El pueblo poseía antiguamente un castillo-fortaleza con muros y fosos, que dominaba la villa, pero ya no quedan vestigios de él.

El rey Sancho el Mayor concedió en el año 1015 un privilegio al monasterio de Leyre en el que dice que llega hasta san Salvador con la intención de *dar*

gracias a Dios por las victorias conseguidas contra los moros de Funes[5]. Más de 260 años después, en el año 1378, la villa fue totalmente incendiada y destruida, igual que Villanueva, a manos del ejército castellano. Los vecinos supervivientes se trasladaron a vivir a Peralta.

El rey Carlos II, quejoso de que no hubiesen sabido defenderse, anexionó sus términos a la villa de Peralta que los acogió, porque ésta sí había sabido defenderse. Más tarde, tras peticiones reiteradas de los funeses, recobraron su autonomía municipal. En 1430 Juan II donó Funes al señorío de Pierres de Peralta, y posteriormente fue anexionado al marquesado de Falces, como el resto de las villas vecinas.

Algunas casas barrocas de ladrillo del siglo XVIII jalonan la plaza de los Fueros y la calle Mayor. Sobre todas destaca a media ladera la monumental casa-palacio del Mayorazgo, que tiene dos escudos pétreos, uno orlado de conchas y otro de trofeos con corona cubierta por timbre. En ella nació Francisco Ximénez de Tejada, gran maestre de la Orden de Malta en 1773, según consta en una placa de bronce colocada en la fachada [6]. Las casas han ido descendiendo hasta llegar al río, extendiéndose también por la orilla izquierda del Arga.

2. La parroquia de Santiago

La parroquia de Funes está dedicada a este Apóstol. De niño, oía cantar en Peralta esta copla:

Santiago Patrón de España,
"abogau" de los de Funes,
que lo echan a remojo
sábado, domingo y lunes.

Construida la iglesia en la zona alta del pueblo, se accede a ella mediante una larga escalinata que da también servicio a las calles altas. Realza su fachada la torre del siglo XVII, con añadidos del XVIII. Don Tomás Biurrun, párroco de Peralta en los años 30 del siglo pasado y gran aficionado a la arqueología sacra, describe así el templo:

Ostenta sobre la puerta de ingreso, en el costado sur, una buena imagen de mármol del glorioso Santiago en una hornacina de concha. Casi todas las paredes de ladrillo en la parte exterior son superficies planas, lo mismo que el ábside de planta poligonal. Pero la torre, cuadrada en sus cuatro primeros cuerpos y octógona en el quinto, con ventanales de medio punto, unos abiertos y otros simulados para producir efecto estético, denota ser una buena obra de

estilo Renacimiento de fines del siglo XVII. El ábside y el crucero, así como los tres tramos interiores, lo mismo que el exterior, permanecen intactos, sin que manos crueles los hayan alterado.

El retablo es medio renacentista y medio barroco, pero de tan hermosa presentación, de tan excelente efigies talladas, de tan bien ejecutadas las columnas y los demás elementos, de tan armónica composición de las pinturas de sus cuadros y dorados, que resulta un retablo francamente bueno. Comenzada la obra en el periodo plateresco duró hasta la introducción del arte barroco, sabiendo hermanarse perfectamente ambos estilos en el siglo XVII. En los cuadros están representados: Santiago en la batalla de Clavijo, en el centro; sobre éste, Jesús crucificado; a la derecha de Santiago, San Miguel y San Juan Bautista, y a la izquierda, San José y San Antonio de Padua. Los dos cuerpos del retablo descansan sobre un basamento con cuadros en los que se representan San Sebastián, Santa Lucía, Santa Bárbara y San Agustín…

La sillería del coro es también de estilo barroco y la profusión de labores en ella esculpida la hace merecedora de respeto y veneración [7].

La torre, que otea el horizonte, es de bella factura. Tiene cinco cuerpos cúbicos decrecientes con los frentes decorados por arcos ciegos de medio punto, excepto los del cuerpo que alberga las campanas; el último, como lo ha descrito don Tomás más arriba, es octogonal, con un arco a cada lado y recuadros geométricos sobre ellos. Unas bolas de piedra colocadas sobre prismas a la altura del último tramo adornan cada una de las cuatro esquinas. Sobre los arcos finales, una moldura de triglifos remata el enladrillado que termina en aguja metálica.

El primer contacto con esta parroquia lo tuve a los seis años, cuando el bautizo de mi prima Maria Jesús Osés Velasco. Caramelos, peladillas y dinero en calderilla rebotaron por los ruejos del suelo del atrio entre el revuelo y alboroto de la chiquillería. En aquellos años regían esta iglesia dos sacerdotes con nombres poco frecuentes, don Nicandro y don Torcuato [8], que venían frecuentemente por la casa parroquial de Peralta.

Una moderna capilla construida en la residencia de ancianos a la otra parte del río y la vieja ermita remozada del Calvario en el casco viejo alternan el culto litúrgico con la parroquia.

3. A cinco kilómetros, Marcilla

Queda mucha tarde todavía cuando, desde Funes, llego a Marcilla. Sin un plan definido merodeo por las calles de san Bartolomé y la rúa de los judíos, por las plazas del padre Fabo y del Postigo… Además del castillo-palacio de doña Ana de Velasco, la ermita de la Virgen del Plu del siglo XIII, la parroquia de finales del XVIII con restos del siglo XIII, veo otros edificios blasonados con aleros de madera de los siglos XVI, XVII y XVIII, mezclados entre construcciones más recientes.

Al tener este pueblo una estructura radial, enseguida se encuentra aquello que se buscan. Las calles se llenan de gente que se para, se saluda y se habla familiarmente. De espaldas al castillo, en un frontón diminuto, cuatro mocetes fuman sus primeros pitillos, mirando disimuladamente hacia un rincón. Han llegado con sus bicicletas, que las dejan tumbadas en tierra. Acaban de empezar la adolescencia y queman energías con una pelota tras haber empezado ya a quemar sus pulmones con cigarrillos.

Cuando yo tenía algo menos de su edad, Marcilla me atraía por su feria de ganado en octubre, famosa ya desde antiguo y distinguida por los reyes de Navarra. Hasta aquí nos acercábamos los chavales como podíamos: en bicicleta, en los carros que iban al campo, en el autobús de la estación, caminando… El atractivo principal de la feria para la gente menuda radicaba en unos enormes chupadores de color rojo bermellón. Los troceábamos a la medida de nuestras bocas y los hacíamos durar varios días.

Aunque nuestras relaciones con los chicos marcilleses no eran cordiales, resultaban mejor que con los de Funes. A las chicas de Marcilla les cantábamos descaradamente:

En Villafranca son sosas,
en Peralta resaladas,
en Falces son puercas
y en Marcilla mal peinadas.

La villa de Marcilla está situada en una amplia terraza aluvial del río Aragón a 290 metros sobre el nivel del mar. Su término limita al norte con los campos de Falces y Olite, al sur con los de Villafranca y Funes, al este con los de Caparroso, y al oeste con los de Peralta. Su extensión sobrepasa los veintiún kilómetros cuadrados y su población oscila sobre los 2.500 habitantes.

Las tierras municipales están divididas por el estrecho pasillo de la Serna en dos zonas, una de secano, y de regadío la otra, como suele ser habitual en la comarca. Las Planillas y el Montico son las tierras altas, con una media de 340

metros de altitud, dedicadas al cultivo de trigo, cebada y vid. La mitad de las tierras de la llanura aluvial se riegan con las acequias Campo, Mayor y Río, que toman las aguas del Aragón. Las tierras comunales las disfrutan los vecinos mediante módicos arriendos. Por lindar Marcilla con las Bardenas posee importante cabaña ganadera, tanto ovina como bovina y cuenta también con reses bravas.

La economía marcillesa ha sabido desarrollarse con una industria consolidada, basada principalmente en la transformación de los productos hortofrutícolas, con fábricas familiares que ocupan abundante mano de obra femenina. Hay también pequeños talleres de madera, metal y materiales de construcción. Existe un reducido polígono industrial entre el pueblo y la estación del ferrocarril. El tren discurre por su término desde 1860. A su paso ha originado los barrios de la Estación y de la Azucarera, y ha fomentado las comunicaciones de la zona y su desarrollo agrícola e industrial. La autovía que cruza su territorio, facilita aún más las comunicaciones.

El origen del poblamiento marcillés no se puede precisar. La tradición defiende su fundación visigoda al amparo de un monasterio. De 1120 es la primera data escrita. Alfonso el Batallador concedió a Marcilla los mismos fueros que a la ciudad de Calahorra [9].

Corría el año 1160 cuando doña Sancha, esposa del rey Sancho el Sabio, fundó en este solar un monasterio de monjas cistercienses, erigiéndolas en dueñas del señorío de Marcilla y parte del de Funes. Carlos III el Noble consiguió del papa Benedicto XIII, a instancias de mosén Pierres de Peralta, desposeer y desterrar a las religiosas, pasando sus posesiones al señorío de los Pierres. Éste cedió el monasterio a los monjes de La Oliva, pasando a ser un priorato dependiente de esta abadía [10].

4. El convento de los frailes agustinos

Durante los siglos XIV, XV y XVI existieron en Navarra cinco monasterios cistercienses, también llamados bernardos: Leyre, Iranzu, La Oliva, Fitero y Marcilla. Los cuatro primeros eran abadías y el quinto ya he dicho que priorato. Éste lo habitaban por término medio seis monjes, con una renta de 2.000 ducados, divididos en tres partes: una para el abad de La Oliva, otra para el sostenimiento de los monjes, y la tercera, para el mantenimiento del propio monasterio [11].

En 1608 el priorato se convirtió en abadía perpetua y Felipe III lo hizo patronato real. En 1755 el inmueble estaba tan ruinoso que los monjes se vieron obligados a construir un cenobio nuevo, que es el edificio existente en la

actualidad, obra del maestro Asensio, discípulo de Ventura Rodríguez, quien también edificó parte de la iglesia parroquial de Marcilla.

Poco tiempo disfrutaron los monjes de estas nuevas instalaciones, ya que en 1835 el monasterio y sus propiedades pasaron a manos de particulares en virtud de las leyes desamortizadoras del tristemente célebre ministro Mendizábal. En 1864 los agustinos recoletos adquirieron el edificio salvándolo así de una ruina segura.

Yo tenía diez años cuando lo visité por primera vez un día de la feria. El padre Rafael, superior del convento, que solía venir a la parroquia de Peralta como confesor extraordinario en la Cuaresma, me lo enseñó complacido. Hoy[12] he querido verlo de nuevo en esta tarde calurosa de verano. Necesitaba recordar los viejos rincones que pervivían en mi memoria. A las cinco en punto, como indica el cartel para las visitas, he pulsado la campanilla de la portería.

La frescura de sus muros ha sido un oportuno lenitivo para mitigar la canícula. Los estudiantes teólogos se levantaban entonces de la siesta. Mientras, iban llegando una, dos, tres bicicletas con muchachos del pueblo trayendo libros. Un fraile alto, joven y con acento extranjero, habló en inglés a estos alumnos veraniegos y con ellos entró en el convento a darles clase de esa lengua.

El fraile encargado de atender las visitas, de nombre Celso y de nacionalidad filipina, estudia aquí Teología desde hace tres años y habla castellano con alguna dificultad, aunque lo entiende perfectamente. Como vengo predispuesto al recuerdo, su figura me evoca constantemente a la del padre Rafael, aunque no se le parece físicamente, incluso puede ser su antítesis. Con voz dulce, susurrada más que articulada, con porte elegante y trato exquisito me va explicando las diferentes dependencias del convento.

El refectorio, alargado y sobrio, huele todavía a la pitanza de mediodía. La sala de música está insonorizada de forma artesanal por los mismos estudiantes con hueveras de celulosa. Salimos al exterior mientras la canícula aprieta. La fachada de la iglesia, de severa majestad, se levanta en medio de las dos alas de ladrillo que conforman el monasterio. Se adorna con pilastras toscanas, arcos rebajados y dintel. El interior de la misma es de estilo neoclásico, y ha sido pintada recientemente con dudoso acierto. Tiene planta de cruz latina con nave de tres tramos y capillas rectangulares. En el crucero se alza una cúpula gallonada que descansa sobre pilares.

De su profusa ornamentación se encargan guirnaldas de laurel, óculos ciegos y rosetas, oro en los capiteles y en los casetones del arco del testero, palmas y cabezas de querubines, escudos, cruces de órdenes militares, mitras, báculos...; todo indica su origen monacal [13].

Después de contemplar la iglesia, subimos al piso superior del monasterio por una grandiosa escalera barroca. En el primer rellano se bifurca en otros dos tramos laterales, que desembocan en un vestíbulo de triple vano adintelado por el que se accede a la clausura de la comunidad, que no visitamos. Bajamos al claustro del pozo. Tiene forma rectangular y dos cuerpos de ladrillo con pilastras toscanas. En el inferior se abren portadas de arcos rebajados y otros ciegos de medio punto con óculo en su interior; en el superior los balcones son chatos a causa del rebaje de los arcos. Las galerías se cubren con bóveda de arista y arcos fajones.

Un segundo claustro, más grande y algo más moderno, aún conserva una galería del siglo XVIII, sobre la que se ha levantado un piso. Es un claustro luminoso, cerrado con grandes cristaleras. Una cuidada variedad de plantas vegetales alegra a la juventud estudiantil que cuida de ella desde sus celdas.

Cuando ya no queda nada más del monasterio por ver, Celso me invita a visitar en el museo misional que han montado una variada colección de marfiles, miniaturas, vestimentas, ornamentos religiosos y mil objetos exóticos y de valor, traídos de Hispanoamérica y, sobre todo, de Filipinas, donde esta orden ejerce su apostolado.

Antes de despedirnos en la parte de huerta dedicada a zona deportiva, se van acercando a saludarme algunos jóvenes frailes agustinos de varias nacionalidades. Me entero por ellos que Celso ha sacrificado su baño en la piscina por atenderme en esta tarde, tal vez la más calurosa del verano.

5. La Estación del Ferrocarril y la Azucarera

Ardo en deseos de volver a poner mis pies en la estación de Marcilla, la estación de mi infancia. En ella tomé el ferrocarril por vez primera para mis viajes a Zaragoza y Pamplona. Atravieso con mi coche un pequeño polígono industrial, y enseguida me encuentro con el cruce de la carretera a Villafranca, donde está la estación. En mitad de un andén desierto y limpio, juegan a las cartas cuatro hombres mayores, buscando el escaso aire que corre a la sombra.

Todo está silencioso y en calma a esta hora. Al fondo se divisan unas chimeneas sin humo; es la azucarera, primera industria de la comarca a comienzos de la pasada centuria que tuvo su auge en los años veinte del siglo pasado. A su vera creció el barrio que lleva su nombre. El cultivo de la remolacha lo hizo posible. Pero el dulzor de la azucarera apenas duró poco más de cincuenta años, pues de 1966 a 1972 comenzó a disminuir drásticamente la producción de la materia prima, la remolacha. De 4.970 hectáreas cultivadas se

pasó a 1.975 en poco más de cinco años [14]. A partir de 1987 se agudizó el declive remolachero, hasta que, poco después, la fábrica cerró definitivamente.

Durante esos años los caminos agrícolas de Peralta, Funes, Marcilla, Caparroso, Falces, Olite, Villafranca y Milagro eran un lento rosario de carros y galeras con remolacha hacia una boyante factoría que, ahora, aparece ante mis ojos desierta y muerta. Como me entristecen estos pensamientos, desisto de ir a contemplarla de cerca. La azucarera favorecía, por un lado, la economía de los labradores que dedicaban gran parte de sus tierras al cultivo de la remolacha, y por otro, la entrada de jornales derivados de la elaboración del azúcar, precisamente cuando cesaban en el campo otras labores agrícolas.

La campaña azucarera empezaba en octubre y terminaba en marzo. La jornada laboral duraba doce horas, por las que se cobraban dos pesetas diarias. Los peralteses aquí empleados necesitaban más de una hora en recorrer andando los siete kilómetros que los separaba de la fábrica, y otro tanto a la vuelta; en total, casi quince horas fuera de casa, que, con el uso generalizado de la bicicleta, primero, y de la motocicleta, después, se redujeron sensiblemente. El coche de línea también hacía el trayecto de ida y vuelta por una peseta, pero eso suponía dejar la mitad del jornal.

De regreso a Peralta, voy recordando la leyenda del "Sacamantecas", con la que los mayores nos asustaban a los niños. Tan legendaria figura cobró vida cuando empezó a correr el ferrocarril por estas tierras. Los enemigos del tren propalaron el rumor de que las locomotoras se lubricaban con la grasa de los niños, y que habían desaparecido de sus casas varios mocetes de Barasoain y de otros pueblos de la comarca, robados por los maquinistas con este fin.

6. Los viajes en tren

Quien no haya viajado en los desvencijados vagones de tercera clase de la posguerra española, conoce poco de la historia del tren español. Los asientos y respaldos de sus vagones estaban construidos con listones de madera barnizada de unos diez centímetros de anchura, ligeramente separados entre sí y sin divisoria entre las cinco plazas que correspondían a cada lado del compartimento. Después de un trayecto habitual, teníamos marcada la espalda y las posaderas con rayas amoratadas por el traqueteo constante del tren.

Unos años antes de desaparecer la tercera clase, los asientos mejoraron con un misericordioso acolchado de hule. Como contrapartida a tanta incomodidad estaba el ejercicio de la confraternidad. La permanencia durante horas en un mismo compartimento hermanaba a las gentes, que se entretenían hablando y compartiendo el condumio que buenamente traían de casa, porque el viaje

resultaba largo a cualquier parte. De Marcilla a Pamplona se tardaba dos horas bien cumplidas. Y cuatro largas, si no eran cinco, de Marcilla a Zaragoza. Estos eran mis trayectos habituales para ir a estudiar o a ver a mis padres y hermanos. No quiero pensar en las interminables horas de los que continuaban viaje.

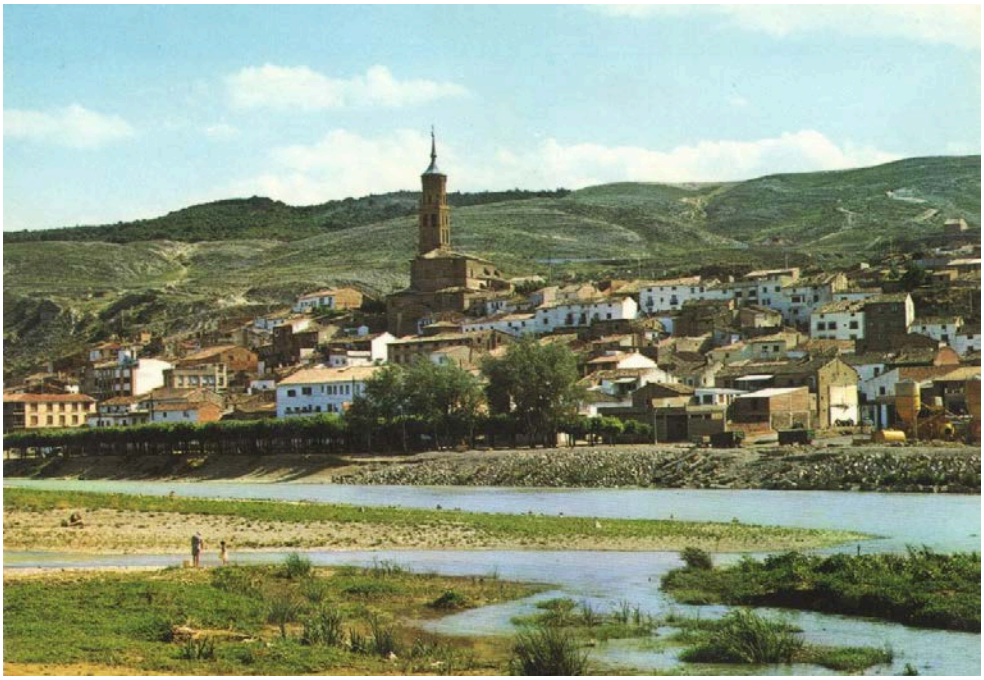
Según fuese el tipo de tren –Correo, Rápido o Mixto–, para ir a Zaragoza aún se padecía otra incomodidad, que en el caso de los niños era más bien un aliciente: el transbordo en la estación de Castejón. El trayecto de Castejón a Tudela y viceversa, se veía animado por vendedores de diferentes productos alimenticios, siempre los mismos: *Pastillas de café con lecheeeee, "A la rica almendra garrapiñaaaaada…*, eran las frases que anunciaban los vendedores ambulantes gritando por los compartimentos del tren. A veces, desde el andén de las estaciones donde parábamos, otros vendedores levantaban a la altura de las ventanillas sus alargadas cestas de mimbre enseñando la mercancía. En verano la oferta se adecuaba a la demanda: *Hay "helaus" de "mantecau" y limón, a peseta, a dos y a duro*. Frecuentemente aparecían también rifadores con sus largas tiras de números, que nunca vi que dejaran premio alguno, aunque el anunciado era invariablemente una hermosa muñeca Pepona.

En la estación de Castejón las maniobras ferroviarias para el cambio de tren proporcionaban un largo tiempo de espera que no solía bajar de la media hora. Lo aprovechábamos para refrescarnos si era verano o para tomar café con leche con un bollo suizo en la fonda del andén en invierno y, de paso, realizar con mayor comodidad los naturales menesteres biológicos. Daba pena y gozo a la vez contemplar al revisor por los pasillos de los vagones atiborrados de viajeros intentando llegar a cada uno para picarle el cartoncito del billete. Sobre todo, ocurría esto en las fechas señaladas de Navidad y de principio y fin del verano. Por todos los rincones del tren estaba amontonada la gente, las cestas con tapas de mimbre que transportaban animales vivos para llenar la cazuela de los deudos, las maletas de madera y cartón, los garrafones de vino y de aceite, los talegos con legumbres y el cardo para la cena navideña de los parientes de la ciudad.

Al tren subíamos todos, aunque en la estación de Marcilla nos indicasen que venía completo y por tanto no habían expedido billetes. En una ocasión tuve que hacer el trayecto hasta Zaragoza en un extremo del pasillo, sentado sin poder moverme sobre una manta enrollada que me prestó un soldado que volvía a casa de permiso. Otra vez el revisor nos acomodó a unos pocos viajeros que llevábamos billete de tercera clase en departamentos de primera, porque era el único lugar en que quedaban asientos libres. Cuando sucedían tales aglomeraciones, el revisor y la presencia habitual de la guardia civil con su acharolado tricornio negro, desaparecían.

NOTAS:

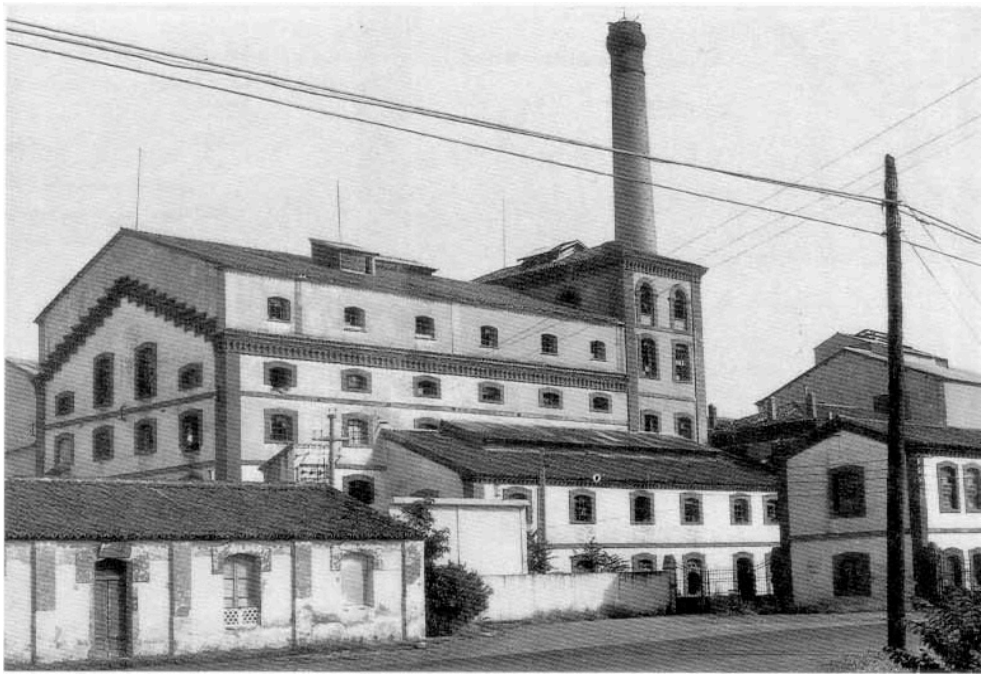
1. Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra, III, pp. 42 y 43.
2. Caro Baroja, J. Etnografía Histórica de Navarra, III, pág. 123.
3. Mezquiriz, Mª A. Hallazgo de una tumba de inhumación romana en "El Castillazo" de Funes. Príncipe de Viana, LIV, 1954, pp. 193-195.
4. De Navascués y de Palacio, J. *Descubrimiento de una bodega romana en término de Funes*. Príncipe de Viana, núm. 76-79, 1959.
5. Moret, J. *Anales del Reino de Navarra,* lib. XII, cap. III.
6. Catálogo Monumental Navarra: Merindad de Olite de, p. 105.
7. Biurrun, T. Para el inventario de la riqueza artística de la diócesis de Pamplona, BOOP, 1929, pág. 170. - Casado, Esteban. Funes: retablo mayor de la parroquia de Santiago, rev. Príncipe de Viana, núm. 152-153, 1970, pág. 507 y ss.
8. Párroco y coadjutor, respectivamente.
9. Fabo, P. *Historia de Marcilla*, Pamplona, 1917, pág. 39 y ss.
10. Fabo, P. *Historia del Convento de Marcilla*, Monachil, 1917. El viejo monasterio de monjas bernardas, situado entre la parroquia y el palacio de los marqueses de Falces, se erigió en abadía estando ya ocupado por monjes cistercienses.
11. Varios arcos poli lobulados de piedra, con cuadrifolios del siglo XIV, de original y buena traza, están colocados en un lateral del pequeño patio de la casa parroquial de Peralta. El párroco don Tomás Biurrun, en una visita a las ruinas del antiguo monasterio de Marcilla, los compró a un albañil, que los iba a utilizar como piedra de relleno. De niño yo trepaba por ellos, ajeno a su origen, antigüedad y valor artístico.
12. 30 de julio de 1986.
13. Para ampliar datos, cf. *La producción (de azúcar) en Navarra*. Diario de Navarra, jueves 27 de enero de 2000. Diario escolar, 51.



Vista panorámica de la villa de Funes a la orilla derecha del Arga.

Estación del ferrocarril en Marcilla

Convento de los Padres Agustinos de Marcilla



Antigua fábrica Azucarera de Marcilla

CAPÍTULO XVII: ALREDEDORES DE PERALTA

1. Peñalén, el Barranco del Rey

Hace siglos hubo en Peñalén un poblado que se afanaba en el tráfico comercial con los pueblos limítrofes aprovechando la confluencia de los ríos Arga y Aragón. Las mercancías que llegaban por el Mediterráneo subían Ebro arriba desde Tortosa y, enfilando la desembocadura conjunta de ambos ríos, llegaban hasta su bifurcación para continuar el viaje, bien en la dirección del río Aragón, bien en la del Arga. A su vez, los productos navarros confluían en este punto para darles salida al Ebro, que los llevaba hasta el litoral.

En *Peñalén* está el famoso *Barranco del Rey*, nombre que toma por haber sido despeñado en este lugar *Sancho IV de Navarra* en el transcurso de una cacería. En el siglo XI los pueblos riberos y sus castillos defensivos eran muy visitados por los monarcas al ser tenencias de frontera frente a la morisma.

Si Carlos II disponía de una casa-palacio en Peralta, es probable que también la tuvieran trescientos años antes otros monarcas navarros, y desde ella pudieran salir a cazar por la sierra peraltesa y por los cercanos y agrestes barrancos de Peñalén. Sancho IV pudo ser uno de ellos, y de ahí la coincidencia de su despeñamiento, urdido en una conjura por sus hermanos Ramón y Ermesinda en el año 1076. Frente a la historia, la leyenda cuenta que el regicidio fue perpetrado por un caballero despechado por haberle quitado el rey a su esposa [1].

Alfonso el Batallador confirmó a la villa de Peñalén los Fueros que le habían concedido otros monarcas. Desaparecido este poblado por alguna de las muchas recrecidas de ambos ríos, fue reconstruido apartado de su primera ubicación, pero sin conservar su viejo nombre por el infausto recuerdo, que cambió por el de Villanueva de Funes. Pero también este pueblo desapareció al poco tiempo[2], debido a la guerra sostenida con los castellanos que lo incendiaron, quedando sus tierras anexionadas a Peralta por orden real[3]. Tal abandono trajo el desmoronamiento de lo poco que había quedado después del incendio. Una doble excavación arrojaría alguna luz sobre dónde estaban ambas ubicaciones.

Hacia 1328, antes de la desaparición definitiva de estos poblados, acaeció en Funes y en Villanueva una matanza de judíos y de falsos conversos al calor enfebrecido de acusaciones religiosas no siempre verificadas y, sobre todo, a la pujanza económica de los prestamistas hebreos. Muy cerca, en la vecina Calahorra, se creó en 1493 un tribunal de la Inquisición.

La imaginación popular y la morbosa tendencia al misterio de las gentes sin cultura han fabricado a lo largo de los siglos fantasías espectrales relacionadas con las trágicas muertes y desapariciones de los habitantes de estos parajes. Recuerdo haber oído hablar de niño del proyecto de construir en Peñalén un

pueblo nuevo de expansión y colonización agrícola. Pero todo quedó en los estudios previos y los planos de los franquistas gobernadores civiles provinciales [4].

Por un excelente camino de huerta he llegado desde Funes con el coche hasta un amplio chopar que delimita los campos de los cascajares. Sorteando a pie los charcos entre ruejos, llego hasta la confluencia de ambos ríos, ancha, lisa y rumorosa.

No se aprecia qué río se entrega al otro. Si el Arga al Aragón o viceversa; qué caudal vierte sus aguas en el otro. Por eso se ha llegado al acuerdo de decir que, a partir de Peñalén, el Arga y el Aragón prosiguen juntos hasta el Ebro, sin el predominio de ninguno de los dos.

La erosión natural del acantilado presenta desde aquí abajo una crestería gótica, que no se aprecia desde arriba. Parece un castillo encantado o un revuelo de aves mitológicas. Las capas de yeso marcan con cenefas en relieve las anchuras de los estratos. En las oquedades del acantilado viven volátiles rapaces.

Para llegar a la cima del Barranco del Rey he tomado después un camino desde el paraje de los Altos de Funes, A la salida de este pueblo, una larga carretera sinuosa en constante ascenso me ha llevado hasta la comarcal 115.

Y, tras recorrer un corto tramo de ella, ha aparecido a la izquierda un camino forestal llano y recto, que me ha traído hasta el complejo religioso del monte Gurugú, coronando la vega. Aquí se alzan la blanca ermita de la Virgen del Portegado, el airoso monumento al Corazón de Jesús y el final del grandioso vía crucis de cemento y forja que desciende hasta el pueblo [5].

Me adentro con el coche en la espesura. Los pinos acusan la sequía. En una explanada veo las cenizas de algún reciente calderillo. Me apeo del coche y, un poco más adelante, se abre ante mis ojos el ominoso barranco. Me acerco hasta el borde del escarpe para asomarme a este prodigioso mirador y me imagino el despeñamiento homicida del rey Sancho. Desde aquí, se divisan los campos de los pueblos de Funes, Villafranca, Marcilla y Peralta, fundidos por la calima del agua del Arga, imperante a esta hora que se funde con los verdes chopales y los variados rectángulos preñados de verduras y hortalizas.

Regreso a Funes por las pistas que surgieron cuando encauzaron el Arga, salvando desniveles entre el cortado y el río. Veo unas codornices que suben de beber agua en dirección a sus nidos. Finalmente, dejo atrás las figuras fantasmagóricas del barranco, evocadoras de las desgracias que durante unas horas han aflorado en mi recuerdo.

2. Romance al rey Sancho IV, el Despeñado

A mi tío Félix Osés Grey,
pescador en el río Arga
y cazador en el Barranco del Rey,
con admiración y cariño.

Junto a cauces milenarios
como este del río Arga,
que rinde su recorrido
del Aragón en las aguas,
mi mente somnolienta
deshace sus telarañas.
La visión del pétreo escarpe,
repleto de yesos y de margas,
la confundo con los buitres
que hechizan el panorama,
junto al Barranco del rey
asomado entre pinadas,
Se erosionan al mismo tiempo
sus dos verticales caras.
Estos mis versos matinales
son como golondrinas del alba.

Labriegos riegan abajo
los árboles del chopar,
antaño más abundante,
con aguas deshilachadas
de tanto recorrer sotos,
cascajares y otras campas.
La Variante llega hasta aquí
desde Falces y Peralta,
es un impuesto de ingeniería
por las continuas y antiguas riadas.
Funde muy lentamente
su último caudal el Arga, con el Aragón
dudando un nombre para sus dos aguas,
pues ambos ríos discurren
como hermanos:
Arga-Aragón, así unidos,
exacto nombre es el suyo
en los últimos kilómetros de sus recorridos.
Aquí las espumas acaban

fundiendo en un solo cauce
sus andaduras de plata.
Mientras trota el rey don Sancho
con arqueros y mesnadas,
dejando Peralta a un lado,
donde tiene su morada
y recorre estos alcores
con ojeadores de caza.
El rey acosa a un venado,
que tras una liebre parda
trisca trochas y barrancos
y confiado cabalga...
Ramiro, su mal hermano
y Ermesinda, su hermana,
de la misma sangre son
pero no de la misma alma,
con caballeros aliados,
¡y caballeros se llaman!,
por el barranco hacia abajo
un final trágico traman.
Buen lugar, ¡vive Dios!
son estas bajas montañas
para terminar cazado
un cazador en la trampa.
La envidia lo puede todo,
el poder con todo arrasa:
un criminal empujón
y la corona descabalga,
finalizando en el tiempo
una vida soberana
en tierras de Peñalén,
la de Sancho de Navarra.
Discurren mudas abajo
desde entonces las riadas
de dos corrientes fluviales,
que para siempre se hermanan
en un bautismo de sangre,
de la sangre de un monarca.
Siempre será Peñalén
una señal malhadada.

3. El castillo de mosén Pierres

¡El castillo! exclamo al aparecer ante mis ojos la fortaleza de ***doña Ana de Velasco***, marquesa de Falces. Cuando escribo las primeras líneas sobre él, está completamente vaciado por dentro. Es, pues, un viejo cascarón más que un castillo, a través de cuyos vanos se divisa el cielo de la tarde tan nítidamente como desde el exterior.

Una explanada que va adquiriendo empaque de amplia plaza lo rodea completamente. Me siento en un extremo de ella, bajo el toldo de la confortable terraza de un bar y pido un refresco. Contemplar el castillo a escasos metros del mismo, compensa de la incomodidad del calor padecido hasta llegar aquí. Incluso es un halago para un hijo de esta tierra, por añadidura con Velasco de apellido. Veo a varios obreros trabajar en la restauración externa de los muros del foso circundante y en la urbanización del contorno.

Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura, reza el gran cartelón colocado frente a las obras. El color miel de los ladrillos, el resonar de la piqueta del cantero que labra las piedras y la umbría de las calles volcadas a la plaza, me ayudan a tomar notas confortablemente.

De pronto las cigüeñas crotoran… Este familiar sonido me devuelve a la realidad del verano ribero. Su vuelo con el tableteo aleteo de las alas me deja ver la extensión de sus cuerpos suspendidos en el aire. Sobre la torre del homenaje del castillo, a la llegada al nido en ella instalado van frenando el descenso con las patas por delante como si fuera el timón. Ya en su casa de barro seco y de palos miran en derredor, oteando el paradero de los cigüeñatos, que a estas alturas del verano han salido por su cuenta a buscar alimento en las charcas cercanas. Mientras cigüeñas, padre y madre, se quedan muy quietas y tranquilas con una pata escondida bajo su plumaje, como si el reloj de la torre de la iglesia que acaba de sonar, las hubiese convocado a la oración vespertina.

Me levanto y me acerco al castillo. Los obreros están enlosando la parte oriental de la explanada, Me miran con respeto y con cierto recelo. Nunca te fíes de quien te mira y escribe al mismo tiempo, pensarán.

Yo me aprovecho de esta situación que me favorece y, con el saludo decidido de *Buenas tardes,* que es contestado educadamente por ellos, sorteo el enlosado reciente y penetro, sin pedirles permiso por si acaso me lo niegan, en el interior del castillo a través del puente y de un portal abierto entre dos arcos apuntados. En uno de ellos se ven dos ranuras alargadas por las que pasarían las cadenas de sostén del puente levadizo. Cada arco luce un escudo muy deteriorado. El castillo poseía un patio de armas en torno al cual se abrirían sus múltiples dependencias. El calor se concentra entre los despojos de piedras de un corralón, que no otra cosa parece el antiguo patio de armas. Cierro los ojos e intento

adivinar las estancias señoriales, las diversas cámaras, las bodegas, las caballerizas…

Pero me es difícil lograrlo ante este montón informe de materiales desordenados. Abetos pirenaicos de una vetusta viguería entre los escombros del suelo, y sustentando aún pequeños tramos de un segundo piso, proclaman el antiguo derecho de castillaje sobre las almadías que pasaban navegando por el Aragón cerca de estos muros.

Defraudado ante tanta ruina acumulada, salgo a contemplar detenidamente el castillo por fuera. Conforma un bloque monumental de planta cuadrada con alto pedestal de piedra sillar en talud. El alzado es de ladrillo macizo con distintos colores y texturas, que indican las diferentes fases de la trama constructiva.

Está rodeado de fosos del tipo de las fortalezas, que en buena parte habían sido anegados por el tiempo y los escombros. Ahora aparecen descubiertos en toda su amplitud. Considero que hay demasiado cemento a la vista en los muros de contención, en los taludes y en los sillares.

Los contra escarpes y una barbacana festoneada en los frentes del muro principal, imprimen todavía a las ruinas cierto ambiente militar. Rodeo varias veces el castillo, primero con la vista y después con los pies. Admiro los fuertes torreones que se elevan en los cuatro ángulos del cuadrado y los otros tres, más esbeltos todavía, que surgen desde el centro de los muros. En total siete. Las paredes están adornadas de troneras con base de piedra y arquillos de ladrillo.

La maciza estructura de la fortaleza se veía recargada hasta hace poco por una anacrónica galería de cuatro arcos sobre pilastras con otros arcos suspendidos, todo ello en uno de los lienzos de la pared. Tal arcada ha sido derruida, desgraciadamente a mi entender, por una exigencia cronológica excesiva. ¡Como si los edificios históricos no tuviesen casi todos ellos una cadena sucesiva de anacronismos!

La galería daba empaque al conjunto y rompía la monotonía de los lienzos de ladrillo, además que testificaba otros momentos interesantes, también históricos. Lo que no consiguieron derribar los arcabuceros mandados por Cisneros lo han logrado las piquetas de los restauradores, digamos que excesivamente estrictos con la pureza arquitectónica.

Dejo de contemplar las ruinas y me retiro del enclave. ¿Pensarán los obreros que soy un arquitecto que estoy proyectando la continuación de la reconstrucción? Les dejo con la duda en sus miradas. Ahora que están terminando la primera fase de consolidación de los muros, no les vendría mal, a ellos y al castillo, proseguir la total repristinización en sucesivas fases.

Me vuelvo a sentar en la terraza y releo los apuntes que he tomado. Un curioso marcillés, que había estado hasta entonces jugando a las cartas en la mesa de al lado, se me acerca y me pregunta:

- Calor, ¿eh?

- Calor, sí.

- Usted no es de por aquí, ¿verdad?

- Bueno, de Peralta.

- ¿De Peralta?

- Como si lo fuera. Pero vivo lejos hace años.

- Ya. ¿Le gusta? –señalando con la cabeza el castillo.

- Me gusta y me interesa porque estoy escribiendo…, pero no me deja acabar la frase.

- En Marcilla pensamos que podrían terminar de derribarlo y hacer en el solar unos jardines públicos.

- ¡Qué barbaridad! –susurro en voz baja.

- ¿Qué dice?

- Nada, nada.

Le intento convencer de la conveniencia de restaurar aquellos muros históricos y, ya que el pueblo ha desarrollado sus casas en su derredor, dedicar las estancias restauradas a servicios culturales y sociales. Pero no veo que le seduzca la idea.

- ¡Con Dios! -me dice dejándome con la palabra en la boca-.

- ¡Con Dios! -le contesto serio; me levanto y me marcho del lugar.

Al revisar lo escrito anteriormente a finales del año 2010, me entero con satisfacción que este viejo castillo-palacio, finalmente restaurado completamente, es ahora el Ayuntamiento de la villa. De este modo vuelve a cumplir su antiguo oficio social. Y de ser la sede de un viejo señorío, ha pasado a desempeñar la autoridad civil de Marcilla y la casa de todos.

En los últimos años del reinado de Carlos III el Noble en el siglo XV, mosén Pierres de Peralta empezó a construir este castillo. En 1424 el monarca le entregó a Pierres materiales y 1.000 libras fuertes para las obras.

Como fortaleza y mansión palaciega, fue terminada por los sucesores. Pierres. Llegó a ser la residencia oficial del marquesado de Falces, uno de los señoríos más importantes y extensos del reino [6].

Dice una tradición que en 1516 doña Ana de Velasco, esposa de Alonso Carrillo de Peralta, primer marqués de Falces, lo defendió valientemente impidiendo su demolición, cuando otros castillos navarros fueron abatidos por las fuerzas del coronel Villalba, obedeciendo órdenes del cardenal Cisneros, regente de España. Con el tiempo, tal defensa alcanzó fama de epopeya comarcal, ya que este castillo era uno de los ocho mejores de Navarra.

Además de este Alonso Carrillo, casado con Ana de Velasco, fueron sucesores de los Pierres los siguientes marqueses de Falces: Antonio de Peralta y Ana del Bosquete, Gastón de Peralta y Ana de Velasco –distinta de la anterior–, otro Antonio de Peralta y Ana de Ocampo, Jacques de Croy y María de Peralta y Velasco, y finalmente Diego Antonio de Croy Peralta y Velasco. Con este último caballero acabó la primera línea de los marqueses de Falces, inaugurándose la segunda con Luis de Peralta y Velasco, al que siguió José Martín de Peralta y Velasco [7].

Antes del hundimiento de las estancias, se guardaba en la cámara del marqués la Tizona de Rodrigo Díaz de Vivar, según mencionan en sus obras Moret, Yanguas, Menéndez Pidal y el padre Fabo [8], historiador de Marcilla y del castillo. Después de la muerte del Cid, esta gloriosa espada continuó recorriendo tierras y reinos hasta terminar junto a los marqueses de Falces, sucesores de otro guerrero contumaz, mosén Pierres de Peralta el Joven.

Todavía se conservaban aquí en el siglo XIX varios objetos valiosos de su antigua armería. Lo asegura Madoz en su Diccionario cuando habla de una corona y una armadura de hierro de mosén Pierres [9]. Que este condestable de Navarra ha seguido defendiendo los muros de su castillo, amenazados por la incuria, el abandono y el desinterés, lo atestigua la repristinización que se ha conseguido. Presiento que los antiguos Pierres de Peralta y los sucesivos marqueses de Falces continuarán batallando para hacer que su morada siga siendo digno recuerdo y fiel referencia del espíritu navarro que le animó.

4. El castillo-palacio de los señores de Peralta y Velasco

Escribir sobre el castillo-palacio de Marcilla, contemplar sus muros y almenas, recordar las proezas fraguadas por sus moradores, quizá algunos de ellos antepasados míos, dedicarle unos requiebros cariñosos dentro de sus paredes, es defender a mi manera el recuerdo de su pervivencia en el siglo XXI, como en el XVI defendiera su integridad con arrojo y persuasión aquella aguerrida dama, de nombre Ana de Velasco.

Para terminar el anterior recorrido histórico-arquitectónico, me entretengo como final de fiesta –que eso ha resultado para mí esta visita al castillo-palacio

de Marcilla– a entrelazar los epítetos que mejor le cuadren a estas viejas piedras repristinadas con unos desvaídos versos míos, escritos con hondo placer y agradecimiento al aire libre del calor del mes de agosto que se padece por estas tierras de la Ribera de Navarra.

Endecha al castillo de Marcilla

Gótico palacio almenado,
noble solar, mansión heráldica,
columnas, galerías y arcadas,
fosos y escombros seculares,
sillares, taludes, matacanes,
hileras amarillas de ladrillos,
os levantáis, rotos e imbatidos,
en el azul del cielo de Marcilla.

Los mosén Pierres de Peralta,
indómitos e indomables,
cabalgaron desde este lugar
llanuras ribereñas medievales,
acompañando a los monarcas,
hostigando a sus vasallos,
manejando regios antojos
falaz y desmesuradamente.

Solar del Señorío peraltés,
devenido primero en Baronía
y en Marquesado después,
las generaciones sucesivas
de los Peralta y Velasco
merodearon tus torrecillas,
centenarias, aladas y gráciles,
como las cigüeñas anuales.

Tan airosas aves de paso
sobrevuelan hoy su nidal
en tu torre del homenaje,
donde antaño una fémina,
altiva y enhiesta cónyuge,
celara vasallajes ganados,
como aguerrida palaciana:
la dama doña Ana de Velasco.

5. Falces a la vera del Arga

Para llegar a Falces desde Peralta hay que remontar unos kilómetros la canalización del Arga por la Variante que la separa de la cercana confluencia con el Aragón. A ambos lados de ella se han habilitado, consecuencia de las obras, amplios caminos que permiten una mejor visión de los escarpes. Atrás quedan las cuevas del Vergel y el barranco de Vallacuera.

Falces tiene un puente nuevo más corto que el viejo, casi gemelo del de Peralta. Este de Falces no ha sobrevivido al reciente encauzamiento y es un tributo pagado por la historia al avance de la tecnología.

La villa de Falces, celosa como Peralta de la unidad de su caserío, se recoge entera en la orilla derecha del Arlas. Aprovechando las obras del encauzamiento, ha ganado una gran explanada que le permitirá expandir su caserío sin pasar al otro lado del puente, por lo menos durante un tiempo.

El término del municipio se extiende por casi dieciséis kilómetros cuadrados. Es uno de los más grandes de Navarra. Tiene también acceso directo a las poblaciones de Miranda de Arga, Tafalla, Olite, Marcilla, Andosilla y Lerín.

El valle, que el Arga ha configurado a su paso por Falces, tiene una anchura de dos kilómetros. Algunas terrazas se van separando poco a poco de este valle. Y como en los restantes pueblos de La Ribera, hay dos zonas de labor agrícola bien diferenciadas: la aluvial del regadío y el secano del monte.

La primera es recorrida por numerosas acequias, entre las que sobresalen las llamadas *Luz* y *Molinar,* que suplen con sus aguas la escasez de precipitaciones y manantiales, regando el 20 % de los terrenos dedicados a cereales, maíz, forrajes y hortocultivos [10]. El secano es mayoritario.

Su paisaje es austero, como resultante de una formación geológica que se consolidó durante el Terciario. Lo surcan numerosos barrancos, agentes de una erosión apreciable.

En los terrenos soleados se desarrolló antaño una vegetación primigenia de encinas y coscojas, de las que quedan agrupaciones aisladas.

También hay pinares de Carrasco espontáneo, diseminados por las cresterías que miran a la solana. Son los más meridionales de Navarra y se alternan con masas de pino de repoblación [11]. El esparto, herbácea perenne, ocupa los amplios llanos mesetarios incultivables, entre matojos sueltos de tomillo, jarilla, romero y otras hierbas efímeras. Este esparto tenía, hace años, constantes aplicaciones para la fabricación de esteras, suelas de alpargatas, sogas, serones, albardas y capachos. Actualmente se emplea escasamente en la elaboración de pasta de papel.

En el secano se dan bien los cultivos de la vid y del espárrago, éste último en decadencia. El trigo y la cebada alternan con un año de barbecho para que descanse la tierra. Un gran terreno comunitario se dedica a pastos.

La ganadería ovina alcanza las 4.000 cabezas. Resulta habitual ver a las ovejas mordisqueando los rastrojos y ramoneando los linderos. Grandes cantidades de conejos se refugian en los terrenos altos. Y aves como las collalbas grises, las bisbitas, las totovías, las cogujadas y los cernícalos, sobrevuelan el paisaje y anidan en temporada [12].

La economía del pueblo era hasta hace no muchos años básicamente agrícola, pero va en aumento la industria, destacando la de transformación y conservación de los productos vegetales.

Hay pequeñas empresas familiares, mientras que las grandes tienen régimen cooperativo. A ellas afluye mano de obra de los pueblos cercanos. Los falcesinos que emigraron años atrás, marcharon a otras zonas industrializadas.

La villa está ubicada en una franja estrecha y llana entre el río y el escarpe. Su altitud es de 294 metros sobre el nivel del mar. El casco viejo se apiña en calles estrechas de trazado irregular que se dirigen a la Plaza de los Fueros, a la que se asoman los edificios más significativos. Hoy Falces se extiende formando una especie de amplia estrella irregular de tres puntas. La población sobrepasa, cuando esto escribo, los 3.000 habitantes, cifra que ha ido oscilando según el índice de productividad del campo.

Falces, como las villas limítrofes, se remonta por lo menos a la época romana. Así lo atestiguan las excavaciones efectuadas junto a la ermita de san Esteban en la carretera de Lerín, donde ha aflorado una villa rústica con dos edificaciones superpuestas, una del siglo II y otra del IV. Se han identificado un atrio de cuatro columnas, una serie de habitaciones y un lagar. Además, han aparecido abundantes restos cerámicos, objetos de bronce, hierro y cuatro monedas del Bajo Imperio [13].

A partir del año 915 la historia de Falces ya dispone de fechas concretas. Ese año era ya una tenencia cristiana frente al Islam con un castillo de los Banu Qasi, quienes lo entregaron al rey Sancho Garcés, incorporándolo de este modo al reino de Pamplona. Posiblemente se trate de las ruinas inmediatas a la basílica de El Salvador en lo alto del monte. Son unos muros bajos y robustos de mampostería sobre cimientos sillares.

En 1158 los falcesinos disputaron con los pobladores del cercano Arlas la posesión y disfrute de las aguas del Arga. En 1263 el Patronato de la iglesia fue cedido al rey Teobaldo II.

Un hecho sonado en los anales antiguos del pueblo, que demuestra la personalidad e independencia de criterio de sus habitantes, fue la sublevación, e incluso amenaza de muerte, que mantuvieron en 1358 contra el infante Luis de Beaumont y sus magnates residentes en Falces, a causa del excesivo lujo y derroche de que alardeaban, cuando tanto esfuerzo costaba a los campesinos arrancar de las tierras la propia subsistencia y el tributo de las pechas. No les arredró a estos que don Luis fuera hermano del rey, ni lugarteniente del reino.

En 1366 Falces tenía 277 vecinos cristianos y 18 judíos. De los primeros, 96 eran hijosdalgo. Durante los reinados de Carlos II y Carlos III, ambos monarcas les perdonaron repetidas veces las pechas, en consideración a las especiales circunstancias por las que pasaba la villa y sus villanos. No fueron años fáciles. Descendió considerablemente la población como consecuencia de la guerra frente a Castilla, que originó matanzas y destrucciones, con secuelas de pobreza y enfermedades.

En 1470 el rey Juan II hizo donación a mosén Pierres de Peralta de la villa y castillo, de pechas y rentas, con todos los términos, villas y fortalezas de la contornada. Pero la esposa de Pierres legó este señorío a la reina doña Catalina, quien, a su vez, lo otorgó a su tesorero y canciller don Juan del Bosquete en prenda de los 600 ducados que éste le había prestado. Fernando el Católico donó la villa a Alonso Carrillo, nieto de Pierres, volviendo así a la familia. También le otorgó en 1513 el título de marqués de Falces, siendo el primer marquesado que se creó en Navarra [14], al año siguiente de su anexión a Castilla.

En el casco antiguo se encuentra la parroquia, dedicada a la Natividad de Nuestra Señora. La iglesia aparece al exterior como un conjunto heterogéneo de construcciones originarias y añadidos de diversos estilos y épocas: sillares medievales, contrafuertes y muros protogóticos, portal gótico con arco conopial, decoración de fajas en diente de sierra de sabor mudéjar en los restos de la torre primitiva del siglo XIII, recrecimientos barrocos en la nave, arcos y contrafuertes del XVII, cúpula neoclásica, portada y pequeña torre del XVIII…

Su interior presenta planta de cruz latina con amplia nave de tres tramos, provista de capillas laterales comunicadas entre sí. El alzado responde a un ambicioso proyecto clasicista del maestro Asensio, discípulo de Ventura Rodríguez, quien lo realizó entre 1779 y 1782, después de haber construido el convento nuevo de los cistercienses. El retablo mayor es obra de principios del siglo XVIII del escultor Gurrea, vecino de Tudela [15].

Falces, al igual que Peralta, disfruta del patrocinio de la Virgen de Nieva. Su imagen, de factura moderna, se venera en un retablo neoclásico. Alrededor de la iglesia, se ven callejuelas estrechas e irregulares como las de Huerta del Rey, San José, Nueva, y las plazuelas Maya y Planillo. En ellas hay palacios

blasonados y abundantes casas de ladrillo de dos y tres cuerpos con ático y alero volado de madera con ménsulas. En las fachadas de estos palacios, que datan del siglo XVII, se aprecian motivos ornamentales del siglo anterior.

6. Cabe la ermita de El Salvador

Está la tarde todavía ardiente, como de finales del mes de julio, me dispongo a subir hasta la ermita falcesina de El Salvador, que se recorta sobre el monte con el penúltimo sol del ocaso. Apenas si queda ya una hora de luz. Es suficiente. Desconocía que hubiera por entonces aquí una exigua comunidad religiosa masculina atendiendo este pequeño santuario. Lo que me satisface. He subido, ladera arriba, por un carretil de escasos kilómetros entre pinares y rastrojeras de secano hasta el mismo borde del escarpe.

Desde esta altura el majestuoso valle del río Arga pasa por ser uno de los paisajes más bellos de las tierras ribereñas de Navarra. De repente, me sumerjo en la visión de verdes sotos diseminados junto a las márgenes del río y sus acequias. Los campos, recientemente cosechados, ofrecen tonalidades de oro en estas últimas horas de la tardeada.

Sentado sobre una roca que se asoma al pueblo, contemplo sus casas apiñadas, formando las callejas que acabo de recorrer. Y tienen desde aquí un suave color canela.

La ermita aparece blanca y limpia, reconstruida con primor. Fue consagrada en julio de 1870. El anterior recinto databa de 1614, en cuya fábrica ya se emplearon estructuras de otra ermita medieval en el mismo lugar.

Mi abuelo, Juan Velasco, integró el equipo de albañiles que levantó junto a ella una torrecilla para las campanas en 1929. Mientras la construían sucedió la desgracia de caer desde el andamio el maestro constructor, muriendo en el acto.

El pequeño templo ofrece al exterior una nave de tres tramos, un pórtico y la citada torre adosada a un lateral. Tan erguida se levanta esta ermita junto al acantilado, que parece bendecir a Falces, que está a sus pies.

Al encontrar la puerta abierta, entro al interior. La luz se filtra por los óculos produciendo efectos ambarinos y rosados. Rodeando al altar hacen su oración silenciosa, sentados en sillas de anea, dos clérigos revestidos con albas y tres jóvenes barbudos con prendas deportivas. Imagino que serán los integrantes de la comunidad capuchina, que aquí viven. Entonan un himno seguido del recitado de tres salmos con antífonas en castellano. Me siento transportado a otras arcadas y a otros años.

El románico, el gregoriano y el latín han mutado la piedra desnuda, los neumas complicados y las inflexiones verbales por el arco recubierto del neoclásico, las cadencias populares y la lengua vernácula. Es el signo de los tiempos cambiantes. Pero tal mutación es accidental. Permanece lo esencial. En este ámbito íntimo y espiritual hay idéntico sustrato de fe y de amor. Es lo que se respira aquí. La oración comunitaria termina con un silencio individual de voces humanas, silencio de rumores de monte, silencio de las cosas, silencio hasta de las últimas luces del día, que empiezan a apagarse.

En este ambiente me viene al recuerdo un personaje medieval, Domingo Manso, natural de la villa de Cañas en la Rioja navarra del siglo XI. ¿Oyó ponderar este panorama y decidió venirse a llevar en estas soledades vida de anacoreta? Así lo cuenta la tradición. De aquí marchó al monasterio de San Millán para practicar la vida cenobítica, donde llegó a ser prior.

La imaginación me lleva a suponer que si las relaciones de este monje con el monarca navarro don García no se hubieran deteriorado en San Millán, Domingo podría haber vuelto al anacorético lugar de su mocedad para levantar sobre este pedestal pétreo una joya del románico, como el claustro que erigió en el monasterio castellano de san Sebastián de Silos. Porque a santo Domingo le gustaba conjugar paisaje y arte como marco de vida para sus monjes. Siguiendo con mi ensoñación, hoy le veneraríamos como santo Domingo de Falces.

La contemplación del retablo de la ermita reconduce mi desbocada imaginación. Sus bellas tablas pretenebristas acusan una inspiración rafaelesca de finales del XVI. Sobresalen: la Transfiguración, la Resurrección, la Ascensión, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, la Asunción de la Virgen y, en el ático, la Crucifixión [16].

Me disgustaría vivir en Falces y no poder ser cofrade de El Salvador. Pero los estatutos no admiten en la cofradía ni a casados, ni a foráneos, ni siquiera a los naturales del pueblo que no llevan determinados apellidos tradicionales. Sus integrantes son los llamados *soplones*, apelativo cuyo origen desconozco. Los varones solteros suben en romería a San Salvador, llamado de los mancebos, tres días al año: en la Ascensión, el 6 de agosto y el 9 de noviembre.

Ya ha anochecido cuando dejo este entrañable paraje. El asfalto de la carreterita descendente se confunde con la negrura de una noche sin luna, en la que brilla sólo el titilar de las estrellas. La oscuridad ha difuminado los suaves contornos de las lomas, dando una apariencia fantasmal a un bosquecillo de pinos. Una vez abajo, después de dejar las calles del pueblo y de traspasar el nuevo puente del río, dirijo la mirada hacia la ermita y diviso allá arriba una tenue lucecita eléctrica, la lámpara del santuario, que se refleja en el espejo retrovisor del coche mientras me voy alejando. En el cruce con la carretera de

Artajona adivino, la casilla de camineros en la que vivieron Francisco Elizondo y Felisa Asín Velasco, prima carnal de mi abuelo. Sentado al volante, siento el olor intenso de la horca de ajos de Falces, comprada en el pueblo, que llevo dentro el maletero.

NOTAS:

1. Baroja, J. Etnografía Histórica de Navarra, II, pág. 386.
2. El nombre de Peñalén como lugar habitado aparece por primera vez en 1118. Posteriormente, un documento de 1266 dice que el rey Teobaldo II tenía varias casas y heredades en Funes y Peñalén, AGN, Comptos, caja 3, núm. 29, citado por J. Yanguas en *Diccionario de Antigüedades*, t. 2º; en la palabra *Peinalén.* El mismo autor dice que según el príncipe de Viana, Peñalén y Villanueva eran un mismo lugar: "*Sobre la riba de la peina que le dicen Peñalén o Villanueva"*, y se confirma con lo que se encuentra en los Comptos del patrimonio real del año 1447.
3. Sucedió en 1378.
4. En 1949, siendo Valero gobernador civil. Incluso el nombre que iba a tener el nuevo pueblo era *Funes-Peñalén de Valer*o.
5. La conmemoración del 25 aniversario de la inauguración de este complejo religioso, por iniciativa y esfuerzo del párroco, don Ambrosio Eransus, se celebró en la primavera de 1986.
6. Martinena, J. J. *Navarra. Castillos y Palacios*, 1980, p. 30.
7. Idoate, F. Rincones de la Historia de Navarra, III, pp. 166 y 167.
8. Los cita Idoate en ibíd., pág. 152.
9. Idoate, ibíd., pág. 155.
10. Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra, III, pp. 31 y 34.
11. Floristán, A. *Itinerarios por Navarra, zonas Media y Ribera*, Pamplona, 1978, pág. 124 y ss.
12. Elósegui y otros. Navarra. Paseos naturalísticos, II, 1982.
13. Mezquiriz, M.A. Rev. Príncipe de Viana, núms. 122 y 123, 1971, págs. 49-75.
14. Lacarra, J. M. *Historia Política del Reino de Navarra*, I, Pamplona, 1972, págs. 112 y 293.
15. Biurrun, T. Para el inventario de la riqueza de la diócesis de Pamplona, BOOP, 1929, pág. 169.
16. Catálogo Monumental de Navarra. Merindad de Olite, III, págs. 88-89. - López Sellés, T. Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra, 1974, págs. 494 y 495.

Antigua fotografía del castillo de Marcilla

Ermita de El Salvador de Falces

La villa de Falces situada a la derecha del río Arga

Interior de la iglesia de Santa María de Falces

CAPÍTULO XVIIII: AZAGRA, SAN ADRIÁN Y CAPARROSO

1. Las trágicas Peñas de Azagra

De mis primeros años de vida en Azagra guardo un recuerdo imborrable. Cuando sucedió lo que voy a narrar hacía tres meses que había cumplido yo cuatro años de edad. Fue el 13 de mayo de 1944. El peligro de la última crecida del Ebro acababa de pasar, y la primavera estaba en su mejor momento. El ambiente no presagiaba el funesto accidente que iba a conmocionar al pueblo. El Colegio que regentaban las religiosas de la Consolación estaba adosado a la vieja ermita de la Virgen del Olmo, al amparo de la Peña, como decimos en Azagra.

Unos cuantos chiquillos –yo entre ellos–, jugábamos, esperando a que las religiosas abriesen la puerta, poco antes de las tres de la tarde. Una vez abierta, mi hermano Javier me quitó de jugar en la tierra con dos de mis compañeros, que se resistieron a entrar al colegio. Después de dejarme en la planta baja con sor Clara en *la clase de los cagazones*, subió a su aula en el primer piso con sor Prudencia.

Al poco tiempo y de repente se oyó un estruendo ensordecedor, acompañado de derrumbamiento de paredes, griterío de niños y polvo, muchísimo polvo por todo el edificio. Apenas se veía nada. Había caído la Peña sobre la sacristía de la ermita y sobre el espacio exterior, donde yo jugaba minutos antes.

Empezó a llegar gente angustiada corriendo. Hubo recuento de escolares. Yo me abrazaba a mi hermano Javier mientras nos contaban. Faltaban dos niños de mi clase, exactamente los que habían quedado fuera, rezagados. Al cabo de seis días de intenso desescombro, fueron rescatados sin vida. Eran ***Pedro Cano León*** y ***José Miguel Oscoz Barricarte***.

El problema de los desprendimientos del monte sobre las casas del pueblo resultaba un mal endémico en Azagra. La montaña está constituida principalmente por estratos de yesos y margas, cortados a bisel y erosionados por las filtraciones de la lluvia [1].

Documentos antiguos describen los principales desprendimientos de la Peña azagresa. En el del 30 de junio de 1856, se desplomó parte del monte provocando la destrucción de seis casas y la muerte de tres vecinos y ocho gitanos itinerantes que trabajaban el mimbre. Acaeció a las cinco de la tarde.

El veintiuno de julio de 1874[2], de madrugada, abundantes rocas desprendidas destruyeron setenta edificios y causaron noventa y un muertos de todas las edades, mayormente mujeres y niños porque los hombres acababan de salir a los campos para la recolección. La roca más grande que se desprendió fue bautizada

con el nombre de *Primicia*, porque cayó encima de la casa de los diezmos y primicias de la parroquia.

En enero de 1903 un nuevo derrumbe sobre un corral mató a dos mujeres. Después ha habido nuevos desprendimientos de menores proporciones, que no provocaron desgracias personales.

Por fin, se ha erradicado para siempre el peligro de avalanchas de taludes, gracias al trabajo del Gobierno de Navarra en el escarpe azagrés. Pero estas obras han inutilizado el arranque del sendero por el que se subía al monte desde la plaza. A cambio se ha abierto una ancha pista de seguridad entre el desmonte y las casas más cercanas.

No quiero concluir este epígrafe sin un recuerdo a la Virgen del Olmo, Patrona de Azagra. Su ermita junto a la Peña ha quedado varias veces dañada por los desplomes. Las reconstrucciones después de cada desprendimiento no han resuelto el problema de las constantes filtraciones del terreno, por lo que ha sido necesario proceder a su derribo. En el mismo solar, previamente saneado, se ha construido una nueva ermita con edificio anejo para diversos usos religiosos. Junto a ella se ha erigido un monumento en piedra con la efigie de la Virgen.

2. La villa de San Adrián en fiestas

En un viaje a mi pueblo natal en el mes de julio de 1986 mis amigos, sabedores de las ganas que tengo de conocer la vecina villa de San Adrián, me dicen que está en fiestas. Pienso que tal circunstancia favorecerá el pasear por sus calles durante las primeras horas de la mañana.

Por eso salgo temprano de Azagra, y tras recorrer tres kilómetros, bordeando el escarpe descendente de la Peña azagresa, llego a la entrada de San Adrián junto al puente del Ega, donde se cruza la carretera de los Altos de Peralta con la que va hacia Andosilla. Todo es nuevo para mí en este actualizado nudo de antiguos caminos de herradura.

Llego a San Adrián aprovechando el aire límpido y transparente de la esta mañanica de julio, con las primeras luces reflejadas en la torre de su antigua iglesia. Conforme avanzo con el coche, me parece, de lejos, que este campanario está recientemente construido, aunque lleva una montonada de siglos asentado en lo alto de la colina, sobre el solar de un viejo castillo, que dio origen al poblamiento adrianés.

Su esbeltez se divisa desde los cuatro puntos cardinales. Mejor que nadie él sabe de campos y de gentes, de montes y de ríos cercanos. Y con nostalgia,

desde su altura, dice adiós al Ega, ya medio agotado, que se entrega por aquí rendido al Ebro.

Cuando entro al caserío de la villa, están sus gentes durmiendo tras una noche de jarana y festejos. La verbena no hará mucho tiempo que ha terminado. A estas horas matinales todo el pueblo resulta zona franca para mí, pero unas vallas me advierten la conveniencia de aparcar el coche fuera de los aledaños del encierro mañanero de las vacas furas.

Cada población tiene su acento propio, su particular olor, su gesto inconfundible. Sorprenderlos, definirlos, es difícil de conseguir en una primera visita, y más si es rápida como la que intento realizar hoy. Pero en San Adrián ayuda mucho a ello deambular por las callejuelas tortuosas y empinadas de su breve casco antiguo.

Los siglos, a veces, no se suceden unos a continuación de otros, sino que se quedan acurrucados, agazapados, montados y entreverados entre sí por las esquinas, por los parteluces de las ventanas antiguas, por el ocre amarillento de las casonas blasonadas, por las tradiciones y costumbres de sus gentes. Esto sucede hoy aquí, en mi primera visita a esta villa del sur de Navarra.

Como primera providencia me acerco al Ayuntamiento, nuevo edificio de ladrillo con numerosas cristaleras. Está abierto de par en par. No encuentro a nadie dentro que pueda orientar mis intentos. Veo diversos instrumentos musicales de la banda de música desparramados por sus estancias. Así da gusto, la apertura municipal dando ejemplo de transparencia y de confianza sin límites.

Decido proseguir en solitario la visita al pueblo. Ligeros desniveles quiebran el llano por el que discurre la calle Mayor, apareciendo de repente inesperados repechos. Sin buscarlo expresamente, llego al encosterado balcón del Palacio, como llaman aquí a este concreto enclave urbano. Se sigue respirando silencio y tranquilidad, que aprovecho para sentarme a escribir en las sillas callejeras de un bar cerrado mis primeras impresiones sobre San Adrián.

A continuación, me encamino hacia calles más abiertas, dejando el gratificante oasis de las callejuelas tortuosas. Las casas de la población moderna se levantan en terreno llano, en el que se erigió una parroquia nueva el año 1968. Es un edificio de ladrillo rojo liso con planta de cruz latina, costeado en su totalidad por el benemérito adrianés don Celso Muerza Garbayo. Guarda en su interior la talla gótica de la Virgen de la Palma, Patrona del lugar.

A media mañana advierto ya cierta vibración ciudadana, cuando las gentes apenas han tenido tiempo de reponerse del ajetreo festivo de la noche anterior. Las personas vienen y van de un sitio a otro, se paran en las esquinas, hacen

comentarios entre sí. Se percibe con nitidez que el pueblo está viviendo alegremente una fiesta colorista. Nadie intenta descansar por hoy más tiempo.

Abriendo paso al jolgorio matinal, la comparsa de gigantes y cabezudos aparece por la Plaza del Ayuntamiento con toda la chiquillería en derredor, portando al cuello el pañuelico *colorau*. En las puertas de la casa consistorial mantengo una interesante conversación con José Jiménez Salanueva, funcionario municipal, y con un joven concejal, cuyo nombre no recuerdo.

Indago sobre la riqueza artística de su pueblo, dejándoles preocupados por la mala impresión que me ha producido la visión del estado de deterioro que ofrece al exterior la vieja iglesia, cuando todavía no he podido visitarla por dentro. Ante el interés que les demuestro por esta problemática, me regalan un voluminoso libro con la historia de su pueblo[3].

Los corredores del encierro, mayoritariamente hombres, andan templando piernas y nervios en corrillos por las calles. Los famosos encierros sanfermineros, en los que los mozos pamplonicas corren sin detenerse en su carrera delante de los toros, no se parecen en nada a los encierros de vaquillas tal como se acostumbran en los pueblos riberos de Navarra, que se prestan a tocar los lomos de las vacas, a agarrarlas del rabo o de las astas y mil diabluras más.

Concluido el encierro se da suelta a las vaquillas para ser toreadas de una en una en una plaza portátil o de maderos, carros y remolques. A veces son las vaquillas las que torean a los mozos, debido a la experiencia que acumulan estos animales por su peregrinaje de fiestas en fiestas por los pueblos aledaños.

De pronto, me encuentro con una enorme pancarta blanca colgada en el vano de una calle. Dice con grandes letras negras: *¡SAN ADRIÁN EN FIESTAS: AQUÍ NADIE ES FORASTERO!* Lo expresa de corazón, como me lo han demostrado sus gentes a lo largo de toda la mañana. La pancarta avala el paisanaje de cuantos se sienten adrianenses por vivir en la villa, aunque no hayan nacido en ella, que son muchos.

Compruebo que cuando se publicó el libro citado, el 41 % de los habitantes de San Adrián ya procedían de otros lugares navarros o riojanos, el 28,5 % de Andalucía, de Extremadura el 12,4 % y el 0,4 % del País Vasco. Para variar aún más la procedencia, el 55 % de los varones nativos buscan esposa fuera de San Adrián. Hoy esta estadística se ha engrosado considerablemente con un aumento de los foráneos

Es mediodía cuando me retiro a comer tranquilamente a la cercana ciudad de Calahorra, apenas a dos kilómetros de distancia. Es la ciudad riojana erigida por los romanos a los que debe su nombre. Tiene sede episcopal antigua, hoy compartida con Santo Domingo de la Calzada y con Logroño, capital de La

Rioja. De siempre se ha distinguido por sus acreditados comercios a los que concurren los pueblos de la contornada.

Desde el mirador donde está asentado *el Parador Nacional Marco Flavio Quintiliano,* retórico calagurritano, donde estoy comiendo, diviso muy bien la vega del Ebro: a la derecha, los campos de Azagra con el fondo de la torre de su iglesia; a la izquierda, el crecimiento urbano de San Adrián y el alarde arquitectónico de sus dos torres eclesiales recortándose sobre la línea fronteriza del territorio navarro, que se eleva poco a poco a partir de la cinta fluvial del Ebro.

Contemplo este paisaje, acompañando al reposo postmeridiano, mientras tomo notas geográficas e históricas de San Adrián para completar mi conocimiento de la villa, a la que vuelvo de inmediato.

Tiene San Adrián una extensión relativamente pequeña, poco más de 20 kilómetros cuadrados, comparada con la densidad de su población, que asciende a 225 habitantes por kilómetro, de un total de 4.500 [4].

Sus tierras abarcan dos zonas muy diferentes, pero de similar extensión, el secano y el regadío, habituales en los pueblos circunvecinos. Se deben a los efectos de la erosión fluvial sobre los yesos y las margas del Cuaternario. Las precipitaciones resultan escasas.

En el secano destacan por su altura una serie de relieves como la Planilla, Caluengo, Cabizgordo y Sotojuela, que sobrepasan los 400 metros de altura sin llegar a los 500. Predominan en ellos el pino Carrasco y el almendro, además de la viña, el cereal y la esparraguera.

El regadío se debe predominantemente a los caudales fluviales del Ega, remansados en una presa entre Andosilla y San Adrián. Su cultivo principal son verduras y frutas. La ganadería tiene escasa importancia [5].

La mayor parte de su economía actual gira en torno a la industria conservera de los productos hortícolas, que ha originado el aumento constante de la población.

En 1900 contaba con 950 habitantes, mientras que en el censo de 1981 ascendía a 4.500, con tendencia ascendente. Existe mucha mano de obra eventual, siendo femenina un alto porcentaje de la misma. Junto a fábricas con más de 500 empleados abundan las empresas atendidas exclusivamente por las propias familias.

Además, hay varios establecimientos industriales de alimentación, talleres de reparación de coches y de maquinaria, y empresas dedicadas a la construcción.

El nombre de la villa se debe al santo mártir Adrián. Existen escrituras de una donación del año 1084 en el Libro Redondo de la catedral de Pamplona que relatan los prodigios y curas milagrosas de San Adrián de las Palmas, realizados en la iglesia y villa de este nombre.

El rey Austria Carlos II, realzando un antiguo señorío, creó el marquesado de San Adrián en 1696, que confirmó otro rey de España en 1720, esta vez el Borbón Felipe V, a favor de Joaquín Magallón Beaumont.

El titular de marquesado se refuerza en 1796 con el título de ricohombre. Más tarde, en 1802, el marqués de San Adrián recibe honores y tratamiento de grande de España, siendo inmortalizado por Goya en un lienzo que se contempla en el Museo de Navarra.

Al regresar a San Adrián después de comer, entro por el puente nuevo, paralelo al que se inauguró el 2 de diciembre de 1921 [6]. El desarrollo de la vida y el aumento de la circulación han dejado estrecha e insuficiente su rodadura.

3. Una joya arquitectónica

Me dirijo de nuevo hacia las callejas empedradas del Balcón del Palacio, en la parte alta, para intentar ver detalladamente la vieja iglesia gótica, que me atrae sobremanera.

Al llegar me encuentro junto a sus puertas cerradas a una mujer mayor. Ha salido de su casa para despedir a sus nietos, que bajan corriendo a la comparsa vespertina de los gigantes y cabezudos.

Le pregunto si sabe cuándo se abre la iglesia. Está siempre cerrada, me contesta, pero yo tengo las llaves. Soy la campanera, sin campanas, añade, porque un día las descolgaron de esta torre y las llevaron a fundir a Pamplona para hacer otras más pequeñas que colocaron en la torre de la iglesia nueva.

A esta buena mujer, de nombre ***Gervasia,*** le cuadraría mejor el apelativo de ermitaña, pues ermita es la categoría canónica a la que ha sido reducida esta soberbia y antigua iglesia, al trasladar su antigua titularidad parroquial, con campanas y todo, a la iglesia nueva, erigida en la parte baja del pueblo.

Hubiera sido más justo que la autoridad eclesiástica solicitara en vez de la categoría de ermita con ocasión de este traspaso, el título de basílica menor, que bien se lo merece por su historia y por su arte.

La buena mujer se extraña, y alegra al mismo tiempo, de que un forastero se interese por ver detalladamente tan olvidada y vieja iglesia. ¡Y además en medio de las fiestas! Entra enseguida a su casa para coger las llaves y, al salir con ellas,

me dice: *Pasan días y días sin que nadie me pida abrir las puertas, como no sea para la celebración de alguna boda esporádica a lo largo del año.*

Y comienza a enseñarme su iglesia con cariño, como una madre cuando muestra a las vecinas solícitas el ajuar de su hija que pronto se va a casar. Además, me cuenta cómo cumple el encargo que tiene de cuidarla, limpiándola así y asá, y manteniendo viva la lámpara del sagrario con el aceite de su propia casa. *Hasta hace poco tiempo daba cera al suelo de madera, pero ya no lo hago porque las goteras han estropeado el entarimado,* me dice contrariada.

Me cuenta ésta y otras cuitas, respetando mi silencio admirativo, hasta que me encuentro ante el gran retablo mayor, polícromo y romanista. Me impresionan de él su verticalidad y la calidad estimable de la iconografía que aloja, tanto la de las calles laterales con escenas evangélicas y relieves del apostolado, como la de la calle central con las tallas de San Adrián, la Asunción de la Virgen y el Calvario.

Los seis retablos barrocos laterales muestran un armonioso emparejamiento con el central. Destaco cuatro de ellos: el del Crucificado con una talla de minuciosa anatomía del siglo XVI; el de la Inmaculada de finales del XVII, luciendo un anacrónico rosario postizo; y los que albergan las tallas de san Pedro, mitrado y sedente con llaves y báculo, y de san Pablo, erguido, con el libro de sus cartas y una espada gigante; en ambas tallas policromas hay un tratamiento delicado de sus rasgos faciales.

La fábrica general de la iglesia responde fundamentalmente al gótico renacentista de mediados el siglo XVI, que he visto repetirse en las iglesias de los pueblos aledaños. Es de nave única de tres tramos, con capillas entre los contrafuertes y cabecera recta. Su cobertura se realiza mediante bóvedas estrelladas de nervios de sección mixtilínea, en complicada y diversa traza y claves decorativas. Y se apea sobre ménsulas de querubines formando haces de nervios. El cuarto tramo de la bóveda, añadido a los pies de la nave en el siglo XVIII, alberga el coro alto, encajando al exterior la fachada principal.

La sillería del coro coloca en elipse quince sitiales de bella factura de finales del XVIII. Cada asiento queda enmarcado por dos pilares rematados en capiteles jónicos con decoración rococó. Entre estos pequeños pilares una corona de gran medallón cobija el busto de un santo apóstol con detalles barrocos. Finalmente, me fijo en el órgano neoclásico, situado en un lateral del coro. Construido en el siglo XIX, después de varias reparaciones se encuentra hoy en estado inservible, pero no irrecuperable, según mi humilde entender.

Desde lo alto del coro, además de apreciar bien los detalles artísticos de la iglesia, se divisan nítidas e inconfundibles señales de abandono: varias goteras, grietas significativas en la bóveda y en los muros, polvo, telarañas y, sobre todo,

una profunda tristeza en el ambiente, que invitan a dejarse invadir por el pesimismo de la vieja campanera que, según me dice, está pensando dejar este servicio de ermitaña y bajarse a vivir con su hijo a las casas nuevas.

Terminamos la visita del interior de la iglesia viendo la sacristía y las dependencias anejas, que han sufrido constantes transformaciones, apreciadas a simple vista. Guardan almacenados de cualquier manera despojos de altares con tallas y objetos de valor variado. Antes de salir, en una oscura capilla, admiro una pila bautismal románica, arrumbada entre trastos viejos. ¡Qué pena! Ella sola dignifica cualquier recinto eclesial.

Me despido agradeciendo a Gervasia el tiempo que me ha dedicado, por el que no ha permitido ninguna gratificación. Aprecio que lo ha hecho muy gustosa. Se ha sentido útil, incluso feliz. Le animo a que siga en la brecha de su oficio, esperando mejores tiempos, que sin duda llegarán, cuando las autoridades eclesiásticas y civiles, locales y provinciales, se percaten del olvido en que tienen a la más emblemática y valiosa joya arquitectónica de San Adrián.

Ya en solitario, admiro el exterior de la iglesia, que ofrece lisos muros de ladrillo vista. La fachada está flanqueada por pilastras cajeadas, también de ladrillo, de orden gigante sobre alto plinto, que sostienen un potente friso con triglifos y metopas, decorado con óculos ciegos. Como remate hay un frontón con pirámides y bolas en los arranques. En el centro de la fachada se abre una portada de piedra con hornacina encima y la escultura pétrea del titular San Adrián. A ambos lados, en el centro de dos secciones de muro cóncavo, otras dos hornacinas, aunque vacías, rompen la monotonía del ladrillo.

El campanario, también de ladrillo, es de la época de la fachada y se levanta al pie del último tramo de la iglesia. Tiene planta cuadrada con fuste prismático, al que se superpone el cuerpo donde estaban las campanas, con sus frentes formados por un arco esbelto de medio punto entre pilastras angulares. Un friso decorado y una balaustrada encima con bolas en los ángulos sirven de apoyo a un airoso octógono, rematado por otros dos de proporciones decrecientes, en los que se asienta un chapitel final.

4. Once estrofas a la iglesia antigua de San Adrián

Mediada la tarde, se está bien aquí, sentado al pie de la torre que ofrece sombra en este calor veraniego.

Oigo los ecos bullangueros de un pueblo en fiesta, mientras voy repasando en mi mente las bellezas artísticas que acabo de contemplar dentro de esta antigua iglesia.

Me siento inspirado y escribo a vuela pluma las siguientes estrofas:

Torre vieja abandonada,
Campanario sin sones,
nido arcaico de ladrillo,
en lo alto del castillo feneces
poco a poco, día a día,
y desde la agonía de tus grietas
izas todavía bandera artística
en el genuino pueblo adrianés.

Campanas desmontadas,
campanitas refundidas,
tocáis ahora disminuidos
sones electrificados
en vez de los clásicos bandeos,
jugando al eco de dos torres:
del rojo y nuevo ladrillo
al viejo y amarillo.

Ermita añosa y noble,
vieja madre de otra iglesia,
que como clueca amorosa
cobijas bajo tus plumas pétreas
gótico-renacentistas arcadas,
un órgano neoclásico en el coro,
retablos polvorientos
y tallas barrocas de los Santos.

Pila bautismal arrumbada,
maciza piedra románica,
con el lento gotear del agua
y el latino "Ego te baptizo",
dabas posesión al neófito
de su nueva identidad cristiana,
al segundo día a lo sumo,
de su adrianés natalicio.

Coro alto de los cánticos,
tallada sillería apostólica,
con antífonas gregorianas
y cadencias salmodiadas,
los clérigos del pasado
reclaman tus misericordias

para apoyar sus orondos culos
al recitar de los celestes trisagios.

Órgano tubular,
mudo artilugio neoclásico,
arpegios decimonónicos,
escalas y trémolos,
flautines, fagotes
y arpas empolvadas,
repiten tus silenciosos ecos
por las bóvedas del recuerdo.

Retablo romanista,
oración vertical abandonada,
enciendes y elevas el alma,
e incitas a amar el arte,
de tu policromo cautiverio.
Mientras permaneces olvidado,
cuatro novias arrobadas
te contemplan cada año.

Bajorrelieves bancados,
querubines, roleos, rocallas,
púlpitos y cancelas,
de los santos las tallas,
ménsulas y credencias,
peanas y escalinata,
dormís un olvido amenazante
de polvo y telarañas.

Portada de severa factura,
enfrente de un sol que muere,
estás tú también muerta.
Gitanos faenan en tus dinteles,
mientras cantan soleares.
Si abaten tus puertas,
en un Rastro cualquiera
veremos expolios de esta iglesia.

Campanera o ermitaña,
abuela y vieja cristiana
al escuchar tus sentidas penas
desde tu puesto de guardia,
escribo este "SOS" desesperado,
desde el Balcón del palacio.

Cuando pasen los ecos festivos
alguien vendrá a socorrerlos.

Al crepúsculo adrianés,
se cobija el viento en las arcadas
y se inicia en sus vitrales
una languidez rosa y malva.
Desde aquí con mi voz proclamo
la fugacidad de lo moderno,
y denuncio que este ámbito sacro
necesita un mecenas que lo salve.

Guardo el borrador de estos versos y desciendo de las alturas de la villa, que continúa disfrutando de su natural jolgorio festero. Alumbrado por el último sol de la tarde retomo el coche aparcado a las afueras.

Me retiro satisfecho de la jornada invertida en conocer con detalle San Adrián, pueblo vecino de Azagra, al que volveré encantado, cuando me comuniquen que su antigua y bellísima Iglesia en lo alto, dedicada al santo mártir Adrián, ha sido salvada del olvido y de la incuria, manteniendo su fábrica y reparando los destrozos producidos por el abandono innegable durante años para lucir de nuevo en su prístino esplendor los innegables valores arquitectónicos y escultóricos que tiene esta joya de cinco siglos de antigüedad.

Cuando al cabo de varios años releo lo que escribí en mi primer viaje a San Adrián, ya puedo preparar viaje, porque un amigo adrianés, José Antonio Muerza, me ha confirmado que la iglesia gótico-renacentista ha sido restaurada y rehabilitada. Tendré que acercarme a verla.

Me ha dicho también que Gervasia, la vieja campanera sin campanas, guiará mi nueva visita, pero ya desde el cielo, donde prosigue su oficio de tañerlas.

Durante el regreso a Azagra, diviso desde la carretera cómo las últimas aguas del Ega humedecen las huertas, ablandan los caballones de los espárragos y hacen verdear al paisaje. El valle se va haciendo más ancho y abierto caminando hacia el Ebro. Anochece.

5. En la ermita de la Virgen del Soto

Por los pueblos de La Ribera navarra los rayos del sol duran hasta horas tardías, al ser el paisaje llano y los montes de poca altura. Por eso aún quedan varias horas de luz cuando llego a la ermita de la Virgen del Soto, a media tarde. Las piedras y ladrillos reflejan el oro dos veces secular. Desde aquí la villa de

Caparroso parece un velero desarbolado a los cuatro vientos en la cresta de una ola pétrea.

El río Cidacos, frente a la ermita, desagua sus exiguos caudales en el Aragón. Hoy es domingo de Resurrección en un mes de abril recién iniciado. La buena comida de Pascua y el vino extra han retrasado la habitual salida vespertina de los coches a las carreteras. Todavía se circula sin agobios. El verdor del arbolado del atrio-jardín de la ermita resulta un remanso donde aparcar las prisas del coche en este cruce de carreteras.

La ermita estuvo originariamente junto a un soto en la misma orilla del Aragón, a la entrada del puente. Una gran riada la arruinó en 1738. Pero ya al año siguiente se solicitaba permiso al obispado para reedificarla en un paraje más seguro.

En 1759 se realizó el traslado de la imagen de la Virgen a este su nuevo emplazamiento desde la parroquia de santa Fe, donde había permanecido durante los veinte largos años que duraron las obras [7].

La construcción se alza sobre una planta de cruz latina. Como todavía está la puerta cerrada me entretengo observando el exterior. La construcción es de ladrillo sobre basamento de piedra sillar. Pilastras laterales soportan la cornisa del entablamento, que se remata en frontón con un óculo. Corona la fachada una espadaña de vano simple, también con frontón triangular y alerones. La puerta de acceso repite el esquema de la fachada y además se adorna con un friso de cerámica y una hornacina que alberga la talla barroca de santa Bárbara.

Cuando abren, accedo al interior. Este primer espacio tiene bóveda de medio cañón rebajado con lunetos. Sobre él hay un diminuto coro con tribunas laterales. El barroco y el rococó del siglo XVIII me invaden y penetran por los cinco sentidos, pero observo que hay unidad y armonía en el conjunto.

La nave tiene tres tramos con amplio crucero y cabecera recta. Pilastras toscanas y cornisas molduradas sustenta una bóveda de medio cañón con lunetos y fajones. El tramo central del crucero se recubre con media esfera de fajas radiales sobre pechinas. Una mampara fija de balaustres de madera impide una mayor penetración al interior de la ermita, pero no su buena visibilidad para contemplar el conjunto.

Esta valla que imposibilita un mayor acceso es seguramente el tributo que tienen que pagar los devotos de la Virgen, tras alguna profanación cometida por gente desalmada.

Las pinturas son realmente espectaculares. Hay que contrastar las escenas realizadas en marcos complejísimos con las dimensiones pequeñas de la ermita.

En la cabecera domina la Asunción de la Virgen entre símbolos marianos. Por las paredes laterales se desarrollan sucesos de las vidas de diferentes santos, bajo simuladas arcadas y cortinones.

Lo que resulta verdaderamente espectacular es la cúpula con la plasmación pictórica de las siguientes escenas bíblicas: la Coronación de la Virgen, Cristo entregando las llaves a san Pedro, Jesús tentado por el demonio, Abraham ofreciendo en sacrificio a Isaac, la escala de Jacob, Josué y Caleb trayendo uvas gigantes de la tierra prometida, san Juan bautizando a Jesús en el río Jordán y, finalmente, la samaritana dándole de beber.

Por encima de esta amalgama escénica, aún hay más representaciones paisajísticas y de bienaventurados. Pero no termina aquí la nómina de las pinturas. En las bóvedas y lunetos de ambos brazos del crucero continúan enlazándose escenas bíblicas, que resultan difíciles de interpretar y prolijas de describir a la distancia donde me encuentro.

Si las pinturas son rococó, los retablos no se quedan atrás. Del mayor resalta la talla de la Virgen con el Niño en brazos, ambos de robusta anatomía. La imagen y el camarín donde está alojada son del siglo XVII. En las paredes laterales, cuatro retablos pequeños, también de idéntico estilo, albergan a santos populares en Navarra [8].

Permanezco dentro de la ermita hasta las siete de la tarde. Cuando suena la campana de la espadaña, su sonido es un adiós para mí, después de haber estado dos horas en descansada contemplación.

Cuantos venimos a visitar a la Virgen del Soto, tendríamos que rezar una oración por el devoto anónimo que, según dice una lápida, sufragó la grandiosa restauración de este paraje mariano. Yo así lo hago y antes de marcharme, sentado en el jardín, escribo estos versos de despedida.

A la Virgen del Soto

Es robusta y morena
esta Virgen del Soto.
Es hermosa y pintada
en su talla barroca.
Es sedente en espera
la escultura mariana,
con el Niño en sus brazos
reposando en el halda.

Hoy llego peregrino
con recuerdos de infancia.
Hoy arribo andariego

con adultas plegarias.
Hoy me acojo rendido
a una doble protección:
la sombra de la ermita
y el cobijo de su amor.

Esta casa de ladrillo
luce jardines de fronda,
cercano murmura el río
y carreteras le rondan.
Aquí acuden los romeros
y los devotos de fuera,
vienen los de Caparroso
a ver a su Madre ribera.

6. Santa Fe de Caparroso

Remonto el repecho encosterado de las calles de Caparroso que suben hasta la parroquia de santa Fe. Todo el casco antiguo de esta villa, de trazo irregular, asciende por la ladera, adaptándose a las curvas de nivel del terreno.

El buen hacer de la repristinización del lugar ha dejado una plazuela detrás de la iglesia para el goce visual restringido del valle del Aragón. Porque quien suba a la otra santa Fe, en lo más alto del monte, que desde aquí parece al alcance de la mano, disfrutará de una completa y esplendorosa visión.

Yo me animo y empiezo la ascensión. A mi derecha, veo en picado el río y siento el pálpito de sus aguas que discurren profundas. Reina la calma de las últimas horas de un domingo de primavera sobre los prolongados remansos, los sotos verdeantes y la campiña entera. La gente pasa la tarde en los chopales. Hasta aquí llega el eco alborozado de la muchachada y el rumor de los diálogos adultos.

A lo lejos, en lontananza de brumas hacia el suroeste, se divisa Peralta: la Atalaya sobre el Campanar, el Campanar sobre el puente, el puente sobre el Arga, el Arga sobre el cascajar. Todo en un solo plano vertical.

Una vez que he llegado a Santa Fe de arriba, me estremezco ante las ruinas de la antigua parroquia de Caparroso. No dejan de ser exponente del abandono y la desidia de los hombres y, en este caso también, del expolio sacrílego del entorno.

Vendrá el momento de la reconstrucción porque están salvables todavía sus potentes muros de sillería, reforzados por abundantes contrafuertes prismáticos.

Que existan otros monumentos por restaurar en el catálogo artístico de Navarra, no justifica el olvido de esta pequeña joya gótica del siglo XIV.

La robustez de sus paredes contrasta con la delicadeza del labrado de las hojas y las cabezuelas de los capiteles. Los resaltes geométricos de las arquivoltas del pórtico combinan con los trilóbulos de arcos y ventanales.

Accedo al interior de la ruina por una portada ligeramente apuntada. Tiene seis arquivoltas formando bocina, apoyadas en capiteles corridos desarrollados en pámpanos. Coronan estos capiteles columnillas adosadas sobre basas y pedestales muy deteriorados.

Se mantiene enhiesta todavía la fábrica completa de sus muros perimetrales, que cierran una nave única terminada en cabecera pentagonal.

Sólo se conserva la cubierta gallonada de la cabecera, los nervios moldurados de la bóveda de crucería del tramo anterior a la misma y los dos de las capillas laterales que hacen de crucero.

La torre, de piedra sillar en el tercio inferior y de ladrillo en los dos restantes, es del siglo XVI. En el tramo superior están los vanos para las campanas, pero sin su presencia resonante. El recinto tiene un cementerio anejo de forma trapezoidal, que comunica con la nave de la iglesia a través de una puerta con arco de medio punto. Hay una capilla funeraria de estilo neoclásico, muy deteriorada y profanada [9].

Al salir de las ruinas me encuentro frente a una llanura elevada de colores terrosos y grises, formada por una prolongada erosión, antesala de las cercanas Bardenas. Impresionado por las ruinas, no había reparado en ello. Parece un paisaje lunar. Su peculiar belleza es producida precisamente por su austeridad, acorde con el abandono global del conjunto.

Al abandonar Santa Fe de arriba, quiero ver también la iglesia de Santa Fe en la ladera, la actual parroquia. Pero está cerrada. Ni siquiera hay un resquicio en la puerta que me permita atisbar su interior. Son más de las ocho de la tarde.

Pregunto en la casa cural si pueden abrirme la puerta para visitarla, pero no me dan facilidades a causa de la hora. Por las trazas externas, que me agradan, colijo la riqueza interior.

Fue construida bien avanzada la segunda mitad del siglo XVI, cuando descendió el caserío desde lo alto. Curioso movimiento el de las casas de Caparroso. Nacido el pueblo junto al castillo a las orillas del Aragón, fue subiendo a causa de las riadas buscando mejor defensa hasta llegar arriba del todo en el monte, donde ya estaba en el siglo XIV. Y poco a poco emprendió la bajada, que ahora prosigue extendiéndose de nuevo por el llano [10]. Se está bien

en la placita del mirador y enhebro conversación con un viejo del lugar que está muy enterado de las características del pueblo y sabe contármelas. DE ellas me aprovecho. El territorio municipal tiene una extensión aproximada de 81 kilómetros cuadrados. En el último censo poco le faltó para alcanzar los 2.500 habitantes. Hacia el sureste entra en contacto con las Bardenas. Como en los pueblos colindantes, el paisaje alterna las alturas con margas, yesos y areniscas donde abundan los barrancos, con las llanuras de aluvial surcadas por numerosas acequias de riego [11].

Predominan los campos de secano sobre los de regadío. Basa su economía en la agricultura y la ganadería: cereales, vid, maíz, forrajes y hortalizas, por una parte, y ganado ovino, bovino y de cerda por la otra.

Su historia corre pareja a la de los pueblos del contorno. Se han localizado en sus tierras yacimientos del Neolítico y de la Edad del Bronce [12]".

Si en el siglo XVI fue necesario construir la parroquia de Santa fe de abajo. En el XX ha sido preciso edificar la iglesia de Cristo Rey en el llano, que sí puedo visitar. Lo más representativo de ella es una talla románica de Jesús en la cruz, un Cristo de los llamados *Majestad*. Los brazos se tienden en perpendicular al tronco, luciendo unas costillas bien marcadas, aunque imperfectas anatómicamente. Cuatro clavos sustentan sus pies y manos.

La cabeza aparece inclinada hacia la derecha. Tiene barba tupida y la boca entreabierta. Debajo de la corona real una larga cabellera desciende hasta los hombros. Finalmente, un largo paño tapa la desnudez del abdomen, cayendo en abundantes pliegues sobre las piernas.

Junto al río Aragón

Los sotos verdean
por Pascua Florida,
en el mes es abril.
A Santa María
del Soto le rezo
en barroca ermita,
y en pétrea espadaña
los pájaros trinan.
Caparroso en lo alto
es iglesia en ruinas.
Del pueblo en ladera
es la iglesia gótica.
Caparroso en llano
levanta otra iglesia

a Dios Majestad,
de factura románica.

Por la carretera
los coches transitan.
Junto al Aragón
oigo como gritan
los mozos y mozas,
juntos se desgañitan
mayores y mozuelos,
en buena compañía.
Juegos y meriendas:
es caparrosina
la tarde feliz
y su algarabía.
Dos puentes, dos ríos,
el soto en la orilla,
y para un solo pueblo
tres iglesias y una ermita.

NOTAS:

1. Altadill, J. Geografía General del País Vasco-Navarro, II, pág. 560.
2. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia documentada de Azagra*, 1982, págs. 347-359.
3. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia de San Adrián de Palmas,* 1982.
4. Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra, IV, págs. 138-143.
5. Altadill, J., ibíd., IV, págs. 644 y 655.
5. Su coste ascendió a 600.000 pesetas.
6. Catálogo Monumental de Navarra, Merindad de Olite, p. 74.
7. López Sellés, T. Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra. Merindad de Tafalla, 1974, págs. 403-494.
8. Uranga Galdeano, J. E, e Iñiguez Almech, F. *Arte medieval navarro*, III, pág. 225. - *Catálogo Monumental de Navarra*, III*, Merindad de Olite*, págs. 70-73.
9. Altadill, J., ibíd., X. En la página 709 escribe: El casco urbano de Caparroso en un principio cubría una amplia llanura que queda a orillas del Aragón. El peligro de filtraciones y riadas hizo que la población se trasladase a la colina

inmediata, en cuyas faldas se localiza el casco antiguo de la villa. A mediados del siglo XX se han poblado las partes bajas donde hoy se encuentra la zona más habitada.

10. Floristán Samames, A. *Itinerarios por Navarra. Zona Media y Ribera,* Pamplona, 1978, pág. 42 y ss.
11. Beguiristain, M.A. Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad de Bronce en el Valle del Ebro. Trabajos de Arqueología Navarra 3, pág. 96.

Plaza de los Fueros en Azagra, al fondo la parroquia de San Salvador

Imagen románica de la Virgen del Olmo, Patrona de Azagra.

Vista aérea de San Adrián

Exterior de la iglesia alta de San Adrián en Navarra

Retablo mayor de la iglesia alta de San Adrián en Navarra

La villa de Caparroso en La Ribera de Navarra

Ruinas de la iglesia de santa Fe en lo alto de Caparroso.

CAPÍTULO XIX: ANDOSILLA Y VILLAFRANCA

1. Palacios barrocos de Andosilla

En Peralta se dice a tenor de la copla que los de Andosilla usan constantemente los diminutivos. En mi visita a este pueblo cercano he llegado a dudar de la veracidad de lo que se canta:

Azagra es el pueblo de los Tarras,
y Andosilla de los Tarrillos,
pues a las ollas siempre llaman
cazuelillas y pucherillos.

El casco urbano de Andosilla tiene dos zonas: la villa o parte alta, recostada en la ladera, y la parte baja extendida a ambos lados del puente sobre el Ega. El río se despide aquí de su recorrido por los pueblos y lugares de La Solana, pero aún le quedan cinco kilómetros antes de rendirse al padre Ebro, avenando sin testigos el llano aluvial. Andosilla pertenece a la merindad de Estella. Su término es limítrofe del de Peralta, Lerín, San Adrián, Cárcar y Sartaguda.

Se embellece la villa con edificios señoriales que ilustran su historia. En la calle del Sol está el Ayuntamiento, un viejo caserón con escudo de alabastro del siglo XVIII. Pronto la casa consistorial será trasladada a una construcción más funcional. Anejo al viejo edificio, hay otro del siglo XVII con tres cuerpos de ladrillo y un ático. Su blasón rococó también es de alabastro y ostenta las armas de la familia López Baylo, que tiene descendientes en Peralta.

Abundan los edificios barrocos con hiladas de ladrillo en rimeros iguales de un amarillo viejo. Muchos rematan en galerías de arquillos enviserados por amplios aleros de madera. En la Plaza Vieja dos blasones neoclásicos adornan en rectángulo la fachada. El primero repite las armas de López Baylo, el segundo las de la familia Salvador. La calle Nueva, de trazado quebrado, bordea la roca sobre la que se levanta la parroquia. En su recorrido destacan dos edificios barrocos del XVII con la estructura clásica de tres cuerpos de ladrillo y un ático de arquillos dobles de medio punto con visera de madera tallada.

Por la escalinata del Canalizo se llega a la calle del Torreón, en la parte más alta del pueblo. Se alza aquí un palacio, también del siglo XVII con retoques del XVIII. Tiene dos cuerpos más un altillo, rematado en una cornisa curva de ladrillo con alero de madera. Su escudo rococó ostenta las armas de los Díaz, que "trae de gules y cruz de oro cargada de cinco lobos de sable". Tiene mutilada tanto la fachada como su disposición interna. Antaño contaba con patio de armas y estaba exento por sus cuatro costados. Hoy se encuentra encajonado

entre casas por sus dos lados laterales. Además, ofrece un reciente engrandecimiento de sus vanos que rompe y afea el conjunto.

En la calle de san Francisco Javier numerosas casas de ladrillo del siglo XVII han sido retocadas posteriormente. En una de ellas vuelven a aparecer las armas de López Baylo. Hay otra de ladrillo sobre basamento sillar con blasón rococó de alabastro, águila bicéfala y las armas de los Ordóñez. Una tercera, repite el escudo de esta última[1]. Algunas de estas casas han sido adquiridas por familias vascas como residencia de verano, lo cual ha propiciado su repristinización. En los balcones y ventanas de los últimos pisos de muchas viviendas cuelgan originales tendederos de ropa, dotados de veletas giratorias que aceleran el secado de las prendas.

Dominando el acantilado sobre el arrabal, existen restos de un castillo que dicen romano, además de otras ruinosas construcciones con numerosos fragmentos de cerámica aparecidos a poco que se escarbe en el lugar. Frente a las casas altas de la calle del Torreón se abre sobre un mirador natural sobre el tajo rocoso del Ega, que deja ver desde la altura un casco viejo apretado en la ladera sin orden ni concierto. Como contraste, hay recientes construcciones de teja roja a ambas partes del puente y una urbanización de casas nuevas pegadas al campo.

Algo apartada, se adivina el antiguo poblado de Resa de resonancias defensivas contra el moro, hoy lugar desolado de frondoso soto. Cuando en Andosilla se oyen campanas, no siempre son las del pueblo. Los tañidos de Cárcar cubren veloces por el aire los escasos tres kilómetros que separan ambos pueblos, resonando los sones como propios en el farallón de su Peña.

2. La Virgen de la Cerca

Por la calle de la Virgen se llega al enclave de la Cerca, debajo mismo del torreón. Aquí estuvo durante siglos la basílica de la Patrona, la Virgen de la Cerca. Fue restaurada en 1951 pero demolida en 1975, al igual que las casas adosadas al monte, por los continuos desprendimientos de la roca, minada por la humedad de la lluvia.

La talla de la Virgen, de finales del siglo XIII, mide escasamente un metro. Recuperó su primitivo estado de madera policromada en 1944. Es una imagen sedente sobre escabel, que tiene al Niño en la rodilla izquierda. Y mientras el Hijo está en actitud de bendecir, la Madre sostiene en su mano derecha una manzana dorada.

Hoy se la venera en un retablo lateral de la parroquia. Por eso se ha perdido el tradicional traslado del domingo anterior al 8 de septiembre, cuando el pueblo

enfervorizado llegaba en procesión hasta la ermita de la Cerca, para trasladar desde aquí a la parroquia la imagen de la Patrona, donde permanecía durante todas las fiestas.

Las notas del antiguo órgano parroquial resucitan en este día la salve y la misa a la Patrona, compuestas por el músico Hilarión Eslava, inspirado compositor andosillano de merecida fama y recordada memoria.

El domingo primero de agosto todavía se celebra el Domingo de la Corona, por un juramento secular de los antepasados de la villa. Con gozoso anacronismo se tiran por la calle peladillas y caramelos a la chiquillería, festejando así el bautizo del Niño de la Virgen de la Cerca.

Los andosillanos no se resignan a que su Patrona se quede para siempre sin basílica. La esperanza de ver algún día repristinado el rincón de La Cerca, libre ya del peligro de desprendimientos, está en el deseo ferviente de todos. Así canta la copla:

Andosilla es una concha
que guarda una hermosa perla,
y esa perla representa
a la Virgen de la Cerca.

3. La parroquia de san Julián y santa Basilisa

Como los antiguos festeros, yo también subo desde el lugar de La Cerca a la iglesia parroquial. Una vez arriba, no me parece tan esbelta como desde abajo. El promontorio calcáreo cortado a pico en cuyo borde se levanta, la realza panorámicamente.

Aprieta el calor y entro en el interior, después de saludar a unos abuelos que se encuentran sentados a la sombra del atrio. La puerta principal se abre al lado derecho, en el segundo tramo de la nave. Es un sencillo arco rebajado dentro de un amplio pórtico de ladrillo con dos cuerpos, de construcción algo posterior al conjunto. Tiene una ornamentación barroca, típica en las iglesias de La Ribera alta. Los antepechos del atrio ofrecen unos dibujos geométricos parecidos a los del Campanar de Peralta. Es influencia clara del mudéjar aragonés.

Visito la iglesia en circunstancias especiales, porque un incendio fortuito ha calcinado recientemente gran parte de la casa parroquial y la totalidad de la sacristía, chamuscando las paredes del ábside y el monumental retablo mayor. El párroco se ha lanzado de inmediato a la restauración, por eso encuentro la iglesia recién pintada. Anda el cura entre escaleras y andamios comprobando el efecto de la orientación de los altavoces.

El domingo anterior a la Virgen de Agosto, en el tradicional Domingo de la Corona, vendrá el arzobispo para inaugurar esta repristinización, al tiempo que para confirmar a sus jóvenes diocesanos de Andosilla. Los 2.500 habitantes del pueblo han pechado con los gastos de la pintura, cuando hacía poco tiempo también lo habían hecho con la consolidación de la fábrica total de la parroquia: bóvedas, cubiertas, cupulín y el remate de la torre.

Me comentan que hace unos años, antes de iniciarse las obras de consolidación, se pensó en la alternativa de abandonar esta iglesia y construir otra de nueva planta más cerca del centro actual del pueblo. ¡Menos mal que no se dio cuerda a tal proyecto! Con la desaparición de la basílica de la Virgen y de las antiguas ermitas de la santa Cruz y san Bartolomé, Andosilla tiene cubierto el cupo de demoliciones sacras. La verdad es que resulta incómodo el acceso hasta la parroquia de estos esposos mártires romanos.

Antiguamente la iglesia dominaba el caserío del pueblo, cobijado en pequeño radio a sus pies. Pero hoy, al construir las casas más abajo, el esfuerzo físico de la subida es considerable, sobre todo para las personas de cierta edad.

Pero de momento en Andosilla la fe y el amor a sus santos Patronos han podido más que la comodidad. Contemplándola detenidamente se disfruta con este tipo de iglesia gótico-renacentista, repetido en la zona: Azagra, San Adrián, Funes e, incluso, la derruida de Peralta…

Construida la parroquia de Andosilla entre finales del siglo XV y principios del XVI, presenta en planta una nave única, amplia y esbelta, de tres tramos con crucero de escasa profundidad. En ella se mezclan los arcos apuntados con los de medio punto.

Todos lucen molduras góticas, no en vano se construyeron en plena transición cuando se permitía mezclar técnicas constructivas y elementos decorativos de varios estilos arquitectónicos. A la izquierda se abren entre los contrafuertes tres capillas laterales comunicadas entre si a modo de nave lateral.

El coro alto se levantó a los pies de la iglesia en la segunda mitad del XVIII. Está sostenido por bellas columnas con capiteles corintios. Se soporta el entablamento por medio de arcos rectilíneos. Los quince sitiales de su sillería son de factura apreciable, Aparecen colocados en forma de arco cerrado para una mejor participación coral. El remate de cada sitial, a base de cornucopias pintadas y de otras exuberancias rocallescas de dudoso gusto, desmerece del conjunto. Bajo un arco lateral del coro se asienta un órgano neoclásico de finales del XVIII, bien conservado en apariencia, aunque lo veo de lejos.

Un ábside poligonal de cinco paños cierra la cabecera. En él apean los nervios que desde las bóvedas descargan el empuje de la cubierta hasta los

contrafuertes exteriores, hoy ocultos por las edificaciones posteriores de la casa parroquial. Hubiese sido una excelente ocasión aprovechar la ruina provocada por el incendio en esta parte para dejar exento el exterior del ábside.

Sentado en medio de la nave de la iglesia leo algunos datos contradictorios sobre el origen de Andosilla, que la relacionan con la *Andelas* citada por el historiador romano Ptolomeo, y con la *Andola* de los visigodos. Pero hago mayor caso a la crítica histórica que tiende a retrasar los orígenes de la villa a la Edad Media.

Se sabe que el rey navarro-aragonés Alfonso el Batallador ganó esta fortaleza a los musulmanes. Y en el año 1210 Sancho el Fuerte le concedió una serie de fueros y privilegios. En 1379 los castellanos, en lucha contra los navarros, tomaron el pueblo haciendo pasar a sus moradores años de penuria, miseria y mortandad.

El rey Carlos III permutó a perpetuidad esta villa, su castillo y pechas con mosén Pierres de Peralta, que le entregó a cambio la de Berbinzana. A partir de 1595, cuando Andosilla contaba con 66 vecinos cristianos y 11 judíos, entró a formar parte del condado de Lerín [2].

Después de anotar estos datos, me dispongo a admirar el retablo, todavía a medio limpiar de la chamusquina padecida en el reciente incendio. Es una pieza romanista monumental, que consta de tres calles, dos entrecalles, banco, dos cuerpos y ático. Es obra de finales del XVI y principios del XVII del artista estellés Bernabé Imberto, de familia imaginera.

Tiene una correcta traza y una bondad artística innegable, igual que sus relieves y esculturas. La policromía, algo posterior, data de 1640 [3]. Lo están limpiando a base de fricciones de alcohol. El humo reciente del incendio, el humo viejo de los cirios y el polvo de los siglos se van quedando en los algodones conforme aparece de nuevo el colorido original.

Por resaltar algo, aunque todo el retablo lo merece, destaco las tallas de san Julián y su esposa santa Basilisa en la hornacina geminada del centro. El primero va vestido anacrónicamente de diácono y la santa de abadesa, ambos portan báculo y palma de martirio. Los otros retablos e imágenes, también apreciables, se quedan sin salir de mis notas, por aquello de la virtud de la brevedad [4].

Al abandonar la iglesia observo que su maciza torre de ladrillo domina completamente los tejados del pueblo. Se construyó a finales del XVI y su volumen exento se adhiere al exterior del pie del templo. Se compone de un enorme fuste cúbico, dividido en cuatro cuerpos separados por molduras longitudinales y paralelas a idéntica distancia. Superpuesto al fuste, se levanta

un esbelto cuerpo poligonal de ocho lados con otros tantos vanos de medio punto coronados por óculos ciegos. De cuatro de estos arcos penden otras tantas campanas. Se remata con una cúpula ochavada y un cupulín de forma poligonal poco acusada con ocho arquitos cegados de medio punto.

Me marcho de Andosilla cruzando de nuevo el pueblo hasta tomar, a la altura del cementerio, la carretera a Peralta, que es un viejo camino de herradura ahora asfaltado. Desde aquí, la visión del tramo octogonal de la torre, rompiéndose sobre un fondo desdibujado del caserío de Cárcar, es una bella imagen que perdurará en mi retina.

Los primeros kilómetros se hacen monótonos a causa del paisaje parduzco y la soledad que acompaña a los campos del secano en la hora de la siesta. Los cereales están ya segados. Este año sólo ha habido media cosechica –según los labradores siempre descontentos–, que a buen seguro habrá sido cosechica entera.

Cuando la carretera se despega del término andosillano y entra en el de Peralta, discurre entre lomas con almendros, vid, esparragueras, y entre extensas tierras comunales improductivas, bosquecillos de pino carrasco y calveros diseminados por aquí y por allá.

En el término de La Portilla paso de largo por el cruce que lleva a San Adrián. El sol se va haciendo por momentos más justiciero, y los tramos de la carretera más rectos. Este secarral tiene casi la grandeza del desierto. En pocos minutos he llegado de nuevo a Peralta en mitad de una calma chicha.

4. La antigua Alesves

A pesar de la cercanía de Villafranca con Peralta, nunca había estado en este pueblo, que siendo niño y adolescente había divisado tantas veces a lo lejos desde la Atalaya peraltesa y desde Peñalén. Entro con el coche al pueblo por el Paseo de Vadillo. La riqueza arquitectónica de sus alrededores, unida al paisaje de la huerta que desde aquí se divisa, hacen de este paraje urbano uno de los enclaves más admirados de Navarra. Me recreo con lo que se me ofrece a la vista desde este mirador. También diviso en la lejanía al río Aragón, a punto de reunirse con los caudales del Arga. Y como telón de fondo, el farallón de Peñalén.

Villafranca tiene más de 46 kilómetros cuadrados de extensión, distribuidos en el llano, que abarca los terrenos y terrazas inferiores de los ríos; y en el alto, surcado por cárcavas y barranqueras, se alternan las margas con los yesos, en contacto ya con las Bardenas.

El río Aragón conforma el límite por el norte y el oeste, con amplios meandros, como si con ellos quisiera retener un poco más su independencia, a punto de perderla junto al Arga. El encauzamiento realizado en los últimos años, ha dejado sin vida y sin sentido estos meandros. Predominan los cultivos de regadío: cereales, maíz y hortalizas; en el secano se recoge vid y cebollas.

La población de la villa no alcanza los 3.000 habitantes. Su economía pertenece al sector primario. El sector industrial empezó a florecer también sobre la base del anterior. Las primeras noticias documentadas de Alesves datan del siglo VIII.

Desde siempre se había observado que los cereales crecían pobremente en tres terrenos del campo delimitados. Los excavaron y aparecieron mosaicos romanos muy bien conservados. Anteriormente la institución Príncipe de Viana certificó otro mosaico en otra zona del término municipal, donde ya se habían encontrado importantes restos cerámicos de ese tiempo.

El primer mosaico es cuadrado y tiene una superficie aproximada de 66 metros cuadrados. Está realizado con teselas negras, blancas, ocres y rojas. El segundo es rectangular y tiene 30 metros cuadrados. Y el tercero, también rectangular, mide 10 metros cuadrados y se trata del suelo de un pasillo doméstico. Los tres datan del siglo IV y están expuestos en el Museo de Navarra[5].

Los árabes se apoderaron de Villafranca en el año 842. Alfonso I el Batallador la liberó en 1110. Su nombre primitivo era *Alesves*, topónimo antiguo documentado ya en 1204. Sancho el Sabio le concedió el fuero de Pamplona.

Recibió constantes favores de Sancho el Fuerte. Teobaldo I acrecentó su riqueza agrícola, proporcionándole regadíos y molinos. El rey Enrique la aforó en 1271 y Carlos III, en 1416, distinguió a sus moradores con el título de hidalgos por el gran servicio que hicieron al reino.

En el siglo XIV, bandidos bardeneros realizaron incursiones robando ganados y asolando haciendas. Al mismo tiempo, las irrupciones castellanas y las guerras civiles de Agramonteses y Beamonteses contribuyeron al empobrecimiento de la villa. Engrosó el partido de los primeros apoyando a don Juan II, a las órdenes de mosén Pierres de Peralta.

Los hidalgos y vecinos de Alesves se unieron en 1467 para cubrir sin distinción de clases los oficios municipales. Hacia 1529 la villa compró al rey el castillo, el horno y el molino. El año de 1543 obtuvo el privilegio de que sus ganados gozasen del pasto de las Bardenas. En 1630 adquirió de la jurisdicción real los oficios de alcalde, regidores y otros por 3.000 ducados de plata y,

finalmente, en 1717 los completó comprando por 11.000 reales la jurisdicción criminal.

En el siglo XIX Zumalacárregui propinó a la villa y a sus habitantes un duro golpe durante la guerra carlista. Los vecinos trataron de defenderse en la iglesia, pero el jefe carlista optó por prenderles fuego, pereciendo en él gran número de villafranqueses. Parte de los que lograron salvarse fueron fusilados posteriormente en un acto que empañó el buen nombre del general carlista [6]

5. La iglesia de santa Eufemia

La volumetría del templo parroquial es imponente. Su fábrica es de ladrillo. Un bello apiñamiento de múltiples prismas cúbicos y octogonales se articula horizontal y verticalmente.

En la fachada sur se encuentran el pórtico y una esbelta torre barroca, que es revestimiento de otra anterior. Iglesia y torre son del siglo XVII, pero superpuestas a las construcciones góticas del XIV.

El enladrillado de la torre se fundamenta con piedra. Tiene tres cuerpos cúbicos separados por cornisas y otro octogonal, rematado por una balaustrada. Motivos geométricos decoran las superficies, tanto en los basamentos como en los paños superiores.

El pórtico también es de ladrillo sobre piedra. Se compone de dos cuerpos: el inferior, que alberga la portada principal de arco apuntado con cinco arquivoltas apeadas en columnillas de capiteles lisos, y el superior, que embellece al conjunto con una galería corrida. En la fachada norte hay un pórtico secundario con arco de medio punto.

Hoy es Viernes Santo y el interior de la parroquia anda un poco revuelto. El cura, tres mozos y varios monaguillos ultiman los pasos de la procesión. Una monja reza ante el monumento ya apagado.

El interior de la iglesia impresiona tanto como el exterior. Se conserva una capilla dedicada a san Ramón Nonato en el lado de la epístola, que preserva su planta de cruz latina. Los tres tramos de la nave, el crucero y la cabecera, se cubren mediante bóveda de medio cañón con lunetos. Encima del tramo central del crucero monta una cúpula de esquema estrellado, con ventanas de medio punto en los gallones.

A los pies de la nave se levanta el coro, ocupando todo un tramo y prolongando su superficie sobre tribunas laterales de madera. El suelo de la iglesia conserva todavía el entarimado primitivo, que encierra sepulturas seculares.

La decoración abunda en yeserías por las pilastras dobles, la cornisa perimetral y la cúpula. Cartelas, follajes, coronamientos florales, veneras, enmarques, bandas curvas y contra curvas surgen por doquier.

Las pechinas lucen óvalos con los cuatro evangelistas y grandes florones policromados. En la media naranja se concentra la decoración. Golpes de hojarasca en las fajas separan los gallones y el anillo circundante. El arco que sustenta el coro y las repisas de las tribunas laterales tienen cardos delicadísimos y abarrocados roleos.

A los lados de la nave sobresalen las capillas de la Veracruz, del Rosario y de san Francisco Javier. En la primera abundan óvalos con los atributos de la Pasión del Señor, complicados capiteles de retorcidos follajes, ensartos de flores, bandas y otros motivos de época. La capilla del Rosario se abre al templo por el brazo del crucero izquierdo, mediante un monumental arco de medio punto ricamente decorado. Tiene planta central en forma de cruz griega de brazos poco profundos y cúpula gallonada de tambor, apeada sobre pechinas. Toda ella es rica en yeserías. Finalmente, la capilla de san Francisco Javier, frente a las anteriores, es de planta elíptica, lo mismo que la cúpula. Por su trazado neoclásico es señal de que se alzó a comienzos del siglo XIX. Algunas capillas se cierran con canceles del siglo XVIII.

También el retablo mayor y su decoración responden al modelo neoclásico. Un doble banco y un único cuerpo de orden gigante con cuatro columnas de fuste liso y capitel compuesto se rematan en un entablamento con frontón triangular. El ático es curvo sobre un alto basamento.

Santa Eufemia aparece en el relieve central como titular del templo. En los laterales hay escenas de su martirio. El momento culmen de su sacrificio está representado en una escena superior, en la que aparece coronada por los ángeles. Hay además las tallas de san Fermín y san Agustín sobre ménsulas. El ático lo realzan la Asunción y la Coronación de la Virgen, con la Santísima Trinidad y bienaventurados.

Las policromías de este retablo imitan mármoles de colores, reservándose el oro para los capiteles y los motivos decorativos. Delante del retablo aparece un expositor exento con un Cristo del siglo XVI.

Los retablos laterales también tienen cierto valor artístico. Por el lado del Evangelio se encuentra el neoclásico de la Veracruz, con un Cristo yacente y articulado, las imágenes de candelero de san Juan Evangelista, la Dolorosa y la Verónica, más una talla de tamaño natural de Jesús atado a la columna. El retablo de san Isidro es manierista del siglo XVII, con pinturas de la Última Cena y de santa Catalina. El de san Francisco Javier, que es barroco, enmarca un

lienzo del santo navarro predicando a los infieles. Y el de la Virgen de Fátima luce decoración rococó y neoclásica al mismo tiempo.

Por el lado de la Epístola está el barroco retablo de san Esteban con escenas de vidas de santos y tallas pequeñas de devoción popular. El de la Virgen del Rosario se acompaña de relieves de santos dominicos, y en el óvalo central, una pequeña talla del siglo XVI de la Virgen con el Niño, además de otras tallas barrocas. En la misma capilla se levantan dos pequeños retablos, uno barroco y otro rococó, que están dedicados a la Virgen del Carmen y a santa Lucía.

El de san Ramón es un retablo manierista del XVII con varias pinturas, relieves, talla del titular y ático con calvario. Junto a este, un retablo del siglo XVI, llamado del Cristo, está repintado sin gusto y ofrece varias imágenes de estilo popular.

Dos púlpitos barrocos con aparatosos tornavoces se levantan en sendos machones del crucero, uno a cada lado del mismo. El coro da cabida a una sillería de 22 sitiales con arcos y veneras entre pilastras de capitel compuesto. Un órgano con rebosante decoración entona con el lugar.

La sacristía tiene tres dependencias contiguas rectangulares de dimensiones considerables, que se cubren mediante bóveda de medio cañón con lunetos. Hay una vistosa cajonería para los valiosos ornamentos que se guardan en ella, un lavabo de jaspe, variados lienzos, relicarios y tallas enormes enriquecen este recinto [7].

6. Paseando por Villafranca

Cuando, después de mi incursión por la iglesia, recorro de nuevo el Paseo de Vadillo. Desfundo la cámara fotográfica y me dispongo a realizar un reportaje gráfico de los alrededores. En este momento se me acerca un chaval de unos diez años, que estaba entreteniéndose en solitario con la gravilla que hay en el suelo:

- ¿M´echas una afoto?

- ¡Cómo no! Ponte ahí delante -le señalo el pretil del mirador-.

- Me llamo Sergio, ¿y tú?

- Yo, Carmelo.

- ¿Qué hacías escribiendo en la iglesia, que “te visto”?

- Tomaba notas.

- ¿Notas? ¿”Pa” qué?

- Para un libro que estoy escribiendo.

- ¿Un libro?

- Sí, sobre estos pueblos.

- ¿Y haces muchas faltas?

- ¿Faltas, dices?

- De bes y uves y eso…

- ¡Ah! Pues no… Bueno, algunas. A ti no te gusta la escuela, ¿verdad?

- ¡Jobar! ¿Cómo "l´has adivinau"?

- Es que… soy maestro.

- ¡Andalá!

Se coloca donde le he dicho con una pose tan formal que da gusto verle. Y "*le echo la afoto"* que me ha pedido. Después permanece un rato acompañándome agradecido mientras voy realizando los planos fotográficos elegidos.

Como Sergio seguía a mi lado con su cháchara, le prometo que, si me deja solo para poder escribir un rato, le citaré en mi libro. Acepta lo que le propongo y se ríe satisfecho, retirándose.

Ya desde lejos, oigo como grita muy contento a otros chicos: *"M´han retratau".* Yo cumplo mi palabra y le nombro en este libro transcribiendo el diálogo que los dos mantuvimos. Sergio, después de tantos años transcurridos, será ya todo un buen mozo, y quizá un responsable padre de familia.

Al estar cerrado el hostal de la carretera por ser Viernes Santo, como, por puro favor, en el bar Alesves de la Plaza Consistorial. La verdad es que ha merecido la pena que los dueños me hicieran partícipe de su menú familiar, con una advertencia que les honra:

- Nosotros hoy, que es viernes santo, comemos de vigilia.

- Y yo les acompañaré muy complacido.

Hacía tiempo que quinientas pesetas no me habían dado tanto juego: ensalada, arroz a la marinera, congrio en salsa verde, huevos rellenos de atún, pan, cerveza, fruta y café. Después de comer doy una vuelta contemplando el apretado caserío por las estrechas y quebradas callejas de las Rosas, Martínez de Arizala, Carnicerías, la Paja, las Procesiones, Verde y Muro.

Las casonas solariegas más suntuosas están en la plazas Mayor, Nueva y de los Fueros. Son de los siglos XVI, XVII y XVIII. Responden al típico modelo de la

zona: construidas en ladrillo vista amarillo con dos o tres cuerpos más un ático de remate con arquillos abiertos por ventanas. Generalmente terminan con una cornisa en pico antes del tejado, en vez de los acostumbrados aleros de madera. Abundan los blasones de piedra y los balcones volados con rejería.

Una vecina que ve cómo voy retratando cada escudo, me dice que estas casonas poseen magnífica escalera de época, suspendida o agallonada. Pero no tengo ocasión de verlas porque están cerradas.

Arquitectónicamente sobresale el Paseo de Vadillo, donde empiezo y termino mi periplo. Enmarcando el pretil del mirador que domina la vega, se levantan la parroquia de santa Basilisa, el monumental palacio de Bobadilla construido a caballo de los siglos XVI y XVII, y, finalmente, el convento de los carmelitas con su iglesia de la Virgen del Carmen, que está enfrente de la parroquial. Ambos edificios de ladrillo son de la primera mitad del XVIII, aunque responden a un tipo conventual manierista propio del siglo anterior. La iglesia la terminó el peraltés José Peñalba.

Como el tiempo transcurre rápidamente dedico unos minutos a las iglesias del Portal y del Carmen. La primera se denomina así por haber existido junto a ella una de las puertas de la villa. Su sencilla fábrica con planta de cruz latina es de ladrillo del siglo XVI, remodelada en el XVII. En el interior luce diversos retablos de varios estilos: barroco, rococó, manierista y neoclásico. El mayor valor se lo llevan dos tallas de la Virgen María: la del Portal que es romanista, y la sedente de la Virgen del Castellar que es gótica con policromía del siglo XVIII. Dejo para otra ocasión visitar la iglesia del Carmen, porque hoy la encuentro cerrada. En las afueras del pueblo, junto a la carretera de Cadreita, hay una ermita del siglo XVI, pero muy retocada. Es de planta rectangular dividida en cuatro tramos por arcadas de medio punto. Está dedicada a san Pedro.

NOTAS:

1. Otazu Ripa, J. L. Heráldica Municipal, Merindad de Estella, TCP, núm. 268. - Catálogo Monumental de Navarra, II, Merindad de Estella, 1ª parte, págs. 173 y 174.
2. Martínez San Celedonio. *Historia de la Villa de Andosilla*, 1982, págs. 29-100.
3. García Gaínza, M. C. *La escultura romanista en Navarra*, Pamplona, 1969, págs. 248 y 249.
4. Me cuenta al párroco Jesús Labary que valiosas piezas de orfebrería quedaron fundidas por completo por el calor de las llamas del incendio.
5. Mezquiriz, M. A. *Hallazgo de mosaicos romanos en Villafranca*, art. en rev. Príncipe de Viana, núm. 124-125, págs. 177 y 178.
6. Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra, II, pág. 386.
7. Hay un estudio completo con grabados y láminas en *Catálogo Monumental de Navarra*, I, *Merindad de Tudela*, págs. 419-430. - Maria Jesús Lacarra y Dionisio Tobías describen la parroquia en *Historia de Villafranca de Navarra*, de F. M. Martínez San Celedonio, págs. 279-344.

Parroquia de san Julián y santa Basilisa de Andosilla

Los andosillanos en procesión con la Virgen de la Cerca

Parroquia de santa Eufemia de Villafranca de Navarra

Palacio de Bobadilla, en el paseo del Vadillo de Villafranca

CAPÍTULO XX: LEYRE: ORACIÓN, PIEDRA, AGUA Y CIELO

1. Llegada al monasterio

Emprendo viaje al monasterio de Leyre tras recorrer el Roncal, que es el valle más oriental de los Pirineos navarros. Conserva de Ustarroz a Garde, pasando por Isaba, Urzainqui, Roncal y Vidangoz, muchas de sus antiguas y patriarcales costumbres. El río Esca, afluente del Aragón y compañero mío de viaje durante un buen tramo, corre en paralelo a la carretera, alternándose unas veces a la derecha y otras a la izquierda de la misma. Discurre limpio y risueño, como los bosques que lo rodean mostrando sus cien matices diferentes de verde.

Río y bosques me miran; de cerca uno, de más lejos el otro. Los campos de cereales ya cosechados y los árboles que aparecen por doquier mezclan sus olores con el del heno recién dallado. El viaje resulta cómodo y sedante. Tendré que agradecer a este valle alargado, laborioso y campesino, que su estampa de trabajo y tranquilidad me haya adelantado la visión del *"ora et labora"* del monasterio benedictino al que me dirijo.

A finales de la primavera, pasando por Leyre y por el Portillo de su sierra, suben hasta el Roncal los corderos de La Ribera buscando pastos frescos, para bajar de nuevo mediado el otoño a pasar el invierno en las tierras navarras más cálidas. ¿En qué pueblo de la ruta no hay un lugar que se denomine Cañada Real? Si pernocta el rebaño en un término, se tiene derecho al ordeño de las ovejas y a una cuota en metálico. Hoy el transporte rodado y los piensos compuestos, han alterado en parte estas costumbres ancestrales.

Al salir del estrecho valle del Roncal al ancho del Aragón, me viene el recuerdo de los almadieros gobernando sus plataformas de troncos flotantes. Cuando estudiaba Geografía de niño aún se las nombraba en las enciclopedias al tratar la riqueza forestal de Navarra. La presa de Yesa, que remansa las aguas del Aragón a los pies del monte de Leyre, ha imposibilitado la conducción de las almadías por este río [1].

Paso con el coche por Salvatierra de Esca, Sigüés, Escó y Tiermas. En este último pueblo –donde nació el abad de Leyre san Virila–, vuelve la vida a sus calles y casas durante el verano, después de haber estado abandonadas durante años porque las aguas del embalse anegaron sus campos y sus posibilidades de vida.

La sierra de Leyre, o de Errando como también se la conoce, se asoma a mi derecha y sale al encuentro bajo el azul impecable del cielo, que se refleja en el espejo de las aguas estancadas. La crestería de hayas con su verde juvenil contrasta con el verde más oscuro de las aguas. Meses de nieve y de lluvia han ido elaborando en silencio este esplendor que arrebata los ojos del turista.

Llegar al monasterio resulta siempre reposo para el espíritu y recreo para los sentidos. Cualquier navarro siente a Leyre, ama a Leyre, sueña con un Leyre floreciente y cuajado de monjes sabios y santos. Es el primer monasterio de estas tierras, aun antes de alborear Navarra como reino [2].

Quién sabe si amparados en la espesura de estos bosques, o en refugios troglodíticos de la sierra, empezaron una vida de perfección anacoretas vascones, cristianos de san Saturnino y de san Fermín que, con los años, transformaron su espíritu ermitaño por el cenobítico, buscando la paz de esta ladera montaraz.

Aquí se erigió una iglesia en tiempos carolingios que, al poco, fue sustituida por las arcadas de la cripta y cabecera actuales [3]. Tuvo Leyre la emoción de un reducto de fe cristiana frente a la morería. Las huestes agarenas destruyeron la iglesia y el monasterio, pero no su espíritu. Esto sucedió entre los años 995 y 1006.

Y para no desairar a la tradición monástica fue también baluarte de una cultura amenazada, como testimonia san Eulogio de Córdoba en su visita a Leyre en el siglo IX, cuando encontró aquí una comunidad observante regida por el abad Fortunio de *varones muy señalados en el temor de Dios* y una biblioteca extraordinaria. Leyre era ya entonces un floreciente cenobio.

Algunas acciones de los reyes de la dinastía arista se iniciaron aquí, llegando a ser el monasterio *cuna y corazón del naciente reino pirenaico y panteón de sus primeros monarcas* [4].

Recordando estos hitos históricos, he recorrido la carretera bordeando durante todo el tiempo a la derecha el monte bajo del robledal monástico, y orillando a la izquierda las aguas tranquilas del embalse hasta llegar a la presa.

Después de cruzar el barrio nuevo de Yesa y dejar el caserío originario del pueblo con su vieja parroquia, inicio la subida del repecho de la carretera que, en poco más de cuatro kilómetros, llega al monasterio. Ya en la muga de los terrenos monásticos con los municipales, se impone una parada para la contemplación del paisaje. A media ladera surge el alzado de la iglesia abacial entre el ala oeste del monasterio y el palacio real, hoy reconstruido para hospedería.

El conjunto que se avista desde aquí tiene varias tonalidades de color, tenues y fuertes a la vez. Por el norte, a mi espalda, el altivo monte Arangoiti, oscuro y ceñudo, que inicia la sierra. Tres kilómetros de repechos empinados han quedado atrás por el oeste. Hacia el este y el sur brilla la cinta azul, ancha y alargada, de las aguas represadas. Desde aquí, a más de 780 metros de altitud, se otea en lejanía la perspectiva de los montes fronteros, y en medio de ellos, el de

Sos del Rey Católico a mediodía. Es un nido de piedra histórica en el acontecer aragonés del siglo XV [5]. Hacia el ocaso, la sierra de Ujué difumina las nieblas con la duda de si es un extremo del cielo o una escala de la tierra hacia él. Por el sol naciente están la Canal de Berdún y el monte Oroel. Éste cobija a Jaca y a la mole pétrea de San Juan de la Peña, el monasterio homónimo de Aragón, replica del de Leyre en Navarra.

Poco a poco, como en unos planos cinematográficos encadenados, se van ampliando detalles panorámicos mientras avanza el coche por la llana carretera de la ladera que bordea los terrenos de san Cristóbal, donde hubo un monasterio paralelo de monjas benitas [6]. Un desvío del trayecto, que defiende la clausura monacal de la invasión del turismo, oculta el cementerio monacal, cobijado bajo "*la Porta Speciosa*" de la iglesia abacial. Terminada la subida, la lozanía de unos recientes plataneros silvestres alegra y da sombra a la explanada norte, a la vez que contrasta con el arbolado autóctono de encinas y robles.

El suave desnivel del terreno armoniza con las curvadas líneas de los ábsides; la altivez románica de la torre con el juego de los ángulos de la piedra dorada; el oro viejo de la arquería de ladrillo del ático del monasterio con el marrón oscuro del alero aragonés: y el gris crudo de las lajas del tejado de la cabecera de la iglesia con el entreverado de las tejas de los restantes edificios. Todos los colores oscilan del oro al cobre.

La Plaza de los ábsides es otro mirador incomparable para completar la primera visión obtenida desde la muga. Contemplando las aguas que lamen la ladera del robledal, los ojos se cuajan de pinos repoblados y de retoños naturales de los robles que fueron roturados para conseguir nueva tierra de labor.

Apoyado en la barandilla alargada que cierra esta explanada, se siente a partes iguales el aura secular de la sierra y el frescor más reciente de las aguas del embalse, que facilitan la contemplación al visitante cual si de otro Virila se tratara. A continuación, me siento dentro del coche y escribo:

"El hielo de mi alma se rompe a tu vista, el viento amaina a mi llegada y siento que el ruiseñor del contemplativo abad difunde, al verme, sus seculares trinos por fuentes, trochas, cañadas, hayedos robledales y encinares.

Leyre eres siempre rítmica salmodia entre las piedras y soplo del espíritu en llamas que hoy, fiesta de Pentecostés, percibo flamear entre negras cogullas monásticas en el canto de las Vísperas:

¡Sea alabado el nombre del Señor!
¡Démosle gracias por sus obras!
¡Cantadle un cántico nuevo,
porque Él ha hecho maravillas!

Así te alaban también mis labios en el rezo de los salmos, mientras el canto gregoriano de los monjes benitos, desde el coro, siembra, riega y recolecta para todos los hombres alabanza a Dios, amor, trabajo y paz".

2. Fortaleza de hayas y de robles

Siempre he admirado al poeta navarro Víctor Manuel Arbeloa. Sé que ama a Leyre tanto como yo. En mis visitas al monasterio he coincidido algunas veces con él. Por eso me complazco en incluir en este apartado, con su permiso implícito, unos bellos párrafos suyos que tratan sobre aspectos histórico-artísticos legerenses, porque su atinada pluma expresa mucho mejor que la mía el sentir legerense.

Aunque no tengo más remedio que recortar sus palabras para no alargarme demasiado: […] Huyendo de las invasiones musulmanas de los siglos IX y X, reyes y obispos de Pamplona se refugiaron aquí. Durante muchos años y hasta finales del siglo XI el obispo de la sede navarra fue al mismo tiempo abad de Leyre.

Refugio y panteón de los reyes navarros, centro político y religioso del Reino, favorecido con ricas donaciones sobre todo por el rey emperador Sancho el Mayor, a la vera del nuevo camino de peregrinos que por Somport (summus portus) se dirigían a Compostela, Leyre juega un papel precursor y singular en nuestra historia.

Nos lo dicen estas enormes piedras rojas oscuras, esta decoración simple y elemental, estos capiteles toscos madurados de volutas, bulbos, margaritas y florones invertidos, que nos recuerdan a las más antiguas iglesias prerrománicas del norte de España.

Tal vez comenzó estas obras nuestro rey Sancho el Mayor. Lo cierto es que presidió, el año 1057, la solemne inauguración su nieto Sancho el de Peñalén, rodeado de obispos, señores y abades de los obispados, monasterios y lugares cercanos. Y si difícil es adivinar la iglesia anterior del siglo X, tampoco es fácil asegurar qué parte del templo consagró en 1098 el abad Regismundus, en presencia de Pedro Sánchez I y de la flor y nata del monacato por un lado y otro de los Pirineos.

Los reconstructores cistercienses, los "blancos" de las innumerables reyertas posteriores, voltearon una cubierta arriesgada y audaz y echaron al viento de la historia del arte religioso una nave aérea y firme que iba a surcar muchos siglos de existencia.

Hoy sigue tan esbelta como antaño, apoyada en el codo del arbotante; la espadaña, aguileña, y las inminentes claves heráldicas, por donde trota el caballo, símbolo del monasterio, con los cascos y la espada. ¡Es tan bello el pequeño desajuste arquitectónico románico-gótico, negro-blanco, indígena-francés!

La torre románica, aún con nieve, pone paz y equilibrio y suelta de vez en cuando un manojo de palomas blancas que ahuecan y ablandan el aire duro del invierno.

Llego por fin a la puerta principal o "Porta Speciosa" alborotada de años, colores y matices dentro del arte de la peregrinación. Cristo y la Virgen, ángeles y santos, pájaros y peces, reptiles y cuadrúpedos, monstruos y mascarones, hombres y mujeres, flores y frutos, matraces y zapatos: el mundo medieval hecho símbolo, lección y aviso.

¡Esos ojos ciegos con luz de siete siglos, y ese abrazo de María a Isabel, descabezadas y tan hermosas con manos y piernas como palmas!

Guerras, saqueos, exclaustraciones, trajeron a Leyre la ruina y la desolación. Pero los Madrazo, los Iturralde y Suit, los caballeros de la Comisión de monumentos, los Oyaga, y tantos otros salvaron a Leyre de la desolación y la ruina.

La Diputación Foral se volcó en su ayuda desde que en 1954 puso en manos benedictinas el futuro del monasterio. Hoy Leyre es un sitio digno, bello, laborioso y acogedor […]" [7].

Los matices del paisaje que acabo de contemplar desde la Plaza de los ábsides, se condensan y subliman en este no menos bello poema que las líneas anteriores del mismo Victor Manuel Arbeloa. Me relajo declamándolo al viento porque lo sé de memoria.

A Leyre

Fortaleza de hayas y de robles,
de la niebla, los vientos y la lluvia,
del silencio de Dios que habla en las cosas,
aquí buscaron techo y consistencia
los obispo y reyes de Pamplona.
Aquí cuajó después
el Reino de Navarra,
nido de libertad que iban buscando,
siguiendo las orillas de los ríos,
los rudos invasores musulmanes.

Cerca pasó y a veces se detuvo
el Camino real a Compostela,
por donde vino
la Europa medieval
con el arte francés, el canto llano,
el hambre de perdón, el miedo endémico,
el sueño de unidad y paz perpetua.

A ti retorno, Leyre milenario.
Amo tus nieblas, vientos y celliscas.
Miro tus piedras rojas y estaciones.
Me subo al árbol de tus capiteles
donde florece lento
el fruto de la historia.
Me acerco al buitre, al gavilán y al águila
por cañadas de ovejas y soldados.
Toco la encina en siglos retorcida.
Sigo los rastros de los jabalíes
que hace diez siglos
se encaramaron en los modillones.
Y si el ensueño borra mi memoria
me sale Fray Virila en un recodo.

Amo tus soles fríos y tus nieves.
Me amansa el río en lago adormecido.
Tu luz me borra todas las fronteras.
Me hundo en la altitud de la plegaria
donde el dulce latín se va hasta el cielo
por el remanso azul del gregoriano.

Aquí se hace ventarrón y piedra
el silencio de Dios que habla en las cosas,
que habla en los hombres y en sus aventuras
y suena aquí con voz de doce siglos [8].

Junto a mi voz, el eco de los siglos se pierde entre las hayas esbeltas de la crestería de la sierra y los pinos que, subiendo desde Bigüezal por la otra vertiente, se asoman al acantilado serrano para hermanarse con las encinas retorcidas y los robles centenarios de la ladera monástica.

3. La cripta y la iglesia abacial

Visito brevemente la cripta por enésima vez. Me la conozco de memoria y la puedo recorrer con los ojos cerrados. No obstante, acciono mediante una moneda el dispositivo eléctrico que ilumina por unos minutos esta tosca delicia de un prerrománico exclusivo de Leyre.

Accedo a ella por su angosta poterna enmarcada bajo tres arcos de medio punto con grandes dovelas desiguales. No se edificó con fines funerarios, como era lo habitual en otras criptas, sino para salvar el desnivel del terreno y edificar sobre ella la base de la cabecera de la iglesia.

Fustes cilíndricos de poca altura sostienen unos capiteles gigantescos de diferentes formas con decoración muy sencilla a base de temas geométricos y vegetales, proporcionando al conjunto una sensación rara, dando la impresión de peligrar el equilibrio arquitectónico. En estos capiteles se apoyan arcos de medio punto, fajones y formeros.

Inicialmente la cripta iba a tener tres naves, las mismas que la cabecera a la que sustenta, pero el constructor optó por dividir la central en dos, quizá buscando mayor seguridad.

Su planta es casi cuadrada con muros de grandes sillares y bóvedas de cañón seguido. A pesar de las cuatro naves solo tiene tres ábsides, que al exterior no se diferencian de los de la cabecera de la iglesia superior, formando con ellos un todo armónico.

Paralelo a la cripta, pero sin comunicación con ella, hay un pasadizo por el que los monjes del primitivo monasterio ubicado al norte, salían al exterior. Hoy es una especie de capilla alargada en la que los monjes han colocado al fondo una bella efigie del abad san Virila, que vivió en este monasterio entre los años 880 a 930.

Esta es la cripta legerense, que ya prepara los ojos para la contemplación posterior. Son toscos sus capiteles desiguales con mil años de un románico primitivo, o prerrománico como llaman otros a estas piedras monolíticas, extraídas de la sierra vecina, veteadas con ocres colores y labradas por un doble cincel, el metálico y el de la salmodia.

Es la gran sorpresa con que se encuentran turistas y peregrinos después de contemplar los verdes y centenarios hayales, robledos, encinares, pinares y bojedales de las cercanías.

Esta monacal cripta, que compensa el desnivel de la ladera a la hora de construir la iglesia, escuchó las plegarias mozárabes de los primeros monjes

navarros, y por navarros hispanos, en los siglos de la edad antigua y del alto medievo.

Mientras las aguas, remansadas en el estanque, reflejan el azul añil intenso del cielo, se cuela entre los capitales ciclópeos un airaz silbante que me invita a abandonarla.

En la iglesia superior, aparecen dos partes bien diferenciadas: la cabecera con dos tramos, tres ábsides correspondientes a sus naves de muy desigual anchura, cubiertas con toscas bóvedas de cañón, y una amplia nave de muros románicos, pero que voltean una bella crucería gótica.

Esta iglesia posee seis puertas. Por el lado norte se abre una sencilla y estrecha poterna junto a la cabecera que comunica con la hospedería, otrora palacio real.

Hay otra entrada más amplia con fustes, capiteles y arquivoltas prerrománicos, que daba al claustro, hoy desaparecido, del primitivo monasterio.

Por el lado sur, también en la cabecera, está la puerta que comunica con la actual sacristía, rasgada en uno de los dos arcosolios que cobijaron durante siglos las arquetas con los restos de los primeros reyes de esta tierra.

Ya en la nave, hay una cuarta puerta sin mérito artístico alguno sino todo lo contrario, que rompió el muro sur cuando se construyó el nuevo monasterio y por la que se accede a la regia escalinata de san Bernardo por la que entran los monjes.

En ese mismo lado se abre la que da acceso a la actual capilla del Santísimo y de las santas mártires Nunilo y Alodia, Patronas del monasterio. Al principio era una entrada lateral a la iglesia románica desde el exterior antes de construir el monasterio nuevo. Ostenta un crismón en el tímpano, fustes, arquivoltas y capiteles sencillos, al estilo de los que se ven en otras portadas de la ruta jacobea.

Finalmente, al oeste, está la "*Porta Speciosa*", o Puerta Principal, con su bello parteluz, situada en el hastial a los pies de la iglesia abacial. Se accede a ella por una corta escalinata.

Como ha quedado descrita más arriba por la bella prosa de Víctor Manuel, evito repetirme. Protegen la labra de sus piedras algo estropeada por la erosión del viento, de la lluvia y de los hielos exteriores, unos breves muros laterales modernos, que sustentan un tejadillo con idéntica finalidad.

Al interior de la iglesia, un fuerte cancel de sólida madera, defiende el ambiente del frío exterior, al tiempo que sustenta los grandes tubos del órgano.

En mitad del muro de la nave recayente al norte, bajo un arcosolio defendido por una artística reja del siglo XIV, reposan en un severo arcón modernista los restos de los primeros reyes pamploneses. Aquí esperan la resurrección quienes con sus fueros y dádivas consolidaron la vida monacal en san Salvador [9].

Una sillería, con moderna taracea incrustada y nada acorde con la severidad de la cabecera, constituye el actual coro monástico que ubica sus sitiales a los dos lados del altar, entre los arcos divisorios de las naves.

Los antiguos sitiales corales de Leyre, durante muchos años recogidos en la iglesia de Santiago de Sangüesa a partir del abandono del monasterio por la desamortización, han vuelto al monasterio, recobrando hoy su lugar y uso en la sala capitular de los monjes.

La piedra del altar mayor de la iglesia es monolítica y rectangular. Aparece sustentada por dos bases pétreas diferentes, también muy antiguas. Este conjunto estuvo con anterioridad en la cripta.

Una moderna imagen de la Virgen con el Niño en brazos desde un esbelto pedestal pétreo en el centro del ábside, preside la oración coral de los monjes. Presidencia que debiera ostentar, según mi humilde parecer, San Salvador, titular de la iglesia y monasterio.

La nave está amueblada con bancos corridos para los fieles que, aunque de moderna factura, van acordes con las exigencias artísticas y sobrias del lugar.

Esta cabecera primitiva y la nave de elevada ojiva gótica han acompañado durante siglos a comunidades de monjes, primero negros y después blancos, benedictinos y cistercienses, hijos del mismo padre san Benito.

Teobaldo I (1234-1258) introdujo en el monasterio a estos últimos, los bernardos, sin imaginar las luchas mantenidas durante casi una centuria con los benitos por la posesión del mismo.

Desde 1954, después de más de un siglo de abandono tras la desamortización de Mendizábal, el rezo de las horas canónicas en Leyre son de nuevo un privilegio para Navarra.

Muchos subimos a este monte a escuchar el canto gregoriano y a unirnos a los monjes desde nuestro silencio orante.

San Virila, abad histórico del cenobio legerense, que la leyenda lo describe meditando embelesado mientras oía el gorjeo de un ruiseñor durante doscientos años en la fuentecilla del monte cercano, que fueron para él un pequeño rato, nos demuestra que mil años gozando de la presencia de Dios, hacedor de las criaturas, será para nosotros un día eterno.

4. *Peralta y Leyre*

A principios de la décima centuria el rey Fortún Garcés se retiró a Leyre para terminar sus días como un monje más. Su sucesor, Sancho Garcés I, engrandeció el reino de Pamplona avanzando hacia el Ebro y conquistando varios castillos a ambas orillas de ese río. Entre ellos los de Cárcar, Resa, Funes y Peralta[10].

En el siglo XI Sancho Garcés III, llamado *el Mayor* por la Historia, gran mecenas de Leyre, incrementó considerablemente los bienes del monasterio con molinos, casas y viñas recién ganados a los moros de Nájera, Peralta y Falces, en agradecimiento a san Salvador por las victorias obtenidas.

Posteriormente Sancho Garcés IV, el de Peñalén, que consolidó el dominio de las tierras ganadas a los moros, presidió en 1057 la solemne consagración de la iglesia de Leyre en presencia del monarca de Aragón Pedro I, de obispos y abades, como ya ha quedado dicho. Recogido su cuerpo del barranco de Peñalén donde fue despeñado -que por eso se llama desde entonces Barranco del Rey-, dice la tradición que lo subieron a enterrar a Leyre donde estaban sus mayores [11].

Pero no solamente los reyes del medievo favorecieron al monasterio de San Salvador, importantes caballeros y damas distinguidas del reino pirenaico acrecentaron con sus donaciones el patrimonio legerense, que llegará a contar con numerosas posesiones [12]. A lo largo de los siglos algunos peralteses ascendieron por el valle del Aragón para profesar aquí como monjes. ¡Cuántas cabalgadas de Peralta a Leyre, y viceversa, de monjes y pecheros, defendiendo el tributo de las cosechas, sobre todo en años de escasez, cuando el hambre atenazaba a los labradores! Hubo años en que los labriegos peralteses no podían pagar la pecha de abadengo a su señor, el abad de san Salvador.

A partir del siglo XVII es unánime y constante el interés de los monjes de Leyre por desprenderse de sus posesiones peraltesas. El monasterio ve mermarse el número de los miembros de la comunidad y opta por replegarse en sí mismo, explotando solamente las fincas más próximas.

Por eso hicieron bien los mojes bernardos de Leyre del siglo XVIII de permutar los campos peralteses junto al Arga por otros junto a los ríos Irati y Salazar. Se impuso un lógico criterio de rentabilidad para las múltiples posesiones alejadas de Leyre. La escasez del número de monjes y la distancia contaba en ello.

En 1766 se vendieron las heredades que poseían en Peralta porque no las podían controlar con la eficacia necesaria. Además, los renteros negaban a veces la especia o su precio en dinero. Con el producto de la venta de los campos

peralteses compraron otros en los pueblos de Liédena, Lumbier y Salinas, más próximos al monasterio [13].

El último de los abades perpetuos de Leyre, antes de ser los cargos cuatrienales, fue el cisterciense fray Antonio de Peralta y Mauleón (1414-1652), natural de Corella, profeso de Fitero y de ascendencia peraltesa.

El prohombre peraltés Juan Bautista de Irurzun, que con sus recursos posibilitó la fundación del Seminario Conciliar de Pamplona en el siglo XVIII, tuvo un hermano monje profeso de Leyre, el padre José de Irurzun, también natural de Peralta. A éste y al monasterio encarga Juan Bautista en su testamento que se recen misas por el eterno descanso de su alma [14].

A principios del siglo XIX todavía percibía el monasterio algunas rentas de Peralta en frutos decimales y en dinero [15]. Ojalá que en el siglo XXI se hermanasen de nuevo en lo espiritual, como lo estuvieron antaño en lo material estos dos centenarios lugares de Navarra: Leyre, renacido corazón espiritual del reino y Peralta, antigua baronía de reyes y magnates, cuya vida discurre actualmente con gran pujanza material. La villa peraltesa ya ha tomado la iniciativa dedicando una de sus nuevas calles al monasterio legerense.

5. Al Cristo gótico de Leyre

Poema escrito en el otoño de 1997, al cabo de más de treinta años de mi primera visita al monasterio de Leyre.

Aquella tarde cálida de verano
-un fuerte airaz silbaba entre las vigas de cemento-,
cuando te hallé en el desván de la iglesia abacial,
de este mi querido monasterio de Leyre.
Cristo mío, de parda y rota efigie,
recubierto estaba de añosos yesos tu cuerpo,
olvidado de todo artificio, sucio y deteriorado.

Tus cabellos y tu rostro pintarrajeados
de desvaídos colores a un tiempo que lívidos,
entre un doliente gesto humano
y una faz de plácida calma.
Apareciste a mis ojos sorprendido,
roto y desclavado de una cruz de pino,
tirado por el suelo junto al madero carcomido.

Viejo tronco retorcido,
durante más de cien años sagrado y respetado

en las anochecidas frías de otoño
por la hoguera trashumante
de la cañada ribero-roncalesa,
que calentaba el dormitar de los pastores
al rescoldo agradecido de la cripta.

Tras reponerse mi vista y mi ánimo
de tan sorprendente aparición,
te recogí hecho pedazos
entre mis flacos brazos.
Y llevé tus leñosos despojos
a un rincón del claustro bajo
para curar tus maderas al tiempo que adorarlas.

Raspé con el mimo de mis manos
tus costillas e ijadas escuálidas,
te lavé trozo a trozo en la fuente de las Vírgenes,
encolé con pericia de ebanista
tus maltrechos miembros recompuestos,
encerándolos con perfume de cera de las abejas
que enjambran colmenas en la sierra de Errando.

Con idéntico amor -yo pensaba-,
dos mil años antes las mujeres de tu Gólgota
embalsamaron, ya muerto, tu cuerpo,
alanceado, masacrado y deshecho,
sobre una losa rosácea de alabastro
y lo besaron entre lágrimas de pena,
antes de introducirlo en un sepulcro de piedra.

Clavé amorosamente tus pies y manos
en los dos tramos originarios del pino,
exponiéndote a la devoción de monjes y peregrinos
en la desnuda pared que da al norte
del multisecular templo legerense,
pétreo corazón románico-gótico del viejo reino,
cargado de centurias que sobrepasan el milenio.

Así fundí en amoroso y laborioso quehacer
el "*ora et labora*" cual hacen los benedictinos.
Hoy, más de treinta años después -casi un éxodo-,
te he reencontrado como por milagro
en el destartalado desván de mi alma
entre los escombros de una vida sin sentido.
Pero, ¿quién a quién ha hallado el otro?

Y al tener tus manos a la cruz clavadas,
como las dejé yo tras restaurarte,
han sido otras las manos, que por tu encargo,
han raspado mis yesos de pecado,
y las mil adherencias postizas acumuladas
a la obra primigenia de aquel ingenuo adolescente,
lustrándome con el barniz indeleble de tu gracia.

Busco en tu perennidad incesable
mi pasado irreversible y mi contingencia futura…
El bautismo, la confirmación, el matrimonio,
penitencias y eucaristías repetidas
han conseguido rescatarme ileso a la vida,
cual nuevo Jonás del vientre de las tinieblas:
de repente he comprendido tu abrazo inesperado.

¿Quién me ha vuelto hablar de amor a Ti,
sino Tú y solamente Tú?
¿Quién me ha resguardado junto a Ti,
sino tú y tu misericordia?
¿Quién ha recorrido vericuetos intrincados,
mil callejones sin salida,
sino tú y tu llamada y búsqueda constantes?

¿Qué ojos han sido los que me perseguían,
y que yo constantemente rehuía,
sino los de tus dulces miradas?
¿Quién está lavando los pintarrajos que hay
entre las laceradas grietas de mi cuerpo
y de mi desasosegada alma,
sino la sangre de tus gloriosas llagas?

¿Quién ha transformado todo mi ser
estando de Ti tan alejado,
sino tu gracia santificante,
mi Cristo gótico de Leyre,
a un tiempo que plácido,
paciente, doliente y dolido?
Por eso te beso hoy, agradecido.

6. Leyre siempre

Al salir de la iglesia abacial me tienta la escalada a la sierra. Inicio la andadura por la carretera abandonada que termina en las canteras. Vale la pena proseguir monte arriba hasta el alto del Portillo. ¡Qué pena que ya no sea tiempo de fresas silvestres!

La imaginación popular ha dado nombre a los caprichos que la naturaleza ha forjado aquí en la piedra: *Peña mayor, Chimenea, Castillar, Pico del águila, Peña agujereada…*

Al bajar de la sierra, y antes de marcharme definitivamente del monasterio, me despido de los monjes, que me invitan a que vaya por el camino privado del robledal para ver cómo ha quedado después de haber sido asfaltado. El paisaje cambia por esta ladera roturada de cereales y de pastos.

La fachada de los ábsides va disminuyendo su románica grandiosidad dorada conforme mi coche desciende poco a poco hasta el embalse. La *Porta Speciosa*, la que mira hacia poniente, se convierte entre pinos en el último vestigio del monasterio a mi vista cuando el coche, ya en la carretera general, devora kilómetros camino de Pamplona, mientras voy paladeando con añoranza las vivencias tenidas cabe los monásticos muros legerenses.

En el siglo XIX los monjes de Leyre, como tantos otros monjes y monjas de España, fueron expulsados varias veces de su monasterio por leyes laizantes y sectarias, aunque lograron volver de nuevo, hasta que la tristemente célebre Desamortización del ministro Mendizábal, dejará a Leyre huérfano de los monjes bernardos. Al estar el monasterio en la soledad de la montaña, a cuatro kilómetros de Yesa, el pueblo más cercano, el abandono fue total.

Después del secular esplendor de su vida monástica en el medievo y de una larga decadencia en la edad moderna, acabó siendo una ruina casi irrecuperable.

Pero se obró un doble milagro: la restauración de sus muros materiales y el resurgimiento de la vida espiritual con nuevos monjes, por obra y gracia de varios prohombres: escritores, políticos y periodistas, quienes propiciaron esta restauración y resurgimiento, directa o indirectamente: Madrazo, Iturralde y Suit, Lacarra, Iñiguez, Tomás Domínguez Arévalo conde de Rodezno y los diputados Marco, Huarte y otros.

Destaco de manera especial a los dos sacerdotes Oyaga, tío y sobrino, párrocos de Liédena, al obispo de Pamplona Marcelino Olaechea, a los abades de Santo Domingo de Silos Isaac Maria Toribios y Pedro Alonso, al abad de Solesmes dom Jean Prou, a los tres primeros priores de Leyre: Mariano Bravo, Luis María de Lojendio y Pablo Hurtado,

El primer abad una vez restaurado por Roma el histórico rango abacial fue Augusto Pascual, al que le han sucedido los abades Luis María Pérez y Juan Manuel Apesteguía. Éste último es el primer navarro en el rango abacial después de la restauración.

Cuando se ha conocido el monasterio de San Salvador, uno vuelve a él cuantas veces puede. Leyre es un bello paraje en las cuatro estaciones del año.

Hoy, como en el lejano ayer, Leyre es de nuevo solar de oración litúrgica, de plegaria personal, lugar de laborioso trabajo intelectual y material, fuente de paz, aval de estética, reserva artística y arqueológica, descanso del peregrino jacobeo, amparo para cuantos buscan en su hospedería monástica retiro espiritual y sosiego para el alma.

Durante los días del 13, 14 y 15 de septiembre de 2002, en una visita detenida a Leyre, escribí:

Regreso a Leyre

Con los últimos soles del verano
vuelvo a este Leyre añorado,
multisecular monasterio
en plena sierra de Errando,
entre bosques centenarios
de pinos, encinas y robles…
Y encuentro aquí, una vez más,
a un abad y a unos monjes
como siempre ocupados
en la orante alabanza.

Leyre es más que una realidad
de naturaleza y de estética
en un enclave milenario
de hechuras románico-góticas:
tierra, piedra, agua y cielo
durante siglos remansados.
Leyre es garantía perenne de paz
para el alma que la busca,
mientras del coro monacal
nacen melismas gregorianos.

La salmodia litúrgica,
sobrevolando las arcadas
de la iglesia abacial
suena a melodía angélica:

es la única y pura verdad
del hombre que va tras ella
debatiéndose en la duda
–como Virila en la fuente–,
entre el mundo en el que vive
y la eternidad que ansía.

Leyre es un paraje bello en las cuatro estaciones del año. Pero tiene un encanto especial cuando la nieve deja caer sus albos copos sobre el cenobio y el paisaje, aunque esto suponga unos cuantos días de mayor aislamiento del mundo para los monjes, como ha sucedido en más de una ocasión. Estando en Leyre durante la Navidad del año siguiente, me sorprendió una copiosa nevada, y compuse ante tan blanca visión:

Blanco concierto

A suave melodía de notas blancas
suena la plácida nieve que cae
entre salmodias benedictinas
y monacales cogullas negras:
es la natural sinfonía del amanecer
en la Navidad siempre nueva
del real cenobio de Leyre.
Sobre las lajas de los ábsides,
en las recuperadas piedras doradas
de la secular torre románica,
junto a los bronces sonoros
–que al Prior gusta tañer–,
y por la grácil espadaña
caen copos cantándole nanas
al niño Dios que al alba nace.

Neumas, tropos y melismas,
Laudes matutinas gregorianas
resuenan en las pétreas ojivas
de la esbelta nave abacial,
y compensa al frío de la iglesia
el fervor matinal de esta liturgia.
El talud del bosque en la ladera
con bojes, robles y encinares,
la cima prolongada de Errando
con pinos y hayedos seculares,
de las aguas su cristal estancado

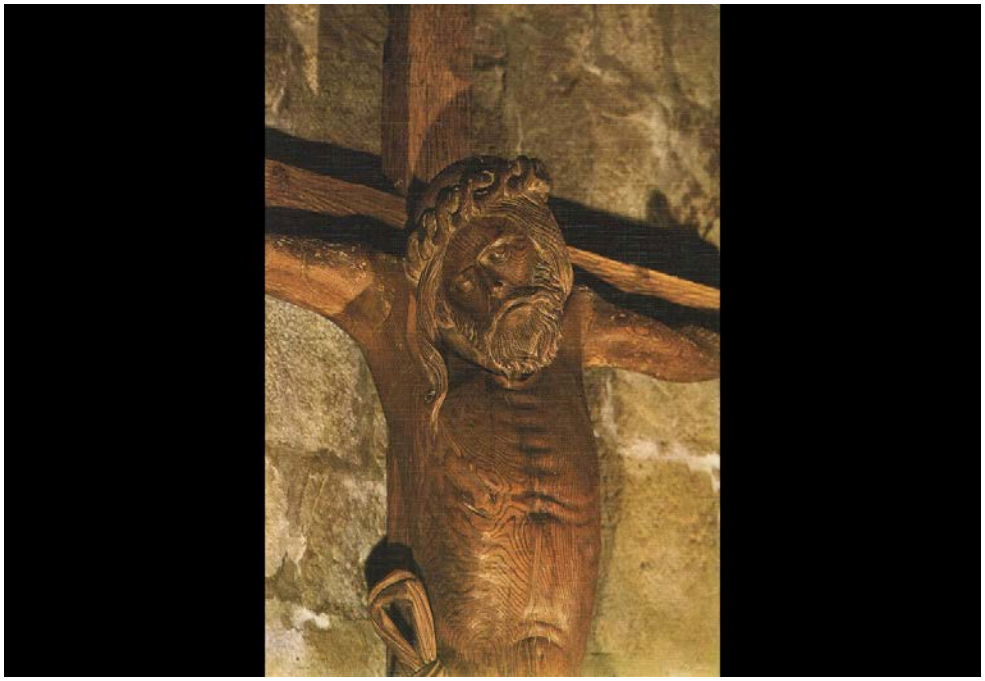
con reflejos de cielos pirenaicos,
mutan por un hábito níveo,
el verdor de sus hojas perennes
ateridas por este sayal cándido.

NOTAS:

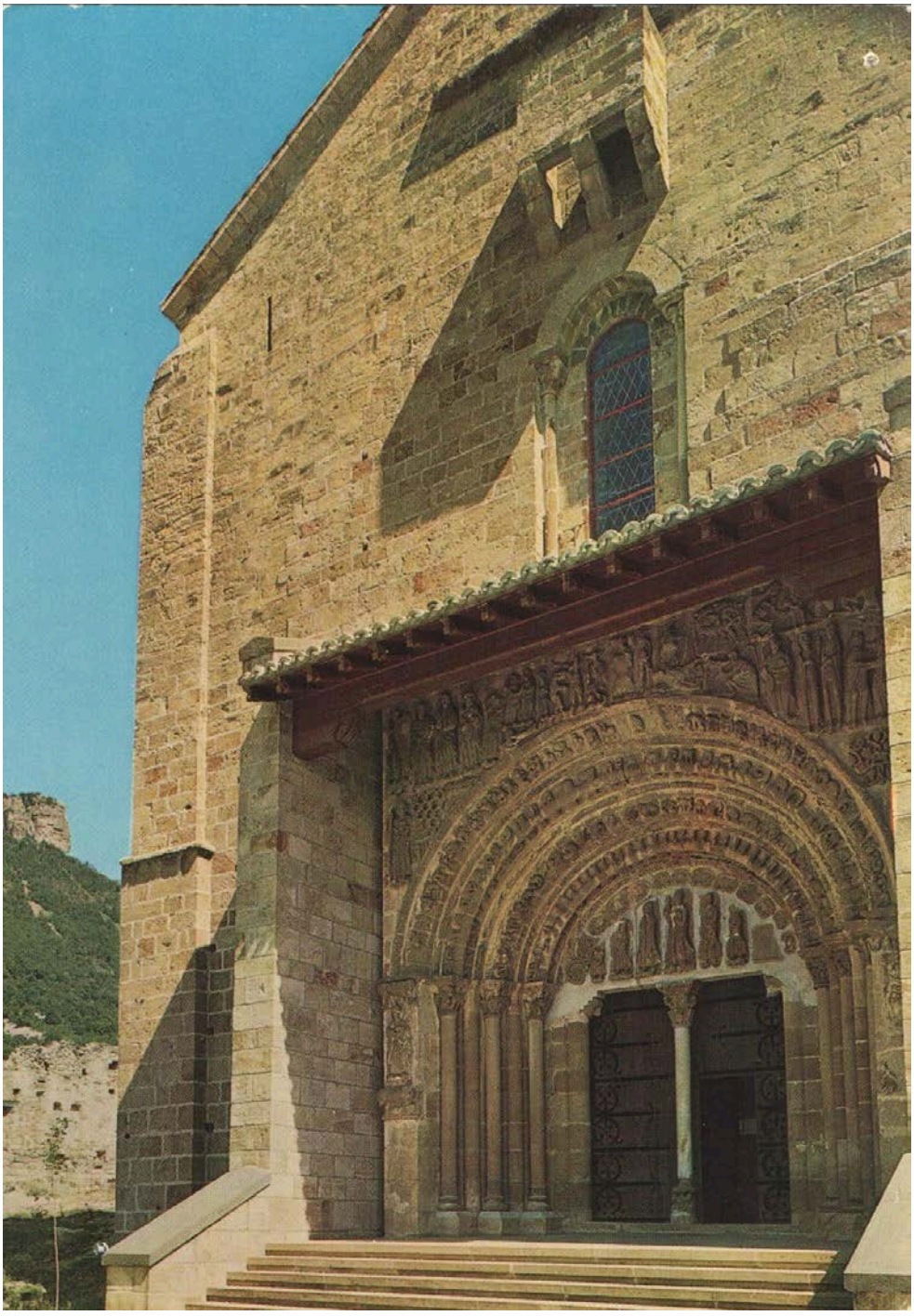
1. Aunque el Diccionario de la Lengua Española define en su 22ª edición el sustantivo *almadía* como barca *en que pasan hombres o animales* y *canoa o embarcación de remo*, y sin embargo el nombre *armadía* como *conjunto de vigas o maderos unidos con otros en forma plana para poderlos conducir fácilmente a flote*, en Navarra se ha empleado siempre la voz primera, o sea la de almadía y su correspondiente de almadiero, con el significado que da el Diccionario para armadía.
2. Iturralde y Suit, basándose en un legendario Cronicón, remonta la antigüedad de Leyre al siglo IV: *Historia del Monasterio de Leyre*, vol. IV, cap. I, pág. 299. - Carlos María López, en *Leyre, Historia, Arqueología y Leyenda*, pág. 13, recoge el año 842 como fecha del primer documento de Leyre, pero ya se hace referencia en él a una época anterior. - Ramón Molina en *Leyre*, pág. 9, aduce la carta de san Eulogio de Córdoba al obispo Wilesindo de Pamplona en el año 851 como la primera noticia documentada sobre Leyre. En esta carta el Santo cordobés dice que el monasterio es un emporio espiritual y cultural importante.
3. López, Carlos María, ibíd., págs. 13-14.- Molina, Ramón, ibíd. p. 20.
4. Molina, Ramón, ibíd., pág. 56. Recoge las últimas críticas a la nómina de los enterramientos reales legerenses.
5. Aquí nació el rey Fernando el Católico.
6. Tal ubicación está documentada desde el año 976. En 1450 se marcharon a Lisaba y de allí a Lumbier. Finalmente han construido un nuevo monasterio en Alzuza, cerca de Pamplona, donde hay una floreciente comunidad de mojas benedictinas.
7. Arbeloa, Víctor Manuel, *Por Navarra*, I. *De Leyre a Mañeru*, págs. 12-14.
8. Ibíd., págs. 15-16.
9. Varios diplomas de privilegios y donaciones reales al monasterio, de los siglos X y XI, dan como razón de los mismos *el perdón de los pecados de nuestros padres, cuyos cuerpos descansan en el cenobio.* Cf. Molina, ibíd., pág. 56.

10. Lacarra, J. Mª. Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés, en Estudios de Historia de Navarra, cap. III, págs. 53-88.
11. Aunque la tradición dice que su cuerpo y el de su esposa Placencia están en el monasterio legerense, se ha comprobado que fueron enterrados en Nájera. Cf. Molina, ibíd., pág. 56.
12. En el año 1095, Oria Aznar y sus hijos Jimeno y García Fortuñones, posiblemente descendientes de la dinastía Jimena, le dan a Leyre dos monasterios: el de san Pedro de Abáiz en la Valdonsella y el de san Cristóbal de Legarda en Ilzarbe. El primero con sus diezmos, primicias, oblaciones y pertenencias –entre ellas una viña en el término de Eslava, lugar de Cacailueta–, más el diezmo del pan y el vino del palacio de dicha villa y del de Martés, además de un huerto en Funes que fue del monje Fortún Muñoz. El segundo monasterio donado con sus posesiones, una viña en Gorráiz y el diezmo de su palacio de Legarda. Jimeno Fortuñones añade el diezmo de su palacio de Peralta: *Et ego predictus senior Eximino Fortuniones dono in castello Petralta medietatem decimarum de tota radice de meo palatio quod ibi habeo, in pane et vino et in ortis*. Cf. Martín Duque, Ángel J. *Documentación medieval de Leyre (siglos IX-XII).* Diputación Foral de Navarra, I, Príncipe de Viana, Pamplona, 1983, doc. 148, pág. 213. - Cf. también Goñi Gaztambide, J. *Catálogo del Becerro antiguo y del Becerro menor de Leyre*, rev. Príncipe de Viana, 1963, núms. 92 y 93, págs. 26 y 174. - Archivo Histórico Nacional, Leyre, caja 1.405, núm. 10 (B), cod. 73, fols. 29v-31v, cód. 93, págs. 221-224. - AGN, B. Ant. L., págs. 47-50 (C). – Leyre, leg. 12, núm. 233-238. - B. Men., L, págs. 257-262.
13. Molina, Ramón, ibíd., pág. 35.
14. El 9 de septiembre de 1765 el monasterio recibe el encargo de celebrar 200 misas por su alma con la limosna de una peseta, y el monje fray José de Irurzun 50 misas con la limosna de dos pesetas.
15. Mutiloa, J. Mª. Constitución, consolidación y disolución del patrimonio de la Iglesia de Navarra. El Monasterio de Leyre, rev. Príncipe de Viana, 1981, núm. 162.

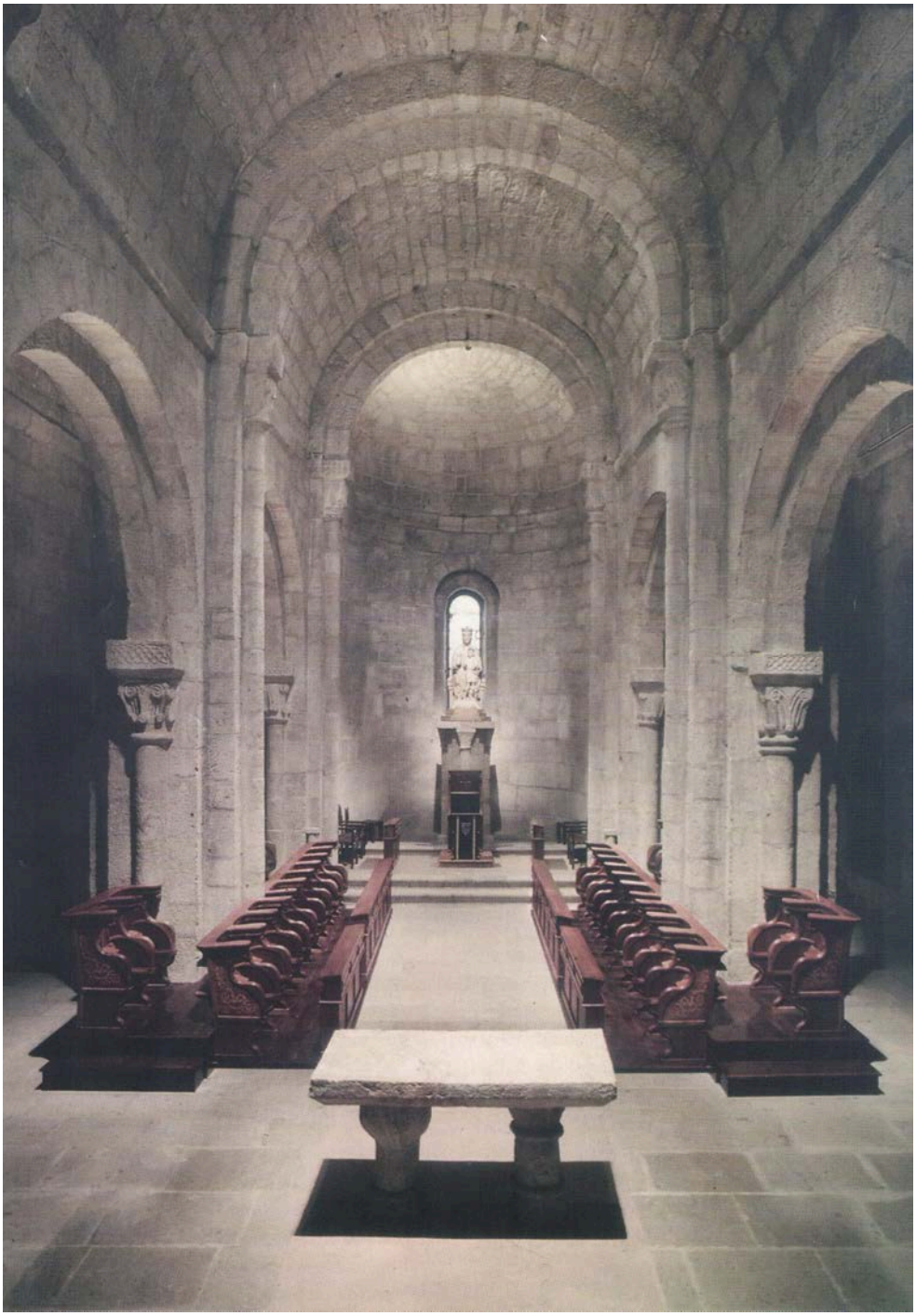
Plaza de los ábsides del monasterio de San Salvador de Leyre



Crucificado del siglo XV en la iglesia del monasterio de Leyre



Porta Speciosa de la iglesia abacial de Leyre



Altar mayor y coro monacal en la cabecera de la iglesia de Leyre

CAPÍTULO XXI: "DE BLANCO Y MUCHOS SIGLOS"

1. Mi primera visita al monasterio de La Oliva

El domingo 22 de marzo de 1987, cuando estoy escribiendo estas páginas sobre La Oliva, mis hijos me avisan que TVE retransmite la misa desde este real monasterio navarro. Ni que decir tiene que dejo todo para ver una celebración hondamente vivida. Incluso la he grabado para recordar los detalles de este monumento religioso y artístico tantas veces visitado por mí. El buen gusto, la unción litúrgica y la perfección técnica han predominado en toda la retransmisión. Como pórtico a la misma ha aparecido de rótulo la frase: ***De blanco y muchos siglos***, que me la he apropiado para titular este capítulo.

Tenía yo 19 años cuando me acerqué a La Oliva por primera vez. Era a comienzos del mes de julio de 1959 y disfrutaba de mis primeras vacaciones laborales. Todavía sin medio propio de locomoción, no me resultó cómodo cubrir los pocos kilómetros que, estando en Peralta, me separaban de este monasterio cisterciense en el término de Carcastillo: tomé el autobús funés de Olloqui hasta la estación del tren en Marcilla; allí monté en el tren correo, que iba de Zaragoza a Irún; me apeé en el descampado de la estación de Caparroso, donde tuve que esperar a la llegada de *la Tafallesa* que, rodando por los pueblos de Traibuenas, Santacara y Murillo el Fruto, me descargó en Carcastillo; después de saludar a dos amigos, compañeros de estudios en Pamplona[1], me acompañaron andando los dos kilómetros que faltaban hasta llegar al monasterio.

El atardecer de aquel día fue bellísimo. Aquel amplio valle, regado por el Aragón e invadido por unos nubarrones cárdenos en trance de ocaso, se ofrecía a nuestros ojos más allá de su extensa longitud. Para colaborar en el hechizo vespertino, todavía quedaba por los campos el polvillo de oro de las últimas trilladoras. El camino recorrido en charla de amistad resultó breve. La silueta monacal de La Oliva apareció enseguida contra el cielo morado. Al llegar a la muralla monástica del siglo XII nos vimos transportados al medievo. Cuando llegamos al gran arco apuntado de acceso a la abadía, sus viejas piedras todavía tenían el sugestivo color vinoso del ocaso.

Los monjes vamos a cantar la Salve. Con estas palabras nos recibió el hermano portero, que impacientemente me estaba esperando. Nos dirigimos de inmediato a la iglesia abacial. Sobre esbelta columna, una moderna imagen de la Virgen, iluminada por una luz blanca, recibía los piropos gregorianos del canto de los cistercienses en medio de la oscuridad de la nave. Era la despedida de los monjes blancos, caballeros enamorados de su Señora, que se retiraban a descansar después del rezo de Completas. Al acabar los últimos acordes del armonium se fueron retirando del coro hacia la clausura.

Mis amigos reemprendieron el camino a Carcastillo, prometiéndome una visita detallada durante los días de mi permanencia en La Oliva. Yo era ese día el único huésped y después de cenar frugalmente, servido por el Padre Hospedero, me acosté en la desnuda celda que me asignó. Apenas pude dormir. La habitación daba a poniente y una línea tenue de luz iluminaba todavía las cimas de los montículos de los alrededores. Ya habían aparecido las primeras estrellas y se iniciaba un concierto de grillos, mientras dos perros jugaban al eco de sus ladridos.

Cuando el sueño empezó a rendirme hacia las tres de la madrugada, sonaron las campanas llamando a los monjes a Maitines. Pudo más mi primer sopor y el cansancio de la jornada anterior, y no me levanté. A las pocas horas me despertó un concierto de pájaros desde los árboles. Alternaban sus trinos con las luces, altas ya, de una mañana limpia y clara.

Abrí el cancel de la ventana. Amplios sombreros de esparto se inclinaban sobre la tierra. Debajo de ellos se veían blancos hábitos brevemente remangados y cubiertos parcialmente con mandiles azules, que se movían entre los patatares de los campos. Eran los monjes que, después de cumplir en la madrugada con la primera parte del lema benedictino, "*Ora*", se empleaban a fondo a media mañana en la segunda, "*Labora*".

En La Oliva a las 9 de la mañana es ya casi mediodía. Los monjes madrugan para todo: rezar, trabajar, reparar fuerzas, estudiar y descansar. Cada día del año despiertan al propio amanecer. Y la puesta del sol limita su actividad vespertina de trabajo, estudio y oración.

Salí de la celda. En el comedor de la hospedería tenía preparado un tazón de leche tibia todavía, pan, queso y un plato de sabrosas peras recién cogidas.

Por entonces se había publicado un libro describiendo la estancia reciente de su autor durante un mes con los monjes trapenses de esta abadía [2]. Lo adquirí en la portería y me adentré con él en los secretos arquitectónicos del conjunto, que se ofrecían a mis ojos ávidos, con idéntico interés que las vivencias ascético-místicas que se me ofertaban en la realidad. Vivía por entonces este monasterio unos años interesantes. Con la elección de un joven abad navarro, dom Plácido Arenaz, la comunidad iniciaba un despegue, que llevaba cimentándose hacía tiempo, concluyéndose así una travesía de largos años por el desierto.

2. La iglesia cisterciense

Entre los dos arcos de la entrada al patio de acceso a la abadía, uno apuntado y otro carpanel, los aires se barnizaban con la luz, tierna aún, de la mañana, mientras los pájaros aleteaban vuelos rasantes y ondulados.

Los edificios que integran este patio espacioso se componen de dos cuerpos, alternan la piedra con el ladrillo articulando arcadas ciegas. En las del segundo piso se conjugan balcones de arco rebajado con óculos sobre ellos.

El hermano portero, parco en palabras, me dice que estas estancias, otrora del palacio abacial, servían entonces para albergar la comunidad, a la espera de poder construir un monasterio más adecuado. Años después he visto que, una vez edificado el nuevo edificio, sirve ahora el viejo de hospedería.

A través de la puerta, entonces de la clausura monástica, divisé una gran escalera de caja cuadrada de la primera mitad del siglo XVIII, cubierta con original bóveda suspendida con cuatro paños de arista.

Crucé el patio de la portería y contemplé la soberbia, y a la vez sencilla, portada de la iglesia adornada con un parteluz prismático. Se abre dentro de una gran hornacina, construida posteriormente. Doce arquivoltas de un leve apuntamiento descansan en otras tantas columnas por ambos lados, que terminan en capiteles corridos con símbolos vegetales.

El tímpano luce un crismón con Pantocrátor y mandorla, apenas labrados en la piedra. Remata la ornamentación una cornisa con triglifos y metopas.

Dos grandes rosetones de arquillos de medio punto adornan los lados de la portada, pero ha desaparecido el rosetón central, que ha sido sustituido por un ojo de buey pequeño. En mala hora coronaron los monjes del siglo XVII esta entrada al templo con una torre prismática, para lo que necesitaron construir ese gran arco sustentador que rompe la armonía primitiva.

Al penetrar en la iglesia abacial, una cancela de madera mitigaba el aire que discurre por esta llanura a las puertas de las Bardenas. De todas maneras, pienso que resulta inútil ponerle aquí puertas al campo, porque con la desnudez pétrea de las inmensas naves de este templo de La Oliva, el frío no se amortigua ni siquiera con recursos espirituales.

La iglesia asombra doblemente: por un lado, su grandiosidad catedralicia de 74 metros de longitud desde el nártex a los ábsides, y 39 de anchura en el crucero; por otro, su desnudez total en que la escasa labra pétrea es su única ornamentación.

Aquel día dentro de la iglesia no había nadie. Al fondo del ábside la lámpara del Santísimo parpadeaba en el aceite que elaboran los propios monjes. En

medio de la nave central se levantan los sitiales del coro con sencillos doseles de madera, imitando la tracería gótica del conjunto. Y sobre atriles gigantes se abrían cantorales y breviarios con la salmodia de las horas canónicas. Apoyado el culo en la misericordia de un sitial monacal, recorrí con la vista las tres naves: la central resulta mucho más amplia que las laterales, pero todas tienen bóvedas de crucería entre arcos fajones apuntados y fuertes nervaduras. Cada una consta de tres tramos rectangulares separados entre sí por arcos apuntados sobre pilastras cruciformes. Por encima de estos arcos entraba una luz tamizada por el alabastro en cada una de las ventanas abocinadas.

Me adelanté hasta el transepto, que es muy alargado porque tiene cinco tramos con una capilla absidial en cada uno. En la capilla central, de grandes proporciones, está la piedra del altar mayor. Detrás de él, sobre una columna elevada, como he dicho anteriormente, preside el conjunto una imagen moderna de la Virgen de Santa María de La Oliva, la titular del monasterio [3].

Cinco ventanales abovedados iluminan suavemente este "*Sancta Sanctorum*", que se cubre con bóveda de medio cañón apuntado y arcos fajones apeados en semi columnas pareadas.

Cinco cuartos de esfera con gruesos nervios prismáticos, que arrancan de las columnas correspondientes, cierran los cinco ábsides. Las capillas laterales, dos a cada lado, tienen cada una un solo ventanal abocinado y se cubren igualmente con bóveda de crucería sin decoración alguna, como es habitual en los templos cistercienses. La severidad de la línea resulta su mejor adorno. Con todo, los capiteles tienen un follaje estilizado, a base de pequeñas esferas, flores y piñas.

En las claves de las bóvedas de los primeros tramos del templo también aparecen las figuraciones del *Agnus Dei*, de *Cristo Majestad*, del *Águila de Patmos* y *de la Cruz de Calatrava*.

3. El claustro y la sala capitular

El claustro está situado en el lado noroeste de las construcciones monásticas. Hasta el rigor de la penitencia se impuso en su construcción. Como es abierto y amplio, el sol juega casi todo el día con alguna de de sus arcadas ojivales. Y lo mismo hace el viento. En el silencio de aquella mañana, cuando yo entré en sus crujías, me pareció que se había detenido el tiempo entre el calado exquisito de sus bellas tracerías. Tiene planta cuadrada ligerísimamente irregular, con seis arquerías por lado. Su labrado, variado y rico, pertenece ya al gótico flamígero. Los capiteles ostentan uvas y pámpanos con hojas de parra. Las bóvedas se cubren con crucerías, que confluyen en las piedras claves. Apoyan las cubiertas en decoradas ménsulas y en pilares entre las arcadas.

Fue construido entre finales del siglo XIV y principios del XV, aprovechando los muros del primitivo claustro románico del XIII [4]. Todo el conjunto: el trazado, las ojivas, los calados, las ménsulas y la ornamentación, me recuerdan el claustro de la catedral de Pamplona, como si fuese un hermano mayor del de La Oliva. Se terminó siendo abad dom Pedro de Eraso, consejero real. Sus escudos aparecen en las claves de la bóveda.

En la pavimentación se han empleado duros ruejos que abundan por los cascajares del río Aragón, a su paso por estas tierras. Estos pequeños cantos rodados de piedra forman sencillos dibujos geométricos, intercalados entre los recuadros que forman las losas del suelo. Este claustro, como todos de los monasterios tardo medievales, articula en torno a sus crujías los aposentos donde se realizaban las principales actividades de la vida de los monjes: iglesia, sacristía, biblioteca, sala capitular, dormitorio, locutorio, noviciado, refectorio, cocina…

Todas estas estancias, mejor o peor conservadas, todavía se encuentran aquí, aunque en desuso. En la actualidad los monjes sólo emplean el claustro para las procesiones litúrgicas y la meditación en soledad; y la sala capitular adjunta para las reuniones comunitarias solemnes. La vida diaria la desarrollan en otras dependencias de construcción más funcional. Pasear por este claustro sin obligaciones inmediatas resulta para mí hoy un ejercicio sedante, intelectual y físico.

Dentro de la sala capitular, que se abre en una de las alas del claustro, se palpa el silencio entre la bóveda baja de crucería y las laudas sepulcrales del suelo. Si algún ruido se percibe es el natural del trabajo de los monjes realizado en los campos de fuera del recinto, cuyo eco rebota por las arcadas. La voz humana resonó aquí durante siglos a la hora de confesar los monjes sus culpas delante de los hermanos y de escuchar la diaria plática espiritual del abad.

El silencio es un bien del que los trapenses no están dispuestos a privarse, Emplean la voz solamente para la alabanza a Dios mediante la plegaria litúrgica. Si tienen que hablar, lo hacen mediante señas. Pero la palabra retenida en su boca, brota acertadamente cuando es necesaria.

Nunca aparece la tristeza en los semblantes monacales, por el contrario, una leve sonrisa, siempre a flor de labios junto a la expresividad instalada en los ojos, son los medios de comunicación supletorios de la palabra.

Volví a la hospedería oyendo la salmodia monacal de las horas menores del rezo por todo el ámbito de la abadía, ya que el calor mantenía abiertas las puertas del templo y del claustro. Cuando el trabajo aprieta en el campo, los monjes rezan el Oficio divino de memoria al aire libre, bajo la inmensa bóveda del firmamento.

A mediodía, el padre hospedero me sirvió una comida frugal pero sabrosa, sin carne ni pescado. San Benito dice en su Regla: *Recíbase a cuantos huéspedes llegaren al monasterio, como al mismo Cristo en persona* [5]. A continuación, imité la costumbre monacal de la siesta, pero ese día la mía fue más prolongada que el breve descanso meridiano de los monjes.

4. Hitos históricos del monasterio

García VI Ramírez, llamado el Restaurador porque restauró la dinastía en Navarra, donó al comienzo de su reinado este real lugar de La Oliva, con los pueblos de Carcastillo y Castelmunio a los monjes de la abadía francesa de "*L´Escals de Dieu*", para erigir en él una abadía semejante en Navarra. En 1140 se consagraba la primera iglesia y se terminaba el claustro románico. Hay quien retrasa esta fundación hasta 1150. Como el ambiente era propicio, y amplia la dotación donada al monasterio, se emprendieron las obras de la actual iglesia abacial, que resulta ser un calco artístico en grande, del primer edificio del lugar, hoy considerada capilla, dedicada a San Jesucristo. El nuevo templo se construyó entre los años 1160 y 1198, siendo consagrado en el reinado de Sancho VII el Fuerte. El abad era ya un hijo de Navarra, dom Aznario de Falces[6].

Durante el siglo XII, privilegios y donaciones constantes de obispos, reyes y nobles, tanto navarros como aragoneses –no hay que olvidar que La Oliva está en tierras de frontera entre ambos reinos–, conformaron una abadía poderosa. A partir de esta centuria la observancia de la vida monástica cobró aquí fuerte pujanza. Alfonso II de Aragón confirmó al monasterio en 1163 la donación de la villa de Carcastillo. Y Jaime I le eximió del pago de portazgos y otros peajes.

Los reyes navarros garantizaron la soberanía sobre la zona mediante procesos parecidos de exención y donación. Así Sancho el Sabio en 1157 le eximió del pago de prestazgos; y lo mismo hicieron los dos reyes Teobaldos. Campos, heredades, pechas y rentas pasaron de manos de la nobleza a las de los monjes en los lugares de Mélida, Andión y Murillo el Fruto [7].

A partir del siglo XIII la abadía amplió sus posesiones en Caparroso y Cizur Mayor. Los siglos XIV y XV fueron los de mayor pujanza y apogeo. El final de la Edad Media trajo un relajo de la vida religiosa en general y de la monástica en particular, que duró hasta el renacimiento de la religiosidad en la Edad Moderna. La Oliva no fue una excepción. Después de la anexión de Navarra a Castilla, se nombraron en este monasterio abades castellanos destacados por su virtud, que mantuvieron en alza la vida de observancia.

En 1634 La Oliva se unió a la Congregación Cisterciense de Monasterios de la Corona de Aragón, lo mismo que hicieron las abadías navarras de Leyre,

Fitero, Iranzu y Marcilla. Por entonces el rey Felipe IV dispuso que los abadiatos no fuesen perpetuos sino temporales, que se adjudicasen cada cuatro años [8].

Durante la Guerra de Sucesión española en el siglo XVIII, La Oliva se mantuvo fiel a Felipe V, al igual que toda Navarra. Las tropas del Archiduque Carlos presionaron a los monjes en 1706 para que le prestasen obediencia, objetivo que no lograron.

Como cualquier otra obra humana, este monasterio pasó también por momentos irrelevantes, manteniéndose estrictamente en la custodia de sus derechos y obligaciones tanto temporales como espirituales.

El siglo XIX fue nefasto para todos los monasterios españoles. También para el de La Oliva. Durante la Guerra de la Independencia el francés alojó aquí una división de su ejército, e instaló un hospital de sangre en sus estancias. El archivo del monasterio guarda el listado de los 1.200 heridos atendidos entre estos muros, con un total de 713 muertos [9]. La vida de observancia regular resultó imposible en tales circunstancias. Los monjes que pudieron, abandonaron el monasterio mientras otros quedaron presos de la caballería imperial.

La iglesia, la sacristía, la biblioteca y las demás dependencias monacales fueron saqueadas. Se robaron manuscritos antiquísimos y obras de arte valiosas, además de padecer destrozos en todas las dependencias.

Los monjes volvieron a La Oliva en 1814, pero tuvieron que abandonarla de nuevo en 1820, expulsados por las corrientes constitucionalistas. En 1824 se les permitió vivir de nuevo la vida claustral hasta 1835, año en que las leyes desamortizadoras del ministro Mendizábal los alejó durante 92 años.

Durante casi un siglo sirvieron estas estancias monásticas de almacén agrícola y de establos, propiciando la ruina progresiva del cenobio. La declaración del conjunto arquitectónico como Monumento Nacional en 1920 favoreció su restauración. Y así fue como los monjes cistercienses de la Trapa de *Val de San José*, en Getafe, devolvían en 1927 el esplendor litúrgico, la salmodia del Oficio divino y el sudor monástico del trabajo a esta hermosísima abadía de Navarra.

Ocho años más de abandono y se hubiesen contabilizado los cien necesarios para que hubiesen prescritos los derechos canónicos como abadía. ¿Por eso los actuales monjes blancos trapenses son los legítimos herederos de aquellos últimos cistercienses desamortizados?

5. Visión desde el exterior

Con el sol todavía muy alto en el firmamento, observé durante mi visita los exteriores del cenobio olivense. Reparé en los robustos contrafuertes de la iglesia, que se corresponden con los diversos tramos del interior. Vi como sobre el crucero se eleva el cimborrio octogonal de arcos ligeramente apuntados con cubierta piramidal y que hay al lado un torreón cilíndrico con saeteras y techumbre cónica. Desde afuera se aprecia bien lo que tuvo de grandiosidad arquitectónica esta construcción medieval dentro de una amplia superficie amurallada.

Me llamó la atención la pequeña capilla de San Jesucristo ya citada. Tiene un solo tramo con bóveda de medio cañón y cabecera semicircular en la que se abren tres pequeñas ventanas abocinadas de medio punto. Está cubierta con un cuarto de esfera. Cerca de ella, el cementerio monacal es un recuadro recogido orlado de cipreses dentro de muros de piedra. Dentro hay cruces de forja sobre los lomos de las tumbas, placas con los nombres latinos de los monjes difuntos y la fecha de su muerte que es el natalicio para el cielo, una gran cruz barroca en el centro del recinto presidiendo el sueño eterno de los monjes, y pájaros, muchos pájaros revoloteando por este ambiente mortuorio. Los apellidos de los difuntos no aparecen en las placas porque los dejaron en el mundo al ingresar en religión. Al monasterio sólo trajeron el cuerpo y el alma, exentos de vanidades, ya que éstas no tienen nada que hacer aquí dentro. Cuando mueren los monjes son enterrados con su blanco hábito directamente en la tierra, sin caja alguna según costumbre trapense.

He visitado varias veces esta querida abadía. Y la experiencia me dice que es mejor llegar de buena mañana para que el hechizo romántico del atardecer no influya en la realidad de la dura vida ascética de los monjes que la habitan. Ellos funcionan con el triple reloj de la oración, *la lectio divina* y el trabajo, a caballo entre la meditación, el estudio y el descanso.

Cuantas veces he venido no he hecho nada específico. He tenido suficiente con cargar las baterías del alma. Hoy llega hasta aquí mucha gente. Algunos saben lo que buscan, otros buscan lo que saben y unos terceros ni saben ni buscan nada, pero encuentran siempre algo positivo para su vida.

Oír misa con el canto llano de la salmodia en las umbrosas naves de la iglesia, transitar por las arcadas de piedra floreada del claustro, pisar los ruejos de los roldes geométricos de su suelo, sentarse en los escaños del coro y de la sala capitular, admirar las piedras doradas de la capilla de san Jesucristo, rezar en el cementerio con los trinos de los pájaros, comer queso elaborado por los mismos monjes, recorrer los campos al son de las campanas, contemplar a tiro de piedra la silueta medieval del conjunto, degustar el sabroso vino moscatel de

la cosecha monástica…, son variantes de una misma realidad: la vida de oración y trabajo, el *ora et labora* de su lema benedictino, con la mirada solamente en Dios.

6. Peralta y La Oliva

El nuevo y funcional edificio del monasterio ha elevado, si cabe, el ascetismo en la vida de los monjes olivenses. La pobreza no está reñida con el aseo. Y las actuales dependencias se ven blancas, limpias y brillantes. El edificio es, al exterior, de ladrillo vista ocre, y de yeso encalado por dentro. Largos pasillos cerrados con grandes cristaleras defienden a los monjes del frío aire invernal exterior.

Al escribir la Historia de Peralta, intuyendo que hubo relaciones de esta amada villa con La Oliva, me acerco hasta la abadía y pregunto por el padre archivero para que me ayude a investigar los hitos de confluencia entre ambas entidades, si es que los hubo. Pero el padre Hermenegildo, que además de archivero es maestro de novicios según me dicen, anda trabajando con estos en los campos de la abadía. Como tengo que llegar pronto a Zaragoza, no me puedo esperar a que vuelva y le escribo una carta. Casi a vuelta de correo satisface muy solícito mis deseos con los siguientes datos.

Antes de la restauración ha habido tres abades de este monasterio, naturales de Peralta: don Pedro de Peralta (1372-1386), vigésimo primer abad olivense; don Juan de Peralta (1390-1416), vigésimo cuarto abad olivense, y don Juan de Peralta, segundo de este nombre (1449-1468).

Hay también un monje de este nombre, otro don Juan de Peralta, nombrado Prior de Marcilla en 1435. Los monjes fray Pedro de Peralta (1566), Bernardo de Peralta (1660) y Francisco de Peralta (1673), no se puede afirmar que sean naturales de esa villa o, por lo menos, es más dudoso. Así como en los primeros siglos, a partir de 1134, año de la fundación de La Oliva, se reseñan los nombres de los monjes con el pueblo de procedencia, más adelante, en los siglos XVI y XVII se empiezan a usar los apellidos, y el de Peralta como tal se había extendido mucho. Hasta aquí la contestación del padre Hermenegildo.

El rey Carlos II el Malo, un 14 de septiembre de 1374, atendiendo a la súplica del citado abad don Pedro de Peralta y de los monjes, les concedió que pagaran las deudas hasta después de la fiesta de santa María de agosto, en atención a que dicho monasterio tenía muchas deudas del tiempo de don García, predecesor del abad mencionado, y por razón del pleito que habían llevado en la corte de Roma para sostener y defender la abadía [10].

No es de extrañar la abundancia de Juanes y Pedros entre los abades y monjes naturales de Peralta en La Oliva. Tanto el apóstol evangelista al que está dedicada la parroquia peraltesa, y el Bautista precursor con ermita y fiesta campera en la villa, como san Pedro con ermita en Arlas y romería popular, eran y son nombres de pila muy frecuentados y queridos entre los peralteses.

Ir de Peralta a La Oliva en coche resulta ahora un paseo que no dura más allá de 20 minutos: Marcilla, la Estación, la Virgen del Soto, Mélida y el monasterio. Por las ventanillas del coche de par en par abiertas, entraba este verano un aire abrasador. El trayecto tiene una belleza, en el que han abundado ladridos de perros al atardecer, gritos de chiquillos jugando al corro, chopos alineados con el río Aragón al pasar por el puente de hierro de Caparroso y grillos, muchos grillos, sonorizando el camino. A la llegada a La Oliva, la tenue sombra alabastrina de la iglesia abacial recompensa con su frescura. Es el primer monumento de estructura ojival con diagonales de estilo de transición de toda la península ibérica. Alguien lo ha definido como *"el Partenón cisterciense*". Y no ha estado equivocado.

En mi primera visita a La Oliva en los años de adolescencia, en pleno sarampión literario, compuse un soneto, dedicado a los monjes. Con él concluyo este capítulo sobre la historia de Peralta.

Monje olivense

A fray Maria Ángel,
joven monje trapense de La Oliva,
que me miraba cuando escribía este soneto,
ignorante de que su figura me inspiraba.

Monje de paz y silencioso asceta,
que, en esta tarde sombría y callada,
has cruzado profunda tu mirada
con mi pluma de incipiente poeta.

Anhelando voy tu sombra repleta
de dulce eternidad inigualada,
para siempre en mi alma proyectada
como un blanco sayal anacoreta.

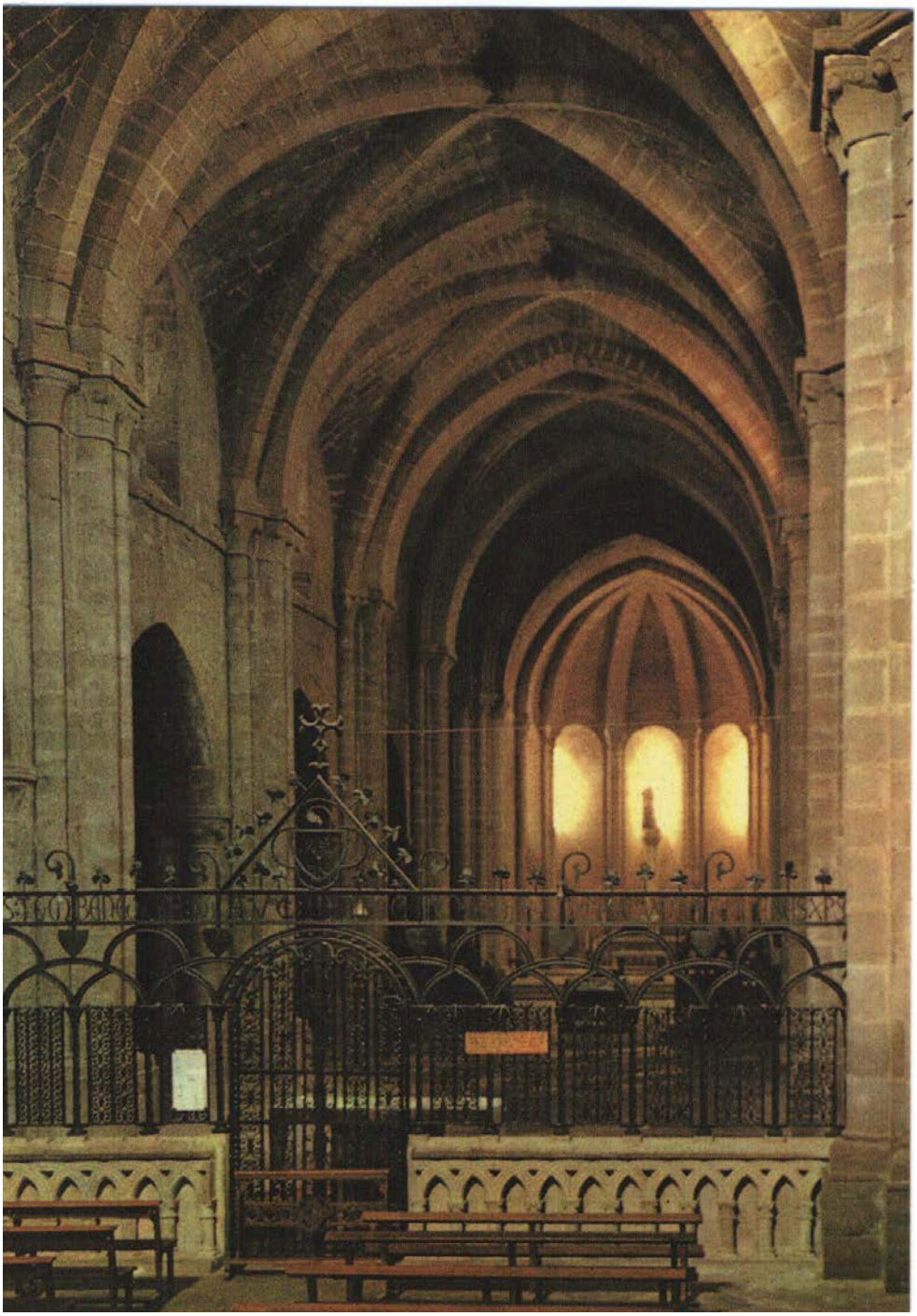
Ora et labora, cantas, callas, rezas…,
mil horas son en La Oliva contigo
como un vuelo de águila en la alborada.

Brillará luz eterna en tu cabeza
cisterciense, mientras siegas el trigo
y salmodias por tus góticas arcadas.

NOTAS:

1. Jesús Martínez Irigoyen y Jesús Mª Martínez Zoco, ambos ya fallecidos.
2. Ximénez de Sandoval, F. *A las puertas del cielo. (Un mes con los Trapenses)*, ediciones Studium, Madrid, 1958.
3. La antigua imagen de la Virgen de La Oliva se la llevaron los de Ejea de los Caballeros cuando los monjes tuvieron que abandonar el monasterio en el siglo XIX. En esta villa zaragozana recibe culto fervoroso, como he podido apreciar personalmente en las fiestas patronales celebradas en su honor.
4. Catálogo Monumental de Navarra I, Merindad de Tudela, pág. 205.
5. Santa Regla, cap. LIII, Cómo se ha de recibir a los huéspedes.
6. Marín Hermenegildo. La abadía cisterciense de La Oliva.TCP, 1977.
7. Catálogo Monumental de Navarra I, Merindad de Tudela, pág. 201.
8. Ibíd., pág. 202.
9. Ximénez de Sandoval, F., ibíd., págs. 32-35.
10. AGN, *Comptos*, caja 29, núm. 1A.

Ábside románico, crucero de la iglesia y ruinas del monasterio antiguo



Interior de la iglesia abacial de Santa María de La Oliva

Claustro gótico del monasterio trapense de La Oliva.

Entrada a la antigua Sala Capitular del Monasterio de La Oliva

CAPÍTULO XXII: IRACHE: MONASTERIO Y UNIVERSIDAD

1. Etimologías a la vera de Montejurra

Esta tarde he venido desde Peralta a visitar el monasterio de Irache. Hacía tiempo que deseaba volver a esta antigua abadía benedictina, hoy tan olvidada. Mientras reinaron en España los últimos reyes de la Casa de Austria y los primeros Borbones, este cenobio vertebró gran parte de la cultura de Navarra.

Al llegar, me dejo invadir por la honda tranquilidad que emana de este artístico conjunto monumental. Entro a la iglesia a través de las arcadas del claustro. Me siento en medio de la nave central con los ojos cerrados y dejo volar mi espíritu hasta no sentir el agobio de las diarias inquietudes. Este apacible descanso resulta reconfortante que supera la frustración de no encontrar ya entre estos muros la floreciente vida religiosa y cultural de antaño. Parece como si la salmodia monástica recitada durante siglos en este templo, se hubiera quedado labrada en las piedras de los capiteles románicos.

El obligado desalojo decimonónico del monasterio de los antiguos monjes benedictinos, y el abandono voluntario más reciente de los frailes escolapios, que lo tenía en usufructo desde los años setenta del mismo siglo, han supuesto para este conjunto monástico de iglesia y claustros, un triste fin aj esplendor de más de un milenio.

Monjes observantes durante el medievo, benedictinos ilustrados en la Edad Moderna y religiosos escolapios en la Contemporánea, ya son mero recuerdo en la historia de Irache. Todo invita a la añoranza. El floreciente ayer, monacal y universitario, hoy son sólo piedras artísticas, silencio y soledad.

Indagando los avatares históricos de la villa de Peralta, al describir los estudios de sus clérigos y laicos, que frecuentaron las aulas de un Irache, monasterio y universidad, he venido a ver "in situ" de nuevo este lugar emblemático, religioso y culto. Tengo que añadir que hice mi tesis de licenciatura en Filosofía y Letras en el año1972 sobre los estudios realizados por los monjes y otros estudiantes, clérigos y laicos, sobre artes, lengua hebrea, griego, latín, filosofía, teología, cánones, leyes e, incluso, medicina. Durante casi tres siglos se simultaneó en este monasterio la observancia regular de los monjes con el cultivo de las letras y las ciencias de los demás estudiantes.

Navarra ha sido siempre rica en espíritu religioso. Como exponente del mismo floreció la vida monástica ya desde los tiempos anteriores a la Reconquista: los monasterios de Igal, Urdaspal, Leyre, Cillas, San Zacarías, Iranzu, Irache, La Oliva, Fitero…, jalonaron las andaduras de este viejo reino pirenaico en la rosa completa de los puntos cardinales.

Precisamente al oeste, en un valle regado por los ríos Ega y Urederra, se encuentra Estella, llamada la Toledo del Norte por sus monumentos históricos. En importancia es la tercera ciudad de Navarra, después de Pamplona y Tudela. Llamada por Ptolomeo y Estrabón "Gebala", su denominación euskérica es "*Lizarra*". Pero ha prevalecido el nombre latino de "*Stella"*, derivando posteriormente en la "*Estegla*" de los más antiguos documentos, hasta llegar a la "*Estella*" actual, que aparece por primera vez el año1092.

El monasterio de santa María la Real de Irache se levanta en una pequeña meseta, a tres kilómetros escasos de Estella. Su iglesia románica, su claustro renacentista y las dependencias monacales, se recortan contra la inconfundible mole pétrea de *Montejurra*, montaña que se levanta con sus 1.045 metros de altura por encima de las tierras medias de Navarra. Visible desde gran distancia, su belleza natural es escalada por montañeros, contemplada por excursionistas y visitada por quienes consideran a este monte un símbolo político.

Montejurra cobija a sus pies a Irache, que confirió durante siglos al entorno un ambiente de recogimiento y serenidad, apto para las vidas monástica y estudiantil. Las tierras del monasterio limitan al norte con Ayegui, al sur con Arellano, al este con Echávarri y al oeste con Igúzquiza, pequeños pueblos todos ellos, cuyos vecinos vivieron amparados a su sombra tutelar y al servicio de monjes y de estudiantes.

El vocablo Irache, originariamente euskaldún, ha sufrido tantas transformaciones que es difícil desentrañar su etimología exacta. Ya en los primeros documentos aparece escrito de varias formas: *Hyrache, Hirache, Irache, Yrache, Yraxe, Herache, Heraxe* y hasta *Iraz* [1]. El benedictino Antonio Yepes, que residió durante un tiempo en Irache, dice que este nombre, *en lenguaje baskongado quiere decir Casa Real*, derivándolo de *Jaun Eche* [2].

Un antiguo documento reza así: Los excelentísimos reyes, para defensa y amparo deste reino de Navarra, edificaron esta insigne casa de Irache. Este nombre, en lenguaje antiguo vascongado, quiere decir "casa real", porque es obra de ánimos reales…[3].

Otro historiador, J. Ibarra, intenta dar una exhaustiva explicación de la etimología de Irache con más visos de ingenio que de precisión histórica. Aunque comienza citando a Yepes, prosigue haciendo referencia a la voz "hiratxe", que significa helecho. Pero a pesar de la semejanza de este vocablo vasco con el nombre del monasterio, lo rechaza dando como explicación que esta planta no abunda por aquí.

Prefiere mantener la peregrina etimología de que Montejurra es una palabra compuesta de la castellana *monte* y de la vasca *jurra*. Esta última significa asimismo *el monte*, que sin el artículo vasco "a" pospuesto, queda convertido en

jur. Por otra parte, *eche*, en vascuence significa *casa*. Y en los tiempos en que los monjes levantaron este monasterio en el *Jura*, sería con toda probabilidad la única casa que había en aquellos contornos.

Así quedó formado el vocablo compuesto de *Juraeche*. Y como frecuentemente en el dialecto vasco-navarro la "j" es suave, equivalente a la "i", y también es usual entre los vascos suprimir la "u", de esta forma quedó transformado tal vocablo en *Iraeche* [4]. Pero me parece muy artificiosa y complicada esta teoría para ser probable.

Actualmente parece más acertada la etimología procedente del vocablo *hiratxe,* que Ibarra rechaza. Posiblemente al fundarse el monasterio los árboles abundaban por aquí y no resultaría extraño que los helechos cubriesen el suelo, como en la actualidad lo hacen en otras tierras navarras cercanas, tan altas como Irache y Montejurra.

2. Recorrido medieval

Al igual que sucede con otros monasterios, no se puede precisar el año de la fundación de Irache, ni siquiera el siglo. Un día aparece su nombre con madurez jurídica en los documentos oficiales del Reino. Desde las primeras noticias sus monjes son benedictinos. Sabemos que los hijos de san Benito no penetraron en el norte de la península ibérica hasta después de la invasión agarena. Y, como muy pronto en Navarra, hacia las últimas décadas del siglo VIII.

Pero nada impide suponer la existencia de un primitivo núcleo de monjes originarios de las proximidades, que eligieron este paraje para dedicarse a la vida ascética y contemplativa siguiendo el ejemplo de los anacoretas de la Tebaida. También pudieron refugiarse aquí monjes visigodos que, huyendo del siroco africano sufrido en el sur y en el centro de la península, encontraron cobijo en estos parajes norteños. Sabemos que los agarenos dominaron un tiempo el vecino Monjardín. De todos modos, san Eulogio de Córdoba, en su famoso peregrinaje por los cenobios navarros en el siglo IX, no cita a Irache ni siquiera de oídas. El primer historiador que intenta dar un poco de luz sobre el origen de este monasterio es Yepes cuando escribía en el siglo XVII la *Crónica General de la Orden de San Benito*. Pero fabula al considerar cierta la existencia de Irache en tiempo de los godos, refundándolo después en el siglo VIII [5].

La primera fuente fidedigna de la existencia del monasterio se encuentra en el *Becerro de Irache.* Según éste, mediada la décima centuria gobernaba el monasterio el abad Teudano. Se sabe porque aparece en la era 966 la primera escritura de donación a santa María de Irache de una viña y otros bienes en el término de Ulate. La donante se llamaba doña Celo y los monjes que testifican

fueron fray Juan de Barbarín, fray Juan de Yerri y fray Adoleo, siendo obispo de Pamplona Valentín. Es el único documento conservado de aquel tiempo referente a Irache [6].

Después transcurre casi un siglo sin tener más noticias hasta la carta de permuta del castillo de san Esteban de Deyo, o de Monjardín, efectuada entre el monasterio de Irache, al que pertenecía, y el rey García V el de Nájera, que entrega a cambio otras posesiones. En síntesis, esto dice el documento: *En 1045 el rey cambia con el abad Munio y los monjes, que bajo la regla de San Benito sirven a Dios y a Santa María de Irache, el castillo de San Esteban, que un antepasado suyo había donado al monasterio*. Este antepasado fue Sancho I Garcés, que expulsó de Monjardín a los moros en el año 907. Los persiguió hasta las orillas del Ebro, ganando entre otras fortalezas la de Peralta, y varias villas con sus heredades e inmuebles [7].

También pertenece a la época del abad don Munio la construcción en Irache del primer hospital navarro para peregrinos, por iniciativa del mismo rey García V que *no dudando de la gran piedad de Cristo, confiando en su gracia, y aterrado por el aguijón del arrepentimiento del propio crimen, viniendo de buena gana al cenobio que llaman de Santa María de Iraz, y caído allí arrodillado ante el abad don Munio y el resto de los frailes, rogué con toda devoción que fuera edificado un hospital de peregrinos para remedio de mi alma y de mis padres* [8].

No es de extrañar que al abad y a sus monjes les hiciese gozo tener un hospital-hospedería en sus dependencias. Sin contar con la importancia que iba adquiriendo el Camino de Santiago, ya la tradición de la Orden considera sagrados desde sus orígenes los menesteres de acogida al peregrino: "*El que llegue a las puertas del monasterio será acogido con toda dulzura, temor de Dios y ardiente caridad, como si fuera el mismo Cristo en persona… Se avisará enseguida al abad, se le conducirá al oratorio, dándole el abrazo de paz y, después de lavarle los pies y las manos, se le llevará a comer a la mesa del abad, que en su honor podrá romper los ayunos regulares, a no ser que sean los ayunos principales que esté obligado a observarlos… Habrá además una cocina aparte a punto para los peregrinos que llegan a horas inciertas* [9]".

Para el mantenimiento de este hospital de peregrinos, el citado monarca donó al monasterio un campo recientemente roturado [10].

El abadiato de san Veremundo en la segunda mitad del siglo XI representa la culminación del florecimiento iraquense, tanto en la observancia regular como en su esplendor material. Abundaron por entonces las donaciones a Irache, que llegó a tener acogidos a su patrocinio unos 40 monasterios menores [11]. Este régimen monástico fue habitual en Navarra. Algunos historiadores afirman que

pasaron de 400 los pequeños monasterios sufragáneos de los grandes centros espirituales monásticos. Demasiados parecen para un territorio tan poco extenso como el de Navarra. Seguramente asimilan a monasterios los pequeños curatos abaciales, o quizá las posesiones monásticas en diferentes lugares.

Veremundo, nacido en un pueblo cercano a Irache, era hijo segundón de una familia noble. Siguiendo la costumbre de la época ingresó de muy niño en la *Schola oblatorum* del monasterio, siendo abad su tío, el citado don Munio. Ya monje, desempeñó cargos de responsabilidad en la vida conventual, hasta que fue designado para ayudar a su tío en la dirección del monasterio, a quien sucedió como abad. Ejerció gran influencia social y espiritual en el reino. Su muerte suele situarse en el año 1099 cuando, apartado ya de sus funciones abaciales, presidía la comunidad el abad Arnaldo [12].

En una época en la que el propio obispo del lugar solía elevar a los altares a aquellos individuos que la proclamación popular consideraba santos, de acuerdo con esta tradicional costumbre, no se tardó en canonizar a Veremundo, cuya fiesta se celebra el 8 de marzo. Durante su abadiato acaeció la revisión encargada por el papa de los libros litúrgicos de rito mozárabe utilizados en Navarra, que fueron llevados a Roma desde Irache. El Sumo Pontífice los aprobó y durante varios años prosiguió practicándose dicha liturgia autóctona en el cenobio iraquense y en los demás monasterios e iglesias del reino [13].

Un hecho trascendente en la vida religiosa de los monasterios navarros fue la reforma cluniacense de los benedictinos, que tuvo amplia aceptación a lo largo del siglo XI. En los reinos de España comenzó por el monasterio aragonés de san Juan de la Peña y por el navarro de San Salvador de Leyre.

Algún historiador ha llegado a afirmar que Irache se incorporó a esta reforma ya en tiempo del abad Veremundo. Sin embargo, lo más probable es que la observancia regular de este monasterio no dependió nunca de Cluny, permaneciendo firme en la liturgia mozárabe, frente a las presiones que las jerarquías religiosas y civiles ejercían para que se aceptase la cluniacense.

Durante los abadiatos inmediatamente posteriores al de Veremundo la vida regular de Irache se mantuvo floreciente. En 1172 el abad Viviano obtuvo del Papa Alejando III un privilegio de protección pontificia, confirmando al monasterio los bienes y donaciones que ya poseía. En 1227, cincuenta y cinco años después, el Papa Nicolás III reafirma mediante bula todos los privilegios que reyes y príncipes habían concedido a la abadía, y que sus antecesores en el pontificado también habían confirmado [14].

Las donaciones al monasterio de Irache, que abundaron en el siglo XI, todavía proseguían en el XIII. Pero no fueron sólo reyes los benefactores, sino

también caballeros y plebeyos devotos de santa María; entre ellos, varios vecinos de Peralta.

El 27 de agosto de 1233 aparece entre los testigos de la donación de una viña al monasterio el caballero don Miguel de Peralta, natural de esta villa [15].

Al año siguiente, en junio de 1234, Ochoa, Álvaro y Alamán, caballeros de Peralta, confirman la donación que hizo a Irache su madre, Alvira Ferrández, de varias casas con palomar, en beneficio de su alma y de las de sus antepasados [16].

Once años después, en febrero de 1245, los hijos de Álvaro Díaz de Peralta, Juan, García, Álvaro, Toda, María y Donoria, dan al prior don Pedro Périz de Peralta y al convento de santa María de Irache, una pieza junto al río, para que se disponga en adelante totalmente de ella. Entre los testigos de esta donación aparecen don Pero Lópiz, abad de Peralta. Era rey de Navarra don Teobaldo I, que ostentaba también la tenencia de Peralta, siendo alcalde Domingo de Adolina, y merino en el valle de Funes Bartolomé Sesma [17].

Es curiosa esta coincidencia en las dos autoridades eclesiásticas, la del abad de Peralta y la del prior de Irache, ambos peralteses y de nombre Pedro, sin duda en honor del apóstol, cuya devoción en esta villa se confirma por la antigüedad de una secular cofradía.

El 13 de marzo de 1269 Fortún Sánchez, hijo de Sancho de Arlas, hace donación al monasterio de Irache de cuatro piezas, dos en regadío y dos en el monte, en tierras de Peralta. Testimonian este acto don Sancho Pérez, caballero e hijo de don Pero López, abad de Peralta, y don Bartolomé, clérigo, hijo de don Bartolomé Martín, siendo alcalde don Gonzalvo de Arlas, y don Martín Roiz merino en el valle de Funes. Aparece como escribano jurado el muchacho Pero López del concejo de Peralta [18].

El 22 de marzo de 1287, el monje Pero Martínez, por mandato del abad y de todo el convento de santa María de Irache da a censo una viña y piezas en Arlas a doña María Ximénez, hija de Simón de Falces. El escribano, por mandamiento de entrambas partes, fue Martín Sánchez, del concejo de Peralta [19].

Hasta el siglo XVI, Irache no pasó a la obediencia de la congregación benedictina llamada de Valladolid. El 24 de abril de 1522 se produjo en Irache el primer intento de reforma [20]. La mayoría de los monjes quisieron permanecer fieles a la observancia que habían profesado, pero, viendo que la reforma se imponía indiscutiblemente, para no impedirle el paso a la misma, se retiraron a una posesión que el monasterio tenía en el pueblo de Dicastillo. Los monjes vallisoletanos se asentaron en Irache el año 1531, empezando este monasterio una segunda etapa de esplendor [21].

3. Origen y consolidación de la Universidad de Irache

Me complace dedicar este apartado a reseñar la influencia que ejerció el monasterio de Irache y su universidad en la educación religiosa y en la formación académica de los navarros durante casi toda la Edad Moderna. La cercanía a Peralta de la Universidad de Irache favorecería la formación y cultura de los clérigos y los laicos de esta villa.

Los orígenes de los estudios superiores en Irache están cargados de anómalas peticiones a las autoridades, intrigas constantes, bulas pontificias falsificadas, dudosa traslación a Irache de los derechos de conceder grados del monasterio de Sahagún y muchas otras irregularidades documentales.

Todo se prestó al equívoco en su legalidad inicial. Pero con los años y el empeño de los monjes, la existencia de la universidad iraquense culmina en una situación legal, reconocida por pontífices y reyes. Posiblemente comenzó humildemente con la formación de sus propios monjes, a ellos se le irían añadiendo otros de la misma congregación, además de clérigos de las cercanías y, finalmente, laicos que buscaban el acceso a la cultura para colocarse en las administraciones locales y en las cancillerías del reino.

El historiador benedictino Mateo del Álamo del monasterio de Santo Domingo de Silos afirma gratuitamente que el colegio universitario de Irache se constituyó en 1539 [22]. El Capítulo General de la Congregación de Valladolid lo adoptó en 1544 como colegio común de los monjes estudiantes.

Para ello dice: En el monasterio de Santa Maria la real de Irache… los monjes colegiales han de oír tres años de Artes y uno de Lenguas griega y hebraica[23]. En 1553 otro Capítulo General lo volvió a confirmar entre varios colegios de la Congregación, disponiendo el cumplimiento de los ejercicios y el orden de los estudios pertinentes [24].

Para entonces ya había en Irache estudiantes laicos. En 1568 empiezan gestiones con el objeto de conseguir que los cursos y grados de Irache fuesen reconocidos por la Universidad de Salamanca [25].

Tres son las alegaciones que se presentan para ello:

- Que en Navarra no existía ninguna universidad, solo el Colegio de Irache.

- Que a él acudían estudiantes seculares de todas partes para graduarse en Teología, de acuerdo con privilegios pontificios y reales que equiparan y reconocen los títulos académicos de Irache a los de las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares;

- Que los grados expedidos por el colegio de Irache eran admitidos de hecho y sin escrúpulo en todas las universidades [26].

Hasta el año 1580 no se le llama Universidad al colegio de Irache en el libro de matrículas, que reza así: *Libro de matrículas de los estudiantes que cursan en la insigne universidad del monasterio de nuestra señora la real de Irache* [27]. La Universidad de Salamanca acabó por rendirse ante los hechos, y en 1987 un claustro tomó el acuerdo de reconocer los títulos conferidos por el citado colegio como procedentes de universidad aprobada. Para conseguir también la aprobación real, los monjes acudieron a Felipe IV solicitando la facultad de expedir grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor en todas las ciencias. Además, que estos grados fueran admitidos por las demás universidades, iglesias y colegios de España [28]. De esta manera expidió títulos de todos los ramos del saber en ciencias eclesiásticas, jurídicas y médicas.

La Universidad de Irache, a lo largo de sus casi tres siglos de existencia, fue primordialmente una casa de formación para los jóvenes benedictinos de la observancia de Valladolid, en la que durante los primeros tiempos de esta congregación primaba la piedad sobre las letras, llegando incluso a despreciar a éstas porque en el concepto ascético de aquellos iletrados pioneros vallisoletanos *el mucho saber era perjudicial para al espíritu* [29]. En los años en que aparecen los estudios del colegio iraquense con categoría de Universidad, ya estaba superado por la Congregación este peyorativo concepto sobre la cultura. A partir de entonces los benedictinos darán a la Orden lustre intelectual. Filósofos, teólogos, canonistas y letrados pasan por Irache como maestros, como alumnos, o como ambas cosas, sucesivamente. En los libros de matrícula y de grados de esta universidad se encuentran nombres de monjes que primeramente fueron aquí aplicados estudiantes y más tarde eminentes profesores.

Los casi tres siglos como universidad aportaron a la Iglesia tres cardenales, veinticinco arzobispos, más de medio centenar de obispos, cientos de dignidades eclesiásticas, abades, canónigos, médicos, magistrados, abogados, catedráticos, secretarios, etc.

A pesar de lo dicho, y a decir verdad, los benedictinos de Irache no fueron escrupulosos a la hora de exigir requisitos para matricular estudiantes, ni para conceder grados académicos. Se limitaron al cumplimiento de unos estatutos bastante cómodos. Pero no es un defecto exclusivo de esta universidad. Las universidades españolas llamadas menores tenían que sobrevivir frente a la competencia de las universidades mayores. Y para lograrlo, la única solución era transigir con tales irregularidades.

Y así, cuando el Superior General de la Congregación vallisoletana designaba a un monje sabio y virtuoso, pero sin título universitario, para regentar una cátedra en Irache, el claustro de profesores, con algún voto en contra para salvar las apariencias, aprobaba la promoción y elevación académica del monje nominado.

La obra publicada de los monjes formados en Irache tiene gran dispersión de materias. Escribieron de *omni re scibili*, es decir de todos los saberes de la época. Sobresalen tres temas tanto en los escritos de los monjes como en los de los laicos:

- el restablecimiento de la escuela teológica de san Anselmo,
- la defensa del misterio de la Inmaculada Concepción de María,
- la práctica de la comunión frecuente.

Si algo hay que achacar a la producción literaria del conjunto de tales escritores, no es su número que es elevado, sino su mediocridad, salvo honrosísimas excepciones.

Pero no hay que olvidar una segunda faceta de la universidad iraquense. Se formaron en sus aulas tanto figuras eminentes a las que he aludido en los altos cargos de gobiernos eclesiásticos y civiles, como personas mucho menos conocidas que ejercieron funciones secundarias en cabildos parroquiales y en concejos municipales. Una larguísima nómina de individuos ilustrados navarros y foráneos, obtuvo aquí grados académicos. Entre ellos muchos peralteses.

4. Decadencia y clausura de la Universidad

Paradójicamente la Revolución Francesa, amiga de las libertades, influyó en la decadencia de esta universidad. Los revolucionarios franceses, como represalia a los ejércitos españoles que fueron al país galo a reprimir la Revolución, invadieron las poblaciones de Cataluña, Navarra y Vascongadas, arrasando todo a sangre y fuego. No llegaron hasta Irache, pero este monasterio sufrió también las consecuencias. El libro de actas es elocuente al exponer los hechos dirigidos por el claustro al Real Consejo:

Habiendo destinado en el año 1794 la mayor y más saludable parte del edificio deste monasterio para Real Hospedería del Exército, quedando por consiguiente reducida y estrecha la habitación de la comunidad, y no menos el número de aulas para la enseñanza de las facultades y de los tránsitos necesarios para los ejercicios y pasos de tantos oyentes, nada se ha omitido en el método, horas y ejercicios, que siempre observamos arrostrando todas las dificultades.

Un hospital de quinientos y más contagiados de fiebres pútridas, a cuya curación está enteramente destinado, es tanto más peligroso, quanto es más indispensable que los estudiantes, para venir a las aulas y para volver a sus casas, hayan de pasar por debajo de las enfermerías, recibiendo los hálitos de las sentinas y de las inmundicias que arrojan de ellas. No es raro el obstáculo que haya para alojarse, por estar ocupadas todas las casas de los barrios y lugares por

los dependientes del hospital. Por cuya razón se han visto obligados los estudiantes a tomar posada en la ciudad de Estella, quasi media legua de distancia deste monasterio. Y siendo la incomodidad que padecen en venir y volver en tanta distancia, mañana y tarde, no es corta la que supone el tener que permanecer dentro de las posadas, resultando desta mezcla de estudiantes y soldados, gravísimos perjuicios que se dejan conocer y no pueden precaverse. Por fin, la escasez de alimentos, que han subido a tres, cuatro y seis veces mayores, es insoportable a los estudiantes. Por todas estas razones suplicamos reverentemente a S.S. se dé por terminado este curso el 15 de marzo de este año[30].

La guerra con Francia terminó con el Pacto de Basilea el 22 de junio de 1795. Y con ella la necesidad de mantener en Irache el hospital para los soldados. Hasta 1802 no he encontrado en el Archivo General de Navarra datos de los cursos de Irache. El 29 de agosto de ese mismo año recibía el claustro una real orden en la que se lamentaba el rey del excesivo número de abogados que había en España, muchos de los cuales eran ineptos para desempeñar su misión, y muchas veces inmorales en sus funciones profesionales, a causa de su mala preparación y de la facilidad con que habían alcanzado su título. Para resolver tanta infamia exponía las condiciones de estudio que en adelante se exigirían para ser abogado, resumiéndolas en dos: cursar cinco años estudiando los nuevos libros de la *Recopilación*, los *Comentarios de las leyes de Toro* por Antonio Gómez; y seguir la explicación dada durante dos años en la cátedra de Prima de los nueve libros de *Instituciones de Castilla* por Ignacio Jordán, a hora y media diarias.

Como Irache para esas fechas ya no concedía esta licenciatura, contestó al rey que no tenía rentas para el sostenimiento de dos cátedras de Leyes, y que se limitaba a la enseñanza de la Filosofía y la Teología. Así las cosas, no es de extrañar que el real decreto de 3 de julio de 1807, por el que el rey Carlos IV reducía el número de universidades españolas, alcanzase a la de Irache.

A los dos años, el rey intruso José Bonaparte ordenó la exclaustración de los monjes. Las últimas cuentas de gastos que aparecen en el libro de la administración son de principios del mes de octubre del mismo año [31].

Con la restauración fernandina, regresaron los monjes al monasterio de Irache y solicitaron al rey que se restaurara la universidad. La petición pasó a informe de la Diputación de Navarra, que lo dio muy favorable y sumamente laudatorio para los monjes de san Benito. A su vista, una cédula real otorgó lo que se pedía. Pero al presentarse el documento regio en la Diputación, ésta no quiso admitirlo so pretexto que don Fernando después de "rey de Castilla" no ponía "rey de Navarra", como exigían los Fueros del reino. Subsanada esta falta, pudo abrirse de nuevo la universidad bajo las mismas condiciones que en la

época de Carlos III [32]. Con todo, hasta el mes de abril de 1824 no aparece constancia de la reapertura [33].

¿Permaneció abierta hasta la exclaustración de los monjes en 1839? El libro de actas guarda total silencio. El ambiente liberal dominante en las altas esferas de la política, la desorientación de un pueblo desgobernado, la honda escisión ideológica y las guerras civiles, culminaron en la ley del ministro Juan Álvarez Mendizábal, que condenaba a muerte instituciones culturales españolas por el delito de pertenecer a entidades eclesiásticas. El monasterio de Irache tendría que haber cerrado sus puertas por esta ley el 11 de octubre de 1835, pero los benedictinos se mantuvieron hasta 1839. Al estar enclavada la abadía en territorio carlista, parte de sus dependencias fueron dedicadas a hospital de heridos y los monjes pudieron proseguir durante cuatro años su vida de trabajo, oración, estudio y caridad.

5. La iglesia románica

Dos portadas románicas dan acceso al interior de la iglesia abacial, además de una tercera, renacentista, que comunica con el claustro. La puerta que da al norte, llamada de san Pedro, posee un arco abocinado ligeramente apuntado. Sus cinco arquivoltas descansan sobre pares de capiteles con escenas caballerescas, de caza y episodios de la vida de san Martín de Tours.

Los capiteles yuxtapuestos, formando friso, coronan los fustes cilíndricos de cuatro pares de columnas con basamento románico y dos columnas dobles que sostienen la arquivolta de radio más corto. La piedra clave de esta arquivolta está decorada con un crismón, al estilo de los labrados un siglo antes en la portada de la catedral de Jaca, en la puerta que da acceso a la capilla lateral del monasterio de Leyre y en otros lugares. Llaman la atención tres canecillos que sobrevuelan las arquivoltas con representaciones zoomorfas. A mi entender servirían de apoyo a un primitivo tejadillo protector de la portada en las inclemencias del tiempo, sobre todo porque da al norte.

La puerta principal se abre a poniente siguiendo la orientación que las iglesias cristianas guardaban tradicionalmente. Sencilla de estructura, está cobijada bajo un enorme pórtico apuntado. Tiene cuatro pares de columnas alternando con las jambas correspondientes. La decoración es a base de temas vegetales en los capiteles y de entrelazos en los bajorrelieves y en las jambas. Todo resulta muy sencillo y delicado. Carece de tímpano y de dintel, y sus cuatro arquivoltas sostienen crismones esculpidos. Fue una pena que la carga constructiva del siglo XVI cegase cinco ventanas al realizar el coro alto.

La robusta torre levantada a la derecha de la fachada principal es una modificación herreriana, realizada en el siglo XVI, de una de las dos torres románicas que en principio flanqueaban la puerta. Resulta muy descriptivo lo que de ella se escribe: *La iglesia es fortísima de muy gruesas paredes de piedra de sillería con tres torres a la parte del septentrión llenas de troneras y agujeros para disparar tiros; al fin de ella ay una torre muy grande y muy fuerte, porque como esta casa está en medio de dos ciudades populosas, que son Logroño y Pamplona, era como el corazón y fortaleza deste reyno de Navarra, y assi la edificaron tan fuerte* [34].

A la izquierda de esta torre, y sobre arco apuntado, se levantó en el siglo XVIII un verdadero retablo de piedra de dos cuerpos. Una ornamentación barroca enmarca dos hornacinas que albergan bajo frontones las imágenes de san Benito y de la Inmaculada, título este entrañable para la universidad iraquense.

La iglesia es grandiosa, de planta de cruz latina. Las tres naves con tres cuerpos –las laterales más estrechas–, terminan en un crucero con cimborrio achatado. En la cabecera hay tres ábsides semicirculares. Presidiendo el ábside central estuvo durante muchos siglos santa María la Real de Irache, una pequeña y bella imagen románica, que, desde el abandono de Irache por los benedictinos a causa de la desamortización, encontró acomodo en la iglesia parroquial del cercano pueblo de Dicastillo.

Arcos apuntados y sin decoración, al estilo cisterciense, cubren las naves. Los arranques de estos arcos nacen de capiteles historiados. Sobresalen por su labra los dos en los que se apoya el arco triunfal. Uno representa la adoración de los Reyes Magos al Niño, colocado sobre las rodillas de la Virgen, y el otro un combate medieval entre caballeros.

Los cuatro ángulos del crucero tienen sus respectivas columnas adosadas con fustes que terminan en capiteles románicos de grandes hojas. Sobre ellos aparecen impresionantes esculturas de tamaño mayor que el natural con los símbolos del Tetramorfo. Los cuerpos en posición frontal llevan las cabezas de hombre, toro, león y águila, correspondientes al simbolismo evangélico. Encima de estas esculturas hay un friso de cabezas humanas que sirve de soporte a capiteles estilizados con temas vegetales, sobre los que arrancan en forma de concha las trompas del tambor octogonal. Conchas y tambor son renacentistas.

En la nave del Evangelio, muy cerca del crucero, hay un ventanal con ajimez decorado con columnillas, arquivoltas y capiteles románicos de delicada talla.

El ábside central tiene un arco peraltado de medio punto. La decoración absidial consiste en una serie de siete arcos a lo largo del tambor. El central y los dos de los extremos cobijan ventanales, siendo ciegos los cuatro arcos restantes. Todos tienen columnillas, capiteles y arquivoltas de labra muy fina. Los ábsides

laterales presentan una ventana al fondo, con las mismas características que las del ábside central. Se cierra la cabecera con estos ábsides, tan bellos al interior como al exterior. Cinco ventanales y otros tantos óculos sobre ellos iluminan la cabecera de la iglesia, tamizando la luz mediante planchas de moderno alabastro.

Al exterior corre una deliciosa labra de arquillos lombardos lobulados, apoyando en cabezas humanas y de animales. Un cuerpo superior, añadido posteriormente, como aparece en la vieja fotografía que aparece, confirió durante un tiempo al ábside sensación de pesadez y restaba esbeltez a la perspectiva de la linterna octogonal del centro del crucero, que lleva adosadas cuatro torretas semicilíndricas cubiertas con cuartos de esfera. En una posterior y acertada restauración del ábside este cuerpo ha sido eliminado.

6. El claustro renacentista y otras dependencias

Bello complemento de la iglesia románica es el claustro renacentista. Y así como aquella ha sido alterada algo en su primitiva fábrica, éste ha llegado hasta el siglo XXI en toda su integridad. Se empezó a construir en 1540, durando la obra cuarenta y seis años. Su estilo es mezcla de ojival decadente y plateresco, como muchos otros claustros de España. Los artífices fueron dos vascos: *Oyarzábal* y *Gaztañaga*[35]. Se levanta al sur de la iglesia. Tiene planta ligeramente rectangular con medidas de 37 por 32 metros. Las cuatro crujías se reparten veintidós ojivas iguales, a razón de seis arcos las dos largas y cinco las otras dos más cortas. Las bóvedas arrancan de pilastras estriadas, adosadas unas a las paredes y otras a los estribos del patio de luces. Cada pilastra cobija una esbelta hornacina poco profunda, compuesta de repisa y concha. Faltan las estatuas que, posiblemente, nunca estuvieron.

Las 16 bóvedas octopartitas forman estrellas con los entrelazos de las nervaduras. En sus junturas lucen medallones que, según la interpretación más usual, representan a jueces bíblicos, reyes de Israel y de Judá, sumos sacerdotes, patriarcas, el arca de Noé, el pecado original, Jesucristo, los apóstoles, papas, obispos, ermitaños, doctores, mártires y la Santísima Virgen entre otros bienaventurados.

La crujía del norte, adosada a la iglesia, que fue la primera en construirse, tiene capiteles esculpidos por Oyarzábal con temas mitológicos, griegos y romanos. Todavía quedan vestigios de su primitiva policromía.

El resto del claustro fue edificado con piedra de calidad inferior. Los capiteles traen escenas de la vida y pasión del Señor, escenas de la Virgen y milagros de san Benito. Además, hay tres capiteles que retratan milagros del

abad san Veremundo. Otros capiteles representan diferentes motivos eucarísticos y escudos de Navarra. La calidad escultórica de esta segunda fase constructiva, que fue labrada por Gaztañaga, es de calidad inferior a la primera.

El acceso a la iglesia desde el claustro se efectúa a través de la "*Porta Speciosa*", dedicada a la Virgen. Se abre en el ángulo nororiental. Tiene arco de medio punto. Tres arquivoltas encierran dos planos resaltados con andanas de cabezas angélicas muy pequeñas. Sus jambas ostentan sendos recuadros con grutescos y una imposta del mismo estilo.

Sobre la puerta y en las enjutas, cerrando el primer cuerpo de la decoración, aparecen dos medallones circulares con los bustos de san Pedro y san Pablo. El segundo cuerpo se compone de una ancha franja decorada con cabezas de ángeles, haciendo coro a una figura del Salvador, labrada en el centro en actitud de bendecir. Sobre la franja hay una hornacina rectangular con una bella representación de la Asunción de María, rodeada de ángeles y con la luna a sus pies, como la contempló el vidente del Apocalipsis. A ambos lados aparecen arrodillados san Benito y san Bernardo. En el friso de la hornacina se lee: *Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano, coronaberis*, cita bíblica aplicada a la Virgen en el misterio de su Asunción.

Coronando el conjunto, contemplo un frontón del que emerge la figura del Padre celestial en actitud expectante ante la subida de la Virgen a los cielos. A los lados, dos escudos están sostenidos por ángeles.

La parte alta del claustro la recorre elegantemente una galería encristalada de arcos de medio punto sobre esbeltas columnas sin apenas decoración.

La sacristía, también del siglo XVI, fue construida sobre la primitiva sala capitular románica, de la que se conservan dos ventanales. Consta de dos tramos con bóvedas de nervadura. Las claves van decoradas con bustos de abades y otras jerarquías benedictinas.

La sala capitular actual, de la misma época de la sacristía, es de planta cuadrada y con bóveda nervada. Está decorada con medallones sin escultura alguna.

Las restantes edificaciones son estancias del monasterio y aulas de la universidad, construidas en su mayor parte en el siglo XVIII. Encierran dos patios, uno grande y otro más exiguo, exentos de decoración.

Por una majestuosa escalera se accede desde la planta baja a las aulas de la universidad en los dos pisos del edificio. Hay también otras edificaciones de obra nueva y adaptaciones de antiguas, surgidas en el siglo XX, según las necesidades de los padres escolapios, que han sido sus últimos moradores, y las de la comunidad de monjas que atendía a los estudiantes filósofos.

La fachada de poniente es severa. Su única decoración son los vanos de la puerta del monasterio, las ventanas y los balcones enrejados, entre los que se encuentra una serie de siete escudos labrados en piedra. En el ángulo noroeste, cabalgando sobre un podio de piedra adosado a la pared, hay otro grandioso blasón con águila bicéfala de fondo.

Fuera ya del recinto monacal, media docena de casas forman una recoleta plaza, que daba cobijo a los antiguos colonos de las tierras del monasterio.

Desde 1885 la orden Calasancia ha poseído el monasterio en usufructo hasta que lo abandonaron en los primeros años de la década de los 70 del pasado siglo, a causa de la crisis vocacional imperante.

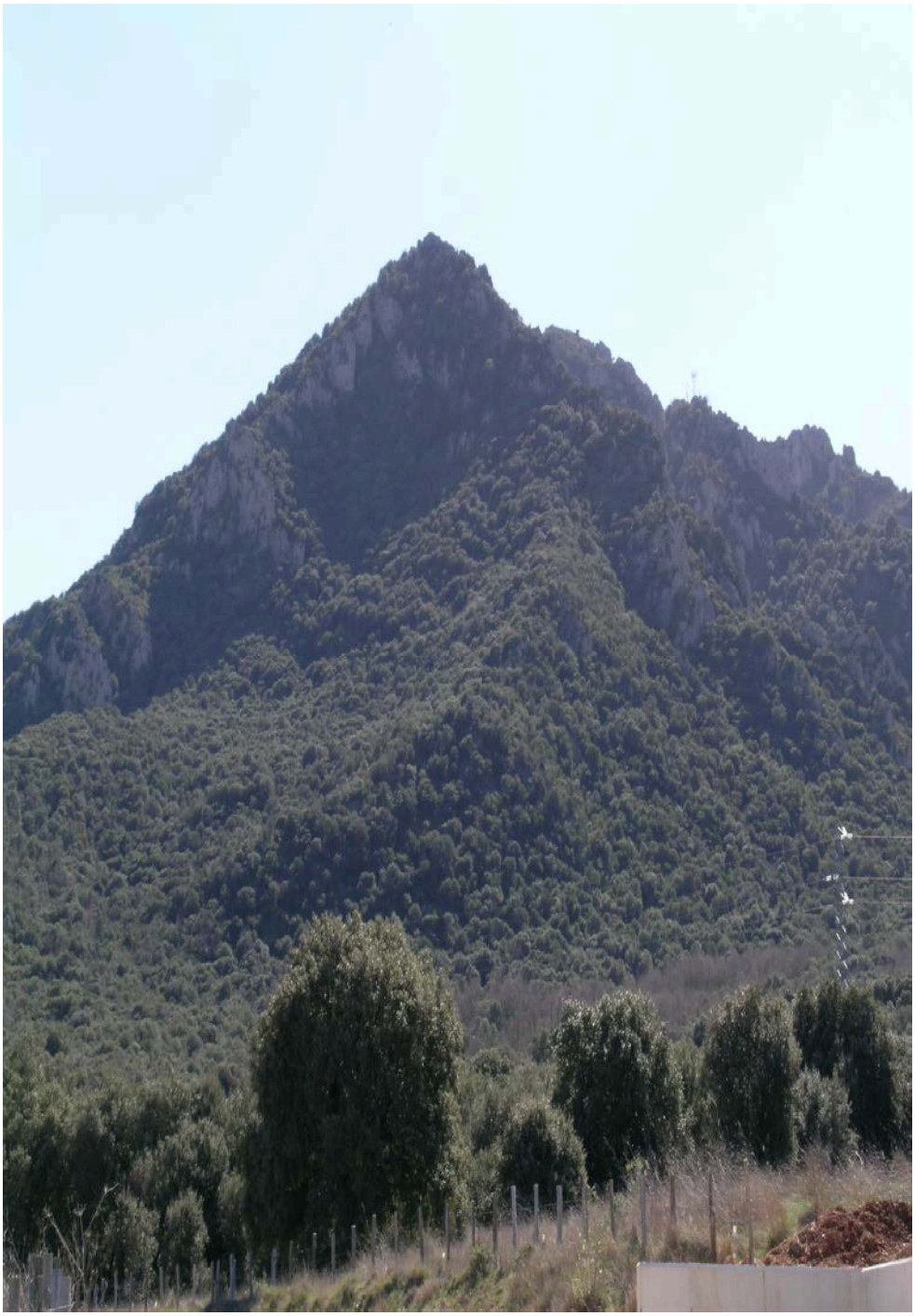
Durante casi cien años han alegrado a Irache con su presencia cientos de jóvenes seminaristas de los tres cursos filosóficos, procedentes de las provincias calasancias de España, Sudamérica, América Central y Estados Unidos. De Irache marchaban a Albelda de Iregua, en La Rioja, para cursar la Teología. Me consta que varios jóvenes escolapios peralteses estudiaron en Irache la Filosofía escolástica. En 1950 se fundó en sus aulas la Escuela de Magisterio de la Iglesia San José de Calasanz, pero se mantuvo abierta escasos años.

Se rumorea ya hace varios años que una nueva utilidad podría albergar el conjunto arquitectónico de Irache como Parador Nacional de Turismo. De esta manera se garantizaría la conservación de este milenario monumento histórico-artístico-cultural de Navarra.

NOTAS:

1. Ríos, Román. *La Universidad Benedictina de Hirache,* art. en The Doxnside Review, núm. 184, LXX, pág. 285.
2. Yepes, A. *Crónica General de la Orden de San Benito,* vol. III, pág. 355. Los tres primeros volúmenes fueron impresos en Irache entre 1609 y 1610.
3. AGN. *Monasterios, Irache*, adiciones 22, original de 9 de junio de 1597.
4. Ibarra Javier. Historia del Monasterio y de la Universidad Literaria de Hirache, Pamplona, 1940, págs. 9 y 10.
5. Se puede leer una transcripción en Ibarra, J., ibíd., págs. 12-13.
6. AGN, *Becerro de Irache*, pág. 1.
7. Ibíd., pág. 4 y ss.
8. Ibíd., pág. 138.
9. *Regla de san Benito*, capítulos LIII y LVI.
10. AGN, *Becerro de Irache*, pág. 4.
11. Ibíd., pág. 138.
12. Ibíd., pág. 62.
13. Ibarra, J., ibíd., pág. 88 y ss. Transcribe las actas que Morales copió del libro 12, cap. 19, de los concilios de San Millán.
14. AGN, *Monasterios, Irache*, pág. 80.
15. AGN, *Irache*, pág. 203. - Lacarra, J. Mª. *Colección Diplomática de Irache*, vol. II (1233-1397), índices 958-1397, n. 353, págs. 30 y 31.
16. AGN, *Irache*, pág. 204. - Lacarra, J. Mª, ibíd., n. 354, pp. 32.
17. Sobre esta donación, cf. AGN, Irache, pág. 211. - Pero Périz de Peralta, prior iraqués, sacristán y hospitalero de Irache. Cf. Ibarra, J., ibíd., núms. 372, 373, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 388, 389, 393, 398, 404, 411 y 424.
AGN, *Irache*, núm. 217. Citado por Goñi, J. en *Historia de los Obispos de Pamplona,* t. I, pág. 651. - Ibarra, J., ibíd., núm. 407, pág. 81.
19. Ibarra, J., ibíd., núm. 434, pág. 129.
20. Yepes, A., ibíd., vol. III, pág. 381.
21. AGN, *Irache*, núm. 96. Clemente VII, a petición del emperador y de las casas españolas de la orden de san Benito, unió Irache a la congregación vallisoletana, por bula *Gerentes in desideriis*, del 9 de diciembre de 1530, que fue ejecutada el 25 de septiembre de 1531.
22. Álamo, Mateo del. *Congregación de San Benito de Valladolid*, art. en la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Madrid, Espasa Calpe, 1929, t. 66, pág. 965.
23. Constituciones de la Congregación de San Benito de Valladolid, Salamanca, 1546, fol. 60v y 61v.
24. Archivo del monasterio de Silos, Libro Becerro de las Constituciones, Definiciones, Estatutos y Actas de los Capítulos Generales de la Congregación de San Benito desde 1500 a 1610. t. I, fols. 92 y 139, 1544.

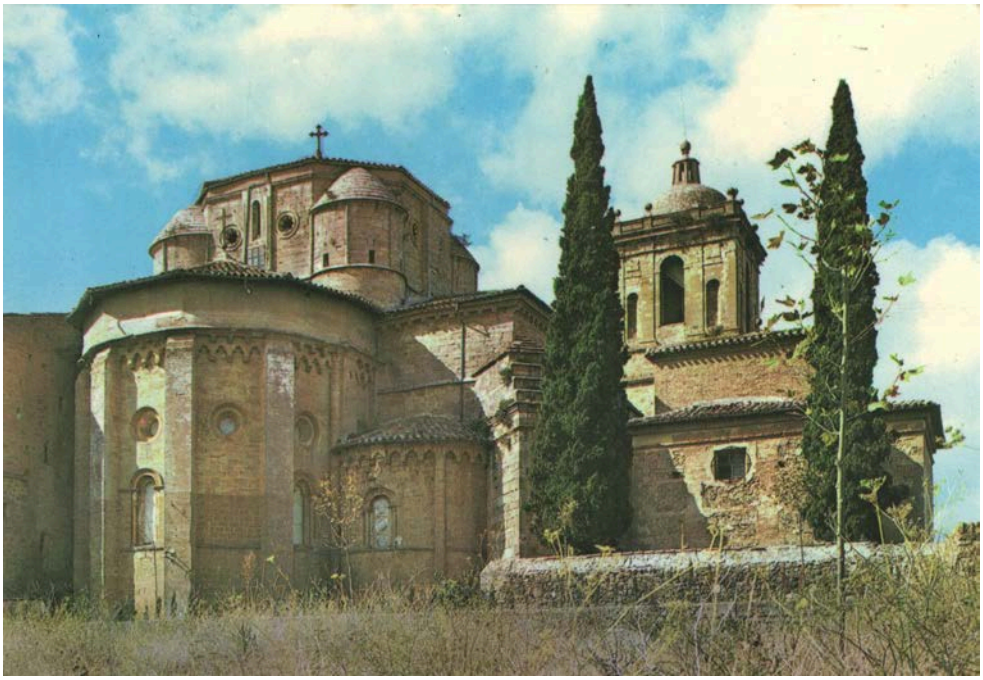
25. Quien ha tratado más exactamente los comienzos de la Universidad de Irache es José Goñi Gaztambide, canónigo archivero de Pamplona, en su artículo *Orígenes de la Universidad Benedictina de Irache*, Studia Monástica, vol. 2, fasc. 2, 1960, Montserrat (Barcelona) a quien agradezco haberme permitido utilizarlo para este capítulo.
26. AGN, *Irache*, pág. 45.
27. AGN, ibíd., pág. 540.
28. AGN, ibíd., pág. 44.
29. González Velasco, Carmelo. *La Abadía Benedictina de Irache, Primera Universidad navarra*, tesis de licenciatura, Universidad Literaria de Valencia, Facultad de Filosofía y Letras, 1972.
30. AGN, Irache. Libro de Actas, 1795.
31. AGN, Inventario de Documentos de Irache.
32. Pérez Goyena, rev. Razón y Fe. núm. 173, pág. 70.
33. AGN, Irache. Libro registro de Actas, 1824.
34. AGN, Estatutos de la Universidad de Hirache, prólogo, adiciones 22, original 9 de junio de 1597.
35. Sus nombres son Martín de Oyarzábal y Miguel de Gaztañaga. La interesante contrata de obra que mantuvieron ambos maestros con los abades respectivos se puede ver en Ibarra, J., ibíd., págs. 190 y ss.



Montejurra junto al monasterio de Irache en Navarra

Vista aérea del Monasterio de Irache

Planta general del monasterio



Exterior de los ábsides románicos de la iglesia

Claustro del Monasterio de Irache

Fachada del Monasterio de Irache

Claustro gótico-renacentista del Monasterio de Irache

Interior de la iglesia del Monasterio de Irache

CAPÍTULO XXIII: EN LA ATALAYA ETERNA

No hace falta aclarar que el vocablo ***Atalaya*** se refiere al pequeño y antiquísimo torreón prismático erigido sobre un estratégico acantilado donde termina la suave sierra de Peralta en el último tramo del valle del Arga. Realza su exigua arquitectura aprovechando la roca natural que domina al caserío peraltés. Pero es mi intención, en este capítulo conferir a la Atalaya peraltesa un significado metafórico, el de la cima inmaterial del cielo, a la que van llegando desde el inicio de los tiempos, las personas de la villa, que mueren conforme a la fe cristiana, para morar junto a Dios en la eternidad.

Ya han aparecido muchos nombres de peralteses y peraltesas a lo largo de los dos tomos de este libro, pero como resulta imposible enumerar a todos, me limito a consignar ahora los valores humanos y las virtudes espirituales de los dos beatos peralteses que ya gozan de Dios desde hace ochenta y ocho años, además de once hombres y mujeres más fallecidos en los últimos años a quienes conocí y traté en vida. Los aduzco a modo de ejemplo. Pero podrían ser miles, los peralteses que aquí aparecieran.

1. El joven pasionista beato José Osés Sainz

Nació en Peralta el 29 de abril de 1915, hijo de Bonifacio y de Trinidad. Fue cristianado el 1 de mayo en la pila bautismal de la parroquia de san Juan Evangelista. Recibió el sacramento de la confirmación de manos del obispo de la diócesis de san Fermín [1] cuando el niño apenas contaba con un año de vida. Era costumbre de aquella época que el obispo confirmaba a todos los niños y niñas disponibles de cualquier edad al hacer su visita pastoral a las parroquias cada cuatro o cinco años.

José ingresó siendo preadolescente en la casa de formación que la Congregación de los Padres Pasionistas tenía en Daimiel [2]. Aquí realizó, a los dieciocho años de edad, la profesión temporal de los votos religiosos el 29 de octubre de 1933 [3].

Cuando tenía veintiún años fue martirizado en Madrid, en el barrio de Carabanchel Bajo, el 23 de julio de 1936 a los cinco días de haberse iniciado la Guerra Civil Española.

Para conocimiento y edificación de sus paisanos peralteses, me detengo en los avatares que padeció nuestro beato junto a los compañeros de Congregación al dar la vida por fidelidad a Cristo y a la Iglesia, en aquellos años convulsos de violencia anticlerical por la que pasaba España. Era grande la aspiración al martirio que se respiraba en los ambientes religiosos. Unos días antes de

padecerlo, presintiendo José lo que le iba a suceder, escribía a sus padres una carta en estos términos: *Pueden estar contentos de tener pronto en el cielo a su hijo mártir.*

A las once y media de la noche del 21 de julio de 1936, un grupo de doscientos anarquistas armados rodeó el convento obligando a salir de él a los treinta y un religiosos que componían la comunidad [4]. La mayoría de estos pasionistas eran jóvenes estudiantes con edades entre los 18 y los 21 años. Seis eran sacerdotes, once estudiantes de filosofía, y cuatro hermanos coadjutores que colaboraban en las necesidades de la comunidad, Antes de abandonar el convento, el padre provincial, Nicéforo de Jesús y María, (nombre griego que significa E*l que lleva la victoria*), los reunió en la iglesia para animarles a padecer el martirio:

Hermanos e hijos muy amados. Éste es nuestro Getsemaní. La naturaleza, en su parte débil, desfallece y se acobarda, pero Jesucristo está con nosotros. Os voy a dar al que es la fortaleza de los débiles. A Jesús le confortó un ángel, a nosotros es el mismo Jesucristo quien nos conforta y sostiene. Dentro de poco estaremos con Él. ¡Moradores del Calvario, ánimo y a morir por Cristo! A mí me toca animaros, pero yo mismo me estimulo con vuestro ejemplo.

Son palabras textuales recordadas por los pocos de aquellos religiosos que lograron sobrevivir. A continuación, les impartió la absolución general de sus pecados, y él mismo la recibió del superior de la comunidad, el padre Germán Pérez Giménez, que tenía 38 años. Dio también la comunión a cada uno, recordándoles que debían probar ahora con su vida que eran verdaderos pasionistas, seguidores de Cristo crucificado. A continuación, los anarquistas los llevaron hasta el cementerio. Allí los dejaron en libertad con la orden de desaparecer y no dejarse ver más por Daimiel y sus cercanías. Se dividieron en grupos y se dispersaron por distintos lugares hasta terminar muriendo en diferentes lugares y fechas.

El padre Nicéforo y cuatro religiosos más fueron fusilados el 23 de julio en la cercana población de Manzanares; otro grupo de siete frailes sobrevivió, pero meses más tarde también serían asesinados; nueve marcharon a Ciudad Real donde los encarcelaron y, tras recibir burlas y ser apedreados por la multitud, fueron asesinados y enterrados en una fosa común; finalmente, los demás intentaron llegar en tren y caminando, hasta Madrid, pero fueron fusilados en tres poblaciones distintas del trayecto: en Carrión de Calatrava (Ciudad Real), en Urda (Toledo) y, los nueve restantes presididos por el padre Germán, en Carabanchel Bajo (Madrid) delante una tapia. Entre estos estaba José Osés Sainz.

El papa Juan Pablo II beatificó en la basílica de san Pedro, el 1 de octubre de 1989, al padre Nicéforo y a sus veinticinco compañeros, además de a otros mártires de la Guerra Civil Española [5].

La Congregación de la Pasión de Jesucristo fue fundada en el siglo XVIII por san Pablo de la Cruz. La casa de Daimiel era un seminario de formación para los jóvenes pasionistas, verdadero vivero del que salieron varias generaciones de ellos para misionar en España y en América. Este convento es actualmente casa de espiritualidad para realizar ejercicios espirituales.

Las reliquias de estos beatos se conservan en la cripta del convento del Cristo de la Luz en la población de Daimiel. Su memoria litúrgica se celebra el día 24 de julio.

2. La beata Estefanía Irisarri Irigaray, Hija de la Caridad

Una estampa que cayó en mis manos con el retrato de esta religiosa, hija de la Caridad y de san Vicente de Paúl, acompañando a una oración para obtener su beatificación, me animó a conocer la vida y martirio de esta monja nacida en Peralta el 26 de diciembre de 1878. Tenía la edad de mi abuela materna Isidra Moreno, además de ser compañera del Colegio y vecina suya. Sus padres, Ildefonso y Juana, eran modestos labradores, lo mismo que sus abuelos paternos, Joaquín Irisarri y Francisca Díaz, y los maternos, Pedro Irigaray y Patricia Osés, todos naturales y vecinos de la villa [6]. Fue bautizada al día siguiente de su nacimiento por don Nicasio Orduña, vicario de la parroquia de san Juan Evangelista, actuando de madrina su tía Inés Irigaray [7].

El 9 de mayo de 1880, cuando Estefanía apenas contaba un año y medio de edad, recibió la confirmación de manos del obispo de la diócesis pamplonesa, José Oliver y Hurtado [8]. Desde muy niña acudió al colegio *La Milagrosa*, regentado por las Hijas de la Caridad. Siendo adolescente, sus padres quisieron que completase su formación en la *Escuela la Milagrosa*, anexa al *Hospital san Bernabé* de la ciudad de Palencia, donde residía una tía suya, también de esa Congregación,

El 21 de diciembre de 1896, cuando le faltaba un mes para cumplir dieciocho años, inició el postulantado de seis meses, a continuación, el noviciado de un año, profesando los votos religiosos temporales el 13 de junio de 1897.

Hizo el noviciado en el hospital provincial de Palencia, y, después de hacer la profesión religiosa el 13 de junio de 1897. Fue destinada al *Colegio-Asilo Nuestra Señora del Carmen* de la población valenciana de Bétera. Aquí estuvo de maestra de párvulos durante 39 años consecutivos, prácticamente toda su vida como religiosa, hasta cuatro meses y medio antes de su martirio en 1936.

En la forma de educar y enseñar destacó por su bondad, humildad y paciencia. Siempre se manifestaba contenta y cordial, compasiva y disponible para con todos. Su acogimiento y trato a los pequeños alumnos era excepcional. Quienes la conocieron y trataron dicen que su cara expresaba la riqueza de su corazón.

Durante la temporada de recogida de la naranja, las madres dejaban a su cuidado a los hijos pequeños cuando iban a trabajar porque sabían que con sor Estefanía estaban bien cuidados. También se encargaba del lavado de la ropa de la comunidad y de dar cuerda al reloj en la torre del castillo de los marqueses de dos Aguas, donde estaban ubicados el convento y el colegio de las monjas.

El 21 de julio de 1936 varios jóvenes de Bétera se presentaron en aquel viejo caserón dispuestos a defender a las hermanas contra los milicianos que querían atacarlas. Cuando llegaron los del comité revolucionario, comenzó una reyerta, que perdieron los defensores frente al mayor número de los atacantes. Estos hicieron salir del convento a las hermanas y, a continuación, saquearon las instalaciones. Juanita, una antigua alumna, acogió a las religiosas en su casa, pero dos días más tarde, fueron localizadas por los milicianos quienes las echaron también de ella y, despojándolas de sus hábitos, las obligaron a marcharse del pueblo. Previamente el alcalde había ordenado mediante un bando público que nadie les diera cobijo.

Durante un tiempo estuvieron desperdigadas por los alrededores. Dos de ellas se separaron del grupo marchando a casas de familiares en la ciudad de Madrid y en el pueblo valenciano de Sueca, respectivamente. El 17 de agosto, otras dos, *sor Estefanía* y *sor Emilia*, marcharon a Concentaina (Alicante), refugiándose en el domicilio de unos primos de la segunda. Allí permaneció sor Estefanía tres días, pero viendo que era un compromiso para aquella familia, volvió a Bétera.

Para esa fecha, concretamente el 21 del mismo mes, las demás hermanas se habían marchado a Valencia sin contar de antemano con hospedaje fijo. Pasaron la primera noche en un garaje hasta que pudieron hospedarse en la pensión *El Gallo*, en la calle Engael 7. Dolores Broseta, la seglar que unió su destino al de las Hermanas, les llevaba comida y ladrillos calientes para amortiguar el frío que hacía en aquel edificio de siete alturas

Se conserva una preciosa carta escrita a Bétera desde Valencia el 9 de septiembre por *sor Josefa Laborra Goyeneche*, natural de Sangüesa (Navarra), que había sido hasta poco tiempo antes superiora de la comunidad. La carta va dirigida a María Ibáñez, contestándole a otra suya, para agradecerle la preocupación por ellas, sus oraciones y la ayuda material recibida de mucha gente del pueblo por medio de Broseta. Le cuenta también las desdichas y los muchos avatares por los que estaban pasando [9].

Al regresa sor Estefanía de Concentaina a Bétera y comprobar que se habían marchado sus compañeras, una señora del pueblo le ofreció dinero para que tomase el tren hacia Barcelona, viaje que desestimó. Lo que deseaba era reunirse con sus Hermanas, cuyo destino desconocía. Al llegar a Valencia buscándolas, pasó la noche en un banco del Paseo de la Alameda, donde los milicianos la detuvieron y llevaron a la comisaría. Aunque iba vestida de seglar, le delató el gran rosario colgado debajo de la falda, del que no había querido desprenderse. Una miliciana, vio que era tan buena persona, le dijo: *Váyase y rece cuanto pueda*.

Dolores Broseta la encontró en la calle y la llevó con las demás, quienes al verla la abrazaron, echándose todas a llorar por la emoción del encuentro. Al preguntarle cual era el motivo de de su regreso, nuestra monja contestó: *Quiero ser mártir como mi Patrona santa Estefanía*. Todas tenían el presentimiento de que iban a padecer el martirio, y no se equivocaron.

Llevaban casi cuatro meses alojadas en la citada pensión, cuando un tal Franco las encontró y traicionó. Había sido alcalde de Bétera al comienzo de la República, y dos hijas suyas se educaron con las Hermanas en el colegio. El 8 de diciembre este ex-alcalde les condujo en un coche al Seminario de la calle Trinitarios que servía de cárcel en manos de los milicianos.

Un tal Guillén, jefe de esa checa, al día siguiente dictó sentencia de muerte para las cinco Hermanas y su acompañante Dolores Broseta. En la madrugada del 9 de diciembre de 1936, fueron ejecutadas en el Picadero de Paterna, siendo sus restos inhumados en el cementerio de Valencia. Sor Estefanía fue martirizada diecisiete días antes de cumplir cincuenta y ocho años de edad y cuarenta de vida religiosa

El acta de enterramiento de nuestra monja, solicitada el 26 de septiembre de 1959 por su Congregación, dice: Don Enrique Blay Climent, administrador del Cementerio General de Valencia, hago constar: Que según el libro registro de entradas de cadáveres en este Cementerio de mi cargo, aparece que el día 11 del mes de diciembre del año 1936 fueron inhumados los restos mortales de una mujer desconocida (que resultó ser el de Sor Estefanía Irisarri Irigaray) en la sección 5ª Dcha. Cdo, 1º fila 13 letra X. Falleció por arma de fuego. Juzgado núm. 3, Picadero de Paterna, partida de 17 con el núm. 11. Y para que conste, a petición de la parte interesada, libro la presente que firmo y sello en el Cementerio General de Valencia.

Estas son las cuatro religiosas que murieron con sor Estefanía: Carmen Rodríguez Banazal, de Cea (Orense), superiora de la comunidad desde 1935; Josefa Laborra Goyeneche, de Sangüesa (Navarra) y anterior superiora; Pilar Nadal Franco, de Algodonales (Cádiz); Isidora Izquierdo García, de Páramo

(Burgos), y la tantas veces citada, Dolores Broseta de Bétera (Valencia) que no quiso separarse de ellas, corriendo igual suerte [10]. La causa de beatificación de todas fue introducida ante el Tribunal Eclesiástico de Valencia el 5 de diciembre de 1960.

La ficha que guarda la Congregación sobre sor Estefanía condensa en una breve frase toda su vida: *Fue siempre una verdadera Hija de la Caridad, abnegada, piadosa, humilde y amante de los pobres* [11].

Sus restos, junto a los de once Hermanas más de la Caridad martirizadas en Valencia, están depositados en un mausoleo del *Hogar san Eugenio*, en la calle de la Milagrosa de esta ciudad, He tenido la satisfacción de visitarlo al redactar esta breve semblanza.

Cuando esto escribí, ya estaba concluida la causa de beatificación de las Hermanas, a la espera de la fecha oportuna para que la Santa Sede la hiciera efectiva. El 19 de abril de 2013 la conferencia Episcopal Española confirmó que iban a ser beatificados 522 mártires de los años 1936 a 1939, entre ellos estas Hijas de la Caridad.

Ha sido la beatificación más numerosa de la historia de la Iglesia en España. Se realizó en Tarragona por dos motivos principales: Porque el grupo mayor de estos mártires, a saber 147, procede de la archidiócesis tarraconense, incluidos el obispo auxiliar, varias docenas de sacerdotes, veinte monjes benedictinos de Montserrat y dos jóvenes seminaristas; y porque los primeros mártires hispanos dieron su vida por Cristo en el anfiteatro de esta ciudad el año 259 durante una de las persecuciones romanas a los cristianos, entre ellos el obispo san Fructuoso y sus diáconos san Eulogio y san Augurio.

La mayor parte de los nuevos beatos eran jóvenes, Varios tenían treinta o menos años. Pero también había ancianos. La edad media no llegaba a los cuarenta y cuatro años. El más joven fue un carmelita de dieciocho años, y la mayor una religiosa de ochenta y seis.

Fueron numerosos los autobuses que llegaron a Tarragona para la ceremonia el 13 de octubre del año 2013. Vinieron parientes y paisanos de los nuevos beatos de casi toda España. También muchos peralteses con el párroco don Javier Leoz al frente. En nuestro pueblo se organizó un triduo de acción de gracias a Dios por sor Estefanía Irisarri Irigaray, la beata peraltesa.

En la iglesia parroquial de Peralta, se han colocado dos cuadros con sendas pinturas y reliquias del mártir pasionista José Osés Sainz, beatificado en 1989 y de sor Estefanía Irisarri Irigaray, hija de la caridad, beatificada catorce años después. También las Hijas de la Caridad han colocado en la basílica de san

Miguel en Peralta, que ellas regentan, otro cuadro con el retrato de la beata peraltesa sor Estefanía Irisarri Irigaray.

3. El doctor en Teología, José Antonio Sayés Bermejo

Es gratificante y triste a la vez para mí escribir sobre esta persona con la que mantuve lazos de estrecha amistad en nuestra común infancia. Nació en Peralta el año 1944. Me sucedió como monaguillo en la iglesia de san Juan Evangelista. Aunque soy algo mayor que él, jugábamos en su casa a decir misas como veíamos que hacían los curas de la parroquia. Sus padres, Jacinto y Rosalía eran ganaderos de ovejas y corderos, cuya carne vendían en su carnicería de la calle Irurzun, donde vivían en una hermosa casa de tres alturas. José Antonio era el menor de tres hermanos: Juan Jacinto, que también fue sacerdote, y Jesús, ganadero y carnicero como su padre, todos ya fallecidos.

Asistió al parvulario de las Hijas de la Caridad y a las Escuelas Nacionales. Recibió la primera comunión de manos del párroco Carmelo Velasco[12]. Ingresó en el Seminario menor de Pamplona a la edad de once años, donde estudió Humanidades, Lengua Latina, Filosofía y Teología durante los doce años de la carrera sacerdotal.

Su madre, Rosalía deseaba fervientemente tener un hijo cura y el Señor la complació por partida doble porque también fue sacerdote el hijo mayor, Juan Jacinto. Acogieron en su casa al coadjutor don Javier Alfonso Ruiz de Galarreta cuando llegó de coadjutor a la parroquia de Peralta en los años cincuenta del siglo pasado.

El ambiente religioso que se respiraba en la familia Sayés-Bermejo propició la vocación sacerdotal de ambos hermanos. José Antonio fue ordenado presbítero el 23 de junio de 1968 a la edad de veinticuatro años y cantó la primera misa el 29 del mismo mes, fiesta de san Pedro y día grande en Peralta. Ese año resultó algo especial, porque junto a él cantó su primera misa el también peraltés Ignacio Jericó Bermejo, con quien había estudiado los mismos cursos en el Seminario Conciliar de Pamplona.

José Antonio marchó a la Universidad Gregoriana de Roma para adquirir el doctorado en Teología. Fue alumno de Joseph Ratzinger, posteriormente Papa Benedicto XVI, en un curso sobre *La real presencia de Jesús en la Eucaristía*. De regreso a España lo nombraron profesor en el Seminario de Pamplona y capellán de las religiosas Ursulinas; más tarde enseñó Teodicea en el seminario de Toledo, y durante muchos años Teología Fundamental en la Facultad de Teología del Norte de España en Burgos.

Colaboró con el cardenal de Viena[13] en la redacción del *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica*. Participó con intervenciones brillantes y clarificaciones sobre verdades de la fe católica, en el programa de televisión española *Lágrimas en la lluvia,* dirigido por Juan Manuel de Prada [14,]

Por su excelente preparación y sus reconocidas condiciones personales, el Vaticano le nombró *Exorcista*, uno de los seis sacerdotes que ejercían en la Iglesia este especial ministerio.

En el verano de 1996, después de muchos años sin vernos, coincidimos en el monasterio de Leyre, cuando él impartía a los monjes charlas de temas teológicos, y yo gozaba de unos días de descanso. Nos alegró volver a encontrarnos para actualizar nuestra amistad. Me contó sus clases y conferencias en los seminarios de España y de Hispanoamérica, los retiros y ejercicios espirituales que impartía a los jóvenes de ambos sexos. Aficionado a la montaña, organizaba en los veranos campamentos de formación religiosa para los universitarios en lugares escogidos de España y de Europa: los Pirineos, la Cordillera Cantábrica, la Sierra de Gredos, los Alpes y los Montes Dolomitas.

Quedamos en vernos en Valencia, Pamplona o Peralta, y en escribirnos en Navidad. Esta es la felicitación que me mandó ese mismo año desde la Facultad de Teología de Burgos: *Feliz y cristiana Navidad. Paz y Bien en el Nuevo Año del Señor, Él mismo ayer, hoy y siempre (Hb. 13,8). Voy luchando con rasguños, pero sigo en pie. Este año no voy a Valencia, pues el curso en el Juan Pablo II es cíclico. Iré el curso que viene. No dejes la oración y la dirección de un buen sacerdote. Un abrazo, J. A. Sayés*.

A partir de su jubilación, vivió en la *Residencia para sacerdotes del Seminario de Pamplona*. Y cuando una enfermedad neurovegetativa fue invadiendo su cuerpo, se trasladó al *Retiro Sacerdotal del Buen Pastor*, en el que pocos años antes había muerto su hermano Juan Jacinto. En abril de 2020 estuvo ingresado por el Covid-19 en la Clínica Universitaria de Navarra. Finalmente, el martes 26 de abril del año 2022 me comunicaron la triste noticia de su muerte a los 78 años de edad. El martes 3 de mayo, en la festividad de los santos Apóstoles Felipe y Santiago, se celebró en la parroquia de Peralta el funeral *corpore insepul*to[15]. Fue presidido por Miguel Larrambebere, vicario general de la diócesis, ante la ausencia obligada del arzobispo de Pamplona que se encontraba en Madrid participando en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal.

Al pertenecer José Antonio desde su nacimiento a la secular cofradía de la Virgen del Carmen, el estandarte de la misma presidió el funeral junto al pendón del Santo Cristo de la Cruz a Cuestas, otra de las cofradías con gran raigambre en Peralta. El vicario general fue enumerando en la homilía las grandes

cualidades humanas y las virtudes cristianas que adornaron al teólogo Sayés, destacando la sencillez de su vida y de sus libros, en los que emplea un lenguaje comprensible y directo. Resaltó también el hecho de que nunca necesitó coche propio, ni teléfono móvil, ni de ordenador personal para desarrollar la gran tarea apologética que realizó durante toda su vida.

Concluyó la homilía admirando los últimos años de su vida, de los que fue testigo directo, cuando la debilidad y la enfermedad lograron que se abandonara de manera absoluta en las manos de Dios. Invocó a la Virgen de Nieva, Patrona de Peralta y a la Virgen de Roncesvalles, de la que José Antonio fue gran devoto, añadiendo que uno de los pocos objetos que había en su habitación era un cuadro frente a la cama con la imagen de esta advocación mariana.

Tras el responso de la misa, salió el féretro de la iglesia a hombros de familiares y amigos. Llovía dulce y pausadamente mientras los bronces del Campanar tocaban a muerto. La comitiva prosiguió Calle Mayor adelante pasando por delante de su casa en la calle Juan Bautista de Irurzun. Y desde la basílica de san Miguel marchó el coche fúnebre al cementerio municipal donde fue inhumado con los restos de sus padres y hermanos en el panteón familiar.

Hasta seis libros escribió sobre el tema de la Eucaristía entre los años 1976 y 2003. Estos son sus títulos: *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, 1976; *La Eucaristía*, 1980; *La Eucaristía centro de la vida cristiana*, 1982; *El misterio eucarístico*, Madrid, 1986; *El sacramento de la Eucaristía (para uso de los alumnos),*1989; *El misterio eucarístico*, 2003.

Enumero a continuación los siguientes títulos de otras obras, fruto de sus clases de Teología, escritas entre los años 1980 y 2004 [16]:

- *Existencia de Dios y conocimiento humano*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1980;
- *Dios existe*, Madrid, Edapor, 1982;
- Jesucristo, ser y persona, Burgos, Aldecoa, 1984;
- *Cristología fundamental*, Madrid, Cete, 1985;
- *Jesucristo, Nuestro Señor*, Madrid, Edapor, 1985;
- *El misterio eucarístico*, Madrid, La Editorial Católica, 1986;
- Pecado original y redención de Cristo, Madrid Edapor, 1988;
- Cristología dogmática (para uso de los alumnos), Burgos, Aldecoa, 1988;
- *Ciencia, ateísmo y fe en Dios*. Ediciones Universidad de Navarra, Eunsa, 1994;

- El tema del alma en el catecismo de la Iglesia Católica, Pamplona, "Gratis date", 1994;
- *Señor y Cristo*, Ediciones Universidad de Navarra, Eunsa, 1995;
- Antropología y moral: de la nueva moral a la "Veritatis splendor", Ediciones Palabra, 1997;
- El demonio, ¿realidad o mito? San Pablo, 1997;
- Compendio de Teología Fundamental: la razón de la esperanza, Editorial Edicep C. B., 1998;
- La Iglesia de Cristo: curso de eclesiología, Ediciones Palabra, 1999;
- *Moral de la sexualidad*, Editorial Edicep C. B., 2000;
- La Trinidad: misterio de salvación. Ediciones Palabra, 2000;
- Cristianismo y religiones: la salvación fuera de la Iglesia, San Pablo, 2001;
- *Cristianismo y filosofía,* Editorial Edicep, C. B., 2002;
- *Teología de la creación*, Ediciones Palabra, 2002;
- *Teología moral fundamental,* Ediciones Edicep C.B., 2003;
- *La Gracia,* Edibesa, 2004.

José Antonio Sayés fue ante todo sacerdote de Jesucristo. En medio de la gran confusión existente, acuñó el término *Teología de la secularización* para describir las causas y consecuencias del *modernismo teológico* infiltrado en la Iglesia. Realizó un gran servicio apologético y describió de manera luminosa el equilibrio de lo natural y lo sobrenatural en la gracia de Dios.

Concluyo con estas dos afirmaciones que repetía en sus clases, charlas y libros: Lo único que nos puede ayudar a superar la amargura es rezar como niños y confiar en la Madre Iglesia, que es la depositaria y custodia de la transmisión de la fe.

A estas alturas de la crisis de la Iglesia ya no creo en nadie que no haya estado dispuesto a hacer el ridículo por Jesucristo.

4. Ignacio Jericó, investigador histórico-religioso

Ignacio Jericó, que nació en Peralta el año 1943, tenía tres años menos que yo, y uno más que su compañero José Antonio Sayés, con quien coincidió estudiando el mismo curso en el Parvulario de las Hijas de la Caridad, en las Escuelas Nacionales y en el Seminario Conciliar de Pamplona. Los tres fuimos buenos amigos. La coincidencia de Sayés con Jericó en el segundo apellido es mera casualidad porque *Bermejo* es habitual en muchas familias peraltesas.

El niño Ignacio vivía con sus padres en las llamadas *Casas Baratas*, construidas para las familias necesitadas en la década de los años 40 del siglo pasado en un extremo del pueblo entre las carreteras de Andosilla y Rincón de Soto. Recuerdo su domicilio porque, siendo yo monaguillo, iba hasta su barrio tocando una campanilla manual avisando el viacrucis de los viernes de Cuaresma. Entonces estaba el pequeño Ignacio jugando en la calle y, al verme, avisaba a su madre que era la hora de marchar a la iglesia.

Ignacio era un chico menudo, de trato sencillo, tímido, callado y retraído. En el mes de julio de 1955 aprobó el examen y el cursillo de selección para ingresar en el Seminario menor de Pamplona. Cursó los doce años de la carrera eclesiástica, aprovechando las llamadas *Becas de Peralta*, instituidas con los bienes del prohombre peraltés Juan Bautista de Irurzun en el siglo XVIII, como ha quedado dicho varias veces en ambos tomos de esta Historia.

Tras recibir la ordenación sacerdotal, cantó la primera misa el día 29 de junio de 1968, solemnidad de San Pedro, en compañía de su compañero Sayés. Los cofrades del Apóstol al regresar de Arlas al pueblo, montados a caballo y con ramos de flores silvestres, acompañaron a los misacantanos a la parroquia para sus cantamisas.

Ignacio orientó pastoralmente su apostolado hacia la enseñanza de la Religión en Institutos de Enseñanza Media y a la investigación histórico-religiosa de escritores eclesiásticos del siglo XVI. Y a esto se dedicó en cuerpo y alma toda su vida, plasmando sus resultados en varios libros y en numerosos artículos de revistas especializadas. Me llevé una grata sorpresa, cuando me los enseñó llenando los anaqueles de su casa. Y así como, desde que yo abandoné Peralta, supe siempre algo de las publicaciones de su compañero José Antonio, de carácter mucho más abierto y comunicativo que Ignacio, de éste ya no tuve noticias, porque siguió siendo tímido y poco comunicativo. Sólo mantenía relaciones con la gente en un estricto contacto ministerial.

Mientras vivieron sus padres venía al pueblo a pasar con ellos las vacaciones. Ya jubilado fijó aquí su residencia. Adscrito a la iglesia parroquial celebraba misa en ella o en la basílica de san Miguel más cercana que a su casa. También acudía cuando era preciso a Funes para ayudar en el ministerio pastoral.

Una tarde de agosto del año 2012, en una rápida visita que hice a Peralta, lo encontré en la Calle Mayor cuando se dirigía a la parroquia para celebrar la misa vespertina. No nos habíamos visto desde hacía muchos años. Después de la misa, me pidió que le acompañase a su casa porque quería regalarme dos libros de los que había escrito. Al pasar delante del Bar Madrid, nos saludaron los hombres que jugaban a las cartas en la terraza. Ignacio me dijo que alguna vez se sentaba a tomar café con ellos para que no le tildaran de misántropo. Durante

el trayecto me contó que desde el año 1997 dedicaba gran parte de su tiempo a escribir con los resultados de sus investigaciones. Por este motivo había estado alguna vez en Valencia ya que colaboraba en *Anales valentinos*, una publicación periódica de la Facultad de Teología de esa ciudad.

Una vez en su casa, me regaló dos de sus libros: La Escuela de Salamanca del siglo XVI: Una pequeña introducción, 2005 y Bartolomé de Carranza de Miranda: Seis circunstancias que marcaron una vida en el siglo XVI, 2006. También se desahogó diciéndome que aspiraba en vano a que le nombraran obispo. Me di cuenta entonces que Ignacio vivía en los siglos de los personajes que describía en sus investigaciones.

Diez años más tarde de este feliz reencuentro, el 3 de mayo de 2022, se ofició en la iglesia parroquial de Peralta la misa funeral por su paisano, compañero y amigo José Antonio Sayés. Entre los concelebrantes pude ver en la retransmisión del acto por televisión, a Ignacio, muy decaído físicamente y apoyándose de continuo en un bastón. En septiembre de ese mismo año, es decir cuatro meses después, mis primos de Funes, Vicente y Guadalupe, que conocían a Ignacio porque había ido a aquella parroquia para celebrar misa, sabedores de mi amistad con él, me comunicaron que acababa de morir. Conforme a sus deseos, fue enterrado con sus padres en el cementerio de Peralta. Descansa en paz, amigo Ignacio Jericó Bermejo.

Dedico un homenaje de cariño y admiración a Jericó, estudioso e investigador incansable, del pensamiento y la historia de la Escuela de Salamanca, publicada silenciosamente estos libros [17]:

- Fray Pedro de Aragón, un salmantino del siglo XVI, 1997.
- Fray Luis de León: teología sobre el estudio y dogma de fe, 1997.
- La fe católica en los salmantinos del siglo XVI, 1999.
- Domingo Báñez: Teología de la infidelidad, Madrid, 2000.
- El símbolo apostólico: Historia y comentario, Madrid 2002.
- Salvados por la fe en Cristo, Madrid 2002.
- Tratado sobre la virtud de la justicia, Universidad de Navarra 2003.
- La fe sobrenatural en Pedro de Aragón y Domingo Báñez 2004.

Escribió también más de doscientos artículos para las siguientes revistas de filosofía y teología: Scriptorium victorianense, Archivo teológico granadino, Studium, Anales valentinos, Estudio agustiniano, Revista Teológica de Valladolid y otras.

En ellos expone los puntos de vista y las opiniones de escritores religiosos actuales, pero sobre todo de los del siglo XVI, época en la que se especializó. Nunca explicó su propio pensamiento y criterio sobre los temas expuestos. A manera de ejemplo enumero solamente diez de estos artículos [17]:

- La penitencia sacramental en Bartolomé de Carranza de Miranda.
- Las bulas pontificias de Julio II y su efecto en el Reino de Navarra.
- Jesús de Nazaret a partir de lo escrito por J. Ratzinger en sus libros.
- Desde Cristo hasta la Iglesia, según opiniones de Ratzinger.
- Necesidad del bautismo para la salvación en el Concilio de Florencia.
- Cristo y la Iglesia a propósito de los relatos en los Evangelios.
- La Iglesia, el Concilio general y el Papa, según Juan de la Peña.
- Órdenes sagradas y sexo femenino, exposición de Domingo de Soto.
- Sobre la ordenación sacerdotal de los menores de edad.
- Sobre el abandono del Orden sagrado.

5. Tres entrañables peralteses

Describo brevemente en este apartado a tres auténticos peralteses[18]. Los tres han subido recientemente a la *Atalaya eterna,* en el más allá que nos aguarda a todos los seres humanos. Fueron personas normales, como tú que me lees y yo que escribo y no se distinguieron por hechos extraordinarios.

José María Osés Castillo, nació en 1936; era un chico rollizo y fuerte, tenía cuatro años más que yo, y vivía con su madre viuda en la calle *Ventablanca*. Tenía un tío sacerdote, don José Castillo Delgado[1], que venía con frecuencia a Peralta para visitar a su anciana madre y controlar la marcha del sobrino en las Escuelas Nacionales porque era su tutor. En 1947, cuando el muchacho cumplió los once años, le encauzó su tío hacia Seminario de Pamplona. Disfrutó de las famosas Becas de Peralta, que sufragaban los gastos de la estancia, el mantenimiento, la vestimenta, la enseñanza y los libros de los seminaristas peralteses.

Se adaptó enseguida a la disciplina y a los estudios de este centro diocesano, ya que era un chico apacible e inteligente. Estudió sin problemas los doce años de la carrera eclesiástica, alcanzando excelentes calificaciones en todas asignaturas, tanto en el ciclo de las Humanidades, como en los de Filosofía y Teología. En junio del año 1961 fue ordenado sacerdote en la catedral de Pamplona. Y celebró su primera misa solemne en la parroquia de Peralta el día 29, fiesta de san Pedro[20]. Recuerdo haber visto la satisfacción que reflejaba el

rostro de su tío don José Castillo actuando de padrino eclesiástico en esta primera misa.

José María me ayudó en mis inicios seminarísticos, hablándome de los profesores, todos ellos sacerdotes, que iba a tener. Incluso me dió algunos libros de las asignaturas, que él no tuvo que comprar porque se los proporcionaba la beca que disfrutaba. Todavía conservo el texto de Historia mundial de Edelvives que estudié en tercer curso [21].

El primer ministerio pastoral de José María fue el de coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista de Mendavia, no lejos de Peralta y perteneciente a la merindad de Estella. Cuando llegó José María a ese pueblo contaba con 3.300 habitantes. Regado por el río Ebro, las producciones agrícolas de su rica huerta eran similares a las peraltesas. Como no tuvo aspiraciones de medro eclesiástico, aquí encontró excelente acomodo y satisfacción suficiente en su trabajo pastoral, hasta el punto de no querer ascender a otras parroquias de mayor importancia, permaneciendo en la de Mendavia hasta su jubilación [22].

Una vez jubilado, regresó a vivir a su casa de la Ventablanca peraltesa. Después de muchos años sin vernos, ni saber nada el uno del otro, coincidí con él en Peralta un mes de agosto, estando él ya jubilado. Oí su misa vespertina y pasamos juntos el resto de la tarde recordando nuestra vieja amistad. Al día siguiente, en ausencia del párroco, le tocó oficiar el funeral del abogado peraltés Alfredo García Barrios, que era de su edad. Le vi muy emocionado en la homilía que dedicó al finado.

Murió el año 2020, posiblemente a consecuencia de la pandemia del Covid-19. Está enterrado con sus padres en el cementerio peraltés.

José Antonio Irigaray Bermejo nació en 1936 como su compañero José María. Su madre Emilia y su tía Jesusa, eran las *Candeleras*, encargadas de organizar los funerales de sus paisanos; institución existente en Peralta antes de la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II.

José Antonio vivía con sus padres y su hermana Maria Jesús en el Barrioalto[23], en una casa de labradores cerca de la iglesia parroquial. Era un chico sano, rubio, serio y más alto que los de su edad. Como la parroquia carecía entonces de sacristán, el párroco, don Carmelo Velasco, le nombró responsable del numeroso grupo de monaguillos que ayudábamos en los distintos servicios litúrgicos.

Cuando cumplió los diez años, el propio don Carmelo, de acuerdo con sus padres, le preparó para el examen de ingreso al Seminario de Pamplona. En 1947, después de salir de la Escuela por la tarde, José Antonio venía a la casa parroquial para preparar ese examen. Junto a él, yo realizaba los deberes

escolares en el salón parroquial llamado Círculo de estudios. Le llamaba *Toño*, y lo pasamos muy bien, jugando más que estudiando, cuando mi tío estaba ocupado y no podía tomarnos las lecciones. En el mes de julio de ese año, aprobó el examen de ingreso y un cursillo de veinte días en el Seminario. Desde el principio gozó de las conocidas Becas de Irurzun para los seminaristas peralteses.

Me gustaba verle jugar a la pelota con los demás seminaristas en la pared de la iglesia que servía de frontón popular al carecer entonces de él Peralta. Tenía un buen estilo, imitando a los pelotaris famosos [24].

A los dieciocho años de edad, debido a las dificultades padecidas en el estudio de la filosofía escolástica, abandonó la carrera, dejando el Seminario con el disgusto consabido de sus padres, de los sacerdotes de la parroquia que tenían puestas en él grandes esperanzas y de los demás seminaristas del pueblo, porque su buen carácter, su alegría y compañerismo alegraba nuestras convivencias.

Estudió magisterio, aunque no lo ejerció. Se casó con una muchacha peraltesa y se colocó en la oficina de una gasolinera de Pamplona, ciudad en la que vivía habitualmente. Tuvo dos hijas, Marta e Isabel que supo educarlas con la buena preparación que poseía. Una vez jubilado, pasaba los veranos en Peralta. Como los dos teníamos ganas de encontrarnos, lo conseguimos un mes de agosto en Peralta.

Después ya no tuve más noticias de él, debido tal vez a su enfermedad. En otro viaje al pueblo en el verano de 2016 me acerqué a su casa con la esperanza de verle de nuevo, pero me encontré con la triste noticia de que había fallecido el 3 de febrero de ese mismo, precisamente el día de san Blas. Patrón de Peralta. Descansa en paz en la Atalaya eterna, mi viejo y buen amigo *Toño*.

A **Juanito Asín Moreno** le conocí en el parvulario de las monjas de Peralta, al que asistíamos con sor Victoria, que se ocupaba de los mueticos, mientras sor Ascensión atendía a las mueticas. Enseguida aprendimos los dos a leer de carrerilla. Era un chico delgado, moreno, nervioso. Tenía una cabellera indomable con los pelos en punta como los de un erizo.

A su padre, José, lo traté poco porque trabajaba en el campo cuando yo iba a su casa para jugar con Juanito. Su madre, conocida en el pueblo como Irene *la Maca*, iba cada mañana y cada tarde a llevarlo y recogerlo al parvulario. Juanito tenía un hermano algo mayor que él, Javier, que ya estudiaba en las Escuelas. Esta familia vivía hacia la mitad de la calle Tejedores en casa de una parienta soltera, Josefina Luri, que regentaba en los bajos del edificio una peluquería de señoras. Josefina se casó ya algo mayor con Diego, alguacil municipal.

Juanito y yo pasamos juntos a la Escuelas Nacionales con el magnífico maestro don José María Aranaz. Nuestra aula estaba en la planta baja de aquel hermoso Edificio modernista, que nos impactaba por su grandiosidad. Con las enseñanzas y el recto proceder de don José María aprendimos a ser personillas aplicadas y responsables.

En casa de Juanito criábamos dentro de una caja de zapatos gusanos de seda[25]. Recuerdo con placer el pan con mostillo que nos daba Irene para merendar al salir juntos de la Escuela. Un año nos llevó su padre, montados en el carro que tenía, tirado por una fornida yegua, a la feria de Marcilla celebrada en octubre. Además de la feria de caballerías, a la que acudían los labradores para comprar y vender los animales agropecuarios, había atracciones y la venta de unos grandes chupadores rojos para la chiquillería.

Juanito y yo, asistimos juntos a *la doctrina,* así llamábamos a la catequesis impartida por los curas en la parroquia, preparatoria para la primera comunión[26]. La tarde anterior, su tía peluquera quiso mejorar el aspecto físico de Juanito y rizó el pelo indómito de su cabeza. Al verse así, mi amigo se desesperó pensando que su nuevo aspecto sería la risa de sus amigos. Cuando en casa todos estaban dormidos, tomó unas tijeras y cortó completamente los rizos invasores. De madrugada, ante el disgusto de la familia y los lloros de Juanito, Josefina le arregló como pudo aquel desaguisado de la cabeza, dejándosela casi al cero.

Juntos formamos pareja para acceder al comulgatorio en una larga hilera. Primero desfilaban las chicas vestidas de blanco, los chicos íbamos detrás. Juanito vestía un elegante traje de pantalón largo y chaqueta gris, y yo uno de marinero. A los dos nos lo había confeccionado la mejor modista de Peralta, Guadalupe, la Chupacha.

Ese verano, en las tardes del mes de julio, los seminaristas mayores, Joaquín Bolaños, su primo José Antonio Bolaños y Juan Jacinto Sayés organizaron un cursillo para preparar nuevos monaguillos para la parroquia porque los que había ya eran mayores. Asistimos juntos Juanito y yo. Lo que más nos costó aprender de memoria fueron las contestaciones en latín de las partes de la misa que empezaban así: *Ad Deum…, Quia tu es Deus…, Spera in Deo, Confiteor… y* sobre todo la larga contestación al *Orate, fratres* celebrante: *Suscipiat Dominus Sacrificium de manibus tuis, ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram, totiusque Ecclesiae suae sanctae*, sin entender lo que decíamos. Aún se conserva esta oración en la misa actual, pero rezado en lengua vernácula: *El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro provecho y de toda su santa Iglesia*.

"¡Que fácil nos hubiera sido ser monaguillos si el Concilio Vaticano II, renovador de la liturgia, se hubiera celebrado en nuestra niñez!", es lo que me decía Juanito, recordando aquellas dificultades del latín que nos hicieron sudar tinta a los siete años de edad. De monaguillos, recorríamos las calles del pueblo tocando una campana manual convocando a las ceremonias vespertinas de la Cuaresma. En las fiestas de la Milagrosa y de san Miguel nos llamaban sor Victoria y sor Ascensión, para que ayudásemos al capellán en las ceremonias solemnes de la iglesia del convento.

Como nos conocíamos desde que éramos mueticos en las monjas, no necesitábamos demasiadas palabras para saber lo que pensábamos o queríamos ambos. Juanito fue uno de los cuatro amigos con los que subí al *Portil de Lobos* en la frustrada aparición de la Virgen que he contado.

También planeamos juntos alguna trastada, como contestar a la letanía del Rosario con la frase *un automóvil*, en lugar de *ora pro nobis*; subir a la falsa del tejado de la iglesia para espantar los murciélagos que allí se refugiaban durante el día; o distraer algunas propinas que nos daban en los bautizos y bodas para comprar golosinas a *Martina la Chueca*, en lugar de entregarlas para la caja común de los acólitos.

Cuando marché al Seminario, él continuó de monaguillo hasta cumplir catorce años. A esa edad reglamentaria dejó también de asistir a las Escuelas. Siempre me ha extrañado que sus padres no enviaran a Juanito a estudiar al Seminario. Por cuestiones económicas no fue porque estaban de por medio las becas de Irurzun que sufragaban todos los gastos, y menos todavía por falta de inteligencia porque mi amigo era un chico espabilado y estudioso. Quizá a él, saturado de latines, curas y misas, no le apeteció. Nunca comentamos esto. En algunos aspectos era un chaval muy reservado.

Se puede decir que a Julio El Cid, encargado de la Farmacia de Peralta, le tocó la lotería cuando empleó a Juanito como mancebo de botica. Aprendió enseguida este oficio. Y ya no tuvo otro trabajo. Se casó algo mayor con Elena, una joven peraltesa de su edad. Sólo tuvieron una hija. En mis escasos viajes a Peralta con mi esposa e hijos, siempre le visité en su casa para tener un rato de charla.

Hace muchos años fui con Juanito al paraje de Las Luchas, junto al río, un 24 de junio, festividad de san Juan Bautista y día de su santo. Trajo para que almorzásemos juntos costillas albardadas, una cazuelica de pimientos morrones asados, que nos preparó Elena, y la bota con vino tinto.

En 2024, tras solo cuatro días de enfermedad, murió en el hospital de Pamplona al que fue llevado urgentemente el 2 de febrero, víspera de san Blas patrón de Peralta. Un día del mes de mayo, hablando por teléfono con un amigo

de Peralta, me comunicó su fallecimiento. ¡Descansa en paz, mi buen amigo Juanito! Nos veremos pronto en *la Atalaya eterna*.

6. El apellido Velasco en cuatro mujeres de Peralta

Maria Asunción Velasco Gil nació en Peralta a finales del año 1936, hija de Angelines Gil, natural de Calahorra, y de José Velasco Troyas, maestro nacional de Falces, donde fue asesinado durante la Guerra Civil por sus ideas políticas izquierdistas en las tapias del cementerio.

Era nieta de Gregorio Velasco, hermano de mi abuelo Juan, y de Felisa Troyas de conocida familia peraltesa. Su madre regentaba un comercio de tejidos en la calle Mayor y vivían en el segundo piso de casa de las Corellanas de la misma calle.

Sus tíos paternos eran Gregorio, Ignacio, Pedro, Julia, María y Gloria, personas muy conocidas en Peralta. Esta última todavía vive en la Residencia geriátrica del pueblo y ha cumplido recientemente en 2025 cien años.

Tenía cuatro años más que yo, y era la única prima en Peralta. Recuerdo que lucía su infantil figura una hermosa trenza de pelo negro, que me gustaba estirársela con gran enfado de su parte.

Durante veinticinco años fue la encargada de la Biblioteca de Peralta. Desde sus inicios la ha llevado en solitario con dedicación y entrega constantes, grandes esfuerzos y pericia profesional al servicio de sus paisanos. Supo crear un estatus de calidad y una afición lectora de alto nivel.

Esta biblioteca, además de cumplir su labor específica, ha sido un punto de encuentro para niños y jóvenes, sobre todo en los primeros años de su funcionamiento, cuando el equipamiento socio-deportivo de la localidad no alcanzaba los estándares que hoy tiene.

El Ayuntamiento, el Patronato de Cultura local, la Institución Príncipe de Viana, Acción Cultural, la dirección de Bibliotecas de Navarra y los peralteses en general, demostraron a Maria Asunción Velasco su expreso agradecimiento, con motivo de la jubilación anticipada a causa de la parálisis progresiva de sus extremidades. En el homenaje que le tributaron participaron los bibliotecarios de otras poblaciones navarras, actuaron los danzaris y gaiteros de la localidad, el grupo de jotas *Brisas del Arga* y la coral *Arlas*.

Este homenaje se celebró el domingo 23 de abril de 1995, día del Libro. El alcalde, Juan Manuel Campo, dijo: *Asun ha sido la bibliotecaria de Peralta por excelencia.* José Javier Zubiaur, director de la Institución Príncipe de Viana, agradeció a la homenajeada el trabajo que había efectuado con esta frase: *Una*

vida entregada a una labor tan bonita. El profesor Luis Villafranca le recordó con entrecortada emoción: *te volcaste a la biblioteca, te entregaste a ella en cuerpo y alma, la hiciste tuya, viviste preocupada constantemente por ella*. José Alonso, concejal de Cultura, ausente por enfermedad, le envió estas líneas: *La aparente pequeña historia de Peralta tendrá siempre en su haber tu gran labor e ilusión por esta biblioteca en la que nos has dejado una parte de ti. La vitalidad, la cultura, la felicidad que ésta propicia a nuestro pueblo, están relacionadas directamente con los servicios que has prestado a nuestra sociedad*. La entrega de una placa del Patronato de Cultura de Peralta a Maria Asunción por la labor desempeñada durante veinticinco años en la biblioteca pública, cerraron el acto, al que siguió un almuerzo en el restaurante Atalaya [27].

Visité varias veces a mi prima Maria Asunción en la *Residencia Monreal* de Tudela, donde se instaló por los buenos servicios médicos y asistenciales que ofrecía, cuando, avanzada su enfermedad progresiva de parálisis de los músculos de las extremidades, ya no pudo permaneces en su casa de Peralta. En Tudela transcurrieron los últimos años de su vida. Murió el 31 de enero del año 2019. Al día siguiente se celebró el funeral en la parroquia peraltesa de San Juan Evangelista, siendo enterrada a continuación en el panteón conjunto de las familias Velasco-Troyas y Velasco-Moreno en el cementerio, donde reposan los restos de sus padres y los antepasados de ambas familias hermanas. ¡Descansa en paz, querida prima Maria Asunción!

El 9 de abril del año 2021 falleció otra prima mía, **Carmen Huarte Velasco.** Murió al filo de los noventa y un años de edad, tras haber estado internada en el hospital de Pamplona escasas horas. Sus hijos, Juan José, Jesusmary y Marisa, me dijeron que se marchó tranquila y sin sufrir. Desde que se casó, vivió en su piso de la pamplonesa calle Tafalla, donde la he visitado infinidad de veces. Cuando se sintió mal, su hija Marisa, que es médico, se la llevó a su casa. En la Navidad de 2010 logré hablar con ella por teléfono, como hacíamos cada año y la encontré tan animada como siempre.

Su muerte ha espoleado mi memoria para escribir algunos recuerdos. Fue la mayor de los dieciséis primos que conformamos actualmente los nietos de Juan Velasco e Isidra Moreno. Carmen nació en Peralta, donde vivían sus padres y hermanos, todos peralteses, Su padre Eustaquio Huarte (1902-1971) que era carpintero, y su madre Maria Luisa Velasco (1903-1989), hija mayor de nuestros abuelos maternos, se casaron en Pamplona en 1926,

Establecieron su vivienda y el taller de ebanistería en la calle Río, entre el Cascajar y la Venta Blanca. En ella nacieron: Miguel en 1927, que murió en Peralta siendo muy niño[28], Carmen en 1930, Juanito en 1933 y, finalmente Josefina en 1935.

Vivieron diez años en Peralta hasta que, en 1936, al declararse la Guerra Civil Española[29], marcharon a Pamplona ante el cariz que tomaron los hechos con rencillas y venganzas que iban más allá de la política. Se instalaron[30] en una vivienda de la céntrica calle de Javier[31], junto a la carpintería de la empresa Goicoechea, en la que trabajó Eustaquio.

Durante los veranos de la década de los años de 1940, Carmen, que era ya una guapa moza, pasaba varios días en su pueblo natal con la abuela, los tíos y conmigo mismo que ya estaba allí desde 1946. Obtuvo el título de modista y cosía para los familiares, vecinos y conocidos.

Carmen se casó a los veintiséis años de edad el 6 de junio de 1953 en su parroquia de San Agustín, con Josemari Pascual Izco, un esbelto y guapo mozo pamplonés, tres años mayor que ella, Trabajó durante cuarenta y un años ininterrumpidos en el grupo empresarial Huarte y Cía., en el que inició su vida laboral como mecánico tornero y no tardó en desempeñar cargos de responsabilidad como encargado del control de calidad de los productos fabricados y jefe de la oficina técnica.

Mis hermanos Fernando y Charo con sus cuatro hijos acudieron durante varios veranos seguidos al valle de La Ulzama para huir del asfixiante calor zaragozano. Carmen, Josemari y sus tres hijos acudían muchas tardes a pasarlas en compañía de ellos en este valle cercano a Pamplona.

El confinamiento padecido durante la pandemia, nos impidió asistir a los primos que residimos fuera de Navarra al funeral de Carmen, celebrado en la parroquia de San Francisco Javier a la que pertenecía. Una nieta suya, hija de Marisa, tuvo palabras elocuentes al proclamar durante el funeral la vida ejemplar de su abuela. Los primos, que vivimos lejos de Navarra, ausentes obligados, nos hicimos presentes mediante un hermoso centro floral que le enviamos.

Pilar Velasco Moreno nació en Peralta el 21 de agosto de 1922. Fue la undécima y última hija de Juan e Isidra, mis abuelos maternos y, por tanto, hermana de mi madre. A los catorce años de edad, al terminar la escolaridad en las Escuelas de Peralta, vino a Azagra para ayudar a su hermana María, casada con Simón González, que regentaban un horno de pan.

La labor principal de Pilar, durante los diez años que vivió en mi casa de Azagra, fue educar a sus seis sobrinos con las excelentes e innatas cualidades que para ello tenía. Durante ese tiempo vinimos al mundo Francisco Javier, yo mismo, Maria Cruz, Juan Antonio y Simón Santos; nuestro hermano mayor, Fernando, ya había nacido en casa de los abuelos de Peralta en 1933 [32]. Para todos resultó una prolongación de nuestra madre, que nos dejaba a su cuidado porque ella marchaba diariamente al horno para encargarse de la atención al público y de la venta del pan.

El 16 de mayo de 1946 se casó con el joven azagrés Jesús Luri Hernández, sargento entonces del ejército español, destacado en el cuartel del barrio donostiarra de Loyola. Y en este lugar de San Sebastián fijaron su residencia. Aquí vivió con su marido e hijos, Carlos y Miguel, hasta que Jesús se jubiló del ejército. A partir de ese momento residieron largas temporadas en Azagra con la madre de éste, afincándose definitivamente en una vivienda nueva de la Agrupación San Esteban.

Al poco tiempo de estrenar la casa murió Jesús el 31 de agosto de 1984 en el Hospital General de Pamplona[33]. En Azagra permaneció Pilar durante los treinta y ocho años de su viudedad subiendo a Pamplona frecuentemente para ver a sus hermanos.

Pasaba con sus hijos y nietos los inviernos en la localidad vasca de Mondragón donde estos vivían. Las dos sobrinas de Funes y los sobrinos azagreses de su marido estuvieron siempre pendientes de su cuidado y necesidades

El 21 de agosto del año 2021 Pilar cumplió cien años en plenas facultades físicas y mentales. Mandó celebrar una misa de acción de gracias a Dios, a la que asistimos todos sus familiares.

El Ayuntamiento y el alcalde de Azagra, Rubén Medrano, le tributó un homenaje, obsequiándole con una cerámica conmemorativa en la que aparece el escudo de Azagra, villa en la que Pilar vivía desde hacía 86 años. Las amas de casa le regalaron un gran ramo de flores.

A los pocos meses de este homenaje, tras casarse la joven marroquí que durante varios años la había cuidado, y no habiéndole encontrado una sustituta adecuada, sus hijos, Carlos y Miguel se la llevaron con ellos a una residencia geriátrica de Mondragón, la población de sus hijos[34].

Murió en esa residencia el día 22 del mes mayo de 2022. Trajeron el cadáver a Azagra, donde celebramos su funeral *corpore insepulto* en la parroquia de San Salvador el día 24 a las cinco de la tarde, presidido por el párroco, don Pedro José Hernández, quien alabó las cualidades cristianas de Pilar, fervorosa amante de la Virgen del Olmo. Cantó el coro parroquial, asistimos muchísimos azagreses y sus numerosos sobrinos, que le acompañamos hasta el cementerio[35], llevándole una gran corona de flores blancas que habíamos colocado junto a su féretro durante la misa. El ataúd fue introducido, tras el rezo de un responso por el párroco, en el Panteón de la familia Luri-Hernández, en el que ya reposaban su marido y demás familiares.

Mi prima **Josefina Huarte Velasco** nació en Peralta en 1935 y al año siguiente marchó con sus padres y hermanos Carmen y Juanito, algo mayores

que ella, a vivir en Pamplona. No conoció a su hermano mayor Miguel porque había fallecido en 1930. Juanito, su otro hermano varón, murió en 1942 a la edad de diez años, dos más que Josefina[36].

Al igual que Carmen, Josefina pasaba los veranos en Peralta con la abuela, los tíos y conmigo. Cuando ya era una linda muchacha, la abuela me mandaba que la acompañase al salir de paseo por el pueblo para que los jóvenes no la molestasen con piropos inoportunos. A los dieciocho años, entró de dependienta en una zapatería de la calle Pozoblanco del Pamplona. Se casó con el guardia civil, Tomás Ortega, Tuvieron seis hijos, dos varones y cuatro hembras que les dieron muchos nietos[37].

La última vez que vi a Josefina y a Tomás fue el 21 de junio del año 2014 en la celebración de las Bodas de Oro de mi hermana Maricruz y su esposo George, celebrada en *el monasterio de Leyre* y en el *restaurante Xabier* junto al castillo del Patrón de Navarra[38]. A los pocos meses de este evento murió Tomás. Josefina permaneció viuda diez años hasta el mes de enero de 2024 en que murió a la edad de ochenta y nueve años.

NOTAS:

1. Fray José López Mendoza, agustino (1809-1923).
2. De la provincia de Ciudad Real.
3. Ocasión que aprovechó José para agregar a su nombre los de Jesús y María.
4. Ninguno de estos mártires pertenecía a la región manchega, sino que procedían de las provincias de Navarra, Palencia, Zaragoza, Logroño, Burgos y Guipúzcoa.
5. Esta fue la segunda beatificación realizada por Juan Pablo II. Además, están la primera de 1987 en la que beatificó a 473 mártires españoles y las posteriores beatificaciones martiriales de los años 1990, 1992, 1993, 1995 y 2001.
6. Archivo municipal de Peralta, *Libro 7 de nacimientos*, fol.42, núm. 1.148.
7. Archivo parroquial de Peralta, *Libro 15 de bautizados,* fol. 38, numero 141.
8. Id., *Libro de confirmaciones*, fol. 5, núm. 96.
9. Carta que se conserva en el Archivo General de la Congregación.
10. Apuntes de sor Ascensión Ramírez, publicados en *Anales de la Congregación de la Misión de las Hijas de la Caridad*, abril. junio de 1940, enriquecidos con datos recogidos entre las gentes de Bétera.

11. Tomada de un acta de las Hijas de la Caridad en la Dirección General en Madrid, el 10 – II - 1960, para el proceso de beatificación.
12. Mas tarde su director espiritual en el Seminario mayor de Pamplona.
13. Christoph Schönborn.
14. Moderado por Juan Manuel de Prada.
15. Retransmitido por los Estudios de 30 TV de Navarra.
16. La relación de todos ellos se encuentra en Internet pinchando el nombre José Antonio Sayés Bermejo.
17. Todos los títulos de sus artículos se encuentran en Internet pinchando en Ignacio Jericó Bermejo.
18. Con su amistad me ayudaron en mi infancia y adolescencia a ser también yo un buen peraltés.
19. Párroco de Ujué a donde cada año van en peregrinación los peralteses a honrar a la Patrona de la Ribera.
20. Con el acompañamiento procesional de los cofrades del Apóstol cuando regresan a caballo de la ermita de Arlas.
21. Al proporcionármelo, me ponderó las magistrales explicaciones del sacerdote don Juan Martín Seminario, que había venido de doctorarse en Lovaina. Sus clases abrían los ojos a la Historia Mundial, desconocida hasta entonces por sus alumnos.
22. En el Colegio La Salle de Paterna un alumno que había nacido en Mendavia por su madre médico allí, me dijo que don José María Osés era muy querido en el pueblo, y que le había preparado para la primera comunión.
23. Era frecuente en ese barrio, edificado en la ladera del mone, ver asomar las cabezas de las caballerías por las ventanas del tercer piso de las casas, porque sus corrales y cuadras tenían el acceso detrás del edificio, debido a la situación del terreno en que estaban construidas.
24. Un verano me enseñó a montar en bici en la Plaza de los curas.
25. Para ello, avanzada la primavera, íbamos al paraje de *Las luchas*, cercano a las Escuelas, a coger hojas de los árboles de morera, único alimento que toleran los gusanos. Dentro de la caja observamos durante un año entero el proceso completo de su transformación: pasar de ser diminutos huevecitos negros, a su eclosión y nacimiento, su engorde mediante las hojas hasta que formaban capullos de hilos de seda, blanca o amarilla; dentro de ellos se encerraba cada gusano para salir después de un tiempo, transformado en mariposa que ponía miles de huevecitos antes de morir al poco tiempo. A partir de aquí se reiniciaba todo el proceso que nos entretenía y cautivaba.
26. La realizamos el 15 de mayo de 1947, fiesta de san Isidro labrador, pero ese año coincidió con la festividad de la Ascensión el Señor a los cielos, día tradicional en Peralta para las primeras comuniones.
27. Sanz, P. *La biblioteca de Peralta cumple 25 años*. Diario de Navarra, viernes veintiuno de abril de 1995, pág. 50.- Pueyo, Silvia. *La bibliotecaria*

*Asunción Velasco recibió un merecido homenaj*e. Diario de Noticias, lunes, 24 de abril de 1995.

28. Falleció de tosferina en 1930, a los tres años de edad.
29. Eustaquio era el secretario local del Partido Republicano de Izquierdas.
30. Primero en el barrio del Mochuelo. 31. Aprendí de carrerilla la dirección de aquella vivienda para cuando iba a estudiar a Pamplona a la edad once años: *Bajada de Javier, número 2 interior, letra A, 3º izquierda.*
32. Fue mi madrina de bautismo, llevándome en sus brazos a la pila de cristianar de la parroquia San Salvador de Azagra, el 15 de febrero de 1940.
33. Al que le habían llevado el día anterior por la gravedad que presentaba una embolia pulmonar, agudizada por sus muchos años de fumador. Tenía 66 años.
34. Ante el notable deterioro que experimentó su salud enseguida, fue internada en el hospital en el que le efectuaron varias pruebas de corazón y le colocaron un marcapasos. Ya restablecida y dada de alta el 15 de febrero de 2022, regresó a la residencia. A partir de esa fecha su debilitamiento fue progresivo.
35. Este viejo cementerio fue bendecido e inaugurado en 1897.
36. Juanito cantaba de tiple en la parroquia de San Nicolás de Pamplona. Una mañana cuando salía de esta iglesia cruzó la calzada del Paseo Sarasate sin mirar, alcanzándole un camión que en ese momento circulaba por allí, produciéndole una muerte instantánea.
37. Cuando enfermó uno de sus nietos de leucemia, sabedora Josefina que yo estaba de maestro en la sección de Pediatría del Hospital Clínico de Valencia, me llamó por teléfono, pidiéndome que le informara del pronóstico y tratamientos de esta enfermedad, y así lo hice. Finalmente, el niño se curó completamente.
38. Al finalizar la comida, el dúo pamplonés *Alazán*, compuesto por *Natalia,* la hija menor de Josefina, y por su compañero *Juan Pedro*, nos ofreció durante dos horas un alegre recital de canciones mejicanas

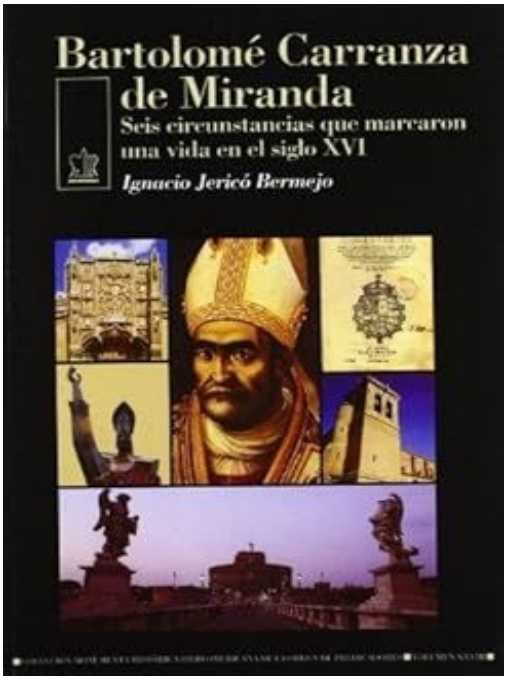
Panteón donde están enterrados los 26 religiosos pasionistas

Beato José Osés Sáinz en la Iglesia de Peralta

Fotografías de Sor Estefanía Irisarri y sus compañeras de martirio

Beata Estefanía Irisarri en la Iglesia de Peralta

El sacerdote peraltés y doctor en Teología José Antonio Sayés



Libro del sacerdote e historiador peraltes Ignacio Jericó Bermejo

Panteón del cementerio de Peralta donde están enterradas las personas de las familias **Velasco - Troyas** y **Velasco - Moreno**. La última ha sido Maria Asunción Velasco Gil, el 31de enero de 2019

EPÍLOGO

El 17 de octubre de 2024, a las seis de la tarde, tuve la satisfacción de ofrecer al público peraltés en la Casa de Cultura la primera parte de mi obra *La Villa de Peralta de Navarra: Fuentes para su Historia, Tradiciones y Leyendas,* editada con la colaboración del Ayuntamiento. En esta segunda parte abordo *los Recuerdos y Vivencias* de mi estancia en Peralta durante diez años de mi niñez y pre adolescencia. Ambas partes son complementarias, fueron escritas simultáneamente y forman un solo libro, aunque estén publicados por su extensión en dos ejemplares distintos.

Me presentaron al público, la concejal, Mª Pilar Orduña Osés, presidenta de la comisión de Cultura y Turismo y el encargado de Cultura, David Echeverría Irigaray. El acto fue televisado por la TV local. Asistieron unas cincuenta personas, a pesar de la lluvia pertinaz que caía. Posteriormente hubo turno de preguntas y la venta del libro a cuantos quisieron comprarlo pidiendo que se lo dedicara.

La razón de mi interés por Peralta es obvia: en esta querida villa, patria chica de mis antepasados maternos, transcurrieron diez años muy felices de mi infancia y adolescencia.

Al día siguiente de la presentación, nos personamos en una de las 108 tribunas montadas en el Polígono Municipal para celebrar la Feria Internacional de Inventos del 18 al 20 de octubre de 2024, organizada por el Ayuntamiento peraltés y la Asociación de Inventores de España. Acudió numeroso público a la venta y firma de ejemplares de los quinientos que se editaron.

Los dos días pasados en Peralta resultaron muy gratificantes. Tuve ocasión de ver a muchas de las personas que conocí en mis años infantiles y de saludar en la residencia geriátrica a mi tía Gloria Velasco Troyas, de 99 años de edad, prima carnal de mi madre. Acudí a la iglesia parroquial para contemplar los cuadros de los dos beatos peralteses y al cementerio para rezar ante el panteón de mis antepasados.

Quedé impresionado por la expansión de Peralta por el paraje de Las Luchas, cerca del río Arga y los terrenos aledaños. Las nuevas calles y plazas casi llegan hasta el vecino pueblo de Funes. En ellas están los nuevos servicios públicos, zonas ajardinadas con altos edificios de pisos, amplios chalets y grandes espacios para las numerosas empresas industriales en las que trabajan cientos de peralteses y personas venidas diariamente de otros lugares de Navarra, Aragón y La Rioja.

Por el contrario, la calle Mayor o de don Ángel Dabán, que durante siglos fue la calle comercial por antonomasia, en la actualidad no ha quedado ni uno solo

de sus antiguos comercios, estando dedicados varios locales a sociedades gastronómicas, Como ha ocurrido en otros pueblos y ciudades, el desarrollo de nuevos barrios para matrimonios jóvenes, ha desplazado el comercio hacia su proximidad.

Me hubiese gustado visitar detenidamente el casco antiguo del pueblo, el Paseo del Arga, la basílica de San Miguel y haber tenido tiempo y fuerzas para subir al monte y recorrer la Atalaya, la Puerta Falsa, las ruinas de la ermita de Santa Lucía, el Portil de Lobos…, pero mi permanencia no pudo dar más de sí. Otra vez será.

Valencia, 1 de noviembre de 2024, festividad de Todos los Santos.

Cartel anunciador de la firma de ejemplares del libro en Peralta

NOTAS ACLARATORIAS SOBRE LAS ANTIGUAS ERMITAS, LAS COFRADÍAS DE PERALTA Y LA DESAPARECIDA BASÍLICA DE LA VIRGEN DEL PERO JUNTO AL RIO ARGA

Así como en el primer tomo de este libro añadí al final los yacimientos arqueológicos encontrados recientemente en terrenos peralteses, en este segundo tomo incluyo los últimos datos llegados a mi conocimiento sobre las viejas ermitas de Peralta, las antiguas cofradías y la basílica de la Virgen del Pero, nuestra antigua Patrona y anterior a la Virgen de Nieva. De haber conocido tales datos con anterioridad, los hubiese incluido el capítulo XII del primer tomo, que trata precisamente de las cofradías, capellanías y ermitas de la villa.

Son datos que me ha facilitado amablemente don Fermín Macías Azcona, actual párroco de Santa María y San Pedro de Olite y anterior párroco de San Juan Evangelista de Peralta durante casi cuatro años, concretamente hasta enero de 202. La lectura de mi libro, que le envió Jesusmary Osés Perfecto, le ha motivado a mandarme las siguientes notas aclaratorias. Don Fermín aprovechó los días de reclusión generalizada durante la pandemia para investigar en el archivo parroquial, al que yo no tuve acceso cuando escribí este libro hace ya muchos años. Al agradecerle su envío, me ha dicho que tomó las siguientes notas de un interesantísimo documento de 1631.

Se desconoce si hubo en el término de Peralta una ermita dedicada a San Juan Bautista. En el archivo parroquial no se encuentra documentación al respecto. No obstante esta falta documental que describe don Fermín, yo encuentro tres evidencias locales por las que se puede pensar en la existencia de una ermita dedicada al Precursor del Señor: el alto número de peralteses que son bautizados a lo largo de los siglos con el nombre de Juan Bautista, la carcomida talla que como digo en el tomo I aparecía -no sé si todavía estará- en la hornacina de la fachada de una casa de labradores en la calle Mayor Vieja y, finalmente, la tradicional salida de los mozos peralteses al campo para comer caldereta de patatas con carne en la mañana del 24 de junio, festividad de san Juan Bautista.

La Cofradía Mayor era la encargada del Santo Hospital. Tenía ermita dedicada al arcángel San Miguel y cuidaba además de las demás ermitas de Peralta. De la ermita de Santa María en el término de Arlas se conserva el pie del ábside y una estancia -posible sacristía-, de época prerrománica del siglo XI. La cabecera de esta estancia es recta al exterior y semi circular al interior, con las paredes y la bóveda hechas con el tradicional mortero encofrado de cal y trozos de viejas piedras romanas. Además, hay también un arco de herradura en la puerta. Se está estudiando si serán los restos de una mezquita mozárabe,

ejemplar casi único en Navarra, como ha quedado descrito en el primer tomo de este libro.

Respecto a la ermita de San Martín, se dice en el antes citado documento, que el obispo de Pamplona, en una visita pastoral anterior al año 1961, ya había mandado derribar las ermitas de San Martín y de Santa Lucía a causa del mal estado en que se encontraban. Reunida la Cofradía Mayor, determinó que, no habiendo fondos para construir dos nuevas ermitas, se hiciese solamente una dedicada a San Martín en el lugar que hoy llamamos "ermita de Santa Lucía", para que desde allí conjurar las tormentas cuando amenazasen granizo, y que en esa nueva ermita se colocasen también las imágenes de Santa Lucía y de Santa Bárbara. Por tanto, se descarta totalmente que las ruinas en el monte de esa ermita dedicada a San Martín como queda dicho, sean las ruinas de un templo medieval. Se comprueba por los sondeos arqueológicos efectuados en el lugar y por el citado documento de 1631 en el que se manda hacer tal nueva construcción.

Peralta conservó siempre con sumo cuidado la basílica dedicada a Nuestra Señora la Virgen del Pero, advocación eminentemente peraltesa. Yo empleo siempre en ambos tomos del libro el término "basílica" al mencionar las ermitas principales como se hacía antiguamente. La de la Virgen del Pero fue construida junto a la orilla izquierda del Arga, por cuya causa se veía muchas veces anegada por las aguas de las crecidas primaverales del rio, con los peligros y desperfectos que esto suponía. Junto a la basílica estaba la casa para el ermitaño que la cuidaba.

La causa de su destrucción no fue el abandono, sino la primera Guerra Carlista (1833-1840), en la que el ejército isabelino convirtió esta basílica de la Virgen y el antiguo convento de los Capuchinos en fortines defensivos frente a los carlistas. Se dio un plazo para sacar lo que fuera conveniente preservar. De este modo se salvaron el Cristo de la Cruz a Cuestas y la Dolorosa, que estaban allí, llevándolos a la basílica de San Miguel. Por entonces hubo discusiones entre los cofrades de la Vera Cruz y el Ayuntamiento sobre la propiedad de estas imágenes.

Terminada la primera Guerra Carlista, se mandó demoler los edificios que pudieran volver a servir de fortaleza, en cuya lista se incluyó la basílica de la Virgen, que ya no estaba en buenas condiciones, porque fue tomada a cañonazos por las tropas carlistas. Muy a su pesar, el Ayuntamiento se vio obligado a cumplir esa ley, pero salvó la pared oeste. Poco después, se construyó sobre el solar un corral que conservó el sitio.

La basílica del arcángel San Miguel ocupó el solar del edificio actual del Ayuntamiento hasta el primer tercio del siglo XX. Pertenecía al Santo Hospital,

también allí ubicado y regido por la Cofradía Mayor. Por entonces se hizo la permuta de esta basílica y del viejo Hospital por el convento y la iglesia de los frailes capuchinos, que pertenecían al Ayuntamiento desde que los adquirió cuando la tristemente famosa desamortización de los bienes eclesiásticos del ministro Mendizábal. Esta vieja iglesia de los capuchinos, actual basílica de san Miguel, conserva la imagen original del Santo Arcángel y un retablo del Pero.

En opinión bien fundada del antiguo párroco de Peralta, don Fermín Macías, la imagen de la Virgen del Pero es la que hoy llamamos Virgen del Rosario. Se basa en los siguientes argumentos. La efigie original de la Virgen del Rosario se vendió a principios del siglo XX. Y al igual que las imágenes de la Dolorosa y el Cristo de la Cruz a Cuestas se sacaron de la basílica del Pero, llevándolas primero a la de San Miguel para terminar en la iglesia parroquial, se hizo lo mismo con la efigie peraltesa de la Virgen del Pero. Consta documentalmente que nuestra antigua Patrona tenía al Niño Jesús en brazos. Y si la pusieron en el retablo enfrente del de San Blas, Patrono del pueblo, es porque tal imagen era muy importante. La imagen que se conserva en el óculo del retablo del Pero, ubicado en la actual basílica de San Miguel, no es la Virgen del Pero, sino la primera imagen de la Virgen Milagrosa, de pie y con los brazos abiertos, que utilizaron las Hijas de la Caridad hasta que compraron la nueva imagen que hoy preside el retablo mayor.

Se sabe por otro documento del archivo parroquial que antes del actual Campanar peraltés hubo otro, más angosto y exento de la iglesia, hecho con argamasa, por eso se mandó derribarlo para construir uno nuevo unido al templo. Respecto a la iglesia actual, dos primitivas torres se construyeron al mismo tiempo que la fachada como aparece en un antiguo grabado y en otro documento. Cuando todavía no se habían puesto los capiteles el arquitecto mandó derribarlas a causa de los problemas originados en su cimentación.

CRONOLOGÍA (Continuación al **Tomo I**)

- 1936: El 23 de junio fue martirizado en el barrio Carabanchel Bajo de Madrid el joven religioso peraltés José Osés Sainz en compañía de varios compañeros pasionistas de Daimiel (Ciudad Real). - El 9 de diciembre fue fusilada en el Picadero de Paterna la peraltesa Hija de la Caridad sor Estefanía Irisarri Irigaray en compañía de sus compañeras religiosas del Colegio-Asilo de Bétera (Valencia).

- 1939: El 1 de abril termina la guerra con la victoria del ejército rebelde.- Establecimiento de las cartillas familiares de racionamiento.

- 1940: Creación de la rondalla jotera de Rafael Valencia Irigaray.- El 1 de octubre se impone la tarjeta de fumador sólo para hombres.

- 1943: Establecimiento de la cartilla individual de racionamiento.

- 1945: El 31 de diciembre don Fernando Lipúzcoa renuncia a la parroquia de Peralta y es nombrado regente el coadjutor don Carmelo Velasco Moreno, hijo del pueblo.

- 1946: Sor Juana Fernández, Hija de la Caridad, conmemora sus bodas de oro de permanencia en Peralta.- Se restablece la cofradía del Rosario.- Del 29 de abril al 5 de mayo se realiza el Congreso Eucarístico de La Ribera en el que participan varios peralteses de manera destacada.- Del 28 de octubre al 10 de noviembre se celebra la primera gran Misión parroquial.

- 1947: Referéndum nacional, aceptando la monarquía como forma de Estado para España.

- 1948: El 21 de abril se crea en Peralta la Cooperativa Vinícola San Francisco Javier.

- 1949: Creación de la Cooperativa Obrera Católica.- El 7 de mayo llega a Peralta la imagen peregrina de la Virgen de Fátima

- 1950: Celebración del Año Santo proclamado por el Papa Pio XII.-En este año Peralta tenía 6 tabernas muy concurridas.- Primera *Javierada* de los mozos de Peralta durante la novena de la gracia, del 4 al 12 de marzo.- Creación de la rondalla jotera de Vicente Castillo, Blas Asín y Ángel Villafranca.- El 30 de abril se coloca en el Campanar peraltés la campana dedicada al Buen Pastor.

- 1951: Clausura del Asilo en el mes de agosto con la marcha de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Se hacen cargo del mismo en el Hospital las Hijas de la Caridad.- El equipo de fútbol Azkoyen asciende a primera regional.

- 1952: El 17 de febrero es nombrado a don Santiago Pérez Goyeneche párroco de Peralta; hasta entonces lo había sido de Azagra.- El 25 de julio don Carmelo Velasco Moreno toma posesión de una canonjía en la catedral de Pamplona.- El 8 de septiembre es coronada la Virgen de Ujué, patrona de La Ribera.- Elevación del canon en la partición parcelaria.- Ascenso del Azkoyen a tercera división.

- 1954: Actuación en Peralta de una rondalla de rondallas.- El 11 de septiembre se inaugura la nueva Casa Consistorial.

- 1955: El 13 de abril muere el coadjutor peraltés don Andrés Troyas.- El 8 de diciembre se inaugura el Centro parroquial de la Acción Católica.

- 1956: Se restaura la plaza de toros, que se inaugura para las fiestas patronales de septiembre.- Segunda Misión parroquial.- En junio es la consagración episcopal como obispo de Lugo de don Antonio Ona, antiguo párroco de Peralta.- El 23 de diciembre se instala la calefacción en la iglesia parroquial.

- 1959: Ampliación de la Cooperativa Vinícola san Francisco Javier.

- 1960: El censo de habitantes de Peralta asciende a 4.056 personas.

- 1961: El 10 de febrero se realiza la desmembración de parte del territorio parroquial para una mejor atención pastoral.

- 1963: Creación de la Cooperativa Lechera San Blas.

- 1964: Bodas de plata de la sección de la Adoración Nocturna.

- 1965: Refundición de la institución benéfica de Miguel Revuelta para Asilo de ancianos con la del Hospital de san Miguel.

- 1966: El 17 de febrero, en plena Cuaresma, se celebra la tercera gran Misión parroquial.

- 1969: El 16 de octubre la Diputación Foral crea en Peralta la biblioteca municipal.

- 1970: Según el censo municipal, Peralta tiene 4.130 habitantes.

- 1972: El 27 de agosto don Rafael Erro toma posesión como nuevo párroco de la villa.

- 1973: En septiembre se electrifican los bandeos de las campanas.

- 1974: Inauguración en Peralta de la Escuela de Formación Profesional Comarcal.

- 1975: El 15 de enero el músico don Vicente Martínez Íñigo celebra las Bodas de Oro como organista de la parroquia.- Tras la muerte del jefe del Estado Francisco Franco, don Juan Carlos es proclamado rey de España en el mes de noviembre.

- 1976: Peralta cuenta con 4.164 habitantes.- El 29 de junio se inaugura la nueva ermita de san Pedro en Arlas.

- 1977: Se celebran las primeras elecciones generales democráticas.

- 1978: Inauguración del panteón en el cementerio de los 84 peralteses republicanos muertos o asesinados en la Guerra Civil.

- 1979: El Colegio Público Juan Bautista de Irurzun estrena nuevas instalaciones.

- 1980: Año del despegue económico e industrial de Peralta, que tiene 1.110 viviendas ocupadas, 142 desocupadas y 85 en construcción.- El 8 de diciembre se celebran las Bodas de Plata del Centro Parroquial.

- 1982: El 26 de enero se reabre al culto la parroquia, después de estar durante cuatro meses cerrada a causa de varios arreglos y de su pintura integral.

- 1986: A partir de este año, y tras referéndum popular, comenzarán siempre las fiestas patronales en honor de la Virgen de Nieva el primer domingo de septiembre.- Según el último censo, Peralta cuenta con 4.516 habitantes.

- 1987: El presupuesto municipal asciende a 171.113.000 pesetas.

- 1989: Don Dionisio Lesaca es nombrado párroco de Peralta.- En el mes de diciembre se inaugura la Casa de Cultura con la ubicación definitiva en ella de la biblioteca municipal ampliada.- El Papa Juan Pablo II beatifica en Roma al joven pasionista peraltés José Osés Sainz.

- 2002: En el mes de junio, con motivo de la festividad de Corpus Christi, y por iniciativa y empeño del nuevo párroco don Javier Leoz, se inauguran dos nuevas torres construidas en la fachada de la parroquia, completando así el proyecto original de 1826.

- 2007: El 9 de junio fallece el antiguo párroco de Peralta, natural de esta villa y canónigo de la catedral de Pamplona, don Carmelo Velasco. Es enterrado, tras solemne funeral en la catedral, el 11 de junio en el panteón de los canónigos del cementerio de Pamplona.

- 2010: Edito en dos tomos, de forma restringida y privada, *La Villa de Peralta de Navarra: I Fuentes para su Historia, Tradiciones y Leyendas. II Recuerdos y Vivencias.* Deposito un CD en el Ayuntamiento y otro en la Parroquia de Peralta por si interesa hacer una edición para su lectura. Recibo la callada por respuesta y me olvido del asunto durante catorce años.

- 2013: El 13 de octubre son beatificados en Tarragona 522 mártires españoles de la persecución religiosa durante la Guerra Civil 1936-1939, entre ellos la Hermana de la Caridad sor Estefanía Irisarri Irigaray, natural de Peralta, y sus compañeras religiosas en la localidad valenciana de Bétera, que fueron

ejecutadas por arma de fuego en Paterna el 9 de diciembre de 1936. Al acto de la beatificación acudieron muchos peralteses con su párroco don Javier Leoz.

- 2024: El jueves 17 de octubre a las seis de la tarde presento en la Casa de Cultura de Peralta el primer tomo de mi obra *La villa de Peralta de Navarra: Fuentes para su Historia, Tradiciones y Leyendas*.-. Los días 18-20 de octubre organizan el Ayuntamiento de Peralta y la Asociación de Inventores de España una Feria Internacional de Inventos en el Polideportivo de la Villa con más de cien inventos y una amplia programación de actos culturales.- Se coloca en la iglesia parroquial un cuadro con la pintura de la beata sor Estefanía Irisarri Irigaray, a juego con el del beato José Osés Sainz que ya estaba.

FUENTES DOCUMENTALES

1. Archivos

Los archivos y fuentes documentales utilizados en este volumen son los mismos que se consultaron en el **Tomo I**, lo que garantiza la continuidad y coherencia en la investigación. La información y los documentos previos se han mantenido intactos para ofrecer una visión integral y detallada del tema tratado, sin alterar el contexto ni los elementos clave de la obra.

2. Bibliografía

La bibliografía consultada en este volumen es consistente con la utilizada en el **Tomo I**, manteniendo la misma base documental y las fuentes clave que sustentan la investigación. De este modo, se asegura una continuidad en el análisis y la interpretación de los temas, respetando la metodología y los referentes previos.

La Villa de Peralta de Navarra
Recuerdos y vivencias

de Carmelo González Velasco.

Peralta, 2025